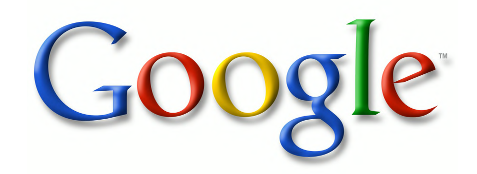






HISTORIA

DEL GENERAL

Don Martín Güemes

Y DE LA

PROVINCIA DE SALTA

ó SEA

DE LA REVOLUCION DE 1810

POR EL

Dr. BERNARDO FRÍAS

TOMO II



BUENOS AIRES

IMPRENTA Y CASA EDITORA DE ADOLFO GRAU

960, CALLE MORENO, 960

1907

Historia del General Güemes
y de la Provincia de Salta



Dr. Bernardo Frias

HISTORIA

DEL GENERAL

Don Martín Güemes

Y DE LA

PROVINCIA DE SALTA

Ó SEA

DE LA REVOLUCION DE 1810

POR EL

Dr. BERNARDO FRÍAS

TOMO II



BUENOS AIRES

IMPRENTA Y CASA EDITORA DE ADOLFO GRAU

960, CALLE MORENO, 960

1907

CAPITULO IX

Campaña del Interior

SUMARIO.—I El Ejército Auxiliar; el general Ocampo.—II Misión del ejército en las provincias interiores—III Instrucciones que llevaba la expedición.—IV Los realistas organizan en Córdoba la resistencia.—V Liniers y el Deán Fúnes—VI Trata Liniers de levantar el Interior; el Deán Fúnes desbarata los planes enemigos.—VII Liniers y sus compañeros emprenden la fuga y caen prisioneros.—VIII Choque entre la Junta y Ocampo—IX Padecimientos de los prisioneros.—X Fusilamiento de Liniers y demás reos.—XI Filosofía sobre este suceso.—XII Estado del ejército.—XIII El general Balcarce.—XIV Internación del ejército en las provincias del norte.

I

EL EJÉRCITO AUXILIAR; EL GENERAL OCAMPO

Armada la Junta Gubernativa de noble y activo celo, dió comienzo al nuevo gobierno organizando y equipando la expedición que, en cumplimiento de lo ordenado por la asamblea popular del 25 de Mayo, debía marchar á las provincias interiores. El entusiasmo público de Buenos Aires superó á estos cálculos de la revolución, pues la columna expedicionaria alcanzó á mil ciento cincuenta hombres, en vez de los quinientos que se había decretado. Su equipo, á más de las rentas del Virrey, Oidores y otros empleados, que se destinaron al efecto, fué entregado al generoso bolsillo del vecindario, iniciándose una colecta de auxilios para sostenerlo por el doctor don Mariano Moreno, que ya era en esos momentos la cabeza real del gobierno, con una donación de

ocho onzas de oro. El elemento femenino, que tanta parte había de tener en el curso de los sucesos, mostró en Buenos Aires, con este motivo, la fuerza de su entusiasmo, cooperando, por su lado, á proveer de recursos al gobierno, dando el primer ejemplo, como correspondía, y que debería ser tan dignamente imitado en el resto de los pueblos. Hubo ocasión así de ver á las damas de Buenos Aires, las más exaltadas por supuesto, cómo manifestaban con las expresiones más vivas sus deseos de servir á la causa, al entregar en las arcas públicas su óbolo para el sostén de la guerra. Las más lo hicieron con su dinero, y en porciones que, dados los tiempos, miserables hoy parecerían, como que si bajaban algunos hasta dos pesos, apenas si pasaban los mayores de quinientos; pero otras dieron hombres; otras, especies; formando más de una el compromiso de sostener con su peculio particular uno y más hombres de tropa por un año, y aún por lo que durara la expedición. Una de entre ellas, desdeñando su escasez, doña Juana Pavón, cedía á la patria dos pesos «que tenía destinados para vestir»; una madre, alzándose á la altura de las antiguas espartanas, doña Francisca de Ibarrola, daba su hijo único; y doña Manuela Castro, para terminar con tan nobles ejemplos, enviaba á su hija á entregar sus dineros, «habiéndose expresado la referida chica, al tiempo de darlos, con los sentimientos más propios de la ternura con que una madre debe enseñar á sus hijos á amar á su patria».

Así, igualmente, habían de ser grandes los donativos que ofrecerían, á su turno, Córdoba y Salta (1).

Pero quien sobrepujó en el valor real de estos servicios, no obstante que quedaran la simpatía y la belleza de la acción en aquellas cuotas menores, lo fué, por la magnitud de su largueza, el vocal de la Junta, don Juan Larrea que, aunque español, sostenía las nuevas ideas y hacía frente con sólo la garantía de

(1) MITRE: *Belgrano y Güemes*, 287.

su firma, pues era comerciante de muy gran fortuna y elevadísimo crédito, á casi todos los gastos que demandaba lo urgente de la empresa.

El ejército de la Junta, que tomó el nombre de *Ejército Auxiliar* de las provincias interiores, por su aparente misión, fué dado por completo y listo para romper la marcha el 7 de junio de 1810, partiendo del seno de Buenos Aires y tomando cuarteles de campaña en el campamento de Monte Castro, como á tres leguas al oeste de la ciudad. El día 9 se trasladó allí la Junta en persona y lo pasó en revista, en medio de un gentío inmenso que acudió de la capital á presenciar aquel acto de la partida, aclamándolo entre los transportes de un entusiasmo delirante. Iba el ejército compuesto de cuerpos de las tres armas, llevando de adorno en sus sombreros la cucarda española y en la boca de sus fusiles moños de cintas blancas y celestes, [1] y en la escarapela el retrato de Fernando VII. Esta tropa militar que marchaba al interior era, á la vez misma, una propaganda política y un brazo armado para obtener, por la adhesión ó por la fuerza, la razón de la revolución; de manera que su misión debía encaminarse á conquistar la opinión pública de las provincias interiores por medio de las ideas y de un comportamiento amigo y honroso, y á vencer militarmente las resistencias, caso que tropezara con ellas en su marcha. Consultando, y de acuerdo con ambos motivos, puso el gobierno á la cabeza de esta columna, y como general en jefe de la expedición, á un personaje que precisamente reunía, en el concepto de la Junta, la doble virtud de poseer la confianza de las tropas y de despertarla en los pueblos; lo que respondía á la necesidad del triunfo, así en la opinión pública como en las armas. Era éste el comandante del cuerpo de *Arribeños* ú hombres del interior, coronel don Antonio Ortiz de Ocampo, de noble familia de La Rioja.

(1) **Núñez:** *Noticias Históricas de la República Argentina*, **páginas 158 y 160.**

Hombre de edad ya madura, contaba en favor suyo, para asegurar la causa fuera de Buenos Aires, con el conocimiento de los países por donde iba á recorrer en su misión actual, y la estima y ventajas que dan para todo negocio las relaciones personales, que Ocampo las poseía excelentes, en atención á sus viajes por toda aquella región del centro y del norte del virreinato, que los hizo antes de abrazar la carrera militar y cuando era sólo comerciante. Aunque sus dotes militares no las había demostrado cuáles serían como general en jefe, tampoco en esto podía hallar



EL GENERAL OCAMPO

por de pronto rivales, toda vez que en estos países la guerra hacía tiempos era sólo conocida de nombre; sin embargo, era personalmente valiente, de conducta arreglada y de un corazón bondadoso, y afecto al orden y á la disciplina en la medida y concepto que de ella entonces se tenía, por lo que era muy respetado en el ejército como en la sociedad. Pero su importancia y valer como jefe de influencia y prestigio entre las tropas, mucho más grave y digna de atención esta circunstancia en las de 1810, en que el ejército sólo era accidental, formado de milicias populares, con todas las pasiones y los celos que dejan esparcirse los partidos políticos, era de la mayor significación y notoriedad; porque así como Saavedra era

el jefe popular, diríamos así, ó caudillo de los Patricios de Buenos Aires, lo era Ocampo de los Arribeños; y como estas dos secciones del ejército fueran lo más importante y numeroso de él, venía así á resultar que estos dos jefes eran los representantes de la fuerza militar de la revolución; esto es, de la acción real de ella. Al fijarse en Ocampo, la Junta había tenido en cuenta que aquel ejército marchaba á provocar el pronunciamiento de las provincias interiores; y por tanto, que no era cuerdo, político ni prudente confiar la empresa á manos de un porteño, el que se temía despertara recelos y sirviera de pretexto á los enemigos para sembrar la desconfianza de las promesas que tenía hechas Buenos Aires; sino encomendarla á un hombre hijo de aquellas sociedades, cual lo era Ocampo, meritorio por haber esclarecido su nombre en la guerra con los ingleses mandando á los provincianos, y popular, por ende, se presumía, en las regiones interiores, donde serviría de prenda de fe sobre la sinceridad que tenían las promesas de libertad y respetos que hacía el nuevo gobierno desde la capital. La Junta creyó, no sin razón, que ante un jefe semejante, que llevaba la voz de la revolución al corazón de los pueblos, «no habría arribeño que no lo siguiese y no abrazase los mismos intereses» (1). ¡Pues qué! ¿No iba al seno de sus hermanos? ¿No era él el jefe de los provincianos que habían libertado la patria echando á los ingleses, enemigos entonces de Dios y la Nación? Sin embargo, estas sus buenas cualidades fueron causa, muy luego, para su eclipse, bajo un gobierno receloso y violento, sumamente desconfiado.

II

MISIÓN DEL EJÉRCITO EN LAS PROVINCIAS INTERIORES

Si para procurarse la confianza y consorcio de los pueblos el gobierno de la revolución colocaba al general Ocampo á la cabeza de la expedición, ¿cómo

(1) BELGRANO: *Autobiografía.*

explicaba la Junta, á su turno, esta intervención armada al seno de las provincias? Dentro de las formas legales con que se quería velar el verdadero propósito, no significaba más que un auxilio y garantía de la fuerza pública «para el sostén del orden y sistema nacional», en la elección libre y honrada de los diputados que debían formar la Junta General del Virreynato, y así era como se anunciaba en las proclamas oficiales lanzadas al interior, y como para que no se viera en el ejército de Buenos Aires el brazo armado de una violenta imposición con semblante de conquista. A su vez, aquel temor que se pintaba en ellas por el orden público, era la posible acción de aquellos que estaban vendidos á Napoleón en América, y que querían decidir en igual sentido la suerte de estas provincias, á la manera de lo que pasaba por aquellos mismos días por la Península, donde, entre las grandes y ruidosísimas traiciones que se cometían en favor del Emperador, se contaba por América la del Obispo de Leodicea, que había sido el Presidente de la Junta Central de España é Indias y, á pesar de ello, se había pasado á los franceses en unión de tres de sus compañeros de poder, como lo había hecho ya el Secretario de esa misma Junta, don Martín Goneis. (1)

En su fondo, la intervención del ejército de Buenos Aires en el interior era muy distinta. Sabía la Junta que encontraría necesariamente enemistad y resistencia, y era de vital necesidad defenderse con tiempo, barriendo con la fuerza de las armas á sus enemigos del paso, y antes que tuvieran lugar de armarse, de organizarse y combinar su acción. Aquellos enemigos eran los españoles residentes en América, los cuales miraban en la resistencia á la Junta la satisfacción de su patriotismo, de su orgullo y de su ambición personal, como igualmente de su ardiente y ciega lealtad al Rey. Desde el primer momento, por la naturaleza

(1) Dr. M. Moreno: *Gaceta de Buenos Aires*, de 25 de Septiembre de 1810. Doctor J. I. de Gorriti: *Discurso* publicado en el «Apéndice», del tomo I de esta obra

misma de las cosas, las líneas fueron tiradas; porque aquella Junta de Buenos Aires y sus adeptos en todo el país aspiraban ocultamente á la independencia, se decía, aprovechándose para ello, y causando suma indignación en los españoles, de los aprietos y angustias porque atravesaba *la madre España*; y al lado de la independencia, la aspiración y el propósito de que ya habían dado pruebas, de separar del mando y quehaceres del gobierno á todos los españoles, estableciendo el exclusivismo americano ó sus semejanzas, en todos los cargos públicos del estado. Ambas novedades herían profundamente dos de los sentimientos más fuertes, más violentos y más caros también de todo español, y eran el patriotismo peninsular, que condenaba como deshonor toda idea de emancipación, y aquel orgullo y ambición de mando, que hasta 1810 habían ejercido ellos, los nacidos en España, explotando para sí el rango y los honores y rentas de los cargos públicos.

Pero, así y todo, estos realistas eran bien contados en 1810, particularmente en el Alto Perú; porque desde el año anterior en que vino Goyeneche y llenó de sus tramoyas aquella tierra, era opinión general entre gran masa de españoles y en casi todos los americanos, que estos gobernantes y estos agentes y sus adeptos eran unos traidores vendidos al enemigo, ó que trabajaban para consumar su plan de entregar estos países al extranjero, en ultraje y mengua de la monarquía española; por lo que estaban los hombres divididos en dos bandos, y los mismos peninsulares divididos también entre afrancesados ó carlotistas, y patriotas ó leales. Y como el pronunciamiento de Buenos Aires fuera, como lo proclamaban, para salvar estas provincias de que pasaran á extraño dueño y conservarlas para Fernando VII, el amado y cautivo soberano, gran número de peninsulares, con particularidad en el Alto Perú, donde aún se conservaban vivas las antipatías y ofensas causadas por Goyeneche en 1809, se convencieron en el primer día era la causa de Buenos Aires la

más española, patriótica y generosa, y se plegaron á ella con el más notorio entusiasmo, por lo que sus compatriotas les dieron más tarde el nombre de *renegados*. Otra razón más había para estos españoles que los llevaba á tomar filas en el partido revolucionario, y era que desde luengos años vivían radicados en la América, con el ánimo de exhalar en ella su postrer suspiro y en ella tenían fijados todos sus intereses, y se habían casado en el país con mujer americana y obtenido sus hijos, americanos también; por lo cual la libertad que prometía el nuevo régimen haría que éstos, sus hijos, se librasen de vivir y morir bajo el predominio y tiranía de los venidos de Europa, que hacía tres siglos los dominaban; y era así que la conducta de Buenos Aires y su propaganda reformista, se les explicaba muy justa y racional, y tanto más digna de su apoyo y adhesión cuanto era el amor que por su prole tenían. Se conoció entonces cuán sabio fué aquello de iniciar la revolución á nombre de Fernando VII, ocultando la idea principal de la independencia, porque dividió á los enemigos, y nos acarreó partidarios, y nos dió esperas para adquirir fuerzas, que de otra manera su comienzo, difícil como todo principio, se hubiera estrellado contra la sorpresa, contra su propia magnitud, levantando una oposición enorme y poderosa, y hubiera terminado en un lago de sangre, como fué ahogada la de La Paz, y el 25 de Mayo «hubiera sido un día de luto». (1)

Con estos enemigos, que lo eran por naturaleza y por origen, venían algunos otros más, no españoles, sino americanos netos, que resistían á la innovación operada en Buenos Aires por otra clase de vínculos bien poderosos, como lo eran los lazos de familia, la opinión contraria y sincera, ó el interés y ambición personal, y también la cobardía y bajeza del carácter en otros. Porque los españoles re-

(1) Gorriti.

sidentes por acá, que con su ardiente temperamento se decidieron desde la primera hora á resistir la revolución con las armas, ó formando graves compromisos contra ella en el orden civil, sostenían, á la vez, no sólo la causa de la dominación española, sino, y con ella, la del orden público ó sea del gobierno constituído, amenazado de desaparecer con estas novedades; y también, y en último término, la de la independencia local de las provincias y del amor propio de estos sus habitantes que mostraban herido con las pretensiones metropolitanas que aparecía tomar la capital del virreinato, logrando con todo esto arrastrar algunos de sus deudos más propíncuos, como sus hijos ó sus cuñados, unos y otros nacidos en América. Otros hubieron, americanos también, que prefirieron en su opinión el antiguo régimen y se cobijaron bajo la bandera real, porque lo creyeron mejor y preferible, ora porque pensaron medrar con las circunstancias, aguardando premios por su lealtad al soberano, ora por otras personales conveniencias, para mantenerse en los puestos de honor y renta de que á la sazón gozaban; y otros, en fin, que eran todos aquellos que no faltan al lado de todos los gobiernos para servir al amo, y que veían, acaso, muy difícil que el movimiento aislado de Buenos Aires pudiera triunfar de los ejércitos que enviarían para sofocarlo los virreyes de América y, si fuese necesario, los del mismo rey de España.

Para honor de la América, esta rara porción de sus hijos, que fueron llamados los *desnaturalizados*, por tratar de esclavizar de esta manera á la propia madre, la patria americana, fueron bien pocos al estallar la revolución, creciendo su número á medida que nuestros errores, nuestros abusos, nuestros crímenes también, lo diremos de una vez, y todo el conjunto de nuestras desgracias les daban ocasión y aún hasta los forzaban á ello, como lo hemos de ver más al fondo de esta historia.

III

INSTRUCCIONES QUE LLEVABA LA EXPEDICIÓN

El *Ejército de Buenos Aires ó de los Porteños*, como fué llamado el de la Junta en los primeros años de la guerra, llevaba muy prudentes instrucciones por parte del gobierno, especialmente calculadas para arreglar la conducta de la expedición al través de las provincias; porque en las circunstancias en que rodaban aquellos primeros días, la Junta no tenía certeza de que la acompañara la opinión de los pueblos, y la esperanza de su adhesión se hallaba sombreada por infinitas dudas.

Y así lo era en efecto. El espíritu público aún no estaba formado definitivamente por la gran causa; no había existido ni tiempo ni medios para prevenirlo en toda la extensión del país; de manera que la revolución llevaba un doble quehacer, y era éste:—vencer por la fuerza y por la idea. Debía para ello abrir una campaña de propaganda, ahogada entre los estrechos límites del disimulo que las circunstancias imponían, hablando de libertad y negando hasta la idea de la independencia; obrando en nombre del Rey y socavando los cimientos de su poder, ejerciendo así el apostolado de una nueva idea que era, á la vez, amada y perseguida; por lo que su trabajo era árduo, lento y difícil, debiendo vencer al propio tiempo, con las armas en la mano, la resistencia material que opusieran sus enemigos.

Convencida la Junta de ambas necesidades, quiso se hiciera alarde, á fin de desvirtuar la astucia de los españoles, y se enseñara por todo el país que este movimiento no encerraba el crimen de alzamiento y rebelión contra el Soberano, y que la Junta de Buenos Aires enviaba aquellas fuerzas como la expresión de su fidelidad á los derechos del

Rey, para cuya guarda y defensa se había constituído; ardid merced al cual muchos cayeron en el lazo, aún españoles, evitándose de esta suerte una formidable reacción. Quiso también que aquel su ejército fuera el defensor del orden y coyunda de paz y de amistad entre la capital y las provincias, pues bien sentía que la vida de la revolución no podía yacer en parte ni en secreto alguno que no fuera en la opinión de los pueblos, en que éstos se unieran al movimiento y lo sostuvieran con heroica decisión y valor; para lo cual era menester arrojar del seno de ellos toda idea y temor que hicieran ver en aquella intervención armada de la capital, un acto de hostilidad y opresión contra ellos, sino que era su amistad y confianza que se buscaba.

Y como de la cabeza dirigente de este paso, de suyo peligroso y temerario, al través de tantas provincias de opinión por mitad aún ignorada, pendía la suerte actual y futura de la revolución, aquel gobierno, queriendo cuerdamente evitar entonces lo que desgraciadamente vino á acontecer muy en breve por sus errores, decía á sus comandantes:— «Es preciso que las virtudes distingan á nuestros soldados de esos conquistadores feroces, viles instrumentos de la ambición y la codicia». Y añadía en seguida que: «siendo esta expedición el fundamento principal de la prosperidad de estas provincias, sus jefes serán el consuelo de la patria ó la execración de los hombres buenos, según el resultado de su comisión.» Ya descubrirá la historia lo que fueron y señalará á cual de esos dictados se hicieron acreedores.

IV

LOS REALISTAS ORGANIZAN EN CÓRDOBA LA RESISTENCIA

El elemento español, que había de constituir desde aquel día lo principal de lo que vino á llamarse durante la lucha el *partido realista,* no se había dormido. La

noticia de los sucesos de Mayo lo había sorprendido, es cierto, desprevenido; mas, celoso como era, se puso en inmediata acción. El mismo virrey Cisneros, guardado respetuosamente en Buenos Aires por el gobierno revolucionario, había tenido, sin embargo, tiempo y medios bastantes para comunicarse con los gobernadores de las provincias interiores, expidiendo circulares ocultas y clandestinas, en las que los exhortaba de prepararse á la guerra y atacaran, no sólo á Buenos Aires, foco y cuna de lo que llamaban la insurrección, sino también á cuanto punto del territorio apareciera por adicto á las nuevas ideas [1]. Provocábase de esta suerte la guerra civil, para que unos pueblos se lanzaran sobre otros á desgarrarse, sistema político, guerra que, á la par de nuestros errores y desgracias, que fueron muchos y bien funestos, el partido del Rey supo aprovechar con hartas creces.

El ex virrey Liniers, lleno de gloria, de experiencia guerrera, y popular cual ningún otro en todo el país, y lo que era más grave y terrible aún, popularísimo en ese ejército que Buenos Aires disponía para el interior, vino desgraciadamente á producir el primer embarazo á la Junta; y como este su valer y prestigio grande de nadie eran mejor sabidos que de los hombres que en Buenos Aires dirigían la revolución, mil coyunturas se tocaron que se creyeron propicias para conquistar su afecto á la nueva causa, ó, cuando menos, su neutralidad en la contienda; porque decidiéndose Liniers por la causa de los españoles y encabezando desde Córdoba, donde residía, las fuerzas de la resistencia, ya aparecería á los ojos de todos los pueblos, y aún á los propios de la Junta, «en la misma situación que cuando acometió desde Montevideo la empresa de reconquistar á Buenos Aires, en 1806. Si Liniers volvía sobre Buenos Aires, era de temer que, como Ney, los jefes y soldados le

(1) *Manifiesto del Congreso* á las Naciones, 1817.

presentaran las armas». Pruebas había, y muy grandes, para pensarlo así. Liniers había recobrado, hacía cuatro años, la capital perdida. ¿No era cuerdo aguardar se repitiera el mismo prodigio ahora, arrebatándola de manos de los revolucionarios como la había arrebatado de la de los ingleses? Esto llenaba de temores á Buenos Aires.

Y así, en efecto, los sucesos se mostraban. El caso fué que el virrey Cisneros, viéndose cautivo de la revolución y sujeto en la Capital, como no estuviera



LINIERS

incomunicado, mientras aparentemente cedía á las exigencias del nuevo gobierno, púsose inmediatamente á maquinar en contra él desde el fondo de su retiro, tejiendo planes de resistencia y excitando á la reacción á todos los jefes del bando español, derramados en la vasta extensión del territorio. Al efecto, púsose en tratos con el vencedor de los ingleses, Liniers, invitándolo á que empuñara las riendas del gobierno y encareciéndole echara mano de su prestigio en el ejército y en el pueblo para hacer un último esfuerzo, á fin de apagar al nacer, y en su fuente, la revolución, aislándola y sepultándola militarmente en la capital.

El Virrey, prisionero y conspirador al mismo tiempo, lo invistió para ello de todos los poderes necesarios,

viniendo á ser Liniers, por tal concepto, el general en jefe del ejército realista, y aún del gobierno general en todo el Río de la Plata, debiendo obrar en combinación con el Virrey del Perú. Para comunicarle esta resolución y para investirlo de los altos poderes del mando del virreinato, envióle Cisneros á un joven de resolución, don Melchor Lavín, natural de Entre Ríos, apenas se vió depuesto del mando el 25 de Mayo; y este audaz mensajero, apenas de diez y siete años, volando de la capital sin ser sentido; devorando en tres días, á caballo, ciento cincuenta leguas de camino desierto y peligroso, llegaba á Córdoba el 28 de Mayo, penetrando en ella á las once y media de la noche.

Mas, por suerte, hados amigos condujeron aquel enviado furtivo del Virrey, no precisamente hacia los poderosos cuya espada y cuyo arrojo y decisión buscaban los intereses españoles, sino á casa de un personaje que, por aquel entonces, era la antorcha literaria del virreynato y una de las glorias intelectuales más robustas y brillantes de la América del Sur. Era éste el doctor don Gregorio Fúnes, Deán de la Catedral de Córdoba, con quien lo unían á Lavín relaciones de amistad; como que había sido el año anterior distinguido estudiante del Monserrat, de quien era rector el Deán, y donde había rendido pruebas muy satisfactorias [1].

Aquel claro varón había nacido en 1749, en uno de los hogares patricios más respetables y opulentos de la ciudad de Córdoba. Sus hermosas dotes intelectuales, sus nobles aspiraciones en las luchas del saber, sus virtudes; los muchos caudales de que disponía su familia y todas aquellas otras circunstancias que son propicias á elevar á los hombres á las cumbres de la inteligencia y de la sociedad, lo habían conducido de altura en altura, hasta la mayor y más esclarecida grandeza á que podía aspirar un americano

(1) Groussac: *Anales de la Biblioteca*, tomo III, página 188.

de espíritu como el suyo, durante el curso de aquellos tiempos; porque graduóse de doctor en la Universidad de Córdoba, el año de 1774, pasando seguidamente á Europa, donde en la célebre de Alcalá de Henares recogió las insignias de un segundo doctorado en ciencias y bellas letras y de bachiller en leyes civiles; y al año siguiente de 1779 obtuvo el honor de recibirse de abogado de los Reales Consejos. Cuando tornó laureado así á la patria, en categoría ya de Canónigo de la Catedral de Córdoba, sus progresos no decayeron; antes crecieron en sabiduría y obras bellas, que coronaron triunfos merecidos, así en la nombradía que le trajeron como en el desempeño de cargos honrosos del estado, entre los cuales, á más de ser, como Deán, el segundo gobernador del obispado, de tanta importancia en aquellos días, había merecido los honores del rectorado de la Universidad el año de 1808. En ella hizo reformas saludables y alcanzado para la juventud estudiosa ventajas notabilísimas, con la adquisición de nuevas cátedras; mientras él, para hallarse al corriente de la civilización del mundo, mantenía dos agentes en Madrid, ocupados en comprarle libros (1).

De esta manera, cuando estalló la revolución, el Deán Fúnes era ya hombre famoso; y su nombre de sabio, de varón probo y de buen consejo, como de escritor ilustrado y de literato y orador elocuente, cuyo estilo clásico servirá siempre de grata complacencia para los hombres doctos, había salvado las lindes de su país, haciéndolo conocido por todos los confines ilustrados del Nuevo Mundo. Aunque ya entrado en años, era de naturaleza robusta, poseía variada y profunda ilustración, que utilizaba con criterio sólido y elevado y que manejaba con pluma elegante y con una «palabra vehemente y fecunda en los recursos de la polémica». Era, de esta suerte, un poderoso luchador en los combates de la elo-

(1) Groussac: citado, página 235.

cuencia, fino y vivísimo, sumamente sagaz; ora prudente, ora arrojado, según lo pedían las circunstancias y los momentos; pudiendo errar, como el resto de los mortales, pero no ofuscarse por el arrebato y violencia de las pasiones.

A todo esto es conveniente añadir que el Deán Fúnes poseía, como cumplimiento y ornato indispensables á estas dotes de hombre civilizado, una cultura y unas maneras tan suaves y corteses que predisponían la voluntad en favor suyo, sin llegar nunca en sus actos ó en sus términos, por más acalorada que se pusiera la discusión, á las bajezas de lo soez



EL DEAN FUNES

ó lo vulgar, por su educación; ni en sus hechos á lo incivil y humillante, por la altura moral que inspiró siempre el móvil determinante de sus acciones. Resaltaba en él una acentuada fisonomía española, de facciones regulares, entre las que brillaban sus ojos grandes, de un mirar sereno, pero inteligente y penetrante; y una frente amplia y despejada que ocultaba bajo su bóveda, al ojo de los profanos, el seso quizá más luminoso y nutrido de la época. Formaban los contornos de su cara, que era grande, mejillas anchas y llenas, su nariz era recta y larga, y su boca no pequeña, pero de extremos recogidos; completando aquel conjunto la plácida expresión de su semblante; su busto, en fin, ya no era arrogante y erguido, sino encorvado.

Fácil será suponer ahora cuanto sería el poder é influencia que ejercería en Córdoba un hombre se-

mejante, y cuantos los servicios que de él iba á reportar el bien de la patria. Porque el Deán, á más de aquel pedestal en que lo había colocado ya la fama y en que lo venían á encontrar las primeras horas de la revolución, predominaba singularmente en la sociedad cordobesa, con particularidad en la clase elevada y superior, y aún pesaba y se imponía, como luz y brazo necesario, en los graves negocios de gobierno; y porque, siendo también dotado de grande actividad, de admirable fortaleza para el trabajo y el estudio, con el que había hecho vasta cosecha de conocimientos; leal y constante en sus empresas; siempre puro en sus intenciones; profesaba el más profundo amor á su país y tenía la entereza y el valor cívico bastantes para sacrificar, como lo hizo, en obsequio de la patria sus esfuerzos y fortuna particular, y consagrarle toda su vida á su servicio hasta cuando, ya octogenario, sintiera estallar su corazón, cansado de latir tan noblemente, para cortar de un solo golpe una vida tan fecundamente trabajada.

V

LINIERS Y EL DEÁN FÚNES

La juventud de Lavín, que apenas tenía diecisiete años, cargada como es de ligereza aquella edad de la vida y escasa de cálculos y prudentes reservas que dan y enseñan, por lo general, la experiencia del mundo y trato de los hombres; y por otro lado, el respeto que infundía en su ánimo la presencia, la edad, la superioridad y venerable autoridad de aquel sacerdote, cuyo techo buscó por asilo, causas fueron, entre otras menores, para que se escapara el secreto que traía, cayendo en manos del Deán todo lo sucedido en Buenos Aires, y los planes, proyectos y medidas de resistencia que ordenaba tomarse el Virrey, por sus tenientes en el interior.

Mas sucedía que el Deán era uno de aquellos personajes de gran valer, tocados del nuevo espíritu y que, á lo largo del virreinato, aislados y solos, estaban ocultamente comprometidos á secundar, llegado el tiempo, el movimiento emancipador, el que acababa así de saber había estallado en la capital. Así fué que en sus manos una vez el secreto, no perdió de aprovechar para su patria prenda tan casual y preciosa; y elevando, sin duda alguna, desde el seno del alma votos de gratitud á Dios por la revelación de que lo hacía tan felizmente dueño; hombre sagaz é inteligente como era, en vez de emoción amable demostró disgusto por lo acontecido; y desde aquel momento, manifestando el celo más ardiente por la causa del Rey, se propuso penetrar bien á fondo los planes españoles para revelarlos á la Junta de Buenos Aires ó para cruzarlos, en caso de que le fuera esto posible.

Echó, pues, mano inmediatamente de las circunstancias; porque tanto la gravedad de los sucesos ocurridos como lo apremiantes que parecían los momentos, no daban espacio á dudas y mayores esperas; y era de lealtad de buen vasallo, como de buen juicio, obrar sin pérdida de momento; al tiempo que mostrar activa diligencia, prueba vendría á ser ante los enemigos de un espíritu conservador y amante de lo antiguo, que por cierto mucho lo había menester el Deán, pues ya de tiempo atrás no estaba limpio de sospecha ante el ánimo prevenido de los españoles.

De esta manera, y sin aguardar al otro día, echóse á la calle, aprovechando de aquellas horas que restaban de la noche, conduciendo personalmente al enviado del Virrey á casa del Obispo primeramente, pues, por razones de oficio, mayores vinculaciones y confianza debía tener con el prelado que le servirían, sin duda, de eficaz apoyo en seguida para prevenir ó paliar recelos. Así unidos, todos tres siguieron á entrevistarse con Liniers, objeto principal de la diligencia, y que desde su confinamiento en Córdoba vivía al lado de su amigo el general Concha, á la

sazón Gobernador de aquella intendencia; en cuya casa celebraron conferencia aquella misma noche sobre el negocio, á la que concurrieron, á más del Gobernador, de Liniers y del Obispo, los dos alcaldes del Cabildo, el Oidor jubilado de la Audiencia del Cuzco, doctor Miguel Sánchez Moscoso; el Asesor jubilado del Gobierno de Montevideo, doctor Zamalloa, que era Oidor, á la vez, de la Audiencia de Buenos Aires; el coronel don Santiago Allende, el Asesor de Gobierno, doctor Rodríguez; don Joaquín Moreno y el mismo Deán Funes, á quien se lo aceptó entre ellos por razón de política, no obstante los recelos y escrúpulos que por sus opiniones se tenían; pues á más de estar al cabo de todo, no era prudente herirlo como á enemigo, si era persona de tanta influencia y valer.

Aquella reunión nocturna se reanudó en la mañana del siguiente día 29 de Mayo. En ambas el Deán tuvo que desplegar una habilidad la más trabajosa y difícil, porque todos aquellos personajes se pronunciaron hóstilmente contra la Junta de Buenos Aires; mas discreparon en cuanto á lo que convenía obrar.

El Gobernador de Córdoba sostenía que el mejor plan militar de la resistencia consistía en permanecer en aquella ciudad, hacerse allí fuertes, poniendo en conmoción contra Buenos Aires á todo el resto del virreinato; plan que no era descabellado porque, á estar á lo que eran las cosas en los primeros días, aparecía ante Concha por visible quimera aquello que la Junta pretendía de internarse en el seno del virreinato, extremecerlo y reducirlo con sólo la escasa fuerza de quinientos hombres, como estaba decretado, teniendo que habérselas con generales ilustres y jefes prestigiosos, como lo eran ellos, en verdad, y los del Alto Perú que aparecían llenos de poder; y aún hasta el honor militar se resentía de cobardía al huir al solo amago de tan audaz y débil amenaza. Pero Liniers sostuvo la opinión de que se marchara al norte, para organizar en forma la resistencia, haciendo pie en la provincia de Salta, y ordenando baja-

ran y se concentraran allí todas las fuerzas y recursos militares que existían en las provincias del Alto Perú, todas en manos de gobernadores españoles y no aguardar en Córdoba el ataque que muy luego les vendría, según se anunciaba; porque para tanto no estaban prevenidos, viniéndoles este conflicto de sorpresa, hallándose tan próximos á Buenos Aires que contaba con un ejército hecho y al cual, caso de quedarse, sólo podrían oponer elementos sin consistencia, reconcentrados á toda prisa. Y á fe que tenía razón; pues habiendo los revolucionarios de Buenos Aires tomado á los jefes de Córdoba como de sorpresa y halládolos desprevenidos, corriéndose al norte, la distancia en que quedaba Buenos Aires daba tiempo mayor para allegar elementos, levantar, organizar y disciplinar las fuerzas. Nadie ignoraba tampoco los recursos que brindaban aquellas regiones, grandemente preciosos en tan apurados momentos; pues que á más de los elementos militares y de todo otro género con que contaba por entonces Salta, los que tenían las intendencias peruanas de Potosí, Chuquisaca, La Paz y Cochabamba, con dinero copioso; y teniendo más allá, en seguida, al Perú, fecundo y opulento país, en que apoyar las espaldas, presentaban una fuente inagotable y poderosísima de recursos y hacían el triunfo indiscutible. Porque, dueños de Salta, quedaban en fácil comunicación con el Paraguay y Montevideo, pues un camino carretero unía entonces, á través del Chaco, á aquella ciudad con el Paraguay, con el que se comerciaba en mulas, yerba y tejidos; [1] viniendo así, protegidos por dilatados desiertos de las agresiones de Buenos Aires, á unirse y disponer de la vía fluvial del Paraná, donde imperaban con absoluta soberanía las naves españolas que, partiendo de Montevideo, recorrían libremente hasta la Asunción.

Así las cosas, nada más evidente que el acertado

(1) Tradiciones tomadas en Salta.—ZINNY: *Historia de los Gobernadores*.

plan militar concebido por Liniers que, de ejecutarse, Buenos Aires y la revolución estaban perdidos. Cupo así la gloria de salvarla, desbaratando el plan enemigo, en primer término, á Salta que, al dar la primera el grito de adhesión á Buenos Aires, arrastrando á su influencia y dirección los demás territorios que eran de su dependencia: Tucumán, Catamarca, Santiago del Estero, Jujuy y Tarija, arrebataba á la causa del Rey, como lo hemos visto, todo el inmenso país comprendido entre las fronteras de Córdoba y las de Potosí; y, en segundo término, al Deán Fúnes, que terciaba con habilidad feliz en aquello que aparecía como el consejo de guerra de los generales y jefes españoles.

Puso el Deán todo su empeño en sostener por eficaz y cuerda la permanencia en Córdoba; y sagaz como era, halagó la presuntuosa debilidad de Liniers, mostrando que con un jefe como él, tan popular y tan querido especialmente de los cuerpos armados de la capital, como que había sido el venturoso jefe que á su cabeza había reconquistado la patria de manos extranjeras, en su opinión era justo aguardar que su sola presencia bastaría para desbaratar con su prestigio cualquiera resistencia en Buenos Aires. El General se dejó seducir por estas caricias de su fama, y aflojó, tomando inmediatamente en sus manos la organización de las fuerzas militares allí mismo, en Córdoba.

VI

TRATA LINIERS DE LEVANTAR EL INTERIOR—EL DEÁN FÚNES DESBARATA LOS PLANES ENEMIGOS

El 7 de Junio llegaban á Córdoba los correos de Buenos Aires, conductores de las comunicaciones de la Junta, tanto al Gobernador como al Cabildo de la ciudad, exigiendo ser por ellos reconocida; y tras es-s, otros, trayendo correspondencias particulares

entre ellas, muchas de los amigos y deudos de Liniers, que le pedían, y aún rogaban, no hiciera armas en contra; que fuera neutral por lo menos; pues que dado el estado de las cosas, muchas serían las desgracias que acarrearía sobre sí y los suyos su contraria conducta. (1) Ante ellas, el noble militar pensó que su honor se comprometía, y—«¿Cómo, respondíales, siendo yo un general, un oficial que en treinta y seis años he acreditado mi fidelidad y amor al Soberano, en el último tercio de mi vida me he de cubrir de ignominia quedando indiferente en una causa que es la de mi Rey; y por esta infidencia he de dejar á mis hijos un nombre, hasta el presente intachable, con la nota de traidor?.» (2)

Ante los pliegos de la Junta, el Cabildo de Córdoba se pronunció briosamente por su condenación, reconociendo en su lugar al Consejo de Regencia erigido en Cádiz, mientras que, por su parte, el Gobernador provocaba nueva reunión particular para tratar el negocio. El Deán en ella, dando un paso más avanzado, opinó y sostuvo entonces que debía reconocerse la Junta de Buenos Aires por legítimo poder y, en unión con ella, formar el gobierno que más conviniera á estos países y á la seguridad de los derechos del rey Fernando, hasta que salvara de su cautiverio.

Opinión fué esta que provocó violenta indignación en sus colegas, que condenaban por crimen de deslealtad y traición todo acto que mostrara visos de independencia.—«Todo aquél, dijo Liniers en tono airado, que adhiera al partido de la Junta revolucionaria de Buenos Aires, y apruebe la deposición del Virrey, debe ser tenido por un traidor; pues que la

(1) Diputó la Junta cerca del Gobernador de Córdoba, Concha, á su cuñado don Mariano Irigoyen, por ser de su íntima confianza; Saavedra escribió á Liniers «explicándole con franqueza y candor los mismos sentimientos, é interesando la amistad y los títulos más sagrados para desviarlo del errado camino en que lo veía empeñado.» (Véase *Gaceta de Buenos Aires*, de 11 de Octubre 1810). Muchas otras personas principales le escribieron también en igual sentido.

(2) GROUSSAC: *Anales*, citados, tomo III, página 314.

conducta de los de Buenos Aires con la madre patria en la crítica situación en que hoy se halla, es igual á la de un hijo que, viendo á su padre enfermo, pero de un mal que probablemente ha de salvar, lo asesina en la cama por heredarlo.» [1]

Rotas quedaron desde aquel momento las relaciones entre el Deán y los jefes españoles; y aunque entonces y más tarde éstos lo calificaron de traidor y corrompido, sólo fué efecto del desbordamiento enconado que provocó la lucha; porque si bien se le abrió la confianza en el seno de las deliberaciones de un partido á que él no pertenecería, lo fué para discutir libremente, por cierto, el pronunciamiento de un gobierno en frente de graves sucesos, y Fúnes fué allí de distinto parecer á lo resuelto, lo cual equivalía á notificarles la conducta que debería seguir. Y si bien los lazos de la fidelidad al secreto así confiado, si es que después de esto conservaba aún su vigor primitivo, lo pudieran ligar hacia sus deberes de lealtad para con los hombres, mayores eran y más fuertes aquellos otros que lo obligaban hacia su patria, amenazada de muerte en la primera hora de su libertad, y ella le exigía el ser leal y celoso de su suerte. La conciencia del Deán pudo así, y después de todo, sentirse satisfecha y tranquila; porque en aquellos momentos supremos de la patria en peligro, no es dudoso ni difícil para el patriota decidir con acierto cual de ambos vínculos deberá romperse y cual de ellos prevalecer.

Liniers quedó, de esta manera, convertido en el jefe supremo de la defensa real, con todos los amplios poderes delegados en él por el Virrey depuesto, quien lo había instruído de los pormenores de los sucesos de Mayo; de que su deposición del mando era nula por lo violenta; y que de violencia también adolecía la circular que pasara á las demás autoridades exhortándolas á la unión y acatamiento de lo

(1) GROUSSAC: *Anales*, citados, tomo III, página 336.

consumado en la capital; pidiéndole hiciera entender esto mismo á todos los gobernadores y pueblos; y que, en fin, como jefe que quedaba del virreinato, resistiera á la revolución rechazando la fuerza con la fuerza. [1]

No pudo Cisneros haber hecho elección más acertada, porque era Liniers, como libertador de la patria, el hombre más respetado y popular de un extremo al otro del virreinato, cuyo prestigio no conocía rival; en tanto que, como vencedor por dos veces de los ingleses, el peso y autoridad de su nombre, como jefe militar, había establecido las más hondas raíces en la conciencia pública, arrastrando á sí la confianza de todo el país. De esta suerte, la causa española, sorprendida casi por el movimiento de Buenos Aires, sintió el pavor apoderarse de su ánimo al ver á todos los pueblos agitarse por aquella novedad con la excitación más viva, y quebrantados, al sólo extenderse tan extraordinaria noticia, «los últimos eslabones del respeto y la obediencia. En este desbordamiento de pasiones, sólo una mano se designaba capaz de contenerlas; y era esta la del agraviado Liniers.» [1]

Tomó el nuevo jefe las más activas providencias para contrarrestar el empuje de la revolución. Despacháronse de Córdoba avisos rápidos al norte, comunicando los sucesos y las medidas ordenadas adoptar por el Virrey depuesto; y tan rápidos fueron, y tal la celeridad con que corrieron, que el 9 de julio fueron ya recibidos en Lima por el virrey del Perú, llegando á recorrer, de esta suerte, en treinta y dos días, más de setecientas leguas que separaban á Córdoba de Lima; yendo, tras estos anuncios, las súplicas de los gobernadores españoles amenazados, desde Salta hasta el Cuzco, solicitando urgentes socorros para resistir; pidiendo muchos de ellos, en la

(1) Relación anónima publicada por el señor Groussac en los *Anales* citados, tomo III, página 387.

(1) TORRENTE: *Historia de la Revolución Hispanoamericana*, tomo I, página 68.

crisis del pavor, los tomara el virrey del Perú bajo su amparo y protección.

Liniers obtenía de esta manera llevar la alarma y dar el toque de rebato á todas las autoridades españolas, desde Tucumán hasta el Ecuador; obtenía también que los pueblos de Cuyo, sus vecinos, que estaban á pique de pronunciarse por la Patria, se contuvieran un momento; su comunicación era constante con todos los gobernadores del interior, habiendo logrado, al llegar el mes de Julio, recibir del de Potosí «cuantiosa remesa de dinero» para el sostén de la guerra, al propio tiempo que le aseguraba que las fuerzas militares acantonadas allí iban en vías de rápida unión con las del Cuzco y Arequipa, que comenzaba á organizar en esos momentos Goyeneche, y con las que en todo el Alto Perú capitaneaba el general Nieto, las cuales marcharían en breve unidas á ponerse bajo sus órdenes (1).

Estas halagüeñas perspectivas y fáciles esperanzas se unían á los aprestos que en Córdoba encabezaba y dirigía Liniers en persona. Desde el momento que asumió el mando ordenó á los jefes militares de la campaña bajaran con cuanta milicia y armamento recogieran á reconcentrarse en la ciudad. Por inmediato jefe de las armas fué puesto el coronel don Santiago Allende, de una de las más notables familias de Córdoba, más varonil que Liniers, capaz, por sus vinculaciones é influencia personal, «de arrastrar toda aquella provincia á la causa del Rey; y como militar era jefe experimentado en la guerra, veterano de la campaña famosa contra Tupac Amarú en 1781, donde había sido el brazo derecho de Reseguín y Segurola;» (1) y el cual, en breve espacio, consiguió contar bajo sus órdenes hasta mil hombres de todas armas.

El General aparejó hasta catorce cañones y adies-

(1) Groussac: *Anales*, citados, tomo III, página 313.

(1) Mitre *Belgrano y Güemes*, artículo del doctor Vélez Sársfield, página 237

traba personalmente á los oficiales en su manejo, y el tesorero, don Joaquín Moreno, antiguo oficial español, instruía con febril entusiasmo las tropas. Contábase, además, con el regimiento provincial de Córdoba, que les servía como de base. Mientras tanto, el activo Deán daba, desde el primer momento, cuenta de estos aprestos enemigos á la Junta, la que lo tuvo desde entonces por su ministro principal en Córdoba; y usando de un ingenio y de una audacia dignos de la noble causa que defendía, se había puesto desde un principio en secreta comunicación con su hermano don Ambrosio Fúnes, con don Tomás de Allende, sobrino del coronel, con numerosos clérigos y frailes, de que aquella capital era tan pródiga entonces, y con buena cantidad de abogados y comerciantes, afectos todos á la idea de la independencia.

Jefe el Deán de la oposición á la reacción encabezada por Liniers, mientras éste tendía sus brazos á la campaña en demanda de socorros, con toda la fe y confianza de aquel que está acostumbrado á mandar sin resistencia, despachó á los centros más importantes de la comarca emisarios ocultos, conductores de proclamas, de cartas y demás papeles incendiarios, calculados para despertar el entusiasmo por la libertad, y con el propósito de que pusieran en movimiento la campaña para obstaculizar los planes del gobierno y para que le cortaran sus comunicaciones con los jefes realistas del Alto Perú, colocando al efecto, como aconteció, partidas encargadas de ello á lo largo de la travesía de Ambargasta.

Púsose así en juego la más febril actividad, tanto de parte de Liniers como del Deán, pujando, en términos opuestos, por aquellas dos causas enemigas; lucha de la que vino á compartir la misma Junta de la capital. Porque como supiera Liniers que se preparaba á partir para batirlo una expedición de Buenos Aires, según se tenía acordado en el acta de la revolución, y se sintiera él apurado y débil con los solos recursos con que contaba en Córdoba y con tropas nada expertas en la guerra, y á quienes, por sí solo,

no podía sujetar ni contar con ellas sin tener una base de tropas por disciplina y opinión fuertemente adictas, para echar así mano y castigar á los instigadores del desorden, sin temor ya de un alzamiento popular, ahora temible y peligroso, envió, con gran sigilo y prontitud, á su propio hijo don Luis, alférez de navío, de emisario á Montevideo, suplicando socorros militares. Mas, por cauto y secreto que fué el manejo de este negocio, no pudo escapar al celo más vigilante y despierto del Deán, quien inmediatamente lo puso en conocimiento de la Junta, y ésta lo entregó á la mira de la policía, que tenía ya organizada en todo el país el doctor Moreno, que era en aquellos días la cabeza pensadora, la voluntad dominante y el espíritu dirigente del gobierno de la capital viniendo, de tal suerte, á caer en sus manos el joven Liniers que, habiéndose embarcado en una balandra en el puerto de Santa Fe, vogaba por las costas de San Nicolás marchando á su destino, cuando fué apresado.

VII

LINIERS Y SUS COMPAÑEROS EMPRENDEN LA FUGA Y CAEN PRISIONEROS

Mientras tanto, las circunstancias apretaban y urgían cada vez más, porque los trabajos patrióticos de los cordobeses minaban de manera tal las fuerzas bisoñas que adiestraba el gobierno, que noche á noche desaparecían de sus filas los soldados, amparados por el Deán y sus agentes, para lo cual emplearon todo el esmero y arte de la seducción, y con especialidad el dinero. Quien más le ayudaba en estos trabajos de oposición era don Tomás Allende, que dirigió una verdadera guerra de recursos contra Liniers, privándole de todo elemento en la campaña, hasta el extremo que los jefes de la resistencia en Córdoba no

hallarían ni caballos que tirasen sus coches cuando quisieran huir. (1)

En situación tan afligente, las últimas esperanzas de consumar los primitivos propósitos cayeron; porque así como le vino la mala nueva de la prisión de su hijo, los socorros pedidos por otro enviado y aguardados con ansias de Montevideo, pasaba el tiempo y no llegaban, y el ardor revolucionario de Córdoba crecía, y la deserción aumentaba, y el miedo cundía; y el Cabildo, antes tan brioso y consolador, ahora vacilaba; y como nuevas llegaran á la vez de que el ejército de Buenos Aires, de más de mil hombres, con tren de artillería, venía ya tan cerca, fuerza fué determinarse á tomar una resolución final que terminara el conflicto, y ésta fué la retirada hacia el norte, que más fué una verdadera fuga; adoptándose así, demasiado tarde, el primitivo plan de Liniers, el 27 de Julio, cuando ya, con el pronunciamiento de Salta, cinco provincias del norte estaban perdidas y todo Cuyo decidido por la Patria; cuando el ejército de resistencia se hallaba reducido á sólo cuatrocientos reclutas, cuyos oficiales se sentían tocados del espíritu de la revolución y la tropa presa del recelo y del miedo que engendra, de suyo, una retirada que, como aquella, no era más que una pública confesión de debilidad y fortuna perdida; y cuando, finalmente, todos los caminos estaban tomados en una extensión de doscientas leguas, por lo menos, al través de un país enemigo.

Los fugitivos, que habían dejado á Córdoba el 31 de Julio, llevándose setenta mil pesos del tesoro público para el sostén de sus tropas, tuvieron que apurar muy en seguida los últimos rigores de su mala estrella; porque esa misma noche cincuenta hombres desaparecieron de las filas de su ejército, y tras estos los demás; pues se hallaba tan trabajado su espíritu en favor de la revolución que hasta la compañía de

(1) MITRE: *Belgrano y Güemes*, citado, página 287.

veteranos, que era el único punto de confianza, desertó toda junta al siguiente día, á vista de los jefes, y aún hiriéndolos con vocesy denuestos. A mayor abundamiento, incendiáronse los cargamentos de pólvora y municiones al poco andar; la caballada, que llevaban en crecido número y tan indispensable en el caso, dispersóse una noche y quedó perdida, merced á los ardides empleados por agentes ocultos que desde Córdoba la seguían; y los maestros de posta, como la mayor parte de los vecinos de consideración del tránsito, conquistados igualmente por los trabajos del Deán, negaron sus auxilios, á extremo tal, que la artillería que llevaban fué imposible conducirla más; visto lo cual, y para inutilizarlos, claváronse los cañones y se quemaron las cureñas.

Deshecha de la manera indicada la resistencia que se preparaba en Córdoba, y abandonada la ciudad y los parciales de la reacción á su propia suerte, el entusiasmo rompió los límites de la reserva en los unos, y el recelo y el temor se apoderaron del ánimo de los otros, según el papel que habían jugado en tan rápidos y caldeados días.

Contábanse entre los últimos los miembros del Cabildo, por haber prestado mano amiga á los trabajos de Liniers; por lo que, volviendo espaldas á éste, y visto el trance por demás apurado en que quedaban, enviaron un diputado, que lo fué su propio alcalde, al general de la expedición, ofreciéndole la adhesión y fraternidad del vecindario y autoridades restantes en Córdoba, viniendo, por tal suerte, á acontecer que en aquel foco, antes amenazador y temible de la resistencia española, el ejército de la Junta penetrara el 8 de Agosto acogido por inmensa ovación popular. Once días más tarde, el benemérito Deán, á cuyo talento, á cuya abnegación y á cuyo amor á la Patria se debía este triunfo, que importaba para la suerte de la revolución tanto, sin duda, como una gran batalla campal, era electo diputado al futuro Congreso, en los términos prevenidos, teniendo muy en cuenta para ello el patriotismo de

que había dado tan notable prueba, como sus altísimas dotes literarias.

Antes de su entrada á Córdoba, el general Ocampo, informado á buen tiempo de la fuga precipitada de Liniers y demás autoridades realistas, despachó en su persecución y alcance una partida ligera de doscientos hombres, desprendida del ejército y al mando del segundo general, don Antonio Balcarce, auxiliado por los cordobeses con todos los medios necesarios para el caso. Los fugitivos alcanzaron esta noticia en una posta, y viéndolo todo perdido sólo pensaron entonces en su salvación personal, para prestar en ocasión más propicia sus servicios á la causa real; y como el fugar unidos consideraran aquellos hombres por peligroso, determinaron de dividirse, después de dejar en libertad de regreso á los demás oficiales que aún les restaban fieles. Así, dejando los coches y montando á caballo, Liniers, acompañado sólo de Lavín y de su capellán, tomó rumbo hacia la izquierda, en dirección á la sierra; el obispo Orellana, disfrazándose bajo el común hábito de los clérigos y acompañado sólo de dos, dejando en mano del párroco del lugar un caudal de mil pesos en oro que conducía, tomó á la derecha, mientras el resto de la escasa comitiva seguía por la ordinaria ruta.

Asido de su última esperanza, adelantó de allí mismo el general Liniers, para comunicar al gobernador de Potosí tanto la resolución tomada como sus actuales apuros, al doctor García, clérigo cordobés, y á don Miguel Sánchez Moscoso, su oficial ayudante; los cuales salieron en posta á su destino, burlando las espías apostadas á su paso; mas para caer en Salta en manos de las guardias de don Diego Pueyrredón que, por orden de la Junta, desde muy antes tenía establecidas y formadas de prácticos del país, y aún pagadas de su propio bolsillo, por los caminos aún más intransitados que conducían de Salta hacia el Perú, y al mando inmediato del joven oficial don Martín Güemes. Llevados á pre-

sencia del gobernador Isasmendi, éste los dejó seguir viaje, bajo la disculpa de no haber dado en ellos con papel alguno que fuera prueba comprometedora; mas, en verdad, por hallarse en secreta comunicación con los enemigos. Visto lo cual, y estando Pueyrredón directamente encargado por la Junta del apresamiento de Liniers y sus amigos en cuanto cayeran por allí, pudo el bizarro jefe enorgullecerse y jactarse, al mismo tiempo, y por cierto que con razón, de que si aquellos habían escapado, lo que era Liniers y sus cómplices no entrarían ciertamente al Perú. (1)

Balcarce, que seguía á los fugitivos con un destacamento ligero de setenta hombres, hizo su marcha con tal velocidad, que al siguiente día de la separación de aquellos estuvo en el punto en que se dividieron, adquiriendo de los del lugar la instrucción de los caminos que habían tomado, despachando al efecto las partidas para apresarlos, con la orden de que, una vez habidos, se reunieran todos en el punto que tuvo á bien señalarles.

Esa misma noche, que era la del 5 de Agosto, en la fuerza de la persecución, divisó Balcarce el resplandor de un fuego que ardía en el seno de un bosque; y como al llegar á aquel sitio nada más hallaran, en vez de vivienda, que un corral formado de ramas y dos hombres á su puerta, los cuales guardaban unas mulas, interrogaron á éstos sobre los fugitivos. Intentaron en un principio negarse á decir verdad, pero bien luego cedieron apocado el ánimo con la presencia de las tropas militares, y confesaron que las mulas aquellas pertenecían á don Santiago Liniers y que éste se hallaba á la sazón pernoctando en un rancho distante de allí sólo tres cuartos de legua.

Con el encargo de prenderlo fué despachado, con un piquete de soldados, el oficial ayudante Urien, de

(1) Groussac: *Anales* citados, tomo III, página 348.

las tropas de Buenos Aires, el cual era un insigne bellaco.

Altas pruebas dió de ello; pues como el infeliz General hubiera llegado á pernoctar en aquella miserable choza, rendido de fatiga después de una marcha de veinte leguas corridas á caballo y por caminos ásperos y quebrados, y estuviera en aquella hora entregado al sueño, siendo la mitad de la noche, Urien llegó á la vivienda con su gente y penetró en ella; á cuya vista Liniers descargó sobre él los tiros de su escopeta, más con tan mala suerte que las cebas no hicieron su explosión. Urien hizo bajar sus bayonetas sobre el pecho del General, y llamándolo de pícaro sarraceno, á más de otras torpezas propias de su lengua, como que lo trataba de tú, en menosprecio de su clase y de su rango,—le intimó vistiera en el acto; hecho lo cual, y uniendo la brutalidad de sus hechos á la de sus voces, le ató los brazos hacia la espalda, cual si se tratara de insigne facineroso, ciñendo las ligaduras con fuerza tal, que le vino á reventar la sangre por los extremos de los dedos. Dando de allí más amplitud á su empresa, se entregó al saqueo del equipaje del indefenso prisionero, con una avidez repugnante.

Pasaron así las tres horas que restaban de la noche, hasta que al rayar el día partieron con dirección al campamento de Balcarce, montado Urien en la silla del General y con sus armas, y colocando á éste, para aumento de agravios, en malísima é incómoda montura.

La suerte del prelado no fué más benigna y llevadera; pues que habiendo caminado tan sólo ocho leguas, cayó en manos del jefe de la partida que lo perseguía, y que lo era un tal alférez Rojas, que era otro malandrín de cuenta. Registró éste ampliamente al Obispo, sin temor y con menosprecio de los anatemas que por tal acto le anunciaba; le privó del dinero que llevaba en el bolsillo, que eran tres onzas de oro, y aún le arrebató de su dedo el anillo pastoral.

Verificado así el secuestro, como á pícaro de cuenta, y á pesar de hallarse convalesciente de grave en-

fermedad, se le ordenó montar á caballo; y lo que es más cruel aún y condenable, que galopara, ejercicio insufrible en aquel estado y más aún para quien no está acostumbrado á cabalgar. Iba el mitrado hasta entonces vestido con traje de presbítero, mas allí tomó de nuevo sus ropas episcopales, y siguió la penosa marcha en la forma conocida. Rendido por el cansancio, tomó un instante de reposo al llegar á una posta del camino, tendido en el suelo sobre la alfombra que le pusiera piadosa mujer del lugar; mas el inhumano oficial le intimó continuara nuevamente su camino. Fué en vano que por el amor de Dios y por cuanto hay de más noble y sensible al pecho humano, le suplicara á este hombre feroz la concesión de un momento más de reposo; pues que, antes que acceder, lo ultrajó al Obispo con cuanta injuria y desvergüenza se le vinieron á la lengua; y de tal modo que, por no oirlo más, resolvió éste continuar su vía dolorosa, y Rojas, para que le fuera más amarga, castigábale la bestia, de propósito y con tesón, hasta que llegaron al campamento.

El resto de los fugitivos vino á dar igualmente en manos de sus perseguidores; mas no sufrieron ellos de insolencia por parte de sus guardianes, aunque debe decirse que el tesorero Moreno fué cargado con una barra de grillos.

VIII

CHOQUE ENTRE LA JUNTA Y OCAMPO

A espaldas suyas, mientras huían, el gobierno de la revolución decidía en más grave medida sobre su suerte.

Es el caso que como en la Junta de Buenos Aires dominara, por la fuerza de su genio y voluntad, el doctor don Mariano Moreno, y tuviera éste un alma bañada en el sistema de sangre que caracterizó la revolución francesa, quiso, como ésta, usar del arma del terror.

pero sin conmiseración ni piedad, contra sus enemigos; é hizo que la Junta aceptase, en 28 de Julio, su resolución de condenar á muerte á los amotinados de Córdoba, sin exceptuar ni al mismo Obispo. Dícese, y con buenos tintes de verdad, que apenas obtuvieron los terroristas (esta era la frase con que los designaban) un solo voto de mayoría por la muerte de Liniers y sus compañeros, en cuya honrosa minoría, así derrotada, debe contarse al Presidente de la Junta, cuya moderación y prudencia fueron y son altamente notorias.

Hallábase el general Ocampo y los demás miembros que formaban la *Junta de Comisión* que llevaba el ejército tranquilamente en Córdoba aguardando el resultado de la persecución, cuando llegó á sus manos aquella orden fatal: «El escarmiento, se les decía en ella, debe ser la base de la estabilidad del nuevo sistema y una lección para los jefes del Perú, que se avanzan á mil excesos por la esperanza de la impunidad.» [1] Y era su mandato tan ejecutivo é imperioso, «que en el momento en que todos ó cada uno de ellos sean pillados, decía la orden, sean cuales fueren las circunstancias, debe ejecutarse esta resolución, sin dar lugar á minutos que proporcionen ruegos y relaciones capaces de comprometer su cumplimiento»; temores que no eran vanos ni infundados, porque todos aquellos perseguidos eran personajes, como el Obispo, de muy alta condición social, y vinculados por matrimonio ó por vínculos directos de la sangre, en los hogares más visibles y respetables, tanto de Córdoba como de Buenos Aires [2].

Hubo Ocampo, como subalterno militar, de dar inmediato cumplimiento á lo dispuesto, y despachó, al efecto, las órdenes del caso á Balcarce, para que fusilara á los prisioneros en el lugar en que se ha-

(1) ZINNY: *Historia de los Gobernadores*, tomo II, página 200.

(2) Liniers era casado en Buenos Aires en la familia de don Martín de Sarratea; Concha lo era en Córdoba; Allende pertenecía á una de las familias de más alta calidad de este vecindario.

llaran y á las tres horas de la notificación. Mas como medida tan grave y extraordinaria, á pesar de la recomendación del gobierno, hubiera transcendido á ciertos personajes de Córdoba, entre éstos los Fúnes, y de allí hubiera tomado ensanche dilatándose por el resto de la población, la consternación y el dolor cundieron por toda ella, la cual vino á pedir, presidida por el deán Fúnes, por el Cabildo, por el clero, las damas y demás personas de calidad, se suspendiera la ejecución hasta que, tocando la piedad y los mejores intereses de los hombres que formaban la Junta, á quienes los Fúnes escribirían, pudiérase lograr la revocatoria. El Deán tomó la voz por todos, reclamando la atención sobre el crédito de la revolución que, siendo tan justa, «vendría á tomar desde aquel momento el carácter de atroz y aún sacrílega, en el concepto de unos pueblos acostumbrados á postrarse ante sus obispos»; hizo notar, á la vez, las vinculaciones de sangre que las víctimas presuntas tenían en las más notables familias del país, cuya adhesión á la causa era preciosa, cuya actitud, desde ya, estaba por la revolución y que vendría á amortiguarse su patriotismo y á tornarlas quizá enemigas estas muertes; y haciendo luego brillar con emocionante elocuencia cómo las leyes de la humanidad vendrían á ser ultrajadas y escarnecidas, sacrificando así á los hombres por opiniones políticas, nada menos que por un gobierno que se preciaba de amigo de la libertad;—pidió la suspensión de la ejecución hasta tanto él y su hermano don Ambrosio, muy vinculados en la capital por sus relaciones, escribieran á Buenos Aires por la revocatoria y substitución por pena menos cruel. (1)

Aquel reclamo popular no encontró resistencia mayor en el jefe de la expedición, ni en los individuos que componían la llamada Junta de Comisión que presidía el vocal doctor Vieytes, pues en todos

(1) FÚNES: *Ensayo Histórico*, página 371.

ellos se hallaban los mismos sentimientos; como que el generoso Ocampo, cuando leyó la resolución de la Junta, no pudo contener su emoción y echó á llorar. [1] Menos podía ahora empeñarse en ejecutarla, porque, á más de las mil razones políticas que le hicieran ver los patriotas cordobeses, que interesaban y comprometían tan seriamente la causa general, y á más de la repugnante injusticia que encerraba en sí aquel sacrificio,—en cuanto á lo que á Ocampo se refiere, vínculos de altísimo respeto, de amistad y antigua jerarquía ligábanlo con los presos; como que Liniers había sido su jefe, bajo cuya dirección y comando había salvado la patria de extranjera servidumbre, echando de ella á los ingleses; y era Concha también uno de sus hermanos de armas, compañero de gloria en aquellas jornadas.

Dejándose llevar de aquel reclamo, y cediendo á tan nobles impulsos los fríos deberes de la obediencia militar en causa política, dirigió á Balcarce la orden de suspensión, la cual llegó felizmente á buena hora, y á la Junta una nota en que decía:—«Como uno de los más firmes apoyos del actual gobierno y de la expedición auxiliadora es la adhesión y amor de todos estos pueblos, es absolutamente indispensable no chocar descubiertamente la opinión pública. Las preocupaciones que aún prevalecen en ellos en las materias de religión, principalmente, han producido á nuestra vista el más declarado sentimiento con sólo la presunción de que el Obispo sería una de las víctimas de nuestra fuerza. Los más de los delincuentes, enlazados en esta ciudad con los vínculos más estrechos, serían llorados por aquellos mismos que acaban de hacer los mayores esfuerzos por auxiliarnos. [2] La mayor parte de este pueblo se cubriría de luto y, de este modo, previniéndonos en todas las ciudades la consternación y el terror, no hallaría entrada en los

(1) Zinny: *Obra* citada.

(2) Como era don Faustino Allende, pariente inmediato de don Santiago Allende, uno de los prisioneros.

corazones de sus habitantes la alegría y el regocijo que debíamos esperar; los dominaría la fuerza y no el amor, que es, por tantos títulos, la base más segura para cimentar el nuevo sistema de gobierno y el inevitable escollo en que debe estrellarse la esperanza de los opresores del Perú.

«Vuecelencia conoce mejor que nadie la necesidad en que todos nos hallamos de ganar el afecto de todos estos oprimidos compatriotas, haciéndoles ver que, contrarios en todo á los sanguinarios déspotas que se complacían anteriormente en derramar sangre, se pone en ejecución todos los medios de dulzura para hacer conocer las ventajas del suave y sabio gobierno que unánimemente confiaran á Vuecelencia».

Así y todo, la generosa intervención del pueblo cordobés y las graves razones expuestas por el General, vinieron á estrellarse ante el ánimo intolerante y cruel de un gobierno sanguinario, dejando en su desprecio, como cosa baladí y poco digna de atención, el formidable influjo de la opinión pública, obrando así en contrario, y en momentos en que la revolución tanto de ella había menester.

Súbita y violentísima indignación vino á causar entre los terroristas del gobierno de la capital aquella súplica de Ocampo; y tan fuerte y tan grande el temor, el miedo y la desconfianza que les causó el imaginarse á Liniers penetrando en el pueblo de la capital, que daban la causa á pique de perderse con el hecho; tanto era el prestigio del enemigo y tal la confusión del gobierno con el suceso. «No puede usted figurarse, le escribía Moreno á Chiclana, el compromiso en que me han puesto; y si la fortuna no nos ayuda, veo vacilante nuestra fortuna por este solo hecho.» (1)

Inmediatamente se acordó no sólo rechazar la gracia que pedía Córdoba, sino también enviar un otro comisionado, pero de tal carácter y adhesión, que se

(1) *Carta de Moreno*, Biblioteca Nacional, manuscrito núm. 5154.

tuviera en él fe y confianza profundas. Sin embargo, la Junta, transformada de esta manera en tribunal de sangre, sólo dispensó de la pena capital al Obispo.

Resuelto así el asunto, no podía darse con el hombre del caso sino entre aquellos mismos que formaban en la Junta el partido del terror, y allí lo buscó Moreno.—«Vaya usted, dijo en la reunión dirigiéndose al doctor don Juan José Castelli, uno de los vocales, y espero que no incurrirá en la misma debilidad que nuestro General. Y si todavía no se cumpliese la determinación tomada, agregó en seguida, irá el vocal Larrea, á quien pienso no faltará resolución; y, por último, iré yo mismo, si fuese necesario.» (1)

Castelli fué, de esta manera, comisionado para la ejecución de la sentencia de muerte; mas, después del traspié ocurrido y como para que en adelante no se hallara objeción á ninguna orden del gobierno, cualquiera que ella fuese, se lo instituyó representante oficial de la Junta ante el ejército y las autoridades y pueblos del interior, revestido de todas las facultades, honores, tratamientos y distinciones que eran propias sólo de la suprema autoridad.

IX

PADECIMIENTOS DE LOS PRISIONEROS

Mientras tales cosas sucedían en la capital, Balcarce recibía la orden del General de encaminarse á ella, conduciendo los prisioneros. La suerte que cupo á éstos continuó siendo menguada y triste; porque, en tanto que sus parciales y aún sus propios criados, excepción sólo de un cocinero, se los separaba y remitía á Córdoba, vino á recibir aquel mismo mentado Urien el encargo de escoltarlos en la marcha, con cincuenta hombres. Sucedió así que, no obstante que

(1) Zinny: *Obra citada*, tomo II, página 173.

en la noche de su apresamiento y en otras ocasiones que siguieron habían sido despojados de sus equipajes, con altísimo descrédito del ejército, este inhumano oficial procedió, como primera diligencia, al registro y secuestro de cuanto sus víctimas conservaban hasta entonces; y á tal extremo, que de allí en adelante casi iban desnudos, usando del colmo de su crueldad para con Liniers, pues, á fuer de generoso, apenas dejó á los demás tres mudas de ropa interior; mas á Liniers tan sólo la que llevaba puesta; viéndose éste obligado á pasar por el mísero trance de tomar la de otro para limpiar la propia; y alguna vez aún á quedar enteramente desnudo en cama mientras lavaban la suya. Muchos días corrieron sin que hallaran en el camino el descanso y abrigos del lecho, teniendo que pasar envueltos en sus capotes aquellas largas y frías noches de Agosto, que son del rigor del invierno; y se dió el caso de que habiendo llegado la comitiva á pernoctar á casa de una pobre mujer, ésta extremó sus afanes en preparar una cama donde reposara el Obispo; advirtiendo lo cual, Urien la tomó para sí, dejando al prelado en la misma privación que los demás.

Este oficial Urien se hizo por tal modo para ellos mortificante demonio. Tomó la singular devoción de registrar á los prisioneros, en cualquiera sospecha que tenía, para despojarlos de los miserables y pequeños socorros que alcanzaban de la piedad en el camino, como de cualquiera otra prenda de valor que hubiera podido escaparse á su rapacidad; porque como fuera también algo dado á la embriaguez, y tuviera además grande afición al juego y demás costumbres viciosas de la juventud mal criada y divertida, todos los valores desaparecían en pocas horas de sus manos; y como fuera así mismo soez y torpe en sus palabras y maneras, de vuelta de algunas de estas campañas desgraciadas, llevado por el desquicio mental de la embriaguez, saciaba su cólera y mal humor descargando sobre sus víctimas cuanto improperio y desvergüenza se le venía á la lengua. Trein-

ta mil pesos del erario público de Córdoba, caídos en manos de estos oficiales de la revolución y que conducía el tesorero Moreno para los gastos del ejército de Liniers en retirada, desaparecieron entre ellos, sin conocerse hasta la fecha cuál haya sido su paradero; y Urien, como se había apoderado de todo cuanto llevaba su prisionero en el acto de apresarlo, tenía, entre otras cosas, un alfiler de pecho, de un solo brillante, calculado su precio en mil doscientos pesos; y una cajilla de oro, joya aún más rica que la anterior, pues estaba guarnecida de brillantes y su valor reconocido en Río de Janeiro, en siete mil quinientos pesos; los cuales, con la torpe indelicadeza que le era propia, se las mandó ofrecer en venta á su mismo dueño y por un precio vil, como que no sabía apreciar tan altas cosas; y éste pudo así recuperarlas valiéndose para ello de tercera mano. (1)

No contento con esto, se entregó aquel mal hombre al inícuo gozo de atormentar los prisioneros. Sucedió, por ejemplo, que una pobre campesina comprara unos pañuelos de bolsillo y se los obsequiara, viendo la necesidad y carencia que tenían de ellos; pero Urien se apoderó muy luego de tales cosas; y también que como el doctor Rodríguez fuera en extremo fumador de cigarrillos de papel, conociendo Urien cuanto es el sufrimiento que su privación engendra á las naturalezas dominadas por el vicio del tabaco, lo despojó de dos pliegos de papel de fumar que, tras varios días de sufrir su falta, había llegado á conseguir. El oficial permaneció invulnerable á los ruegos y súplicas que se le hicieron, mas cedió blandamente en cambio de dos charreteras de oro que se usaban para el calzón, y que hasta entonces habían escapado á su rapacidad, ocultas bajo las botas de Rodríguez. Al Obispo no se le permitió celebrar; pues que «el reo de estado, según Urien, no podía

(1) Sucedía esto durante algunos pocos días que permanecieron en Villa de los Ranchos, veinte leguas de Córdoba. Liniers se valió del presbítero Ferreyra para que hiciera la compra. El alfiler se vendió en dos onzas de oro y la caja en trescientas cincuenta.

decir misa»; y la única vez que accedió á que el santo sacrificio se celebrara, cediendo sólo á la intercesión de una mujerzuela con quien andaba en pendencia de amores, sirvió para que aquel grupo desgraciado santificara sus dolores á las puertas ya del sepulcro, y jurara en aquel acto, otra vez, al recibir la hostia, con una entereza de ánimo conmovedora y admirable, su fidelidad al Rey y á la metrópoli.

X

FUSILAMIENTO DE LINIERS Y DEMÁS REOS

El mal comportamiento del jefe de la escolta subió á tal punto, que se tuvo por conveniente relevarlo, reemplazándolo por un otro oficial más humano y cumplido; lo que fué para los presos verdadera ventura, pues de allí cesaron para ellos tan asíduas é inútiles mortificaciones.

Esto, y la justicia en que se creían empeñados, y la loca ilusión que se les vino de que en Buenos Aires, siendo foco del movimiento, encontrarían, sin embargo, si no apoyo popular, jueces al menos que juzgaran con imparcialidad y con las garantías comunes su conducta; en mil otras cosas pensaban, menos en la cercanía de la muerte. Suele también á veces suceder en ciertas enfermedades que, en el momento mismo en que el tránsito se mira ya cercano del paciente, nótase éste una reacción favorable, y tan intensa á las veces, que se juzga de nuevo y seguramente asido á la vida; y, sin embargo, declina luego, desfallece y sucumbe. Cosa semejante vino á acontecer á aquellos hombres; porque de allí á poco, llegaron á un punto cercano de Cruz Alta, entre sesenta y siete leguas de Córdoba y ciento una de Buenos Aires; y en aquel punto, al abandonar muy á la madrugada el lecho, el día 26 de Agosto, apercibiéronse de que el jefe de la escolta celebraba, á lo que parecía, muy grave conferencia con un

oficial extraño, y que en vez de continuar la marcha como estaba dispuesto, ésta se detenía; lo que tomaron por siniestro presagio.

Este nuevo oficial, que lo era don Domingo French, tomaba el mando esa misma mañana, y como intimara á uno de los prisioneros hiciera entrega de una pequeña navaja que se les había concedido para los usos de la mesa, lúgubre presentimiento agitó la mente del doctor Rodríguez que, comprendiendo lo que aquello significaba, vislumbró el triste desenlace de su suerte.—«Compañeros, exclamó, hoy compareceremos ante el tribunal de Dios.»

Puestos en marcha, caminaron algo como tres leguas desde aquel paraje; y serían las diez de la mañana cuando fueron detenidos por otro nuevo oficial, que lo era don Juan Ramón Balcarce, militar de honor, el cual, apartando de ellos los criados y equipajes, encaminó los coches en que viajaban hacia un costado del camino, penetrando en seguida á un bosque de talas y espinillos, llamado entonces de los Papagayos, distante del camino cosa de un cuarto de legua, y como dos de la posta que llamaban de la Cabeza del Tigre.

Iba Balcarce al lado del coche de Liniers, y como notara éste el desvío que se hacía del camino, con natural inquietud, le preguntó:—«¿Qué es esto, Balcarce?»—A lo que respondió el Coronel:—«No lo sé; otro es el que manda.»—Luego arribaron á un punto en que, abriendo su seno el bosque, dejaba un espacio libre á las maniobras. Allí estaba el que mandaba; era el doctor Castelli, acompañado del doctor Rodríguez Peña, que hacía de su secretario, y de cincuenta hombres de tropa armados á fusil. Eran estos soldados extranjeros, pues tan resaltante aparecía la injusticia de la sentencia de muerte y tan condenable debía ser para la opinión pública, caso de serle conocida, y tal, á la vez, el prestigio que se temía de Liniers sobre los cuerpos de Patricios, que el doctor Moreno dispuso que los soldados que se enviaran para la ejecución no fueran argentinos; es decir,

aquellos á quienes Liniers había conducido á la victoria, salvando la patria en gloriosos días, porque temía ciertamente que los Patricios y Arribeños se negaran, y con razón, á descargar sus armas sobre el pecho de su antiguo y amado general. Así fué que echó mano de soldados ingleses que habían quedado de aquellos mismos de las invasiones; de manera que, y por amarga irrisión del destino, el General de la reconquista iba á recibir la muerte en nombre de Buenos Aires, de aquellos mismos á quienes había rendido en su defensa, como para que la injusticia que con él se cometía apareciera más amarga y cruel. Triste recompensa que recibió el reconquistador de la capital por el extraño delito de no haber pensado lo mismo que el gobierno de aquella ciudad, en lo que resultó, á más de lo arbitrario, una enorme ingratitud. Porque, ¿desde cuándo Buenos Aires tenía derecho de imponer gobierno á los demás pueblos? ¿Por cuál ley el resto de las ciudades, la mayoría inmensa de las provincias, quizá todo el virreinato, estaba obligado, bajo pena de la vida, á aceptar cuanto la capital hiciera de su propia cuenta y pensase, cual si fuera el soberano legítimo? ¿No eran iguales, acaso? ¿También no tenía Córdoba el derecho de formar el gobierno que mejor le pareciera, como lo había hecho Buenos Aires, consultando sólo su salvación y el mejor servicio del Rey? Y, sin embargo, se mandaba matar los prisioneros contra todos los principios del derecho de gentes, sin forma alguna de proceso, sin oirlos siquiera, y llamándolos y teniéndolos por sediciosos, al solo efecto de encuadrarlos dentro de las leyes penales.

Cuando, descendiendo de los coches, vieron los presos el siniestro aparato de aquel cuadro, comprendieron el fin que les aguardaba; y una vez apeados, amarráronles los brazos con cordeles fuertemente, hacia la espalda, menos al Obispo. Eran las once de la mañana. Al encontrarse con ellos, el doctor Castelli les anunció que inmediatamente iban á ser pasados por las armas; y como si aquel hombre inhumano

y feroz gozara, en verdad, con las amarguras del prójimo, sino era acaso en aquellas circunstancias la satisfacción de un odio sectario, pues era de aquellos que en tales tiempos gozaban fama de impíos en materia de religión, y era su presa ahora un príncipe de la Iglesia Católica; sólo después de largo espacio comunicó recién al Obispo que estaba excepto de la pena de muerte por resolución de la Junta, leyéndoles en seguida la sentencia.

Excepción semejante en uno de los coautores de un mismo delito, descarga su carácter irritante y que hasta hoy subleva la cólera de los fanáticos, explícase y justifica teniendo en memoria que el doctor Moreno, aunque inexorable é irreducible á compasión en materia política, era sincero y fervorosísimo católico; y, por otro lado, bien las cosas en su lugar, la muerte de un obispo, en tiempos como aquellos y producida en esa forma infamante, hubiera sido, tal cual estaba educado el pueblo, más funesta y perjudicial para la causa de la revolución que una verdadera y gran derrota militar.

La sentencia disponía que á las tres horas de serles noticiada, fueran aquellos hombres arcabuceados; plazo al cual añadió una hora más el doctor Castelli. Al oirla quiso hablar Liniers, quizá para pedir defensa ó protestar, mas cedió este uso al Obispo, el cual cayó de rodillas ante el procónsul, tendió hacia él sus brazos suplicantes y vertiendo lágrimas de los ojos y trémulo, abogó por sus compañeros y amigos; pidiendo de la piedad revolucionaria no fueran condenados á la última pena sin antes ser oídos por sus jueces; y de la misericordia cristiana, que pensaba viviera en él, de que no se les privara de la vida sin los auxilios que la religión da para consuelo de los creyentes; y, en fin, que respetando lo que era establecido por buena costumbre entre las naciones, aquel día, que era domingo, no fuera profanado así con una ejecución violenta.

Todo fué en vano. Su legítima y humanitaria sú-

plica se estrelló en el desaire. Oyóse entonces una voz firme y llena de inalterable serenidad que se levantaba también de entre los prisioneros. Era la del doctor Rodríguez que, dirigiéndose al representante de la Junta, á quien conocía:—«Doctor Castelli, le dijo en este vivísimo reproche, ¿es esto conforme á la jurisprudencia que usted ha estudiado? ¿Quería usted que adoptásemos un sistema que empieza de este modo? Aun cuando no hubiera el motivo de fidelidad á Dios, al Rey y á la Nación, me consideraría feliz en morir por no ser testigo de los horrores que anuncian estos principios.»

El representante de la Junta siguió sordo é inflexible; y ante su actitud y resolución tomada, para la cual no existía razón ni piedad posibles.—«Todo es inútil, exclamó Liniers, lleno de aquella firme serenidad del cristiano penitente; estamos en manos de la fuerza; conformidad. Morimos por defender los derechos del Rey y de la Patria, y nuestro honor va ileso al sepulcro.»

Como tuviera las manos atadas hacia atrás y fuera devotísimo de la Virgen del Rosario, á cuyos piés había depositado, tres años hacía, las banderas tomadas á los ingleses, y apareciera en aquel momento supremo, especialmente para él, la santa madre de Dios como la consoladora de los afligidos, pidió al Obispo le sacara del bolsillo el rosario que llevaba y se lo pusiera en las manos, así opresas entre los cordeles; y paseándose por delante sus verdugos, empezó con fervor sus rezos y á fe de único y extremo consuelo.

A su vez, el general Concha sufría crueles dolores, á causa de habérsele ceñido demasiado las ligaduras, y pidiendo al padre Giménez, capellán del Obispo, abogara por él ante el oficial de custodia se las aflojaran, para poder, con más sosiego, hacer el último acto del penitente cristiano; en vez de remedio, sólo obtuvo el intercesor bárbara é insolente negativa.

Serían las dos y media de la tarde cuando Castelli declaró llegada la hora del suplicio, é hizo que el

Obispo se apartara de aquel teatro. Ya Liniers y el coronel Allende se habían dispuesto para el trance con el prelado; con el capellán Giménez se confesaron los otros reos; y fué éste seguramente, una vez alejado el Obispo, quien dió la postrera bendición, entonando el símbolo de la fe católica, como es de piadosa costumbre. Y cuando se hubo concluído con este último deber de la amistad y de la religión, se les vendaron los ojos; operación piadosa, mas á la cual, por honor y altivez militar, rechazaron ambos generales. Cuando aquella venda anticipó al tesorero Moreno la privación eterna de la luz, emplazó á los que así le arrebataban la vida de manera tan arbitraria, diciendo con voz entera:—«En este momento de dar cuenta á Dios, declaro que tengo por injusta y revolucionaria la Junta de Buenos Aires; muero por la justa causa y cito para ante el tribunal de Dios á los que son causa de mi muerte.»

Colocados seguidamente en línea y puestos religiosamente de rodillas en frente de los tiradores, ofrecieron á Dios su sangre, ya pronta á derramarse, por remisión y lavamiento de culpas, con una fortaleza de ánimo digna de sus mejores días; hasta que, á la señal militar de *fuego*, dirigida por la espada de don Juan Ramón Balcarce, resonó la descarga; mas fueron tan mal dirigidas algunas de las balas, que Concha y Liniers cayeron por tierra sin apagárseles la vida todavía. French cortó la agonía de Liniers descargándole un pistoletazo en la sien.

Los cadáveres debían ser transportados hasta el cercano pueblejo de Cruz Alta, para darles sepultura. Trajéronse, al efecto, al sitio de la ejecución, unas carretillas para que hicieran las veces de féretros; mas, cuando llegados los soldados encargados de esta operación fueron á alzar los cuerpos, vieron, con impresión y sorpresa, que el de Concha se extremecía aún en la agonía. Participaron la novedad, antes de bajarlo, al oficial que los mandaba, y éste, con bárbara crueldad, ordenó se lo sepultara así, vivo, diciendo:—«Echenlo no más; no importa; ahí se morirá.»

Habíase, para esto, abierto un estrecho tajo en la tierra, en el campo santo contiguo á la iglesia, donde fueron bajados los cuerpos y cubiertos. El cura de Cruz Alta, que presenciaba esta ceremonia, aguardó que los ejecutores se alejaran camino á Buenos Aires; y así, al siguiente día, abriendo el sepulcro, exhumó los cadáveres, hizo dar mayor ensanche y proporción á aquella tumba, y tornó á colocarlos seguidamente en ella; pero con respeto y orden, no hacinados, como antes lo habían sido, y señalando el lugar de su reposo por humilde cruz de madera, donde hizo grabar, por toda inscripción, las letras iniciales del nombre de las víctimas, que resultaron en este orden: L. R. C. M. A. (1)

Así murió don Santiago Liniers, el reconquistador de Buenos Aires, á quien tanto debía la gratitud pública, como se muere en el desierto, donde no hay defensa, ni se juzga para matar; y así fué sepultado, como malhechor vulgar, en un lugar miserable y en lo más hondo de un desierto país, sin honores, sin séquito, y aún hasta sin los respetos humanos. (2)

IX

FILOSOFÍA SOBRE ESTE SUCESO

Dió la vuelta Castelli á la capital á dar cuenta á la Junta de su sangrienta comisión; pero ésta, atemorizada de la enormidad del hecho y pensando cual sería el efecto que su conocimiento produciría en la opinión de las gentes sensatas y sensibles, especialmente en el

(1) Algún tiempo después, añadiendo un ingenio desconocido la O del nombre del obispo Orellana á las letras grabadas en la cruz, y alterando el orden en que estaban estas, se formó la palabra CLAMOR, sugestivamente, que corrió y tomó fe para las tradiciones de la época.

En 1862, fueron los restos exhumados y conducidos á España, por pedido que hiz la reina Isabel II al gobierno argentino, de los jefes españoles.

(2) Todos los pormenores relativos á estos sucesos de los realistas de Córdoba los hemos tomado de la interesante relación circunstanciada, publicada en Montevideo en 1812, y que está en GROUSSAC: citado, *Anales de la Biblioteca*, tomo III, página 334.

seno de aquellas de Buenos Aires, donde las víctimas tantos vínculos tenían por distintos motivos, se guardó muy bien de revelarlo; y antes procuró que impenetrable misterio encubriera el suceso.

Mas como no pudiera aquello dejar de trascender y hacerse visible, casi dos meses después, tuvo, al fin, el gobierno que confesar lo ocurrido por su orden. Y como se temiera también que en Buenos Aires, como en las provincias, la opinión pública se manifestara en alta voz de cuan convencida se hallaba de que la muerte de los prisioneros de Córdoba, sin forma de proceso, no era justicia sino asesinato, tuvo que acompañar su confesión con un manifiesto pretendiente de justificación para su conducta en el caso, que no halló en la sociedad entonces, ni hallará jamás en la historia justificación posible.

Nada valdrán, como nada valieron los sofismas y las argucias que se echaron á lucir para justificar aquel procedimiento. Porque, si á estar á lo que decían las leyes españolas para el caso, el súbdito rebelde al Rey debía purgar con la vida su delito, no eran por cierto los jefes de Córdoba los que lo había cometido, que si alguien se mostró fiel y amante de su Rey, lo fueron ellos. Pero la Junta de Buenos Aires ni la jurisdicción tenía en sus manos, toda vez que, trastornando las lindes de su provincia, entraba á país tan extraño y exento por las leyes de su mando y gobierno, cual pudieron serlo, por ejemplo, Méjico ó el Perú. Las leyes, por su parte, nada decían de que el pueblo de la ciudad de Buenos Aires viniera en ningún caso á substituir al Virrey con la jurisdicción general que le era aneja; y tanto era verdad, que en el mismo debate de la revolución se había dicho que las autoridades reales habían acabado y fenecido por faltarles la fuente de su vida, que era el monarca, y que, en aquel caso, volvía al pueblo la soberanía, su fuente originaria. Pero, ¿cuál era este pueblo? ¿Buenos Aires? No. ¿Córdoba? Tampoco. Lo era, sí, todo el que se hallaba dentro de tierra española. Lo era Córdoba, pues, con igual derecho

que Buenos Aires. Y bueno es recordar también que esta misma doctrina de la substitución al Rey caduco ó desaparecido, era problema aún discutible entre unos hombres y otros, entre unos y otros pueblos, sin que hasta esa hora ninguna autoridad superior é inapelable lo hubiera resuelto y determinado; y tanto, que la misma capital, como simple ciudad, apenas había hallado el extremo refugio legal de que, como hermana mayor en la familia, tenía el derecho de proveer á un gobierno interino, hasta tanto las demás ciudades, en mútuo acuerdo, resolvieran en definitiva. De ahí, pues, á que fuera crimen el desconocimiento de la legitimidad de la Junta de Mayo, había distancia enorme.

Reveló más lo profundo de esta verdad el manifiesto que por tan grave motivo publicó la Junta, donde, bien lejos de confesarse en estricta sujeción á las leyes, apeló al vulgar recurso de que han echado mano cuantos tiranos han convertido su gabinete en tribunal de sangre, diciendo:—«Hemos decretado el sacrificio de estas víctimas á la salud de tantos millones de inocentes. Sólo el terror del suplicio puede servir de escarmiento á sus cómplices.»

Fué este un grande y funesto error, y un sacrificio inútil. La razón y los hechos se unieron para probar, esta vez más, que sólo el fanatismo de las pasiones, ó la incapacidad de los espíritus puede apelar al sangriento medio del terror para triunfar sobre la opinión y los sentimientos de los hombres, sacrificando en aras de su autoridad la justicia y la moral, y con ellas el decoro de todo buen gobierno. Ni se obtuvo con todo esto beneficio ni ventaja alguna, y sí, mucho mal y mucha pérdida, porque los enemigos de la revolución no se arredraron, ni por un momento, por la sangre derramada en la Cruz Alta, que, al contrario, aparecieron con las armas en la mano desde Cotagaita en adelante, durante quince años de un guerrear sin tregua, sin que en espacio tan dilatado las atrocidades de la Junta hubieran conseguido hacer caer ni una sola espada de manos realistas, ni apagar,

por su miedo, en los corazones españoles la grande y heroica pasión con que sostuvieron la bandera de su Rey.

Por su parte, los enemigos explotaron muy á sus anchas estos errores, afianzándose en ellos para desprestigiar la revolución, que iba buscando prosélitos; porque, en cuanto conocieron estos hechos de Córdoba, las gacetas de Montevideo y de Lima, los manifiestos y proclamas de todos los jefes realistas, desde Montevideo hasta el Ecuador; la correspondencia y comunicación social de los españoles en las regiones interiores y exteriores; y los obispos del Perú, que tanto podían en la conciencia de los pueblos, se ligaron por unísono movimiento de ánimo y pusieron el grito en el cielo contra lo que llamaron crimen, ingratitud y sacrilegio, así por la muerte dada, como por ser Liniers libertador de Buenos Aires, y ser un obispo, en fin, el que figuraba por reo y prisionero.

Ese mismo temor de la Junta á la fama y prestigio de Liniers, que en 1807 hubiera sido de todo punto justísimo, no guardaba ya la misma razón de ser, ni era de la misma talla en 1810; porque antes, si era Liniers el ídolo popular de Buenos Aires, lo era por haber alzado en sus manos el estandarte de la libertad de la patria amenazada de una otra esclavitud; pero ahora venía contra ella, contra la patria que había salvado, empuñando la bandera de sus opresores y á restituirle las cadenas que acababa aquel pueblo de quebrar en su plaza pública. El tiempo también tiene la virtud de debilitar los prestigios en el alma de lo que es más versátil en el mundo,—el pueblo, dispuesto siempre á quemar hoy el ídolo que ayer adorara; el que ahora se hallaba movido por otras grandes y nuevas impresiones. Pero aquel temor no fué el móvil que incitó á la Junta á llevar á término el sacrificio, que ella misma confesó era sólo un sistema político para evitar se repitieran estas desobediencias á su autoridad por medio del escarmiento que, en su mal concepto, debía engendrar el terror; y prueba acabada de ello fué la ejecución de los otros

reos, sus compañeros, que nada tenían de la popularidad de Liniers, ni menos aquellos otros que en adelante se tomarían en Potosí, á quienes ningún miedo se les tenía, y que se los condujo, no obstante, al suplicio; ni menos aún el doctor Cañete y el obispo de La Paz, que escaparon de la garra revolucionaria, amenazados de acabar de igual manera. Sólo fué que «la revolución quiso salvarse con un crimen aconsejado por la necesidad; sacrificio enorme que ha costado diez mil cabezas después, para subsanar el agravio hecho á la justicia y á la moral. ¿Quién inspiró el primer sacrificio? ¿Dantón aconsejando audacia, más audacia y siempre audacia, ó Felipe II persiguiendo al Taciturno, mandándolo asesinar durante diez años, hasta que lo consiguió?» (1)

Dando, pues, un pernicioso ejemplo para las costumbres públicas, que así habíamos de llorar más tarde, se quiso iniciar con esto, y se inició, una guerra de exterminio, enseñando con ella como los partidos políticos, dando por crimen capital la opinión de los hombres, podían exterminar á sus enemigos vencidos.

La mala impresión de este suceso había trascendido más allá de los términos de ambos campos rivales, comprometiendo en el exterior la suerte de nuestra causa; y el ministro inglés en Río de Janeiro, muy parcial del nuevo gobierno, se lamentaba de ello, y decía:

—«Me preocupa mucho la importancia de este incidente, porque sé, y os lo digo con toda la sinceridad de mi estimación y amistad, que los últimos procederes de la Junta contra Liniers y sus compañeros, poco conformes con el espíritu de moderación que dictaba vuestras primeras medidas, han dado motivo, aún á aquellos que estaban muy bien dispuestos en vuestro favor, para vociferar en contra y presentaros como agitados de un espíritu que no es ciertamente el que dirige vuestra conducta.» (2)

(1) SARMIENTO: *Obras*, XXXVII, 261.

(2) *Comunicación* de Lord Strangford al doctor Moreno, en LÓPEZ: *Historia Argentina*, tomo III, página 213.

El hecho fué, así, un grande error. Sólo la juventud exaltada lo apoyó con calor, y la gente que sólo escuchaba los impulsos de la pasión política y de rivalidad; pero no era este, por cierto, el modo de matar las ideas, porque el patíbulo nunca ha sido cátedra de enseñanza ni fuente fecunda de donde emanan las dulzuras y beneficios de la libertad; ni la salud de los pueblos viene de otro seno que de las grandes almas; no de manos de los verdugos.

Bien pudo á Cicerón llamársele *Padre de la Patria*, y bien pudo él decir que, al quebrantar las leyes del Estado en el enjuiciamiento de los cómplices de Catilina, había salvado la República; porque llegan á las veces tan vastas y extrañas complicaciones que ponen en riesgos de perecer la sociedad; y de lo que se trataba en Roma era de prevenir y ahogar una revolución demoledora en momentos de estallar. Pero la de Córdoba no fué ni cohonestada siquiera por el peligro público; ni tenía raíces en el país, ni fuerzas en sí misma, ni existencia y vida siquiera; que ya no eran más que unos tristes fugitivos sus promotores.

Condenable será, en fin, la Junta en aquel desdichado paso, inspirado por la ligereza y la violencia de que estaba armada, porque usurpó la autoridad, pasando por sobre los tribunales de justicia; porque holló los derechos que las naciones y los preceptos de humanidad consagran en tales situaciones entre los hombres civilizados, sacrificando la vida de los enemigos vencidos, indefensos y prisioneros; y porque fué impolítico en razón de que, siendo aquellos personajes gente esclarecida por su situación y antecedentes, eran de suyo populares y prestigiosos, y se hallaban vinculados estrechamente por los lazos de la sangre con los hogares más distinguidos, de cuyo apoyo y calor mucho había menester la revolución para el pronto logro de sus destinos, y que en presencia del atentado se resfriaron con ella, se retuvieron otros, sin duda, y se despertaron sospechas y enemistades contra el naciente sistema que así mostraba aquel

semblante siniestro, cargado de violencias; lo cual venía á ser no otra cosa que un público mentís dado á sus proclamas de paz, garantías y unión. Y para mayor pesar, tales resistencias muy en breve vendrían á multiplicarse por nuevos y cercanos abusos y feos delitos, sembrados como de propósito en este camino de la redención de los pueblos por los llamados en un principio sus libertadores, que privaron á la causa de poderosísimos factores de su crédito y buen nombre; obstáculos todos gravísimos y fuertes, imprudentemente levantados, que tanto contribuyeron á retardar el triunfo de nuestras armas, y lo hicieron á la vez vacilante y costoso.

De esta suerte, pues, la bandera de la revolución que se levantaba protestando de los abusos y crueldades del régimen español, pidiendo garantías y libertad para poder pensar, hasta en política, libremente bajo el cielo argentino, se manchaba de sangre al iniciar su marcha, castigando de muerte á aquellos que usaban de los mismos derechos que ella trataba de conquistar para sí!

XII

ESTADO DEL EJÉRCITO

No era el ejército expedicionario que penetraba en Córdoba, y que muy luego debía subir hasta el Perú, lo que hoy entendemos por un ejército de línea. Formado de la guardia cívica de Buenos Aires y de los cortos contingentes enviados por las provincias cuando ocurrían las invasiones inglesas, apenas había podido alcanzar una muy deficiente instrucción militar; y la oficialidad que lo dirigía, desde los oficiales generales hasta los subalternos más inferiores, pecaban de los mismos ó idénticos defectos, propios de las tales milicias; como que muchos de los de esta clase eran militares improvisados, tan poco conocedores de la ciencia y del arte de la guerra, como pudera serlo cualquiera de sus cabos.

No es esto extraño en esa clase de fuerza que constituye los ejércitos populares, extraídos del seno de la multitud ciudadana en los momentos del peligro; y aunque la hueste expedicionaria largo tiempo tenía de vida, desde cuando luchó con los ingleses, no había adelantado cosa en lo que hace á disciplina, instrucción y principios de moral y gobierno; y, sin embargo, parecía en su orgullo hubiera llegado al colmo de la perfección militar, sin poseerla ni á medias; porque sus oficiales tenían un origen semejante á sus tropas, en la mayoría; como que tantos de ellos habían sido extraídos de los bufetes, de las estancias y aún de las calles de Buenos Aires, para que empuñaran la espada por primera vez, como, por ejemplo, lo fueron Belgrano, Rodríguez ó French, quien había sido cartero de la estafeta de la capital (1).

Era, para mayor desgracia, en los jefes superiores de aquellos días opinión muy arraigada de que el ciudadano no debía despojarse, al entrar á los cuarteles, de aquella independencia individual de que antes había gozado en la vida civil, dejándole en mucho que hiciera su antojo, sin someterlo al rigor de verdadera disciplina, sino en porción tan nimia, que quedara siendo ciudadano cuando ejercía funciones militares. Fundaban la perfección del régimen militar sólo en el valor y el entusiasmo, mirando por cosa secundaria, si no baladí, la sumisión y ciega obediencia á los reglamentos y órdenes superiores; como que para tanto sólo se les llamaba la atención á la conveniencia de observar buena y ajustada conducta, afianzando esta en consejos y recomendaciones que no tenían, por lo regular, más imperio en el espíritu de la tropa y especialmente en la oficialidad aquella, joven y ligera, que la buena voluntad y no el deber bajo el rigor de las penas, que constituye hoy lo que llamaríamos la civilización del ejér-

(1) *Guía* de 1808, citada por Groussac: *Anales de la Biblioteca*, tomo III, página 217, nota 2.

cito, y que fué y será siempre la base de su crédito y el primer secreto de sus victorias.

Este mal, que iba convirtiéndose en verdadera calamidad pública, venía así de la rutina como de la ignorancia ó descuido de la historia militar, que, á conocerla un poco ó recordarla, se hubieran convencido de que todos los grandes capitanes, desde la antigüedad hasta Napoleón, que llamaba la atención del mundo en esos días, habían puesto en la estricta disciplina la seguridad de sus campañas y el logro de sus guerreras empresas, y que, al contrario, cuantos ignoraron este principio, aún siendo de excelentes dotes militares, cayeron de fracaso en fracaso, si se exceptúan los golpes de audacia ó los extremos de la casualidad ó destino. En balde la Junta, tan teórica en esto como sus generales, mandaba la observancia de «la más rigurosa disciplina»; que se evitara «todo vejamen al paisanaje, castigando con rigor todo exceso»; que «en la expedición auxiliar no aparezca mira hostil contra los pueblos del tránsito»; que buscasen su amistad, haciéndoles ver que marchaban por su bien; porque todo ello era oído y repetido en las órdenes del día y proclamas del ejército, mas muy poco se dolían de su quebranto. Había, sí, mucho patriotismo, mucho entusiasmo por la causa; pero se carecía de las virtudes militares, del conocimiento perfecto de las armas, y, lo que es peor, de las leyes del soldado, que hacen de aquel conjunto de hombres diversos en origen, en aspiraciones y en jerarquía, que se llama ejército, un solo cuerpo, con una sola voluntad y con una sola cabeza; fenómeno indiscutible, de necesario ya en nuestros días, pero que ni lo sospechaban en su inmensa porción nuestros antepasados, que se contaban, no obstante, por muy buenos hijos del dios Marte.

Y como era así verdad que en aquel ejército de la Junta, si algo no se conocía era la disciplina, la deserción comenzó á clarear sus filas; sus jefes ó no eran hábiles para prevenirla ó no rigurosos para contenerla; y la licencia y los escándalos que á diario

se cometían desde tan temprano; los desmanes, atropellos y vicios repugnantes, constituyen mancha indeleble y vergonzosa para tal ejército, que la mantuvo y engrandeció hasta que vino á dar su último escándalo en Arequito, nueve años más tarde, desapareciendo para siempre y felizmente; como que en su trayecto las faltas que produjo llegaron á extremo tal, que, á más de lo cometido con los jefes de Córdoba, tanto en su prisión como en su sacrificio, y aún sobre sus cadáveres, la pacífica mansión campestre de Liniers, en Alta Gracia, en la campaña de Córdoba, llegó á ser insultada por la soldadesca y los agentes de la revolución, después que aquella familia había sido, por la confiscación que se le hiciera de sus bienes, llevada á apurar las últimas miserias, y hallarse herida y envuelta en desconsuelo; de tal manera que, á medida que los desafueros crecían, las poblaciones comenzaban á estar á pique de arrepentirse de haberles abierto los brazos [1].

XIII

EL GENERAL BALCARCE

Pertenecía el general Ocampo á esta clase de jefes rutineros; pero era personalmente circunspecto y respetuoso, y evitaba el desorden y la licencia de sus subalternos donde quiera que alcanzara á conocerlos; no así el segundo jefe del ejército, don Antonio Balcarce, bajo cuyo mando inmediato se habían cometi-

(1) José M. Estrada: *Lecciones de Historia Argentina*, tomo II, página 18; Groussac: *Anales de la Biblioteca*, tomo III, página 351.

Pueyrredón, gobernador de Córdoba en aquellos días, decía en sus comunicaciones á la Junta: «Estoy convencido de que el origen de todo este desorden es el abandono de los oficiales que, ocupados de su comodidad, prostituyen sus obligaciones y desamparan sus compañías en medio de los campos, por no sujetarse al corto trabajo de custodiarlas. De aquí la horrorosa deserción, el descrédito de nuestras armas, y el inminente riesgo de nuestra sagrada causa. Nada me hará callar cuando mis voces lleven el objeto de hacer respetable la autoridad de V. E. y asegurar los intereses de la Patria.» Fechado en Córdoba, el 3 de setiembre de 1810. Véase Groussac, obra y lugar citados.

tido todas las tropelías de que fueron víctimas los revoltosos de Córdoba.

Sin embargo, fué éste el que vino en esos días á reemplazar á Ocampo en el mando en jefe de la expedición. Porque como la Junta, ó sea el doctor Moreno que la inspiraba y dirigía, hubiera visto observadas sus órdenes por Ocampo y el doctor Vieytes cuando, consultando la mejor política, suspendieron el inmediato fusilamiento de Liniers y sus compañeros y presentaron la súplica de gracia del pueblo de Córdoba, se descompuso sobremanera, viendo en este proceder el entorpecimiento de su voluntad sultánica, y se persuadió de que, no teniendo al frente de la expedición hombres que fueran ciegos agentes de su impetuosidad, ó sus devotos convencidos, el sistema del terror, con que anhelaba vencer, con prescindencia de la persuasión y la política, imprimiendo, sin quererlo, á la expedición de Buenos Aires al seno de las provincias el semblante odioso de una conquista á viva fuerza, fracasaría de seguro. Y como no viera ni aceptara otro medio para desarmar toda resistencia al nuevo gobierno, arrancó á la Junta una resolución que afirmara con seguridad indudable la confianza de que su voluntad omnímoda y el sistema empleado serían obedecidos y seguidos sin observación hasta los últimos términos del virreinato. Tal resolución no era otra que la separación del general Ocampo del mando de la expedición, al cual, para evitarle ofensa, se le dió la comisión de recolectar contingentes y otros quehaceres secundarios en Santiago del Estero [1].

Don Antonio Balcarce fué encargado del mando en jefe del ejército; y como en la misma culpa que Ocampo hubiera caído el doctor Vieytes, que era también de genio moderado, fué reemplazado en su cargo de representante de la Junta, y entregándole todas

(1) «Porque su carácter conciliador no se avenía con el plan de política adoptado por la Junta de Buenos Aires».—ZINNY: *Historia de los Gobernadores*, tomo II, página 182.

sus espantosas facultades, por el doctor Castelli, discípulo convencido del doctor Moreno, á quien acababa de dar prueba sangrienta y terrible de su adhesión y fe política [1].

De esta manera las cosas venían á suceder muy al contrario del orden de las conveniencias públicas; porque si el gobierno despótico de la Junta exigía para sí una ciega obediencia en política y castigaba con inflexible energía toda desobediencia, por más nobles y graves que sus motivos lo fueran; en orden á disciplina militar, que era la llave del triunfo, dejaba ancho campo á la libertad individual y á la licencia en el ejército. Así las cosas venían al revés de lo que exigían sus leyes naturales; pues, si en política es necesario ceder y contemporizar, á fin de ganar en opinión y en prestigio, uniendo en bien de la patria lo útil con lo bello; en lo militar la sumisión absoluta á la voluntad superior y á las leyes del orden, que constituyen la disciplina, es sin disputa, el único camino seguro de la victoria y de la libertad.

El nuevo general había nacido en Buenos Aires el 13 de Junio de 1774, de una familia de calidad y antigua. Pertenecía al antiguo ejército español, donde comenzó á servir desde los doce años, cayendo en 1807 prisionero de los ingleses en Montevideo, cuya plaza defendía, quienes lo condujeron á Inglaterra; y cuando esta nación, de adversaria, se tornó amiga y aliada de la España, el prisionero obtuvo su libertad, pasando á la Península, donde continuó en el ejército que se batía contra las fuerzas de Napoleón y en donde alcanzó el grado de teniente coronel. [1] De vuelta á la patria, si bien abrazó la causa de América, no era de aquellos que anhelaban para ella la independencia, sino sólo modificaciones en el antiguo régimen, por lo que no fué invitado á participar de

(1) *Decretos* de 6 de Septiembre y 15 de Noviembre de 1810.

(1) **Durante su estadía en España había formado parte también de la juventud americana que, dirigida por Moldes, trabajaba por la libertad de su país**

las reuniones secretas en que los patriotas se concertaban para la revolución; ni los españoles, á su turno, lo invitaron para la asamblea del 22 de Mayo, á la cual no asistió; resultando, así, ser desconfiado por los unos y los otros [1].

No obstante que no era un soldado improvisado y de ser la suya la carrera de las armas; de haber hecho el aprendizaje de ellas en los ejércitos de Europa y servido bajo las órdenes del famoso duque de Wellington, que vencería á Napoleón, nada trajo á su país de útil ni de nuevo, y siguió sumido y envuelto en la antigua y torpe rutina de los ejércitos españoles. Hombre «de pocas luces y cortos talentos», ligero de carácter, sin preparación científica, formado en la escuela vulgar de los campamentos y cuarteles; «lerdo de genio y, de consiguiente, incapaz de inventar algo, ni aún aplicar en su país lo mismo que había visto en otros,» [2] no iba á mostrar genio ni pericia militar que lo hiciera digno del puesto que llevaba, ni como jefe, perdiendo con torpe vergüenza los combates y viendo disolverse en sus manos los ejércitos, sin poder dirigir una retirada, no obstante el no ser perseguido por el enemigo; ni como organizador, como lo acusaron sus campamentos transformados en clubs y madriguera de escándalos y vicios; sin que su perspicacia pasara más allá de lo vulgar; y si bien era cierto que poseía alguna disposición militar para el mando, «se perdía todo el fruto de sus medianos conocimientos con su misma arrogancia y presunción, que le retraía de tomar consejo alguno de sus oficiales.» [3] ¡En qué manos, pues, se ponía la suerte de la revolución!

Su elección fué debida á las instancias del doctor Castelli [4], y fué, sin duda, verdadero desacierto. ¡Y

(1) Núñez.

(2) General Paz: *Memorias*, tomo I, páginas 13 y 14.

(3) Torrente: *Historia* citada, tomo I, página 18.

(4) *Parte de Castelli*, de la batalla de Suipacha.

qué extraño, si la Junta menos buscaba un general que un instrumento ciego de su política! [1]

No obstante tan gravísimos defectos, era Balcarce un hombre honrado, de buen juicio y notorias virtudes privadas; de carácter activo y emprendedor, y con alguna instrucción literaria; pero cuyo talento no pasaba de aquel cierto brillo que dan las inteligencias ligeras y superficiales, destinadas á acometer empresas sin profundizar su estudio en la meditación y la consulta, y que, á diferencia del genio y aún del talento robusto, jamás penetran en el obscuro misterio de las cosas ó del porvenir, que siempre escapa á las pretensas del vulgo.

XIV

INTERNACIÓN DEL EJÉRCITO EN LAS PROVINCIAS DEL NORTE

Arregladas de esta manera las cosas, el nuevo general emprendió la marcha al norte. Desde que se había apartado de Buenos Aires, el ejército de la Junta recibió los votos de los pueblos del tránsito; pero de Córdoba en adelante el entusiasmo popular en el interior fué vivísimo é intenso; y baste que digamos, para prueba, que la mísera provincia de Santiago del Estero sacaba recursos de su propia indigencia. «La notoria escasez del país, la calamidad de los tiempos, que no ha tenido ejemplar en muchos años, todo parece que conspiraba al deslucimiento de esta ciudad, decía su Cabildo; pero un general decidido patriotismo allanó todas las dificultades.» [2]

Pudo, así, á más del contigente de sus hijos, aprontar los abastos, las caballadas y carretas de transporte para el acelerado paso del ejército, acumulando con todo esto y más su donativo, cuya iniciativa y

(1) NÚÑEZ, citado.

(2) *Gaceta de Buenos Aires*, de 25 de Octubre de 1810.

ejemplo fué dado por el Cabildo, contaminándose su fuego patriótico á todo el pueblo, y haciéndose muy digna de recuerdo la extraordinaria manera como la humilde campesina Teodora Suárez de Roldán quiso adherirse á la revolución, resolviendo sólo contar los días de su vida desde la fecha del 25 de Mayo. Fué debido tanto suceso feliz al presbítero Lami, que diputó Santiago á la Junta, y al comandante de las armas, don Juan Francisco Borges, hombre de mucha significación, convenido por Moldes, desde 1809, para la causa.

Era el caudillo de los santiagueños hombre ilustre por su nacimiento, por su fortuna, por su posición social y prestigio en la población, como por su generoso patriotismo; como que era caballero de la orden de San Jorge, y había viajado por España, y había alcanzado hasta esa fecha en el ejército español, cuya carrera había adoptado, al grado de Teniente Coronel. Conociendo su importancia y su amistad, don José Moldes lo había comprometido para que sostuviera y coadyuvara en su provincia á la revolución que debía estallar muy luego en Buenos Aires; y así fué que, apenas supo que el ejército de la revolución, débil, escaso, marchaba rumbo á las provincias interiores, cuando, dándose todo él á la Patria y unido á sus amigos, reclutó, organizó y vistió con su propio peculio, del que sacrificó más de cinco mil pesos, á trescientos de sus comprovincianos para incorporarse con ellos al ejército; pues aquella gente campesina de Santiago era tan miserable en aquel país cálido y pobre, que vivía casi desnuda y siempre hambrienta, y dada por ello muy frecuentemente al hurto, por lo que se hizo famosa; pues no contaba por lo común con otro sustento que la algarroba, el mistol y algunas otras frutas silvestres y nutritivas, que eran abundantes en sus bosques. (1)

Por su parte, el ejército así tan generosamente re-

(1) *Gaceta* citada.—A. P. Carranza: *Patricios Argentinos*, página 182.—*Exposición de Moldes*, citada, y Lugones: *Recuerdos Históricos*, página 9.

cibido, incorporaba á sus filas, conforme á las órdenes que tenía, tanto para el ensanche de su fuerza como por medida de precaución, cuantos cuerpos armados se encontraban en las ciudades de la carrera, para no dejar á sus espaldas, decía la Junta, objeto de recelo. ([1])

De esta suerte, desde Córdoba hasta Tarija, todos los pueblos del interior, uniendo sus contingentes á la columna de Buenos Aires, iban á compartir de las glorias y peligros de la jornada; pero el entusiasmo y adhesión popular fueron grandemente mayores al penetrar el ejército en tierra de Salta, cuya decisión por la libertad era tan intensa, distinguiéndose sus más principales ciudadanos por su entusiasmo y sus auxilios. — «Especialmente tendrá consideración, le decía Chiclana á su sucesor en 1810, á los que se han distinguido en dichos servicios, como don Antonino Cornejo y su hermano don Juan José. Todos los caballeros Saravias, inclusive el Coronel, y especialmente don Saturnino Saravia, que á su costa y con su gente ha hecho servicios muy distinguidos. Don Gerónimo López ha servido y sirve con toda eficacia en la comisión de acopios y remisión de mulas que le está encargado. Los caballeros Figueroas son también grandes patriotas y han servido bien, particularmente el capitán (coronel) don Apolinario. Igualmente don Vicente Toledo, don Domingo Puch, don Lorenzo Mollinedo, que no sólo han puesto sus caballos, á centenares, para el transporte de las tropas, sino también la carne que han necesitado, y todo ello graciosamente. El alguacil mayor don Calixto Gauna ha hecho también grandes servicios con su persona y bienes; hasta perder la salud en el ejército, que acompañó, y á este tenor hay otros muchos buenos patriotas que deben ser atendidos.» Uno de los mentados, don Vicente Toledo, cuya fortuna era grande, había entregado al ejército, hasta el mes de

(1) *Partes Oficiales*. 15.

Septiembre, mil trescientos caballos de su pertenencia; y de Mollinedo, su cuñado, decía el mismo Chiclana solicitando para éste el gobierno de Mojo:—«A más de haberle empleado en la importante comisión de sosegar los indios de las reducciones de Miraflores, Ortega y Balbuena, que desempeñó á satisfacción, este vecino es uno de los que en esta provincia han desplegado su patriotismo en auxilio de nuestras tropas, franqueando caballos á centenares y cuantas vacas han necesitado para el abasto». [1]

Estos auxilios y servicios personales eran igualmente entregados, casi todos sin precio, aunque con constancia en su mayor parte, al servicio de la Patria; [2] llegando á incorporarse los hombres de mayor calidad y fortuna con cuanta fuerza de utilidad tenían, como lo fué don Apolinario Figueroa, antiguo coronel, que entraba al nuevo servicio con toda su numerosa servidumbre, armada y sostenida entonces, como después, con su propio bolsillo. [3]

Y este mismo camino seguía lo más distinguido de la sociedad de Salta.—«No se trata en la ocasión, decía un testigo, más que de contener al enemigo de la quietud que de Potosí y Chuquisaca viene marchando y se halla en Tupiza. A todos los jóvenes los han alistado para tomar el fusil, sin que nadie se exceptúe en la presente estación; porque casi toda la cholada anda por los montes huyendo de las armas, y se van á formar dos compañías de la nobleza donde entra todo joven que tenga quince años. La inquietud que se experimenta es mucha, habiendo enterrado cada individuo sus cortos intereses, temiendo el saqueo que, por bando público en

---

(1) *Instrucciones de Chiclana al sucesor en el Gobierno de Salta*, Archivo Nacional, 1810, *Sección Trelles*. tomo 22. LXXXVIII, parte 3ª.—*Solicitud de reconocimiento de auxilios de don V. Toledo*. id, id. —*Oficio de Chiclana al Gobierno*, Salta, Diciembre 5 de 1810, id. id.

(2) Paz: *Memorias*.

(3) Información tomada en Salta de su nieta. doña Solana López Figueroa, de 84 años, en 1904.

Chuquisaca, dicen se les permitirá á las tropas vencedoras.» (1)

La Patria holgaba así con tanta profusión y apoyo; y de haberse empleado estos recursos entonces y en lo sucesivo con orden y mejor economía hubiera salvado de muy amargas penurias que habían de angustiar tanto el porvenir. Ni se reducía tampoco la cooperación popular á la acción del partidario aislado, pues bastará, para concluir, hacer conocer que por mandato de la Junta los Cabildos de las ciudades del tránsito debían dar á la expedición los dineros necesarios para su sostén, librando sobre la tesorería de la capital, cosa ilusoria; y que el donativo público de la sola ciudad de Jujuy alcanzó á la suma de cuarenta mil pesos, cantidad equivalente á cerca de cien mil de nuestra actual moneda, (2) pudiendo servir esta cifra para calcular cual debió ser la que, á su vez, entregaría la ciudad de Salta, si se recuerda que era ella lo menos por diez veces superior á la de Jujuy, así en población como en riqueza, y mucho más las de Potosí y Chuquisaca, que nos aguardaban con sus auxilios por el norte.

Cuando el 16 de Octubre llegó á Salta el doctor Castelli, en su calidad de representante de la Junta, pudo ser testigo de la delirante ovación popular que se le tributó como á la encarnación del gobierno de la libertad; que, á más de cortejo, de salvas de artillería, de repiques y colgaduras y regios banquetes y bailes no menos suntuosos con que fué halagado, vió al pueblo recorrer las calles y llegar á su puerta, en la casa de Gurruchaga, donde estuvo hospedado, entonando canciones compuestas en su honor, así como su música, y por las cuales manifestaba su entusiasmo, el que fué tan extraordinario, que me-

(1) *Carta de don Mateo Zorrilla*, español, en Salta, octubre 1º de 1810; origina en el archivo del doctor Güemes.

(2) Carrillo: *Historia de Jujuy*.

reció la *letrilla* la honra de ser impresa en la GACETA, por orden de la Junta. [1]

—«Todas las clases, todas las edades, se confundieron para acreditar su gozo; y el entusiasmo con que se producían ha convencido la firmeza de su patriotismo y adhesión á la sagrada causa de estas provincias, decía la Junta. Las corporaciones públicas arengaron al Representante con brillantes rasgos de elocuencia, y el prelado diocesano manifestó, de un modo propio de su dignidad, su ciega adhesión al nuevo gobierno.» [2]

Tenía la expedición que hacer alto en Jujuy, hasta nuevas órdenes; la cual, una vez llegada á Salta, hizo allí la concentración de todas sus fuerzas, estableciendo en Jujuy su cuartel general, «aumentando su número con el poderoso entusiasmo de los salteños». Ocampo, desocupado al fin de sus quehaceres accidentales, volvió á tomar en Jujuy el mando en jefe de la expedición, mientras Balcarce y Castelli continuaban la marcha al norte; y se contrajo á la organización de las fuerzas que cada día aumentaban su poder con auxilios y contingentes nuevos, hasta que fué definitivamente relevado en el mando por el general Balcarce, en virtud del decreto del 15 de Noviembre de 1810.

---

(1) Es notable uno de los piés de esta «letrilla» por la energía y la claridad con que se proclama el derecho á la independencia, diciéndose en ella:

A nosotros toca
La dominación
De cuanto en sí encierra
La indiana nación.

(2) *Gaceta de Buenos Aires*, de 15 de Noviembre de 1810.

CAPITULO X

Los realistas del Perú

SUMARIO.—I Estado del Perú en 1810.—II El virrey Abascal.—III Efecto que produce en el Perú la noticia de la revolución.—IV El plan realista. —V El general Nieto.

I

ESTADO DEL PERÚ EN 1810

Dicen que las corrientes del Amazonas al ir á echarse al seno de la mar chocan con las olas del oceano, las que, alzadas por el aliento de su flujo, se traban con ellas en maravillosa lucha. Tras una ola va otra, y hasta una tercera y una cuarta; y, cediendo á la fuerza de su empuje, retroceden y se revuelven sobre sí las corrientes primeras, hasta que bajando la marea hallan medio propicio de penetrar en el abismo. Pues de manera semejante Buenos Aires y Lima, las dos capitales, en dos polos opuestos, vinieron á constituir desde el primer día los cuarteles generales de esta otra gigante contienda; la primera, lanzando sus huestes al avance y al ataque; la segunda, ofreciendo con las suyas resistencia tenaz y reacción; cejando ya las unas, ya las otras, en un vaivén constante y sangriento; sin franquear las nuestras el Desaguadero, por el norte, ni los enemigos el Pasaje, por el sur, y convirtiendo la extensa zona encerrada entre esas dos corrientes en el teatro de sus batallas y sus glorias.

Hallábase el Perú, á la sazón, convertido en el centro donde estaban acumulados todos los más poderosos elementos españoles, como que desde la época de la conquista cabeza había sido y brazo poderoso para gobernar y sostener los derechos del Rey. Dineros, hombres, ejércitos, recursos, generales entendididos y probados; un gobierno á quien envolvía una atmósfera de respeto secular, eran armas poderosas que tenía en sus manos el virrey de Lima, para que en los límites de su mando el espíritu de la revolución no pudiera alzar cabeza amenazadora.

Así fué que los estallidos de la revolución de Buenos Aires y la de Quito, como los de Méjico y Nueva Granada, que por el mismo tiempo sucedían, no llevaron más que el eco simpático de sus tempestades, sin provocar levantamientos semejantes, ni alianzas siquiera para mejores días. No era que los habitantes del Perú desdeñaran la libertad, ni que lo fueran mejor tratados por sus amos que lo que lo eran los demás hombres nacidos en América, sino que causas particulares suyas, unidas á otras generales de los pueblos, causaban ese fenómeno singular de quietismo y espectación; como si desearan, por un lado, que los movimientos armados cuyos ecos apercibían fueran felices; mas que sus trastornos, por el otro, no llegaran á sentirse en el seno del país; algo así que se deseaba y se temía.

Y tenían en cierto modo razón. Porque el Perú, desde Pizarro, había gozado de las preferencias de la corte, y gracias á su situación geográfica había llegado á ser la puerta del lucrativo comercio ultramarino, introducido por sus muelles privilegiados del Callao. Sus riquísimas minas habíanle dado abundancia de capitales; el estado en que recibieron el país los españoles de poder de los Incas, les permitió continuar sus progresos, mientras en las comarcas restantes de la América tuvieron que fundar la civilización desde sus bases; la radicación del gobierno allí, atrajo en torno suyo cuanto esta circunstancia tiene por doquiera por frutos de su poder; y la no-

bleza española, acudiendo allí á porfía; con universidades, escuelas, cultura y un lujo y costumbres esplendorosos bajo las benignas sombras de la paz; con sus ingenios azucareros, con sus viñedos y olivares, con sus laboreos de minas, que daban trabajo y acostumbraban á él y alucinaban con la fortuna; era un pueblo el Perú muy poco dispuesto á entregarse al albur de los trastornos. Por lo demás, si toda esta riqueza y ventura les había dado á sus hijos holgura, grandeza, una cultura de maneras y de lenguaje en Lima dignos de la corte, había, por otra parte, afeminado sus hombres é introducido en sus costumbres corrupción profunda y refinada; especialmente en lo que hace al amor y al juego, que adquirieron deprimente notoriedad.

Por cierto que de todo esto resultó para él un espíritu no nada guerrero ni entregado á aventuras peligrosas; porque si Tupac Amarú con su rebelión pudo mostrar aún se amaba la libertad y podía morirse por ella, la clase acomodada y principal, contra quien el hijo de los Incas levantó la raza quichua, armada y feroz había probado, en casa y cuerpo propio los estragos del desorden y las ruinas y desdichas que deja en su pos la guerra. Los hombres que nada tienen que perder muy fácilmente se entregan á la revuelta; mas cuando se trata de aventurar la vida de sus industrias y los capitales de su comercio, como el porvenir de sus hijos; cuando es cuestión de renunciar á los goces de la fortuna, á los hábitos más delicados que trae el progreso, para cruzar por entre dolores y privaciones de todo género, cambian los hombres de modo de pensar; que tales motivos los tornan conservadores y precavidos; nada prontos para sacrificar los afanes acumulados por dos y más generaciones; situación que hace ver las cosas y negocios públicos de un semblante muy diferente de aquel que, careciendo de vínculos que lo aten al estado presente, deja arrastrar su imaginación por las pasiones, santas y bellas si se quiere, pero libres y solas también.

De esta suerte, el Perú, con una población superior á la de Chile y aún á la de las provincias argentinas; con su capital de cien mil habitantes, donde se alzaba el palacio de sus virreyes, que la deslumbraba con el esplendor y grandeza de su corte, que era un remedo muy acabado de la de Madrid, no se sentía en 1810 en estado de pronunciarse en abierta rebelión, tomando las armas para derribar los poderes españoles. Y no era esto todo; que se hallaba, cual no lo estaban otros pueblos, oprimido desde antes y vigilado por un gobierno nada torpe ni desprevenido; porque era él con singularidad notable, inteligente y fuerte, y su policía severa y advertida; y como se encontraba, hacía ya un año, sosteniendo guerra contra los rebeldes de Quito, sus recursos militares eran poderosos y estaban en actividad y todos en sus manos; lo que hacía, bajo este lado también, más que difícil un levantamiento con probabilidad de triunfo; que si Buenos Aires se había pronunciado ya al frente mismo del Virrey y había podido destruirlo y deportarlo, no podía servir su acción de ejemplo que imitar, pues que también era notoria verdad lo había verificado teniendo en sus manos no sólo la opinión si que también todo el ejército; y el virrey Cisneros era una víctima indefensa, entregada á la voluntad de los cuerpos armados, que podían á su placer trastornar gobiernos, como los antiguos pretorianos hacían á su antojo emperadores.

Así y todo, bueno será decir que el espíritu de la revolución se animaba en el seno de algunos patriotas, que aún llegaron á hacer algunas intentonas de rebelión, como lo fueron Aguilar, Ubade y Mateo Silva; otros disertaban, desde antes de 1810, sobre algunos ensueños liberales, que nunca pasaron de precoces teorías lanzadas suavemente por los periódicos que se daban á luz, con buena mordaza, en Lima, «asilo de los déspotas»; y otros, en fin, con un ideal más definido, tomaron actitud decidida, conspirando en conciliábulos secretos para llegar á conquistar la independencia, encabezados por Riva Agüero. Pero

como unos y otros no fueron sino débiles grupos aislados, nada pudieron; sus estallidos no encontraron eco mayor y fueron fácilmente sofocados, siendo el Perú, así, el único punto de América, desde Méjico hasta Buenos Aires, que no hubo echado ni una sola vez de su seno el dominio español; rara excepción que sólo se comprende por la indiferencia de su opinión pública, ó por su adhesión y preferencia al orden reinante.

II

EL VIRREY ABASCAL

Tales eran las condiciones en que se encontraba el Perú y las circunstancias porque atravesaba á la sazón. Desgraciadamente para nuestra causa, gobernaba aquel rico y poderoso país el general don Fernando de Abascal.

De todos los gobernantes españoles que por entonces mandaban por América, ninguno como él en cuanto á talento y virtudes públicas, dotes que hizo brillar singularmente en medio de tanto obscuro y torpe mandón que perdió, por donde quiera, á la causa española, desplegando un genio y habilidad raros y asombrosos; porque á nadie como á él le angustiaron las dificultades y aprietos sin cuento en que vinieron á colocarlo los acontecimientos. Vino, en efecto, á mostrarse desde Lima, aunque repentinamente envuelto por sucesos extraordinarios, hábil para sujetar en quietud sus dominios, haciéndolos su vigilancia y medidas cuerdas indemnes al contagio; sepultando con una mano la revolución del norte, que había derribado la autoridad española en Quito, y deteniendo, con la otra, la orgullosa y ya triunfante invasión de Buenos Aires.

Era este personaje un militar español, nacido en la ciudad de Oviedo, el año de 1743. De costumbres elegantes, de gallarda figura, revestido del lujo á que

lo llevaban las exigencias de sus títulos de brigadier y su encumbrado cargo de virrey, y que él solía lucir con gracia y dignidad, se destacaba de manera visible entre el vulgo de los dignatarios españoles, que sólo gastaban el tiempo, por lo común, en holgar, enriquecer y oprimir. Porque era adornada su persona, además de aquellas prendas, de otras más nobles y preciadas, que hicieron de él no sólo hombre preeminente en la sociedad, sino también algo más, que era bien raro y difícil en la vida pública y en el poder.

Quiso hacer un gobierno que honrara su nombre, dejando grata memoria en el pueblo, á la vez que llenaba las severas exigencias de su deber; y se propuso ser útil al estado y beneficioso á la sociedad. Hallando, pues, que Lima, con su opulencia y sus adelantos de cultura y su preeminencia entre las ciudades de la América del Sur, y en donde hasta los esclavos hablaban el latín, [1] se avergonzaba aún de la miseria de sus instituciones que no estaban, por cierto, á la altura de su renombre y rango de gran capital; dejó para otro el ser progresista sólo en vanidades, y dirigiendo por senderos más nobles las fuerzas de su gobierno, abrió escuelas para que se diera en ellas la instrucción gratuita; creó una academia de dibujo, al par que muchos otros establecimientos de pública utilidad, como fué, por ejemplo, el cementerio general, dejando los templos de servir para tan peligroso oficio; y, por sobre todos ellos, la escuela de medicina, que fué la mejor de la América española por largo tiempo, y en cuyos estudios los peruanos alcanzaron fama de ser los mejores médicos de todo este hemisferio. Y como reclamaran las más altas instituciones del estado remedios para sus vicios y extravíos y aún atraso, tendió igualmente á ellas su mano progresista, reformando la administración judicial é introduciendo saludables medidas en las

(1) N. Piñero: *Escritos de Mariano Moreno.*

otras ramas de la administración común y en la policía; y se avanzó aún muy á extremo de casi dejar abolido el tribunal de la Inquisición ó Santo Oficio, que tenía allí, en Lima, radicado el centro de su autoridad, sus cárceles y sus instrumentos de tortura; y donde en tiempos anteriores había llegado á ejercer todo su execrable poder, como que se habían realizado por ella autos de fe, en los que se quemó en su plaza, con toda su siniestra pompa, por herejes y judaizantes, á más de uno.

Cómo llegó hasta Lima á hacerse cargo del gobierno, cosa fué que tuvo mucho de incidentado y novelesco; y como el alma popular es fácil de seducirse por los encantos que derraman los peligros y envuelven al que ha salvado felizmente de ellos de una capa de simpática superioridad, Abascal pudo contar á su favor con esta predisposición natural del vulgo. Era el caso que habiendo partido de Méjico, donde prestaba sus servicios, hacia su nuevo destino en el Perú, como se hallaran á la sazón en guerra España é Inglaterra, cayó la nave en que iba en manos de ingleses, y Abascal, prisionero, sólo pudo, por difícil evasión, recobrar la libertad perdida y tras múltiples peripecias llegar de aquella suerte á Lima.

No obstante estos halagos, que levantaban en su favor tales incidentes de su vida en el sentimiento popular, una mañana de las primeras de su arribo, aparecieron al pie de su palacio tres sacos misteriosos, conteniendo el uno sal, habas el otro, y el tercero cal; enigma que los limeños le descifraron en esta frase:—*Sal, Abascal;* como si el espíritu inquieto del patriotismo americano quisiera despedir al amo forastero, y que venía á ser así como un vaticinio de lo que tan en breve había de acontecer. Ocurrencia fué ésta que se esparció, con el comento del caso, por los principales centros del virreinato, haciendo gran efecto, mayormente en Chuquisaca, donde la juventud universitaria iba fortaleciendo el espíritu de la revolución.

Por lo demás, no era este gobernante como tantos

de aquellos otros venidos á Indias al solo objeto de alzar fortunas á la sombra de la impunidad, lucrando con impudencia de sus empleos, y sin otro motivo para su elevación, á las veces, que las influencias corrompidas de Madrid, donde hubo el caso de servir como único título las recomendaciones de una de las cortesanas para darle un alto cargo en América á uno de sus cocheros. [1] Porque Abascal, en más de cuarenta años de servicios, como contaba á la sazón, había concurrido á la campaña de Marruecos, combatiendo en la batalla de Argel, en 1786; y más tarde, en las guerras con la República Francesa, hizo la del Rosellón bajo el mando del general Ricardós. Hubo luego pasado á continuar sus servicios en las colonias, donde, siendo ya brigadier, desempeñó el cargo de gobernador de Cuba, en cuyo mando tuvo que habérselas con las escuadras inglesas que, en 1796, atacaron La Habana. De allí pasó á Costa Rica, y luego á Méjico, por asuntos del real servicio, hasta que los favores del Príncipe de la Paz lo ascendieron al gobierno del Perú; por lo cual no tuvo empacho su obsecuencia en calificar á aquel depravado y bochornoso ministro de *Angel tutelar de América* [2].

Al hacerse cargo del gobierno, Abascal encontró en quietud el país; organizado, rico y próspero; así es que pudo entregarse de lleno á las benéficas labores de la paz. Pero ardía en él, sin embargo, de muy antiguo la llama de la discordia entre españoles y americanos, cuyo pábulo aumentaba al correr del tiempo; y eso mismo que vimos más atrás, al estudiar la antigua sociedad argentina, se notaba, y con más intensidad, en el Perú, donde la prepotencia y cantidad de gente española eran más pesadas. Españoles y americanos allí eran dos rivales cuya lucha de repulsión debía durar tanto como la forzada unión en que yacían. «No deja de parecer cosa impropia, de-

---

(1) DOCTOR M. MORENO.

(2) PIÑERO: *Escritos de Mariano Moreno.*

cían unos comisionados reales al monarca, que entre gentes de una misma nación y aún de una misma sangre, haya tanta enemistad, encono y odio. Basta ser europeo, ó chapetón, como lo llaman, (1) para declararse contrario á los criollos; y es suficiente el haber nacido en Indias para aborrecer á los españoles.... Es cosa muy común el oir repetir á algunos, que si pudieran sacarse la sangre de españoles que tienen de sus padres, lo harían porque no estuviese mezclada con la que adquirieron de sus madres.» (2)

Esta mútua animosidad que dividía la población en el Perú, llegó á desbordarse con impetuosidad cuando se conocieron los trágicos sucesos políticos de Chuquisaca y de La Paz, el año de 1809; y el hábil Virrey, en vez de herir al pueblo americano y provocar más á lo hondo sus iras, como lo hizo Cisneros, aunque de lejos, intervino, muy al contrario, en la reyerta casera, haciéndolo como juez conciliador y amigo de ambos, interponiéndose entre uno y otro bando, á fin de que no fueran á las manos; y con tan feliz suceso que logró apagar hasta en sus fuentes, al parecer, la enemistad secular que los partía, uniéndose allí los españoles y americanos en estrecho abrazo y prestando toda su fuerza y calor para el sostén de la autoridad amenazada.

Este difícil arreglo, tan hábilmente llevado á cabo, fué para la causa española más beneficioso que la mejor victoria militar, porque recogió por fruto nada menos que la formación de un partido español-peruano, realista hasta el fondo de su alma, con que hizo frente á la revolución, retardando por diez años el triunfo de la independencia; que le ofreció un cuerpo militar de mil quinientos hombres de la clase media de Lima, uniformados y armados á sus propias expensas, y que tomó el nombre de *Regimiento de la*

---

(1) El término de *chapetón*, para designar al español, era de uso en el alto y bajo Perú. Nuestros antepasados usaban de otros, como lo vimos ya.

(2) JORGE JUAN y ANTONIO DE ULLOA: *Noticias Secretas de América*, páginas 415, 420.—MITRE: *Historia de San Martín*, tomo I, página 74.

Concordia. Arbitrio fué éste á que había tenido que recurrir el hábil Virrey al verse forzado á alejar de la capital del Perú sus tropas veteranas y provinciales, y para asegurar su existencia amenazada por el espíritu de la revolución, que pudo un día hacer llegar hasta allí su soplo. (1) Servicio tan eminente, hecho con su habilísima política á la consolidación de la autoridad real en el Perú, le valió el merecido título nobiliario de *Marqués de la Concordia*, que le concedieron las Cortes de Cádiz, en 1810.

III

EFECTO QUE PRODUCE EN EL PERÚ LA NOTICIA DE LA REVOLUCIÓN

En este estado de cosas, y ocupado Abascal en sofocar la revolución que desde 1809 turbaba la paz en Quito, vino á sorprenderle la nueva de lo ocurrido en Buenos Aires.

Grandes fueron el asombro y la inquietud que causó tal novedad; que esta revolución aparecía temible, tanto por la audacia de su conducta, como por haberla consumado una capital rica y populosa, y, lo que era más, apoyada por un ejército armado y victorioso. Sin embargo, como su estallido no había sido general, al parecer, ni se mostraba el hecho correspondido por otro igual en el resto del país, fácil aparecía de vencerla, pues sólo se mostraba una ciudad rebelde, en tanto que á todos rumbos los pueblos restantes, gobernados por jefes españoles, no aparentaban responder á aquel movimiento que, por lo mismo, aparecía aislado y solo, siendo buena prueba de ello las nuevas que, recorriendo el Perú, arribaban á Lima al mismo tiempo, de que Montevideo

(1) PALLIZE: *Monteagudo, su vida y sus escritos*, tomo I, páginas 150 y 151.

y Córdoba se disponían á sostener la autoridad amenazada, desvelándose en bélicos preparativos.

En tal extremo, el virrey de Lima puso de nuevo en juego su actividad; derramó proclamas, trató de desacreditar los hombres más notables de la revolución, aguzó el ojo de su policía, echando mano á todos los sospechosos. De esta manera condenaba en sus proclamas á la Junta y á la revolución que la había engendrado, por subversivas y criminales; como que citaba, y era desgraciadamente verdad, que en los furores del nuevo sistema había caído el fiscal doctor Caspe en las calles de Buenos Aires, herido á sablazos y á punto de morir, y á quien daban por asesinado; [1] y aún llegaba en sus excesos á afirmar que los revolucionarios sólo eran hombres despreciables, «destinados por la naturaleza para vegetar en la obscuridad y abatimiento.» [2] Mala manera, por cierto, era esta de buscar para su causa simpatías entre las clases americanas, pues aquel abatimiento era el mismo mal de que todas ellas se quejaban; error y torpeza grandes, y que fueron aprovechados por la revolución con creces, explotándolos en sus papeles públicos para mostrar hasta donde llegaba la audacia de la tiranía.

Igual artificio se hacía en el campo realista de los graves errores de la Junta, inventándose horrores y fantasmas más allá de lo real, para hacer, á su vez, odiosos y repugnantes ante los pueblos la revolución y sus hombres; como que se aseguraba que en Buenos Aires corrían arroyos de sangre, que no había persona ni propiedad seguras; exprimiendo así la política terrorista de Moreno, que en mala hora vino á iniciarse y que sólo sirvió para que la revolución bajara al crimen, rindiera su altura moral y se labrara su propio desprestigio. Y como por el blo-

---

(1) Groussac: Obra citada, tomo III, página 212. Los realistas, exagerando como fué su costumbre, todas nuestras faltas, decían que había sido asesinado Liniers, por ejemplo, en su comunicación á su suegro, el señor Sarratea, de 14 e Julio de 1810, dice: «el asesinato de Caspe».

(2) Piñero: *Escritos de Mariano Moreno.*

queo que afligía á Buenos Aires sufrían el comercio y las rentas del estado, se ponderaba la miseria en que yacía, al extremo de tener sus habitantes que echar mano de puertas y de postes para fuego, y el erario de la revolución, en fin, tocando los últimos cabos de la escasez; con lo cual se pintaba al gobierno patrio espirando de pura consunción. (1)

Estos trabajos que tan empeñosamente se hacían por parte de los españoles en todo el Perú, con el propósito de captarse la opinión del país y hacer odiosa ó, por lo menos, poco segura y halagüeña la causa de la revolución, adulterando, fingiendo ú ocultando la verdad de las cosas, cual hacen, por lo común, en sus luchas los partidos, eran en igual manera contrarrestados por la propaganda revolucionaria que subía del sur; grande y sincera en parte; artificiosa también en otra; pero cuyas ventajas, por lo lisongero de los hechos debatidos y la gravedad notoria de aquellos otros traídos á la prueba, eran insuperables. Decimos esto, porque siguiendo sus pasos la revolución bajo la máscara sabiamente calculada de Fernando VII, confundía á muchos que pudieron ser enemigos, daba confianza á los indecisos del primer momento, y evitaba un rompimiento prematuro y ponía en difícil terreno á sus enemigos declarados ante la opinión de las gentes. Por que en los decretos y resoluciones de la Junta, y en su palabra estampada en la GACETA, que penetraba hasta muy hondo en el país oprimido, hecho que la vigilancia realista era impotente á contener; y en las proclamas de sus generales, y aún hasta en la correspondencia misma de los patriotas convencidos y de buena fe, se hablaba sólo del servicio del Rey y del celo por la causa suya y la de la madre España, en cuyo nombre aparecía alzada la bandera de Buenos Aires. Y como si se quisiera comprobar más

(1) *Gaceta de Buenos Aires*, de 8 de Noviembre de 1810.

esta fina y decantada adhesión al monarca, la expedición auxiliar que marchaba al interior aclamaba al rey Fernando con un entusiasmo que rayaba en lo sincero; y aún, á más de eso, sus soldados llevaban en el uniforme su retrato. (1)

Tras de esta profesión de fe, diríamos así, de la revolución, vino lo que era más grave y ponía en duros aprietos á sus enemigos, y que, á la vez que legitimaba el cambio y trastorno operados en el gobierno de la capital, exigía también se hiciera extenso al resto del virreinato, por la salud común. Era ello que toda esta convulsión de la América, que desde hacía dos años tenía en subida tensión los espíritus, contaba por raíz y motivo la aspiración de Napoleón á agregar al imperio francés estas comarcas. Al desenvolverse este período había invadido España; había aprisionado y despojado de la corona á los reyes, y avasallado su independencia, colocando un hermano suyo en el trono; y muchos españoles, chicos y grandes, servían al usurpador con igual celo y tanto amor como si fuera el rey legítimo. Cada día se descubrían nuevas traiciones en la Península.

Gentes de esta confianza fueron las que intentaron aquí también vender la patria al extranjero, y que provocó el alzamiento de lealtad de Chuquisaca y La Paz; así es que, tomando esto por pretexto, se alzaba ahora para justificar los cambios ocurridos en Buenos Aires y el avance del ejército al interior, de que la patria quedaba en peligro confiada á las antiguas manos, y que los que hacían armas contra la Junta no eran otros que los afrancesados, los traidores del año *nueve*, con el propósito de entregarnos á Napoleón, sino al Portugal. Ahí no más tenían muy á la mano, en el mismo seno del Perú, como prueba viviente, á Goyeneche, traidor convicto é impune, más bien premiado, que gobernaba ahora

(1) TORRENTE: Obra citada, tomo I, página 75.

el Cuzco. De esta manera, pues, la bandera de Buenos Aires aparecía para muchos buenos peninsulares como la bandera española, ó tenían la desconfianza de que aquella que agitaban sus enemigos bien pudiera ser la francesa, por lo que se pusieron con entusiasmo al servicio de la revolución.

Por su parte, los gobernadores de las diferentes provincias interiores, y con más afán los del Alto Perú, se llenaron de sobresalto con la novedad; desconocieron, sin discrepancia, y condenaron lo hecho por Buenos Aires; y hallándose así repentinamente sin cabeza con motivo del derrocamiento de Cisneros, tendieron sus brazos suplicantes al virrey de Lima, en demanda de amparo y protección. Unánimes anduvieron en este proceder, no sólo inspirado por un movimiento propio del ánimo, sino dirigidos por los consejos del general Liniers, que así se lo ordenaba desde Córdoba, al par que comunicaba aquellas ocurrencias, y ejerciendo en esto los poderes que colocaba en sus manos el depuesto virrey de Buenos Aires.

Dos de aquellos jefes en apuros, el de Potosí y el de Charcas, que por su situación eran los que servían de seguro intermediario entre Liniers y Abascal, al comunicar la noticia á Lima, pedían al virrey del Perú incorporara las provincias altas á su jurisdicción en tanto durara el peligro común; lo cual, poniendo Abascal en inmediato efecto y fundándose para ello en tal súplica, agregaba al territorio de su mando la mitad septentrional del virreinato argentino.

Al dar aquel paso, los jefes realistas mostraron un tino político admirable, porque en vez de irse á las manos y reñir entre sí por ejercer el mando superior, ó bien aislarse los unos de los otros, llevados por impulsos de ambición ó turbación, ó por espíritu de discordia, salvaron la unidad, que era el secreto de su fuerza, con paso tan acertado y político. Felices fueron, sin duda, las consecuencias que reportaron, porque de esta manera el virrey de Lima, que había menester de sumisión y del concurso de todas las fuerzas reales para detener el avance de la

revolución, pudo desde entonces disponer como jefe supremo, y con apariencias legales, de toda aquella comarca inmensa que, desde los extremos superiores de Jujuy y de los Chacos, iba á perderse entre la línea del Ecuador.

IV

EL PLAN REALISTA

Sin embargo, como no pudiera el virrey de Lima tomar á su cargo personal la defensa, ocupado en el momento en apacignar el levantamiento de Quito, más inmediato, y que lo había encadenado á su curso un año hacía; y como fuera también Liniers, el jefe militar más inmediato á Buenos Aires, el que dirigiera la voz de alarma y llevara en sí el prestigio de sus victorias y fama dada por ellas de insigne general, todos los ojos realistas se posaron en él, como en el ángel de la esperanza y prenda segura de victoria. También el virrey de Buenos Aires lo había encargado del mando militar y dirección de la resistencia, de manera que, por subordinación, por la opinión y por las mismas circunstancias apuntadas, su jefatura de la causa real mereció unánime acatamiento.

En consecuencia de esto, y mientras pudo haber libres sus comunicaciones con el sur, convino con él el virrey del Perú el plan de operaciones, ordenó á los gobernadores del norte reunieran á toda prisa las tropas diseminadas por aquellas latitudes, y levantaran nuevas para formar un grande ejército; las cuales, poniéndose en activa diligencia, reconcentráronlas y las acantonaron en las fronteras de Salta, con ánimo de hacerlas bajar en breve é incorporarse con las de Liniers en Córdoba [1]. Ya el marqués de Yavi, al mando de la vanguardia, se había posesionado de la

(1) *Manifiesto del Congreso* á las naciones. 1817.

provincia de Jujuy, donde daban comienzo sus vastas heredades.

Todas estas fuerzas estaban bajo las órdenes inmediatas del mariscal de campo don Vicente Nieto, que era á la sazón gobernador presidente de Charcas. Temió éste avanzar; porque, recordando los sucesos de Chuquisaca y de La Paz, que hicieron célebre el año anterior, calculaba que retirándose de sus proximidades se produjera un levantamiento tendiendo la mano á Buenos Aires, caso en el cual se vería encerrado entre dos ejércitos, uno al frente y el otro á la espalda. Llena su alma de estos temores, y aún desconfiando de sus mismas tropas, era su empeño que Goyeneche levantara cuanto antes un ejército por la altura del Cuzco, en donde gobernaba, para garantía de sujeción y quietud de la provincia de La Paz.

No pudiendo Abascal concurrir personalmente, ni enviar su ejército por el momento, limitóse por de pronto á cooperar con activa diligencia en la obra, trazando planes, enviando instrucciones, armamentos, algunos refuerzos, consejos y cuantos auxilios pudo haber á las manos [1].

Suerte propicia parecía, pues, acariciar de temprano la causa española, porque sin tropezar en contratiempos mayores, y excepta la sorda conmoción de los espíritus que se creía fácilmente dominar, todo se mostraba aún sin dislocarse del antiguo orden establecido; y Buenos Aires aparecía estar próxima á ser envuelta y sofocada por dos brazos forzudos y gigantescos que, recibiendo impulso y vida desde Lima, se extendían contra ella, el uno por Córdoba y el otro por Montevideo, y que venían á unirse, en la altura de Salta, en un solo y robusto cuerpo.

Empero, este cuadro halagador duró lo que un sueño; que apenas sueltas á la luz estas ilusiones, el pronunciamiento de Salta en favor de Buenos Aires, que vino en Junio, desconcertó los planes mejor combina-

(1) Torrente, citado, tomo I, página 82.

dos del enemigo, y un amargo desconsuelo hizo presa de su ánimo por ello [1]. Ordenóse, en consecuencia, al marqués de Yavi evacuara la provincia de Jujuy y se retirara al norte con el regimiento de Tarija, que mandaba; disponiendo que el resto de las fuerzas, mandado por el general Córdoba, se reconcentrase en Cotagaita.

Con esto las primitivas energías cayeron; porque no sólo se perdía una zona extensísima y rica, y poblada de moradores fuertes, aptos para la guerra, sino que las fuerzas españolas quedaban desde esa hora divididas y Liniers cortado por retaguardia. Se quiso entonces, como se ha visto, romper esta valla. El marqués de Yavi y Valle del Tojo, con fuerzas de Tarija, invadió de nuevo los valles septentrionales de Jujuy; y, avanzando las fuerzas que se iban aglomerando en esos confines, Salta dió cuenta del atrevimiento [2].

Hubo, entre Agosto y Septiembre, cundido por todo el país ocupado por las armas del Rey la caída de Córdoba, que había sido la más risueña esperanza en un principio. Llamaron por ella traidor, irreligioso y corrompido al doctor Fúnes, porque de aquella desgracia se echaba toda la culpa al Deán, achacándole «haber vendido á los jefes y á las tropas, haciendo un *chasque* á las de Buenos Aires para que no se regresaran sino que entrasen á Córdoba, supuesto que no encontrarían embarazo alguno en los cordobeses.» [3]

Vencida, pues, Córdoba; alzada Salta, y el ejército de la Junta robustecido, como debíalo ser, por la cooperación de todos los pueblos hasta Tarija, Nieto se vió forzado á cambiar de plan. Ya el invadir y reconquistar á Salta y castigarla, como lo prometía horas antes, y someter á la postre y á la fuerza á Buenos

---

(1) TORRENTE: citado, tomo I, página 82.

(2) Capítulo VIII de esta obra, tomo I.

(3) *Registro Nacional*, tomo I, página 90, núm. 183.

Aires, era sueño y esperanza perdida por lo pronto de manera que varió de plan, y en vez del primitivo se trazó el de dejar llegar á los *porteños,* como nos llamaban, hasta Cotagaita, puerta del Perú, cuyo paso estrecho ordenó fortificarlo, muy dado á la esperanza de que no lo podrían vencer los de la Junta; y para que el ejército de ésta llegara careciente y fatigado dispuso asímismo que al retirarse sus tropas desde Jujuy fueran dejando arrasados los caminos.

Estos dos transcendentales sucesos hicieron problemático lo que antes aparecía por seguro; esto es, la toma de Buenos Aires. La confusión que se apoderó de los gobernadores del Perú, en especial de Nieto, que mandaba en Charcas, fué grande; y como tras estos sucesos el ejército de la Junta se internaba hacia el norte, y Liniers, con sus cómplices, había caído en sus manos y sido todos sacrificados á la sed de escarmiento que anunciaba la revolución á sus enemigos, la consternación de éstos fué profunda y cambió seguidamente en sobresalto y justo miedo. A su vez, el halago de la libertad en aquella tierra, famosa ya y fecunda en patriotismo, unido ahora con el entusiasmo que llevaban á las almas el ejemplo de Salta, los triunfos de Córdoba, los papeles incendiarios que atizaban el fuego en cada correo, y el avance del ejército triunfante, que golpeaba ya las puertas mismas del Alto Perú, electrizó de manera tal aquellos pueblos que la tierra parecía extremecerse en actitud temible; y las autoridades españolas, presa de la más afligente inquietud, sentían así como si pisaran sobre un volcán cuyas fuerzas oprimidas pujaran por abrirse grietas y transformarlas en cráteres, y arrojar por ellos el fuego que extremecía y quemaba sus entrañas.

Todos aquellos pueblos, pues, con singularidad La Paz, Cochabamba y Chuquisaca, sentíanse visiblemente adictas á la capital; y Nieto que, mariscal y presiedente de Charcas, venía á ser, una vez perdido Liniers, l jefe militar de la zona, asustado y perplejo, no

acertaba á dar en la manera como se podría sujetar los pueblos de su dependencia, que parecían escapársele de entre las manos; viéndoselo, así, ambíguo y confuso; ya queriendo seducir por medio de la clemencia y las promesas de gracias y distinciones, ya también tentando la amenaza de castigos y horrores, arma sólo eficaz contra los espíritus tímidos é irresolutos, que el nuevo huracán ahora fortalecía. [1] Dió Nieto una proclama á fines de Junio, con fanatismo y torciendo la verdad por sistema, á fin de dominar la opinión. Se colocaba en ella á los de la Junta como salidos de la más baja ralea; se ponderaba su ignorancia, su ningún mérito, declarándolos rebeldes y traidores.

El día 26, temiendo á Cochabamba, mandó á persuadirla sostuviera su autoridad al doctor Matías Terrazas, deán de Charcas, á fin de que no se le levantara á sus espaldas; y por otra providencia, en ese mismo día, remitía á las prisiones de Lima á los más notables presos políticos que guardaba en las cárceles por los sucesos de 1809; y entre ellos á los oidores Usos y Ballesteros, á uno de los fiscales, al coronel Arenales, jefe militar de la revolución de Chuquisaca, y á Lemoine, sin haberles aún tomado declaración á estos dos últimos. [2]

La sola noticia de la revolución ya había puesto á pique de ser derrocada su autoridad en la misma Chuquisaca, como había sido la de Cisneros; porque habiendo conservado hasta entonces allí los cuerpos de patricios, que el año anterior había sacado de Buenos Aires para sofocar los pronunciamientos del Alto Perú, habían pretendido sublevarse secundando á sus hermanos de la capital, y abortado el proyecto cayeron bajo la ferocidad de Nieto, que los desarmó, disolvió los cuerpos, y condenó á los patricios á que hicieran de mitayos, hasta que perecieran, sepultán-

(1) TORRENTE: Obra citada, tomo I, página 88.

(2) *Gaceta de Buenos Aires*, 30 de Agosto de 1810.

dolos en las minas de Potosí. Dos anónimos que partieron de esta ciudad para Cochabamba incitando á la independencia, cayeron en manos del gobierno; y otro día se interceptaba una comunicación del Cabildo de Cochabamba, nada menos que anunciando al general Ocampo la disposición de aquella provincia para sublevarse contra el Rey. (1) ¡Qué momentos aquellos más sublimes! Una agitación suprema oprimía todos los corazones; patriotas y realistas se extremecían en ansias contrarias; la atmósfera se sentía cargada, minada la tierra... ¡El Perú se le iba á Nieto!

En la misma Chuquisaca, donde á la sazón residía él personalmente, notaba, lo sabía y lo comunicaba oficialmente á sus aliados, que toda la opinión pública, en vez de acompañarlo y sostenerlo, érale adversa de todo corazón, y adicta, con visible ardor, de la causa de Buenos Aires; que en La Plata hasta las piedras parecían patriotas. Aún el mismo Arzobispo, español como era, no le prestaba apoyo en sus empresas, ni moral ni materialmente, si hemos de creer á las de suyo dudosas é interesadas confesiones posteriores del prelado; porque citado á varios acuerdos de gobierno para esto de la resistencia á la dominación é invasión de la Junta, fué su opinión obstaculizadora antes que resorte eficaz para tales planes, pues era su consejo se evitara de todos modos la guerra civil, arreglándose amistosamente con Buenos Aires, para cuyo conciliador objeto ofrecíase marchar personalmente al encuentro del representante Castelli y servir de mediador para componer con él las paces y amistad; de todo lo cual, para sembrar entre nosotros la duda sobre su empeño, concluye en confesar no quiso Nieto constara su voto en el acta de aquellas sesiones. De esta suerte, el Presidente se veía sin más apoyo en aquella ciudad que las cuatrocientas bayonetas que lo rodeaban y algunos parciales españoles, por lo cual

(1) *Indice* del Archivo de Sucre, página 51.—Torrente: obra citada, tomo I, página 88.

su gobierno, de suyo y desde un principio duro y despótico, tornóse en la hora presente en opresión formidable.

V

EL GENERAL NIETO

Era éste el gobernador de Charcas, que residía en La Plata, ó Chuquisaca, su capital; y que, como Presidente de la Audiencia allí radicada, tomaba este título en vez del de gobernador, según costumbre. Pero era un mandatario que no sólo no contaba con la opinión de los pueblos que dirigía, sino que era de ellos despreciado y aborrecido por su fea y reprensible conducta.

Lo vimos ya, llegado de España el año de 1809, preparado á someter, según sus ínfulas, á todos los inquietos en un zapato, según decía; y cuando estando en Buenos Aires llegaron las nuevas del movimiento de Chuquisaca, dirigido por la gente de mejor calidad:—«Hola, los cholos,—era su expresión familiar, refiriéndose á ella,—yo iré con doscientos patricios y estos bastan para azotar esa canalla;» (1) de la misma manera que llamara *vagos* otro funcionario español á los doscientos diputados que el comercio de Bruselas dirigiera á la gobernadora de los Países Bajos, Margarita de Parma, para reclamar de las tiranías que le impusiera Felipe II y que los rebeldes se hicieron un honor en cargar este nombre de menosprecio con que quiso hollarlos el despotismo, bautizando con él su partido.

Una vez en Chuquisaca, después de una campaña que no fué más que un paseo militar, desplegó toda la arbitrariedad de que era capaz; porque como el

(1) *Gaceta de Buenos Aires*, 30 de agosto de 1810

movimiento de aquella ciudad se hizo en nombre de Fernando VII contra las tramoyas de Goyeneche, y hubiera reconocido la autoridad, como antes, del virrey de Buenos Aires, el comisionado de éste, sin embargo, que lo era Nieto, y no obstante habérsele sometido sin resistencia la plaza, que contaba con seiscientas plazas y otras fuerzas organizadas por el coronel Arenales, su comandante de armas, [1] los dió de criminales; constituyóse en corte marcial con su mayor general Córdoba para juzgarlos, levantando, al efecto, causa á todos los complicados en el movimiento, y los llevó á las cárceles el 11 de Febrero de 1810, secuestrándoseles por su orden sus bienes de fortuna. [2] El coronel Arenales, jefe militar del movimiento, debía ir á parar á los presidios mortíferos de las Casas Matas del Callao, y el doctor don Jaime Zudañes, de lo más visible y respetable, á los calabozos del Santo Oficio, mientras su hermano moría en la prisión.

Así don Vicente Nieto comenzó su gobierno de Charcas. Era este un español profeso en las armas, donde había alcanzado, actuando en la Península, á ser mariscal de campo, que era el más alto grado que se discernía en el ejército español. Había venido de España sin un ochavo; [3] mas con una sed avara de hacer fortuna, no obstante que el porvenir no le sonreía tanto para ello, pues que pasaba á la sazón de los setenta años de edad. Sin embargo, estando en Chuquisaca, se le vió no perdonar medio para medrar, siendo parte muy eficaz á que se lo convirtiera en el blanco de los odios, merecidos ó no, aquel su carácter soberbio y duro, su rapacidad sin escrúpulos y esa su indelicadeza con que perseguía los bienes de fortuna; como que vendía los curatos y cuanto cargo y oficio había de rentas, para conse-

(1) Núñez: página 192.

(2) *Indice* del Archivo de Sucre. página 53.

(3) Doctor M. Moreno: *Escritos*.

guir la coima, sino su precio; y practicaba sobornos y demás bajezas de este jaez; y las prisiones se hacían más ó menos fuertes y duraderas, según el precio que se le ponía en las manos; [1] porque era un viejo disoluto, de manos y conciencia puercas, y muy dado, por hábito é inclinación, al juego.

De corazón pequeño y pusilánime en los momentos de apuro, este neurótico rapaz se mostraba arbitrario y cruel y hasta feroz cuando, como al llegar á Chuquisaca, tenía al adversario desarmado y vencido, circunstancias en las cuales desplegaba todos sus alardes de déspota audaz é inconsiderado; conducta y satisfacción muy propias que son de todo pecho cobarde Su inteligencia limitada lo hacía intolerable y fastidioso en la administración; que se fijaba sólo y por demás en los detalles y menudencias, sin comprender las cosas mayores; su lengua, aunque mordaz, manejaba la palabra en forma entrecortada y dura, que salía al exterior por entre unos labios trémulos; la mirada de sus ojos, turbios y pequeños, no se alzaba, por lo regular, del suelo, siendo siempre irritada y enfadosa; un cabello tieso adornaba su cabeza y tenía el cuerpo ya encorvado por la edad. [2]

---

(1) DOCTOR M. MORENO: *Escritos.—Gaceta de Buenos Aires*, de 30 de Agosto de 181[illegible].

(2) DOCTOR V. F. LÓPEZ: *Historia Argentina*, tomo II.

CAPÍTULO XI

Primera campaña del Alto Perú

SUMARIO.—I Organización del ejército real.—II Sublevación de Cochabamba.—III Balcarce toma la ofensiva.—IV Ataque de Cotagaita.—V Batalla de Suipacha.—VI Combate de Arohuma.—VII Pronunciamiento del Alto Perú; el voto de Chuquisaca.

I

ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO REAL

Desde el momento en que se supo el movimiento de Buenos Aires, los jefes realistas que gobernaban los pueblos del Alto Perú se dieron empeñosamente al arreglo é instrucción de las tropas y á su reconcentración en el punto elegido por estratégico, que era entre Tupiza y las fronteras de Salta, para luego bajar á ésta. Y como fuera el gobernador de Potosí el más cercano al peligro, envió por rápida providencia al punto de Tupiza seiscientos milicianos al mando del coronel don Indalecio Socasa, militar esforzado y entendido, que gozaba de bastante inteligencia y sagacidad, aunque novicio aún en los quehaceres de la guerra. Halagado con que en la cercana provincia de Chichas alzaría mucha tropa, había ido á ella provisto de dos cañones y fusiles suficientes como para armarla; mas apenas si logró juntar doscientos hombres á sus banderas, que ya la opinión estaba inclinada á la nueva causa, merced á los trabajos que en tal sentido había hecho el doctor don Pedro

José de Agrelo, alcalde del lugar y natural de Buenos Aires [1].

Socasa dedicaba todo su celo y actividad á la organización é instrucción de las tropas, mientras el mayor general don José de Córdoba se ocupaba en levantar las fortificaciones de Cotagaita, al norte de Tupiza, y como para que fuera la trinchera de piedra que cerrara el paso á las tropas argentinas.

La presencia de este jefe español en el campamento de Tupiza puso á riesgo de alterarse la concordia que hasta entonces había reinado en el campo realista. Porque en cuanto llegó allí quiso tomar el mando militar en jefe, pues que siendo su natural de índole soberbia y altanera y muy presumido, además, de su propio valer, hallaba como un desdoro aquello de someterse á un jefe que, como Socasa, no tenía como él larga experiencia en la guerra. Logró al fin, aunque venciendo dificultades, triunfar en su intento, debido en mucho al carácter templado y modesto que adornaba á su adversario y, más que todo, al noble impulso que animó su pecho por la salvación de la causa real, que á reñir con Córdoba la comprometía de veras, y sólo por la mezquina ambición del mando.

Quedó por este arreglo que Socasa conservaría á sus órdenes el batallón de que era coronel, pasando la división de Tupiza al mando de Córdoba. [2] Tenía Córdoba el cargo de mayor general del ejército real del Alto Perú, y en su carrera de marino había alcanzado á capitán de fragata, y se había incorporado al ejército de Tupiza con un cuerpo de marinos españoles, como él llenos de arrogante soberbia; y como para derramar entre los pueblos fama de invencibles, y también para infundir miedo á su nombre y acción anunciando no darían cuartel á ningún americano que tomaran prisionero, habían levantado

---

(1) **Torrente:** tomo I, página 82.

(2) **Torrente:** *Obra* citada, tomo I, página 8[illegible].

de distintivo de su cuerpo un estandarte de fondo negro, poblado su campo de calaveras y demás símbolos de la muerte. (1)

Nieto, en la provincia central de Charcas, se afanaba por robustecer su ejército del sur librando órdenes á las diversas comarcas, en especial á las de Cochabamba y Santa Cruz, para que le enviaran sus contingentes de milicias. En el extremo norte, Goyeneche, desde el Cuzco, y Abascal, desde Lima, desplegaban una actividad extraordinaria para levantar cuerpos de tropas, por sí y por medio de sus tenientes, como que el coronel Basagoytia había llegado ya con quinientos hombres á Potosí, de las milicias de Puno y Arequipa; y otro jefe, más superior que éste, don Juan Ramírez, dejaba su gobierno de La Paz delegado en manos del coronel don Domingo Tristán, en tanto que él levantaba un ejército miliciano de dos mil plazas, que adiestraba personalmente en los campamentos cercanos á aquella capital. (2)

Sintiendo, pues, esta actividad y mirando tales recursos, los gobernantes del Alto Perú acariciaban cuerdamente la ilusión de que con elementos semejantes darían cuenta de la expedición de Buenos Aires en cuanto ésta se aventurara á penetrar en las gargantas de aquel país; porque, á más de poseer su gobierno, que es resorte poderosísimo en circunstancias como aquellas, sus fuerzas en movimiento é instrucción pasaban de seis mil hombres que, aunque tropas bisoñas y dispersas en varias zonas en su mayoría, se las tenía en campo de instrucción y dirigidas por jefes que, como Ramírez, no eran en nada inferiores al general de Buenos Aires.

II

SUBLEVACIÓN DE COCHABAMBA

Sin embargo, era esto sólo los prodigios de la fuerza; y como la opinión del país no les fuera pro-

---

(1) DOCTOR M. MORENO: *Escrito sobre la misión del Congreso.*

(2) TORRENTE: *Obra* citada, tomo I, página 84.

picia, estruendoso acontecimiento vino á cortar el vuelo de sus trabajos, repitiéndose algo bien parecido, pero en grado más avanzado, de lo que hacía tan poco había ocurrido en Salta; porque si aquí la decisión de esta intendencia vino á aislar á Liniers, dejándolo cortado en Córdoba, la valerosa Cochabamba se alzaba en armas en medio de los ejércitos del Rey, lo que era grande heroicidad, cortando á su vez y aislando de sus parciales de La Paz y del Perú á Nieto y su ejército; y, lo que era más, en el momento crítico aquel en que estaba á punto de batirse con el ejército auxiliar, que iba subiendo ya en aquellos días la Quebrada de Humahuaca.

Había sucedido que audaces propagandistas argentinos habían penetrado hasta el fondo del país enemigo, logrando en Cochabamba preparar el estallido revolucionario, muy á espaldas del ejército de Tupiza y en el centro de los preparativos y recursos de Nieto.

Su misión fué lograda con habilidad y éxito feliz; y á pesar de haberse sorprendido en Tupiza la comunicación del Cabildo cochabambino que anunciaba á Ocampo la disposición de la provincia, los jefes del Rey ni tiempo ni medios tuvieron de evitar la explosión, que estalló de allí á poco, el 14 de Septiembre de 1810. (1)

---

(1) «Esta revolución, dice Torrente, historiador español, estalló por los enviados patriotas que se internaron á esa provincia mandados por los argentinos.» ¿Quiénes eran éstos? No tenemos las luces suficientes para poder afirmarlo; pero parece evidente que no podían ser enviados del general Ocampo, que recién se hallaba en Córdoba, absorbido en quehaceres más inmediatos; y aunque la comunicación que le dirigió el Cabildo de Cochabamba lo fuera á fines de Agosto ó principios de Septiembre, la idea de lanzar esos enviados, la internación de éstos en el Perú y la realización de sus trabajos hasta obtener el despacho secreto del Cabildo, fueron necesariamente hechos de mucho antes y requirieron largo tiempo de elaboración. No es entonces aventurado el suponer lo fueran de los patriotas de Salta, que tomaron desde Junio, en que se supo la novedad del 25 de Mayo, por su cuenta el hostilizar al enemigo. Los medios de que disponían eran apropiados para ello; pues todo lo principal del comercio de aquella provincia consistía en la introducción á las provincias peruanas de las tropas de mulas, las mercaderías y demás efectos de sus transacciones, ocupaciones que podían disfrazar cualquiera otra misión, por peligrosa que fuera. Añádase á esto que las fuerzas realistas se acantonaban en las fronteras de Salta y aún intentaron invadirla; y se verá entonces el interés y entusiasmo que tendrían los patriotas de aquella provincia de intervenir directa y personalmente en la destrucción del enemigo. El coronel don José Moldes, el año anterior, había ya dado un ejemplo semejante, y precisamente fué en Cochabamba que comprometió para la revolución al ministro tesorero don Mariano de Medina, según lo dice en su *Exposición*, que publicamos en el «Apéndice» del tomo primero; y cuando lleguemos más adelante á historiar los sucesos de 1813, veremos el genio revolucionario de la población de Salta mostrarse en una escala mayor.

La cabeza dirigente de aquella audaz y oportuna insurrección fué el oficial miliciano don Esteban Arce. Al frente del movimiento armado aparecieron el comandante don Melchor Guzmán y el coronel don Francisco del Rivero, que fué el jefe militar destinado á adquirir renombre en los fastos de la independencia. Sublevaron los ciento cincuenta soldados que hacían allí de guarnición; tomaron preso al gobernador intendente Prada, con sus propios soldados; al vicario Cardona, al Ministro de Gobierno, y á todos los principales empleados españoles. No paró en esto su activa diligencia, sino que se negó francamente la obediencia á Nieto y se oficiaba á la Junta de Buenos Aires, el 24 del mismo mes, presentándole el debido acatamiento.

Para sostener su decisión, rodeados como estaban de fuerzas enemigas, Rivero puso en inmediata organización las milicias; y, reuniendo un cuerpo de ejército como de dos mil hombres, lo lanzaba contra Nieto.—«Casi hubo tenido Chuquisaca un combate antes que llegaran los de abajo,» se escribía de La Plata en esos días. (1) Y sucedió que á Nieto se le disipaban los batallones sin que lograra contenerlos, provocados por el ejemplo de Cochabamba; porque las tropas que hacía poco le había remitido Prada se volvieron, «sin quedar uno,» el día 22; y el 24 hacían lo mismo quinientos cruceños que llegaron también con el mismo objeto de engrosarle su ejército; «con lo que quedó Chuquisaca en silencio» (2)

Algunas fuerzas había logrado, sin embargo, Nieto hacer llegar á Tupiza antes del suceso de Cochabamba; y ahora era él mismo quien se empeñaba por salir de aquella Chuquisaca que ardía bajo sus piés; lo que verificó á pesar de las instancias oficia-

(1) Capítulo de carta de La Plata, de 24 de Septiembre de 1810, en copia, Archivo del doctor Güemes.

(2) Párrafos de la carta citada de 23 y 24 Septiembre 1810.

les del Cabildo de que no dejara la ciudad «hasta concluir lo que había comenzado.» [1]

Producía así sus inmediatos resultados la nueva revolución por este lado de La Plata, desbaratándole las reservas al enemigo y poniendo en la mayor evidencia la confusión y el pusilánime espíritu del presidente Nieto. No eran menos felices sus resultados por los demás rumbos; porque hasta la situación de esa provincia para alzarse espada en mano en medio de nuestros enemigos, parecía llamada y estratégica. Estaba en el camino real del Perú, al sur de las populosas y ricas provincias de La Paz, de Puno y del Cuzco, que eran los depósitos inagotables de los elementos españoles; y al norte de Charcas, que era como el centro del gobierno; y de Potosí, donde estaba el ejército, á quien había que socorrer y sostener, pues estaba en vísperas de ser atacado; y el cual venía á encontrarse así cortado por retaguardia, privado de todo socorro en adelante; amagado por la espalda, amenazado de frente, y sus jefes y soldados circunvalados de tal modo, que, en caso de desastre, todos caerían, tarde ó temprano, en manos del inflexible vencedor, cuya sangrienta justicia había dado en Córdoba la lección terrible que debían esperar todos los que, como Liniers y Concha, hicieran armas contra la Junta de la capital. Todo esto, pues, oprimió el ánimo del ejército de Tupiza.

La actitud de Cochabamba vino á ser decisiva para el partido á que se plegó, como tuvieron el dolor de verlo los mismos españoles; ni pudo ser más oportuno su movimiento, por otra parte; que todo se trastornó por ello en el campo enemigo; sus jefes, sorprendidos y confusos, reclamaron de Lima más refuerzos y más consejos, pues los planes mejor combinados se obstruyeron, llegando hasta paralizarse los movimientos militares. Los revolucionarios avanzaron al norte hasta Oruro, que se plegó á la causa;

(1) Párrafos de la carta citada, de 23 y 24 Septiembre 1810.

esparcieron por las comarcas limítrofes sus proclamas incendiarias del patriotismo, incitando á todos á seguir su ejemplo; las poblaciones indígenas de los valles intermedios se alzaban por ellos y servían para mantener activa comunicación con La Paz, en cuyo seno se agitaba masa potente de patriotas, á cuyas seducciones no resistía ni el mismo gobernador Tristán. Y acontecía de este modo que el Cabildo de esta ciudad demoraba con calculados pretextos el envío de auxilios y refuerzos que aceleradamente exigía el coronel Ramírez, que obraba en su campaña y pretendía someter á Cochabamba.

Pero toca ya poner término á la narración por este lado, para que pasemos á ver lo que ocurría, á la vez, en la expedición auxiliar, con quien iba á habérselas este ejército del Perú.

III

BALCARCE TOMA LA OFENSIVA

El ejército de la Junta, que apenas contaba al partir de Córdoba con quinientos hombres de los salidos de Buenos Aires, se movió de Salta en el mes de Septiembre, enderezando hacia el norte, y penetrando por la Quebrada de Humahuaca.

El coronel don Diego Pueyrredón despachó al capitán Güemes que, con la partida de observación, hasta entonces había guardado las puertas del territorio, á que fuera á organizar, adiestrar y dirigir el *ejército de los vallistos* (1) que, desde las regiones del poniente de Salta, debía desembocar en la Quebrada, por el Abra del Moreno. (2)

Entretanto, Balcarce hacía alto en Yavi, donde lle-

(1) Se denominan hasta hoy *vallistos* los habitantes de Salta que pueblan los valles calchaquíes.

(2) Postdata de Pueyrredón á la carta de don José Larramendi á don Román Tejada, Octubre 9 de 1810, original en el Archivo de Córdoba y en copia en el del doctor Güemes.

gó el 14 de Octubre con la columna de vanguardia, y punto en el cual determinó prudentemente completar su ejército con todos los demás cuerpos que iban en marcha; como que debían llegarle de un día á otro el contingente que había salido de Tarija ya en su busca, y la artillería que se le remitía de Salta, á cargo de su alguacil mayor, don Calixto Gauna. No se hallaba en la ciudad de Jujuy, ni en la de Salta, sujeto que dispusiera con la celeridad que convenía la conducción de los cañones de grueso calibre para incorporarlos al ejército; en tales apuros dió el gobierno con Gauna, encargado desde un principio de guiar la expedición, por su gran vaquía en aquellos caminos hasta Potosí. «Una vez en la empresa, arbitré un armatoste rodátil, y sin perdonar trabajo ni fatiga alguna, decía, conseguí llevar desde Jujuy á Cotagaita, y de allí á Tupiza, en ocho días de marcha por camino áspero y fragoso,» los cañones encomendados.

Apenas debía contar el General en aquel su campamento con ochocientos hombres; (1) pero, según los cálculos tomados sobre las demás tropas en marcha, debía alcanzar á contar bajo sus banderas, unidas las fuerzas de Tarija, hasta mil novecientos soldados. (2) En cuanto estas fuerzas se le unieran era su pensamiento atacar sin más espera al enemigo; el cual, desde Cangrejos, se lo iba avistando, y poníase en fuga á medida que nuestro ejército avanzaba; mas su propósito se obstaculizaba, además, por la extrema falta de acémilas, tan necesarias, especialmente para aquellos caminos fragosos por donde pensaba penetrar. Urgentes diligencias hacía para conseguirlas Pueyrredón. Por Yavi las mulas escaseaban en absoluto; y el mismo General las tenía pedidas de Cochinoca y los valles de Salta. (3)

---

(1) Torrente: *Obra* citada, tomo I, página 86.

(2) *Carta* de Larramendi, citada.

(3) *Carta* de Balcarce á Chiclana, de 8 de octubre, en el Archivo de Córdoba.—*Gaceta de Buenos Aires*, 25 de Octubre de 1810.

En aquel punto tan avanzado hallábase de esta suerte Balcarce como enclavado é inmóvil, por carecer de los suficientes elementos de movilidad; y como á la par de este inconveniente los restantes trozos del ejército aún quedaban lejos y lerdos en su avance, no se daba en arbitrio alguno que fuera eficaz á salvar tan apurada situación. Sólo quedaba un resorte que tocar, y vino á caer Balcarce felizmente en su acuerdo; el que consistía en valerse del capitán Güemes, que tenía extendida ya fama por su capacidad en el desempeño de estas misiones por la actividad é inteligencia de su acción. Hízole decir, pues, que, dejando sus presentes atenciones, bajara precipitadamente á Jujuy á dar impulso á lo restante de las fuerzas y demás elementos. Hízolo Güemes así, pero de manera tan excelente y cumplida. que dejó memoria de su proeza; porque, llegado que fué á Jujuy, puso en un día todo en movimiento, dándose á la marcha buena parte de aquellas fuerzas acantonadas y perezosas, quizá porque su arreglo y gobierno lo requería, mientras él daba la vuelta á Yavi sin más demora; de lo que resultó que, á mitad de Octubre, gran parte de las fuerzas del ejército cruzaban por la Quebrada de Humahuaca, buscando su reconcentración.

Sin embargo, como fuera en Balcarce la impaciencia y precipitación el pecado principal de sus defectos, no aguardó no tanto á organizar su ejército, pero ni siquiera á que le llegaran las municiones, la artillería y los elementos suficientes de transporte, para lanzarse en marcha ofensiva sobre el enemigo; el cual, por su fortuna, era más incapaz en lo militar; y sus soldados, también sin disciplina en buena parte, flaqueaban por el lado del corazón, que el miedo había hecho presa en ellos, á punto de que cada día aumentaba la confusión, el susto y la duda.

Bastó para determinarlo á tomar la ofensiva la incorporación de las fuerzas de Tarija, á cuyo encuentro había sido enviado Güemes por su actividad recomendable, las que llegaron bajo sus órdenes,

y las de su comandante Larrea, vizcaíno de nacimiento, vecino de aquella ciudad, y que sumaban unos doscientos soldados [1].

Los demás cuerpos del ejército aún venían en marcha. La retaguardia no había salido aún de Jujuy, y en ella venían las municiones de la artillería; la reserva iba recién entrando por la sierra y ni aún el centro se había incorporado. [2] Así, lo que salió de Yavi en busca del enemigo era sólo una columna de la vanguardia, con grande insuficiencia de municiones y de cabalgaduras, tan indispensables por aquellas regiones escabrosas, y compuesta apenas de cuatrocientos hombres, con dos cañones. [3] Aquella columna que de esta manera iniciaba la marcha ofensiva de la revolución, estaba compuesta de los hijos de todos los pueblos argentinos que iban á sostener la causa por el norte,—Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, Salta, Santiago del Estero, Jujuy y Tarija. [4]

Por su parte, las fuerzas realistas, al ir retrocediendo sus avanzadas hacia Tupiza, dejaban de propósito los caminos desolados, cumpliendo el plan de Nieto; de modo que la columna de Balcarce se vió víctima de grandes privaciones, sin carne fresca, llegando hasta los oficiales á no tener más alimento que galleta y charqui; y aunque por imprevisión de mando carecían hasta de vestidos sanos, no obstante de

---

(1) Torrente, en cuanto á Larrea: Respecto á la incorporación de las fuerzas tarijeñas en esa época, no aceptamos que fuera en la víspera de la acción de Suipacha, como otros historiadores lo refieren, 1° porque en la carta del señor Larramendi, citada, se dice:—«Y para seguir las marchas aguardamos la artillería y al ejército de Tarija, con mil novecientos hombres», fechada en el campamento de Yavi, el 9 de Octubre; 2° porque en una carta fechada en Tarija el 17 de Noviembre de 1810, escrita por el administrador don José Hurtado de Saracho al alcalde de primer voto del Cabildo de Salta, don Mateo Gómez Zorrilla, se transcribe otra de uno de los oficiales de las fuerzas de Tarija, fechada en Tupiza el 13 de Noviembre, en que se relata la comportación de dichas fuerzas tarijeñas en las acciones de *Cotagaita* y *Suipacha*. Esta carta se encuentra original en el Archivo del doctor Güemes; 3° porque en el parte que da el doctor Castelli de la batalla de Suipacha, se dice: «Y á eso de las doce de la noche llegaron las dos piezas de artillería, municiones, dinero y doscientos hombres de refuerzo, *que venían á mi retaguardia*, é hice avanzar á marchas forzadas», lo que prueba que no eran recién llegados de Tarija, sino de las fuerzas retrasadas que marchaban con el Representante de la Junta.

(2) *Parte* de Castelli de la batalla de Suipacha, adonde no concurrieron tampoco estos cuerpos que venían en marcha.

(3) Mitre: *Historia de San Martín*, tomo I, página 214.

(4) *Parte* de Balcarce.

ser recién el comienzo de la campaña, aquellos soldados tenían tal entusiasmo por la causa que soportaban sin murmurar semejantes males. [1]

IV

ATAQUE DE COTAGAITA

La vanguardia del Rey, que estaba en Tupiza, se replegó á Cotagaita, guareciéndose en su recinto atrincherado. Era este punto el que pareció estratégico por excelencia para cerrar la entrada al Perú á las fuerzas argentinas; porque, cortando el camino de Potosí, forma como la llave segura de sus comunicaciones.

Llevando el rumbo norte las tropas de la revolución, se internaban entre aquellas gargantas de las sierras, cuyas montañas estrechaban el horizonte hacia uno y otro costado, y al aproximarse á Cotagaita caía el camino al fondo de una quebrada seca que, con sus tortuosidades, desembocaba de improviso en las riberas del río que corta el trayecto de poniente á naciente, separando estos cerros, dos al norte y dos al sur.

Al llegar á esta caída del camino se presentaba al frente, y de modo inopinado, el pueblejo de Santiago de Cotagaita, asentado en la banda opuesta del norte y algo corrido hacia el oeste en la desembocadura inversa de otra quebrada, ancha y seca también, formada por otros dos cerros que aparentan envolverla.

«Nieto, al saber los aprestos de Salta (antes del arribo de la expedición) no sólo suspendió sus marchas, sino que se fortificó en Santiago de Cotagaita, colocando en la loma de su derecha una batería de cuatro piezas y otra igual en la loma de la izquierda, tirando una muralla de loma á loma y un foso profundo á sus piés, por donde hizo largar todo el río,

---

(1) *Gaceta de Buenos Aires*, de 29 de Noviembre de 1810.

que es de bastante agua, é intercalando en la línea las seis ú ocho piezas restantes.» [1] Fortificado, pues, de este modo y hacia este rumbo, que da frente al sur, venían sus cañones amenazando barrer la boca de la quebrada opuesta, por donde debía aparecer la Patria. Grandes molles de copas espesas y corpulentas, y cuyo ramaje es perennemente verde, esparcían la simpatía por aquellos agrestes parajes.

El día 27 de Octubre, á eso de las nueve de la mañana, el ejército de Balcarce llegaba al frente de aquellas fortificaciones, á cuyo pie murmuraban las frescas ondas del río Santiago. Y como en toda la marcha de ese día hubieran recorrido un terreno árido y seco en aquella estación del año, en que los calores son rigurosos en tales latitudes, los soldados, en vista de las aguas del río, se desbandaron; un escandaloso desorden se produjo en toda la línea, y á pesar del fuego que sobre ellos hacían los enemigos desde el seguro de sus parapetos se arrojaron á beber, con desprecio de órdenes y peligros. Era este un nuevo eslabón que se agregaba á la cadena que iban á labrar nuestras vergüenzas militares.

Pasó en esto una hora empleada así por las tropas, mientras el General lo hacía en enviar á la fortaleza enemiga un parlamentario, exigiendo de sus autoridades el reconocimiento de la Junta de Buenos Aires como legítimo guardián de los derechos de Fernando VII y la rendición, por consiguiente, de las armas á su Representante.

El consejo de guerra realista, presidido por el general Córdoba, no pudo caer en este lazo. Sostuvo que estaba convencido de que el verdadero propósito que ocultaba con perfidia la Junta era sólo la independencia; y que tal procedimiento envolvía negra traición á la patria y al Rey. A más de ello, la instalación de un nuevo gobierno, y por un sistema hasta entonces desusado, no tenía á su favor

(1) Miguel Otero: *Informe* dado en el cobro de sueldos devengados del general P. Latorre.

ni el caso de la necesidad siquiera, toda vez que los pueblos de la América, como el mismo Buenos Aires se contaba, estaban decididos á conservarse en quietud y amor al Soberano, hallándose á la sazón todos obedientes al Rey y á las autoridades por él establecidas.

Y aún aquello mismo de atribuirse la expedición armada el carácter de auxiliar era sólo cargo antojadizo, pues que ningún pueblo ni autoridad del virreinato habían pensado en requerir semejante auxilio; y pretexto que tomaba Buenos Aires para arrancar la bandera del Rey y clavar en alto la de la independencia; lo cual era crimen de alta traición, que ellos, leales vasallos del Monarca y sostenedores de sus derechos, sabrían impedirlo derramando hasta la última gota de su sangre por su amor y fidelidad.

Fracasada la tentativa diplomática, tentó Balcarce el rendirlos por la fuerza, atacando el recinto fortificado; lo cual, si lo llevó con intención verdadera, acusa una imprudencia é impericia militar que colman el asombro. Porque Córdoba había levantado aquellas fortificaciones de piedra para defenderse en sus parapetos, donde tenían una fuerza de mil trescientos hombres, murallas fuertes, diez cañones y una acumulación de recursos importantes. Despreciando todo esto, ordenó Balcarce el ataque, que dió principio á las diez de la mañana; al puñado de sus soldados lo dividió en tres columnas, apoderándose de las alturas inmediatas con el desorden más impropio de un ejército regular. Una de aquellas divisiones, al ir á ocupar la altura que le correspondía, se dió de sorpresa con las fuerzas que por allí tenía apostadas el coronel Socasa, el cual, atacando bruscamente, hizo volver caras á los patriotas, que corrieron hacia abajo, en fuga, hasta reunirse con el centro. Este, colocado en la llanura, lo mismo que la caballería, estaba formado por las tropas de Tarija. Un fuego vivísimo se hacía desde los parapetos enemigos, el que era contestado con no menos entusiasmo y profusión durante unas cuatro horas; pero con una dirección tan pési-

mamente calculada que apenas se le hicieron á Balcarce tres muertos y seis heridos.

Después de reñir hasta las dos de la tarde, de agotar totalmente sus municiones de cañón y apenas conservar de fusil las que cargaban en las cartucheras los soldados; rechazando la idea de atacar á la bayoneta las trincheras, como le fué propuesto, [1] comprendió recién el General, al mirarse desarmado é impotente, que un punto así amurallado y defendido era imposible rendirlo con tan flaca hueste y dió la orden de retirada.

Fué ésta tan precipitada y tan sin tino, que sus dos piezas de artillería quedaron en el campo á merced del enemigo; y llevada con tal desorden é indisciplina, durante aquella tarde y aquella noche entera en que se caminó, que, á lo que dice uno de los que la sufrieron, «si los de arriba no hubieran andado tan cobardes, nos apresan á todos.»

No fué esta retirada motivo suficiente para extinguir el pavor del pecho de los realistas, así es que ellos permanecieron tras de sus parapetos sin salir ni uno en persecución del enemigo. Pero también es bueno decir que los peruanos eran por naturaleza desconfiados, y como dentro de sus trincheras se miraban seguros, resguardados, al parecer, de todo mal, temieron fuera aquella retirada simple ardid del enemigo para sacarlos de sus posiciones y dar cuenta de ellos en el campo.

Cuando así las tropas de Balcarce desaparecieron casi de su vista, emprendieron recién, no por cierto que su persecución, sino un mero seguimiento, á la manera que se cuenta de la tímida vicuña que, en aquellas montañas de los Andes del Perú, á la vista del caminante que la sorprende tiembla y se extremece y, sin embargo, síguelo de lejos después que pasa por la extrema curiosidad que la aqueja.

---

(1) *Carta* de don Manuel Martínez de Laplaza, inserta en la del señor Saracho, de Tarija, ya citada, 1810.

V

BATALLA DE SUIPACHA

Mucho apocó el ánimo de las tropas de Balcarce el resultado de Cotagaita; y fué en aumento el desaliento cuando notaron que la imprevisión del General los había dejado en la mayor escasez de municiones. Así habían llegado hasta Tupiza, treinta y dos leguas al Sur; pero los realistas contramarcharon á su vez á Cotagaita, adonde acababan de llegar trescientos cincuenta soldados á las órdenes de Basagoytia, y cien más que trajo de La Plata el presidente Nieto en persona.

Un consejo de guerra, que se prolongó demasiado, perdió allí un tiempo precioso, dejando escapar la ocasión de batirse con una columna inferior, amilanada, y sin recursos de defensa, para ocuparse tan sólo de si se debía avanzar ó aguardar en las fortificaciones un segundo ataque. Resuelto el continuar en la persecución, el mariscal Nieto rehuyó el comando en jefe que le correspondía para quedarse al resguardo de las trincheras; y por ello, al general Córdoba se le encomendó la dirección del ejército real, compuesto ahora de novecientos soldados, en donde se contaban cuerpos de línea veteranos, como los famosos *Marinos*, todos españoles; la infantería del *Fijo de Potosí*, y los *Granaderos Provinciales de La Plata* que trajo Nieto. Llevaba, además, una fuerza de artillería de cuatro cañones.

Con tales elementos, con el orgullo que les nació del fácil triunfo en Cotagaita, y conociendo ya que las tropas de la revolución padecían de carencia de municiones, los guerreros del Rey contaban por segura la victoria; y de este modo, levantado su ánimo, marcharon sobre Tupiza, de donde Balcarce se vió obligado á levantar precipitadamente el campo, á las dos de la madrugada, tomando rumbo á Suipacha.

Sin detenerse en este lugar, pasó de largo hasta una legua más al sur, ocupando el villorrio de Nazareno el 6 de Noviembre, á puestas de sol.

Era este un punto que se conceptuó por el General apropiado como para hacer alto «sin recelo de ser atacado.» Venía á quedar frente á frente de Suipacha. La ancha y pedregosa playa del río, llamado también de Suipacha, ó San Juan, de una amplitud como de treinta cuadras, cuyo lecho cubren en el estío las aguas que bajan desde los Andes, casi en un solo raudal, separaban estas dos poblaciones. Sobre las riberas del sur estaba Nazareno; los españoles se posesionarían de Suipacha, en la ribera del norte.

Por fortuna, los partes que había dirigido Balcarce al doctor Castelli pintándole sus apuros, habían servido para que éste ordenara que doscientos hombres que iban á su vanguardia buscaran á marchas forzadas su incorporación con el General (1). Estos llegaron al campamento de Nazareno, con toda casualidad, á eso de la media noche de aquel mismo día, sin ser vistos por el enemigo, y junto con ellos dos cañones, cargas de municiones, y aún dinero para la paga de las tropas. Los enemigos, pues, quedaron en la creencia de que iban á habérselas con un ejército desarmado y débil.

Empleó como única habilidad el jefe argentino en esta campaña el engaño y la astucia. Porque queriendo confirmar más aquella creencia en que estaba el enemigo echó mano de un natural de aquellas regiones, joven disimulado y vivísimo y que habíanos servido ya en otra vez de espía, y lo despachó al encuentro del enemigo para fortificarlo en su confianza. Puesto á la obra, dió con él en Tupiza. El artero indio divulgó por aquella población que las tropas de la Patria, con los golpes sufridos, se hallaban con disgusto en la contienda; que era su estado militar

(1) *Parte* de Castelli de la batalla de Suipacha, en Tupiza, el 10 de Noviembre de 1810.

tan miserable que podía tomárselas con la mano, pues era extrema su escasez de municiones; que de su artillería apenas servía una sola pieza; y que era, en fin, resolución de su ánimo continuar la retirada como único remedio de salvación; la cual la emprenderían no bien notaran la presencia del ejército real.

Publicando tales relaciones fácil le fué al indio caer en manos de las autoridades realistas, y puesto en presencia de Córdoba, que ignoraba los refuerzos que por la noche entraron al campamento de Nazareno, creyó con facilidad cuanto aquél le relatara; lo que venía á corroborarse con lo que ya ellos conocían desde Cotagaita y recogían en esas horas también en Tupiza, por donde había pasado el ejército.

Intenso placer inflamó el pecho del general del Rey, y saboreando el cercano seguro triunfo apresuró su marcha, entrando en Suipacha el día 7, cerca de medio día.

Alzábase Suipacha en las faldas de unos cerros que venían como á envolverla por el norte y el naciente. Por su espalda, y hacia el costado oeste, penetraba por la montaña el camino que iba á Potosí. Atravesando del ocaso al oriente lamía sus piés por el sur el río de San Juan, dejando entre la ciudad y sus riberas una ancha faja ocupada por maizales y otras sementeras, que formaban en el verano tablones de verdura á su derecha é izquierda. Estos cultivos se guardaban y dividían entre sí por cercas ó tapiales, que ahora iban á aprovecharse para cubrir el pecho de los soldados de Córdoba.

A las once de la mañana, la vanguardia real, atravesando la ciudad, apareció á la vista de Balcarce en la opuesta ribera. Venía montada, y al llegar á este punto, elegido como fuerte posición para recibir ventajosamente un ataque, echó pie á tierra y pasó á ocupar las alturas del oriente. Luego, en seguida, todo el ejército real verificó idéntica operación.

Era el propósito de Córdoba aguardar hasta que, como en Cotagaita, los patriotas embistieran. Mas

ahora había cambiado el parecer de su adversario, que á su turno, y mejor inspirado esta vez, trataba igualmente de hacerse atacar; porque como también Nazareno estuviera enclavado en el bajo de los cerros, el camino continuaba al sur, serpenteando al pie de esas montañas. A corta distancia del campo patriota se alzaba uno de aquellos montes, el Choroya, en una de cuyas quiebras Balcarce había ocultado gran parte de sus fuerzas, con la artillería, y pretendía, según el plan que tenía concebido, que Córdoba, abandonando su terreno, se internara por allí en su busca. [1]

En esta terquedad, mirándose cara á cara, ambos beligerantes dejaron correr el día hasta cerca de las tres de la tarde. Impacientado Balcarce con la actitud del enemigo, ideó la manera como lo arrancaría de sus posiciones para introducirlo hasta el punto de la sorpresa. Hizo para ello que avanzaran sobre la playa doscientos hombres y que dos de sus cañones rompieran los fuegos. Con esto, el enemigo adelantó sobre los atacantes algunas guerrillas, las cuales se guarecieron tras de los bordes de unas acequias y pozos avanzados de su línea. Entonces las tropas de la Patria se desplegaron y el fuego se rompió por ambas partes.

Iba Córdoba, de esta suerte, cediendo al engaño, porque viendo empeñadas sus guerrillas en la acción, desprendió en su socorro nuevos batallones, abandonando así, poco á poco, su posición primitiva. Conseguido esto, Balcarce ordenó á los suyos simularan una retirada y con muestras de aparatoso temor; y cuando vió Córdoba que así retrocedía, creyéndolo en el camino de la derrota, no se contuvo más, y echó sobre él la mayor parte de sus tropas.

Viendo, pues, que los patriotas volvían la espalda,

---

(1) Quizás esta inspiración fué sugerida por alguno de sus compañeros, y es muy de la índole de Güemes, que se encontraba allí. Decimos esto porque ni antes ni después, durante su carrera militar, nunca repitió Balcarce este sistema de emplear la astucia y la estratagema en la guerra, que fué peculiar del héroe salteño.

y con muestras de terror aceleraban su marcha, cantó Córdoba victoria. Lanzándose seguidamente sobre ellos en la persecución, avanza hasta un tercio de legua más adelante de su línea, trabándose allí nue-



GENERAL D. ANTONIO BALCARCE

vamente el combate, muy cerca ya de la quiebra del Choroya. Pero apenas renovada allí la lucha, caen repentinamente sobre el enemigo las fuerzas que guardaba Balcarce ocultas en la sierra, con el resto de la artillería, y éstas, que al parecer eran las mejores de sus tropas, dieron la carga más bizarra. Se vió á dos hermanos, los Gallardos, lanzarse con extraordinario

arrojo sobre el batallón de Provinciales de La Plata y arrancarle de sus manos la bandera del Rey. Los artilleros de Córdoba, á quienes se les había reventado ya una pieza, ven en ese momento que cargan los soldados argentinos sobre el resto de sus cañones y se los arrebatan; mientras tanto, como en magnífico palco, los pueblos de indios circunvecinos, atraídos por la noticia y el estruendo, aparecen coronando los cerros á cuyos pies se desarrollaba la acción para gozar desde sus alturas de tan interesantísimo espectáculo.

El general Córdoba, que observa flaquear ya los suyos y mira ahora por los cerros de los costados aparecer aquella gente, pánico profundo hace presa de su alma; y pensando era un nuevo ejército que fresco y numeroso acudía en auxilio de Balcarce, se da con ignominia á la fuga, aún sin aguardar los últimos resultados de la refriega. El centro de su ejército estaba ya en desorden, rotas sus alas, de las cuales la izquierda había sido ya puesta en dispersión, cuyo ejemplo, y camino debía muy luego seguir el resto de las fuerzas. Porque sobre aquella carga á la artillería enemiga, siguióse otra general, tan briosa y gallardamente dada, que nuestros soldados llegaron en un instante á posesionarse de los mismos parapetos españoles, allá en la ribera opuesta del río, dándose en seguida á una completa fuga todo lo que aún quedaba del ejército real.

Aquellos fugitivos, presa del más horrible pavor, y contra quienes Castelli, con su genio arrebatado, había ordenado no darles cuartel, no tratando ya más que de salvar sus vidas, echaron á correr por entre los cerros y los caminos más intransitables, á fin de no caer vivos en manos del vencedor. «Estos infelices daba mucha lástima al ver como disparaban, dejando unos la mula, otros aún la casaca, que es la última ponderación.» [1] Mas la persecución aflojó, y se hizo

---

(1) *Carta* de don Manuel M. de Laplaza, citada.

luego imposible más allá de tres leguas por el pésimo estado de las caballerías, de modo que nuestros soldados regresaban cargados de armas que hallaban, tiradas por los fugitivos en los caminos, de forniduras, de mulas, de prendas de vestir y de montar, y aún de alhajas, lo que prueba el saqueo y el despojo de que eran objeto los cadáveres, los heridos y aún los prisioneros y que nada en bien decían semejantes hechos de la moralidad y disciplina en que se hallaba el ejército; achaques que iban á convertirse, para desgracia y vergüenza nuestra, en mal incurable y crónico de lo que fué Ejército Auxiliar del Perú.

Como la acción no fué reñida, pues no duró más de una hora, el ejército de la Patria apenas tuvo doce heridos y un muerto, y el del Rey alcanzó á cuarenta muertos en el campo de batalla, sin contarse los que perecieron en la fuga y ciento cincuenta heridos.

Fué en aquella época general opinión entre los pueblos del norte, y verdad afirmada por los contemporáneos y escritores, de haber sido Güemes quien organizara y dirigiera la batalla, atribuyéndole por esto los laureles de la victoria; y hasta el Cabildo de Salta, ocho años más tarde, y pregonando ante el gobierno sus méritos en la acción, decía que Güemes allí, luchando con intrepidez, «se cubrió de gloria en tan plausible victoria, donde ya se advirtió en él un valor capaz de arrostrar los peligros complotados.»

No nos es dable en la historia afirmar tan absoluto y elevado mérito, más aún teniendo al frente los partes oficiales de la batalla y la fe que encierra hasta ahora la palabra de los generales; mas si no hay prueba bastante para decir que fué obra exclusivamente suya, sí la hay, en verdad, recordando los hechos que la precedieron, para mostrar la gran intervención que tuvo Güemes en el suceso, y cual sea la parte de gloria que por lo menos debe ser suya. Y, sin embargo, ni mención hicieron de él los jefes del ejército que comunicaron la nueva de la victoria; porque tuvo este hombre el raro destino de ser odiado por los gobiernos y todos los generales que fueron

de aquel ejército auxiliar del Perú, y calumniado y perseguido; como lo mostrarán los hechos subsiguientes que han de narrarse en esta historia, ocurridos en Potosí y más luego en Salta, exceptuándose únicamente San Martín. [1]

Sufrieron de la manera referida las armas españolas la derrota más completa. Todo perdieron en ella,—su artillería, de cuatro cañones; sus tiendas de campaña, sus depósitos de municiones de guerra, su ejército organizado, dos cargas de plata sellada, [2] armas, mulas, víveres y cuantiosos despojos; y, por sobre todo esto, lo que aún les quedaba de prestigio en la opinión de los pueblos.

El ejército vencedor siguió sus marchas sin encontrar resistencia alguna, y recibiendo más bien el aplauso y apoyo de las poblaciones. Potosí, arsenal y tesoro de la resistencia enemiga, abrió sus puertas y recibió entre vítores y flores la división de vanguardia que, al mando de su comandante don Martín Güemes, era la primera que penetraba por sus calles. Mas los abusos y las injusticias nublaron estos días de gloria y brillantez, hiriendo en lo más noble y meritorio. Sucedió, en efecto, que reunidas de allí á poco las fuerzas en aquella plaza, muy grave disgusto se produjo entre Güemes y los generales, con cuya causa nos ha sido hasta ahora imposible dar;

---

(1) *Informe* dado por don Miguel Otero, 1871, en el cobro de sueldos devengados del general don Pablo Latorre, Archivo del Crédito Público.—*Oficio* del Cabildo de Salta al Director Supremo, de 22 de Agosto 1818, Archivo Nacional, legajo Cabildo de Salta, 1818.—*Biografía del general José Ignacio Gorriti*, por el doctor Facundo Zuviría en *La Revista del Paraná*, tomo II, página 28, Archivo Mitre—Belgrano mismo, decía en 1813: «Si el teniente coronel don Martín Güemes procede con el honor que corresponde á su carácter, se abstendría se le hiciera saber las causas que dieron motivo, no á ser confinado, sino á que marchara para esa capital á disposición de V. E., pues él no puede ignorarlas cuando su propia conciencia le debe acusar de que su vida escandalosa con la Inguanso ha sido demasiado pública en Jujuy y después en esta ciudad y la de Santiago del Estero.» Agrega en seguida:—«Las virtudes y servicios militares de este individuo, de que ha sido informado V. E., no son tantos ni de tanto valor como se ponderan vulgarmente. Virtudes, ciertamente, no se le han conocido jamás, y sus servicios han sido manchados con ciertos excesos, ó mejor diré delitos de que tengo fundamentos muy graves para creerlos, aunque no documentos. . . Por lo mismo, considero que no podrá ser útil en este ejército, que trato de depurarlo de toda corrupción á toda costa.»—Y concluye pidiendo que más bien se lo retenga en la capital ó se lo emplee en el ejército de la Banda Oriental.—Original en el Archivo del general Mitre.—*Correspondencia* de Belgrano.

(2) La carga contenía cinco mil pesos. Este era el peso que de costumbre cargaba una mula.

pero es propio conjeturemos fuera quizá por los merecimientos de Suipacha. El resultado fué que se dispuso, unos dicen que por Viamonte, otros que por Castelli, se le dieran los pasaportes remitiéndolo confinado á su provincia; y que la división de su mando, que se llamaba aún *la División de Salta*, fuera disuelta y sus individuos incorporados en los demás cuerpos del ejército. Tal era el galardón que recibían aquellos hombres que tantos servicios habían rendido á la causa de la revolución. [1]

VI

COMBATE DE AROHUMA

Mientras así las armas de la revolución conseguían en Suipacha su primera victoria, la sublevación de Cochabamba, que había tenido lugar en Septiembre, llegaba á sus momentos de apuro. Habíase levantado con su bandera multitud numerosa y decidida, pero con las manos vacías para sostener con la fuerza la actitud asumida, y entonces se vió que era preciso crearlo y formarlo todo, sin contar más, para tanto, que con las propias fuerzas.

Desplegó en tales circunstancias genio activísimo y fecundo su gobierno; pues así organizó las milicias, como con una celosa propaganda conquistó para su causa la rica provincia de Oruro, por el norte, y amenazaba á Nieto por el lado de Chuquisaca; y dentro de sus cuarteles, como se careciera de armas de fuego y municiones, echando mano sus artífices á lo que por el momento poseían, fabricaron precipitadamente sus fusiles y cañones de estaño. Pero la multitud de las milicias no pudo ser armada, ni siquiera con aquellos tristes remedos de guerra; y se apercibieron al combate con garrotes su caballería,

(1) *Informe* de Otero, citado.

para moler á palos al enemigo; y la mayor parte de su infantería con hondas, en cuyo manejo los indios aquellos del Perú eran diestrísimos, y cuya eficacia, si bien no era grande, pues rara vez procuraba la muerte del enemigo, lo desordenaba y maltrataba, al menos, pues la afluencia de sus golpes es copiosa en aquellas regiones cruzadas de montañas y torrentes, que hacen su suelo, por lo común, lecho de pedernales.

El coronel Ramírez, al estallar esta revolución, se encontró cortado por ella del ejército de Nieto, á quien no podría en adelante socorrer, no obstante el inminente riesgo en que lo miraba; y como por su parte no se sintiera aún con fuerzas bastantes para sofocarla, adelantó hasta el pueblo de Sica-Sica al coronel don Fermín Piérola, con unos cuatrocientos cincuenta infantes escogidos y ciento cincuenta dragones, que eran tropas de línea, (1) con el encargo de no comprometer acción. Mas olvidando tales órdenes, Piérola avanzó más adelante, situándose en el llano de Arohuma. El general Rivero, noticioso de su avance, apareció en su campo por sorpresa, el día 15 de Noviembre, conduciendo su ejército, compuesto todo el de más de dos mil hombres, armados casi todos de macanas, otros de hondas, y muy pocos de fusil, llevando algunos cañones, siendo en su mayor número de caballería; ejército bien bizarro, que carecía tanto de armas de fuego como de municiones; sin jefes educados en la guerra ni oficiales de instrucción, que con las tropas milicianas sólo formaban masa de buenos entusiastas.

Al colocarlas frente al enemigo, Rivero proclamó sus soldados en aquella jerga quichua-castellana que se hizo célebre por sus rasgos de inocencia, y se transmitió con risa hasta lejanas comarcas, y con aquel acento de gracia incomparable con que fué pronunciada, cuyo comienzo que tantas veces lo oímos repetir por los ancianos, decía:—«Valerosos cochaguan-

(1) Otros historiadores le dan 800 hombres de tropa y dos cañones. Puede verse, VALDÉS: *Historia del General Acha*, página 16.

guinos, preparad bien las huacancas; cuando venga el bala, echa; cuando pase, para!» [1]

Echó su hueste seguidamente sobre la hueste enemiga, sosteniendo por dos horas la más original pelea. Sus fusiles y sus cañones, fabricados de estaño, se les reventaban á sus artilleros con el fuego; pero el efecto de esta artillería fué de tal prodigio y logró acobardar tanto á las tropas realistas, que bien pronto hizo el pavor presa de ellas. Entretanto, la caballería cochabambina, hábilmente dirigida, aprovechando los abrigos del terreno, consiguió fácilmente envolverlas, pronunciándose entonces tan decisivamente la victoria por la Patria, y en medida tan generosa, que muy apenas logró el jefe enemigo escapar de caer prisionero, en compañía de muy pocos, dándose á huir para La Paz, teniendo por ahí que sufrir el encarnizado ataque de los pueblos indios del tránsito, particularmente en Sica-Sica, alzados ya todos por la revolución.

VII

PRONUNCIAMIENTO DEL ALTO PERÚ; EL VOTO DE CHUQUISACA

Cosa será ciertamente difícil para nosotros alcanzar á concebir la intensidad que tuvo, bajo todos aspectos, el triunfo de Suipacha, afirmado contra los últimos recelos por el suceso de Arohuma; pues que aparecía á toda luz por el más completo, así en la acción habida como en la más remota de sus consecuencias. Los emisarios de la revolución, llenos de un satisfecho orgullo, cruzaban por los pueblos anunciando con un candor infantil que en Suipacha habían concluído las batallas y la guerra; [2] el patrio-

---

(1) Con el término *huacancas* quería decir *macanas* ó *garrotes*.

(2) Paz: *Memorias*, tomo I, página 6,

tismo, hasta entonces opreso por un despotismo el más duro en las provincias del Alto Perú, estallaba por doquiera en manifestaciones de ruidoso júbilo; como que en las ciudades se bendecía aquella hora memorable con cuanta clase de aparato de alegrías era imaginable, haciendo salvas la artillería, cantando misas de acción de gracias, encendiendo luminaras por tres noches sucesivas, y echando, en fin, alegremente á vuelo las campanas.

Sintiéronse, por su parte, sinceramente vencidos los realistas, dando su causa por perdida y sin remedio, pues se hallaban, á la verdad de las cosas, pocos y solos y sin medios ni fuerzas para resistir, hallando en el ánimo terror y desconsuelo profundo. En su concepto, sólo un milagro de Dios podía sacarlos de tamaños aprietos, y en circunstancias cual aquellas, tan desesperadas y duras; porque miraban y oían con ojos y oídos propios que, de la misma manera que copiosa y violenta inundación derriba y arrastra á su paso y precipita todo, desde árboles y peñascos hasta industrias y vivientes, todo también cedía y caía ante el maravilloso empuje de la revolución; y para contrarrestarlo, ya que no para vencerlo, con nada más contaban; porque el virrey del Perú, ocupado como estaba en su guerra de Quito y sin reservas, mostrábase sólo autoridad débil é impotente para el caso. Ramírez, que juntaba las milicias de los valles de La Paz, no bien supo la pérdida de su vanguardia en Arohuma, cuando se dió á la fuga, yendo á parar á Tiaiguanaco, en esta banda del Desaguadero, remitiendo á Puno, en la banda opuesta ocupada por Goyeneche, los fondos públicos y cuantos elementos útiles pudo haber á las manos, lleno de recelos por los progresos de que se le dió parte hacían los revolucionarios que, por medio de agentes ocultos, comenzaban á conmover los centros más poderosos del Perú, y temiendo á los cochabambinos que tras la victoria avanzaban sobre él. (1) Y aunque

(1) TORRENTE: *Obra* citada, tomo I, página 86.

antes de partir había ordenado al gobernador de La Paz, don Domingo Tristán evacuara la ciudad, plegándosele con el parque y con cuanta fuerza y recursos tuviera; herido éste por el entusiasmo universal, que había concluído de seducir su patriotismo, y urgido el ánimo con los ejemplos que además recibía de las ciudades vecinas, como por el empuje popular, se alzó con el gobierno en vez de obedecerle, pronunciándose por la Junta de Buenos Aires. Huía también con Ramírez el obispo de La Paz, Lasanta, que tanto había hecho por el descrédito de Buenos Aires y que en sus pastorales, aún frescas, había lanzado sus rayos y anatemas contra la revolución y los que la sostenían; por lo que la Junta tenía ya ordenado que lo prendieran y ejecutaran.

Todo el Alto Perú, en efecto, que antes se extremecía, ahora estallaba proclamando á la Junta por donde quiera; y es entre todos estos desbordamientos patrióticos de los pueblos superiores, singular por su excelencia y grandeza, el que presentó Chuquisaca, esa *sede sapientiæ* del virreinato del Plata, así por la intensidad de sus afectos cuanto por la importancia y altura que en lo político, en lo intelectual y en lo social representaba. Porque apenas llegó allí la nueva de la victoria, y que Nieto, su reciente opresor, vencido ahora se daba á la fuga, sintióse libre para obrar, por lo que, reuniendo su Ayuntamiento el 12 de Noviembre, hizo la cita de congregación á Cabildo abierto, lanzando bandos y fijando carteles públicos en los parajes más notorios de la ciudad, para decidir de su unión con Buenos Aires. El 13 celebró la asamblea, y como hasta esa hora las fuerzas militares de la revolución y los agentes de su gobierno aún no habían dado que decir en cuanto hace á la rectitud de su conducta é intenciones, abrieron sus brazos al nuevo sistema muchos personajes que eran, por su poder, fortuna é influencia, fuerzas las más propicias para el triunfo de la causa; como que presidió la reunión el conde de San Javier, don Gaspar Ramírez Laredo, que había de estar de allí á

pocos meses, por las torpezas y faltas cometidas por los representantes de la revolución, vuelto á favor de la causa real, con gran daño nuestro. Seguíanse las notabilidades del arzobispo de Charcas, que por entonces lo era el doctor don Benito María Mojó y de Francoly, de la Real Orden de Carlos III é individuo del Consejo del Rey, que también, por los mismos desdichados motivos, había de excitar luego á aquellos pueblos á la reacción, yendo á acabar sus días, confinado por esto, en Salta, en 1816. Después, notábase la rara presencia del antiguo gobernador Pizarro; y descollando entre el esclarecido núcleo de los concurrentes, el deán doctor don Matías Terrazas, amigo y maestro del doctor Moreno; el doctor don Francisco Javier de Orihuela, canónigo de la Metropolitana, elegido ya por Cochabamba en Octubre diputado al futuro Congreso de Buenos Aires, y «cuyo patriotismo y literatura ha considerado esta ciudad, decía el Cabildo al elegirlo, imprescindibles al desempeño de tan elevado ministerio.» (1)

Fué el primer resultado de aquella reunión el reconocimiento de la Junta Gubernativa, «sin la menor discrepancia, antes bien con una complacencia que manifestaba la íntima y hasta aquí deprimida adhesión de todos los estados del pueblo.» Luego, en seguida, declaráronse rotos y nulos los violentos lazos con que Nieto había unido aquella intendencia al virreinato de Lima, con protesta de no obedecerle más en adelante; y se notificó de lo acordado al virrey Abascal, á Goyeneche y á Ramírez, intimándoles se abstuvieran de todo movimiento hostil desde el Desaguadero, término de entrambos virreinatos; y se eligió una otra comisión para que, en nombre de La Plata y «digna de su vecindario pasara hasta alcanzar al General del ejército auxiliador y presentarle los votos expresivos de los anhelos con que esta ciudad ha esperado, decía, la feliz coyuntura de

---

(1) *Registro Nacional*, núm. 161.

encontrarse dueña de su libertad.» Su resultado final fué, en fin, enviar á la Junta el voto condensado del Cabildo, en que con notable elocuencia Chuquisaca decía:—«Al cabo ha amanecido en la ciudad de La Plata el claro ansiado día que para sus honrados habitantes ha sido el primer momento feliz de su libertad, y del cese de la más dura y tiránica opresión por la fuga de su presidente, don Vicente Nieto, de resulta de su despótica y forzada expedición á Santiago de Cotagaita. Se ha congregado hoy mismo todo el pueblo en Cabildo abierto, y, sin razón de dudar, ha declarado sus anticipados vivos deseos de la unión con esa ínclita capital; y en la tarde del propio día se ha jurado la obediencia á su Excelentísima Junta por todas las autoridades y corporaciones, desde la Real Audiencia hasta la ínfima clase, en la más dulce efusión de sus patrióticos sentimientos, tan dolorosamente reprimidos, según instruye el adjunto testimonio del acta capitular.

«Esta ciudad, noblemente émula de las inmortales glorias de esa capital, en la que ciertamente se ha hecho el heroísmo una virtud popular, logra hoy apenas el honor de felicitar á V. E., protestar su profunda obediencia y congratularse por el portentoso acierto de la instalación de una Junta que seguramente salvará la Patria y ejercerá la protección y tutela, no solamente de los pueblos oprimidos, sino también de la misma persona sagrada de su Soberano, constituído en la más deplorada orfandad, por la mayor de las perfidias.

«Chuquisaca ya acaba de experimentar las benéficas saludables influencias del sabio gobierno y alta iniciación de V. E. A esa su majestuosa expedición, que con tanta razón y suceso se llama auxiliar y de unión, debe esta capital, con todas sus dependencias, la libertad, de la que se confiesa y proclama deudora á V. E. y entre los penetrantes afectos de gratitud, reconocimiento, sumisión y la más vivificadora alegría, se promete que con el arribo de los ilustres jefes, emisarios y representante de V. E., se dejará

ver en estas provincias el hermoso día que fije la época de su felicidad y del indisoluble enlace, y suave ósculo de la justicia y de la paz; y espera, igualmente que la obra de la capital de las provincias del Río de la Plata será proclamada y bendita por las generaciones futuras, como obra de todos los siglos.» (1)

(1) *Registro Nacional*, núm. [illegible]

CAPITULO XII

Castelli en el Alto Perú

SUMARIO:—I Los indios y la acción de los curas en 1810.—II Los coyas.—III La aristocracia del Alto Perú.—IV El clero.—V Los cholos.—VI Los indios.—VII Potosí.—VIII Chuquisaca.—IX Captura y muerte de los jefes realistas.—X El doctor Castelli.—XI Entrada triunfal á Chuquisaca.—XII Medidas contra los emigrados.—XIII Confinamiento de los sospechosos.—XIV Castelli y Fernando VII.—XV Alianza é igualdad con los naturales.—XVI Los escándalos de Chuquisaca.—XVII Castelli intenta el plan de sublevar al Perú y fracasa.—XVIII Errores políticos y militares —XIX Goyeneche levanta un nuevo ejército realista.—XX El ejército de Castelli y su avance sobre el enemigo.—XXI Armisticio de Laja.—XXII El campamento de Laja; lastimoso estado del ejército; ofensas á la religión.—XXIII Desquicio y anarquía en el ejército; Castelli conspira y se rebela contra la autoridad de la Junta.—XXIV Emancipación de las castas; la igualdad revolucionaria y sus efectos.

PRIMERA PARTE

I

LOS INDIOS Y LA ACCIÓN DE LOS CURAS EN 1810

Ya que en el capítulo que antecede mención hicimos de los indios, bueno será decir en esta altura de la narración quiénes eran ellos, para evitar así en adelante, se cometa por confusión una injusticia; toda vez que en los pueblos argentinos sólo se toma este nombre para designar con el al hombre salvaje que ha poblado y aún puebla, como es en el Chaco y el extremo patagónico, las regiones del desierto.

Lo que es en los países que se cuentan de Jujuy en adelante; esto es: Bolivia, el Perú y el Ecuador,

su acepción es bien distinta; que allí es el indio el habitante que puebla los campos, dedicado á la labor de la tierra en la llanura y en los valles, y de las minas en el seno de las montañas. Es el verdadero campesino de aquellas regiones; llamándose *bárbaros* aquellos otros que aún no forman, como éstos, la sociedad, ni participan de la civilización ni de sus leyes.

Cuando Castelli, partiendo de la ciudad de Jujuy, se internó en el seno de aquellos pueblos que se esparcen por ambos costados de la Quebrada de Humahuaca, y de aquellos otros, de Yavi adelante, donde comenzaba el país de los *coyas*; como fuera esta una guerra de revolución, muy distinta en verdad de lo que es la guerra ordinaria, trató de captarse la adhesión y el amor de tales pueblos que, como de pura raza americana, vivían agobiados y explotados así por los gobernantes como por las mismas instituciones labradas para ellos, y que lo eran de suyo tiránicas y opresivas. Vivían así estos desdichados bajo la obligación de pagar tributo; esto es, la contribución de un peso por persona cada año, y sus jóvenes gemían en muchas comarcas bajo la penosísima obligación de prestar su trabajo personal en las minas, donde, sepultados en el fondo de las montañas, extrayendo al exterior las piedras con el rico metal, cargadas en la espalda, eran por faltas, aunque leves, del servicio heridos bajo la pena cruelísima de azotes; y, aparte de cien otros abusos, la porción alimenticia que se les daba no alcanzaba ni siquiera á sostener la vida que se perdía.

Este trabajo forzado y casi gratuito, donde enflaquecían las gentes y perecían á millares, llamábase la *mita*, que arrasó generaciones. Y cuando se trataba de obras en servicio del Rey, invocando el pretexto de que era el Soberano, se llegaba á la iniquidad de forzarlos al trabajo extraordinario y penoso, sin retribución ninguna.

La revolución ahora llamaba á aquellos desventurados á ser hombres libres é iguales á los demás; los opresores seculares de su raza iban á desaparecer

barridos por su segur; y aquellas instituciones de la tiranía, el tributo y la mita, les anunciaba desaparecerían para siempre bajo su égida redentora. La libertad, pues, y la justicia anunciaban, al fin, posar su vuelo en la tierra desde aquella hora bendita, para honor y paz y ventura de ellos como de sus hijos.

Castelli, como representante oficial de la Junta, y llevando á su palabra la grave autoridad que le prestaban las armas, peroraba ardientemente ante aquellos pueblos que salían á bendecirlo á su paso en tan larga carrera; pero, en la verdad de las cosas, no daba más con su palabra y con su presencia que la confirmación oficial de aquellas enseñanzas que él imaginó al principio les haría conocer á aquellas gentes por la vez primera, siendo así que sólo regaba, con la corriente de fuego de su palabra abrasadora y vehemente, aquel campo de sus almas sembrado ya con las semillas de la revolución en sus entrañas más profundas. Porque apenas las noticias de los sucesos de Mayo hubieron llegado por allí, de todos los rincones de aquellas montañas, del seno de todos aquellos valles, al pie de todas aquellas iglesias de parroquia y de todos aquellos púlpitos, comenzaron á derramarse las nuevas doctrinas que bajaban á los pueblos desde los labios de sus curas. Hombres de virtudes y ciencia crecidas, como lo eran muchos de ellos, habían cosechado en la Universidad las luces de la inteligencia y yacieron perdidos en aquellos rincones sin hacer ruido en el mundo hasta que en 1810, levantando su voz, esparcieron por la Patria la influencia más poderosa que se puede tener sobre los hombres; y movieron poblaciones enteras al sostén de la nueva causa, que se anunciaba como la de una segunda y ansiada redención; mereciendo que contemos entre ellos, á más de Alberro, al doctor Juan Ignacio de Gorriti, en la campaña de Jujuy; al doctor José Miguel de Zegada, por el lado de Tarija; y al doctor Andrés Pacheco de Melo, en Chichas, (1)

---

(1) Diputado en 1816 al Congreso de Tucumán, que declaró la independencia

de quienes hemos hallado memoria. Todos ellos, si cercenamos al cura Latorre, de Tupiza; y al cura Costas (salteño), de Potosí; tenían la adhesión más profunda por la revolución, habiendo sido sus servicios grandes. (1) Y si bien se atiende que á la par del fuego del patriota fuera para sus feligreses su palabra verbo celeste, y, por ende, prenda de amor y de acierto, fácil fué así, una vez juntas la justicia con la religión y las virtudes de quiénes las enseñaban, formar de aquellos hombres sectarios verdaderos de los santos ideales de la revolución. Debemos, á más, decir que en aquellos tiempos como sólo los nobles ó decentes de las ciudades entendían de leer, y hasta aquellos extremos de la tierra no llegaban impresos, que, al fin, de nada servirían sin lectores, los curas del campo hicieron un papel de propaganda y de instrucción, mayor aún que en nuestros días la prensa diaria, el folleto ó el libro; y el poder que, por tanto, les daba su ministerio en circunstancias semejantes producía un efecto formidable; pues la pasión y la decisión, de tal modo levantadas, venían á ser de fuerza poderosa é incontrastable.

Admirábase Castelli al ver como venían á él pueblos enteros, encabezados por sus caciques y sus alcaldes, durante su carrera de Humahuaca á Potosí. Llegando hasta su presencia se manifestaban dispuesto á acompañarlo en la guerra que comenzaba, tributando bendiciones al gobierno de Buenos Aires que les mostraba las cadenas rotas; caían de hinojos ante el representante de la Junta como muestra de su más expresiva cortesía, juntas las manos y alzados al cielo los ojos para bendecirlo; é invocando al representante de *Tatay!*, en su lengua quichua, que es como quien dijera *Señor* y *Padre mio!* ¿Quién movía así

---

(1) El doctor Castelli, autoridad nada sospechosa por cierto en esta materia, dice en su parte de la batalla de Suipacha, hablando de los indios.—«Conozco que sus disposiciones son ventajosas, y que bajo la dirección de unos curas cuya adhesión al nuevo gobierno me es constante, á excepción del de esta villa (Tupiza), no dudaré que estos nos sean adictos sin violencia.»

En el mismo parto, y más antes de esto, dice:—«Los naturales están perfectamente impuestos de la causa, y bendicen al nuevo gobierno.»

aquellos pueblos que el representante de la Junta creía impulsados por mano invisible que no acertaba á descubrir? Era la misma revolución, cuyo genio había iluminado al pueblo; la revolución popular, no militar; eran aquellos tribunos ignorados, esos agentes desconocidos y voluntarios, aquellos curas perdidos en el fondo de los valles que habían santificado ya la causa y movían ahora por ella las poblaciones en masa. Y era tal la verdad, que tres mil hombres, armados por su cuenta y prestos á correr al primer llamado, se jactaba Castelli que obtendría de sólo los valles comprendidos entre Jujuy y Tupiza. (1)

No pudiendo, sin embargo, en aquellas circunstancias servir como soldados, entregaban cuanto tenían, tal era el fuego que por la Patria los abrasaba. —Con visible empeño ofrecían y prestaban su servicio personal en las necesidades del ejército. Socorro que fué de grandes ventajas en aquellas regiones montañosas y en aquellas circunstancias en que el ejército carecía de suficientes mulas. Así pudo vérseles conducir á brazo la artillería, cuyos cañones alzaban en sus hombros y «trastornaban con ellos los cerros más encumbrados, como si fueran una pluma.» (2)

II

LOS COYAS

Nueva y extraña en múltiples respectos á las provincias bajas era la región del Alto Perú, adonde iban á penetrar las tropas argentinas; y como allí desde ahora va á abrirse un teatro de famosísimos sucesos, que han de comprender el campo más interesante en el primer período de la guerra, bueno es

---

(1) *Parte* de Castelli, citado.

(2) CASTELLI: *Parte* citado.

penetrar en ella mirando cuanto la hacía característica y notable.

Su unión con nosotros, política y administrativa, era, más que natural é hija de la opinión pública, forzada y artificial. Porque como fuera, desde la época de los Incas, parte integrante del Perú, con su población civilizada, y después de la conquista hubiera continuado formando un solo y mismo gobierno y una misma sociedad durante más de dos siglos, espacio largo y suficiente para que con el comercio, la administración, los vínculos sociales y las mil otras causas que forman y unen el sentimiento público, como natural en una región determinada para darles su unidad, la opinión y el afecto de su gente eran netamente peruanos por tradición, por herencia, si se quiere, y por hábito también, cuando vino, por un mero decreto del monarca á dislocarse de la antigua unión por acto solamente político y á confundirse con las provincias del Río de la Plata, formando repentino, forzado y artificial maridage desde 1778; de lo que vino á resultar que si desde entonces fueron argentinos sus habitantes por voluntad del Rey y en los actos de gobierno, peruanos continuaron siendo en su corazón, en su tipo, en sus usos, en su índole, en su lengua, en todo cuanto constituye la manifestación natural de ser de un pueblo; mirándonos mútuamente cual dos seres de distinta especie, á quienes una mano extraña y violenta ha ligado con rara y fuert ísima cadena. La misma sangre que animaba á sus pobladores alta dosis tenía, en mayoría bien grande, de sangre peruana; sin duda porque, á la manera como en el Paraguay, los españoles al llegar y establecerse allí tomaron las jóvenes guaraníes por sus esposas, ya que habían olvidado de introducir, al propio tiempo que las armas, mujeres españolas; los conquistadores del Perú hallaron más propicias las circunstancias aún; que allí dieron con una sociedad bastante organizada y culta; y con raza noble; y con vírgenes escogidas, guardadas para el Sol en recintos sagrados; y aún hasta con princesas y viudas de fa-

mosos y poderosísimos monarcas; por donde fácil ya fué, iniciada esta corriente, llevarla hasta confundirla sin empacho con la aristocracia europea, que cedió su color blanco al cobrizo americano en los más de los casos.

De aquella unión y mezcla de razas prueba evidente vino á ser el conjunto de sus accidentes, reunidos como por gracia en el habitante del Alto Perú, que formó tipo particular, distinto y bien marcado de los demás tipos del mundo. Fué, desde tiempo que se pierde en lo inmemorial, conocido por nosotros con el nombre de *coya*.

Su origen era historia quichua; y su aplicación, genérica á todos ellos, cualquiera que fuera su raza y su color, ya lo fuera indio puro ó mestizo, ya descendiente inmaculado de europeo; ó lo fuera, en fin, considerado en el estado salvaje, ó como indio que constituye la plebe de sus ciudades y campañas, ó como señor, representante genuino de la raza blanca; y el quichua, idioma oriundo del país, la lengua, en segundo rango, manejada así por el labriego ó el mitayo como por el marqués ó el doctor de más sonoras campanillas, como lo era el guaraní en el Paraguay; y era tan en uso que los viajeros argentinos de Salta ó de Jujuy que frecuentaban el país con sus negocios, y aún los jóvenes que iban á estudiar á Charcas llegaban á entenderlo y manejarlo en parte; y la sociedad del Río de la Plata á ingerir en el idioma castellano, como dejo de vecindad y trato frecuente, vocablos del más indubitable y neto quichua.

Esta usanza del idioma indígena había llevado á la lengua del coya, cuando usaba del castellano, sus inflexiones y acentos peculiares; y así en su habla se notaba la forma acentuadamente expresiva que le daba el sabor de la ternura ó de la súplica, pronunciándolo de manera tan castiza casi como el más bien hablado de Valladolid. En las terminaciones de los vocablos en *un*, al ligarlas con el que les seguía en vocal, su pronunciación salía gutural; y el sonido que

le daba á la *s* manteníase equidistante entre los dos idiomas; y por supuesto que su conversación iba á menudo salpicada de estos vocablos quichuas.

Y no fué sólo el color y la música del habla lo único que mantuvo predominante, mas también la mayoría de los accidentes físicos y aún morales que fueron antes exclusivo patrimonio de la raza quichua. Porque el coya se descubría entre los demás hombres por los pómulos salientes, la mirada viva y desconfiada, una boca grande, sin belleza alguna de forma en el corte de sus labios, levantados, por lo regular á fuerza de ser su dentadura larga y tendida hacia afuera, y amarilla en su color, y aún verdosa en la gente vieja, debido al abuso de masticar la coca. Su cabello era negro y lacio, aunque en los blancos lo había castaño y rubio; siendo más uniforme entre ellos lo jorobado de sus espaldas, que piensan muchos les provenía no sólo de configuración de raza, sino también del continuo caminar sobre terreno desigual y montañoso.

Dábanle, de igual manera, sus hábitos y costumbres semblante particular que los desligaba hasta en eso de nosotros. Muy dados á la música, era ésta de gusto sentimental y triste, ya sonara el instrumento solo, fuera ya acompañado por el canto, rasgo típico, según graves observadores, de todos los pueblos primitivos; y el instrumento más peculiar en aquellas poblaciones, manejado con predilección por todas las categorías, era la *quena*, cuyas melodías tenían la suma de los encantos de la tristeza, y según era la fama que lo acompañaba, y que aún hasta hoy perdura, no era otra cosa la quena que una flauta formada de la tibia del esqueleto humano, extraída de los fondos del sepulcro. Por ello, por aquel gusto, el coya hacía el amor llorando; su cantar corría entre lágrimas, como su amor; y como fuera él, y especialmente el cholo, afectísimo á las bebidas fuertes, la embriaguez se manifestaba igualmente con la corte del llanto que, por lo común, le procuraba el contraste de hacerlo cruel con la mujer propia,

como tierno y quejoso con la extraña. Mas, como fuera tal instrumento, nada propicio para las fiestas, una guitarra pequeña, apenas de un pie de largo á veces; su caja formada, cuando era de lujo, de la concha de una tortuga de tierra, prestaba chillonas, altas y alegres voces. Se le llamaba el *charango*, y era de uso el más frecuente en las fiestas.

Usaban poco el vino, que lo producía su misma tierra, como en los valles de Cinti; pero era de uso mayor é inveterado un licor preparado de maíz, cuyo fermento lo alcoholizaba, de color amarilloso; y su líquido, colocado en las vasijas para beberlo, tenía cubierta la superficie por una capa de grasitud de tinte encendido, que al volver la taza de los labios, quedaban estos feamente emporcados. Se llamaba la *chicha*, licor de los indígenas, saludable y nutritivo, que libaban los Incas en sus copas de oro, y su pueblo en las suyas de barro cocido, y con el cual ahora se saboreaban todos, y con el que se émbriagaban también; debilidad á la que eran bien propensos. Era la bebida universal; para el pobre y para el rico; para tomarla en la parada, en el *tambo*, como quien dice la posada quichua, en la pulpería, y aún en la mesa de mayor calidad, y á pesar de ser su fabricación á sabiendas públicas tan excesivamente puerca, que la pluma del historiador se resiste por repugnancia á describirla. Y aunque tal costumbre de semejante bebida pudiera causarnos ahora asombro y risa, mayor y más justas serían éstas al recordar que igual uso tenía en todas las provincias argentinas, inclusa la misma Buenos Aires, tan lejana del Cuzco, entre la gente del pueblo y en la campesina mucho más. [1]

En cuanto ahora con lo que hace al indumento de sus personas, difícilmente se hallaba en la tierra pueblo que fuese más inclinado á la variedad y fuer-

(1) Como pudiera dudarse que alcanzara el imperio de la chicha hasta la ciudad de Buenos Aires, quien tal duda tuviere puede ver en la página 117 del primer tomo de esta obra el testimonio en que nos apoyamos.

za de los colores. Era cosa de reir ver á sus caballeros, en gran porción titulados de Castilla, como llevaban de mal las casacas de ricos paños y terciopelos bordados de plata y oro, arregladas por manos de sastres cuyos gustos y pericia bajaban más de una línea de los llamados remendones en el oficio; lo que hacía maravilla calzadas en aquellos cuerpos tan poco dados, por naturaleza y hábito, con la elegancia y donaire que eran tan propios de los varones y mujeres argentinas.

Y cuando estos aristócratas del Perú, así sumidos en sus ropajes, se presentaban en la fiesta de precepto, ó en las extraordinarias de recepción, montados, subía la extravagancia de su figura hasta el colmo, pues se sentaban tan mal en el corcel y lo manejaban con tan sin ninguna habilidad y maestría que para el tropero argentino, y aún para nuestras poblaciones del norte, que tan bien los conocían, *coya* y *gallego* eran, en este concepto, dos equivalencias que se aplicaban por mote ofensivo á quien era flojo ó ignorante en el arte de cabalgar; pues manejaban con timidez y usaban de ridícula apostura á caballo, encorvados como el arco de una flecha, y hallándose sobre sus lomos en posición tan falsa y precaria que la bestia daba con ellos en tierra al primer corcovo.

El frac y la chupa, casaca que apenas llegaba á la cintura, eran sus trajes comunes; y sus mujeres usaban las polleras tan completamente redondas, anchas y plegadas encima de las caderas, que eran, de cintura abajo, verdaderas naranjas por la mitad, así por la forma como por el color; y aún decían nuestros gauchos alegres y chancistas, y con verdad en las mujeres del pueblo, á quienes llamaban *mamitas*, que la coya, á medida que envejecía una pollera, se echaba otra nueva encima, sin quitarse la primera; por lo que, á la manera que el tronco de un árbol se le puede contar sus días por las capas de su corteza, la misma edad de una peruana podía calcularse por el número de sus polleras; de modo, á veces, que una sola llenaba el ancho de la acera.

Aún conservaban algunos de sus hombres en 1810 el uso de la trenza, que por allí le llamaban la *simba*, que es su equivalente quichua; y aún hoy mismo la conservan poblaciones enteras de indios, por supuesto, como en los valles de La Paz. Y no podría saberse si por la humildad y servilismo que la raza quichua hubiera engendrado en su descendencia tras larga servidumbre, ó por exceso de urbanidad, el hecho es que nadie como el coya para las maneras corteses en extremo, los saludos y genuflexiones de cuerpo, que alcanzaban al punto de lo fastidioso. No se encontraba pasando por el lado ó en frente de un igual ó superior, sin buscarle á porfía la cara para saludarlo con larga retahila; ni en circunstancias de encontrarse por la misma acera, en disputa por cederla y no aceptarla. Como sus maneras era su lenguaje, se entiende de la gente de ciudad y decente; siempre era ocurrente y con gracia; amable y dado á la paz; á lo que se prestaba en especial manera la índole del idioma quichua ingerta en el castellano, llena, en fin, de giros y términos latinos y jurídicos, más que todo en Chuquisaca y Potosí, por razón de la Audiencia y de la Universidad.

Y ya que tales instituciones mentamos, diremos también cuanto había cundido por allí la corrupción en materia de pedir y administrar justicia.

Habíase hecho temible para cualquiera el tener un pleito que pudiera subir hasta la Audiencia y despertar la codicia de la gente de curia; porque no sólo un procedimiento inorgánico y más ó menos antojadizo y arbitrario daba margen á incidentar los procesos por años y años; y los desembolsos para jueces, procuradores, abogados, fiscales, escribanos y cuantos vivían del bolsillo de la clientela era continuo y grande á la larga; toda vez que, según el régimen de la época, la Corona no desembolsaba un real para el sostenimiento de la justicia en América, y sus encargados usaban de cobrar honorarios y derechos de costas por todo acto del proceso,—sentencias, decretos, firmas, diligencias, informes y ase-

soramientos, lo que hacía fácil el soborno y el cohecho, el retardo en las causas, el triunfo del rico ó del artero, y el sacrificio y ruina, á la postre, del pobre en muchas veces; si que también era harto difícil obtener, tras tan largo bregar por salas y escribanías, el triunfo final de la justicia; no porque los jueces fueron ignorantes, pues los hubo sabios en la ciencia legal, como lo fué Cañete, ni porque tuvieran manos y conciencia puercas, sino porque, á más de los enredos y dilaciones y demás aprietos que lleva en si toda cuestión entre los hombres, hiciéronse, hasta mucho después, famosos los *jureros*, que era cierta clase de infames que tenían por oficio jurar como testigos en cualquier pleito de haber visto y oído lo que convenía á la parte que lo pagaba.

Del conjunto de todas estas y otras causas se había formado la índole general que caracterizaba en las provincias altas del virreinato á la raza criolla. Había perdido la seriedad del carácter y se había tornado artesana de intrigas, manejando la falsía, la hipocresía y la astucia con una tan atrevida perfección, que sólo podrían competir con ella aquellos griegos tan ponderados del bajo imperio; miseria poco envidiable, por cierto; pero á la cual se prestaba admirablemente el manejo del habla castellana, tan flexible é insinuante en poder de su lengua; aquella su voluntad obsecuente, su carácter disimulado, por temperamento y hábito, la viveza del ingenio, y aún el adelanto de su cultura intelectual y social.

Cierto día, recuerdan las crónicas, anunciaban al general don José Ignacio de Gorriti, que gobernaba en Salta por los años de 1828, que pedía audiencia oficial un personaje de las provincias altas, enviado del gobierno boliviano y que, al decir de esta tradición, no era otro que el general Urdininea, natural de La Paz, que tres años antes no más había desertado del ejército argentino que operaba en el Alto Perú al mando de Arenales, para pasarse á Bolívar mientras nos juraba bajo su firma promesas de la más honda lealtad.

Hallábase Gorriti con otras personas en el despacho y preguntó al oficial de órdenes:— «¿Viene sólo?

—«Sí, señor, solo.

—«Vuelva usted y fíjese bien si viene solo; no puede venir solo.»

Volviendo el oficial, después de cumplida la comisión, dijo:

—«Viene solo, señor.

—«No puede ser, agregó Gorriti con toda gravedad; vuelva usted y fíjese bien, y cuente cuántos son los que lo acompañan.»

Los circunstantes aumentaban su asombro y curiosidad á medida que se sucedían estos pasos; y cuando, regresando por tercera vez el oficial de órdenes, aseguró que nadie más estaba, el doctor Gorriti, sin replicar más, se levantó de su asiento, puso tres sillas delante, formando en la rueda, y dijo al ordenanza:

—«Diga usted á *esos señores* que pasen.»

Cuando el diplomático se mostró á su presencia, el Gobernador, cortés y gravemente, lo saludó, diciendo:

—«Tomen ustedes asiento, señores.»

Escena tan extraña causó supremo asombro á los concurrentes; así fué que cuando el enviado, á quien Gorriti continuó pluralizando, se retiró le preguntaron por qué había tratado como si fueran tres, siendo sólo uno el general Urdininea, á lo que el gobernador de Salta repuso:

—«Porque el coya nunca está solo; siempre hay en él tres personas: la mentira, la mala fe y el coya.» (1)

(1) Caro le costó más tarde esta burla á Gorriti; porque como los circunstantes hubieran celebrado en extremo la ocurrencia, y de boca en boca hubiera llegado la explicación dada á oídos de Urdininea, se ofendió sobremanera éste, y al regresar á su país divulgó el suceso, que se esparció despertando universal enojo. Sucedió, pues, que cuando Quiroga triunfó en Tucumán, en 1831, desterró á todos los unitarios de Salta y de Jujuy, los que pasaron al extranjero; entre ellos Gorriti, que era uno de sus principales jefes, con su familia. Había perdido en el sostenimiento de la guerra de la independencia y en la lucha por la organización del país toda su inmensa fortuna, de modo que al hallarse en Bolivia expatriado no tenía «ni una cuchara», según la expresión del doctor don Facundo Zuviría, su cuñado. Apenas si encontró hospitalidad en aquel país, pues lo recibieron tan mal que le negaron todo apoyo y protección. La casa de los Trigos, de Tarija, fué uno de los pocos hogares que le abrieron sus puertas.

III

LA ARISTOCRACIA DEL ALTO PERÚ

Más que en parte alguna del virreinato, con singular precisión la sociedad del Alto Perú presentaba la más honda división de clases.

Tres de ellas, prescindiendo de las naciones bárbaras, que las había en sus fronteras, daban la fisonomía típica de su población. Una nobleza, como no la había en las provincias argentinas tan abundante y caracterizada, era ornamento y orgullo de sus ciudades ricas, cultas y aristocráticas, como Chuquisaca, Potosí y La Paz, y encabezaba la clase noble y decente de por allí; como que, á semejanza de lo que había con abundancia en Lima, se enumeraban aquí títulos de Castilla, condes como el de San Javier y el de Oploca, «majestad y pobreza», como le daban por añadido las picantes damas de Salta, notando la vieja soberbia á que no renunciaba, no obstante el notorio quebranto de su fortuna ó la miseria en que vivía; y marqueses, como el de Casa Palacios y el de Yavi y Valle del Tojo, de larga cadena de apellidos.

Por los caudales atesorados y por las propiedades territoriales de estos señores y muchos otros de la nobleza y comercio, las fortunas del Alto Perú eran, sin disputa, de las mayores del Río de la Plata. El lujo y su ostentación eran, sin embargo, en sus personas y moradas, si bien profusos, sin la elegancia, el arte y buen tono que eran por lo regular patrimonio de las ciudades cultas argentinas, especialmente de Buenos Aires, donde el más frecuente contacto con la moda y gustos europeos, lo generoso y desprendido del carácter, el genio ligero, altivo y emprendedor de sus habitantes, habían educado y conducido á mucha mayor altura su inclinación á todo

lo que se refiere al lucimiento y á las comodidades de la vida doméstica.

Porque el Alto Perú aún vivía respirando el ambiente que olieron los abuelos, clavado en lo más mediterráneo del continente, en tanto que á Buenos Aires soplaban de muy cerca los vientos del porvenir; que mientras aquí y en varias de las provincias bajas se adquirían los objetos del arte europeo de la última moda en mueblajes, confecciones y dijes de toda especie; las provincias peruanas continuaban bajo la producción de sus artistas propios, con sus gustos añejos y su estilo quichua en muchos de sus rasgos, cual lo eran, por ejemplo, las producciones de sus artífices en plata labrada; bien que en ciertos géneros del arte sobresalían por su primor, como lo era en el estuco ó en la cerámica con las delicadas imágenes del Niño Dios en actitud de yacer recostado en el pesebre, que constituían el encanto de las damas y los niños, siendo regalo del mayor aprecio y deseado hasta las riberas del Plata por todas las familias; desde unas miniaturas del tamaño de una haba, encerrada entre cristales contorneados de perlas engarzadas en oro, como relicario, para colgar del cuello de las damas; hasta aquellos otros mayores, del grandor de un pie, con sus ojos celestes, abiertos, cercados de pestañas crespas; su cabello ensortijado y rubio, de pelo natural, que eran la divinidad doméstica, objeto de las ternuras de todo hogar patricio.

Eran también notables por sus trabajos en la piedra, de durísima consistencia, en la cual formaban las imágenes de los moradores de la gloria, cuya belleza y perfección eran notables; descollando más menudamente los bustos de la Santa Virgen y del Salvador crucificado, que se labraban por las manos de los artistas del Cuzco.

Esta clase aristocrática que, como en lo restante del virreinato, era la dueña del poder, del predominio social y de las grandes fortunas y propiedades territoriales, era, á la vez, la más ilustrada del Río

de la Plata, así por la variedad de sus conocimientos cuanto por el número de sus personas doctas, cosecha de nobles bienes que había dado su Universidad de Charcas; aunque es cierto que por allí no se notaron talentos que, como don Mariano Moreno, don Juan Ignacio Gorriti, don Gregorio Fúnes ó don Manuel Antonio Castro, se impusieran en la consideración de sus conciudadanos, siendo el honor literario de la revolución.

El espíritu liberal que lo animaba era, sin disputa, grande, en cuanto á lo que á patriotismo se refiere y aún en lo que á ideas modernas respecta, y hasta en lo tocante á la fe en la clase docta. Porque, aunque eran católicos fervientes, la corriente racionalista, revolucionaria en este orden, llevó en los libros de moda á muchos espíritus la duda, del modo que comenzó á sentirse igual cambio en Buenos Aires; y avanzando algunos hasta abrazar la impiedad, cayeron en una incredulidad completa, bien que lo fueron poquísimos; pero llegando más tarde á aumento tal esta modernización de la conciencia cristiana, cuando las fuerzas de la revolución, andando el tiempo, alcanzaron á ensanchar tanto las libertades de la prensa y la circulación de los libros antes vedados, que pudo, con razón, llenar de cuidados á los espíritus conservadores encargados de velar ó preocupados noblemente de la instrucción de la juventud. (1)

Tanto como su ilustración era el lujo y la cultura

(1) El presbítero don Vicente Pazos Silva, conocido más con el de Pazos Canki, hombre docto y que prestó grandes servicios como escritor á la revolución en Buenos Aires, volvió de Londres no sólo apóstata de la antigua fe, sino aún casado, en 1816.

El doctor don Juan Segundo de Agüero, clérigo también, «Catedrático de Buenos Aires; él era un impío, y un impío fanático; él no hacía un misterio de su incredulidad y apostasía.» DOCTOR JUAN I. DE GORRITI: *Reflexiones, etc.*, página 172.

El canónigo Gorriti, en la obra que acabamos de citar, hablando sobre el plan de enseñanza para la Repúblioa de Bolivia, donde vivió expatriado hasta que murió, dice, por ejemplo:—«Las innumerables fuentes que nacen de todas las montañas del Nuevo Mundo, para formar los ríos más caudalosos del universo, no producen tanta copia de aguas, cuanto las máximas de los materialistas son capaces de producir desgracias al género humano. A pesar de esto, algunos de los apóstoles del materialismo, sirven de texto para la enseñanza de la juventud americana; esta es una verdadera desgracia.» Página 190.

social en aquellos centros aristocráticos del Perú, entre los que sobresalía la ilustre Chuquisaca. Las maneras más suaves, los rendimientos más corteses, el énfasis y la acentuación peculiar con que fluía de sus labios el castellano, los dichos ocurrentes de que estaba salpicada la conversación, como las sentencias de los textos, los aforismos latinos ó de jurisprudencia, y la oratoria cortesana en que eran diestros y almibarados sus moradores, usando de la hipérbole para ensalzar y adular con profuso descaro y abundamiento, hacían nada violenta la mansión entre ellos. Sus hábitos, sin embargo, y aún sus maneras, pecaban en mucho de ridículos y faltos de gravedad; y como se trasluciera, por lo común, en ellos un ánimo pequeño á más, no alcanzaron á imponer ni respeto, ni menos predominio á los pueblos del sur argentino.

Pero fueron sus damas de renombre por la amabilidad de su trato. Los salones de Chuquisaca reunían en su concurrencia femenina la vivacidad de ingenio de la mujer francesa á la reserva de la inglesa y á los demás nobles rasgos propios de la española; y era su conversación tan espiritual como no se tenía mejor en lo más distinguido de Europa. (1)

Era muy del gusto de aquella aristocracia del Perú, con particular en La Plata y Potosí, en cuyos salones se mostraban marquesas y condesas, el usar para el vestido de riquísimos terciopelos, que costaban hasta cincuenta pesos la vara, y brocatos en oro, plata y seda; y las consortes de los presidentes, de los gobernadores, de los oidores y de otros altos funcionarios no iban menos que sus maridos en cuanto á insignias y gajes honoríficos del empleo; por lo que era costumbre el verlas en días de ceremonia, con los bordados y aún pequeñas charreteras, si les correspondía, á las generalas, á las oidoras, á las

(1) D'Orbigny: *Obra* citada, página 881.

gobernadoras y á las presidentas y mariscalas, participando de esta suerte, según los usos y las leyes, de los títulos y honores de sus maridos.

En lo interior de las moradas eran de plata la casi totalidad de los muebles menudos, y aún los tenían de oro; llegando en esta profusión hasta enchapar de plata, de los pies hasta la cúspide, el altar en que en Potosí se honraba á la Virgen de las Mercedes.

Tal riqueza de las familias, en lo que hace á joyas de valor, muchas de las cuales eran de trabajo primoroso, llamado de filigrana, eran de variedad y número muy grandes; y con las cuales se alhajaban lo mismo las iglesias, las imágenes prestigiosas y los altares domésticos, que los hombres y mujeres; habiéndose visto usar, de ésta manera, en adornos de varón, por ejemplo, espadas de oro con diamantes y la dragona de perlas, prenda de los altos dignatarios, y prendedores para camisa que contaban hasta diecinueve diamantes; y en el atavío de las mujeres rosarios de perlas engarzadas en hilo de oro, con diamantes y otras piedras preciosas, grandes y no para juguete que digamos, pues eran de tamaño de regla, teniendo setenta dieces y seis padre nuestros; peines de oro, zarcillos con más de veinte diamantes, que llegaban hasta la raíz del cuello; brazaletes ó prisiones de oro hasta con trescientos setenta diamantes; relicarios y tembleques, que eran flores movibles para el peinado, con ciento veinte diamantes, y todos los demás muebles preciosos que son propios del sexo. Y digno es de mención también, para concluir, las mancerinas de oro, para asentar el mate; las cucharillas del mismo metal, para el servicio del café, y los zahumadores de plata y de oro igualmente, que llamaban pebeteros, donde durante la recepción en los salones se quemaba el estoraque, rival del incienso, traído de las ardientes regiones de Santa Cruz para perfumar el ambiente. (1)

---

(1) CARRANZA: *Archivo*, tomo XIII, páginas 261 y 231.

IV

EL CLERO

Formábase de esta clase decente y de la indígena pura el clero del Alto Perú. Alcanzó, desde tiempos remotísimos, despreciable y fea notoriedad, así por lo relajado y bochornoso de sus costumbres, especialmente en el gremio de los curas del campo, famosos por sus achaques de ebriedad y concupiscencia, cuanto en el despotismo y dureza de su gobierno, y en su atraso intelectual, que favorecía grandemente el fanatismo que lo dominaba.

Estos curas, cuando eran naturales de España, en unión y connivencia con los tiranos españoles, que con los nombres de corregidores y alcaldes gobernaban los pueblos de indios, implantaron en su personal provecho una explotación la más escandalosa y cruel; como que bastaría traer á la memoria, para imaginarse su grado de perversidad, el conocido caso de aquel comerciante español que habiendo introducido gran cantidad de anteojos á un pueblo de indios, como fuera en éstos el órgano de la vista claro y vigoroso aún en la edad más provecta, no halló clientela para tal mercancía. Mas puesto de acuerdo con el cura del lugar, cierto domingo les advirtió éste era impropio de los hijos de Dios presentarse en su casa sin anteojos, y que los había en casa del mercader paisano; por lo que, al domingo siguiente, todos los indios aparecieron en la hora de la misa luciendo encima de la nariz aquel adorno, esta vez mercantilmente religioso.

Usábase en las procesiones, que eran frecuentes, y más en las ciudades principales, exhibir en el acto inmensidad de cruces, estandartes y otros símbolos del culto; y si eran los que recordaban la pasión y muerte del Salvador, como los clavos, la corona de espinas, la lanza que abrió el costado, ó el gallo que

avergonzó de cobardía á San Pedro, imitados todos de plata, se cobraba, en pleno Potosí, hasta veinticinco pesos por el honor de conducir alguno de ellos durante la procesión en su bandeja de plata.

V

LOS CHOLOS

Cuando tuvimos ocasión de exponer la formación de la sociedad argentina en nuestras provincias del norte, mostramos como fué que se produjo el original tipo del cholo. Pues en las ciudades del Alto Perú esta raza, intermedia entre lo grande y lo bajo, era elemento de la mayor cuenta y ponderación, más particularmente en las ciudades populosas, comerciales ó ricas, donde se había asentado con preferencia la gente venida de España. Era Chuquisaca quien más cholos relativamente tenía, y seguían Potosí, Cochabamba y La Paz.

En estas ciudades los cholos formaban la verdadera masa popular, la plebe, numerosa, cuatro veces superior á la clase decente, que producía los tumultos; que formaba cola á los que en tales épocas, sin poder ser caudillos ni demagogos, tenían audacia, genio y fortuna para las luchas de la calle; que daba escándalos nocturnos, formando gavilla para entrar en pendencias, motivadas casi siempre por los cultos rendidos con profusión á Venus y á Baco, abundantes siempre y fáciles donde huelgan las malas costumbres, provocadas por la abundancia pecuniaria y el poco celo de las autoridades, y la ociosidad de la vida, y el clima templado y enervante de los trópicos.

Eran ellos quienes manejaban los oficios ó artes menores, siendo los de sastres y plateros los más númerosos y lucrativos. Se les llamaba los ***huaira levas***, por mote despreciativo; y tenían innato rencor á los decentes. Eran, por condición de crianza

y costumbre añeja, moradores solamente de techo urbano, dejando el vivir en los campos á los indios, por lo que venían á ser exclusivamente ciudadanos.

VI

LOS INDIOS

Fuera de los centros que eran ciudades, el resto del país lo poblaban los indios, la antigua raza de América, que constituían, como ya lo digimos, el pueblo trabajador de las aldeas, de los campos y de las minas. Había regiones, y ellas muy vastas á las veces, donde la población indígena era exclusiva, hasta en la autoridad política y militar, que la ejercía el cacique; y el idioma quichua era para ellos la lengua nacional, llegando muchos á no conocer sílaba de castellano; y los que lo comprendían y manejaban lo hacían de manera tal, cual verdaderos y torpes extranjeros, mezclando las voces y los giros del uno y otro idioma, y quebrantando, por ende, los géneros y las más graves reglas de la sintáxis.

Todos usaban de vestimenta cristiana; que el indio desnudo sólo habitaba, como salvaje, las regiones aún no sometidas realmente á la conquista. Pero como fuera gente pobre y explotada, ella misma fabricaba sus telas de vestir, aún hasta el sombrero, que lo era, por lo regular, de la lana de sus rebaños.

Los indios ricos llevaban un lujo tosco y primitivo; distinguiéndose por un sombrero de paño ó terciopelo de color abigarrado, de alas anchas y horizontales, de copa cónica; bordado todo el de hilo de oro, plata y lentejuelas, y adornados sus extremos de pequeñas monedas de plata, usuales por aquellos tiempos; pero todos calzaban hojotas, que eran á la manera de sandalias, de cuero al natural, sujetas al pie con cintas de la misma clase, que les guardaba sólo la planta; auxilio necesario en los terrenos pedregosos que, por lo regular, son los predominantes

en aquel país; y que producían un ruído monótono y peculiar en la pisada, que acompañaba con su compás al trote del indio.

Comía poca carne, porque la había escasa; pero sí habas y papas, maíz hervido y otras legumbres; y en todo caso y estación, especialmente durante sus quehaceres y sus marchas, su alimento favorito era el maíz tostado y la hoja del árbol de la coca, que sostenía prodigiosamente sus fuerzas en las vigilias y que, convertida para el coya en verdadero vicio que jamás lo deja, lo usa hasta hoy, metiendo porción á las veces enorme de este vegetal en el carrillo, el cual, abultado por el relleno de su interior, le deforma la cara de manera curiosa. Allí lo mastica y absorbe su jugo horas y horas, pausadamente, y le llama *acullicu.* Siempre lleva consigo estos alimentos en una alforja que carga al hombro. Su bebida predilecta y casi única es la chicha.

Sus mujeres eran muy precoces. Raro parecía ver llegar alguna de ellas á los dieciocho años sin ser madre; y raro también que, trastornando los veinte, no llegaran á mostrar los primeros asomos de la vejez; (1) muy amigas de los colores fuertes, donde predominaban el rojo, el verde y el oro; usaban siempre el pelo sujeto en dos trenzas sueltas por la espalda. Sobre sus lomos, en una especie de bolsillo formado con los cruces de su manta, cargaban la criatura de meses.

Todos ellos padecían de miseria grande, porque eran sucios hasta el asco, fuera en la persona ó en la casa, como que en la vida se bañaban, alimentando, por ende, proles inmundas en el cuerpo y aún en sus ropas. Quizá la secular opresión en que vivieron hizo de ellos raza de tacaños, ocultadores del propio haber, y desconfiados, á extremo tanto, que era inútil buscara el pasajero su hospitalidad y protección, aún para los casos más tirantes de la vida;

(1) D'Orbbigny: *Obra* citada.

por lo que se hizo de uso que les tomaran por la fuerza la gallina, la oveja ó la llama, á trueque de no morir de hambre. Aunque lo eran de natural despiertos, la condición servil á que vino á parar la raza quichua desde que fué vencida por el conquistador, y maltratada en seguida y oprimida, quebró la antigua entereza y ocupó su lugar hipocresía profunda y refinada, apareciendo entonces el indio humilde, de acento y modos suplicantes, hasta el punto de caer de rodillas y juntar las manos, y aún plañir como contrito penitente; mas, á las veces, mostraba valor desesperado, y aún ferocidad, estando embriagado ó arrebatado por la cólera, ó cuando, inflamado por la pasión patriótica, tomaba las armas, que consistían, por lo regular, en la honda; como lo mostraron cuando Tupac Amarú levantó el Perú, ó durante las jornadas de la independencia.

Esta raza pobre y sufrida, de caras anchas y mejillas carnosas, con pómulos salientes, de dentadura fuerte, de color cobrizo, de mediano porte y de espaldas vencidas hasta formar en la vejez verdadera joroba, llevaba aún otra costumbre muy extraña para los pueblos argentinos.

Era que en el Perú no existían más medios de transporte que la mula, el asno y la llama; y como estos dos primeros eran caros y escasos, é introducidos de las provincias de abajo, no abastecían las necesidades de aquellas poblaciones, menos por cierto en la clase pobre, para transitar por malísimos y escabrosos caminos, trastornando las sierras, cruzando las playas, los bosques y los ríos. Tales circunstancias arrancaron al indio peruano afecto tierno hacia la bestia de carga, que la arreaba ó la guiaba, haciendo como ella, y á su par, las jornadas á pie.

Era esta también costumbre que venía de los antepasados y que el Inca aprovechó en sus famosos correos, tan rápidos como el mejor de Europa en tales tiempos, si se trataba de región montañosa; pues la atravesaba por donde á la bestia le era imposible, en línea recta casi.

Crecido en este hábito, el indio caminaba de á pie hasta siete leguas sin descansar; y era costumbre hacer hasta treinta leguas de jornada, desde la aurora hasta puestas de sol, prodigio que colmaría la admiración de los generales españoles durante la guerra. (1)

La marcha del indio en tales ocasiones era de un trote sostenido, llegando á las paradas al mismo tiempo que el viajero que iba en mula, á quien acompañaba y guiaba; anunciando el arribo á la próxima posta por un toque de corneta, formado de un cuerno de vaca. Andaba así todo el día y aún la noche, si era necesario, sin rendirse; y cumplido el viaje, arreglado el salario, daba la vuelta á su casa, recorriendo el mismo camino á la inversa, después de un descanso de sólo dos ó tres horas. De ese modo atravesaba los cerros, los ríos y los caminos pedregosos, pues jamás montaba la bestia, ni sabía cabalgar. (2) Por este ejercicio, sus pantorrillas adquirían un espesor extraordinario. Durante la marcha no tomaba más alimento que coca y maíz tostado; y al trotar, llevaba el cuerpo inclinado naturalmente hacia adelante y se notaba su paso por el sonido peculiar que producían sus hojotas.

VII

POTOSÍ

Por la misma razón que hemos descripto la gente que poblaba las provincias del Perú, debemos ahora mostrar lo que respecta á sus ciudades, siquiera en la región donde van á actuar las fuerzas de la revolución en los primeros años.

---

(1) D'Orbigny: *Obra* citada, página 280, y referencias recogidas de diversas personas que han viajado con mulas y otros negocios por allí.

(2) La excepción que pudiera hacerse sería respecto á los habitantes de Cochabamba y Tarija que, aunque no muy hábiles, manejaban regularmente el caballo.

Descollaba con fama superior á Lima, en los intereses de los hombres de aquella época, la ciudad de Potosí, honrada con el título de *Villa Imperial*. No era su renombre universal debido ni al talento, ni á la labor, ni al ingenio, ni á proezas maravillosas de sus hijos, sino á la montaña á cuyas faldas orientales se asentaba, y que era casi materialmente un monte de plata. Se le llamaba el *Cerro*, y sus fecundos veneros, hasta entonces inagotables, habían producido ya mil seiscientos cuarenta y siete millones de pesos fuertes; cúmulo prodigioso que, á estar á las observaciones hechas en la época, había llegado á cambiar el valor relativo de la plata en Europa. (1)

El caminante desde lejos lo percibía y antes que se descubriera la ciudad; en su forma de cuerno «coloreado de diversos matices, verde, negro, naranjo, gris y rojo.» (2) Rompían sus entrañas más de cinco mil bocaminas, desde su cumbre, que la levanta á cuatro mil metros sobre el nivel del mar, distinguiéndose como principal entre ellas la que tenía el nombre de *Real Socavón*.

La plata nativa, metida en el pedernal, se la elaboraba en cuarenta ingenios, que daban por semana cuatro mil libras de plata pura, después de pulverizado en molinos alzados á propósito y movidos á agua natural, que bajaba desde las alturas de la montaña, en donde se la detenía en estanques y que ocupaban un largo arrabal llamado de la Rivera.

Tan inmensa riqueza había aglomerado á sus pies población inmensa también, alcanzando á doscientos mil sus habitantes, cual no los contaba ciudad alguna en Sud América; (3) pero de ella más de la mitad

---

(1) Véase el *Estado* proyectado por don Lamberto de Sierra, ministro tesorero y contador honorario del virreinato de Buenos Aires, que cita Sarmiento en sus obras, tomo 38, página 24.

(2) D'ORBIGNY: *Obra* citada, página 325.

(3) En 1825 rebajó á 12.000 su población. Esto fué debido á la abolición del trabajo forzoso de la mita y á los demás daños y pérdidas que ocasionó á sus industriales la revolución y sus abusos.

era compuesta de la concurrencia de los indios mitayos que por las leyes tenían el trabajo forzado de las minas. Estos infelices y los mineros habitaban sus extensos arrabales. Muchos de estos mitayos, en condiciones más míseras aún, habitaban las chozas al pie mismo del Cerro, y hasta en sus cuevas, bajando á la ciudad solamente los sábados por la tarde, al cobro de sus jornales y á proveerse de lo necesario para la semana. Y ¡cosa extraña! Desde la tarde de este día hasta la mañana del lunes siguiente había, por costumbre inmemorial, algo así como la antigua *tregua de Dios;* porque en ese espacio la propiedad particular del Cerro quedaba como en suspenso, y sus tesoros entregados á la libre explotación de los demás hombres, aprovechando aquellas horas de generosidad los pobres para extraer la plata y venderla por cuenta particular y para el propio provecho.

Extendíase la ciudad, angosta y larga, por más de legua, sobre terreno árido y triste y de suelo desigual; por lo que el piso de sus calles, con declives y ascensiones demasiado pronunciados, hacían muy dificultosa la marcha á caballo. Aparecían sus casas, por el lado de afuera, tan blancas y limpias cual no las había mejores en América; pero pasando esta apariencia eran en su interior, aún las principales, asquerosamente sucias, con particularidad aquellas habitadas por los indios, á extremo tal que algunas no eran más decentes que un establo. La edificación, conforme al gusto español reinante en esos tiempos, era chata, de enormes murallones; las piezas, chicas por lo común, y sus puertas tan bajas, que por algunas no podía, sin peligro, pasar un hombre de estatura elevada. Sin embargo, esto contribuía relativamente al bienestar, porque ayudaba á regularizar la temperatura que, en Potosí, estando á cuatro mil metros sobre el nivel del mar y al pie de nevadas serranías, los fríos son tan excesivamente crueles que los negros perecían á los pocos años de avecindarse; y las lluvias en el invierno llegan

transformadas en capullos de nieve que alfombran las calles de grueso; y en el colmo de sus excesos, el agua arrojada delgadamente desde una altura, de un balcón, por ejemplo, se congela antes de tocar á tierra. Por eso sus balcones, anchos y cómodos, de armazón de maderas torneadas y talladas, estaban muchos de ellos revestidos de vidrieras y defendidos por ténues rejillas de alambre, para salvarlas de los destrozos del granizo. Tenían tales balcones el nombre de *faroles*, quizás porque cuando eran largos los tenían alfombrados é iluminados interiormente de noche, sirviendo á laya de viviendas para tomar el café ó esparcir el ánimo en grata conversación.

Por la enorme altura á que se hallaba la ciudad, el forastero, y á veces el mismo del lugar, siente y padece la afección del *sorocho, ó puna*, por la rarefacción del aire, y que no es otra cosa que la dificultad para respirar y que trae desesperada ansiedad á quien la padece.

En las casas ricas las salas eran de muros estucados, de modo que brillaban como lozas pulidas al herirlos la luz; sus techos, cubiertos con tumbadillo de *picote*, tela ordinaria de fabricación del país, como lo era el *tucuyo*, y sobre del cual se estucaba. Usaban en los pisos de esta clase de viviendas cubrir los ladrillos con una masa que, endurecida, se petrificaba, y sobre cuya superficie se dibujaban guardas en sus contornos y otras bellezas en su centro.

El agua del granizo disuelto y sujeta admirablemente en los estanques arreglados en las alturas de la montaña, límpida y dulce, purificada al aire y al sol, se distribuía por acueductos á las fuentes públicas de la ciudad y aún á los surtidores, tallados de piedra, que adornaban el patio principal de toda casa pudiente.

Tenía Potosí muchas y buenas tiendas; pero después del Cerro levantaba por lo alto su nombre la Casa de Moneda, donde se acuñaba todo el metal que se destinaba á la circulación. Era una construcción inmensa y maciza, de una manzana en cuadro,

que con el valor de las máquinas que poseía había costado diez millones de pesos fuertes.

Admirábase en su techumbre, para cubrir sus anchísimas salas, vigas de una longitud considerable, dicen de veinticinco varas, para alcanzar de un muro al otro, y que fueron conducidas á su sitio de valles de otras provincias, á hombro de indios, porque en la región de Potosí la tierra no produce aquella vegetación gigantesca. Esta casa acuñaba cinco millones de pesos plata por año y seis mil doblones de oro. (1) En esta ciudad, diremos para concluir, se hallaban gentes de blasones y de gran riqueza y había sido su recinto teatro de aventuras de todo gusto y matiz, desde contratas convenidas cara á cara con Lucifer, hasta guerras individuales y de bando, y aún crímenes muy negros, que dieron todos masa bastante para llenarse libros. Por tantas razones sus hidalgos y sus ricos, que eran muchos y poderosos, habían levantado á tanto su orgullo que desearon y obtuvieron para su ciudad la declaración de independiente, por solemne capitulación que hicieron con el conde de Nieva, comprando aquel título con 300,000 pesos de plata ensayada. (2)

VIII

CHUQUISACA

Cuanto era célebre Potosí entre la gente de negocios, lo era Chuquisaca entre la gente intelectual. Su nombre oficial era La Plata; así se la llamaba en las sentencias que dictaba su audiencia como en los títulos de su arzobispo, y aún en las cartas particulares de sus moradores. El asiento en ella de la Real

(1) La mayoría de estas noticias sobre Potosí las hemos tomado de los viajes de D'Orbbigny; las demás las adquirimos de los nativos de allí y de otros testigos oculares.

(2) Sarmiento: *Obras*, tomo XXXVIII, páginas 103 á 109.

Audiencia, de la silla arzobispal y de su universidad tan famosa, cuya clientela la formaba casi toda la juventud más distinguida del virreinato; como el poseer su gobernador el rango de Presidente, la habían constituído, desde muy antiguo, como en una verdadera capital en el orden político, judicial, eclesiástico é intelectual; que primaba como cabeza y centro de los poderes y más altos intereses del país en toda la comarca inmensa comprendida entre el Cuzco y Montevideo. Apenas habían pasado treinta años de que la creación del virreinato del Río de la Plata, asentando la capital en Buenos Aires, le había arrebatado la preeminencia política, pero no la apeó de su antiguo rango ante la opinión de los pueblos.

Todo este cúmulo feliz de circunstancias con que La Plata había sido favorecida, había atraído á su seno la mejor gente y los grandes progresos materiales, morales y sociales; siendo, sin disputa, hasta que la revolución trastornó en su curso el orden de estas cosas, la metrópoli literaria del Río de la Plata, como lo era ya Buenos Aires del comercio por su puerto, y del gobierno, por su virrey. Su vecindad con Potosí, de la que distaba no más que treinta leguas, y por el norte con Cochabamba, país de la mejor agricultura, ayudaba á su mejoramiento.

Los templos más suntuosos y más artísticos del país se hallaban en ella; como lo era su catedral, por ejemplo, particularmente en lo que hace á su fachada, que la embellecían dos altas torres de pura piedra de sillería, de un color rosa, tallada y desnuda á la vista, coronada de estatuas labradas en la roca viva; el edificio de la universidad, obra de los maestros jesuitas, era también monumento de renombre y tenía su patio principal adornado con doble galería de arcadas que corrían á los cuatro vientos, sostenidas por columnas de piedra, de una sola pieza, aunque bajas; y las vigas de su techumbre, talladas con relativo primor; brillando en sus molduras de remedos de hojas y palmas y otros dibujos las capas de oro para el ornamento de sus salones de honor.

Sus iglesias, sus casas religiosas, como sus beaterios, de todo jaez y nominación, eran en grandísimo número; y en sus claustros de monjas, con particularidad en el convento de Santa Clara, se guardaban para que recibieran cristiana educación las niñas de la mayor parte de las casas de calidad, vistiendo en ellos los hábitos de seda y ropas de finísimas telas, como condecía á su fortuna y orgullo nobiliario. Una larga paz, el bienestar general de que se gozaba, las vinculaciones que por razón de rango, de uso, y de influencia, se fueron introduciendo entre las personas laicas y aquellas de los claustros; y más que todo, esa mescolanza en que se hallaban unas y otras por motivo de su carácter de casas de educación, las casas de las monjas de Chuquisaca vinieron, á la larga, á aflojar en mucho la clausura eclesiástica y el retiro del mundo, tornándose muy partícipes de las cosas del siglo, aún á extremo de tomar las pasiones mundanas, sin que en nada influyera para esto el demonio, tan á descubiertas y tan de lleno que los santos retiros se cambiaron en otros tantos palenques de luchas y divisiones políticas que, desde 1809, tomaron el carácter más alarmante y ardiente, embanderándose sus reclusas en la causa de la Patria ó en la del Rey. (1)

La religión, á pesar de ser La Plata la más adelantada en luces y en progresos é ideas liberales, más tenía de ostentosa que de real, y más de orgullo que de piedad sus ministros; como que el Arzobispo vivía en la más grande opulencia y esplendor, gozando para sostenerlos de rentas caudalosas, (2) y las damas como los gremios de abogados y de artesanos, pujaban á quien más lujo y riqueza mostraba, por ejemplo, en los altares de día de *Corpus*; no desdeñando ni el pontífice ni los devotos, que se usaran en presencia de la Divina Majestad de irreve-

(1) Paz: *Memorias*, tomo I, página 228.

(2) De sólo los diezmos recogía 122,775 pesos el año de 1758; veáse el tomo I, página 141, de esta obra.

rencias de gentiles, que practicaban antiguamente los indígenas en las fiestas de sus ídolos, aceptándose así las grotescas danzas de los indios, transformados en mónstruos ridículos á fuerza de plumas, ropajes carnavalescos y cantidad de chapas de plata y espejuelos, que casi imposibilitaban con su peso sus saltos de bailarín [1].

En cuanto á otras noticias, estaba la ciudad de Chuquisaca asentada sobre suave y risueña llanura, y la defendían de los vientos cercanas montañas; conjunto en que mostraba la naturaleza una belleza particular. Su clima era muy suave; sus noches de luna incomparablemente deliciosas. En su estación, que era el verano, llovía por largo tiempo, y aún la molestaban horribles tempestades.

Las obras de arte que la embellecían eran por aquellos tiempos envidiables privilegios; sus casas solariegas llevaban, por lo regular, en su portada el escudo de piedra de la familia, si era noble. En su mayoría estas casas eran de un solo piso, pero amplias y alegres, adornadas de huertas y de jardines. Su población, de 20,000 almas cuando menos, gozaba de los beneficios del agua clara y corriente, conducida desde las alturas inmediatas por acueductos, y se repartía en fuentes de piedra y surtidores, que los había también en los lugares públicos.

Era así, pues, la ciudad de La Plata, por todos estos y otros favores con que la fortuna quiso serle generosa, la más entonada, la más ilustre hasta entonces, la más docta y aún la más culta y adelantada del país. Sus moradores gozaban de sumo bienestar y era la ciudad de mayor aseo y la más limpia, desde Buenos Aires hasta Lima, aventajando en esto á todas las otras de la América española. [2]

---

(1) Estas concesiones de la Iglesia á los resabios del antiguo culto de los ídolos que usaron los indios de América, fué de uso en muchas de las ciudades interiores del virreinato, tanto de las provincias peruanas como de las argentinas, que, con el nombre de *Cachis*, resistió en Salta, por ejemplo, hasta muy cerca de 1880. Aún hoy los indios que en estas provincias bajan de los cerros en procesión con sus bustos de vírgenes y santos pequeños, aunque sin disfraz, les bailan por delante, y les bufan como animales feroces, y lós acompañan con tiros de arcabuz ó fusil antiguo.

(1) D'ORBIGNY: *Obra* citada.

IX

CAPTURA Y MUERTE DE LOS JEFES REALISTAS

No bien supo Nieto la suerte de sus armas en Suipacha por los primeros dispersos del campo de la acción, cuando, lleno de terror, como él había quedado resguardado en las fortificaciones de Cotagaita, ordenó la quema de todo el campamento y municiones para substraerlas de manos del enemigo, tomando la fuga por el camino del Despoblado, que queda á espaldas de Potosí, para evitar penetrar en ella y sí salir cuanto antes del antiguo territorio de su mando, cuyas iras temía, dirigiendo su rumbo para la costa, que ya era jurisdicción de Abascal.

Acompañado del cura de Tupiza, de algunos oficiales, de sus criados y de un vaqueano, pues para mayor seguridad de salvamento había tomado hacia el poniente por caminos poco transitados y para él desconocidos; iba en su mula muy á penas, porque su avanzada edad y poca práctica en tales aventuras no le permitían hacer largas jornadas; y de manera tal, que el pobre viejo, que en las ansias de su pecho devoraba las distancias, después de dieciséis días de marcha, había logrado apenas arribar á veinte leguas de la población más cercana de la costa, punto de sus anhelos; pues pisando su territorio, anejo á la jurisdicción de Abascal, quedaba su persona en salvo. Pero como el guía que hasta entonces dirigía sus pasos con buen acierto fuera también, por temor ó por simpatía oculta, dado á sus vencedores, no queriendo se escapara de la justicia revolucionaria presa tan singular y apetecida, el caso fué que, en llegando á las cercanías de Colcha, en la jurisdicción de San Cristóbal de Lipes, mientras el Mariscal y su comitiva pernoctaban por allí y tomaban descanso, sin ser aún de nadie conocidos, alejó de ellos y ocultó tan mañosamente las mulas que vino á dejarlos así

imposibilitados de moverse en la parada y pasó á denunciarlos al alcalde del lugar, don Antonio Santos, quien, cayendo inmediatamente sobre ellos, apresó á Nieto junto con sus acompañantes, tomó posesión de sus equipajes, y los entregó en seguida, á disposición del doctor Castelli, en Potosí [1].

El general Córdoba, por su parte, huyendo del campo de batalla, «desamparado y prófugo», había hecho alto en Cotagaita, de donde con tiempo había fugado el Mariscal; y como supiera ya que á la nueva del triunfo de Suipacha nada quedaba más en pie de cuanto antes sostenía la causa del Rey, y viera que todo lo que fué de su partido se desplomaba y deshacía, conoció que la victoria había sido más completa de lo que pareció ella misma [2]. Y agobiado, además, por las fatigas de aquel día, por la debilidad y confusión que en su cabeza, según su confesión, le produjeron tres días con sus tres noches en que el alimento y el sueño fueron para él cosas desconocidas, vínole á la memoria, en situación tan desdichada y apremiosa, el recuerdo de la antigua amistad que en horas más felices lo había unido en España con Balcarce, ahora su vencedor; y echó mano de ella como de auxilio eficaz y á propósito para un arreglo, aunque fuera él de lo más indecoroso y feo.—«Venció usted en la lid, le decía al día siguiente de la batalla, y ahora estoy dando las órdenes más activas para que se junte lo que ha esparcido el indigno Presidente. Reconozco la Junta, me someto á ella, lo mismo que hace esta marina, y lo mismo que harán las tropas que yo he mandado, pues para ello he dado órdenes muy estrechas.» [3]

Aquél, pues, que días antes hacía gala de llamarse invencible con sus marinos, y anunciaba no dar

(1) TORRENTE: *Obra* citada, tomo I, página 98.—*Anónimo* citado en los *Anales de la Biblioteca*, por P. GROUSSAC: tomo I, página 368.—*Indice y Catálogo del Archivo de Sucre*, página 53.

(2) *Partes Oficiales*, oficio de Córdoba, de 8 de Noviembre de 1810.

(3) *Partes Oficiales*, página 47.

cuartel á enemigo alguno, y levantaba su estandarte con los símbolos de la muerte, cambiando ahora la situación, cambiaba de opiniones. Porque acompañando á aquella carta propiciatoria y como de recomendación, le dirigía oficialmente al general Balcarce las bases para el pacto en que, dando innoble y cobardemente la vuelta con los suyos, sin más razón ni motivo que la fuerza apremiosa de los sucesos, reconocía la Junta y se sometía á ella con cuanta oficialidad y tropa habíase salvado del campo; y, lo que era aún más duro para el honor, se ofrecía con los suyos, cambiando de bandera, para combatir, soldado de la Patria, á sus recientes compañeros de armas Ramírez y Goyeneche; dándose por explicación y disculpa de paso tan temerario é inaudito el caso, por demás raro y peregrino é inexplicable, de haberse encontrado hasta ese instante engañados por la cautela que recién descubrían y echaban en rostro á Nieto. En pago de esto, pedía, sólo por merced, las vidas y haciendas de sus camaradas; mas en cuanto á él, bebiendo un sorbo de postrera arrogancia, eliminaba de la capitulación el perdón de su propia vida, llamándose, por ende, grande en sus pensamientos; «y tengo tanto amor propio, agregaba, y vanagloria, que sólo aspiro á hacerme memorable en mi nación por los términos de la heroicidad.»

Pero Balcarce, como no tuviera libertad de acción, sujeto como estaba en todo á la decisión omnímoda del representante Castelli, y tuviera éste orden precisa de la Junta de no cejar ante el exterminio y sangriento escarmiento de cuantos funcionarios resistieran el reconocer de manera pública al nuevo gobierno, le respondió enseñándole su despojo de facultades de general en jefe; pero advirtiéndole se le exigía la entrega de sus cómplices y se entregara él también «á la generosidad del Gobierno de la Junta»; proposición obscura y recelosa, que ante el fresco recuerdo de lo que cupo á Liniers en idénticas circunstancias, iluminó de luces siniestras la mente del vencido, por lo que, adivinando cual sería

su fin si acaso se entregaba á la fementida generosidad del Gobierno de la revolución, huyó desalado, apenas obtuvo esta respuesta, en la madrugada del día 9, tomando camino de Chuquisaca; mas quiso su mala estrella que al poco andar, en las cercanías de Potosí, donde tomó un asilo, fuera sorprendido y preso.

Cúpole á don Indalecio Socasa la misma suerte, cuando tomando el mando en jefe de los restos del ejército real se dirigía por el camino de Puno á unirse á Goyeneche; pero, más feliz en todo que sus compañeros, logró escaparse muy luego (1).

En Potosí no fué más feliz su gobernador Sánz. Al darse Nieto á la fuga le envió con el conde de Casa Real el parte de la derrota y la orden de que se alejara de allí llevándose consigo los tesoros de la Casa de Moneda, que alcanzaban á 200,000 pesos en oro. Pero mostrándose la población al conocer aquellos sucesos agitada y en fermento creciente sus pasiones, turbó en los primeros instantes el ánimo del Gobernador, que los pasó indeciso; de tal manera que cuando resolvió emprender la fuga ya las circunstancias no le fueron propicias, porque había habido tiempo para que llegara á manos del Cabildo un oficio del doctor Castelli, en que le anunciaba su próximo arribo á la cabeza del ejército victorioso y le ordenaba el arresto del Gobernador, por lo que esta corporación pasó á apresarlo, asumiendo en sus manos el gobierno el día 10 de Noviembre, reconociendo á su vez la legitimidad de la Junta de Buenos Aires. (1)

Había sido don Francisco de Paula Sánz, aquel gobernador de Potosí, el agente más eficaz y activo que en los primeros días tuvieron los realistas; como que fué el conducto central de sus comunicaciones y

---

(1) *Archivo General de la República Argentina*, por CARRANZA: tomo VII, página 265, declaraciones del doctor Monteagudo y del coronel Montes de Oca, tomo VII, página 266. El Padre Cuestas (tomo VII, página 223) dice le ofrecieron en Potosí 20,000 pesos por la libertad de Socasa á Castelli, y los despreció.

(1) TORRENTE: *Obra* citada, tomo I, página 93.—GROUSSAC: *Anales*, etc., tomo III, *Anónimo* citado.

fuente inagotable de auxilios pecuniarios, y á quien Nieto había contado por su brazo derecho en sus aprestos de resistencia. Corría su nacimiento envuelto por las sombras misteriosas que mecieron su cuna, como que él mismo no tuvo la grata honra de saber cual fuera su padre, que, dando sueltas el público á la lengua, se lo atribuía al ministro don José de Gálvez; siendo para esto fundamento de la opinión el ver como era hecho Caballero de la Real Orden de Carlos III, y como, dejando bochornoso recuerdo en las arcas públicas de Buenos Aires, seguían impunes los delitos allí cometidos, no obstante haber subido hasta Madrid la acusación y las pruebas; y que ahora, en lugar del merecido castigo y de purgar sus faltas donde indicaban las leyes, aprovechaba aquí del gobierno de una de las más ricas intendencias, con todos los goces y honores que procuran la holgura de una vida regalada, la fortuna cuantiosa, el rango, la opulencia y el boato con que se placía de envolverse aquel mal nacido y depravado funcionario; sosteniendo servidumbre numerosa de esclavos africanos, vestidos de muy ricas libreas, para la atención y buen trato de su persona. Y solía conducirse en aquel encumbramiento á que lo había levantado el favoritismo, con una bien entendida civilidad y una grandeza de aparatos propios de su carácter frívolo y vanidoso. Era apuesta su persona, valeroso su ánimo, y tuvo á buen gusto el usar de majestad y aire cómico en sus modales, siendo su trato afable y su lenguaje, de acuerdo con sus maneras, enfático; de palabra fácil, galante y elocuente con las damas, ligero y descreído de espíritu, por lo que se dió desde sus primeros pasos en América á la especulación de su posición y empleos sin remordimientos ni escrúpulos.

Apresados así, uno á uno, todos los jefes de la resistencia del Alto Perú, fueron conducidos y encarcelados en Potosí, en la Casa de Moneda. Nieto y Sánz ocuparon juntos una pieza, y el general Córdoba quedó separado en otra. Fueron para ellos de

tormento y mortificación constantes los treinta días que alcanzaron á contar en la prisión; porque, como la conducta de la disciplina militar no hubiera aún adquirido saludables reformas, volviéronse á ver en Potosí repetidos los actos abusivos y bochornosos que producía el ejército y de que habían sido víctimas en el camino de Córdoba Liniers y sus compañeros de infortunio. Sucedía ahora que durante la noche el oficial encargado de la ronda había tomado la devoción de ir á despertar á cada media hora á los prisioneros, no dándose por satisfecho con verlos, pues gozaba en privarlos del sueño. [1]

Fué el proceso diligenciado bajo la dirección del coronel don Eustoquio Díaz Vélez, quien hacía de juez instructor; y una vez fenecido, fué sentenciado, á nombre de la Junta, por el doctor Castelli. Y como ésta se titulara representante y substituta del Rey, y fuera por las leyes de la monarquía crimen de alta traición el hacer armas contra el Soberano y rebelársele, así colocadas las cosas tan artificiosamente, quedaban los prisioneros, por la lógica revolucionaria, no como tales, sino como reos de crímenes contra el Rey y la patria. Pero había más. Porque como á espaldas de estos aparatos judiciales y de aquellas interpretaciones tan violentas del significado y alcance de los hechos, estaba oculta y activa la mano de hierro del gobierno, que tenía ya determinado y resuelto la muerte de estos enemigos, como de La Santa, obispo de La Paz; de Goyeneche, y de cuanto jefe militar ó de otra jerarquía hubiera resistido reconocerlo [2], toda defensa de los reos venía á quedar inútil si tenían por adelantado la condena; toda razón, ineficaz; y todo derecho y explicación cosa sin valor ni objeto, estrellándose ante un juez que traía para ellos orden de muerte ineludible, y que, en el fondo, sólo era el verdugo de la Junta; bajando así

(1) GROUSSAC: *Anales*, etc. *Anónimo* citado, tomo III, página 369.

(1) *Archivo General de la República Argentina*, por CARRANZA, tomo VII, página 271, declaración del general Balcarce y otros.

aquel tribunal á ser de sangre y no de justicia y los trámites del proceso formalidades vanas y ridículas; y si bien se quiso ahora revestir la ejecución con estas sombras de legalidad, que no se habían tenido en cuenta ni acordado á Liniers, no hicieron más que agravar el mal paso dado, sirviendo sólo para escarnio y burla de la justicia.

Por lo demás, bien podría aparecer en esta nuestra edad de gracia en que vivimos por cosa irritante y demás fuerte, si no como atentado, el que aquellos hombres fueran juzgados por una comisión especial fuera de las solemnidades y garantías que tiene la justicia ordinaria, así en serenidad de juicio como en imparcialidad y rectitud de espíritu, que hoy, gracias á Dios, nos garantiza la constitución; mas es de advertir que era este el uso y sistema empleados en aquellos tiempos para el juzgamiento y castigo de los delitos políticos, en los cuales habían incurrido, en el criterio de la Junta, los de Córdoba, los del Alto Perú, y cuantos otros hacían armas contra ella, por lo menos dentro de los términos del virreinato.

De esta manera, el 14 de Diciembre, fueron condenados á muerte el presidente Nieto, el gobernador de Potosí, Sanz, y el general Córdoba, todos prisioneros de guerra, por los delitos acumulados de complicidad con Liniers para dividir las provincias del virreinato de la capital; de haber reunido á la jurisdicción del virrey de Lima las intendencias del Alto Perú; de haberles ocultado á los pueblos de su mando la verdad de los acontecimientos que originaban todas estas medidas, «cambiándolas por otras abiertamente falsas, para alucinarlos é impedirles la libertad de unirse en Cabildo general y decidir libremente de su suerte, obligándolos á la fuerza á seguir su voluntad»; y de haber levantado ejércitos para resistir al gobierno de Buenos Aires, y dispuesto para esto del tesoro público y, lo que era ya antojadizo y sólo calumnia para perderlos en la condenación de la opinión como infames y traidores, el de haber

hecho toda esta resistencia con el propósito de entregarse á la corona de Portugal; lo cual si era bueno y político haberlo propagado como arma felicísima en las proclamas del gobierno y de su prensa, sentaba muy mal á la seriedad de una sentencia, y más aún cuando esta privaba de la honra y de la vida á los enemigos vencidos y á unos hombres, como aquellos, revestidos de tanta notoriedad.

Llegada la noche se los reunió á los tres en una sola habitación y, á eso de las nueve, penetraron en ella los oficiales de la justicia á leerles la sentencia que acababa de pronunciar Castelli, y por la cual eran condenados á ser pasados por las armas en el término de doce horas. Era costumbre, en ocasiones tan solemnes, que los reos la escucharan de rodillas, y así, aquellos tres personajes se postraron en tierra para atender su lectura; y no bien el oficial hubo dado término á ella, cuando el gobernador Sanz, irguiéndose indignado al ver como se lo declaraba traidor al Rey, cuando era por su causa que él tanto había procurado y ahora padecía.—«Es falso cuanto se afirma en esa sentencia! dijo. Hace más de treinta años que sirvo á Su Majestad, y no me arguye la conciencia de haberlo servido mal.» [1]

Sacáronlos en seguida de la estancia, y puesto cada uno de ellos en capilla, en piezas aisladas, pasaron las horas de aquella noche recibiendo los auxilios espirituales para morir cristianamente; y aún en esto se recargó su mortificación porque, como hubieran pedido la gracia de que los oyeran en confesión los ministros de su conocimiento y confianza, se negó á otorgarla el doctor Castelli, obligándolos á que se sometieran á los capellanes del ejército, á quienes, aunque también ministros católicos, repugnaban como enemigos y gente desconocida, pero que tuvieron que pasar por ellos, al cabo [2].

(1) GROUSSAC: *Anales de la Biblioteca, Anónimo* citado, página 369.

(2) GROUSSAC: *Anales de la Biblioteca, Anónimo* citado, página 369.

Cundió rápidamente por Potosí la desgraciada nueva; y como tuvieran, especialmente el Gobernador, vinculaciones las más estrechas y de mayor cuenta en aquella sociedad, el amor y la amistad hicieron cuanto pudieron en sus empeños, así de súplicas como de valiosas recompensas por la vida de los condenados, ofreciéndose sumas copiosas para salvarlos; mas fué todo afán y tiempo perdidos, porque vinieron á estrellarse contra la fijeza de los principios terroristas del Representante. (1)

Al día siguiente, siendo las diez de la mañana, conmoviéronse las almas de toda la ciudad con el eco de las campanas que en cada una de sus iglesias daban lentamente el toque de agonía; porque en esa misma hora los reos eran sacados de la prisión y comenzaban á andar el camino del suplicio. Llevaban los ojos vendados; la fuerza de la emoción aparecía en la lividez de sus rostros, y en su mano, á la altura del pecho, sostenían un crucifijo, á quien llegaban religiosamente los labios.

Marchando al lado de cada uno de ellos prestábales un sacerdote el postrer apoyo de la vida, confortándolos en el trance con los consuelos que la religión tiene guardados para aquellas horas supremas. Un gentío inmenso, toda la plebe de Potosí, llenaba el trayecto que debían atravesar y el sitio de la ejecución; y de las puertas, ventanas y balcones contemplábanlos pasar, rindiendo las rodillas al tenerlos al frente; y las mujeres plañían, y el clero, y las monjas, y las familias oraban por ellos; mientras tanto la escolta, á golpe de tambor, marchaba guardando los reos hasta la plaza mayor, sitio que había sido elegido como más público para la ejecución. Estaban levantados allí los banquillos, que consistían en un madero clavado de punta, con un asiento á su pie de piedras

(1) TORRENTE: *Obra* citada, tomo I, página 93.—Fué tan reservado Castelli que su sentencia no fué conocida en el ejército sino el día de la ejecución. (CARRANZA: *Archivo*, tomo VII, páginas 132, 145). Esto no obsta á que los interesados lo supieran, como eran sus familias y amigos, por su posición ó por su dinero.

superpuestas, y en contorno de la plaza las tropas del ejército formadas, y á la cabeza de ellas el juez de la causa, Díaz Vélez, aguardándolos. El pregonero notició entonces al público de aquel paso de la justicia, según las reales ordenanzas y costumbres judiciarias, leyendo en alta voz la condena en los cuatro ángulos de la plaza, y cuya lectura dió término haciendo á su cabo el oficial fiero visaje y diciendo, con acento y ademán terribles:—«¡Pena la vida el que implore ó pida por los reos!»

Cuando llegaron éstos al patíbulo, ya enfrente de los banquillos, se arrodillaron de nuevo para escuchar una otra vez, y en público, la lectura de la sentencia; pero al terminar, el enérgico gobernador de Potosí reprodujo la protesta que hizo en la prisión, rechazando su traición al Rey y clamando de injusticia. El general Córdoba, observando por la estrecha claridad que le dejaba la venda que oprimía sus ojos, las banderas de las tropas que lo rodeaban,—«¡Estas no son las banderas del Rey!» dijo con menosprecio; pero como se le observara que sí lo eran,—«No las reconozco. ¿Está aquí el banquillo?» preguntó; y habiéndole dicho que lo estaba más adelante, «pues llévenme á él» dijo con arrogante energía, lavando así con su actitud y su muerte la sombra de debilidad y cobardía con que había obscurecido poco antes su decencia de hombre, como su honra militar. (1)

Fueron en seguida atados al madero del banquillo con cordeles; un pelotón de soldados, colocado á su frente, comenzó á mover sus armas obedeciendo al movimiento mudo de la espada de su jefe, en medio de la ansiosa expectativa de los circunstantes y de un silencio universal y lúgubre sólo interrumpido por la voz levantada y trémula del sacerdote que, alejándose de los reos, entonaba el símbolo de la fe católica, echando sobre ellos la bendición, seña de perdón y de paz. La descarga que, finalizando esta cere-

(1) GROUSSAC: *Anales* tomo III, *Anónimo* citado, de páginas 366 á 370.

monia de piedad, resonó á un movimiento de la espada, dió fin y término á aquellas tres vidas, dos de las cuales, durante su paso por la tierra, habían abierto en América surco profundo de vergüenza é iniquidad.

Caídos, al fin, de esta manera; y desatados y tendidos en tierra los cuerpos, ensangrentados y boca arriba, desfilaron por junto á ellos las tropas; siendo digno de verse con cuanto anhelo y con qué porfía el populacho, con particularidad las mujeres, arrancaban girones de las ropas de los ajusticiados, para ellos cuanto más empapados en sangre más preciosos; que aquella superstición los convencía de que guardando tales reliquias, debían tornarse muy afortunados.

No tuvo, por supuesto, este sacrificio la repercusión del de Liniers, ni impresionó casi desfavorablemente el sentimiento público; pues se trataba de enemigos políticos dentro de los ardientes momentos de la enemistad y exaltación del ánimo; y eran, además, hombres odiados y aborrecidos; y su figura, en la opinión, mediocre si no insignificante.

Sin embargo, muy otra cosa hubiera acontecido si, por una parte, su mala estrella y por la otra el carácter precipitado y violento del procónsul no hubieran aligerado lo más posible la causa, y en lo que había razón, si pues no era más ella que mero y fementido aparato; porque, como por este tiempo se hubiera operado en la capital la caída del doctor Moreno del poder, alma y columna que era del sistema del terror, hasta entonces apelado por la revolución como arma de victoria, hubo también cambio radical en la política, sucediendo al terror la clemencia; al golpe recio y vengativo de la persecución á sangre y fuego, los medios de propaganda más pacífica, buscando la adhesión de los pueblos por sus naturales vías, la buena fama y el crédito en la opinión.

Y fueron prueba de estos principios moderados las órdenes que se dirigieron á Castelli para que

no ajusticiara más en adelante por delitos políticos, mandándosele por expreso, junto con estas órdenes, el perdón que la nueva Junta acordaba en su magnanimidad á los reos; mas quiso su mala estrella que no los alcanzara [1].

X

EL DOCTOR CASTELLI

Volviendo á penetrar en otro orden de cosas, corresponde decir que mientras estos sonados acontecimientos tenían lugar, el jefe militar de la expedición continuaba siendo el general Ocampo; y extraño parecerá y sorprendente como Balcarce, no siéndolo, disponía, sin embargo, del curso de la campaña y daba batallas, y denegaba proposiciones del enemigo sin noticia del general y así como yendo por su propia cuenta. Porque no era que Ocampo aún se hallara ocupado en la comisión militar y política que le encomendó la Junta, enviándolo desde Córdoba á nuestras provincias del norte á arreglar las milicias y otras materias de importancia, pues que ya cumplidas esas medidas había pasado á Salta y luego sentado el cuartel general en Jujuy, reasumiendo el mando en jefe del ejército; y se hallaba organizándolo para incorporarse luego á su vanguardia, que era la que operaba ahora en el Alto Perú al mando de Balcarce; [2] era que la Junta, formada de hombres nuevos, que no eran más que aprendices en la ciencia del gobierno, y trepados á él de manera inopinada y repentina, hallábase con el estado revuelto y obs-

(1) CARRANZA: *Obra* citada, declaración del cirujano don Juan Madera; tomo VI.

(2) El nombramiento de general en jefe del ejército á favor de Balcarce lo expidió la Junta el 15 de noviembre de 1810; y para alcanzarlo al favorecido en Potosí, debió, por lo menos, gastar un mes el expreso si fué en él.
Por la declaración del coronel don Eustaquio Moldes, en el *Proceso del Desaguadero*, consta que Ocampo dejó el mando del ejército en Jujuy, y que hasta entonces no se conoció á otro por general en jefe. *Archivo General de la República Argentina*, por CARRANZA, tomo VI, página 88.

curo en sus manos, cuyos caminos, para encauzarlo y dirigirlo, aún no le eran conocidos.

Y como á todo esto vinieran á juntarse el despotismo, de que echó mano como remedio de salvación en aquellos primeros días, y la omnipotencia de la voluntad del doctor Moreno que lo imponía, quiso también ser obedecida sin observación, para lo cual, creyendo ser bueno y seguro sendero y no teniendo más por el momento que la novedad de la revolución francesa, que aún llenaba la preocupación de la época, se dió en imitarla, por mala ventura más en sus errores, extravíos y tropiezos que en sus aciertos, copiándose, en el caso, á los comisarios que enviaba la Convención al lado de sus ejércitos; pero aquí con una plenipotencia tan cabal y tan alta cual nunca la gozaron aquéllos, y dándosele el nombre de Representante de la Junta.

Iba, pues, á la cabeza de la expedición no Ocampo ni Balcarce, sino el representante don Juan José Castelli, hombre hasta esa hora afortunado en recibir las más esclarecidas misiones; que así le cupo la gloria de ser el primer defensor de la patria, cuando se debatía su suerte en la tribuna de Mayo, como ahora la honra gloriosa, y á la vez triste, de ser el representante y ejecutor de la dura política de la Junta en los pueblos del interior. Y para que su voluntad y juicio fueran tan soberanos y absolutos que nadie pudiera en adelante apelar de ellos, ni aún siquiera en el orden militar, en lo que era Castelli tan lego y nada instruído como lo sería hoy cualquier letrado, como él, decidiendo *ad libitum* sobre artes y ciencias para él de todo en todo desconocidas, estaba encargado, con plenitud de facultades, «para dirigir los movimientos del ejército y reglar la organización de las provincias,» ejerciendo así los oficios y el poder de generalísimo de las fuerzas militares; él debía recibir los mismos honores y tratamientos que la Junta, y ser para los jefes y para los pueblos como el gobierno mismo en campaña; sus órdenes y disposiciones debían «ser obedecidas ciegamente;» se despojó,

para depositarlas en él, al general en jefe de todas las atribuciones que correspondían á su carácter, según los usos y leyes de las naciones, colocándolo así por su inferior y subalterno; «ni plano, medida, ni providencia alguna» política ó militar podría aprobarse ni seguirse sin antes recibir su despótica sanción. (1)

Y como si tamaño error no fuera bastante desgracia y á más de la monstruosidad de conferirse semejantes facultades á manos de un solo hombre, vino, por mayor desventura, á no corresponder el doctor Castelli á la confianza dada, mostrándose incapaz en misión tan delicada y peligrosa, no porque le faltara patriotismo, que en cuanto á esto y á su amor á la causa, no había punto á dudar, y hubiera perecido por ella como perecen los entusiastas por la fe que defienden; sino porque era en mucho atolondrado y aturdido, á pesar de sus años, y cuya perspicacia y alcances no pasaban más allá de los términos de su sombra, ni le daban luz ni ayuda para comprender la naturaleza de las cosas que tenía entre manos, ni para que le enseñaran los senderos obscuros y difíciles del porvenir, que pasaron para él desapercibidos, sin conocer ni el peligro de la situación en que llegó á colocarse, ni menos aún los remedios para conjurar ó detener sus males. (2)

Nacido en Buenos Aires el 19 de Julio de 1764, (3) se dedicó á los estudios, aunque no fué de familia de caudales; cursó en el colegio de los jesuítas de la capital y en el Monserrat de Córdoba, y en Charcas, completando los estudios superiores, obtuvo los grados de doctor en leyes. No hay memoria de que por allí dejara estela de alguna luz, ni tampoco en

(1) Decreto de la Junta de 6 de Septiembre de 1810. *Registro Nacional*, número 127.

(2) Según don Manuel Moreno, la opinión que tenía formada de Castelli el doctor don Mariano Moreno era esta misma, y condensada en estos términos: «Nuestro Castelli es *alinierado*». (*Prefacio de las Arengas y Escritos* del doctor don Mariano Moreno, página 147), «ó sea aturdido é imprevisor», observa el doctor V. F. López: *Historia Argentina*, tomo III, página 312.

(3) Según la partida de bautismo, que corrige el error del señor Núñez, publicada por Carranza: *Archivo General de la República Argentina*, tomo VII, página 282, nota.

el largo período de actuación que como letrado tuvo en Buenos Aires, en donde, trasladado apenas recibido, ocupó distintos puestos públicos, como que fué asesor del Consulado de Comercio y relator de la Audiencia, llegando más tarde á ser asesor ó consejero privado del virrey Cisneros, «en cuyo carácter contribu-



DOCTOR JUAN JOSÉ CASTELLI

yó á decidirlo en favor del comercio libre con los ingleses el año de 1809.» (1) Por esta su actuación en los puestos mencionados; por su ilustración, que era bastante, y por su larga vida de doctor en aquellos tiempos que le tocaron, bien escasos por cierto en la capital de hombres de universidad, como por los lazos de parentesco que lo ligaban á familias opulentas de este

(1) NÚÑEZ: *Noticias Históricas*, páginas 200 y 201.

vecindario, entre ellas las de Olavarría y Rodríguez Peña, alcanzó á ser personaje de mucha consideración cuando llegó el año de 1810 (1).

Sin embargo, su talento no sobresalía de la línea de lo que era el vulgo de los letrados de su época, ni dejó monumento alguno que fuera para las generaciones futuras prueba irrecusable de una inteligencia superior; porque ni fué como Moreno conocido y célebre por su talento en prueba de buena ley, ni como Fúnes en el orden literario y suficiencia de ilustración, ni como Villota en la profundidad de sus conocimientos jurídicos y en el peso y robustez de la argumentación en la polémica.

Llevaba en su semblante el tipo peculiar, que comenzaba ya á marcarse como propio de los habitantes de la capital, con sus rasgos correctos, que le daban un conjunto que no carecía de cierta belleza varonil. El gesto era duro y despreciativo; la mirada colérica. La viva fuerza de esta su mirada, desprendida de unos ojos medio salientes bajo un ligero ceño que le daba cierta sombría brillantez; una liviana inclinación de su cabeza hacia delante, revelaban ya la naturaleza del alma que encerraba. Porque así como era ardiente en su temperamento y vehemente en sus pasiones, era ligero por su misma excitable nerviosidad, y pronto y superficial en el conocimiento que tomaba de las cosas, procediendo á llevar adelante y á cabo sus resoluciones con precipitación é inconsideradamente; todo lo que vino á hacerlo á la vez hiriente é irrespetuoso y nada diplomático ni acertado, achaques que lo son de todas las naturalezas frívolas, y que si bien pueden ser disculpables en los niños ó en la juventud poco acostumbrada al rigor de la disciplina de los deberes, no tiene excusa en la gente de mayor edad, siendo en ella defecto y tacha imperdonables.

También hacía esta su naturaleza que fuera su elo-

(1) LÓPEZ V. F.: *Historia Argentina*, tomo III, página 257.

cuencia caldeada y nerviosa, siendo improvisador de mucha vena, de lengua verbosa; pero más que orador verdadero, por la sabiduría del concepto, la penetración del juicio, la prudencia del consejo y la grave elegancia de la forma, perorador fogoso y arrebatado, cuya palabra inflamada servía para entusiasmar las masas con sus patrioterías y electrizar la juventud, que ya la encontró materia preparada; para retemplar el ánimo poco firme ó no del todo decidido aún de la gente más cuerda ó de más reposo por la edad y circunstancias, y de los aún vacilantes, como logró hacerlo con los del Cabildo de Tucumán, por ejemplo, dando, con las promesas y pinturas que hacía de las fuerzas y propósitos de la Junta, confianza y fe en la causa. Visto por este flanco fué acertada y feliz la elección que se hizo de él para que sirviera de pregonero de la revolución en el dilatado seno de los pueblos, que requerían muchos de bulla y calor oficial bajado de lo alto para confortarse y resolverse á dar el primer paso, que es siempre difícil y duro, el comprometimiento en aquella empresa terrible, en donde hasta la vida, á más que la hacienda, iba indudablemente á jugarse; y por el lado del sistema político que se iniciaba correspondió igualmente su ser á su desdichado oficio, porque Castelli tenía un alma, si no feroz, al menos inhumana, insensible é indiferente al dolor ajeno; así es que pudo servir sin empacho ni repugnancia á aquel gobierno como su ministro en esa su política de sangre, viniendo á ser, á la vez, su representante y su verdugo, á la manera que lo fué Carrier en Francia ó el Duque de Alba en los Países Bajos, ó como lo sería más tarde Oribe entre nosotros, aunque Castelli en escala relativamente insignificante, así en su duración como en los sucesos.

De lleno pertenecía Castelli á las ideas modernas; pero de advertirse es también que con todos sus errores y exageraciones. Sin duda que los preceptos religiosos adquiridos en la juventud echaron muy ténues raíces en su espíritu, no siendo el cristianismo

para él fuente saludable de virtudes; porque con facilidad y en medida profunda las lecturas de la filosofía liberal, y aún la escéptica y sectaria por el lado opuesto al catolicismo, borraron hasta la sombra del antiguo católico español, creyente y devoto, y lo tornaron descreído y con nota de impío; que de Dios abajo todo el orden religioso apareció á su conciencia por cosa de poca cuenta, si no mentira. Algo idéntico vino á acontecerle en lo que es relativo al orden político y social; y así, por más que sus principios republicanos y liberales fueran sinceros y profundos, tomados bajo el credo de la igualdad absoluta de los hombres, pecó en ello, cayendo por su ligereza y apasionamiento de carácter, y la poca penetración de su juicio en los mismos errores y excesos en que vive el vulgo á este respecto.

Estas ideas y sus excesos le vinieron á Castelli de modo muy explicable; porque en lo que va á religión no adquirió fe, sino ideas, y, por tanto, quedaron éstas fácilmente levantables; y su temple apasionado é impresionable, por otra parte, pudo abrazar las modernas ideas, no con los beneficios con que los toma la cordura del hombre de reposo, sino con el ardor y enceguecimiento del sectario, ni más ni menos que lo que por ese entonces acontecía por Europa.

Tan alarmante revolución en las ideas para aquellos tiempos, pierde todo su carácter extraordinario si se tiene en memoria que, habiéndose radicado en Buenos Aires, los trastornos en las creencias que hicieron los escritores del siglo XVIII entraban á la capital por una corriente que, aunque lentamente, se hizo de cauce, gracias á su puerto, por donde llegaban los libros vedados y también el contrabando, que durante tantos años se hizo mal crónico en nuestras costas para el despotismo fiscal, y más tarde, las franquicias que se otorgaron al comercio, atrajeron á su vez á Buenos Aires la presencia de extranjeros, de cuyo trato con ellos sus habitantes se fueron familiarizando primero con la despreocupación y luego con las ideas nuevas y atrevidas que ridiculizaban

ó enflaquecían las antiguas, y que tenían el prestigio, una vez vacilante la fe, de ser venidas de Europa, madre que se consideraba ya del saber y de la moda, la que, por medio de estos agentes, venía á mostrar el modo de vivir y de pensar á la moderna. Parecióles así, y llegaron á convencerse, en su generalidad, estos hombres que emprendieron el camino de la imitación, como opinaba Voltaire, que todo lo antiguo era malo y que debería destruirse todo en gobierno, en sociedad y en religión; y que la reforma política, religiosa, económica y social debería hacerse á saltos y no lentamente como todas las cosas que han de durar, y sólo á merced de ordenanzas y decretos del poder, sin parar la atención en que no puede derribarse en un día la obra que han labrado los siglos.

Y como además de todo esto hubiera Castelli nacido muy atrás, tuvo tiempo y medios, hombre ya instruído y formado, para ser testigo y observador de cuanto producía y enseñaba la revolución francesa, como que era coetáneo de ella; siendo este acontecimiento, por todo extremo memorable, parte la más eficaz para hacer en una naturaleza tan predispuesta como la suya el discípulo más ardiente y convencido de la verdad y perfección de todo cuanto la revolución produjo, así en gobierno como en política, y lo mismo en sus principios como en los medios de darles triunfo, y así también en el orden social como en el religioso; todo lo cual iba en esta su cruzada por los pueblos interiores á pretender desgraciadamente poner en práctica, como obra propia y por su cuenta, y sin consulta del gobierno de quien dependía, lo que no hizo más que levantarnos escollos y multiplicarnos los enemigos, y fracasar, á la postre, como necesariamente debía y lo vamos á ver.

SEGUNDA PARTE

XI

ENTRADA TRIUNFAL Á CHUQUISACA

En vez de perseguir y alcanzar al enemigo y acabar con los débiles restos que le quedaban, como es de vulgar sentir entre los grandes capitanes, perdió Castelli lastimosamente tiempo tan precioso haciendo estancia en Potosí, punto fatal que iba á ser para nuestros generales, harto contento con ver los pronunciamientos populares que aclamaban por doquiera la Junta de la capital. Y engreído y ensoberbecido con su triunfo de Suipacha, como si no hubiera más que hacer, se dormían, con el candor de un niño, en sus laureles él y su ejército, que hizo alto allí, y dedicó sus afanes á organizar el gobierno y la administración local de la intendencia, de acuerdo con el nuevo orden triunfante y como si fuera cosa que mucho urgiera é hiciera más que el enemigo indispensable su presencia; y á levantar algunos cuerpos de milicias, como los *Dragones Ligeros de la Patria*, y á adormecerse entre las delicias y los halagos que le brindaba Potosí, viviendo allí de banquete perenne, como que recibía de aquel gobierno quinientos pesos diarios para los gastos de mesa ([1]).

Vinieron de esta suerte sus actos á colocar en buena luz el carácter y la índole de tan ruidoso personaje para mostrar cuyo era el vínculo de unión y semejanza entre los hábitos y las prácticas del ardiente demócrata y la severidad de las virtudes republicanas, de quienes pensó tener la honra de iniciar y dirigir su apostolado.

No menos aconteció de allí en adelante. Porque en

(1) TORRENTE.

los últimos días de Diciembre emprendió su marcha con dirección á Chuquisaca, acompañado de cuatrocientos hombres, extraídos del ejército, y del general Balcarce, [1] siendo su paso por los pueblos que separaban ambas capitales triunfo bullicioso y continuado. Mas fué en La Plata, por motivos por demás notorios, donde el agasajo y la manifestación del júbilo público vencieron las líneas de lo común, llegando á la plenitud de su esplendor. Tributáronsele al doctor Castelli, en su carácter de representante de la Junta, honores dignos de un monarca, que el tribuno del credo democrático los aceptó, y con suma complacencia, no obstante el mostrar aquellas manifestaciones los tintes más vivos de la ralea monarquista y el gusto aristocrático el más profundo y refinado; y no se dirá que fué por debilidad de carácter que cediera á la súplica cortesana, pues no la tenía Castelli; ni que la ligereza de la juventud no le dejara espacio á la reflexión; ni menos podrá la historia quebrantar su severidad para afirmar que no era dable negarse ó substraerse á recibir tales muestras sin caer en peligro mayor, y que fuera éste el abrir llaga profunda en la delicadeza y amor propio de pueblos que, como aquellos, traían, por costumbre de siglos, el prosternarse ante los déspotas y hacerles rendimientos del más fino vasallaje, que constituía una especie de culto público á su gobierno. Porque otros capitanes hubo que en aprietos de compromisos mayores, y de un talento y elevación moral sin duda superiores en grado muy alto al representante de la Junta, supieron, como don José de San Martín, evitarlos y burlar estas ansias de los pueblos, así en Santiago de Chile como en la capital del Perú, y eso que Lima no era menos que Chuquisaca educada en el arte de la adulación. Pero también es justo recordar tuvo la intención de embargar estos desembolsos que para su recepción le prepara-

(1) CARRANZA. *Archivo*, tomo VII., página 181.

ban y que fué menester enviarle una diputación á fin de que cediera, una vez que todos los preparativos estaban ya hechos.

Sucedió, pues, que el 27 de Diciembre, al saberse que el victorioso Representante tocaba las cercanías de la ciudad, asomó á sus puertas á recibirlo desde lo más humilde hasta lo más encumbrado de la población, acomodada en orden y oportuno arreglo. Daban lustre y honor al conjunto popular el arzobispo Mojó, con lo mejor de su clero, vestidos con ropajes de función; el Cabildo de la ciudad, precedido de sus maceros con las insignias de plata, en su traje de ceremonia; y también la Universidad, lujo y ornamento el más bello de Chuquisaca, con toda la clientela de su ilustre claustro; y las damas, formando gremio, ataviadas con la mayor riqueza; y el pueblo, finalmente, congregado en masa, formando en todos los contornos y en apenas contenible marejada. Porque todos querían, á una voz, mostrarle su gratitud al que venía como el salvador de la patria, á la manera de lo que hizo Viena con Sobieski, el héroe polaco que la libraba de los turcos, erigiéndole á la entrada de la capital del Imperio arcos triunfales, para decirle en ellos: *Salvatorem expectamus!*

Cerrada la noche ya arribó á la ciudad; y para introducirlo al seno de aquella Chuquisaca, tan famosa por su cultura y riqueza, fué colocado bajo palio y penetró por sus calles alegres y engalanadas de día de fiesta, con flores y colgaduras y luminarias, y donde el zahumerio del estoraque, moda la más aristocrática de la época, hacía, con su aroma, gratísimo el ambiente. Los cuerpos del ejército y las bandas de música daban marcialidad y más sonora alegría á aquella multitud; las aclamaciones populares se contaban por el paso, y desde las torres de todas las iglesias, que en La Plata las había muchas, echábanse en su honor á vuelo las campanas. Pero más grato y emocionante, por cierto, sobre todo cuanto vió Chuquisaca en aquella noche memorable de grandioso y bello, fué el coro casi celeste que las damas

de más viso y lucimiento le formaron en su honor, y lo acompañaron, marchando al lado suyo y al compás de cantos patrióticos entonados en su loa, inspiración de su alto patriotismo y que ya era el colmo del regocijo y la fraternidad entre argentinos y peruanos.

Porque no queriendo ser menos que lo que sus padres y sus maridos, y sus hijos y hermanos, mostraban serlo en lo de manifestar su gratitud por aquél que traía la salud de la patria quebrando sus cadenas, formaron ellas una legión aparte y se presentaron vestidas con un gusto uniforme, todas de blanco, en trajes de tejidos riquísimos, bordados de oro, de plata y seda, ciñendo el brazalete los contornos de sus muñecas y sus gargantas descubiertas, como era el uso, collares de hermosísimas perlas, rematando con peinetas de oro y diademas, y tembleques riquísimos sus peinados. Y para que fuera más singular su distinción, oyó Castelli de sus labios las canciones entonadas en su loa, cuyos términos se remataban con este concierto, á la vez circunspecto y galante:

«Conseguir la libertad
Es gran fortuna en lo humano,
Pero, por ser de tu mano,
Es mayor felicidad.» (1)

Conducido así en triunfo hasta la mansión que le fué destinada para su alojamiento, se reunió en sus salones el concurso más distinguido de damas, personajes y varones de la mayor cuenta, abriéndose allí campo á las arengas, en que pudo lucir Castelli su brillante y abundosa verba que, aunque no profunda, era, sí, la más propia para aquellos casos y circunstancias, y en cuyo manejo era tan diestro que causó grata novedad, no tan solamente por la virilidad que la animaba y que era tan exótica en aquella tribuna del Perú, acostumbrada tanto á la música cortesana,

(1) NÚÑEZ: *Noticias Históricas*, página 275.

sino también por el acento tan marcado y tan pocas veces escuchado por allí con que solía ya manejar el habla un porteño. Pero era Chuquisaca también, por aquellos tiempos, otro centro de la virilidad peruana, como lo era de las ideas y la cultura del virreinato; porque los sucesos de que había sido ilustre teatro habían retemplado tanto su espíritu, y su elocuencia apareció, si bien con el rendimiento é hiperbólica adulación en que fué educado su gusto [1], con destellos de varonil energía y una sublimidad de patriotismo que no respiraban mejor las almas argentinas; y cupo ese rasgo á las matronas de Charcas, que en aquella noche inolvidable, y por labios de doña Magdalena Aldunate, presentaran su voto heroico á la patria, saludando al doctor Castelli con esta arenga:—«¡Qué día tan claro y feliz amanece en nuestro hemisferio con la presencia de un astro que viene derramando beneficencia por todas las extremidades que toca á su influjo! Sus rayos saludables, hiriendo estas flores, ayer marchitas con la opresión, forman hoy con su reflejo el hermoso matiz de la libertad, que la naturaleza pródiga ostenta en todo viviente racional. Ayer, pisadas por un poder arbitrario, necio y torpe; obscurecido su esplendor con calumnias sugeridas por la intriga de los jefes; ultrajado su honor por la maledicencia de los que seguían á ellos; atropellados los derechos de la defensa; sofocados los sentimientos patrióticos, veían con dolor á los más honrados hijos de la patria arrancados del seno de la madre amorosa y ejecutar con ellos cuanto puede dictar de inhumano el detestable sistema de darnos ajeno dueño. En vano la docilidad, la sumisión, el sufrimiento, pretendían á llamar lenidad y mitigar el furor; los males se doblaban cada día; todos bebían la aflicción y no respiraban más que suspiros amargos; las lágrimas y el llanto cubrían de luto esta ciudad, que había sido el asiento de la alegría y de la paz.

(1) LÓPEZ: *Historia Argentina*, tomo III, página 586.

«Pero, ¿por qué turbar con recuerdos funestos el inexplicable júbilo de hoy? Llegó, por fin, el momento suspirado; ya enjugamos nuestras lágrimas al frente de V. E.; un placer tan extraordinario disipa enteramente ideas tan tristes y arrebata en sumo gozo las almas sensibles, cuyos votos festivos anuncio á V. E. Ellas reunen sus sentimientos con los de la Excelentísima Junta, protectora de la patria. V. E., que tan dignamente la representa, será el norte feliz de sus más ligeros movimientos. El fuego vivo del patriotismo devora sus corazones y los hace dilatarse más allá de sus fuerzas. Esta porción delicada de la humanidad renuncia desde hoy todos los privilegios de su sexo en favor de la patria; sus brazos, débiles por naturaleza, ya se ensayan á sostener con vigor el arma contra los ataques de los extranjeros y rompiendo por ahora el silencio propio de su modestia, cada una exclama conmigo: ¡LIBERTAD, LIBERTAD! Yo seguiré tus pasos hasta el sepulcro mismo bajo los escudos de Buenos Aires, y protesto no sobrevivir al oprobio de verte otra vez al pie de la tiranía; la sangre de la tierra será el riego que fecundará la tierra que me alimenta y abriga; mis últimos alientos animarán su ser político; mis cenizas sellarán mi lealtad, y el bello sexo de La Plata será un eterno monumento de patriotismo que admire la posteridad.» (1)

Las fiestas públicas, de esta suerte comenzadas, en honor del Representante se dilataron por tres días; y así, por ejemplo, como nunca por más propicia aparecía la fortuna que en aquella hora para dar gracias á Dios por lo que Chuquisaca proclamaba por singular beneficio, se cantó en la catedral el *Te-Deum*, en misa solemne que ofició el Arzobispo, con elogio oratorio para el recién llegado; como que habló en el púlpito el prelado en oración corta y sin bajeza, diciendo en ella que daba gracias á Dios por la terminación de la guerra, y que pedía, por la caridad que les enseña-

(1) *Revista Argentina*, tomo XII, página 12.

ba Jesucristo, no hubiera más guerra civil, ni se derramara más sangre entre hermanos, ni se arruinaran los pueblos de una misma nación, lanzándose unos sobre otros; y señalando al doctor Castelli, allí presente, como el conductor del bienestar y de la paz, prenda de armonía y sosiego entre los pueblos, exhortando se unieran otra vez todos dando al olvido lo pasado; porque era Mojó hombre bondadoso, al parecer, en el concepto cristiano, á quien le causaba horror el pensar no más que se perdieran más vidas.

Terminada la ceremonia se pasó más tarde al ramillete, que dió ocasión á que se renovaran las patrióticas arengas; acompañado todo esto con las salvas de la artillería y la parada militar de las tropas, y con las aclamaciones del pueblo. Y como para que sirviera de remate á estas demostraciones de las autoridades, celebró para él, en los salones de su recinto, brillantísima fiesta literaria la Universidad, invitándolo á su concurrencia, según era de uso en los pueblos del Perú, con una tarjeta de plata y dos medallas de oro, á que resistió mucho el recibirlas, y en la cual se lo nombró Rector de aquella ilustre casa. (1)

XII

MEDIDAS CONTRA LOS EMIGRADOS

De ahí, en seguida, hízose cargo del gobierno de Charcas, haciendo estancia en La Plata é invernando allí por dos largos meses, aplicando en su administración, como lo había ya inaugurado en Potosí y ahora iba á renovar en Chuquisaca, las medidas de violencia que exigía la pública seguridad en el carácter que habían adquirido los sucesos; y abriendo, por otro lado, ancha carrera de oprobios y desacier-

(1) CARRANZA: *Archivo General de la República Argentina*, tomo VII, páginas 159 y 160, declaración del doctor Carrasco; y página 262, del doctor Monteagudo

tos que la historia tanto desearía no cargar sus páginas con su desdichada memoria.

Olvidado, pues, de la guerra vino á entregarse puramente á los quehaceres de la administración, dejando á Viamonte y á Balcarce todo lo que era relativo á remonta, organización y disciplina del ejército (1). De éste nos ocuparemos de aquí á poco; mas siguiendo por ahora los pasos del Representante, corresponde digamos como inició su política y si ella fué justa ó necesaria y útil. Dióle desde el primer momento un semblante terrible; pues era su consigna y su propio sentir anonadar á los enemigos por el terror y la muerte, teniendo la suerte para ello de dar con el doctor don Bernardo Monteagudo, que vino á servirle á maravilla en su puesto de Secretario, ó Ministro, el cual era muy distinto á Castelli en seso y entendimiento, pues era joven talentoso, y la pluma en sus manos distinguidísima; pero en cuanto á vigor y mano fuerte y otras ideas, que caracterizaban por excelencia al Representante, bien se le parecía. Tenía, á más, este asesor enconada aversión á los españoles, y á fe que con razón; porque, á más de los motivos comunes por los que se hicieron odiosos en América, Monteagudo había padecido por mano de ellos persecuciones, prisiones y extrañamiento por su inmiscuencia en los sucesos de 1809, padecimientos que, en un temperamento nervioso y ardiente cual el suyo, habían apurado en su contra la hiel en el corazón; que ahora, casi con el poder omnímodo en las manos, aparecería por atroz; porque, á no falsear las cosas los autores enemigos, proclamó por necesidad la degollación de todos los nacidos en España.

Había sucedido, en efecto, que al solo anuncio de la invasión del ejército por aquellas provincias, y en mayor medida cuando el caso de Suipacha aseguró su entrada y disposición, los más comprometidos en la resistencia que organizara Nieto, y muchos otros

(1) Núñez: *Noticias Históricas.*

temerosos de la nueva gente que llegaba, se habían dado á huir, buscando la seguridad que les ofrecía Abascal y el Perú; pero muchos otros también, menos temerosos ó á quienes sus intereses retenían, quedaron por allí, como había sucedido desde Córdoba en adelante; y éstos podrían maquinar posiblemente en quebranto de la revolución, dándose la mano con el enemigo bajo el misterio.

Tales circunstancias dieron á Castelli sobrada ocasión en los pueblos del Alto Perú para dictar providencias del rigor más alto y para pregonar bandos preñados de terribles castigos; como que, á más de los sacrificados en Potosí como promotores y ministros principales de la resistencia, eran ahora citados al tribunal de la revolución los demás que habían servido en igual oficio y que á la sazón estaban prófugos, bajo el amparo de Goyeneche, como lo era el célebre fiscal de la Audiencia, don Pedro Vicente Cañete, reconocido con justicia por el más sabio abogado de su tiempo, privándoseles, desde luego, de sus empleos y honores. Y como al lado de éstos que encabezaron la oposición se mirara por el doctor Castelli como crimen también hasta el hecho de haber huído del país, sin más motivo que la sospecha que daba la ausencia, fueron los emigrados, á su turno, incluídos también en la terrible lista de los enemigos públicos. El despotismo militar más fuerte y riguroso se extendió, pues, por aquellos pueblos y el hacha del castigo se miraba alzada y lista para caer sobre todo aquel que no fuera declarado parcial del gobierno; pero si bien la guerra y sus circunstancias disculpan, en el fondo, gran parte de estas medidas si no las justifican, malo fué llegar al colmo y al exceso, y matar y perseguir por sistema, y hasta despojar de los bienes de á propósito, dejando en la indigencia y miseria las familias, porque eran rigores y hasta crímenes innecesarios para nuestra salvación.

Esto, que ya no era poco para llorarlo, vino á tomar el aspecto más repugnante y feo; porque en to-

das aquellas medidas parecía buscarse, tras las personas y el castigo por los delitos políticos, la fortuna particular; y el sistema odioso y condenable de las confiscaciones de los bienes de los emigrados se puso en activo juego, buscándoselos por el inmoralísimo medio de la delación, que oficialmente incitaba el gobierno, ofreciendo el tercio y aún la mitad de lo descubierto en recompensa; provocando así la corrupción de las buenas costumbres con el infame cebo de la paga. Tales medidas fueron puestas en práctica en todos los pueblos libertados del Alto Perú, previniéndose á sus autoridades les dieran la mayor notoriedad y las llenaron con el más despierto celo (1).

XIII

CONFINAMIENTO DE LOS SOSPECHOSOS

Muchos otros también, menos temerosos que aquellos fugitivos, sea porque sus compromisos con el partido realista fueran de menos bulto, ó ya que sus intereses y otras causas particulares los retuvieran, quedaron por allí, como había sucedido desde Córdoba en adelante. Estas personas no adictas á la Patria y sí, por el contrario, parciales más ó menos ocultos de los vencidos, aunque se mostraron muchas de ellas, arrastradas por las circunstancias y el temor, haciendo parte en los regocijos revolucionarios, podían, por sus afecciones, maquinar también en quebranto de la revolución, de acuerdo con los enemigos del Perú.

Connivencia semejante fué mirada como «crimen de primer orden»; y para prevenirlo amenazóse á sus autores hasta con la pena capital, que debía aplicárseles tras un sumario puramente militar. En esto Castelli obraba bien, con cordura y acierto, porque

(1) *Bando de Castelli*, dado en La Plata el 5 de Enero de 1811, en el *Registro Nacional*, núm 206.

se actuaba bajo el estado de guerra y de la ley marcial; y en tales circunstancias la política debía y tenía que ser dura y enérgica, y de ojo vigilante y despierto, porque, á diferencia de lo que acontece en la guerra ordinaria, la revolución, que en suma era no más que una gran contienda civil, tenía desde que nació muy celosos y fuertes enemigos dentro del propio país, los cuales eran todos aquellos que no habían abrazado sus banderas, mas sí las contrarias, aunque bien que con derecho legítimo, quienes deberían servir de tropiezo, de perturbación pública y aún hasta de espías entusiastas al servicio del enemigo.

A ellos había que castigarlos así, caso de tomárselos delincuentes; y á los que aparecieran de sospechosos era menester retirarlos de donde fueran un peligro, ó vigilarlos de cerca, como á gente recelosa y atrevida. Y Castelli, que profesaba la fe política del terror y que venía convencido de su eficacia desde que salió de Buenos Aires, tomó estas medidas contra gente semejante, sentando por necesario «desterrar del país aquellos genios que se llegasen á encontrar rivales ó indiferentes al sistema.» [1] Todo vino á ser, pues, para el nuevo gobierno crimen fuera de la revolución, ¡hasta la indiferencia política! De esta suerte, la lista de la proscripción se llenó muy luego con todos aquellos particulares y empleados «que habían manifestado oposición á la Junta». Para averiguarlo y caer sobre ellos, Castelli recibió la delación secreta que le dieron los Cabildos, pues estas corporaciones habían sido purgadas de enemigos y elegidos en su reemplazo partidarios de la revolución y de antemano comprometidos con el Representante, que no repugnó de fomentar hasta esa altura el envilecimiento del carácter, bien que él, en su arrebato y ligereza, lo hacía pensando obraba en bien de la Patria, á la cual, sin embargo, no se le

(1) **Carranza:** *Archivo,* citado, *Oficio* del Cabildo de Tucumán, de 22 de Marzo de 1812, tomo VII, página 229.

debe ofrecer la triste honra de servirla por medios indecorosos. Estos proscriptos del Alto Perú eran internados á las provincias de abajo; y Tarija, Salta, Jujuy y Orán se llenaron muy pronto de estos confinados, que fueron «multitud de hombres», arrancados especialmente de Potosí y Chuquisaca. Poco tiempo duró esto, porque incorporados á la Junta los diputados de las provincias, y caído el doctor Moreno, la política de moderación y acomodamiento substituyó á la energía y violencia pasadas, y se ordenó restituir aquellos hombres á sus domicilios, como asímismo que no se matara más en adelante á los enemigos vencidos. [1]

XIV

CASTELLI Y FERNANDO VII

Sin poder dar treguas á su carácter dejó de lado toda la prudencia que la Junta había tomado por arma de su política, disfrazando cuerdamente en sus primeros pasos la verdadera resolución que la animaba. Y obrando por su propia opinión y juicio rompió francamente con los españoles, porque no otra cosa significaba el alejarlos de todos los puestos públicos y entregarlos sólo á manos americanas; lo cual ciertamente no era de lo más político, aunque fuera de lo más agradable, porque no era esa la manera de atraerlos ni de contenerlos, y eso que tantos estaban con nosotros y que la misma Junta tenía dos de ellos en su seno. [2] La unión y concordia entre todos los pueblos y los hombres, y la confianza en un gobierno igual para todos, era lo que á diario proclamaba la Junta, y el mismo doctor Castelli

(1) CARRANZA: *Archivo*, citado, tomo VII, página 253, declaración de Monteagudo; página 271, declaración de Balcarce; página 278, declaración de Viamonte.

(2) CARRANZA: *Archivo*, citado, tomo VII, página 264, declaración de Montes de Oca; página 271, de Balcarce.

tuvo la oposición á estos principios, hecha por Nieto, como una de las causales para condenarlo. Ni fué menor imprudencia y contrariedad á la política del gobierno á quien servía, eso de descubrirse contrario á la lealtad tan decantada á Fernando VII; porque tenía empeñado encargo de mantener y convencer sobre la fidelidad de la Junta al Rey, que ahora su ministro desmentía con sus actos. [1]

Porque si bien él invocaba el nombre del monarca en todos los actos oficiales y públicos para proceder en su nombre y beneficio; y dirigía sus proclamas y sus arengas como fiel vasallo, exhortando á las multitudes «á la sumisión y obediencia al Soberano», y aún llegaba á tributarle honores, como sucedió en La Paz, donde, tomándole el día del santo del Rey, hizo cantar misa y *Te-Deum* festejando el cumpleaños real, «atacaba formalmente el dominio ilegítimo de los reyes de España, y procuraba por todos los medios, directos é indirectos, propagar el sistema de la independencia», sin poder aguardar que esto viniera á su debido tiempo; siendo la suma de su credo político á este respecto «que no se había de reconocer á ninguna testa coronada»; lo que era la proclamación más radical de la república. A su vez, no podía hacer menos el ejército que lo que obraba su jefe, é iba sembrando la nueva doctrina al través de los pueblos por que cruzaba, pues sus individuos no tenían escrúpulos en decir que el solo y real objeto de la expedición era establecer un nuevo gobierno, bajo la base de la independencia de la corona de España. Y como para confirmar con la materialidad de los hechos y acciones lo que pudiera parecer simple anhelo y doctrina de conversación, la oficialidad, en su mayoría, hacia público desprecio por el rey Fernando, llamándolo Fernando el *siete*, por irrisión, «y se quitaba y arrojaba por el suelo su retrato puesto sobre la escarapela», y aún lo ha-

(1) Véanse las *Instrucciones reservadas* que le fueron dadas al doctor Castelli para que gobernara su conducta; *Registro Nacional*, núm 36.

cían en presencia misma de Castelli, representante del gobierno, quien, á este respecto, no tomó en contrario providencia alguna, como no podía menos de suceder en la dura lógica de las cosas. (1)

XV

ALIANZA É IGUALDAD CON LOS NATURALES

Trabajaba con sumo ardor, al mismo tiempo que sus demás actos y las licencias del ejército desmentían su conducta, en consolidar la unión de todos aquellos pueblos peruanos á la suerte de la capital. Echó mano, siguiendo la buena inspiración que alentó siempre al gobierno á este respecto, del resorte poderoso de la libertad civil para levantar las poblaciones de campesinos del Alto Perú y alentarlos en su decisión por la causa; pues aquellas gentes no la gozaban y vivían formando una clase inferior, por las leyes, á la raza blanca privilegiada.

Castelli les dirigió proclamas para entusiasmarlos á fin de que tomaran las armas, haciendo la causa propia, y en ellas les prometía que el nuevo gobierno de Buenos Aires, á cuyas banderas eran llamados, iba á quebrar para siempre sus cadenas, debiendo en adelante reconquistar su carácter y derechos de hombres libres, iguales á los demás, confesándose todos hermanos. Esas proclamas eran puestas en su lengua, que era el quichua, para su mejor inteligencia y propagación, y el objeto de la expedición, se les explicaba en ellas, no era otro que el auxiliarlos contra sus antiguos opresores y darles la libertad. Halagados por tales promesas aquellos campesinos, bajando de

(1) CARRANZA: *Archivo*, citado, tomo VII Declaraciones de páginas 136, 148, 148, 174, 202 y 261; esta última del doctor Monteagudo, su secretario de gobierno y guerra.

El general Balcarce niega se haya atacado la fidelidad á Fernando VII; pero su afirmación no merece mayor fe, por su parcialidad, pues era íntimo de Castelli y había vivido junto con él durante la campaña, y ahora se trataba de condenar á su amigo en desgracia. *Archivo* citado, tomo VII, página 276.

sus cerros ó saliendo de sus pueblos á recibir al Representante al acercarse por su distrito, se llegaban á él á exponerle sus quejas por la injusticia con que eran maltratados, y Castelli, exagerando por el lado opuesto de la democracia, levantábalos del suelo, en donde se postraban sus caciques al llegar á su presencia, según era la costumbre de sus remotos antepasados, y les decía que ya todo aquello se había acabado; que iguales ya eran todos, señores y siervos; y que eso era en verdad lo que significaba la cruzada militar de Buenos Aires; y, como para convencerlos más de aquella nueva edad de oro á que les prometía conducirlos, los abrazaba y les mostraba en su trato el mayor cariño y, hasta los llegó á sentar á su mesa, entre otros agasajos, y aún á condecorar á uno de ellos con grado militar para obligarlos de esta manera más. La adhesión que ya de suyo tenía esta gente campestre contra todo lo que fuera empresa contra los españoles, dió los frutos esperados, como desde antes de Suipacha ya se vieron; porque sucedió entonces que aquellas proclamas, estas entrevistas cordiales, estas muestras de un fingido amor y hermandad social á que obligaba la política de la guerra, y esos emisarios que se internaron al seno de los pueblos indios, oficio en el que entraron estos mismos caciques que trataban con Castelli, sirvieron á maravilla para que auxiliaran al ejército con víveres, y con sus brazos, conduciendo por sobre as montañas el tren de artillería. [1]

XVI

LOS ESCÁNDALOS DE CHUQUISACA

Y las cosas no pararon aquí ni quedaron limitadas sólo á aquellos abusos de la autoridad que vimos; que también la acción individual del ejército, con

(1) CARRANZA: *Archivo*, citado, tomo VII, páginas 130, 140, 133, 176.

particularidad la de la oficialidad joven, irrespetuosa y ligera, y nada sujeta á la disciplina, porque no la había, en lo que se distinguían más que todos los porteños, sembraba odiosidades como por encanto, con sus avances de todo género, haciendo teatro principal de estas sus hazañas no sólo á Chuquisaca, sino á Potosí, á Oruro y á La Paz, por no citar los otros vecindarios obscuros en donde dejaron maldito recuerdo.

Porque desde que la cabeza andaba mal y flojos se hallaban bajo su dirección los resortes de la moral y buen gobierno, fuerza era también que todo cayera en el desorden y desquicio general, por más que nos duela el decirlo, viéndose así que la insolencia de los jóvenes oficiales nada respetaba de cuanto hallaba por allí; de tal suerte que, sin quererlo ni pensarlo, iba sembrando de espinas el camino de la revolución. Pues eran los porteños juventud de una sociedad que había crecido y se había formado, desde hacía más de cien años, como vecindario de un puerto, abierto en un principio, y por vía ocúlta y furtiva, al comercio de contrabando, y después, con mayores libertades, al comercio directo con Europa, viéndose arribar continuamente á su playa holandeses, franceses, ingleses y españoles con sus cargamentos de mercancías. Y como las poblaciones de las costas están más al contacto que las mediterráneas con la gente mercante y activa, y en comunicación frecuente con los extranjeros, que llevan y traen consigo las corrientes reinantes en el mundo, fueron muy luego éstas, muy marcadamente durante los trastornos de la revolución francesa, las que, tanto en España como en América, tomaron cierto espíritu ligero sobre las cosas graves, así en lo social como en lo religioso; siendo, de esta suerte, de espíritu más republicano y democrático en su trato con las gentes, y más incrédulos en materias de fe; y más olvidados ó indiferentes de las añejas costumbres, fuera ya por falta de hábito con ellas, ó porque no las conocieran regularmente desde el nacer. Su situación en la des-

embocadura del Río de la Plata les favorecía este contacto con Europa, que era con ellos más fácil y frecuente; que mientras en el interior el extranjero era casi aborrecido, era para Buenos Aires el amigo de diario; (1) y las ideas reinantes en el siglo vinieron también á aclimatarse por allí y bajar hasta la plebe, y eran éstas por entonces revolucionarias y demoledoras de todo cuanto comprendía y formaba el antiguo régimen institucional. (2)

La clausura, por otra parte, en que por tantos años había permanecido su puerto, había sido motivo muy poderoso para que no acudiera á su seno, para avecindarse, ni la gente rica, ni los hidalgos españoles durante tan largo período; siendo, pues, su población, en un principio, sólo de estancieros y traficantes de cueros. Porque como este ramo era á la sazón pobre y mezquino, nada de grande prometía, y el comercio y la riqueza, que es su fruto natural, hasta que se abrió el puerto á mediados del siglo XVIII, no tenían por allí ni los atractivos ni los ensueños que le son peculiares, como para que indujeran á los representantes de la nobleza española y de los capitales de la época á buscar asiento en aquella

(1) Aún nosotros hemos alcanzado á ser testigos de este odio tradicional, reducido ya á las clases inferiores de la población. Porque se dió el caso, más ó menos por el año de 1878, que sabiéndose por la plebe de Salta que debía llegar una porción algo numerosa de inmigrantes en una tropa de carros, que por aquel tiempo servían para el transporte comercial desde Tucumán, salió á recibirlos al lugar del desembarque armada de piedras, con intención de rechazarlos é impedir su entrada.

Eran los últimos vestigios de la dominación española, que había inoculado, por sistema y con sus leyes expresas, en las poblaciones el ódio al extranjero, sobre todo en esta clase ignorante y pobre.

(2) Mr. de Chateaubriand, estudiando este fenómeno, dice lo siguiente: «Dos partidos dominaron entonces en la Península: el primero arrastraba en pos de sí casi á todo el pueblo del campo, excitado por el clero y fundido en bronce por lo tocante á la fe religiosa y á la política; el segundo partido se componía de los *liberales*, gente supuesta de más ilustración y por esa misma razón menos petrificada por las preocupaciones, ó menos consolidada en la virtud; el contacto de los extranjeros en las poblaciones marítimas lo había hecho accesible á los vicios y máximas de la revolución francesa.» *Congreso de Verona*, capítulo I.

Sarmiento, á su vez, dice: «Buenos Aires, sin Universidad hasta después de la revolución; sin un colegio hasta poco antes; librados sus habitantes al comercio, debía ser tenida en menos y mirada como poca cosa en la jerarquía colonial, según la opinión de aquellos tiempos; porque era de reciente data que comenzaba á hacerse notable esta ciudad en América, por cierto desembarazo y como degeneración de las ideas coloniales, á causa de sus tratos con extranjeros, atraídos á la Colonia por el comercio de contrabando; y entre el contrabando, deslizándose las nuevas ideas propaladas en el siglo XVIII» (*Obras* tomo XXXVII, página 187).

ciudad; los cuales eligieron, bien al contrario, los pueblos interiores, donde en unos el tráfico de mulas para mover el comercio de la mitad de la América procuraba fáciles y cuantiosas riquezas; y en los otros, los asientos mineros de Potosí, de Oruro, de Pasco y otros puntos de los senos montañosos del Perú, eran fuente mayor aún para acaparar tesoros, y atrajeron la concurrencia de la gente principal y rica; como que don Juan Rodríguez, por ejemplo, tenía en su residencia de Oruro las fuentes ó surtidores para el agua que ornamentaban sus patios de plata maciza; y los títulos de Castilla, como condes y marqueses, abundaban por allí y en mayor escala en Lima; elemento social y de fortuna atraído allí por el comercio, la actividad y el progreso y dichoso bienestar de que carecía Buenos Aires, y como él todos los pueblos del litoral, durante aquella época que recordamos. Sólo cuando las franquicias comerciales de su puerto hicieron de esta ciudad la boca del comercio ultramarino, fué que la nobleza española comenzó á radicarse en su plaza; pero ya la población tenía formada y arraigada su índole propia, demócrata y expansiva, que no pudo modificarse, quedando como exóticos en su seno los hogares de gente aristócrata y retobada, como lo fueron los de Anchorena, notables por su riqueza y por su orgullo. (1)

Sus hijos, que se llamaron *porteños*, como quien dice hombres del puerto, adquirieron de esta suerte, y bien pronto, riqueza, aristocracia, y trato y relación con todos los pueblos interiores y con las plazas comerciales de la España, en mayor escala que otro alguno; y «el pueblo de Buenos Aires, como su fama crecía en el concepto de propios y extraños, se ensoberbecía en demasía, como aquellos que se enriquecen de golpe, y empezó á prescindir de todos los otros pueblos.» (2)

---

(1) Doctor Juan Ignacio de Gorriti.

(2) Sarmiento: *Obras*, tomo XXXVII, página 190.

Vinieron á ser de esta suerte los porteños, «orgullosos como su río; variables como sus vientos», al decir de un contemporáneo. [1] Y contribuyeron más á darles este concepto de superioridad y suficiencia que de sí propios tenían, la erección de su ciudad en cabeza del virreinato, donde tomaron asiento los más altos poderes de gobierno del país, y, más luego, la suerte brillante que les cupo de defender la independencia de la patria rindiendo á los ingleses; suceso bajo todo extremo ruidoso, que atrajo para ellos el aplauso del mundo, viéndose proclamar por los pueblos y las autoridades de los demás virreinatos por «esforzados y nobles y generosos campeones»; [2] llamándose á Buenos Aires, la *gloriosa capital.*

Así, pues, como la atmósfera en que se habían creado los tenía, á la sazón, muy dados á la moda de la despreocupación, tanto así en lo que respecta á religión como á distinciones y rango nobiliarios, eran, á ejemplo de su jefe, parciales marcadísimos del sistema democrático y bullanguero. Y aquel genio alegre y vivaz que les ha distinguido siempre; la audacia temeraria de su valor, y la desenvoltura general de su carácter, de suyo franco, generoso y desprendido, á la vez que altivo, presumido y arrogante, unido y junto á la educación recogida, hicieron que tomaran á risa y chacota en los pueblos del Perú las cosas más serias y graves, y como que no había responsabilidad en casa extraña é invadida. Porque aquella oficialidad como el doctor Castelli, su jefe y guía, dieron por bueno, viéndose triunfantes por allí, de «hacer callar toda legislación, aún la natural y religiosa como emanadas de un tirano origen; no reconociendo otros crímenes que los políticos, ni otras virtudes que un patriotismo exaltado, que autorizaba la inmoralidad en las acciones públicas y privadas; y esto en las mismas circunstancias en que por el encono y gene-

(1) **Doctor Felipe Antonio Echazú, Diputado que fué al Congreso de 1825, por la provincia de Tarija.**

(2) *Gaceta de Buenos Aires*, de 30 de Agosto de 1810.

ralidad de las pasiones se debió haber fortificado el saludable freno de la religión y de las leyes» (1).

Y no sólo negaban sus respetos y consideración á los aristócratas más pagados y consentidos de su grandeza y alcurnía, y á los eclesiásticos más venerables, sino que los misterios más graves de la religión y las cosas más santas del culto fueron objeto de su pifia y de su risa, dando rienda suelta á su lengua para hacer alarde de un descreimiento de colorido escandaloso, dada la piedad de los tiempos, y á unos y otros los expusieron á la befa de la canalla fanatizada; y como cada correo era mensajero de nuevos desacatos y tropelías, las quejas que levantaron estos abusos, jamás severamente reprimidos, dieron motivos para que los periódicos y las autoridades realistas, en sus papeles públicos, y la conversación de las gentes piadosas y de la clase ofendida, así noble como eclesiástica, clasificaran á los miembros del ejército de «*chusma de vándalos*» y legión de «*impíos y herejes*»; contándose de ellos mil horribles atentados y sacrilegios, y presentándolos, por ende, á la espectación alarmada de los pueblos como que eran á la vez los enemigos de Dios y de los hombres y no los protectores de la patria. Baste ahora decir, por ejemplo, en cuanto á sus abusos en el orden religioso, que al salir aquellos oficiales de un baile, ocupación en que pasaban casi todas las noches durante su estancia en Chuquisaca, halláronse con que en la portada del enterratorio que tenía el templo de San Francisco, los devotos tenían encendidas velas votivas ó suplicatorias, para hacer propicia la divinidad, delante de una cruz que se alzaba allí, y fué esto no más suficiente motivo para que aquella gente divertida y de poca fe, pretextando disipar de la plebe lo que llamaba vergonzoso fanatismo, echara por tierra el símbolo del cristianismo y lo arrastrara como traste inmundo por las ca-

(1) Doctor Facundo de Zuviría, testigo presencial. *El principio Religioso*, Introducción, página IX.

lles y lo hiciera pedazos á sablazos en la plaza principal de la ciudad.

Grandísimo escándalo produjo en toda Chuquisaca aquel inaudito atentado causado en la sociedad de mayor cultura y en una época, como aquella, de la mayor piedad; por lo que alarmado Castelli con la grita que levantó el hecho llamó á la oficialidad en cuerpo y la amonestó para que no diera con su conducta motivos «para que se divulgaran semejantes especies», advirtiéndoles que no habían ido allí á disipar errores religiosos; pero se cuidó muy poco de averiguar en regla y con espíritu severo reprimir públicamente el delito, llegando en su imperdonable complicidad á responder, cuando le llevaron la queja, de que aquello «era juguete de muchachos.» [1]

Y como si todo esto no fuera ya bastante para la deshonra y desprestigio de la causa de Buenos Aires y del ejército, se consumaban al mismo tiempo en todas aquellas sociedades del Perú ofensas aún más irritantes, hirientes y vergonzosas; y lo que era peor, que tenían por asiento preferente el centro más culto y principal, que lo era Chuquisaca.

Durante los meses de su descanso en La Plata, llegó Castelli á olvidarse por completo de la guerra, y empleó aquel precioso tiempo entre dictar sus medidas de rigor, con la loable intención de afianzar la causa y librarla de asechanzas enemigas, y en los deleites que le ofrecía aquella capital con mayor proporción de los que había saboreado ya en Potosí. Y lástima grande fué para la Patria el verlo como perdía sus energías para enervarse allí bebien-

(1) DOCTOR FACUNDO ZUVIRÍA: *Obra* citada. Introducción, página X.—GENERAL PAZ: *Memorias*, tomo I, página 19.—CARRANZA: *Archivo General de la República Argentina*, tomo VI, páginas 226, 264; tomo VII, páginas 147, 168 y 215.

Aunque el general Paz afirma que este suceso tuvo lugar después de la derrota del Desaguadero, nosotros aceptamos la declaración del general Viamonte, que lo asegura durante la primera parada de Castelli en Chuquisaca; porque Paz no figuró en estas operaciones y Viamonte era el segundo jefe del ejército.

El bando de Belgrano (1813) que cita el general Paz, destinado á prevenir los odios que contra los porteños, como se llamaba á los del ejército de la Patria por allí en los primeros años de la guerra, había sembrado el ejército del doctor Castelli, dice:—«Se respetarán los usos, costumbres y aún preocupaciones de los pueblos; el que se burlase de ellos con acciones, palabras, y aún con gestos, será pasado por las armas.» *Memorias*, tomo I, página 94.

do los vientos tibios de las noches del sensualismo; y como cambiaba la actividad y celo que mostrara al pisar los umbrales del Perú por aquel reposo funesto y como abandonaba el ejército reteniendo consigo al General, como para compañero de fiestas y honor de su guardia de cuatrocientos hombres; y como también se detenía sin dolor en medio de su carrera, antes de asegurar firmemente una victoria, que la tenía en las manos. Los efectos del triunfo tan fácil y de grandeza tan inesperada fueron para él halagos de nefasta sirena, dejándose aletargar en su vanidad, que descubrió el fondo de su debilidad moral y ausencia de las grandes virtudes con la cuasi adoración que le tributaron los pueblos sometidos y con la continua lisonja que, como mosca importuna y dañina, zumbaba constantemente á su oído; y con aquellas arengas, en fin, de que fué colmado, sin exceptuar ni aquellas bajadas desde los púlpitos, donde por cierto no inspiraba ya el Espíritu Santo sino el demonio de la adulación, del servilismo y de la bajeza, para endiosarlo. Las mesas suntuosamente servidas cada día; las fiestas repetidas en su honor; quizá ese mismo mareo de que, según cuentan, muy pocos lo resisten y que producen las alturas del poder en hombres repentinamente levantados de la nada y que es muy general achaque de nuestra especie; el hecho es que todo esto apeó al terrible y severo procónsul del *año diez*, á nivel muy inferior del que exigía la misión extraordinaria y altísima que llevaba. Porque se le vió desde entonces correr por suelo resbaladizo, que dió abundante pasto á la murmuración de amigos y enemigos, así patriotas como realistas; como que se contaba de él se había entregado á una asiática sensualidad, en donde este nuevo Antonio tomaba el licor hasta el exceso de hundirse en la crápula; y que eran sus cenas servidas por mujeres impúdicas, siendo contados sus amores con ellas como el colmo del descaro; y que, en cuanto á religión, era un hereje á carta cabal; hereje y muy hereje, como se decía en el lenguaje de en-

tonces; porque el ateísmo que se le atribuía se confirmaba con otra voz anónima que afirmaba el inaudito escándalo de que en las antesalas del Representante se había vertido la proposición impía de *que no había Dios;* [1] todo lo cual era voz pública en Chuquisaca, y generalmente admitido, cuyo comento rayaba en el mayor descrédito de la revolución.

Faltas eran estas de que parece no participaba el general Balcarce, que permanecía por allí, porque ha dejado fama de hombre virtuoso; ó que, por lo menos, las ignoraba como testigo [2] sin haberse consumado en su presencia y concurso. Y también debe decirse, para descargo parcial del doctor Castelli, que nunca dió con tales licenciosas inclinaciones escándalo material á la sociedad en que era huésped, procurándolas solamente á ocultas del público, [3] pero que, sin embargo, por más que así fueran sus medidas, la verdad es que aquello transcendía y se propagaba y cundía con enojosa impresión, como que no podían ocultarse, por más que se cuidara en ello, tratándose de personaje cual él, que tenía sobre sí puestos los ojos ávidos de amigos y adversarios.

---

(1) Es uno de los cargos que se le hacen en el *Proceso* formado al doctor Castelli.

El doctor Zuviría dice que se *blasonaba desconocer la Divinidad*. *El Principio Religioso*, Introducción, página IX.

(2) En su declaración niega categóricamente estos vicios atribuídos al doctor Castelli; pero su testimonio no puede prevalecer ante los que le acusan, pues era íntimo amigo, que vivía en su propia casa, y era, además, á Castelli á quien debía el espectable cargo de General en jefe que llevaba.

Bien pudo suceder que, conociendo las virtudes privadas del General, no se compartieran con él estas diversiones. (*Archivo General de la República Argentina* por CARRANZA: tomo VII, página 276. En el proceso que se formó con motivo del desastre del Desaguadero se le hacen todos estos cargos entre otros muy graves; y apoyamos los indicados en el texto en las declaraciones del presbítero Zapiola, residente en Chuquisaca (CARRANZA: tomo VI, página 216).—NUÑEZ: *Noticias Históricas*, página 257.—De la fuente de información española está el historiador TORRENTE, que dice: —«Mientras Goyeneche estaba desplegando los últimos recursos de su ingenio para formar el ejército, se hallaban éstos (los del ejército de la Junta) adormecidos en ocio y la voluptuosidad. El soberbio representante Castelli, deslumbrado en la adoración que le prestaban los pueblos sometidos, llegó á perder aquella energía revolucionaria que había desplegado al principio. Las dulzuras de Potosí, y en particular Chuquisaca, lo habían enervado; la no interrumpida lisonja y el resonar de continuo en sus oídos las frases más extravagantes de servil adulación, lo habían endiosado. Los grandes banquetes y convites servidos por ninfas impúdicas, lo habían acostumbrado á entregarse á las locuras de Baco y á los hechizos de Venus. En esta nueva Cápua quedó sepultado el ardor revolucionario». *Obra* citada, tomo I, página 177.

(3) El capitán Esteban Figueroa afirma que no causaba escándalo con sus vicios. *Archivo General de la República Argentina,* citado, tomo VII, página 202.

Pero ciertas, falsas ó ponderadas, aquellas sus faltas corrieron por todos los pueblos, empapando la opinión pública de indignación y disgusto; y llevadas en alas de una oculta acusación, y por supuesto que engrandecidas, si cabía, por la maledicencia, esa víbora que muerde la fama de los hombres, llegaban hasta Buenos Aires en la correspondencia que conducía cada correo. Y esta acusación, para mayor gravedad, provenía de todas las fuentes, no sólo de los realistas sino también de los del mismo ejército que no comulgaban ni con las doctrinas morales ni con los intereses políticos del doctor Castelli, y que formaban en él, á la sazón, el grupo de los *Saavedristas;* pues que Castelli lo era de los que con el doctor Moreno acababan de caer del poder en Buenos Aires, perdiendo la situación. Ya, pues, y para dar remate y término á este catálogo de agravios, deberemos aún consignar, como última prueba de relajación de costumbres é indisciplina de aquel ejército, que sus individuos pasaban las noches, casi sin interrupción, en baile continuo; y tomando, para mayor agravante de la falta, ejemplo y lección del mismo su jefe, el representante Castelli, ministro de la Junta de Mayo, en cuya casa, nada menos, se consumaban muy graves escándalos; porque sucedía que en los bailes que en ella se daban, sus propios edecanes, al par de otros oficiales jóvenes, que por esta circunstancia parece que lo eran sus más allegados y protegidos, como gente de la casa, llegaban en el apurar de los licores hasta la embriaguez, y hasta embriagar también, para aumento de vergüenza, á las mozas de la diversión, y hasta acontecía que se notaban en sus acciones con ellas visibles atentados al pudor, lo que acabó de colmar el desconcepto en que tanto la oficialidad como el doctor Castelli habían caído por allí. [1] ¡Brava manera esta de captarse los favores de la opinión y el apoyo de aquellos pueblos que tanto se

(1) *Archivo General de la República Argentina*, citado, tomo VII, página 202.

había recomendado al Representante del gobierno, como lo más conveniente á los intereses de nuestra causa, y que éste parecía se hubiera dado á burlarlos de á propósito! ¡Y esto lo hacía en aquella Plata, donde hacía tan poco había entrado en medio de las aclamaciones que daba, casi llorando de alegría, un pueblo harto confiado y patriota!

Nada podía, pues, ser más grato á Goyeneche y Abascal que aquellos desacatos, escándalos y rigores de que hacían víctimas los de Buenos Aires á los hombres, á las costumbres y á la fe en el Alto Perú, para sacar partido de ellos. Y si puede llegar á ser disculpable que un rey absoluto entretenga sus ocios con el vino, los chistes y las beldades, era muy doloroso é intolerable que el representante de una idea democrática y redentora, jefe de una cruzada bienhechora contra la tiranía y la corrupción de que se lloraba, bajara «al rango de un vicioso indolente y que por su causa estuviera como paralizado el servicio público.»

Con todo esto la gente de honor comenzó á retraerse; las familias pudientes á alejarse á sus posesiones de campo, y los otros, no pudiendo esquivarse, á alimentar y engrandecer odios y rencores contra nosotros, velados con el disimulo y la hipocresía; y las sociedades del norte lo señalaron al Representante, con ó sin razón, por ébrio, por disoluto é impolítico; y también por impío y por hereje, títulos que valían mucho para perder á un hombre, como ya se lo acusaba también por cruel é inhumano. Tales excesos dieron por inmediato resultado «los millares de prosélitos que quitaron á la causa de nuestra libertad é independencia»; (1) que le volvieron espaldas á la causa de Buenos Aires después de haberla tan felizmente abrazado, arrepentidos ahora y dándose por engañados y ofendidos. Porque la murmuración empezó á derramar sus funestos efectos y á

---

(1) Doctor Facundo de Zuviría: obra y lugar citados.

decir con muy justa razón: ¿Qué felicidad nos puede venir de manos de estos locos? ¿Ni cómo vamos á adherir á este sistema que así nos trae el ataque y la ofensa á nuestra religión, á nuestras costumbres, á nuestras familias y á nuestra propiedad? Y les hacía coro, por supuesto, para agrandar la desgracia y sus lástimas, el elemento realista y los deudos de los desterrados, y los obispos, y los pastores desde el secreto del confesonario; y el clero en conjunto, amenazado tan de cerca; y hasta las mismas medidas de rigor, en un principio tal vez aplaudidas por el entusiasmo, eran al presente nuevo motivo para renegar de la confianza y buena fe que les prestaron el primer día; confianza y fe tan profundas, que el mismo Arzobispo de Charcas, tan español como era, escribió en 1° de diciembre de 1810:—«Ayer recibí un oficio del señor Representante. Estoy agradecídisimo á las bondades que S. E. me dispensa. Cuando usted tenga ocasión, asegúrelo, una y dos veces, de mi parte, que deseo vivísimamente acreditarle mi afecto y mi indeleble reconocimiento, y que la Excelentísima Junta no tendrá otro ni más sinceramente adherido que yo, ni que con mayor gusto trabaje por su conservación y su gloria. Ya se acuerda usted de los amarguísimos embustes que el gobierno anterior nos quería hacer creer. S. I. (el obispo de Buenos Aires) me asegura, entre otras cosas, lo siguiente: *Se engañan mucho los que se imaginan que la religión sufre aquí el menor contraste.*» (1)

Y sin embargo, la voz honrada é inagotable del doctor Moreno clamaba sin cesar desde las columnas de la GACETA DE BUENOS AIRES:—«No, generosos peruanos! Vuestra ilustración está muy acreditada para que os dejéis alucinar de pretextos tan ridículos; uníos estrechamente á vuestros hermanos de Buenos Aires, que no quieren dominaros sino romper vuestras cadenas. Todos reconocemos un mismo Mo-

(1) *Carta* del arzobispo Mojó y Francoly al doctor Matías Zapiola.—Archivo General Mitre.

narca, guardamos un mismo culto, tenemos unas mismas costumbres, observamos unas mismas leyes, nos unen los estrechos vínculos de la sangre y de todo género de relaciones ¿por qué, pues, pretenden los déspotas dividirnos? Por muy puras que sean nuestras intenciones, sería peligroso que la libertad de la América fuese sólo obra nuestra; semejante circunstancia podría conducir á un verdadero despotismo y los pueblos del Perú no habrían adelantado sino ver opresores porteños en lugar de los opresores europeos. (1)

La torpe conducta del representante Castelli venía de esta manera á desbaratar la obra patriótica del doctor Moreno.

XVII

CASTELLI INTENTA EL PLAN DE SUBLEVAR AL PERÚ Y FRACASA

Por un error de aquellos que sólo se disculpan ó explican por un atolondramiento sumo ó miopía extraordinaria, el doctor Castelli, una vez desalojado el enemigo del territorio del virreinato como resultado de las victorias de Suipacha y Arohuma, olvidó la guerra, se dió de lleno á las tareas de la reorganización de las provincias libertadas y al descanso oriental de las diversiones, de las fiestas y de los placeres de general triunfador, como si la revolución hubiera definitivamente triunfado y hubiera concluído allí no más su acción militar. Porque no bien llegó á La Plata, y como si quisiera que el enemigo no le molestara en su misión de paz y administración, diríamos así, lo dejó en descanso también y en ancha libertad de acción, limitándose tan sólo á intimarle, como en cosa terminada, «no franqueara la

(1) *Gaceta de Buenos Aires*, de 30 de agosto y 20 de noviembre de 1810.

línea del Desaguadero»; que era la divisoria de ambos virreinatos (1).

Haciendo, pues, olvido, si no desprecio de las armas, y más entregando la suerte de la patria á las tramoyas de abogado que al tajo rápido y definitivo de la espada, quiso envolverlo todo y llevar la cuestión adelante con el sueño presuntuoso de que en sus hilos caería envuelto su adversario, que en sagacidad y astucia, como en ingenio y falta de escrúpulos, le llevaba ventajas enormísimas. Así fué que se propuso y trató de reducir al general enemigo, y por separado á los jefes de su ejército, que eran, como lo era él, americanos también, á la causa de la revolución, con el empeño de convencerlos ó seducirlos, interviniendo en ello tanto directamente como por segunda mano (2).

Y mientras estos tratos se entretejían así en el campamento de Goyeneche, tratos y manejos que eran ocultos y secretos, lanzó sus agentes audaces y en misión oculta también al seno mismo del Perú; los que, á más de su patriotismo, eran muy bien remunerados, y llevaban por misión y encargo el explicar á aquellos pueblos cual era el real y verdadero motivo de estos trastornos, de esta intervención y aún de esta guerra que iniciaba Buenos Aires; pues que las autoridades realistas tenían muy buen cuidado de pintarles el cuadro verdadero y decirles lo propio de las cosas, sembrando y fomentando más bien, y con marcado empeño, el recelo y el odio y aversión á la causa y á los hombres de Mayo, tomándose para ello de nuestros propios errores y desaciertos. De esta suerte aquellos emisarios debían cambiar el parecer é inclinar aquellos pueblos á nuestras banderas, como que las agitaban los vientos de la libertad, y á la vez, también, recoger la opinión de por allí, pulsar los ánimos, observar el poder con que

(1) TORRENTE: *Obra* citada, tomo I, página 178.

(2) *Archivo General de la República Argentina*, citado, declaración del doctor Monteagudo, tomo VII, página 252.

aquellos pueblos contaban y llevarlos al conocimiento del Representante, para su gobierno.

De resultas de estos trabajos, obtuvo Castelli cuenta y razón exactas de muchas cosas y descubrimientos preciosos del fondo del país enemigo; como que llegaron sus corresponsales de Lima, de allí mismo donde estaba Abascal, á remitirle un diario secreto de todo cuanto por allí sucedía. Pero si toda esta complicada maquinación y este celo por levantar la opinión del Perú, espiando hasta la casa del jefe enemigo, era por todo extremo loable y acertado, y producía desde temprano un éxito feliz, el plan de sus combinaciones fué, por la inversa, descabellado y torpe; porque la insurrección popular que se preparaba, dispuesta y aún concertada con el mismo doctor Castelli [1] necesitaba, para no abortar, del simultáneo apoyo del ejército; pero su jefe, por su estancamiento innecesario en Chuquisaca y su lentitud en el orden militar, tan contrario á lo demás de su violento y arrebatado carácter, dejó malograrse todo. Sucedió en efecto que, «dando entera fe á las promesas de Castelli» [2], la juventud de las provincias meridionales del Perú, encabezadas por sus abogados y literatos, «inflamados con los pomposos anuncios que se les transmitían», hicieron sus juntas secretas y se acordaron en ellas para encabezar la insurrección y unirse á las banderas de Buenos Aires; y agitando la plebe en sus capitales, los pronunciamientos de Arequipa, de Tacna, de Locumba y de Moquegua estallaron á la voz de: *¡Cabildo abierto!*, llenando de pánico y sobresalto infinito al enemigo, que así miraba el incendio arder ya en su propio campo [3]. Pero éste, más diligente y activo, y viendo que las fuerzas de la revolución seguían dormidas, voló sobre aquellos patriotas desventurados con un grueso trozo de

---

(1) *Archivo General de la República Argentina*, citado. Declaración del doctor Monteagudo, tomo VII, página 252.

(2) García Camba: *Memorias*, tomo I, página 60.

(3) Carranza: *Archivo General*, citado, tomo VII, página 252.

fuerzas veteranas, logrando sofocar estas agitaciones muy prontamente sin que el Representante pudiera socorrerlas, y teniendo que pasar por el dolor de verlos sacrificados por su culpa, sin tener siquiera la consolación de la impotencia que obligara á Aníbal á alejarse de los muros de Cápua, que no podía salvar, para no oir los gritos de dolor y de maldición de sus amigos, que perecían á manos del vencedor.

XVIII

ERRORES POLÍTICOS Y MILITARES

Por lo que hace ahora á sus arreglos diplomáticos y tratos para convenir en la paz y asentimiento de lo hasta entonces hecho por la revolución, iniciada la negociación por el Representante halló invulnerable el ánimo de Goyeneche y los suyos; porque, de entrar por innovaciones, él sólo aceptaba la base de la monarquía, proponiendo para soberanos de ella, por intermedio de don Pío Tristán, ó bien á doña Carlota, con quien iba ya de muy amigo y acordado desde su paso por Río de Janeiro, ó, en último término, á cualquiera otra testa coronada. [1] Por supuesto que bases semejantes eran puertas cerradas para toda conformidad; y los jefes patriotas, convocados por Castelli para informarles de estas conferencias en la junta que con este objeto formó en Oruro, todos mostraron su parecer contrario, quedando las cosas, por este lado, sin haber avanzado paso [2].

Probó todo esto al jefe de la expedición que de nuevo la contienda quedaba entregada á la suerte de las armas. Cualquiera otro que no él lo hubiera visto; pero su falta de buen tino y sus flaquezas lo llevaron á esterilizar completamente la victoria de Sui-

(1) CARRANZA: *Archivo*, tomo VII, página 252.

(2) CARRANZA: *Archivo*, tomo VI, página 246.

pacha y á exponer la revolución á riesgo de perecer. Porque fué peregrino error pensar, como Castelli lo hizo, que la ruina de la dominación española y el triunfo de la libertad de la América podían arreglarse diplomáticamente, cuando había de por medio tantos y tan grandes intereses y ambiciones opuestos que quebrantar, desde que se tratara con sus propios opresores. Víctimas de error semejante, tanto el Representante como la Junta, vieron que, por los antecedentes sobre que obraban, no podían, sin desmentirse, invadir el Perú y acabar con los débiles restos que les habían quedado á los realistas; y esto venía de que, desalojado y libre de las fuerzas del Virrey de Lima, el territorio de Buenos Aires, cuyas provincias altas, desde Jujuy en adelante, habíalas incorporado á su jurisdicción é invadido, se levantaba ante el criterio del Representante infranqueable conflicto; y era que, como la Junta explicaba que el solo objeto de su intervención con el ejército en las provincias era para libertarlas de sus jefes que intentaran oprimirlas y para que hicieran la elección de los diputados al Congreso con toda libertad; estando, pues, el territorio de las tales provincias limpio de resistencias, ya la misión del ejército parecía, á la verdad, haber dado con su fin y término; por lo que se pensaba cómo poder penetrar en el Perú, que era país extraño é independiente del gobierno general de Buenos Aires. Mas no se fijaba el Representante, ni pasaba por sus mientes, que las cosas habían cambiado en el breve curso de los sucesos; porque si el 25 de Mayo se dió esa orden de intervenir militarmente en los pueblos interiores para libertarlos de la opresión que pudieran hacerles sus jefes actuales, después había acontecido que el Virrey de Lima nos había declarado la guerra y nos había usurpado esas mismas provincias altas, y sus ejércitos invadido el territorio de Buenos Aires y dado en ésta su jurisdicción batallas y demás acciones de guerra en que fueron felizmente vencidos; que su segundo ejército había bajado á herir á Cochabamba; y que después

de sus dos derrotas en Suipacha y Arohuma había desalojado el territorio más septentrional, como La Paz y Oruro, es cierto; pero ello no por reconocimiento de los derechos de Buenos Aires ni por obsequio á la paz, sino como operación simplemente militar y de guerra, y con el fin y objeto de fortificarse en las lindes, y aún sobre el Vilavila, territorio del Río de la Plata. ¿Cómo detenerse, entonces, en medio de la guerra y teniendo al frente el ejército enemigo, por la sola razón de que era violar el territorio ajeno? ¿Acaso el Perú, rotas una vez las hostilidades, era territorio neutral? Máxima es de la guerra llevar el ataque y la calamidad al suelo enemigo y perseguir sus restos hasta concluirlos; por lo que así, el derecho como los principios de la beligerancia, no sólo justificaban la invasión al Perú, mas también que la hacían indispensable y necesaria. La presencia, en tal caso, del ejército allí, no hubiera sido mirada con el propósito de insurreccionar los dominios de Abascal para que se unieran ó imitaran, por lo menos, lo que en materia de gobierno iban haciendo los pueblos argentinos, aunque fuera esto seguro resultado como consecuencia natural de las cosas, y por lo que hace á este particular, el ejército hubiera iniciado su paso, como neutral, en la política particular de aquellos pueblos, y su invasión hubiera sido, por ende, colocada y vista en el terreno legítimo é inatacable de la propia defensa, todo así limitado al objeto impuesto por las circunstancias de destruir al enemigo que allí vivía y que había declarado á Buenos Aires una guerra injusta.

Bajo un otro semblante la cuestión, esa libertad de las provincias, que el ejército de la Junta iba á garantizar para la elección de sus diputados, tampoco se hallaba á la sazón conseguida para cualquiera que tuviera más seso y buen sentido; porque si la guerra provocada por Abascal para oprimir los pueblos argentinos estaba pendiente, aunque desalojado por el momento el territorio; si los ejércitos levantados para sofocar su libertad estaban línea de por medio, amenazando descolgarse para aniquilarla el momento

menos esperado, claro era también que la misión del ejército que le encomendó la Junta á su Representante no había concluído; que aún la libertad estaba amenazada y en peligro de muerte; condiciones en las cuales no se podía decir que las provincias estuvieran ya verdaderamente libertadas de sus opresores y que la misión del ejército auxiliar hubiera concluído allí. Y era más todavía; porque la ciencia política mostraba que el objeto de la intervención armada de la Junta en el interior no podía reducirse á los estrechos límites marcados por la letra muerta del decreto de la revolución, sino que debía dársele la interpretación que, lógica y naturalmente, correspondía al objeto mismo de la convocatoria á elecciones, si era verdad que el fin que la revolución, al pedir los diputados á los pueblos, quería garantizar no era, ni podía ser, el mero y aislado hecho del sufragio público ó las elecciones, sino todo aquello que la elección produjera dentro del derecho, del orden y de la libertad. Y este fruto de la elección era el Congreso y el libre debate; y el final de toda esta obra, cuyo primer paso, llamado elecciones, quería garantizarse por el momento, era la constitución del país; no el mero y nuevo libro; no la nueva ley que se aguardaba de su labor, sino la erección material en todo el territorio del nuevo sistema político, bajo cuyos mandamientos debían en adelante regirse estos pueblos. Así las cosas, visto estaba que, pendiente la guerra con el Perú y armados sus ejércitos, con un pie en su propio territorio y el otro en el nuestro, era una provocación y una amenaza; provocación contra la libertad de la patria, que se maquinaba entregarla al extranjero; amenaza contra la libertad del Congreso; amenaza contra el imperio de la futura Constitución.

El gobierno de la Junta, siguiendo siempre la sabia política que desde antes de Mayo enseñaban Moldes, Pueyrredón y otros genios de vasta clarovidencia como seguro de buen suceso, y que al presente tan de lleno la emprendía Moreno, le tenía prevenido al Repre-

sentante tratara de llevar la campaña valiéndose de la opinión y de la espada; y las instrucciones que recibía, una vez en el Alto Perú, confirmaban esto mismo; vale decir, la revolución de los pueblos apoyados por el ejército, que Castelli tanto demostró no poderlo combinar. Y visto que su calma y aún abstención militar malograron los pronunciamientos del Perú, la historia descargará sobre él únicamente, y no sobre Moreno y el gobierno de la revolución, la pérdida sufrida, pues no cabe disculpa desde que de Buenos Aires las órdenes que le venían «jamás precisaban estar sólo á la defensiva; y á lo sumo prevenían no se empeñase acción de guerra sin bastante seguridad del éxito.» ([1]).

XIX

GOYENECHE LEVANTA UN NUEVO EJÉRCITO REALISTA

Observando, pues, aquella torpísima conducta, fué aquí que el representante Castelli cometió la más enorme de sus faltas, cuyo crimen sólo podía borrarlo con los prestigios y las ganancias de una gran victoria. Porque no bien los triunfos en Suipacha y Arohuma libertaron el territorio de enemigos, en vez de

(1) CARRANZA: *Archivo General de la República Argentina.* Declaración del doctor Monteagudo, tomo VI, página 62.

Dice el señor Núñez en sus *Noticias Históricas*, que Castelli tenía órdenes terminantes de la Junta de actuar en el Perú con la política y no con el ejército; y que el gobierno de la nueva Junta mandó otras órdenes al Representante, para que emplease ambos instrumentos, el de la pluma y el de la espada, pero sin comprometer acción sin seguridad (222).

El general Viamonte, que en oficio reservado, de fecha 28 de abril 1811, de la Junta, «nos manda, dice, no atacar al enemigo, pero sí auxiliar los pueblos con probabilidad muy grande y fundada de que el éxito ha de ser feliz; que es el único caso en que lo aprobará (*Archivo General*, citado, tomo VI, página 247).

Nosotros seguimos en un todo al doctor Monteagudo, en razón de que habiendo sido el secretario del doctor Castelli, estaba más que nadie al cabo de la correspondencia entre el ejército y el gobierno; y la interpretación que da á la nota reservada de 11 de abril de 1811, no parece estar en contradicción con la declaración del general Viamonte. Además, esta orden reservada, pasada por la Junta á todos los jefes, debió llegar á manos de Castelli en mayo, por lo menos; y es la única, parece, en que se sujeta la rápida acción militar para combinarla con la insurrección de los pueblos del Perú. Desde el 7 de noviembre, pues, de 1810, en que ganó la acción de Suipacha, hasta Mayo subsiguiente; es decir, en un espacio de seis meses, su acción militar no estuvo trabada por mandato alguno, en cuyo tiempo, como dice Torrente, quedó sepultado el ardor revolucionario y perdidas las primeras energías.

llevar adelante y enérgicamente su victoria, como lo aconsejaban las más rudimentarias máximas de la guerra y las más vivas conveniencias de la revolución, se entregó de todo en todo á las tareas pacíficas de la reorganización de aquellas provincias, cuya urgencia es imposible explicarse, abandonando el ejército en Potosí para que allí se estacionara en manos de los jefes inferiores, mientras él, arrastrando al general en jefe, pasaba á Chuquisaca, para cuya administración no había menester de dar treguas á la guerra. Y, sin embargo, jamás ocasión más propicia podían presentar las circunstancias en la vida para acabar de raíz con el enemigo, que se hallaba presa del más inmenso terror, y libertar la América entera en una sola campaña. «Si Castelli hubiera atacado en los primeros momentos del terror que había infundido con su victoria de Suipacha, tropelías de Potosí y entrada en Chuquisaca, parece indudable que todo el heroísmo de las tropas realistas se hubiera estrellado contra los irresistibles esfuerzos de un ejército orgulloso con sus laureles y con el pronunciamiento general de la opinión por su causa.» [1]

Porque el ejército de Goyeneche había quedado con esto tan acabado y deshecho, que apenas contaba con cinco compañías, las cuales, á hallarse completas, no hubieran hecho un total mayor de quinientos hombres, que, desmoralizados con la derrota y espantado el ánimo con la sublevación de todos los pueblos por la Patria, no hubieran podido resistir ni al empuje de la vanguardia, la que hubiera dado de ellos inmediata cuenta; y un encuentro que hubieran por allí perdido las armas españolas, que gemían bajo tan triste pie, «habría decidido de la suerte de toda la América»; porque, á más de la victoria sobre el campo de batalla, la hueste vencedora, penetrando sin contrariedad por doquiera, supuesto que el virrey de Lima carecía de fuerzas disponibles para

(1) TORRENTE: *Obra citada*, tomo I, página 179.

resistir á su marcha triunfal, se hubiera visto ayudada por la insurrección popular, cuyos agentes la tenían preparada ya en los más importantes centros de aquel país. (1)

Mas, por desdicha grande, todas estas esperanzas se perdían con las seguridades que las hacían nacer; porque la «demora criminalísima de más de sesenta días en Chuquisaca del representante Castelli» dió lugar á que el hábil general enemigo retemplara el ánimo de sus restos aterrorizados; que, con una política sagaz y digna de la mayor admiración, cambiara, en tan corto espacio y entre tantos apuros, la opinión de aquellas gentes en bien de la causa real, y alcanzara, además, como fruto de estos tan grandes esfuerzos, á levantar un nuevo ejército donde contaba hasta con siete mil combatientes. (2)

Como la revolución de Buenos Aires, que no había sido aguardada por las autoridades españolas, había sorprendido al virrey de Lima, tomándolo sin fuerzas ni elementos preparados, ocupado, como estaba, con lo de Quito y los negocios interiores que tenía encima desde antes, confió la defensa de sus dominios por esta parte del oriente, lindera con el territorio del Plata, al general Goyeneche, que á la sazón seguía de Gobernador Presidente del Cuzco. Su situación, como el ascendiente y predicamento político, militar y social que por allí gozaba, así entre las gentes como en el gobierno, eran circunstancias muy valiosas que hacían de este jefe el indicado y preciso para que se hiciera cargo de los intereses amenazados por este lado del Perú; y Abascal, cuyo talento y penetración de juicio eran grandes y probados, supo ahora conocer cuanto valía para su causa el auxilio de un hom-

(1) Camba: *Memorias*, tomo I. página 60.

(2) «La Paz, Cochabamba, Charcas, Potosí y Salta tienen que clamar y lamentarse ante el tribunal de la razón de la demora criminalísima de más de sesenta días en Chuquisaca del representante Castelli, con que dió lugar á que Goyeneche, que no tuvo más fuerza que la de cinco compañías, reforzara su ejército con siete mil combatientes.» (*Oficio* del gobernador de Salta, don Martín Güemes, al Director Supremo, fechado en Salta el 11 de Octubre de 815, y publicado en *El Paraná* del 12 de Septiembre de 1861, en nuestro poder).

bre como el Presidente del Cuzco, que á más de su ingenio habilísimo en lo político y de sus cacareados conocimientos militares tomados en escuelas europeas, que tanto henchían su anticipada fama, había dado á los españoles el año anterior, no obstante ser americano, la prenda más entera y sangrienta de confianza, como que por ellos había combatido la libertad de su propio país. Hombre seguro, pues, hábil y famoso militar, lo eligió Abascal por su primer teniente, delegando en él «todas y las más amplias facultades.»

Revestido de aquel poder supremo, como lo había menester quien solo y sin recursos debía salvar la situación de riesgos los más inminentes, y cuando se daba ya casi por perdida después de sucumbido Nieto, pasó á situarse en la frontera limítrofe á la nuestra por el mes de Octubre de 1810, eligiendo para plantar su campo el punto de Zepita, orillas del Titicaca por un lado y del río Desaguadero por el otro. Aquel paraje era el más destemplado de la comarca; pero, en cambio, era sano y su posición encontrada muy á propósito para vigilar al enemigo, y luego, para contenerlo, apoyado por aquellos accidentes que levantaba la naturaleza: un lago inmenso y profundo, navegable y de riberas é islas pobladas; un río con un solo puente y una serie de cordilleras ásperas, en que sus soldados eran bien diestros para treparlas y correrlas, que formaban un valladar para las fuerzas enemigas, criadas y ejercitadas en la llanura. No llevó allí para que le sirviera de base al futuro ejército más que la guarnición que extrajo del Cuzco, escasa de doscientos hombres, que todos los frutos de sus trabajos, en un principio, los empleó para auxiliar á Nieto; de suerte que, una vez vencido éste, Goyeneche se miró casi solo, apenas con cinco compañías, amagado de un ejército fuerte, aguerrido y victorioso y en frente de un país todo sublevado en contra suya.

Fué en tamaños apuros que mostró ser verdad y no vana lisonja la fama que corría de su pericia y

suficiencia militar, como de su altísimo ingenio, pues ante la revolución que se divisaba avanzar y dominando potente, popular y vencedora en todo el vecino virreinato, tuvo el feliz acierto de oponer á ella, para neutralizarla, otra agitación popular en sentido opuesto, provocando en aquellas provincias orientales del Perú, pobladísimas y opulentas, y llevando á término cumplido una contrarrevolución, para de esta suerte hacer guerra con las ideas á más que con las armas, oponiendo la opinión de unos pueblos contra la opinión de los otros.

Cierto era que en tan breve plazo como el que señalaban, al parecer, los sucesos, la obra meditada era más que difícil para otro hombre que no él; y aún esto mismo no lo hubiera conseguido en mucha parte á no ser los desaciertos del Representante y de su ejército, que venían como á servir de fomento á los planes de Goyeneche para inflamar en contrario los espíritus en el Perú, y confirmar lo que les decía en desprestigio, y á modo de réplica, á las predicaciones de Buenos Aires; pintándoles así que las intenciones de su gobierno eran muy otras de las que se decían por sus parciales y por sus papeles públicos. Y como fuera este hombre muy capaz en aquello de la política que enseña á conocer el corazón de los hombres y el manejo de sus pasiones, el caso fué que echó mano del ingenioso ardid de valerse del sentimiento localista de los peruanos, incitando celos contra Buenos Aires, á cuya revolución y su avance presentó y pintó con tal habilidad, que hizo aceptar por la opinión como una amenaza de dominación extranjera, en el sentido de que los peruanos iban á ser sometidos y dominados por los porteños.

Llamó, así, á las armas á aquellos pueblos también en nombre de su independencia amenazada; y despertando de este modo, en contra de Buenos Aires, el sentimiento nacional en cuanto pueda decirse. Muy luego fueron ópimos los frutos recogidos; porque, pintadas y explicadas así las cosas se halló diestramente heri-

do el amor propio y el orgullo del Perú, que se consideraba y tenía como el padre generador de los demás pueblos; el que con su cultura, y sus adelantos literarios y su civilización, no contaba rival; y tenía sus riquezas por fabulosas así en el oro y demás metales preciosos que atesoraba el seno de sus montañas, como las que arrancaba de la tierra el cultivo ordenado en todas sus comarcas; y era su comercio poderoso; florecientes sus industrias; su nombre contado por Europa como maravilla del mundo; y, dando cima y remate á todo esto, tenía aquel rango que, desde siglos remotos, antes que Pizarro abriera sus puertas á la corona de Castilla, gozaba de ser el primero y principal en el mundo americano. Por lo tanto, aquella pretensión de Buenos Aires levantó la indignación de aquellos hombres; y qué no, si para el Perú apenas hacía setenta años, en aquella lejana aldea, metida entre su río y las pampas, las mejores damas no habían tenido más que enaguas de *tucuyu* y su mercado había carecido de moneda para los cambios diarios; y sus hijos, los porteños, habían vivido sin colegios y, hasta la fecha, sin Universidad, alimentados sólo con el contrabando y sin más comercio y riqueza que los que podían sacar del sebo y de los cueros. ¡Y eran éstos los que ahora, ensoberbecidos por haber vencido á los ingleses con las armas, querían dominar el continente, encabezando á todos esos otros pueblos de su dependencia, que no eran otros que los gauchos, arrieros de bestias, que año á año se las introducían para el transporte, vivientes fronterizos del desierto, masas plebeyas, de un nivel de ilustración y prosperidad tenido por escaso é inferior, «destinados á vegetar en la obscuridad y abatimiento,» como lo había dicho ya Abascal en su proclama!

Más sagaz y afortunado que Castelli, mientras éste se enajenaba la voluntad de la nobleza, que era la clase más poderosa en aquel tiempo, para buscar la amistad de la chusma y de las clases viles, á fuer de demócrata y apóstol de las modernas ideas, sin

comprender su método de aplicación, Goyeneche llamó á la aristocracia, muy abundante y poderosa en las provincias de Puno y el Cuzco, como á su principal auxilio; y para darle mayor fuego á la enemistad antiargentina, y mostrar que era la causa del Perú la suya, dió á la nobleza peruana, con notoria preferencia, el mando de los cuerpos del ejército y demás cargos y misiones de importancia, en que, uniendo el sentimiento por la patria al del honor y vanagloria personal, los interesaba á su bandera con un doble lazo de adhesión. Fuéronle muy eficaces para esto sus lazos de familia, y mucho podría también este amor á los suyos para una tal determinación, como que estaban por allí, entre otros, sus primos Barreda y don Pío Tristán, á quien confió la jefatura de su estado mayor; y también sus dotes personales, que lo hacían muy apto para salir airoso de esta clase de empresas, pues era Goyeneche hombre de porte afable, de modales finos, disimulado y artero, de maneras insinuantes y de elocuencia interesantísima; y tenía lo que era necesario complemento de todas estas prendas: «el conocimiento práctico del genio y carácter de sus paisanos.»

Aunque todo esto ya era bastante para ser dueño de una fuerza formidable, pues tenía hombres, riquezas, armamentos, que le suministraba incesantemente Abascal, opinión y grande entusiasmo, esa alma vivificante de las revoluciones, vino la estrella de su fortuna á ser con él tan generosa que le ofreció la multitud de desaciertos y abusos de Castelli y los suyos en el Alto Perú por nuevo elemento de poder y popularidad.

El inteligente caudillo supo como nadie sacar de tales circunstancias los más pingües beneficios, pues tomando especialmente los desafueros que se cometían contra la religión y el culto, hizo predicar una cruzada contra la herejía desde las pastorales de sus obispos, desde los púlpitos y los confesonarios que frecuentaban todas las tropas y la población sin resta alguna; arma terrible con que fanatizó por la causa de Dios profundamente sus soldados; y trans-

formando la guerra civil y de interés mundano y pasajero en una guerra religiosa en que se hallaba comprometida la salud eterna de las almas, dió é infundió á los suyos la fuerza que aún les faltaba, el fanatismo religioso, y con tal grado de intensidad, que hasta el último soldado de sus tropas estaba dispuesto antes á morir que á dejarse dominar por los *herejes*, nombre que se hizo sinónimo de *porteños* y tenido por distintivo de odio y de maldición. [1]

Ni se olvidaba tampoco, en medio de estos trabajos políticos, de lo que hace á la parte esencialmente militar porque el campamento de Zepita se transformó muy luego en verdadera escuela de guerra, siendo allí todo movimiento y actividad, donde se instruían y ejercitaban en los problemas del dios Marte jefes y soldados, con el más decidido empeño y la constancia que inspiraba y sostenía un ardiente sentimiento y la energía de su jefe. A todas horas aquella gente estaba ocupada de los quehaceres del oficio; y, pasando á mayor escala, se efectuaban hasta simulacros de guerra, con los que quería transformar en guerreros de calidad aquellos hombres que jamás habían conocido los campos de batalla, y que ahora se los destinaba á batirse nada menos que con los que venían con el orgullo de haber vencido á los ingleses y en Suipacha, recientemente, á sus paisanos y amigos, y cuya soldada era numéricamente superior. Goyeneche personalmente inspeccionaba y dirigía estas operaciones, secundado muy eficazmente por los coroneles don Juan Ramírez y don Pío Tristán; pero en medio de aquella marcialidad que ostentaba el campamento, algo había que era en él propio y original; porque allí, y más que todo entre la tropa, no se hablaba más que el quichua, aunque varios de estos individuos sólo se daban á entender en una jerga de

(1) Cuenta el general Lamadrid, en sus *Memorias*, al referir la batalla de Salta, que se dió con un soldado de Tristán, que no lo conocía.—«¿Es usted porteño? le dijo Lamadrid para descubrirlo. ¿Porteño? le repuso el peruano. ¡ni Dios lo permita! Allí está mi guerrilla, que es la que está peleando; lléveme usted allá y verá que soy *cristiano* y no *porteño*.

tinte castellano; calzaban sus soldados la hojota, especialmente la infantería, y un calzón de lana hasta la corva, dejando libres y al aire sus pantorrillas de cobre obscuro; y eran en su gran parte naturales del Cuzco, y los demás de Puno y Arequipa; gente toda sufrida y mansa, frugal en sus goces, obediente y dócil por sistema. El campo carecía de cuarteles; pero la tropa estaba bien abrigada bajo sus tiendas de campaña que, aunque levantadas sobre húmedo terreno, no era éste dañoso á la salud. Había, por fin, allí abundancia de víveres, de dinero y de forrajes.

Y aún queda por decir que al mismo tiempo que así Goyeneche afianzaba en la popularidad la causa real y crecían en vigor y número sus fuerzas, venía en ayuda suya, como que todo se le presentaba propicio y como por encanto, hasta el decaimiento que comenzaba ya á notarse en el primitivo entusiasmo que había causado la llegada y triunfo del ejército de la Junta en uno y otro Perú. Todas estas circunstancias, pues, habíalas sabido explotar Goyeneche con tan suma habilidad que excedió á los cálculos que se tuvieron, y dejó «atónito al mismo virrey Abascal»; como que en el espacio de nueve meses había logrado afirmar la opinión pública; interesarla hasta el fanatismo por la causa del Rey, presentada por él como la de Dios y de la patria; levantar, organizar y disciplinar á toda satisfacción unas tropas que por la primera vez conocían la vida militar, y elevarlas á la categoría de un ejército en toda regla, con una artillería de veinte cañones y un total que excedía de ocho mil hombres de línea. (1)

XX

EL EJÉRCITO DE CASTELLI Y SU AVANCE SOBRE EL ENEMIGO

Propio será ahora fijemos la atención en el olvidado ejército de la Junta que había quedado en Poto-

(1) Puede verse sobre la creación del ejército de Goyeneche á TORRENTE: *Obra* citada, tomo I, página 176.

sí, luego que el Representante, llevándose al general en jefe, pasó á ocuparse en Chuquisaca de las tareas administrativas, dando como por terminada la guerra.

Cualquiera imaginaría, ciertamente, que un ejército con ínfulas de veterano en su núcleo principal y que le correspondía serlo por el tiempo de sus servicios; que subía con aire y en marcha guerrera desde Buenos Aires, y librado dos acciones, triunfando en una de ellas completa y brillantemente, fuera un ejército regular en toda la acepción táctica de la palabra; y, sin embargo, no era así; porque si bien Balcarce había implantado el sistema del ejercicio doctrinal mañana y tarde y no perdía medios de mantener la disciplina y subordinación, y se celebraban conferencias propias para el aprendizaje de la gente de espada, presidida por los jefes, era tal el desgobierno y falta de método en el conjunto, que carecía de formación, hasta que, trasladado á Oruro, comenzó su segundo jefe, Viamonte, á darle el arreglo conveniente. (1)

Cuando el 9 de Enero de 1811 el general Viamonte emprendió su marcha á Oruro, contaba bajo sus banderas de ocho á diez mil hombres, dispuestos á marchar sobre el enemigo; los contingentes de todos los pueblos habían levantado hasta esta cifra el número de combatientes por la Junta, que en adelante debían duplicarse; y como eran muy ricas y provistas de los menesteres para la subsistencia aquellas provincias, el gobierno había dejado al solo cargo de ellas el sostén de las tropas y de la guerra. No era sólo el numerario que se sacaba de la Casa de Moneda de Potosí, donde se acuñaba el oro y la plata de las minas de aquel punto y del de Oruro, y el que provenía de las confiscaciones, contribuciones forzosas y multas que se imponían, sino también el de los donativos patrióticos y voluntarios con que

(1) *Archivo General*, citado, tomo VI página 238.

llenaban sus arcas todos los pueblos; las armas para la dotación de las nuevas tropas se recogían de todas las ciudades y aún se registraban las de propiedad particular y del comercio, para en caso fuera necesario echar mano de ellas, como asímismo las piedras de chispa para encender la pólvora en los fusiles; los productos, en fin, de la tierra por donde transitaba nutrían la despensa del ejército. (1) Buenos Aires, de esta suerte, quedaba libre para aplicar su poder en defenderse contra el enemigo que por Montevideo y el Paraguay la amenazaba de más cerca, mientras entregaba á la confianza de Castelli y al generoso patriotismo de los pueblos interiores la salvación de la Patria por el norte.

XXI

ARMISTICIO DE LAJA

Después de aquel tiempo tan lastimosamente perdido en Chuquisaca, recién cayó en la cuenta el Representante de que era necesario atacar al enemigo y protejer los levantamientos del Perú. Renovando, pues, las operaciones militares, ordenó el movimiento del ejército de Potosí á Oruro, en cuyo punto se incorporó á él con el general Balcarce. Esto era en el mes de Marzo de 1811, y á principios de Abril siguió su marcha adelante, pero con suma lentitud, haciendo, después de Potosí y Oruro, nuevo descanso en el pueblejo de Laja, que estaba asentado en las cercanías de La Paz, y en el camino que va por ese rumbo al Desaguadero.

Al acercarse á esta última ciudad salió su Cabildo en corporación á recibirlo y cumplimentarlo; dando esto ocasión á que se le ofreciera por el vecindario un caballo ricamente enjaezado, con los apres-

(1) *Bando de Castelli*, citado, de 5 de Enero de 1810.—NUÑEZ: *Obra* citada, página 222.

tos de oro, así como una llave también del precioso metal y como símbolo clásico de la entrega de la ciudad, obsequio que el doctor Castelli se negó á aceptarlo dando muestra con ello de su probidad. [1] En este punto permaneció el Representante algunos días, fijándose el cuartel general en Laja, á cargo de Balcarce.

Las noticias de este movimiento de avance sobre Goyeneche, que aún no se hallaba en estado de resistir, volaron, con la celeridad infundida por el peligro, al campo de Zepita y á Lima. Abascal tembló. La suerte de la causa española volvía á estar en peligros mortales, y en aquella hora aparecía imposible salvarla con los solos elementos que se tenía en las manos; porque en vano en sus talleres de cañones y en su escuela de artilleros se trabajaba noche y día bajo la dirección del tenaz general Pezuela; en vano los demás cortos auxilios de hombres, de armamentos y municiones se tocaban por mil partes; el hecho era que Goyeneche no tenía su ejército en buen pie todavía, ni había dado término á la concentración de sus recursos, á extremo que, en tales circunstancias, un choque con el ejército de la revolución, que se movía, al parecer, con la enorme cifra de veinte mil hombres, debía dar en tierra, según era la convicción general, con las últimas esperanzas realistas.

Pues bien, y en tamaños apuros, no tuvo más el afligido Virrey que echar mano de una treta de naturaleza tan débil que no podía ofrecerle mayores ilusiones, pero que tenía, á más no poder, la probabilidad que le es inherente al acaso. Y como quien ve á un niño travieso en vías de cometer peligrosa temeridad, y cruzándosele por medio del camino lo ataja en sus proyectos, contándole con semblante acomodado cuentos rajados y como venidos al pelo; así, Abascal, queriendo explotar y sacar provecho de la simpleza del Representante y obtener de su can-

---

(1) *Archivo General de la República Argentina*, citado, páginas 148, 159 y 160.

dor todo lo que necesitaba, le fraguó un nuevo y apropiado negocio, y se lo echó al paso para que lo entretuviera, conteniéndolo en su marcha, mientras él completaba sus preparativos y ganaba tiempo para poner en manos de Goyeneche todo el cúmulo de sus recursos.

Movió con tal propósito, y por cuerdas reservadas, al Cabildo de Lima, como representante que era é intérprete de los sentimientos é intereses de su población que, desde tiempo atrás, había hecho ya oir sus clamores, pidiendo la paz con Buenos Aires.

Explotando, pues, estos anhelos de la opinión pública, que tanto se dolía de los trastornos y pérdidas que iba á acarrear una guerra civil entre pueblos tenidos hasta entonces por hermanos y tan vinculados por el comercio y demás comunes intereses, hizo que el ayuntamiento tomara cartas en el asunto. Una vez que el ejército de Castelli comenzó á moverse con rumbo al Perú para reanudar de nuevo las hostilidades, vió presentada la hora oportuna y deseada; y el Cabildo, alarmado con estas noticias y los trabajos de los agentes de Abascal, se reunió por más de una ocasion y pidió permiso al Virrey para ser mediador y árbitro de paz entre el Perú y la Junta de Buenos Aires. El Virrey, que no otra cosa apetecía, hizo como que cedía á la súplica, y habilitado el Cabildo entonces, quiso obtener para sí gratísima honra renovando la antigua misión de los faciales romanos que evitaban las guerras injustas yendo, antes del combate, á pedir ó á ofrecer las satisfacciones que eran legítimas; y dirigióse á la Junta en sus oficios pidiéndole no se librara á la suerte siempre lastimosa de las armas el arreglo de las diferencias que se chocaban y que venían del antiguo orden de cosas y de las aspiraciones nuevas; y que, al parecer, constituían ellas todos los propósitos de estos movimientos y trastornos de Buenos Aires.

Por lo menos, hasta que las ansiadas paces se compusieran, la suspensión de las hostilidades era

su prólogo necesario; ganancia que era la única que con todo esto se proponía de veras el astuto virrey del Perú. Como mostrar seguridad y garantía de que no era por temor y vano artificio la proposición de un posible avenimiento, lo encontraron los arteros realistas en unas circunstancias muy graves y muy públicas que por aquel entonces tenían lugar y que venían tan á propósito para base de la tramoya. Era que por ese tiempo funcionaban las cortes de Cádiz, convocadas en 1810 para salvar de sus aflicciones la monarquía; y los diputados de muchos de los reinos y provincias de América que asistieron á ellas, aceptando su legitimidad, habían propuesto las exigencias de los pueblos americanos, condensadas en unas once célebres proposiciones, el 16 de Diciembre de 1810. El Cabildo limeño daba arranque á su mediación entre los beligerantes, manifestándole á la Junta que obraba conforme á los avisos que desde Cádiz le dirigían los diputados de América y acompañando la copia de aquellas proposiciones; y además, que teniendo conocimiento de las ocurrencias del Río de la Plata, se empeñaban por lo mismo con el gobierno de Lima para que compusiera las paces, ofreciendo para ello condiciones ventajosas para todos y anunciando promesas halagadoras en cuanto á franquicias comerciales y á los derechos con relación á la política, á lo económico y administrativo, entre estas, la de partirse por mitad los empleos entre americanos y españoles.

Y como, según lo relacionado, estaba ya en tela de juicio en aquel congreso, que se atribuía carácter nacional, el mismo negocio por el que aquí se reñía, era de razón se aguardara su fallo y quedaran en suspenso hasta tanto las hostilidades, llegándose á una justa y necesaria tregua.

Esto mismo que oficiaba á la Junta lo comunicó el Cabildo al doctor Castelli; pues hallándose á las puertas del Perú y á más de setecientas leguas de Buenos Aires, donde residía la Junta, burladas quedarían, por cierto, todas estas esperanzas de arreglo

si no se le notificaba lo acordado y se lo hacía por ello detener su paso; por lo que se le hacía saber había trato pendiente con su gobierno, y que, hasta tanto, correspondía á una buena conducta abstenerse de todo procedimiento.

El parlamentario realista se avistó con el doctor Castelli en el campamento de Laja; y como si la proposición viniera del virrey del Perú, que era el jefe superior del gobierno y del ejército, y no obstante que el Cabildo sólo era un tercero mediador de buenos oficios, el Representante lo tomó cual si se tratara de parte á parte; pensó que la inveterada intransigencia española accedería en el tratado de Cádiz á abdicar sus privilegios y aceptar á la América por un igual de España, y por iguales también y entre sí, los hijos de una y otra tierra, cuando estaban aún resonando en sus oídos las confesiones de todo lo opuesto, hechas por el obispo de Buenos Aires, y que él tuvo que rebatir en el debate del 22 de Mayo, y por las cuales, mientras hubiera un español en el mundo, aunque España desapareciera, á él correspondía el derecho de mandar á los americanos. ¿Por ventura ya se olvidaba este hombre lo que hacía tan poco había proclamado oficialmente en sus manifiestos Abascal, y con lo que de continuo le daba en rostro el doctor Moreno desde la GACETA, eco inmortal de la América libre, de que los argentinos sólo eran hombres destinados por la naturaleza para vegetar en la obscuridad y abatimiento? ¿Y no había llegado, acaso, á noticias suyas que en esas mismas cortes de Cádiz, el furioso Conde de Toreno no sabía en qué clase de animales colocarnos, y preguntaba si en América había hombres?

Pues no obstante todo esto, el doctor Castelli prestó su fe y dió entero crédito á las falaces arterías de los enemigos, cuyos cuentos de lo de Cádiz resultaron no ser más que embustes para perderlo, y el 13 de Mayo contestaba aceptando lo propuesto; siendo él en persona, para colmo de desatino, quien propusiera á Goyeneche un armisticio de cuarenta días

y ordenara al general Balcarce, que ya tenía su vanguardia en Tiayhuanaco, suspendiera toda operación militar; con lo cual venía Castelli á superar los cálculos que se había trazado Abascal con tan traviesa comedia, pues aquí casi parecía el Representante un instrumento suyo! Goyeneche se apresuró á aceptar lo propuesto de la tregua, pues no otra cosa deseaba, y el virrey Abascal, cuando supo el espléndido resultado de sus astucias, sin duda que debió dar rienda suelta á la risa, risa de satisfacción y desdén, como se ríe el jugador cuando, yendo perdido, turba al adversario con ingeniosa combinación y le gana la partida.

Una vez, pues, caído en las redes tendidas su rival, fácil le fué al virrey de Lima terminar sus preparativos, especialmente en la corrección de la artillería, al mando de Pezuela, y enviar todos los recursos y refuerzos á su general.

Y no estaba en esto todo el error, ni era en esto que mostró su incapacidad y ceguera el Representante. Había sucedido que mientras perdía el tiempo en Chuquisaca, Goyeneche, libre y sin á quien temer por el momento, había pasado el río Desaguadero, límite entre los dos virreinatos, y ocupado con sus tropas y fortificaciones el cerro de Vilavila, que quedaba á esta banda del río y, por tanto, dentro del territorio del Río de la Plata. Esta montaña guardaba la entrada del Perú, pues era como un centinela que se alzaba en medio de los dos caminos que conducían á aquel país, corriendo por sus laderas, el de Huáqui por el costado norte, y el de Jesús de Machaca, por el costado sur. Goyeneche, conocedor del país, y con el ojo inteligente que tenía, lo fortificó y guarneció con sus fuerzas en el centro y en ambos sus costados, haciéndose dueño, de este modo, de lo que venía á ser como la llave del Perú. Al término de esta serranía se daba con el río Desaguadero, tranquilo y profundo, que corría de norte á sur y que sólo tenía para su paso un solo puente, que, con la posesión del Vilavila, venía á quedar en el

centro precisamente del campo enemigo y, por tanto, en poder suyo. Dueño así de estas posiciones estratégicas, tranquilamente estudiadas y elegidas, y sentada una de ellas en territorio argentino, quedaba en su poder, como quien dice, el zaguán de entrada de la casa ajena, para introducirse en ella á su antojo, sorprendiendo con más facilidad sus moradores.

El doctor Castelli no se afligió mucho por esto y, llevado por su ligereza y atolondramiento natural, como por su falta de perspicacia y penetración de las cosas, que era otra de sus más notorias flaquezas de espíritu, ratificaba la tregua el 16 de Mayo, sin protesta alguna, aceptando y respetando esta posición de Goyeneche, que era como entregar la patria al enemigo, y por el solo y ridículo pretexto de «ser penosa la traslación» á otro punto, alegado por su rival. [1]

XXII

EL CAMPAMENTO DE LAJA—LASTIMOSO ESTADO DEL EJÉRCITO—OFENSAS Á LA RELIGIÓN

Tampoco en el ejército se comprendió este lamentable error, ni aún se lo echó de ver. La presuntuosidad y fanfarronería de su oficialidad hicieron que cayera en las mismas redes envuelta que sus jefes, pues tomó las propuestas del enemigo y el armisticio estipulado como muestras vivas de cobardía y flaqueza; confortándoles más la fantástica creencia de que la victoria era una cautiva suya, y que vencerían á Goyeneche «aún contra la voluntad de Dios», como lo llegó á proferir hasta el mismo doctor Castelli. [1]

Con esto, jefes y oficiales entregáronse á la más

(1) Puede verse para todo esto las obras de Torrente y de López, citadas.

(1) *Archivo General*, citado, tomo VII, página 127.—CAMBA: *Memorias*, tomo I, página 56.

absoluta confianza, dejando suelta la rienda á las pasiones y apetitos más desordenados. Y sucedió que detenido, como había sido, por estos motivos en su marcha de avance el ejército, y en virtud del pacto, vióse obligado á hacer larga mansión en Laja, donde Castelli había fijado su cuartel general y establecido el campamento. Aquí, pues, todos ya reunidos y alejados de los centros cultos, cuyas miradas y protestas les estorbaban, y grandemente debilitados los lazos de la moral y la disciplina, convirtióse el campamento de Laja en lugar célebre y recordado por generaciones como padrón de escándalo y vergüenza; porque habían las buenas costumbres llegado á tal extremo de disolución, y la relajación de la disciplina abierto tales y tan anchas puertas á la licencia, que en vez de ser el lugar propio del honor, de la corrección y del buen ejemplo, que dignificaran y enaltecieran con las virtudes las banderas de la revolución, se transformó, bien al contrario, en la sentina de los vicios y en el foco de la más bochornosa licenciosidad.

Las diversas secciones en que se encontraba dividido el campamento, no fueron más que otros tantos puntos de feria para los mercaderes y divertidos de la región, con libre entrada y salida para toda clase de traficantes, varones y mujeres, y así en lo que es común y lícito entre los hombres como en lo prohibido y condenado por las leyes y sanas costumbres, y en donde se bailaba, se jugaba, se cantaba y se bebía». [1] Por tanto, los menos exagerados de aquella porción de la oficialidad eran los que abandonaban de todo en todo sus atenciones y deberes en sus inferiores, y se ocupaban sólo de ganar dinero á los dados ó á las cartas, y en gastarlo con la soltura de lo que poco cuesta, y en vivir de la manera más agradable y muelle, y en tener odaliscas á su agrado.

---

(1) Núñez: *Obra* citada, página 287.

No contentos con pasar así las horas, entregados indignamente á la diversión del juego, del baile, de la embriaguez y del amor, y demás liviandades propias de un campamento en desorden, aquellos traviesos inconsiderados de la legión porteña, arrastrando á su cola otros disolutos, insaciables todos de locuras, tomaron allí, más que en parte alguna del Perú, la antigua religión del país por su cuenta, y se prepararon y propusieron, á fuer de despreocupados, como se decían, y de más ilustrados, y de reformadores, á echarla por tierra como fruto del error, de la ignorancia y de la tiranía; manía y arbitrario empeño en que entraban, haciendo cabeza, los mismos representantes del gobierno, alzando un fanatismo contra otro fanatismo; pues que eran hombres de puro entusiasmo pero de muy escaso tino político, incapaces de distinguir los signos que ya se alzaban precursores de la próxima reacción, y ganosos, sin embargo, de conciliarse la benevolencia de aquellas poblaciones y el apoyo de la opinión por la causa de su bandera. (1) Y como aquella juventud de Buenos Aires fuera por aquel entonces tan poco instruida en la fe y nada temerosa de Dios; y llevara, además, lleno el espíritu de las ideas disolventes contra el antiguo orden instituido, que había propagado la revolución francesa, y que por aquí se las hacía propias, por aquel vano espíritu de imitación que es hasta hoy achaque muy particular nuestro,—muchos de estos oficiales, más dados á la parla filosófica, siguiendo este orden de ideas en moda, se producían haciendo libre ostentación de su materialismo (1). Empezaron esta cruzada, diríamos antojadiza, «imputando á ignorancia y crimen de nuestros padres que nos hubiesen legado una religión como base de la sociedad

(1) «Los saavedristas (desde el ejército) escribían á la capital todo esto, atribuyéndolo al mal ejemplo del Representante, á quien personalmente imponían las notas de dilapidación, de herejía y aún de una sensualidad que la hacían rayar en el escándalo.» NÚÑEZ: *Obra* citada, página 287.

(2) CARRANZA: *Archivo General de la República Argentina*, citado, tomo VII, página 178.

civil y doméstica, confundiendo los principios religiosos que nos había transmitido la metrópoli, y que servían de contrapeso al coloniaje, con los principios políticos de este sistema, á cuya destrucción y reemplazo con los de libertad, debieron haber limitado sus nobles esfuerzos». [1]

Siendo, pues, estas faltas propias de los mismos jefes, y dando ellos el ejemplo de manera tan alarmante y desembozada y pública, nada era ya que la oficialidad y gente inferior lo hiciera, á su vez, imitando con ventajas. Y como en ocasiones tales suele la mirada pública y el dedo de la sociedad marcar á la cabeza como autor y responsable, en suma, de lo que califica por escándalo y atropello, echaron tales culpas, y en lo más grave, sobre la frente de Castelli; y en su deducción, la extendieron los enemigos también hasta la Junta, que tan distante estaba de ello. Llamósele al Representante *el ateo y el impío Castelli;* presentaron á la revolución como cruzada de la herejía, y á la Junta por infernal conciliábulo contra Dios y la fe de los pueblos. En vano fué que las personas bien intencionadas, que los hombres graves, que miraban con dolor y amargura el comprometimiento á que se llevaba la causa de la libertad por semejantes caminos y tales despeñaderos, intercedieran y elevaran sus denuncias y sus quejas para que tamaño mal cesara y se diera satisfacción á la opinión; y en vano que los capellanes del ejército llegaran hasta pedir su retiro, no pudiendo ya más; porque el doctor Castelli daba oídos de mercader á sus clamores, sin que se le viera tomar medida de ningún género para castigar ejemplarmente los abusos que se cometían; que cuando más, legó, en cuanto á esto, á dar sólo ligeros consejos, reprimiendo con alguna seriedad solamente los agravios inferidos á las personas del clero. [2]

---

(1) ZUVIRÍA: *Obra* citada. Introducción, página IX.

(2) CARRANZA: *Archivo* citado, tomo VII, páginas 143, 216 y 247.—NÚÑEZ dice: «Si el Representante no prescribía; toleraba al menos estos extravíos.» *Obra* citada, página 287.

Dando, pues, un preferente lugar á la materia religiosa, para solucionarla por la lógica brusca del militarismo, se propusieron demostrar á aquellos pueblos sencillos de indios lo absurdo de la creencia católica y aun cristiana, para que todo lo que á este respecto existía cayera y pasara para siempre, sin edificar en su reemplazo nada. Tema fué este obligado, por decirlo así, en el campamento; y se lo trataba con tal audacia y con tan repugnante cinismo, escarneciendo de tal manera las cosas y las creencias más venerandas de los cristianos, que se hubieran, sin duda, escandalizado de ello aun los librepensadores de profesión á haberlo presenciado; supuesto que la cultura obliga á respetar las creencias de los pueblos y aun hasta las preocupaciones de los hombres.

Porque estaban dotados estos destructores del pasado de aquella indiferencia cosmopolita para todas las creencias religiosas, menos para la que en su país reinaba; sed de acabamiento y destrucción que la tomaron de los ejemplares dados por la revolución francesa, con esa enemiga fanática contra el catolicismo, también tomando en esto odios prestados, pues en el país argentino el clero no había tiranizado, y, á la inversa, grandes beneficios se le debían; odios y rencores que suelen ser flaquezas muy frecuentes en los espíritus ligeros y superficiales, que nunca han penetrado el fondo de las cosas, y que más son sectarios que pensadores; por lo cual aquella oficialidad, que no venía por cierto de los colegios, ni había pasado su espíritu por la saludable atmósfera de una biblioteca, sólo era atea de oídas y enemiga de la iglesia reinante, buena ó mala, y aun de Cristo, por oídas también.

Ahora bien; como toda aquella región, desde La Paz al Desaguadero, estaba sembrada de pueblejos y caseríos, todos ellos de indios, tomaron por diversión y entretenimiento el ir á convertirlos, no á una nueva fe, pues ningún credo profesaban ni rendían á Dios clase alguna de culto, sino á la negación de toda creencia, limpiando el alma de toda fe religiosa, ex-

plotando para ello la sencillez de aquella gente rústica. Y estos misioneros, nuevos musulmanes que salían á predicar en contra de los ídolos, como dieron en llamar á las imágenes de Cristo y los bienaventurados que honraba el culto católico, y á los símbolos y reliquias de fe, dando lecciones vivas, hacían quemar las cruces por manos de sus mismos neófitos, como para que vieran aquellas pobres gentes como aquello que tanto adoraban y temían, ni era cosa de quien esperar favores ni de quien aguardar castigos; lo que llegó á practicarse aun en la misma ciudad de La Paz; (1) y mientras unos, haciendo remedo de los escándalos con que los demagogos y las turbas de París mancharon la revolución francesa, iban á los templos de aquellos pueblos devotos y cometían en ellos, con asombro de los circunstantes, sacrilegios que infundían lástima y horror, revistiéndose con los ornamentos sacerdotales, llegándose á los altares y cantando la misa con el descaro y la audacia de una mofa carnavalesca; otros había que trepaban á los púlpitos, para rematar la ceremonia, echando por la lengua cuanta mofa y ataque y blasfemia se les venía en antojos dar á luz y pudiera caer contra la religión, contra sus dogmas, su culto y sus ministros. Y lo más lastimoso y perjudicial al crédito de la revolución y de sus armas era que tales excesos, nunca vistos ni oídos por aquellas regiones, lo fueron cometidos por los que eran la autoridad misma y representación del gobierno de la Junta; como que en la iglesia de Laja ocupó para tanto el púlpito el doctor Monteagudo, secretario del doctor Castelli; y el *sermón de Viacha*, predicado por el representante Castelli en persona, se recordaba aún después de sesenta años en las sociedades del Alto Perú con indignación y escándalo. (2)

(1) NÚÑEZ: *Obra* citada, página 287.

(2) NÚÑEZ: *Obra* y lugar citados.—ZUVIRÍA: Id. No menciona el doctor Zuviría, contemporáneo de estos sucesos, el nombre del autor del *sermón de Viacha;* pero al decir que fué pronunciado *por uno de nuestros primeros hombres*, casi no queda duda que lo fué el doctor Castelli.

—«Fueron infinitos los desacatos que se hicieron contra los signos de nuesra santa religión», dice el historiador TORRENTE: tomo I, página 180.

¡Y en dónde se iban á hacer aquellas innovaciones y de qué manera se emprendían! Porque es bueno recordar que la clase noble y demás gente principal, que era el elemento pudiente, como así mismo las clases bajas de la sociedad, eran católicas sin discrepancia; y tan escrupulosas y creyentes que nadie se pasaba sin la misa en los días de precepto, ni dejaba de allegarse á los confesionarios; ni quebrantaba jamás el ayuno de cuaresma y demás días de vigilia; ni dejaban de ser asiduos concurrentes á las procesiones y grandes solemnidades del culto, recibiendo todo de la mano de Dios, así los favores y días afortunados como las mismas desgracias y padecimientos; los primeros como largueza inmerecida de su misericordia, y lo último como justo castigo de sus miserias y culpas de pecador. No era, pues, ni prudente ni justo herir la población en lo más delicado de sus afectos; y esto era más grave en Castelli, más que las reformas que iniciara su audacia política, porque el elemento clerical á quien más de lleno y directamente se ofendía y desafiaba, era poderosísimo en América por su número, por su ilustración, por su fortuna, por la posición social de sus miembros, y, sobre todo, por su gran influencia en la población; de suerte que, enajenándose tan gratuitamente su voluntad, se acarreaba y echaba sobre la suerte de la Patria el más formidable enemigo.

El clero, «desde Méjico hasta el Cabo de Hornos, representaba un poder inmenso por la influencia que tenía en todas las clases sociales, especialmente en el pueblo ignorante; por las colosales propiedades y fortuna de que disponía, y por el considerable personal que lo componía. Basta saber que está calculado en cincuenta mil individuos los que formaban la iglesia americana en 1810, sin contar las personas que de ella dependían por muchas causas; y que la sola iglesia de Méjico percibía anualmente de renta la enorme suma de cuarenta y cinco millones de pesos fuertes.»

Quien, pues, contara con su poderoso apoyo tenía

en mucho asegurada la suerte de su causa; y no obstante que casi todas las altas dignidades de la iglesia eran servidas por prelados españoles, muchos de ellos, en los primeros días, se habían declarado por la Junta.

Pues bien; Castelli fué á herir á los pueblos en sus sentimientos más caros. Alejandro, muy al contrario, dos mil años antes y aún tratando á pueblos enemigos, obró con sabiduría sacrificando en honor de los dioses ajenos, en quienes él no creía; respetando sus costumbres, y dejando en manos de los hijos del país el gobierno civil, todo lo cual, por desgracia nuestra, no acertó á imitar el representante de la Junta. Porque si lo eran, en su concepto, malas las creencias de los pueblos, así en religión como en el orden social; es decir, si creía que la religión católica y su culto eran tela de absurdos y teatro de mogigaterías, y las costumbres y leyes sociales contrarias á la absoluta igualdad que él predicaba, no podía, por razón ni por justicia, imponer otras al pueblo; ni menos era aquella su misión, pues si los pueblos las profesaban y las tenían por buenas, debió respetarlas, él el primero, si encabezaba una cruzada contra la fuerza y la tiranía; debió hacerlo aunque no las tuviera, y aunque no fuera más que por decoro personal y buena educación, pues era huésped en aquellas sociedades.

Pero Castelli, á fuer de despreocupado, dió al traste con las cosas religiosas, dejando pasar toda clase de escándalos y atropellos contra ellas, si acaso no los cometía él mismo, ó no les daba su beneplácito.

Muy de otra manera procedieron los genios y los grandes hombres de estado en ocasiones como aquellas, y aún en otras más complicadas y difíciles. Por política, aunque no creyeran en sus dogmas y supersticiones, Alejandro y Napoleón se vieron obligados á hacer reverencias y prosternarse ante los dioses y las creencias más ridículas que hallaron en el Asia el uno, y en el Egipto el otro, sólo por el respeto debido á los pueblos y á aquello que constituía los más hondo y delicado de sus sentimientos; y en

esto mostraron, tanto el uno como el otro, que estaban en posesión de las luces del genio; y que eran, por tanto, hombres de estado y habilísimos propagadores de una causa, buscando con afán el apoyo de la opinión.

El representante Castelli, por el contrario, sin tener que tratar con un pueblo inferior en civilización á la que él representaba; pues si el Asia y los mamelucos fueron ignorantes y bárbaros ante Alejandro, el discípulo de Aristóteles y los maestros griegos, y ante Napoleón, el hijo brillante de la Francia moderna; Castelli, ante las sociedades del norte del virreinato, ante Chuquisaca, sol de la ilustración de aquellos días, donde pocos años hacía él no había descollado del obscuro montón de estudiantes de leyes; con la religión y la moral y los principios filosóficos y costumbres seculares de la ilustre raza latina, eran por el temerario procónsul heridos en lo que más por su herencia y tradición de gloria tenían, y sin que el déspota heresiarca pudiera presentar ninguna causa tan poderosa que lo disculpara siquiera, ya que era imposible la justificación para el atentado.

XXIII

DESQUICIO Y ANARQUIA EN EL EJÉRCITO — CASTELLI CONSPIRA Y SE REBELA CONTRA LA AUTORIDAD DE LA JUNTA

No pararon en esto las desgracias que afligían el ejército. La política, que es para la disciplina militar lo que el cáncer para el cuerpo humano, minaba lentamente su constitución; porque, á pesar de las ochocientas leguas que lo separaban de la capital, resonaban en él, como en la Plaza de la Victoria, los mismos ecos y las mismas pasiones que dividían la opinión y las fuerzas de los patriotas en la capital.

Dos corrientes, adversas desde Mayo de 1810, habían estado rompiendo la unidad en los miembros

de la Junta y llenando de crecientes tiranteces sus fracciones. El doctor Moreno, que había llegado á dominar la casi totalidad de sus colegas de gabinete, encarrilaba la marcha del gobierno por una política exaltada, de rigor, y de acción rápida y enérgica, haciendo del terror un elemento principal de poder; y el coronel Saavedra, que presidía la Junta, la resistía, queriendo, por el contrario, seguir una política de moderación y prudencia, contemporizando, y sin chocar ni herir la multitud de intereses con que la revolución iba dando á su paso.

Estos dos hombres representaban dos principios opuestos de política, y encabezaban, á la vez, dos partidos poderosos, enemigos también, en la capital. Y como los dos se hallaban en el seno del gobierno daban enfermedad á la cabeza, corriendo su mal, la anarquía, hasta el ejército, su retirado miembro. Aquí también, como en Buenos Aires, se partieron en dos bandos así jefes como oficiales y aun soldados; y, como en la capital, dieron en llamarse *saavedristas y morenistas*, que equivalía en política á moderados y exaltados, dividiéndose en dos cuerpos rivales el campamento. Castelli y Balcarce eran parciales de Moreno, y Viamonte de Saavedra. Produjose, de esta suerte, extraño fenómeno; que lo mismo que fraccionaba la unidad de la Junta, también la rompía en su ejército; pero si allá, en el gobierno, era mal lógico de su constitución y sin remedio, lo era imperdonable en el ejército cuyo conjunto estaba bajo el mando supremo de una autoridad en jefe.

En desquicio semejante, la anarquía cundió rápidamente cuando llegó la nueva de la caída del doctor Moreno del gobierno, y con él de su partido, el 6 de Diciembre de 1810; y crecieron las pasiones, exacerbándose y tomando fuego cada día más, cuando por Mayo de 1811 llegaron á Laja las noticias de otro suceso, como complemento de aquél, que era una nueva revolución, producida el 5 de Abril en Buenos Aires; la cual había separado de la Junta al débil resto que quedaba de los colegas de Moreno en

el gobierno, confinándolos á otros puntos del territorio; acontecimiento por el cual el bando exaltado de los morenistas, no sólo había perdido á su jefe, sino la situación, quedando completamente derrocado del poder. Los vivas y los mueras resonaban en el campamento ahora, con la misma libertad que solía hacerlo el pueblo congregado en la plaza pública; los clubs políticos de una y otra facción y sus conciliábulos se establecieron y funcionaban á toda luz, sin que tamaño escándalo fuera tomado como tal por los jefes del ejército. (1) Y no podía suceder otra cosa si el mismo Representante encabezaba esta anarquía y dirigía á uno de los bandos contra el otro, y aun contra el gobierno de quien dependía. Diseminaba él mismo, no solamente entre los jefes y oficiales, sino, lo que es peor, entre la tropa, mil iniquidades contra el gobierno de la Junta, con el objeto de infundir en todas las escalas del ejército una desconfianza y un recelo terribles, y para hacerlo servir, una vez sublevado, en los ulteriores designios de rebelión que tenía incubando y en proyecto, con el propósito de reponer á sus amigos y parciales en el gobierno. (2) Aquel amigo de los confinados por la Junta prefería los derechos de la amistad y las conveniencias de partido á los sagrados intereses de la patria.

Para esto propalaba las voces, que los más allegados suyos y del general Balcarce, y aun hasta los propios ayudantes de ambos las derramaban por el ejército, de que la nueva Junta, compuesta ahora de Saavedra y de todos los diputados de las provincias argentinas, de Jujúy abajo, incorporados ya al gobierno, maquinaban nada menos que de entregar el país á doña Carlota de Borbón, la hermana de Fernando VII, que estaba en el Brasil y á quien servía el general enemigo Goyeneche; calumnia atroz y negra,

(1) NÚÑEZ: *Obra* citada. 257.

(2) NÚÑEZ: *Obra* citada, página 272. —SAAVEDRA: *Autobiografía*.

que era dicha á voz pública por la oficialidad y la soldadesca del bando caído. [1]

Los amigos de Saavedra, á su turno, daban en su correspondencia cuenta de todo esto que acontecía, tanto á sus relaciones en la capital como del interior, y ponderaban, al calor sin duda de las luchas políticas en que se hallaban, las faltas personales del doctor Castelli.

Impresión profunda de cólera y desagrado produjo en el Representante la noticia de los sucesos de Abril, que lo puso enfurecido, y tanto, que, refiriéndose á sus amigos confinados, se le oyó esta frase enigmática y amenazadora:—«No se les dé cuidado; doscientos mil hombres se pasean por el mundo y veinte mil por Buenos Aires.» [2] El hecho era que tanto él como sus amigos habían perdido la situación, cayendo del poder; y le pareció muy loable y correcto echar mano de su misión para recuperarla, no hallándole hechura ni conformidad á reducirse á la ley de las nuevas cosas y puesto su ánimo en activa efervescencia declaróse enemigo mortal de la Junta, y como para dar comienzo á la campaña contra ella escribió bajo cubierta del jefe de correos de Córdoba á sus colegas de gobierno confinados trataran de evadirse á toda costa y por caminos extraviados llegaran á reunírsele, que el ejército de su mando sería campo de refugio y de venganza para todos ellos. [3]

Era su plan que luego de dar cuenta de Goyeneche en el primer encuentro, cosa que la tenía muy por suya y hacedera, como hija de su petulancia y atolondramiento, se alzaría públicamente contra el gobierno, generalísimo como era de una hueste victoriosa de veinte mil hombres, que á la sazón tenía bajo sus banderas, declarando la guerra á la Junta y volviendo con este ejército sobre Buenos Aires repon-

(1) CARRANZA: *Archivo General de la República Argentina*, citada, tomo VII, páginas 143 y 249.

(2) CARRANZA: *Archivo General de la Republica Argentina*, tome VII, página 174.

(3) NÚÑEZ: *Obra* citada, página 272.—SAAVEDRA: *Biografía*.

dría el pasado gobierno, ó sea á sí mismo y á los suyos en sus empleos, no importándole que para empresa tan personal y estrecha se cortara en medio de su carrera la campaña de la independencia, bajando al triste escenario de las luchas civiles. (1)

Este proyecto, condenable y temerario, era divulgado con amplia libertad en el seno del ejército y de los pueblos, principalmente por los edecanes del general Balcarce y del representante Castelli, que les servían de voceros, como así igualmente por algunos otros allegados suyos. (2)

Mientras la hora llegaba, se trató de hacer entender á los pueblos del Alto Perú que tenían ya electos sus diputados para formar el Congreso, no era conveniente ni prudente y sí, por el contrario, muy azaroso y de peligro el reunirse en la capital, pintando á Buenos Aires de aspecto temeroso, presa aún desdichada de la revolución de Abril, que ponía aquello sin garantías ni seguridad, semejante á un huracán que tenía aquel mundo lleno de polvo, obscuridad y desconcierto. (3) Y pasando de la maquinación privada al público atentado, llegó Castelli al extremo de pasar oficios á los diputados electos para que suspendieran su marcha á la capital, cuya detención comenzó luego no más á hacerse pública; (4) y avanzando aún más, dirigió sus oficios á los gobiernos de las diferentes provincias del Alto Perú, para que desconocieran la Junta y no obedecieran más al gobierno general. (5)

Proponíase con estas medidas formar un Congreso en alguna ciudad del Alto Perú, indicándose para

(1) NÚÑEZ: *Obra* citada, páginas 272 y 236.—SAAVEDRA: *Biografía*.—CARRANZA: *Archivo* citado, tomo VII, página 202.

(2) CARRANZA: *Archivo* citado, tomo VII, página 202.

(3) CARRANZA: *Archivo* citado, tomo VII, página 262.

(4) CARRANZA: *Archivo* citado, tomo VII, página 202. Al declarante se lo comunicó así el mismo diputado por La Paz, doctor Monje.

(5) CARRANZA: *Archivo* citado, tomo VII, página 174. Este último hecho se lo comunicó al declarante el capellán del ejército, doctor don Juan José Castellanos, una de las categorías del clero de Salta.

ello por voz general dos: Chuquisaca y Potosí; lo cual debió ser muy del agrado y satisfacción de los pueblos peruanos, no sólo por lo que hace á las ganancias en la supresión de un largo y penoso viaje, sino, y más aún, por el espíritu localista que se sentía halagado y orgulloso de reunir en su seno la grande asamblea, destinada á tan gloriosa misión, por lo que pudo hallar la más pronta acogida en la opinión. (1) Pero bien se colige que, dadas las aspiraciones y los motivos que movían al Representante á dar paso tan audaz y extraordinario, su propósito era formar un otro gobierno, adueñado de la mitad del país, bajo la influencia del ejército y de sus poderes omnímodos, para que fuera, como criatura suya, el órgano que satisfaciera la pérdida sufrida en Buenos Aires.

Era, pues, esto conspirar contra el gobierno establecido; preparar una conflagración general del país, abriendo de lleno las puertas á la guerra civil en frente del enemigo común; y, lo que era más grave aún, se corrompía el ejército con tan pernicioso ejemplo, lanzándolo á la funesta escuela de los pronunciamientos militares y de la insubordinación; escuela maldita que tanta sangre y lágrimas nos ha costado y que tantos males ha acarreado á nuestro país, la cual tiene por allí su origen. A haber sido aprehendido Castelli por el gobierno, y á haber seguido éste inspirado por las doctrinas terribles del doctor Moreno, que tan sin misericordia ejecutara en Córdoba y Potosí su Representante, el generalísimo rebelde y alzado contra la autoridad de quien dependía y que le tenía confiadas á su lealtad sus armas, hubiera sido sacrificado con el mismo rigor, con la misma razón, con la misma justicia y por las mismas causales que él sacrificó á Liniers, á Córdoba y demás jefes rebelados contra la autoridad de la Junta.

(1) Carranza: *Archivo* citado, tomo VII, páginas 202 y 262.

XXIV

EMANCIPACIÓN DE LAS CASTAS—LA IGUALDAD REVOLUCIONARIA Y SUS EFECTOS

Por su parte, y entrado ya el mes de Mayo, queriendo Castelli, en sus prematuros ensueños democráticos, alzar al mismo nivel civil y aun social las castas envilecidas, sucedió que en llegando, como se veía, á los confines del virreinato y dando frente al enemigo; engreído con sus victorias; sintiendo moverse á su voz veintitrés mil hombres y persuadido que nada era capaz ya de resistirle, pasó á declarar, en nombre de la Junta, eligiendo para ello el día 25 de Mayo, aniversario de la revolución, la libertad civil de los indios que desde la conquista tenían degradada las leyes y una costumbre secular.

Y como fuera aquel el acto político más imponente y trascendental que iba á verificar el nuevo gobierno, túvose por conveniente rodearlo de magnífico aparato, y que fuera, á la vez, no sólo el nacimiento real y tangible de una nueva y dichosa edad, más eslabón también que sirviera para ligar con los recuerdos de aquella raza, tan largamente oprimida, los tiempos de su pasado de grandeza y prosperidad, dando fin á las horas de la noche presente con un futuro el más lleno de esperanzas, que se abría. No fué, por cierto, inaparente el teatro escogido; porque eran las ruinas de Tiaihuanaco, á corta distancia del lago Titicaca, paraje santificado por los recuerdos más brillantes y gloriosos del fenecido imperio de los Incas. Reuniéronse los pueblos inmediatos de la raza quichua en torno de aquellas venerandas ruinas para oir de labios de Castelli la palabra de redención, la que iba á resonar así en medio de grandioso y trágico aparato. Porque en aquel sitio yacían los escombros maravillosos é imponentes del antiguo esplendor y poderío de los peruanos, amontonados y en destrucción creciente, que atestiguaban de una á

otra generación lo que fueron los quichuas en otrora y lo que eran á la edad presente. Del templo del Sol, el dios de su patria, edificado sobre un montículo artificial, revestido en su época de piedras ádmirablemente labradas, se conservaban, á la sazón, las columnatas de pilastras, monolitos de piedra blanca y cristalizada; y su pórtico tallado era formado de una sola roca, labrada y esculpida por ambas sus caras, ostentando en su parte superior y central, en relieve, la imagen del Sol, cuya nariz tenía la forma de un triángulo; y la boca, abierta, la de un rectángulo tendido; y la órbita de los ojos, como las pupilas, la del cuadrado; cuyo conjunto producía el rostro del divino astro, que circundaba una aureola de listones á manera de rayos. Eran éstos en forma de cartuchos, en cantidad numerosa, que formaban, á la vez, personajes arrodillados, vueltos, por lo general, hacia el Sol, todos con alas y llevando unos la cabeza coronada mientras los otros sólo cubierta de grifos.

Un cuadrilátero, formado de grandes y regulares moles de piedra, mostraba lo qué había sido el palacio del Inca, cuyos escombros iba Castelli á transformar ahora en tribuna, para proclamar la libertad de aquellos pueblos, hacía tres siglos reducidos á injusta servidumbre. Y no era de menor notabilidad lo que se tenía por haber sido casa de la justicia, ó sea los *escaños del Inca*, cuyos restos formaban piedras de maravilloso grandor, que retenían la admiración meditando cómo, sin los elementos que contaron otros pueblos, pudieron conducir aquellos hombres desde tan largas distancias. Porque eran trozos labrados con suma perfección, cuyo largo alcanzaba á siete metros, y á cinco de ancho, con dos de grueso. Formaban éstos «cuatro inmensos bancos sobre los cuales el príncipe, rodeado de toda su corte, según dicen, se ejercitaba en hacer justicia», y conservan todavía las señales de las llaves de metal que los unieron en otro tiempo.

Eligió así Castelli lugar tan imponente para lograr

más grandes los efectos en el acto que meditaba realizar; porque allí revivían las grandes tradiciones, y la opresión sería sentida más hiriente con la ternura de los recuerdos, viendo aquellos pueblos, congregados allí en asamblea, como se ligaban las dos épocas de su historia,—aquella de una patria antes poderosa y libre, y esta otra del reinado de la igualdad, cuya rosada aurora parecía amanecer, al fin, en el seno de aquellas ruinas venerandas, de aquella ciudad santa; sede que en otrora había sido del esplendor, del poder y de la gloria de sus antepasados. Hasta la misma cercanía del sagrado lago Titicaca, en el seno de cuyas aguas había engendrado el Sol, según la leyenda, á Manco Capac, primer rey y padre civilizador del pueblo peruano, daba motivos para que se rodeara el espectáculo de sublime y melancólica grandeza.

Castelli allí, subiendo á ocupar aquella majestuosa tribuna, en medio de los pueblos de indios congregados á propósito, hizo la solemne proclamación de sus derechos en nombre de la Junta de Buenos Aires; pintándoles al terminar, en lenguaje estudiado y vehementísimo, cuáles eran los abusos y las crueldades del despotismo que ya conocían, y cuáles los beneficios de la libertad que él venía á traerles; y es fama que, hecho lo cual, les preguntó, aguardando proclamaran por unanimidad sus banderas democráticas:—«Ya habéis visto los males y los bienes que os ofrecen el uno y el otro sistema; pues bien, ahora decidme vosotros:—¿qué queréis?» Y la indiada á coro le respondió en su mala jerga y recordando lo que tenía costumbre de que se le diera en todas sus fiestas y reuniones: — «*¡Abarrente, tatay!*» (Aguardiente, señor).

Pero cuanto se ganaba por este lado de las clases bajas se perdía por el de las clases elevadas y pudientes, en quienes causó este acto de Castelli indignación y repulsa, no tanto porque se diera á la gente campestre y serrana, que denominaban indios, los derechos civiles, sino por levantar á categoría de rivales é idóneos por naturaleza para ocupar los puestos pú-

blicos de la administración á la casta de los mulatos, [1] tenida entonces por la más vil y despreciable y que componía en las ciudades lo principal de la canalla, con quien no podía un hombre de honor codearse ni mezclarse sin infamia. Porque era ralea de esclavos, cuyo origen envilecía por herencia la casta, estándoles prohibidas las funciones y carreras de honor, como el gobierno, el sacerdocio y el doctorado, á virtud de que sus progenitores, habidos por cosas, sirvieron como ellas hasta para los actos más viles, á las veces, y miserables; y cuya prole, y cuya sangre así formadas bajo tal condición y en tal escuela, llevaban en sí la triste virtud de no producir sino infamias y bajezas, según el común sentir de aquellos tiempos. [2]

La elevación repentina de esta casta repudiada por la sociedad causó verdadero escándalo y sólo sirvió para dar un motivo más de desprestigio y antipatía á la revolución. Y como para juzgar de la acción de los gobiernos que fueron, debemos, para ser cuerdos y leales, colocarnos en la época en que ellos actuaron, tomando muy en vista sus creencias, sus tradiciones y costumbres; sus intereses, sus atrasos y adelantos, y aún hasta sus propios errores y preocupaciones, por torpes y ridículos que hoy nos parezcan; debemos también convenir en que la acción de Castelli, transformando de improviso aquel orden social, fué impolítica é imprudente en sumo grado, porque no son con decretos autoritarios de gobierno que se cambian las creencias ni reforman las costumbres de los pueblos, debiendo ser, por el contrario y siempre, la inspiración de toda sana política el armonizar lo útil con lo bello; debiéndose, para obtener tan benéfico fruto, contemporizar con lo que los demás hombres creen y tienen por bueno y necesario, aguardando con paciencia que

(1) **Torrente:** *Obra* citada. tomo I.

(2) Llamábaselos en nuestras provincias del norte los *rabadilla morada;* porque algo así la tenían, por la mezcla de las razas blanca y negra, de que procedían; y ha sido muy profunda la convicción de nuestros antepasados de la mala índole de esta casta.

la simiente fructifique bajo las leyes con que la naturaleza gobierna al mundo, y que no se pueden impunemente quebrantar; que así como el cristianismo no cortó de un solo tajo el sistema de esclavitud que halló imperando, sino que fué, por siglos, conduciendo lentamente la sociedad hasta la emancipación completa de la humana especie, transformando los esclavos en siervos, y más tarde en hombres libres; así, de semejante manera, los triunfos de la república y de la democracia, que es su más elevada expresión, debían venir con el tiempo y en justas medidas, cuya victoria definitiva aún no llegaremos nosotros á gozar.

Fué, pues, campaña verdadera de democratizar la antigua sociedad, la que emprendió el Representante por su cuenta y riesgo en los pueblos del Perú; por lo cual se sintió asimismo su mano demoledora del viejo edificio social, no sólo allá entre los pueblos indígenas, sino que lo había hecho ya en el seno mismo de las ciudades, donde imperaban las castas de los cholos y mulatos, á quienes daba alas, pero no el aire necesario para volar y alzarse á las alturas; provocando de esta manera la lucha de las razas que tan funesta y de tantos estragos ha sido en otras naciones. Con todo esto, la aristocracia del Perú, donde las divisiones de castas tenían raíces tan hondas, comenzaba justamente á sospechar y sentirse recelosa de este nuevo sistema, que iba descubriendo así el rostro y que, por los pasos dados, no parecía otra cosa sino que marchaba á la disolución del antiguo orden social. Y como lo fuera esta, y lo es en donde quiera, clase conservadora por excelencia, miraba en la tal reforma, no sólo una ofensa á sus preocupaciones y usos, si que también peligros muy grandes para sus intereses particulares y aún para los del bien público; por lo que, disgustada,con razón, y temerosa de su suerte y de la de la patria, empezó instintivamente á volver espaldas á la revolución, tendiendo sus ojos al enemigo.

Esta clase, rica y poderosa, había abrazado en gran número nuestra causa, y el perderla sería, por cierto, nunca bien llorado fracaso. Habíase, pues,

agrupado al lado del nuevo gobierno en robusta mayoría, compuesta de títulos de Castilla, de familias nobles y de otras opulentas á quienes sólo faltaba la denominación nobiliaria para confundirse con ellos, pues gozaban de todos sus honores é influencia; y esta muchedumbre distinguida, que arrastraba tras de sí el séquito numerosísimo de sus deudos, de su clientela y de cuantos se hallaban bajo su dependencia, ya por sus derechos sobre ellos como por el poder é influencia de la fortuna, ejercían poder inmenso en el Estado. Venían, en seguida, unidos á ellos, los individuos del clero, especialmente los altos dignatarios de la iglesia que, por razón de empleo, pertenecían á la clase noble y cuya influencia era tan cimentada y poderosa en aquellos tiempos; todos los cuales formaban el gran valor de la opinión pública. Porque si las clases bajas eran fáciles de adquirirlas con los prestigios de la libertad y prudentes reformas, también son, por su naturaleza y miseria, más veleidosas; y en aquellos pueblos no era mucho lo que valían solas, siendo la clase elevada la que valía y podía más, fuera ya en contra ó favor nuestro; y ambas en la balanza, no fué difícil decidir al lado de quien estaban los intereses bien entendidos de la revolución, cuando los hechos subsiguientes, como lo hemos de ver, demostraron cuanto fué el daño que nos causaron desde el campo enemigo. Y esto no vió Castelli. Su concepción de la idea de la democracia fué aquella en que caen siempre los espíritus vulgares, tomando la igualdad en su sentido absoluto y más cumplido; con lo que enseñó á las muchedumbres de la plebe á romper sus diques, viéndose al momento en aquellas poblaciones encendidos «los furores de la democracia», (1) que tan funestos han sido siempre en todos los trastornos en que los cuenta la historia del mundo. La igualdad, pues, presentada así, fascinó los pueblos con sus

(1) General Paz: *Memorias*, tomo I, página 95.

engañosos prestigios; sin meditar Castelli que, por más bello que en principio lo fuera, era un craso error intentar hacerlo verdad en la vida; porque si estas clases tenían ya la igualdad moral, desde el esclavo, dada por el cristianismo, y acababan de adquirir la igualdad civil ante la ley por los decretos de la revolución, la desigualdad social no podía destruirse sin atentar á las leyes inmutables que rigen el universo. La teoría de la igualdad democrática, en aquel concepto, ni Cristo, ni la filosofía, ni la razón humana la entendieron ni la enseñaron de aquella manera de extensión tan absoluta; porque ni era dable, ni era posible, ni era justo que así lo fuera toda vez que el buen juicio y la práctica de la vida y aquel mismo innato sentimiento de justicia que abriga el corazón humano, convencían al espíritu de que la desigualdad es también ley inmutable del bien, de la moral y del progreso del mundo; y que ella debe existir mientras haya justicia y libertad, no sólo en esta vida, sino ante la vista misma de Dios.

Castelli, pues, sin conciliar como debió los intereses de las clases todas, parcial defensor de la una, por ligereza y espíritu de imitación, nos enajenó la voluntad de las clases poderosas, que trataron de su propia defensa contra aquellos desbordamientos de una democracia mal entendida, donde el ínfimo de la plebe se creyó igual, sin más mérito que el principio empírico, al magnate más encumbrado, para pretender, desde ya, la misma colocación y honores; como el más miserable de entre los abatidos por la fortuna, al más acaudalado industrial ó comerciante; y el menos meritorio á alcanzar premios iguales al más digno; siendo así que la verdadera igualdad sólo podía ser ante la ley, mas nunca ante la sociedad, donde siempre tendrá que haber grandes y pequeños, fuertes y débiles, unos que manden y otros que obedezcan; y que no se debe hacer acariciar del pueblo, que no es más que un niño, los halagos de una felicidad irrealizable, porque de ello no se obtiene otra cosa que los odios de las clases, que tan horribles cuadros en otros países han producido.

CAPITULO XIII

Desastre del Desaguadero

SUMARIO.—I Avance á Huáqui; situación y elementos del ejército.—II El campo del Desaguadero.—III Celébrase en Huáqui una junta de guerra.—IV Espionaje de Goyeneche; su actitud el 19 de Junio; combate de Huáqui.—V Batalla de Yuraicoragua por la vanguardia.—VI La retirada del Desaguadero.—VII Consecuencias de la derrota; juicio sobre Castelli y su muerte.

I

AVANCE Á HUÁQUI—SITUACIÓN Y ELEMENTOS DEL EJÉRCITO

Impresionado furiosamente el Representante con los sucesos de Buenos Aires, y ardiendo en ansias de vengar á sus amigos y á sus propios intereses; dueño absoluto, como se imaginaba, del ejército, al cual suponía invencible, resolvió, sin más razón ni espera, atacar rápidamente al ejército enemigo y acabar de una vez con Goyeneche, cosa facilísima para sus cálculos; para una vez limpia la escena de este valladar, dar la vuelta á Buenos Aires para reponer al gobierno derrocado, ó sea restablecer el orden, como apellidaba al proyecto. (1)

En el mes de Junio movió con este propósito el ejército, sacándolo de Laja, que distaba cosa de veinte leguas del campamento enemigo, pasando seguidamente á Tiaihuanaco, donde hizo la proclamación

(1) NÚÑEZ: página 285.

de la igualdad americana que vimos, y luego á Huáqui, donde fijó el cuartel general; lo cual fué peligrosa imprudencia, pues distando á lo más este punto cinco leguas del ejército real, una retirada, en caso ser adversa la fortuna, ó pensarse necesaria, se volvía gravemente difícil, si no imposible.

Para lanzarse á tamaña aventura, no aguardó el Generalísimo, no diríamos á que estuvieran satisfechas la disciplina y dotación del armamento necesario á las tropas, pero ni siquiera á que se conglomeraran bajo la bandera de su cuartel general las fuerzas totales de su ejército, que sumaban la enorme cifra de veintitrés mil hombres, [1] porque gran parte de estas fuerzas ó habían quedado acantonadas, ó por salir de diferentes puntos, ó estaban en camino; como lo fueron, por ejemplo, el contingente de Santa Cruz, de trescientos hombres, y la compañía de pardos que mandaba Chuquisaca, bautizada con el nombre jactancioso de *El Terror*, y que no llegaron á tiempo; [2] sucediendo así que los que se encontraban juntos en Huáqui sólo eran de seis á siete mil hombres.

Cómo estaban alistadas estas mismas fuerzas era cosa también de lástima; mucho más fijando la atención en el pie en que había puesto las suyas el enemigo. Porque el sistema táctico empleado para la formación del ejército, y no obstante el tiempo transcurrido, era de lo más inadecuado para producir ventajas que aseguraran la victoria; pues que si se exceptúa las fuerzas de las provincias argentinas y algunas pocas de las peruanas, que entre todas no subían de tres mil soldados, todo lo demás á que se titulaba ejército no estaba armado militarmente, y no era otra cosa que un cúmulo de gente sin disciplina, sin espíritu marcial, sin práctica en las manio-

(1) LÓPEZ V. F.: *Historia Argentina*, tomo III, página 605; y *Suplemento* de la *Gaceta Extraordinaria*, del 26 Junio de 1811.

(2) CARRANZA: *Archivo*, tomo VI, página 249 y tomo VII, página 183.

bras, y, lo que era peor aún, sin armas de fuego todo lo que venía á constituirlo en un conjunto y entidad sin fuerzas, ni preparación, ni valor; y, por ende, inútil para medirse con un ejército de línea.

Sin embargo, su parque «era suntuoso»; como que no sólo la provisión de boca era abundante, sino que en Laja, como en La Paz, el laboratorio para la fabricación de armas y municiones y de los demás menesteres de un ejército, tenía todos los elementos y operarios que le eran necesarios y funcionaba sin cesar. (1)

En sus talleres se arreglaban ochocientos cañones de fusil recogidos de los diversos pueblos del Perú, quedaban habilitados seis y más por día; y al parecer de los jefes del ejército, entre ellos Viamonte, que pasaba los viernes revista general á tales cosas, el armamento se hallaba «en el mejor estado posible». Siendo, pues, sensible que estos instrumentos de guerra no eran bastantes para armar las manos vacías ni de la mitad de los defensores de la revolución, no se requirió del gobierno la provisión de ellos; y, á pesar de la vigilancia semanal, iba á resultar en la acción que la artillería, en buena parte, quedaría desmontada é inútil por sus propios defectos. El *Diario* fué cosa no conocida en el ejército; y hasta los planos, levantados por el capitán Larramendi con el solo auxilio de la memoria, y que alcanzaban hasta el Cuzco, resultaron inexactos. (2)

A pesar de todo esto, y con el enemigo á la vista, Balcarce, que era el jefe inmediato del ejército, nada hizo por su seguridad y defensa; como que no fortificó ningún punto, ni tomó medida alguna de precaución para un caso de ataque imprevisto, confiado, quizás, en los días de paz del armisticio en que se estaba á la manera de aquel que, estando las cercanías infestadas de malhechores, se entrega á la paz

(1) CARRANZA: *Archivo*, tomo VI, página 261.

(2) CARRANZA: *Archivo*, tomo VI, páginas 63 y 248.

y quietud del sueño, dejando las puertas de la casa abiertas. [1] Y si un brindis dió motivo á Moreno para decir que un argentino, ni ebrio ni dormido, debía pensar contra la libertad de su patria, ¡qué no hubiera dicho su numen al ver que un general argentino, no estando ni ebrio ni dormido, exponía así la patria á ser humillada y vencida!

Por lo que hace á la disciplina y gobierno de las fuerzas reunidas en el campamento, no era menos el bochorno. Lo que se llamaba *ejército de los cochabambinos*, que formaba lo principal de la caballería y que era un núcleo como de dos mil quinientos jinetes, más parecía aliado del ejército de Buenos Aires que no uno de tantos cuerpos suyos; y su general, don Francisco del Rivero, especie de reyezuelo antiguo que obraba más á su antojo que sometido á las órdenes de su general en jefe. Castelli en persona había tenido que marchar á Cochabamba para acelerar su incorporación. No estaba, pues, ni figuraba bajo la orden y disciplina del ejército, como general subalterno que era; y á su vez Balcarce, como el Representante, lo miraban con esa condescendencia y composición que se tiene para quien hace un favor que se precisa y que al mismo tiempo se teme lo retire y niegue. Por tanto, no se había conseguido infundirle el suficiente respeto, ni sujetarlo á la autoridad, lo que venía á hablar muy poco en favor de la habilidad política y suficiencia militar de aquellos generales que hacían de jefes. Ni estos mismos se llevaban como es debido entre sí; y participaban y daban ejemplo al resto de las fuerzas de su impropia conducta; porque como fueran á la vez, dentro del cuartel y entre las filas, también jefes de facciones políticas, Castelli y Balcarce actuaban en bandera opuesta á Viamonte, y de allí á la insubordinación y desobediencia en el momento supremo no había más que un paso; porque si bien la tropa parecía dócil y subordinada, la ofi-

(1) CARRANZA: *Archivo*, tomo VI, página 119.

cialidad más era un club político que resorte principal de un ejército; y como en su mayoría se sintiera ofendida por la caída del doctor Moreno, que era el jefe de la juventud exaltada de la capital, abrigó, con los últimos sucesos, odiosidad grande al general Viamonte, su inmediato jefe, que era saavedrista, con lo cual tan hondo venía á quebrantarse su autoridad. Tal era, pues, el espíritu de aquel ejército y su disposición militar la víspera de la batalla. (1)

II

EL CAMPO DEL DESAGUADERO

Separaba aquellos dos ejércitos, listos ya para irse á las manos, retazo áspero y quebrado de terreno cuyo centro, en toda su prolongada extensión, lo atravesaba, á manera de durísimo y descarnado espinazo, larga cadena de cerros pedregosos y desnudos.

Haciendo estas montañas cabecera en la ribera argentina del río Desaguadero y del lago Titicaca, y tomando su primer cerro el nombre de Vilavila, tiraban su rumbo hacia el oriente, internándose por el interior del país. Son estos cordones de los montes, no á la manera que se muestran á los ojos desde lejos y contemplándolos desde el valle, y más aún desde su pie, y que parecen terminar en la parte superior como en un filo angosto y cortante del espacio ó de los cielos; porque una vez desde su cima la realidad es bien diversa, ofreciendo en aquellas alturas planos ó plataformas múltiples é irregulares, tan amplios á las veces que miden cuadras.

Volviendo á lo que hablabamos: desde estas regiones de la cima, la mirada abarca el panorama con amplia libertad y podía observar cuál era en su

---

1) CARRANZA: *Archivo* citado, tomo VI, página [illegible]; tomo VII, páginas 201 y 261.

conjunto la arena elegida por aquellos dos ejércitos para decidir de la suerte de la libertad del Perú; pues que, extendiéndose la vista hacia el norte, daba esa vertiente de la sierra con largo y angosto plano inclinado hacia el septentrión que lo cortaba la laguna Titicaca por aquel rumbo, quedando así oprimido y estrecho por ambas barreras naturales:—el lago y la sierra. Llamábase campo ó pampa del Azafranal; partía desde el fondo del Vilavila, y, corriendo entre el lago y la montaña, llegaba hasta legua y media de la aldea de Huaqui, punto donde lo cortaba y daba fin un avance por aquel lado de los cerros, dejando de llano y para camino un espacio apenas de cincuenta varas al borde de la laguna.

Volviendo ahora la atención por el lado del sur:—por este otro opuesto costado de la sierra se veía correr otra llanura más amplia y superior que la del norte, llevando con ésta una casi paralela dirección. Era este el camino de Jesús de Machaca, el camino del Perú, sendero antiquísimo y trillado de las mulas y del comercio argentino con Lima; el que, bajando y torciendo hacia el sur, llegaba á Oruro y luego á Potosí para penetrar más adelante en territorio argentino; y siguiendo hacia el Desaguadero, rumbo al Perú, lo cortaba la profundidad de este río, que, para pasarlo, era menester cruzar por el puente del Inca, obra ciertamente original y admirable, pues que no es más que un tejido de cañas blandas y consistentes, denominadas totoras, que nacen y se crían en las lagunas, de las cuales los indios hacía más de tres siglos, por mandato de su rey, el inca Capac Yupanquy, habían tejido con cordeles de lana esa composición, á laya de tela áspera y fuerte y con que unieron ambas riberas del río, sujetando en ellas con fuertes amarras sus extremos y en no menos resistentes estribos. Era lo que llamamos hoy un puente colgante.

Y como era el río en este punto, el más estrecho de su curso, como de treinta y cinco metros, ó media

cuadra de anchura, el lienzo de totoras, flexible de suyo, cedía en su parte media á su propio peso; y tanto que á pesar de su tensión rozaba casi con la superficie tranquila y azulada de las aguas. Al poner en él el pie, se movía; y á los ojos del pasajero las corrientes del río amenazaban tragarlo; y como fuera éste el único conducto de travesía, muy admirables y peregrinas debían de ser la habilidad y maestría de los capataces argentinos cuando tenían que hacer atravesar por aquella cinta movible, y haciéndolas ceder sin forzarlas, las mulas de sus tropas, gran parte de ellas ariscas y de bríos. Porque aquellos animales abrían los ojos con asombro y clavaban su mirada de susto al llegar á su entrada; y tendían, como para oir los secretos del misterioso paso, las orejas hacia delante, lanzando un bufido tan hondo como si arrancaran del corazón una opresión inmensa; y al asentar, por fin, sus cascos sobre aquel lienzo temeroso, sintiéndolo inseguro y nada fijo, y rodar el abismo tan de cerca, temblaban sus miembros como el azogue. Su paso era así vacilante y cuidadoso; el grupo de arrieros, á ambos costados de la entrada, evitaba el desbande con el arte dado por la experiencia; y aquel animal, y tras él, de uno en uno, los de la tropa numerosa, cediendo á un no sé qué instinto de educación ó seguridad, echábanse, al fin, al peligro, siguiendo los ecos del cencerro que á vanguardia llevaba colgado de su cuello la yegua madrina, la que tenía los ojos vendados con el poncho, que apagaba también sus orejas, para que, sin ver el peligro, no hiciera tanto caso de él ni lo temiera.

Este puente, única puerta del Perú por aquellos parajes, era también el único medio por donde los soldados de Goyeneche podían invadir el territorio de Buenos Aires; supuesto que en aquellos peruanos el arte de la natación, con el cual pudieran, sin menester de puentes, cruzar los ríos, les era de todo en todo desconocido; porque los habitantes de aquellas regiones montañosas son tan extraños y nada amigos del agua, que pasa de esta vida la mayor parte de

ellos y torna al seno de la eternidad sin haber conocido los plácidos deleites del baño. Su situación venía á quedar al pie mismo de la sierra, y particularmente del Vilavila, á quien, por este supuesto, había fortificado hábilmente el general enemigo pudiendo sus cañones defender cómodamente ó prohibirlo, según los casos.

Pues bien: aquella serranía, que no era de las más elevadas de la región, desnuda por la naturaleza y los rigores de la estación, sólo mostrando un semblante duro y aun triste, con su cubierta de rocas y de tierra rojiza, unía ambos campamentos:—el del Vilavila en su arranque á la margen del río, y el de Huáqui, distante cosa de cinco leguas hacia La Paz; y desde cuyas posiciones, en las horas serenas del día, podían ambos adversarios alcanzarse con el anteojo.

Cosa así como de los dos tercios de su corrida, la sierra, aquel áspero y largo espinazo, se cortaba por tajo sesgo y profundo que formaba entre las dos fracciones de los cerros una especie de pasaje que unía el paso del Azafranal con el de Jesús de Machaca ó sea ambos flancos de la montaña. Era esta abertura natural de la sierra el único paso de comunicación entre uno y otro camino, y se llamaba quebrada de Yuraicoragua.

III

CELÉBRASE EN HUÁQUI UNA JUNTA DE GUERRA

Siendo así las condiciones de aquel terreno, Balcarce, como ya de paso mencionamos antes, había olvidado por completo fortificar su campo y tomar las demás medidas que eran de razón dadas las circunstancias que lo rodeaban; pero su descuido fué tanto que no digamos hubiera disputado el extremo del puente del Inca, que correspondía al territorio de Buenos Aires, una vez que desde tiempo atrás lo poseía el enemigo y el armisticio se lo consagraba;

pero ni siquiera guardó el abra de Yuraicoragua, ó sea la puerta de la quebrada, para asegurar á su beneficio listas las comunicaciones entre uno y otro camino, contentándose con sólo asentar en sus inmediaciones un ligero destacamento frente al Azafranal.

Después de tan craso olvido, y sin darse cuenta de ello, al parecer de verdad, tanto el General como el Representante se acordaron en resolver el inmediato ataque del enemigo en sus fortificaciones del Vilavila.

Dió el Representante por causa de esta extraordinaria resolución de romper el armisticio pendiente aún, y sin notificación ninguna al adversario, los ataques parciales y repetidos que hacían las fuerzas de Goyeneche á los destacamentos de Balcarce, especialmente el del 6 de Junio, en el que avanzaron al campo patriota mil hombres, divididos en tres columnas; causas que relató el doctor Castelli en un manifiesto que dió á los pueblos el 18 de Junio, en el que terminaba diciendo:

—«En consecuencia, declaro disuelto el armisticio, y anuncio que vuestras legiones de ciudadanos armados se hallan á punto de cumplir sus deberes salvando la Patria del último conflicto en que se ve.

«Pueblos de la América del Sur: vuestro destino es ser libres ó no existir, y mi irrevocable resolución sacrificar la vida por vuestra independencia. La muerte será la mejor recompensa de mis fatigas cuando haya visto expirar ya á todos los enemigos de la Patria.—Cuartel general de Huáqui, 18 de Junio de 1811. —JUAN JOSÉ CASTELLI.» (1)

Hízose para el ataque junta de guerra en Huáqui el 17 de Junio, donde concurrieron todos los jefes y comandantes del ejército; y, como en las anteriores, sostuvo Castelli su papel de jefe supremo de las armas y representante de toda la autoridad guberna-

(1) Original en el Archivo Nacional, leg. 1811. *Ejército Auxiliador del Perú.*

tiva. [1] En tal punto vióse de nuevo repetido el escándalo del desorden; porque, entrando á funcionar, no fué más que un tumulto desde que Castelli, que la presidía, dejó la licencia parlamentaria, sin pedir dictamen individual, como era de regla y razón, lo que probaba una vez más cuanta era la ineptitud del Representante en materia de gobierno. [2]

Este había propuesto determinara la junta cuál sería el mejor camino para forzar los atrincheramientos del Vilavila y tomar su plataforma, convencidos, tanto los jefes como la casi totalidad de los oficiales, no sólo de que era empresa realizable, sino segura. Y era cosa bien difícil que alguien se atreviera á opinar lo contrario; pues quien tal lo pensara sabía había de dar con ello pasto para desgarrarle la honra y para que, sin más, se le pusiera la nota de cobarde; porque había subido á tanto la presuntuosidad de aquellos guerreros, de la que eran víctimas en primer grado los mismos generales, y tanto el desprecio por aquellos peruanos, á quienes debían ir á correr, no á combatir, que no sólo se descuidaron todas las precauciones y defensas, sino que en todo el ejército nadie podía imaginar «tuviera Goyeneche la valentía de atacar»; y esto no obstante que los dos jefes eran el uno simple letrado, cambiado de improviso en director de la guerra y el otro un militar que hasta Suipacha no había dirigido campaña alguna. Sin embargo de tan malos auspicios, é inspirado de mayor gravedad, llegó el jefe de las fuerzas de La Paz, don Clemente Díez de Medina, á balbucir algunas palabras en contrario de aquel universal convencimiento; y era por ellas de opinión convenía quedar á la defensiva, supuesto que el enemigo contaba con una fuerza armada superior un otro tanto á la de Balcarce, como que lo eran ocho mil hombres; y porque, dada la ventajosa po-

(1) CARRANZA: *Archivo*. VI, 246 (declaración de Viamonte).

(2) CARRANZA: *Archivo* VI. 247 (declaración de Viamonte).

sición en que estaba el enemigo y las fortificaciones para su resguardo, era cosa bien difícil poder conseguir una victoria sobre él de la manera pensada; y lo decía, además, llevado por el conocimiento que tenía personalmente de aquellos lugares, como que era oriundo de La Paz. Estuvieron con él Dávila, su paisano, y también Montes de Oca, de Buenos Aires; pero los generales se negaron á oir todo dictamen y á recibir consejo sobre la conveniencia y posibilidad del ataque, sin que sea dable fijamente saber cuál era el numen que inspiraba tan grande desatino, si era ello efecto de su presuntuosidad que los hacía imaginarse á laya de dioses, de infalible suficiencia personal ó bien de lo vencidos que estaban por aquella debilidad que jamás debe poseer el ánimo de un general, y que era el desprecio del enemigo y una absoluta confianza en la victoria. Y así sucedió que Castelli, movido por estos resortes, cortó á Medina la palabra privándole siguiera en demostrar el peligro y la inoportunidad del ataque por la sola razón de que «ya se lo tenía resuelto», y que la junta de guerra, por tanto, no tenía más objeto que decir los medios más á propósito para llevarlo á cabo. (1)

Así las cosas, arreglóse un plan por el que, reunidas las fuerzas en la garganta de Yuraicoragua y en su desembocadura sobre el llano de Jesús de Machaca, llamada allí la pampa de Chibiraya, debía forzarse el cerro de Vilavila, cargando sobre él hasta apoderarse, así, por asalto de su cúspide, que era punto dominante del campamento real; y el tal asalto debía de ser por la derecha é izquierda de la sierra, llevado á término por una división solamente del ejército, sirviéndole la otra de apoyo y sostén; lo cual era empresa arriesgada y difícil no haciéndolo todo el ejército. Mientras de esta manera debía llevarse el ataque al cerro, las fuerzas de Cochabamba debían pasar por un puente que se tendió al

(1) CARRANZA: *Archivo*, VI, 117; VII. 64.

efecto en San Andrés de Machaca, nueve leguas hacia el sur sobre el río Desaguadero, y caer con su caballería sobre la retaguardia de Goyeneche á fin de llamarle, por lo menos, la atención por aquel lado y cortarlo; operación que debía tener lugar el 20 de aquel mes de Junio. [1] En satisfacción del plan acordado, partió del campo de Huáqui, en la tarde del 17 de Junio, Díaz Vélez con su división y fué á situarse en el extremo opuesto de la quebrada de Yuraicoragua, punto que distaba como tres leguas del campamento real de Vilavila. En la noche del 18 llegaba al mismo lugar la división de Viamonte, que era el general de vanguardia, reuniéndose allí, de esta manera, dos mil soldados; y el día 20 estaba dispuesto se incorporara á la vanguardia el resto del ejército para el ataque, mientras Rivero, con los cochabambinos, ese mismo día debía avanzar hacia el Desaguadero por el sur, en busca de la retaguardia del enemigo. [2]

Era formada la vanguardia de lo que representaba la flor del ejército; no tan sólo por su disciplina é instrucción, cuanto porque era lo mejor y más bien armado, y la que tenía ya fama de veterana, y la que lucía con harto orgullo los laureles de Suipacha; y ella era, en fin, lo que constituía de todas estas masas el verdadero ejército de línea y, por ende, en quien se tenía puesta la mayor confianza. En su composición entraban como quinientos porteños, que constituían su núcleo principal y formaban con los demás soldados de las provincias argentinas la mayor parte de la fuerza, completando lo demás los cuerpos de los diferentes pueblos del Alto Perú, con una artillería de diez cañones. Se mencionaban allí los Dragones y Húsares de Buenos Aires, los Granaderos de Chuquisaca, la Guardia Cívica de La Paz,

(1) CARRANZA: *Archivo*, VI, 62, 119, 233, 247; y VII, 247.

(2) CARRANZA: *Archivo*, VI, 69.

y diversos otros batallones de Oruro, de Potosí, de Tarija, siendo casi todos gente de infantería.

Quedaban en Huáqui, para partir el 20 á incorporarse á la vanguardia, el centro del ejército y la reserva. Todo este núcleo era fuerza sin consistencia real y en todo cuanto puede significar la palabra; como que el centro, formado de los Patricios de La Paz y que alcanzaba á mil cuatrocientos hombres, y algunos escuadrones de caballería de Cochabamba, al mando todo de don José Bolaños, era fuerza mal sujeta y no disciplinada, expuesta á verse por la primera vez en un campo de batalla; pero lo que hace á la reserva, que mandaba Montes de Oca, y compuesta de los reclutas de las diversas regiones del Alto Perú, hasta el número de quinientos hombres, ni siquiera merecía el dictado de cuerpo de reserva que se le daba, ni aún de gente militar, pues que ni armas de fuego manejaban, no obstante poseerlas los parques del ejército en abundancia, [1] y sólo iban provistos de chuzos y algunas lanzas. Todos juntos alcanzaban á dos mil hombres, con cuatro cañones.

Todo este movimiento y la sangrienta acción que iba á empeñarse, no debía tener más consecuencias, según lo tenía dispuesto por otro inaudito error el Representante, que desalojar al enemigo del territorio de Buenos Aires, mas no avanzar al Perú ni acabar con los españoles. [2]

IV

ESPIONAJE DE GOYENECHE—SU ACTITUD EL 19 DE JUNIO—COMBATE DE HUAQUI

Avanzadas hasta este extremo las cosas, ni Balcarce ni Castelli nada sabían de lo que pasaba en el campo enemigo, viviendo respecto á ello completamente á ciegas, á no ser ciertas cosas que en nada

(1) TORRENTE: *Obra citada*, tomo I.
(2) MITRE: *Historia de San Martín*, tomo I, página 219.

les favorecía; como que llegó á saber, por oficio que le pasó el Cabildo de Arequipa, que una fragata de Lima se esperaba conductora de víveres, dinero, armamento y de un piquete del Real de Lima. [1] Mas por lo que hace á Goyeneche, muy otra cosa sucedía; porque desde que el ejército de Buenos Aires acampó en Laja, Goyeneche, que no perdía mirada á su rival, y más despierto que él, pudo holgadamente y mientras se pasaba allí el tiempo entre placeres y predicaciones religiosas, establecer dentro del mismo campamento patriota un amplio sistema de espionaje, informándose por su intermedio, y día á día, de cuanto pasaba, se decía y se proyectaba en el campo de Castelli; sin que éste, ni Balcarce, ni los demás jefes llegaran ni á sospechar siquiera, que el enemigo, á la manera que cuentan del demonio, estaba en medio de ellos sin ser visto. Porque como todo estaba dado al mayor descuido y desatención: disciplina, gobierno y vigilancia; y como todo el mundo gozaba de franca entrada al campamento, sin que lo impidieran los puestos avanzados, ni se lo sujetara á clase alguna de registro, como en días de santa y buena paz, Goyeneche tomó el sistema de disfrazar sus propios soldados en traje de paisanos que, haciendo el oficio de vivanderos, se introducían cargados de comestibles al campamento á observarlo, registrarlo, y anotarlo todo, y á su entero antojo; eligiéndose para esta comisión aquellos de sus soldados más avezados en el arte del disimulo y de la observación, que, para colmo de facilidad, hasta hablaban distinta lengua.

De esta manera sabía el jefe enemigo diariamente lo que pasaba: los movimientos del ejército, el desgobierno y anarquía en que se hallaba, y aún hasta los sucesos que desgarraban en Buenos Aires la unidad de las fuerzas de la revolución. [2]

---

(1) Carranza: *Archivo*, tomo VII, páginas 185 y 272.

(2) Núñez: *Obra* citada, página 287.

A favor de estos avisos llegó Goyeneche á conocer positivamente que por el 20 ó 21 de Junio debía ser asaltado su campo, para lo cual estaba avanzando hacia él, desde el 17, la fuerza de Castelli; y que Rivero y sus cochabambinos, en la mañana del 20, debían salir á amagar su retaguardia; lo que hacía suponer no iba á ser el armisticio pendiente bastante valladar. [1]

Convencido, por todo esto y otros motivos más, de que iba á ser atacado, y no contando su salvación sino en aventajar en la empresa á su adversario, cayendo sobre él de sorpresa, resolvió Goyeneche romper de nuevo las hostilidades, aprovechando las circunstancias aquellas tan propicias en que el ejército argentino se hallaba dividido y separado en tres cuerpos y á no cortas distancias, en Huáqui, en Chibiraya y en San Andrés de Machaca; lo que le proporcionaba ocasión de batirlos en detalle y separadamente, al propio tiempo que se aprovechaba del descuido y abandono lastimoso de no haber resguardado los puntos estratégicos Balcarce, pero ni siquiera aquel del abra de la quebrada, que lo ponía en comunicación con su vanguardia. Empero, su plan era á la vez audaz y aventurado; porque para realizarlo tenía que abandonar sus puestos fortificados donde sus tropas hallaban la confianza, guarecidas en la seguridad de sus trincheras y cuyo abandono enflaquecería sin duda su ánimo, para ir á campo abierto á batir aquellos porteños, bastante famosos ya en la guerra que tanto terror había sembrado por allí, y del cual algo debía quedar aún en el pecho de los peruanos, á pesar del tiempo transcurrido. Mas también era cierto

---

(1) El doctor Monteagudo, secretario de guerra del doctor Castelli, declara que el plan era tomar por asalto los cerros de Vilavila «al mismo tiempo que Rivero con su división de caballería pasase por el puente nuevo á cortar al enemigo la retaguardia; *para cuyo efecto* tenía orden del exrepresentante para marchar de Jesús de Machaca adelante en la misma mañana del 20;» lo que parece significar que dicho día era el designado para el ataque, y que Goyeneche no hizo más que aventajarlo.

Sin embargo, Balcarce dice en su declaración que el ánimo del doctor Castelli fué atacar en caso de que, vencido el armisticio, siguiera el enemigo ocupando varios puntos de nuestro territorio; pero el manifiesto del Representante viene á borrar toda duda.—Carranza, *Archivo*, tomo VI, páginas 4 y 62.

que se hallaban ellos mejor armados y mejor disciplinados y en mejor instrucción; como que últimamente les acababan de llegar refuerzos de Lima, con lo que contaban á la sazón con ocho mil soldados de regla; y sus correrías y avances sobre el campo patriota, que una vez los llevaron hasta Jesús de Machaca, donde acuchillaron su corta guarnición, los disponía en algo siquiera á medirse con ellos.

Dispuesto de esta manera Goyeneche á ganar de mano á su enemigo, reunió en Zepita, la noche del 19 de Junio, á sus jefes en consejo de guerra y les presentó su tan inesperado y audaz pensamiento.

Halló su plan vivísima oposición en la mayor parte de sus colegas, sorprendidos y amedrentados con tamaña temeridad, porque el ejército de Buenos Aires aún mantenía los prestigios del terror; y bajo el lado militar se pensaba era una imprudencia grande, toda vez que al ojo menos superior aquellas fortificaciones y parapetos, y los mismos accidentes de la naturaleza elegidos, aparecían por más ventajosos y seguros de la victoria, que correr la ventura de un ataque en abandono de ellos, y á campo abierto; y hasta no podía faltar la voz del honor que se alzara en protesta, trayendo el grande argumento de que no era dable entre hombres de su clase quebrantar la fe de los tratados, pues que aún restaban siete días para que espirara el armisticio.

A recursos extraordinarios tuvo que apelar entonces Goyeneche y desplegar grandes esfuerzos y todas sus cualidades de hombre de habilidad é ingenio; y como era elocuente de natural, combatió, á su vez, una tras otra, aquellas alegaciones que inspiraban la prudencia, el honor y hasta el miedo; como que al reparo del armisticio pudo decirles tenía pruebas evidentes, entregadas por sus agentes y espías, de que Castelli estaba en vísperas de echárseles encima, cuya evidencia mejor eran aquellos avances que se hacían desde dos días antes, si acaso no conocían lo del manifiesto.

Mas, viendo que cuanto hacía por decidirlos sólo

era vano lidiar, porque la grande aventura que premeditaba amedrentaba á los suyos por su propia temeridad, Goyeneche, que más confiaba en el ardid y el juego de las circunstancias que en el valor de sus tropas, ante aquella irresolución por un lado y la victoria que columbraba segura por el otro, tomó el recurso extremo de la oratoria teatral, yendo á herir las pasiones más vivas del corazón humano; porque así, llevado de su calor y contrariedad, púsose dramáticamente de pie, con expresión airada y á la vez ofendida, echó en rostro á sus compañeros de armas, tantos de ellos hechuras de su favor, la inconsecuencia de su conducta, antes tan resuelta y ahora tan recelosa del peligro; y aquella ingratitud, sobre todo, para con su general que los había llenado de distinciones y honores al negarle ahora su adhesión y ese su arrojo y valor de que hacían alarde antes del peligro.

De obtener su propósito de arrastrar al ejército era inmensa la responsabilidad que echaba sobre sí, comprometiendo fuera de sus trincheras el único y postrer ejército que le quedaba á España en el Perú; porque de resultar un fracaso todo quedaba perdido y sin remedio. No era, pues, cosa de resolverla así no más, despreciando por una locura las ventajas desde tanto tiempo y con tanto empeño acumuladas. Pero Goyeneche, que no contaba con otra ruta de salvación, hizo su último esfuerzo, rematando aquella queja, irónica y patética á la vez misma, con una honda herida en el orgullo y la ambición de los suyos, pues, caso de no seguirlo, amenazólos con dar el mando de los cuerpos á los capitanes más antiguos, á los que aseguraba entusiasmarlos con su propia decisión y ejemplo, y con la promesa de elevarlos á los más altos rangos militares, mientras sus antiguos compañeros verían después de la victoria con amarga pesadumbre, la gloria y el honor coronando la frente de sus subalternos. [1]

---

(1) TORRENTE; *Obra* citada, tomo I, página 196.

Este discurso, tan ingeniosamente preparado, concluyó por arrastrar á todos, prometiendo seguir sin más recelo á su general; y Goyeneche, después de esta fatiga, impartió, inmediatamente, las órdenes para que, al romper el alba, se pusiera en marcha el ejército. Casi todo él estaba acampado entre el cerro de Vilavila y el Desaguadero, ocupando el centro, la derecha é izquierda de la montaña, ó sea la cima y ambas sus laderas; siéndole, por tanto, fácil avanzar por el camino de Huáqui ó por el de Machaca. Pero como Goyeneche sabía que Rivero entraría por más abajo del río, á cortarle su retaguardia, encargó de contenerlo al coronel Lombera, á quien, con dos mil hombres, ordenó se situara en la banda derecha del río á disputarle el paso. Puesta la defensa por allí, el ejército real se partió en tres columnas: la primera, al mando personal de Goyeneche y compuesta del Real de Lima, que era un cuerpo especial de puros españoles, de los regimientos del Cuzco y de Puno; del escuadrón de caballería de Tinta y los dragones de la escolta, que eran por todo dos mil, y cuatro cañones, tomó rumbo á Huáqui por el campo del Azafranal, entre los cerros y los bordes del Titicaca; la segunda, que debía marchar paralela á la suya, sierra de por medio, era compuesta de los cuerpos de Paruros, Abancay, Paucartambo y Arequipa, con otros cuatro cañones, estaba al mando del coronel español don Juan Ramírez y era destinada á entenderse con la vanguardia de Castelli, que acampaba en la desembocadura de la quebrada de Yuraicoragua, en el llano de Machaca; la tercera columna, en fin, al mando del coronel don Pío Tristán, primo hermano que era de Goyeneche, y como él, peruano, de Arequipa, marchando por las crestas de la sierra, debía caer en la boca opuesta de la quebrada, punto de conjunción con el camino de Huáqui y cuyas alturas debía guarnecer, ya que Balcarce la había dejado abandonada, con el fin de servir de apoyo á una ú otra división y aun para impedir, en su caso, la unión de los dos trozos

principales en que se hallaba torpemente dividido el ejército de Castelli. (1)

Como única medida de prevención había dispuesto Balcarce que todos los días, por turno, los ayu dantes de los generales treparan á la torre de la iglesia de Huáqui á observar al enemigo; y aquella mañana del 20 de Junio, el ayudante de campo de Castelli, don Máximo Zamudio, subió, al dar las primeras luces el día, á reparar con el anteojo si al pie de los cerros de Vilavila, ó por el raso del Azafranal, se movía el enemigo; pero como en aquella hora salieran muy abundantes vapores de la laguna Titicaca y fuera densa la niebla del invierno, nada pudo apercibir por aquel rumbo; cuando á eso de las siete de la mañana comenzóse á oir por el lado de la quebrada, donde estaba la vanguardia, el cañón retumbando entre los cerros.

Llegaba, al mismo tiempo, desde la fuerza destacada de sólo dieciocho fusileros, que se había puesto al término del Azafranal y que lo cortaba el morro de un cerro, el parte que hacía su jefe, don Alejandro Heredia, de que el enemigo, á paso de carga y en número mayor de dos mil hombres avanzaba sobre el cuartel general. (2) El asombro fué grande, pues que, no solamente no aguardaban el ataque, sino que los tomaba de sorpresa, desprevenidos, sin arreglo alguno, y, lo que era peor, separados á cerca de tres leguas de su vanguardia; por lo que se avino en que, supuesto que se cargaba sobre Huáqui, era de urgente necesidad, cosa en la que recién cayeron nuestros inocentes generales, ocupar y sostener el punto del morro que aparecía por sitio estratégico, así para contener el avance como para guardar el abra ó boca de la quebrada, pues estaba á su lado, y era la única vía de comunicación con la vanguardia, cuya artillería en función llevaba hasta

(1) TORRENTE, obra citada, tomo I.

(2) CARRANZA, citada, tomo VI, página 41.

Huáqui su estruendo, y adonde era necesario marchar lo más antes para reunir todo el ejército. Castelli, que por su oficio de generalísimo y doctor tenía menos quehaceres en el campamento, pasó con Monteagudo á las alturas del morro, en que estaba la avanzada, en tanto que Balcarce quedaba en Huáqui dirigiendo y acelerando el arreglo para la pronta salida del ejército; y allí tuvo el aviso que le trajo don Apolinario Saravia, ayudante de campo de Viamonte, de que también era atacada la vanguardia.

Todo fué entonces confusión y ansiedad.

Balcarce, como aturdido, sólo se limitó á contestar:—«Está bien,»—al parte de Viamonte, sin mandarle instrucción ninguna sobre lo que convenía hacer, ni siquiera indicar un punto para reunión, caso de que fueran derrotados; atinando únicamente á ordenar al coronel Bolaños, jefe del centro, marchara con el ejército á ocupar el punto estratégico de la avanzada, que era como un portezuelo que se dirigía del campo de Huáqui á la quebrada, mientras él corria solo á este punto en que asomaba el enemigo con la intención de unirse á la vanguardia por ser lo mejor del ejército y en quien tenía puesta toda su confianza. (1) Y como hubieran sido tomados de sorpresa, el descuido en que los halló el conflicto fué verdadera vergüenza; porque Bolaños, queriendo adelantar la artillería, se halló con que ni bestias tenía para tirarla, ni menos aún los indios que se empleaban en esta operación; y tras duras penas consiguió sacarla al campo de ejercicios. Pensaba en aquel sitio apropiado formar toda la división «para ponerla en el orden que debía para marchar á recibir al enemigo,» exhortándola y disponiendo su ánimo, cuando llegó orden del General de que se pusiera de cualquier modo en marcha.

«Con esta orden, tan ajena á todo militar» rompió la marcha; pero en tal confusión y desgobierno

(1) CARRANZA: *Archivo*, tomo VI, páginas 5, 70 y 219.

que, á seguir sus expresiones, iba la tropa saliendo «en chorro», y sin un oficial ayudante con quien impartir una orden; llegando al sitio necesario más de una hora después que Goyeneche operaba á su antojo, á la vista y paciencia de los generales que, casi solitarios sobre el morro de Huáqui, lo veían apoderarse con su caballería de ochenta hombres que traía á vanguardia y demás tropas, así de la puerta de la quebrada como de todas las alturas y puntos estratégicos; y á extremo tanto que no sólo quedó desde aquel momento cortada toda comunicación con la vanguardia, sino que ni Balcarce pudo llegar hasta ella, como pensaba, para dirigirla. [1])

Goyeneche, en cuanto vió asomar por las alturas del morro y que le quedaban á su frente las fuerzas de Balcarce, cuando desplegó rápidamente las suyas y formó su línea de batalla extendiéndola en el espacio que se comprende entre el camino de Huaqui y el abra de Yuraicoragua, asentando en este punto, que era como la clave de la victoria, el núcleo más respetable de sus fuerzas para mantener á todo trance la posición de su entrada; y cuyas alturas, para guardarlas mejor, coronaban ya las tropas de Tristán, que habían llegado por las cimas. En el mismo momento su artillería dió comienzo al duelo. Bolaños colocó la suya y sus tropas al pie y en las faldas del morro, que tenía á cincuenta varas el borde de la laguna, y á cuya planta corría el camino de Huáqui, desembocando en el campo del Azafranal con el fin de cerrarlo al enemigo.

Los cañones enemigos lanzaron sus balas rasas sobre este camino por el cual iban llegando las tropas de la reserva; y su efecto fué no otra cosa que el hacer replegar las tropas de Balcarce al interior del cerro, quedando apenas un cañón sobre el extremo del morro para respeto del enemigo. Pero el incesante fuego de cañón con que el ejército real sa-

(1) CARRANZA: *Archivo*, tomo VI, páginas 55, 70, 219 y tomo VII, página 287.

ludó la aparición de las tropas de Buenos Aires, obtuvo aún mayores logros; porque, por grandes que fueron los esfuerzos de los jefes, resultaron inútiles para que se pudieran formar en línea de batalla el regimiento de la Paz y las compañías de cochabambinos de que se componía toda la división, una vez que el desorden en que llegaban y su nula disciplina y espíritu militar tomó allí creces mayores con el pavor y miedo que iban cundiendo por su pecho (1).

Aquel ejército desordenado y de ánimo quebrantado y tímido desde antes de romper sus fuegos, pues hasta entonces sólo la artillería estaba en acción, comenzó á producir el más vergonzoso espectáculo; porque no fué sólo que alguno de los cañones quedaran inútiles á los primeros tiros á causa de su mal montaje, y que tanto acusaba el descuido del estado mayor, sino que, rotas casi todas las filas, oficiales y soldados se guarecían y parapetaban detrás de grandes peñascos que sembraban la cima del monte. Y no bien les fué dada la orden de romper el fuego de su fusilería, los que se hallaban guarecidos detrás de los peñascos, hiciéronse inmóviles como ellos, negándose á formar y herir al enemigo; y cuanto esfuerzo se hizo para arrancarlos de su sitio, inútil y vano fué; aún hasta el increíble extremo de no poderse arrancar á uno solo, no obstante haber golpeado sus lomos Bolaños con el sable hasta romperlo. (2) Unos gemían de que les dolía el pie; otros protestaban el no tener cartuchos, que, sin embargo, á vista mismo de Castelli los ocultaban ó arrojaban lejos; y otros la descomposición del arma, cuyos tornillos sacábanle con sus propias manos, á fin de mostrarla inútil; y otros, en fin, hasta arrojaban las armas y las municiones por tierra.

En medio de tales angustias aparecieron por los cerros vecinos soldados que bajaban, los cuales ve-

(1) CARRANZA: *Archivo*, tomo VI, página 55 y tomo VII, página 185.

(2) CARRANZA: *Archivo*, tomo VII, páginas 287 y 290

nían por derrotados de la vanguardia; y derramando en el campo la noticia funesta de que Viamonte y los suyos acababan de ser puestos en derrota, y su artillería prisionera del enemigo. Semejante noticia causó terror indecible en el ya apocado ánimo del ejército; y como al propio tiempo las columnas de Tristán comenzaran á bajar de las alturas para caerle encima, y á la vez Goyeneche cargara de frente con los suyos, el pavor no encontró ya más límite; y fué tal, que ni el Representante ni el General pudieron contenerlos; ni hubo voz, ni orden, ni razón que obtuviera obediencia, tomando aquellos hombres despavoridos por los cerros, á manera de cabras monteses ó como lo hacen sus vicuñas, para buscar cada uno á su arbitrio y propia cuenta, trastornando las cumbres, el camino de su salvación y de sus domicilios, como que todos ellos eran naturales de la región. (1) Y mientras esto hacían los más, varios piquetes de la tropa se pasaban, ahí no más, con toda infamia al enemigo; y aún volviendo las armas hicieron fuego sobre sus propios compañeros y oficiales. ¡Así se había inspirado en aquellas multitudes el amor á la libertad y la decisión por la causa!

Este desbande llevó también el desorden y envolvió la reserva que había llegado, la cual era compuesta sólo de indios armados de chuzos. Balcarce ordenó á su jefe, Montes de Oca, avanzar á salvar la artillería que había quedado allí abandonada; mas al ir á verificarlo, ya una división enemiga de quinientos hombres cargó sobre ella para impedirlo, entrando con esto en la reserva la misma confusión que habían sufrido las tropas de La Paz; y como el enemigo cargara también sobre ella, vino á darse asímismo á una ignominiosa fuga.

Todo esto pasó tan rápido que no duró más de un cuarto de hora. (2) Producido el desastre, los ge-

---

(1) CARRANZA: tomo VI, página 218.—Véase también el parte respectivo de Castelli.

(2) CARRANZA: tomo VII, página 220.

nerales no tiran más que á salvar sus personas, y toman igualmente la fuga; mas como fuera imposible el hacerlo por los caminos, que estaban ya en poder del enemigo, treparon, á su turno, los cerros para trastornar sus cumbres, buscando con las ansias más vivas alguna tropa siquiera de Viamonte ó de Rivero, á la vuelta de la sierra, á quien incorporarse; y de quienes no habían tenido, después del parte, noticia alguna de su suerte. (1)

El representante Castelli, acompañado de Monteagudo, su secretario, había sido el primero que, notando la mala suerte de nuestras armas, subiera al cerro de su costado á divisar si por el lado de la quebrada le venía el auxilio de Viamonte; y á poco no más de estar allí, llegó Balcarce y lo saludó diciendo:—«Estamos perdidos.» (2) Este general, sin cuidarse de lo que quedaba en el campo, ni dictar las medidas conducentes á contener los dispersos y dirigir, como era de su deber, una retirada en regla militar, había dejado á los jefes inferiores y á sus ayudantes de campo la misión que quizás halló harto indigna de él, de hacer la reunión de los dispersos y salvarlos; pero la derrota producida fué tan acabada y completa que las mismas partidas que estos tomaban para hacer la reunión, en vez de obedecer las órdenes, se dispersaban á su turno; y los generales quedaron, á su vez, con el oprobio de fugar del campo como escapados de presidio sin poder contar *ni con un solo soldado.* (3) Goyeneche, sin detenerse en el campo de su victoria, dirigió su columna á marchas forzadas á tomar y posesionarse del cuartel general de Huaqui, del que se apoderó sin oposición de ningún género; y á impedir toda reunión, lo que consiguió también merced á la celeridad de su avance que no dió tiempo ni lugar á medida alguna de

(1) CARRANZA: *Archivo*, tomo VI, páginas 6, 48 y 57.

(2) CARRANZA: tomo VI, página 57.

(3) CARRANZA: *Archivo*, tomo VI, páginas 212 y 224.

defensa. Todo cayó en poder del vencedor de cuanto constituía el lujoso tren del ejército de Castelli:—su artillería, sus hospitales, doscientos ochenta cajones de pertrechos, un armamento inmenso, numerosos acopios de víveres y doscientos cincuenta prisioneros. (1)

¡Y admirable vergüenza! Aquel orgulloso y soberbio Representante, presumido de su suficiencia militar á punto de no aceptar ni oir observación ni consejo en lo que obraba y tenía resuelto, miraba en un instante deshacerse sus planes más atrevidos en la política y en la guerra, quedando repentinamente desengañado;—y aquel General, educado en las escuelas de Europa, y bajo la dirección de Wellington, que era, después de Napoleón, el primer general del siglo, se dejaba sorprender á clara luz como en dormido; y que lo cortaran; y que le tomaran el cuartel general, sin salvar nada, ni aún su equipaje, teniendo que huir por los cerros y los campos en tan triste miseria y abandono que no halló ni una camisa que ponerse ni un solo soldado que lo acompañara; no mostrando, en tanto, ni siquiera la más pequeña inspiración que salvara aunque no fuera más que el honor de las armas; sin vérsele dictar ninguna providencia que revelara un pensamiento de gobierno ó de prudencia y acierto, dejando en manos subalternas el organizar la retirada, que ni alcanzó á producirse; y dando, en fin, por prueba de todos sus esfuerzos, de toda su táctica, de toda su experiencia en la guerra, ese ejército que personalmente había formado, organizado y había provisto y armado, que no pudo resistir ni un cuarto de hora, huyendo despavorido á la sola presencia del enemigo, escapándose y desapareciendo de entre las manos de su General como por obra de magia ó arte de encantamiento, y cual si fuera un puñado de moscas, con sólo la pérdida de dos muertos y de dos heridos! (2)

(1) TORRENTE: obra citada, tomo I.

(2) CARRANZA: *Archivo* citado, tomo VI, páginas 9 y 222.

V

COMBATE DE LA VANGUARDIA EN YURAICORAGUA

Las fuerzas encomendadas á Ramírez para atacar la vanguardia en la quebrada dieron con las avanzadas de Viamonte, que las divisaron al romper el alba; las que abandonando sus atrincheramientos se dirigían sobre ellas, marchando por el llano, divididas en tres columnas.

Al recibir Viamonte el parte de esta inesperada novedad dispuso en el acto que el jefe de las guerrillas, don Miguel Aráoz, con sus trescientos tiradores, se posesionara de un cerro que dominaba el camino. Más advertido y listo que Balcarce, había estudiado Viamonte la tarde misma de su llegada el terreno en que se establecía, y, en previsión de una sorpresa muy posible, tratándose de un enemigo que se lo tenía sólo á tres leguas, detalló el orden de formación que debía tomarse caso de que envistiera éste; merced á cuyas medidas, no bien se conoció su avance, cuando los toques de generala resonaron por el campo, y se logró en corto momento todo estuviera arreglado y en su puesto. [1] El grueso de la vanguardia salió entonces del seno de la quebrada al recibo del enemigo. Venía éste aún á legua de distancia, y Díaz Vélez, que mandaba la división de la derecha, recibió orden de avanzar á contenerlo; pero éste, en vez de obedecer, vínosele en antojos conferenciar antes con Viamonte para decirle era su opinión que, para frustrar los planes del enemigo, convenía retroceder y unirse con lo restante del ejército, pues no era de lo más cuerdo desamparar el centro y el parque de artillería, tanto más cuanto carecían de plan de ataque y de defensa y no tenían mandato de librar batalla por separa-

(1) CARRANZA: *Archivo*, tomo VI, páginas 68 y 69.

do, exponiéndose á ser cortados, y que parecía el enemigo estaba al cabo de la posición del ejército, dados sus movimientos; y, en fin, que era su fuerza poderosa y mayor que la suya, como que se le calculaba por más de tres mil soldados; y entrar en liza con él tan de plano, era aventurar la suerte de la acción. Pero Viamonte rechazó tercamente lo propuesto, y aun lo tomó por acto de debilidad, tratando á Díaz Vélez de cobarde, añadiendo para cortar la disputa:—«Yo soy el jefe y el que mando».

Y aunque todos han convenido después que la pérdida de la batalla fué debida á esta resistencia de Viamonte, bueno será decir en descargo suyo que mal podía contrariar las órdenes de su general, porque Balcarce le había señalado esa posición que debía conservarla; y si bien el inesperado ataque del enemigo estaba fuera de los cálculos del plan concebido, verdad era también que se le había dado el parte de lo ocurrido, y sin tomar disposición ninguna sobre ello, mandó decirle secamente:—«Está bien»; lo que parecía importar no se cambiaba de resolución, como que Balcarce no tuvo más anhelo desde entonces que unirse personalmente á las fuerzas de la quebrada para dirigir la acción. (1)

Avanzó entonces la columna de Díaz Vélez, que no era más que de quinientos hombres, apoyada por las guerrillas de Aráoz, y no sumando ambas fuerzas más de ochocientos soldados para detener la columna enemiga de tres mil hombres que se venía contra ellos.

Tomó sitio Díaz Vélez en una garganta emboscada de la misma sierra, contigua del campamento, y distante de él como diez cuadras; y, en cuanto la columna derecha de Ramírez llegó á distancia apropiada, avanzó intrépidamente hacia ella la artillería que dirigía don Felipe Lucena; comenzando en tal

(1) Carranza: *Archivo*. VI, 37, 48, 59, 254; y VII, 134 y 194. Balcarce, en su confesión, dice: que Viamonte no podía hacer otra cosa que conservar su posición: primero, porque eran las mejores tropas y, segundo, porque tenia la más pesada artillería y por no dejar cortados á los cochabambinos.—VI, 219.

momento un horroroso fuego desde las líneas patriotas, que lanzaban sobre los soldados del Rey tan nutridas descargas de fusil y de cañón, y «tal lluvia de granadas de mano,» que el desorden y los principios de la derrota comenzaron á sentirse en las filas enemigas. Para conseguir se pronunciara la victoria decisivamente, Díaz Vélez, en aquella tan delicada situación, mandó por refuerzos, á fin de cargar sobre el enemigo y acabarlo, pues al presente sus fuerzas, aunque denodadas y casi victoriosas, no eran suficientes para tanto; y aquel era el momento feliz, pues que se mostraban los enemigos revolviéndose á guarecerse en las filas de su reserva; pero Viamonte, por no sé qué hado fatal, no solamente se abstuvo de cargar con el resto de las fuerzas en momentos tan oportunos en que el enemigo vacilaba, sino que negó los auxilios reclamados; siendo por tal manera que Ramírez, que no cesaba en sus apuros de mandar parte sobre parte á Goyeneche, pidiéndole socorro y protección, tuviera tiempo y medios para reorganizar sus fuerzas derrotadas y conducirlas nuevamente al combate. (1)

Y como fueran los peruanos hombres muy diestros y prácticos en lo de trepar y correr sobre montañas, viéndose tan quebrantados y deshechos, aprovecharon aquellos instantes que les dejaban respirar, para correr precipitadamente y escalonarse en la sierra, dejando el llano de Machaca, que hasta entonces habían traído en su marcha. El cerro á que tiraban de ganar, formaba ,á la vista de la posición de Díaz Vélez, un seno á manera de semicírculo, posición en extremo excelente, que ya Viamonte, viéndola, había dado cuenta de ella al doctor Castelli, sin que se tomara, sin embargo, determinación sobre el punto.

Dueño, pues, el enemigo de esta posición, pudo rehacer en ella sus deshechos batallones, y parapetados como los argentinos en los repliegues que ofre-

(1) CARRANZA: *Archivo*, tomo VI, página 87 y tomo VII, página 134; declaraciones de Moldes, Albariños y Monteagudo. tomo VII, página 60.

cían sus accidentes, renovóse allí la lucha, trabándose la más encarnizada y tenaz de las batallas; y tanto, que Viamonte no conoció acción más formidable, ni pudo menos el general Ramírez de admirar en ella y reconocer, oficialmente luego, el denuedo y la bizarría con que se batieron las tropas argentinas. (1)

Tampoco en estas circunstancias quiso entrar en la liza Viamonte; sus fuerzas quedaron siempre en esa larga distancia, negándose á sostener con todo el resto de su ejército á Díaz Vélez, que por segunda vez destrozaba al enemigo; porque sólo limitó su concurso á enviar desde su sitio continuas partidas sueltas á guerrear con el contrario, las cuales llegaban y se dispersaban en seguida, como que temían estrellarse contra fuerzas mayores; mientras él, al propio tiempo que inutilizaba de esta suerte y por trozos sus batallones, pasaba el mejor tiempo en hacer practicar evoluciones y tocar la música. Las guerrillas y estos destacamentos comenzaron á flaquear, y Viamonte envió en su apoyo dos compañías. A poco rato mandó á Díaz Vélez saliera á protegerlas con un cañón y dos compañías; mas ya también cuatro piezas de la artillería, en un fuego que se sostenía por cerca de cinco horas, quedan inutilizadas; comenzando así, donde sobraba el valor, á faltar los elementos; porque también las piedras para inflamar la pólvora de las armas de fusilería se agotaron por haber sido mal provistos, mandándose á pedir al campamento; y como si no los hubiera allí, fué necesario sacarlas de las que guardaban los soldados de la reserva, desgracias ambas que acusaban las faltas del estado mayor, del cual era Viamonte el jefe.

No fué parte tampoco á mover su actividad y aprovechar un tiempo que era sin duda tan precioso, acometiendo con todo su poder al enemigo, que ha-

---

(1) CARRANZA: *Archivo*, tomo VII, página 108 y tomo VI, página 285. LÓPEZ: *Historia Argentina*, tomo III, página 603.

bía repetido sus muestras de debilidad, el haber don Apolinario Saravia, de regreso de Huáqui, adonde fué enviado á dar el parte del ataque, avisado á Viamonte que ya no había esperanzas por aquel lado, ni de auxilios, ni de órdenes del General, porque los enemigos, en número de dos mil hombres, se habían apoderado ya de la boca opuesta de la quebrada, quedando así cortada la vanguardia del resto del ejército.

Temiendo esta desgracia, y como un consejo de la prudencia, había ordenado Viamonte, al iniciarse la batalla, quedara en la quebrada con un batallón el mayor don Matías Balbastro, mientras el ejército avanzaba á formarse en línea de batalla más al llano. Balbastro mandó al capitán don Eustoquio Moldes al extremo opuesto de la quebrada para examinar si acaso venía por allí el enemigo, Moldes trepó en aquella parte las cimas de los cerros que miran á Huáqui y la laguna, y observó el ataque de Goyeneche al ejército de Balcarce, y cómo sus fuerzas se apoderaron de la boca ó el abra de Yuraicoragua, interceptando la comunicación. [1] Luego no más, trozo crecidísimo de enemigos se vió venir con dirección á la quebrada, no siendo otro que el ejército ó la columna misma de Goyeneche que, una vez desocupada de Balcarce, venía ahora á participar de la batalla que se sostenía al opuesto extremo de la sierra. Sus primeras líneas se dieron sobre aquellos mismos cerros con dos compañías, una de éstas los pardos de Córdoba, y los jinetes de Moldes, trabándose en aquellas plataformas nuevo combate de avanzadas. Fácil le fué al enemigo posesionarse de las alturas, á pesar de la resistencia ofrecida; y aunque Balbastro, que observaba como jefe desde el fondo de la quebrada, mandó batir al enemigo con cuatro compañías más, siendo inmensamente superior la fuerza realista, derrotó y avasalló cuanta resistencia

(1) Carranza. *Archivo*, tomo VI, página 85.

se le hiciera, dispersándose por los cerros los vencidos, sin recibir auxilio de Balbastro, que emprendió su marcha de incorporación á Viamonte. [1]

Pero la columna enemiga, siguiendo invencible por entre las cumbres de la sierra, logró el propósito que la llevaba, el que no era otro que flanquear las fuerzas de Viamonte mientras Ramírez sostenía de frente el combate; porque, estando comprometidas casi todas las fuerzas y su resto aniquilado en las refriegas parciales con que el General quiso sostener la acción, y Ramírez á punto de ser nuevamente rechazado, comienza por las alturas y aun por sobre la cabeza de la división de Díaz Vélez, á mostrarse y descender la montaña la columna de Goyeneche; llevando ventaja, no sólo en el número, sí que también en el terreno de la montaña, muy difícil para ser recorrido por los soldados argentinos mientras que los peruanos obraban en él con admirable seguridad y rapidez. Cubriéronse muy luego las alturas y los flancos de enemigos cuya numerosa cantidad tomaba el proceso de la avalancha.

Su presencia inesperada y la grandeza de su número hicieron comprender á todos que se hallaban envueltos por dos ejércitos, los que calculaban subían á seis mil hombres; y como la lucha se les revelara con esto racionalmente inútil, temiendo la cautividad, si no la muerte segura y sin beneficio, echaron, pues, á huir cerros abajo, desgajándose de ellos con una precipitación tanto mayor cuanto que cargaba ya sobre ellos el nuevo enemigo.

Dispersábanse de esta suerte los batallones en un mismo instante. La artillería, que tanto lustre había dado á la jornada, yacía abandonada por allí, y su intrépido jefe, el comandante Pereyra de Lucena, herido de muerte al pie de sus cañones. Se miraban, al fin, y con rabioso dolor, esterilizadas cinco horas de una lucha heroica y desde un principio desigual;

---

(1) CARRANZA: tomo VI, página 35 y tomo VII, página 152.

pero siquiera se salvaba el honor de las armas argentinas.

Díaz Vélez soportó el fuego y sostuvo la posición hasta que fué imposible más. Y viendo que sus soldados, en fuga, tomaban desbandados el camino de Jesús de Machaca, cruzó á gran galope en su caballo, solo, el campo de batalla, dejando en él á Viamonte, sin aguardar sus órdenes, con el último resto de fuerzas que le quedaba, mientras él acudía media legua á retaguardia á contener la dispersión.

Para mayor contraste, los que bajaban derrotados de los cerros, llevados por el impulso de la carrera y del pánico que les apresó el espíritu, embistieron por ambos lados de la línea de Viamonte, y aun por su centro, para tomar unos el camino de Machaca y otros incorporarse á sus filas, siendo los menos. Y fueron sus resultas, muy luego, que envolvieran el último batallón en el desorden. El enemigo no paraba; y como notara que el desorden y confusión se producían en las últimas tropas que restaban á Viamonte, y aun hasta el desbande, como que nada menos que nueve capitanes huyeron vergonzosamente de sus filas abandonando la tropa y buscando su salvación en Jesús de Machaca, cargó con todas sus fuerzas Goyeneche sobre las líneas de la Patria; y no obstante hallarse éstas, por tantas desdichas juntas, reducidas á sólo trescientos soldados, de orden de Viamonte hicieron el último esfuerzo con honor, porque recibieron el asalto del enemigo con un fuego tan firme y tan horroroso de fusil y de cañón, respondiendo al no menos copioso que lanzaban sobre ellas las fuerzas realistas, que lograron contenerlo é intimidarlo.

Pero Goyeneche, aunque parado con nota de cobardía ante aquel último puñado de héroes, ocupaba el campamento patriota de la quebrada, sin que cesara por ello el fuego, incendiando las tiendas que la impericia del General no había mandado abatir al iniciarse la acción ni puesto en salvo los artículos de que estaba lleno. Y como al corto momento vol-

viera su fuego á arreciar y dominara desde las alturas en su poder el campo de batalla; notando además Viamonte que la dispersión y desorden crecían en sus filas, como era imposible resistieran más doscientos cincuenta hombres á seis mil enemigos, ordenó la retirada, con la cual medida llegó al colmo el desbande de su gente; mas, por dicha, había mandado con anticipación al lado de Machaca á don Miguel Aráoz para que contuviera los dispersos. Allí también se hallaba en idéntica operación Díaz Vélez.

Por aquel mismo rumbo, pues, de Jesús de Machaca emprendió Viamonte la retirada, con tal ineptitud y desacierto que olvidaba á sus espaldas la artillería. (1) Quedaban cincuenta muertos en el campo de batalla, habiéndose perdido más de seiscientos que se dispersaron, entre ellos, gran cantidad de aquellos oficiales que no hacía más de tres días tanto baladronaban de su valor, tachando de cobardía hasta la más sensata prudencia; nueva y tristísima prueba de la indisciplina y espíritu de insubordinación que caracterizó desde un principio la oficialidad del ejército auxiliar del Perú, y de los cuales no se vería libre hasta ser consumido por ellos nueve años más tarde.

Siguió Viamonte por aquel camino buscando su incorporación con Díaz Vélez que media legua á retaguardia contenía la dispersión. Afortunadamente, el enemigo, aunque no suspendía sus fuegos mientras le eran eficaces, ni persiguió ni hizo movimiento alguno, quedando estacionado en los cerros.

Tal era el corazón de Goyeneche y tal el nombre y fama que desde Suipacha mantenía en los pechos peruanos el ejército de Buenos Aires.

El vencedor no hizo más por el momento que ocupar la boca de la quebrada, donde fué el campamento patriota.

Unidos Díaz Vélez y Viamonte, pensó de pronto el General hacer nuevo pie en aquel sitio, para una

---

(1) *Partes oficiales*, tomo I, página 188.

vez organizadas sus fuerzas renovar la batalla, siendo ya las once de la mañana. No se contaba para ello más que con mil quinientos hombres. Faltaban muchos; pues aquella tropa, sin enflaquecer ni un momento su grande espíritu, sintióse todavía, á pesar de tanto contraste y fatiga, con la misma resolución, mostrando su entusiasmo y bravura al repetir con frecuencia al paso de sus jefes:—«¡Que vengan, señor; que vengan!»

Sin embargo, no aceptaron los generales sacrificar inútilmente aquellos bravos que la Patria necesitaría para después; y como en los mismos intantes se dispusiera Goyeneche, desde la quebrada, á iniciar un nuevo ataque, conociéndose la enormidad de su número y la pérdida sufrida por la dispersión, que mermaba el ejército en un tercio, se comisionó á don Apolinario Saravia fuera hasta Jesús de Machaca, en donde se le suponía á Rivero, en busca de su caballería para auxilio, cuyo polvo se divisaba en lontananza; medida eficaz pero tardía, que, á su tiempo, hubiera dado mayores frutos. Mientras tanto, retrocedió Viamonte con el ejército tres leguas á retaguardia, donde acampó sin ser perseguido, en espera de los cochabambinos, y formando nueva línea de batalla [1].

Tal fué la batalla del Desaguadero, que llamaron de Huáqui los españoles; y así acabó y dió término aquella famosa expedición de 1810. Así fué también como quedó vencido aquel orgulloso ejército, que llevaba en sus sienes los laureles de Buenos Aires y de Suipacha, por unos hombres como los peruanos que, en su mayor parte, por la primera vez conocían la guerra, y á quienes se tenía con ostentación en un profundo desprecio; y tanto, que se prometía vencerlos aun contra la voluntad de Dios.

El ejército, pues, quedaba de esta manera deshecho y vencido; la Patria humillada; el prestigio de

(1) CARRANZA: *Archivo* citado, tomo VI, páginas 29, 72, 163 y 234 y tomo VII páginas 91 y 92; y partes de Díaz Vélez á la Junta.

la revolución perdido, y los odios sembrados en el seno de aquellas poblaciones antes amigas.

Todos echaron sobre los hombros de Viamonte la responsabilidad de esta segunda desgracia, y no lo fué sin razón, porque de haber retrocedido al primer anuncio de la presencia del enemigo para reunirse con la segunda mitad del ejército que iba á ser sorprendida en Huáqui, ó de haber en su mismo campo cooperado con mayor diligencia acudiendo con todas sus fuerzas en el momento que el ala derecha enemiga retrocedía en derrota sobre las reservas de Ramírez, y empeñado sobre esta primera ganancia la batalla en toda regla y poder, parece, sin duda, hubiera dado cuenta del enemigo. Pero no lo hizo entonces y aun no lo hizo después.

Su táctica fué permanecer en su primer sitio, sin comprometer la reserva ni una sola vez en cinco horas de fuego, hasta que fué allí mismo atacado; sólo lanzando compañías sueltas contra un enemigo tan superior que las deshacía al llegar. Con sistema tan extraño no logró otra cosa que debilitarse progresivamente, haciéndose batir las fuerzas en detalle. Pasaron, de tal suerte, cinco horas de reñido fuego en que ni vencía ni era vencido, dando lugar por esto á la conjunción de los dos ejércitos enemigos; cuando de haber empeñado la batalla en un principio, pudo probablemente él no ver realizada esta concentración temible, que era la ruina inevitable del adversario que la sufriera.

VI

LA RETIRADA DEL DESAGUADERO

Nada halló el emisario de Viamonte en Jesús de Machaca; como que esa misma mañana, de orden de Castelli, Rivero había salido á ocupar su puesto en San Andrés, sobre el río, punto distante ocho leguas del teatro de la batalla. Pero el estruendo del cañón,

rodando hasta aquella distancia al través de los cerros, retumbaba en sus oídos desde por la mañana; y como el tiempo corriera y no recibiera órdenes contrarias, ni noticia de nada, obedeciendo á su propia inspiración, dió la vuelta en auxilio del ejército que se batía.

Así, pues, todo fué digno de lamentarse de cuanto ocurrió en aquella jornada, donde todo hubo menos unidad y cabeza.

Después de las cuatro de la tarde apareció Rivero con su caballería y en el momento mismo en que, reanimado el enemigo, daba los primeros movimientos para comenzar nuevamente el ataque contra las fuerzas de Viamonte replegadas. Mas apenas los apercibieron desembocando en la pampa de Chibiraya, por donde vino Ramírez, cuando, suspendiendo su propósito, tocaron sus clarines á retirada y los peruanos de Goyeneche emprendieron á «subir como unos gamos por la cima». Rivero avanzó su caballería, penetrando hasta el interior de la quebrada, donde Goyeneche había asentado sus columnas y había sido el campamento patriota; y aprovechando del terror que les causara, los persiguió con intrepidez, hasta conseguir, después de lanzarle algunos tiros de cañón, ganarles la cumbre, á la vez que los enemigos se replegaban sobre los cerros que miran á Huáqui. Entraba ya la noche; y no queriendo malograr la fogosidad y buen espíritu que con el buen suceso iniciado mostraron sus cochabambinos, pidió á Viamonte el auxilio de algunos fusileros para continuar la refriega. El General se lo negó, observando no era hora ya de empeñar una nueva acción, y que en vez de esto se replegara á su campo y se reunieran. (1)

Por aquella misma hora de la noche tuvo Viamonte, y por la primera vez, noticia de la derrota de Balcarce; y así le pareció nada tenía ya que aguar-

(1) *Partes oficiales*, tomo I, página 150.

dar en aquel sitio, ni contar con más fuerzas que con las suyas, tomando, en consecuencia, la resolución de ordenar la retirada hasta Jesús de Machaca, seis leguas á retaguardia. Ni era dable tampoco el permanecer en aquel desemparo; porque, como por la impericia del General nada se había salvado del campamento, todo había quedado allí perdido y saqueado ó quemado por el enemigo,—tiendas, ropas, víveres, municiones, cuanto era necesario para resistir, dándose el caso tristísimo, que unía pena y vergüenza á la vez, de que aquella tropa se hallara sin tener ni qué comer, ni con qué abrigarse, clavada en aquella pampa abierta, en plenitud del invierno, sin un pan ni una manta con que cubrirse del frío, que era aquella noche acerbo.

El campo se levantó, pues, y comenzó la marcha en silencio á eso de las seis, que ya era plena noche. Pero la retirada fué hecha con tal precipitación, incuria y descuido, ó desconocimiento de las mejores reglas militares, que los soldados, amparados de la obscuridad, se desprendían de las filas é íbanse quedando en los ranchos que se sucedían de distancia en distancia, por ambas orillas del camino, entretenidos en ellos unos, agobiados otros por el cansancio, y otros, en fin, por lo desconocido que les era la región y por la falta de guías prácticos en ella, pasaron por uno y otro lado de Jesús de Machaca, siguiendo adelante y por su cuenta. Vino de esto que los generales llegaron á la población designada con muy pocos, y á extremo tal, que al amanecer el siguiente día, dado el toque de generala, de los dos mil cuatrocientos que por lo menos partieron con su general la noche anterior, apenas se halló Viamonte con doscientos hombres; habiendo contribuido á tan completa dispersión, además de las causas apuntadas, la noticia que adquirió por allí el ejército de que Balcarce había sido completamente derrotado en Huáqui, con lo que se perdió ya toda esperanza, huyendo innoblemente muchos oficiales, y, por tanto, apoderándose de la tropa con tal ejemplo un terror extraordinario.

La misma caballería de Cochabamba que escoltaba el ejército, y bien montada, había sufrido merma igualmente grande aquella noche también, á extremo de no contar con más de doscientos jinetes.

Porque habiendo seguido el representante Castelli y el general Balcarce su fuga por los cerros de Huáqui, pensando dar á la vuelta de la sierra con Rivero ó con Viamonte, habían trastornado la montaña llegando á las cercanías de Jesús de Machaca á laya de peregrinos, aislados de toda comitiva, al cerrar la noche; y, como no encontraran vestigio alguno de la gente que buscaban, se confundieron grandemente y en la cruel incertidumbre en que quedaban de la suerte del ejército de Viamonte, sin hacer más diligencia acordaron de retirarse por senderos extraviados y difíciles, temerosos de ir á parar á manos del enemigo, y hasta dar con algún punto en que, teniendo noticias ciertas del ejército, pudiera hacerse la concentración de fuerzas; notando recién ahora cuánto era lo que valía en un general fijar, á debido tiempo, el punto de reunión para un caso adverso. Tomaron el rumbo hacia La Paz, por donde vieron se encaminaban los dispersos, y dejando sólo por donde pasaban la nueva de haber sido vencidos.

Al amanecer, pues, el 21 de Junio, en vez de acudir al toque de llamada que se hacía en la plaza de Jesús de Machaca, el General veía por todos los caminos que salían de ella para el este, norte y el sur, cómo se dispersaba la tropa sin poderla por ningún esfuerzo contener; y avivaba más esta desgracia la voz que se propagaba por instantes de que el enemigo venía sobre ellos, y á más que se había apoderado de la artillería, cuya salvación se había confiado á la caballería de Rivero.

Con todo esto, se vió por necesario continuar la retirada, la que se hizo con la misma turbulencia y el mismo desorden que el día anterior, «dejando abandonados en el campo todos los cañones y sus enfermos en el pueblo». [1]

---

(1) *Parte* de Rivero.

Mas ya las primeras partidas de dispersos que durante el combate habían emprendido la fuga, sin obedecer la orden de parar en Machaca, habían, de paso, saqueado esta población, ejemplo terrible y pernicioso que puesto el 21 al venir el día, de patencia á los ojos del grueso de la tropa, dió ésta á su turno en idéntico escándalo. Desde entonces toda subordinación quedó rota y perdida y destruidos todo gobierno y autoridad en el ejército, que marchaba casi de su cuenta y antojo, convertido en monstruo terrible de destrucción y violencia por todos los pueblos por que pasaba; viéndose á los soldados burlarse de los oficiales, y á éstos mostrando grandísimo desprecio por sus jefes. Por grupos tomaron, y á su riesgo, el camino que los conducía á sus respectivos domicilios en las provincias interiores; y como el eco y anuncio de sus desmanes y violencias precedía á su paso, las poblaciones á que arribaban, ya prevenidas de lo que eran aquellos huéspedes, quedaban desiertas; porque sus habitantes, justamente temerosos de la soldadesca desenfrenada y de sus excesos, abandonaban sus hogares, llevándose á ocultar entre las breñas de las montañas vecinas, sus familias, sus recursos y sus ganados; viéndose, por ende, los soldados, iracundos y hambrientos, obligados á apoderarse por la fuerza y como de bienes de enemigo de cuanto les sorprendían, y aun dando la muerte, á las veces, á sus dueños.

Además de todo esto, los enemigos de la Patria, que habían retornado á sus domicilios, alzado como había sido ya por la Junta su confinamiento, airados y ansiosos de vengar la ofensa sufrida y de ser útiles á su rey y señor natural, y viendo propicias las circunstancias para una reacción armada, tentaron hasta quebrantar y seducir el ejército en retirada, produciendo con este fin sediciones populares en diversos pueblos del tránsito, como fué en Caracollo, Sica-Sica y Oruro.

Recorrióse de esta suerte, en marchas y contramarchas, por espacio de diez leguas sobre durísimo y áspero camino entre las sierras, llegando hasta la

altura comprendida entre Laja y Viacha; punto en donde pareció imposible contener la tropa. Los medios hasta entonces empleados de guardarlas con centinelas extraídos de los supuestos más fieles y subordinados; de tener avanzadas y retenes y grandes guardias, llegaron á ser ineficaces; porque, no sólo estaban agotados completamente los recursos de cabalgaduras y víveres, y la falta de gobierno y autoridad permitía que cada uno se los consiguiera por su cuenta y en donde pudiera, sino que la marcha era forzada, se la llevaba de día y de noche, como que de Viacha á Calamarca recorrieron nueve leguas así, desde el anochecer hasta las tres de la mañana, rindiendo con esto la postrer resistencia de tantos soldados, que llegaban con los pies rotos é hinchados, sin poder más seguir al ejército á semejante paso y por tal camino.

Tentóse en Viacha el último artificio á que puede llegar un general desprestigiado y en desgracia para reconquistar la autoridad perdida sobre sus soldados; y que es, si no el saqueo de las poblaciones, la seducción por el dinero, y éste fué el recurso á que se echó mano; porque sabiéndose que de allí á seis leguas, en Ventilla, se encontraba el gobernador de La Paz, don Domingo Tristán, con cien mil pesos que para auxilio del ejército se habían enviado de Potosí, se le mandó pedir su auxilio pecuniario, el que llegó, además de pan y aguardiente para la tropa, repartiéndose cuatro pesos por plaza, pudiendo llegar con esto hasta Calamarca, en donde, sin embargo, alcanzó á su mayor grado la insubordinación. Porque ya no era la tropa simplemente que se desbandaba, sino los mismos generales que reñían; como que Díaz Vélez determinó pasar adelante, cansado quizás de la pesada irresolución de Viamonte y contrariando sus órdenes, partiendo esa misma madrugada bajo el pretexto de juntar dispersos. El mayor don Toribio Luzuriaga y otros oficiales, con grupos de soldados de sus provincias, salían á esa misma hora y de su propia disposición á continuar la mar-

cha; los que, alcanzados é intimados de que retrocedieran, echaron no más al desprecio la orden del general y siguieron, disculpándose con que el enemigo, á lo que decían sus creencias, caería sobre ellos aquella misma noche; y tomaron el camino de sus provincias, guiando á sus propios soldados, paisanos suyos, en busca y hasta dar con sus deseados domicilios.

A tal extremo, pues, había llegado el quebranto de la autoridad del general Viamonte; y antes que verse desamparados hasta de los últimos y más fieles soldados que aún les quedaban, dobló Tristán, que temblaba por su patria, La Paz, la generosidad de su bolsillo; como que les repartió de su propio haber dinero en considerable cantidad y aun ofreció á cada soldado un vestuario nuevo y un peso diario fuera de sus sueldos, durante el tiempo que por allí permanecieran; mas nada fué bastante á contenerlos, porque no es con el cebo que se consiguen defensores de la patria, sino con las virtudes cívicas y militares, que aquel ejército había perdido con anticipación, cuando la corrupción de su oficialidad carcomió sus resortes.

En tales circunstancias llegaron partes de La Paz pidiéndoles protección, pues la ciudad se hallaba presa del mayor peligro. La noticia de la pérdida de la batalla había hecho tomar la fuga á las autoridades; el populacho en desenfreno y especialmente los indios ó campesinos insurreccionados habían asesinado al marqués de San Felipe y á otro europeo; habían aprisionado á cuanto español no logró escapar á tiempo de la ciudad, estando las cárceles repletas de ellos; y aún no contento su furor patriótico, fueron muchos como en comisión á solicitar de Tristán licencia para degollarlos á todos. (1) Para evitar tamaños excesos resolvió Viamonte, con la poca gente que aún tenía, ir en protección de La Paz, entrando en ella la tarde del 25 de Junio entre el regocijo general.

Pensábase allí, calculando por la opinión del país,

(1) *Partes Oficiales*, tomo I. página 180.

hacer pie y resistencia, cuando el día 29 llegó un emisario de Goyeneche, que acampaba no más que á trece leguas, en Tiaihuanaco, intimando la rendición de la ciudad. Todo proyecto de oposición hízose por tal motivo inútil y aun imposible; y como las fuerzas presentes, por otra parte, no eran para resistir, emprendieron la marcha para Oruro, retrocediendo hacia el sur, sin haber recogido hasta aquel momento noticia alguna del paradero del representante ni del general en jefe.

Entre tanto, las tropas dispersas completaban de prevenir al país en contra de la suerte y reputación del ejército. Aquellos hombres, transformados así en una especie de bandas temibles de foragidos, cometían en todos los pueblos y lugares del tránsito toda suerte de excesos, robando, incendiando, violando las casas y aun matando á los que salían en defensa de sus propiedades; y como de preferencia tomaron las casas de negocio, ó sea las pulperías, en busca de licor, salían de ellas ebrios, aumentando esta circunstancia la gravedad de sus excesos; porque eran soldados desertados del ejército que marchaban á su arbitrio y armados, sin jefes ni oficiales que los contuvieran, ni menos que alcanzaran á reprimirlos; que si alguno, por casual motivo iba con ellos y pretendía volverlos al orden, ó no le obedecían ó volvían las armas contra él.

Subieron tales excesos á su colmo el odio ya sembrado por el ejército en aquellos pueblos del Alto Perú y que se hizo general contra nosotros, mirando á Buenos Aires y al rey como á dos enemigos á quienes había que temer y de quienes defenderse, ú optar por el menos perjudicial y temible. Pero también es justo recordar, en paliativo siquiera, si no cabe acaso justificación de tamañas desdichas, que ellas vinieron en gran medida de la manera inhumana y cruel con que aquellas poblaciones recibieron los dispersos; porque, deliberadamente y por impulso de instinto propio, que es en aquellas gentes del Perú natural y famoso, negaban todo auxilio, aun lo que la caridad

y la misericordia enseñan al corazón de todo hombre justo, lo que exasperó á aquellas tropas á punto que emprendieron tomar por la fuerza, y más allá de lo necesario, lo que la hospitalidad y la compasión les negaban. Y como al lado de la necesidad, que disculpa el avance al derecho, se ocultaban y obraban á la par los malos instintos de la plebe, como lo era el robo, y de que estaba formada la totalidad de la tropa, y hubiera el ejemplo y prédica irreligiosa borrado en muchos los respetos que impusiera en sus almas la religión, echáronse también éstos sobre los bienes de fortuna, sin respetar ni lo que se tenía y aún se tiene hoy por santo entre los pueblos cristianos; como que saqueaban las preciosidades de las iglesias, desapareciendo así los cálices, las patenas, los copones, que eran fabricados en oro, por lo regular, con lo cual, la nota de heregía se confirmó una vez más con grave desprestigio de las armas argentinas.

Era de esta suerte como precedía al ejército esta vanguardia terrible, al mismo tiempo que la noticia de su derrota por todos los pueblos de la comarca, con el recargo de la prisión de los generales Viamonte y Díaz Vélez. Estas voces las iban recogiendo á su paso el general Balcarce y el representante Castelli, que seguían como peregrinos después que por allí pasaron tan poco hacía con una arrogancia y soberbia ostentosas, disponiendo de la suerte de veinte mil soldados y aun de la de todo el país para mostrar ahora el burlesco revés de la fortuna. Así arrastraron su humillación hasta que, llegando á Sica-Sica y dando con grupos de tropa dispersa, pretendieron organizarla y de nuevo dirigirla; y como para colmo de su desencanto y desprestigio «no pudieron reunir un solo soldado», [1] por haberse alzado en abierta sedición el pueblo fomentado por los parciales de Geyeneche, y tan amenazadora, que se vie-

(1) CARRANZA, *Archivo*, tomo VI, página 57.

ron obligados á marchar precipitadamente á Oruro, después de haber andado desde Huáqui sesenta leguas entre humillaciones y peligros.

Mas no bien llegados á aquella ciudad, pensando hallar en ella un momento de descanso, trataron de reunir víveres, numerario y otros auxilios para el ejército, que se ideaba reorganizarlo allí, y fracasaron de nuevo en la empresa; porque los oficiales que llegaban, como en Viacha, y las tropas que los seguían, no paraban allí, si no que seguían la marcha, sin más oir á los generales, que habían perdido ya hasta la sombra de lo que había sido en otrora autoridad en ellos; siendo tal la deserción, que se fugaban á su presencia compañías enteras.

Notando este tan lastimoso estado en que yacían los jefes patriotas, los enemigos ocultos trataron de servir á Goyeneche, valiéndose de tan favorable coyuntura, é intentaron nada menos que asesinar al Representante y á Balcarce, ó al menos prenderlos, para lo que levantaron en asonada la población el 4 de Julio, como á las dos de la tarde, y muy seguros de lograr su intento, pues eran momentos de tan profunda crisis, que los jefes argentinos apenas contaban para su defensa con una guardia de confianza de catorce hombres. El populacho acrecentó su furor cuando notó contaba en su favor con el apoyo de un batallón de potosinos que se encontraba allí. Fué el caso que se amenazó al pueblo amotinado con hacerle fuego si no se retiraba. Pareció lograrse en un principio, pues retrocedió á la plaza; mas cargó luego sobre el cuartel, donde el batallón de Potosí seducido dejóse arrebatar las armas de las manos.

Castelli y Balcarce no tuvieron más que embestir á caballo, pistola en mano, la multitud enfurecida, protegidos por su débil guardia; y excusando calles huyeron de Oruro, bajo la lluvia de piedras y la gritería con que los despacharon, y del fuego que les hicieron hasta más allá de los arrabales, más de doscientos de los sublevados.

¡Tal y tan grande era también la odiosidad que habían sembrado!

Tomaron el camino de La Plata, porque era este el único punto que les quedaba como oportuno para reunir las fuerzas; y en el espacio de veinte leguas que durante aquella terrible noche recorrieron, un solo pueblo no hallaron que les mostrara semblante amigo: que los que salían á su encuentro era para arrojarlos ó maldecirlos. Fueron al fin alcanzados por un enviado de Díaz Vélez que, mientras esto pasaba, había penetrado á Oruro con cuatrocientos hombres y puesto en orden las cosas, reuniéndose allí también Viamonte. Era esta tropa, en su mayoría, de porteños que, más disciplinados y también más odiados que sus compañeros de armas y menos conocedores de aquellas regiones tan lejanas de Buenos Aires, se sentían obligados á correr la suerte unidos.

A este núcleo de fuerzas se plegaron otros hasta llenar el número de setecientos soldados, todos ellos armados, volviendo entonces á tomar las formas de un ejército.

Retrocedieron, pues, á Oruro, Castelli y Balcarce; y unidos todos emprendieron el 9 de Julio la retirada con más orden á Chuquisaca; porque el enemigo con sus progresos amenazaba por allí, llegando á La Plata el 19, donde pudieron, al fin, fijar el cuartel general y dar comienzo á la remonta del ejército, que alcanzó en breves días á novecientos soldados.

El general don Juan Martín de Pueyrredón, que era á la sazón presidente de Chuquisaca, había tenido la idea, desde que supo la derrota, de marchar á Potosí y fijar allí el cuartel general é iniciar la defensa; porque era aquella ciudad y sus cercanías, punto por excelencia estratégico para conservar la posición con probabilidades de éxito al frente del enemigo, y por otras muchas razones de la mayor consideración, así políticas como militares; que de no verificarlo así, quedaban aquellas provincias sin defensa y sin respeto, entregadas repentinamente al enemigo victo-

rioso. Tenía además Potosí grandísimas dificultades para hacer contra él una campaña ventajosa; porque era sumamente frío y completamente estéril; sin recursos de ningún género, ni pastos siquiera para las bestias; y su terreno quebrado y difícil, por lo que parecía de muy fácil defensa. Su banco, su casa de moneda, sus minas de plata, su numerosa población y sus ricos vecinos eran otras particularidades de no pequeño interés para conservar su posición; y era, por último, el camino más obligado para que pasaran los dispersos que bajaban al sur. La parte patriota de la población deseaba á su vez esta medida, y tanto, que el mismo regidor de Potosí pasó á Chuquisaca, enviado por su Cabildo, á pedirle á Pueyrredón ocupara y defendiera la ciudad.

Pero con la llegada del doctor Castelli se retardó, obstaculizando este plan, que en aquellos primeros momentos parecía, sin duda alguna, eficaz y salvadora medida; porque al Representante se le ocurrió fijar en Chuquisaca el cuartel general y punto de reunión, por de pronto. Pero procurando aquella medida, en la junta que celebraron los jefes en Chuquisaca, se acordó dirigir á Tarija al coronel Montes de Oca para levantar fuerzas, enviándose á Potosí solamente trescientos en su auxilio. Dispuso, además, Castelli pasara Díaz Vélez á Cochabamba con un cuadro de oficiales, en donde se había retirado Rivero y amenazaba en esos días al ejército real con las solas fuerzas de su provincia, y para que tomara la dirección de esta campaña.

Después de todo esto recién salió Pueyrredón con destino á Potosí. «Ciento cuarenta jóvenes de La Plata formaron una compañía de granaderos y se ofrecieron á Pueyrredón para conducir la artillería y pertrechos y á cubrir la retaguardia de los derrotados, que se encaminaban á las provincias del sur. Renunciando gustosamente las comodidades de sus casas, abrazaron los trabajos de la vida militar los más decentes, los que habían concluido sus estudios en los colegios, y algunos recién orlada su frente

con las borlas de doctor». [1] Lo demás de la fuerza expedicionaria no pasaba de seiscientos soldados, que era casi todo el ejército que quedaba; y con ellos entró á Potosí el día 4 de Agosto. Mas aquel pueblo, como lo hicieran antes Oruro, Sica-Sica y otros del Norte, se sublevó también, pero con un poder y de una manera terribles, pues era más populoso y de mayor poder; frustrando con ello los planes arreglados; porque todos los atropellos y violencias que aquel ejército venía cometiendo habían adelantado sus ecos, y aquella población pensó iba á ser dada igualmente al saqueo por la soldadesca desenfrenada; temores que atizaban y engrandecían los muchos realistas que prodigaron su oro y que habitaban en aquella ciudad, la que tomó su defensa por su propia cuenta, que hartos motivos tenía para creer en tales desgracias. El 5 de Agosto, la riña de un soldado de Pueyrredón con un hombre del pueblo, señaló el principio de la lucha.

Los cholos, numerosísimos allí, y que era el elemento que los agentes de lo tramado tenían dispuesto para echar de la ciudad á Pueyrredón y el ejército, cayeron sobre las tropas, produciéndose un choque sangriento y terrible. Inútiles fueron los esfuerzos de Pueyrredón para salvar el orden. Cien soldados fueron sacrificados por la plebe enfurecida y doscientos cholos quedaron en las calles desangrados y sin vida.

Grandes fueron también los servicios que con sus esfuerzos prestó en esos momentos el doctor don Juan José Castellanos, capellán del ejército, luchando entre los combatientes para contener el ejército en su desbande y á la plebe en su furor; [2] y viendo Pueyrredón la oposición cuánto era de violenta, resolvió abandonar la ciudad, salvando de la Casa de

(1) URCULLU—Entre otros estaban don Pedro Buitrago, don Hilarión Fernández y don Manuel Dorado, que figuraron después.

(2) Fué uno de los personajes más esclarecidos del clero de Salta; y á más de capellán del ejército, fué Provisor y Gobernador del Obispado después.

Moneda medio millón de pesos y teniendo á esfuerzos de valor que escapar de la plebe que los seguía atacando.

Continuaron en marcha, así, aquellos destrozados restos de lo que había sido el orgulloso ejército de la Junta, seguidos de los odios y las maldiciones de los pueblos: cosecha tristísima y funesta de la licencia y de la indisciplina de su oficialidad y de la ineptitud é impericia de los que fueron sus jefes. Así llegaron hasta Caisa, donde se juntaron al ejército Castelli y Balcarce que, por diverso camino, sin tocar en Potosí, se encaminaban á Salta. Goyeneche, que no se atrevió á perseguirlos ni un día, como temiendo malograr su victoria, puso ahora en juego las artes que tuvo siempre entre manos; pues había despachado órdenes á los partidarios suyos que tenía en Chichas para que, cuando desprevenidos los jefes derrotados pasaran por allí, un alzamiento inesperado en favor del rey en aquella región les cortara el paso; mas quiso la suerte que el subdelegado del partido descubriera é hiciera abortar el plan. (1)

Al arribar á Tupiza, donde demoraron corto tiempo, los alcanzó la tardía resolución del gobierno por la que separaba al doctor Castelli del mando.

Desde Mojo los generales se adelantaron y el ejército, al mando de Bolaños, continuó su marcha hacia Jujúy; dando aquí término á la retirada del Desaguadero, la más desastrosa y la más cruel que hasta el presente hayan hecho los ejércitos argentinos, dejando en las poblaciones que la sufrieron como un azote, negra memoria de su paso.

VII

CONSECUENCIAS DE LA DERROTA—JUICIO SOBRE CASTELLI Y SU MUERTE

A la manera que acontece siempre cuando el pueblo es herido de sorpresa por las grandes calamidades públicas, la nueva del desastre del Desaguadero

(1) TORRENTE: *Obra citada*, tomo I, página 199.

arrancó un grito universal de indignación y de dolor, condenando por culpables de torpeza á los jefes que habían dirigido la campaña; y la venganza pública pedía á grito herido se los procesara y se los castigara con toda la severidad que reclamaban sus faltas. Ni nadie podía explicarse la adversidad de nuestras armas cuando hasta esa hora habían merecido toda la confianza de la Patria. «¿Qué era, gran Dios, lo que había sucedido? En aquel momento nadie podía explicarlo, nadie lo sabía, nadie lo comprendía. ¿Cómo era, Señor, que los vencedores de Suipacha podían haber sido destrozados en un instante, precisamente cuando contaban sus filas aumentadas con catorce mil guerreros más que habían tomado las armas para defender su independencia?.» (1)

Conmoviéronse hasta los cimientos de la libertad; un estupor profundo cubrió las almas patriotas de desaliento y de sombras, como que se creyó todo perdido en el primer momento, y, lo que era peor, en los pueblos desde Tucumán al norte, que tanto habían contribuido con sus hombres, sus recursos y su entusiasmo á fortificar la expedición de la Junta, ofendidos todos y pesarosos de la aventura en que por la torpe ineptitud de los generales se habían malogrado tantos sacrificios y ventajas, viendo reinar, en cambio, tanto desorden, tanto daño y tanto escándalo en una zona de quinientas leguas en que ellos se contaban, comenzaron ya algunos de sus hijos á ver en Goyeneche el *ángel de la paz.* (2)

Este, por su parte, era aclamado por sus parciales por vencedor y restaurador del orden y de la paz en los pueblos, llamándole la lengua aduladora el *Héroe Americano*; (3) el virrey de Lima, con justo regocijo, celebraba la victoria, batiéndose medallas para premiar y conmemorar el suceso, ascendiéndo-

(1) López, *Historia Argentina*, tomo III, página 582.—Suplemento de la *Gaceta* extraordinaria del 26 de Julio de 1811.

(2) Gambón, *Historia Argentina*, página 42.

(3) *Partes* oficiales, tomo I, página 161.

se á generales á aquellos compañeros de Goyene che que, como Ramírez, Tristán y Lombera, habían comandado los cuerpos del ejército en la jornada; entretanto que el gobierno español, en Cádiz, honraba al general Goyeneche con el título de Conde de Huáqui.

La derrota había sido tan grande, y sus consecuencias alcanzaron á ser tan enormes, que cumple el confesar nos fué esta campaña del *año diez* la más desastrosa y malhadada de cuantas hemos emprendido hasta la fecha; porque nos ha sido ella la guerra más cara, la que nos ha costado mayor pérdida de territorio, igual en medida á la mitad de la patria, si bien se considera que, desde la época aquella, todo el país comprendido desde las lindes septentrionales de Jujúy hasta las del Cuzco, que lo era entonces argentino, no volvió á serlo otra vez; porque nuestras armas, á pesar de sus empeños repetidos por quince años en recuperarlo, no lo llegaron á alcanzar.

Perdiéronse, pues, las provincias de Potosí, de Charcas, de Cochabamba, de Santa Cruz y de La Paz, y, siguiendo su ejemplo, lo sería poco más tarde la de Tarija; y como también se perderían las de la Banda Oriental y el Paraguay, todas por los desaciertos políticos y militares que, como éste, iremos revelándolos á medida que avance sus pasos esta historia.

El doctor Castelli, que guió tan desgraciadamente las cosas, pasaba de esta vida, un año después, el 12 de Octubre de 1812, en Buenos Aires. Fumando un día, llego á asentar distraídamente la parte encendida del cigarro en la lengua, la que, aunque quemada levemente, dió, sin embargo, motivo para que se hiciera su llaga incurable, apareciendo en ella la gangrena.

Y como le fueran ineficaces á su mal los remedios comunes, echaron mano por último recurso los facultativos al extraordinario medio de la amputación; y aquella lengua, que había derramado las pri-

micias de la defensa de la patria en el Cabildo de Mayo; que tanta verbosidad había manejado en la tribuna de la revolución al través de ochocientas leguas recorridas en honra y favor de la libertad, y á la cual, en esta hora de su paz, tanta blasfemia se atribuía vertida por ella en los pueblos del Alto Perú, cesó de aquel modo el más doloroso su movimiento y función, sirviéndole á la postre al doctor Castelli para que bebiera por ella una muerte atroz.

Y, si entramos ahora á juzgar su obra política y militar, no encontraremos sino que fué ella también un doble descalabro; porque á ella debióse que se cortara en Suipacha las alas á la victoria; que el enemigo destruido se rehiciera levantando de sus restos despreciados cuerpo robusto y poderoso; que se burlara á su antojo hasta completar su arreglo, y embestir y sorprender con ignominia un ejército que hacía días lo tenía á la vista. A su obra debemos se prolongara por quince años una guerra que pudo haberse terminado pronto y felizmente; de sus manos nació el primer ejemplo de la anarquía, que sirvió de semilla funesta para la insubordinación de los ejércitos; él inició una guerra social y religiosa, concitando contra la revolución los dos grandes enemigos: el interés de la conciencia y el del orgullo; y no obstante que, al penetrar en el Alto Perú, el clero y la nobleza parecían en gran parte aliados nuestros viéndose hasta los obispos salir á la puerta de las ciudades á recibirlo, tuvo él la peregrina habilidad de sólo atinar á enajenarse su voluntad y apoyo, apareciendo ante aquella gente devota y aristócrata como el capitán de una legión de demonios que habían emprendido la obra infernal de echar por tierra todos los arraigados privilegios sociales en favor de las clases inferiores, como todos los símbolos y creencias que estaban acostumbrados á adorar.

Desde entonces había que luchar, no sólo ya contra el rey de España, sino contra el odio y el fanatismo de los pueblos; y el doctor Castelli, que bajaba en aquella hora tan temprana al sepulcro, bajaba

también cargado de sus maldiciones. La historia no encontrará en él más que al político inepto que no supo despertar ni conservar la opinión pública en favor de la causa; al procónsul soberbio que no tenía más fe que en su suficiencia personal, negándose, como un dios, á oir y meditar sobre lo que era razón para los demás hombres; al general conspirador que atizaba en el ejército la rebelión contra el gobierno que había confiado á su honor la conducta y destino de sus armas; al patriota de grande entusiasmo, mas sin las grandes virtudes cívicas, que suplantó los intereses personales y de partido á los sagrados y más puros de la patria. Y como los pueblos olvidan muy pronto sus desgracias para no pensar más que en sus glorias, bueno es volver sobre ellas para que se las tenga siempre en memoria, que mucho es lo que enseñan las lecciones de la adversidad.

CAPITULO XIV

La Junta Gubernativa

SUMARIO:—I Organización de la Junta Gubernativa; sus defectos y su personal.—II Don Mariano Moreno, jefe del gobierno. III Moreno, el político.—IV Campaña del Paraguay.—V La política del terror.—VI La constitución y la organización del país. VII La anarquía en el seno de la Junta.—VIII Los diputados del Interior. IX La obra de Moreno; su muerte. X Actitud de Montevideo.- XI Creación de la escuadra; combate naval de San Nicolás. -XII La guerra con Montevideo.—XIII Disolución de la Junta.

I

ORGANIZACIÓN DE LA JUNTA GUBERNATIVA

Suspendiendo ahora un espacio la narración de los acontecimientos que vinieron después de la derrota del Desaguadero, como consecuencia suya, en el Alto Perú y en las provincias del norte, bueno será volvamos los ojos al lado de la capital, que era á la vez teatro de otros no menos gravísimos sucesos.

Los que habían dirigido los acontecimientos del mes de Mayo hombres eran que por la primera vez ensayaban sus talentos en la vida pública; y, precipitados y sin experiencia, ni habían acertado á organizar el debate, asegurando el triunfo en la asamblea del 22, conseguido al acaso y sólo por aventura; ni una vez derribado el gobierno español acertaron tampoco en substituirlo de la manera más cabal y perfecta; porque si bien se tuvo la suerte, venida de las propias circunstancias, de haber elegido á Buenos Aires por el asiento del gobierno, por estar las provincias habituadas á verla como su capital, sin temores ni celos; y tenía esta ciudad los mayores recursos en población, riquezas y comercio; y eran en ella los progresos de la civilización superiores al del resto

de los pueblos, y á su lado tenía el mar para darse en comunicación con las potencias europeas; y distaba también, más que ninguna otra, del enemigo común que amenazaba del Perú, con lo que consiguió ofrecer sitio resguardado y seguro para sus funciones de cabeza en la dirección del país;—cometióse el error de poner el poder ejecutivo en manos de muchos, con lo que venía á obstaculizarse la acción del gobierno por la discusión y á poner diariamente en riesgo los secretos de estado.

Esto venía de que se había tenido por bueno imitar lo que sucedía por aquellos mismos días en España, donde las juntas populares, reemplazando al rey, formaban el gobierno de cada ciudad alzada, no habiéndoles servido de nada para el caso ni la filosofía política ni la historia. Al antiguo virrey, con todos los caracteres que la experiencia y la razón lo habían rodeado para hacerlo fuerte y respetable, la revolución no había dado en substituirlo con una autoridad que, teniendo todas las virtudes de sus prestigios, tuviera también las de la popularidad y de la adhesión á la causa americana. Sobre los despojos del jefe único, había levantado un monstruo de nueve cabezas, sin considerar que sólo en Dios, por infalible misterio, la pluralidad de las personas no destruye la unidad del pensamiento, de la acción y del gobierno. La anarquía y el desorden á que se dió lugar, desde luego, y que funestamente había de prolongarse en sus consecuencias hasta setenta años más tarde, fueron pecado de su origen.

Apenas si se rodeó al presidente de la Junta de los mismos honores de que gozaban los virreyes como cabeza del gobierno y representantes de la autoridad, y que no eran más que ceremonias y meros aparatos para mantener al pueblo en los respetos debidos, como eran el usar la carroza oficial, y el tener escolta de honor en su casa y para seguir donde quiera su persona, y que los tambores y clarines de los cuarteles tocaran dianas á su paso, y tuviera en las ceremonias públicas un lugar de honor, y firmara él

solo con el secretario las decisiones de gobierno; lo cual era por entonces bueno y conveniente, pues cuanta menos alteración sufriera el antiguo orden de cosas, más cuerda y prudente aparecía la política, dando así menos motivos de alarmas y disputas, despreocupando á los hombres de atenciones de otro orden que la salvación de la revolución. Era esta la política que pedían aquellos primeros días; y la reforma puesta en el ejecutivo, multiplicándolo y en los momentos más críticos y azarosos, dió parto á un gobierno débil de constitución y semillero que fué de infinitos males.



D. CORNELIO SAAVEDRA

En posesión de estos honores, el presidente de la Junta, que era hombre grave y circunspecto como también entrado en años, ponía todo su esmero en llevarlos con la más cumplida corrección y propiedad, no sólo por corresponder así á la dignidad del cargo que representaba, mas también por ser aristócrata de costumbres y de raza, y noble de muy historiado origen. Era este personaje el coronel del cuerpo de Patricios, don Cornelio de Saavedra, cuyo nombre se vinculaba á las épocas más remotas del pueblo argentino, como que venía por línea de varón, del célebre Adelantado de los tiempos del descubrimiento y

conquista, don Hernandarias de Saavedra; y aunque nacido en Potosí en 1760, era, por lo demás de los casos y en cuanto cabe á afectos, vinculaciones sociales y lazos de familia, porteño y no potosino; porque trasladado á Buenos Aires siendo niño de siete años, allí permaneció por el resto de su vida, estudiando en el colegio de San Carlos, que había en esta ciudad, y profesando la carrera de las armas tanto por afección de espíritu como por tradición, y casándose allí también. Viniendo de tales antecedentes, había sido educado al calor de todas las preocupaciones de rango y calidad que nacían de la sangre, y con los que formaban sus hijos los nobles de aquellos tiempos; como á la vez misma, con las virtudes del honor, del carácter y de la delicadeza moral que tanto precio tenían en el alma caballeresca y entera de nuestros antepasados; y como su posición, por razón de casa, fuera en la sociedad y en el estado distinguidísima y prominente, ocupó así lugar entre la clase española más vanidosa y de mayor orgullo aristocrático, por lo que fácilmente le vinieron, como por natural añadidura á su clara posición, el desempeño, que era honroso favor, de repetidos cargos públicos durante la administración española.

Ascendiendo por esta escala en el mundo de la figuración política y militar, le tocaron los sucesos de las invasiones de los ingleses, que le dieron, merced á estas bases y á sus grandes virtudes de ciudadano, el puesto, después del de Liniers, el más distinguido y notorio del virreinato, y que él aprovechó, no para saborearlo en su propia satisfacción, sino para rendir á su patria los servicios más grandes y valederos.

Comienza, pues, aquí á destacarse su figura en la guerra, como que regresando del camino de Montevideo, en 1806, en cuyo socorro iba con Liniers, una vez que la plaza cayó en poder del inglés Achmuty, trajo para la defensa de Buenos Aires cuantas armas, artillería y útiles de guerra halló en la Colonia. En esta primera campaña, que se llamó de la Reconquista, había ganado Saavedra grado muy alto en el

concepto público, y más principalmente en la tropa; porque, siendo de carácter moderado y su ánimo lo bastante sereno y despejado para poder desempeñar con lucimiento las funciones públicas de su empleo, mostró en la campaña pecho esforzado é intachable manejo, todo lo cual, ayudado del entusiasmo que engendra la victoria y del genio particular que dirige á ciertos hombres privilegiados para cambiar la voluntad de la masa popular en dócil instrumento suyo, y que felizmente se reconcentraban en Saavedra, hicieron, luego no más de la victoria, que el jefe de las tropas porteñas se transformara en el caudillo prestigioso y amado, por quien el pueblo se sentía seducido á darle toda su confianza, como le tenía dada ya toda su adhesión y su afecto. Y esto se probó cuando el año siguiente, como amenazaran los ingleses con una nueva invasión, se trató de organizar en toda regla las milicias del país, y yéndose á nombrar el comandante del cuerpo de los Patricios, que lo formaba toda la juventud artesana y plebeya de la ciudad de Buenos Aires, cuya oficialidad, como era de uso y de ley militar, salía de la clase decente, resultó de la votación, «como el más digno», don Cornelio de Saavedra, no obstante el fraudulento enredo que los enemigos de la causa de América hicieran para favorecer un otro, en presencia de lo cual, los que perdieron protestaron, y Liniers, sometiendo la elección á la aprobación de las tropas populares, la vió producirse en una aclamación universal. (1)

Desde esta hora, Saavedra no es ya tan solamente el jefe de las milicias cívicas de Buenos Aires, sino más que eso; es mucho más: el caudillo idolatrado, cuyo predominio iría echando hondas raíces en el corazón del pueblo, porque así lo permitirían los acontecimientos venideros y sus servicios. Y este ejército, que más que hueste militar era masa popular y en-

(1) MITRE: *Historia de Belgrano*, tomo I, página 171.

tusiasta con arreglo bélico y tendencias ciudadanas, le pertenecía así por el deber de la disciplina militar como por la voz del corazón. La importancia de este personaje apareció por indiscutible, poderosa y sin rival. Por ende, debían en adelante depender igualmente de su voluntad la resolución de los sucesos públicos.

En este puesto, durante la segunda invasión de 1807, mandaba la vanguardia del ejército de Liniers, toda ella de patricios; y como la victoria cubriera con sus alas la suerte de sus armas en la defensa de la capital, rindiendo á nueve mil ingleses, salvando á Buenos Aires de ser posesión británica, y á la patria, en general, amenazada en su independencia, y fueran los patricios con su jefe quienes se llevaran la gloria de la jornada por su heroísmo y brillantez de la defensa, recibió Saavedra las felicitaciones de Liniers, el general en jefe; y luego le llegaron, en pos de ellas, las de los Cabildos de toda América, como que, á más de los de las ciudades argentinas, las tuvo de Méjico, de Bogotá, de Caracas, de Quito, de Lima, de Chile y de todo el Alto Perú. [1]

Tras estas luchas con el extranjero, dos años más tarde, en 1809, se presentaron con todo su ardor las que encendieron argentinos y españoles entre sí, disputándose el gobierno del país; y como ya esto lo narramos anteriormente, sólo diremos del caso que salvó esta otra vez las libertades públicas, corriendo y desarmando á los españoles que tenían ya el triunfo á medio conseguir; y que en 1810 dependió de él la suerte feliz de la revolución, no sólo por haber prestado todo su concurso y el del ejército para apoyarla, sino que, con su prudencia, evitó fuera el paso prematuro y se malograra quizás la empresa, y también que la ascensión del pueblo argentino al poder, símbolo vivo de su libertad, no fuera manchada con ninguna gota de sangre ni violencias deshonrosas, in-

(1) NÚÑEZ: *Obra* citada, página 444.

clinando las corrientes de las fuerzas por sus más honorables senderos. Con todo esto era, pues, cuando se le eligió para que presidiera el gobierno de la revolución, el ciudadano que por entonces presentaba mayores y más brillantes servicios á la libertad de la patria. Para la conciencia de sus parciales, para el pueblo, para el ejército, y principalmente para los jefes militares, por orgullo de clase, «Saavedra era el autor de la revolución, el padre de la patria, el único en quien se cifraban todas sus esperanzas». (1) Y aunque el diente voraz de sus enemigos, ofuscados más tarde por las pasiones de las luchas que vinieron, trató de desconocerle todo talento y valor, llegando el dejo de su maledicencia hasta nuestros días, su conducta política y militar en los grandes sucesos que dejamos recordados, que salvó con tanta gloria y felicidad, serán ante la historia su mejor defensa; y en cuanto á su valor personal imposible es no apreciarlo cuando se le mira al frente de su legión de patricios, expuesto con ellos á los peligros de la guerra. Ni el pueblo, tan celoso del valor, le hubiera entregado su confianza y amor si hubiera dado en él con señales de cobardía. Su valor moral, aquel temple y fortaleza de ánimo tan poco seguro de encontrarse en la generalidad de los hombres, y que flaquea tanto cuando es fuerza habérselas cara á cara con el gobierno, mostró cumplidamente él poseerlo en toda su grandeza, cuando la víspera de la revolución, encarándose personalmente con el representante oficial del despotismo, y encabezando contra él la sublevación del ejército de que era jefe, viendo que todos callaban, llegó á decirle:—«¡Cómo, señor! Cádiz y la isla de León son la España? ¿Este inmenso territorio, sus millones de habitantes, han de reconocer la soberanía de los comerciantes de Cádiz y pescadores de la isla de León? No, señor; no queremos seguir la suerte de España, ni ser dominados

(1) NÚÑEZ: *Obra* citada. página 189.

por los franceses; hemos resuelto reasumir nuestros derechos y conservarnos para nosotros mismos. El que á V. E. dió la autoridad para mandarnos ya no existe; de consiguiente, tampoco V. E. la tiene ya».

A más del Presidente, la Junta Gubernativa contaba entre sus miembros con uno que, por su honorabilidad, su patriotismo y sus virtudes, había llegado á eminente entre sus compatriotas, y lo era el doctor don Manuel Belgrano. Había hecho sus estudios de leyes en España, y una vez terminados dió la vuelta á Buenos Aires, su patria, donde había nacido el 3 de Julio de 1770, con el empleo de Secretario del Consulado de Comercio, donde siguió los estudios de humanidades, á que era muy dado, y en especial de la economía política, que había hallado de moda en Europa y empezaba á colocarse entre las ciencias como ramo de novedad. Hombre abnegado y generoso, Belgrano amó á su patria ejemplarmente, mostrándose útil á ella, trabajando por todos los adelantos que hicieran su prosperidad; y en cuanto asomó en el horizonte la lejana estrella que anunciaba hallarse próxima la hora de la emancipación, este varón justo y sin egoísmo, trabajó cuanto era dable á sus fuerzas para conseguirla, aun redactando periódicos para infiltrar disimuladamente en las conciencias los principios que debían afianzarla, y cuya propaganda podía tolerar el despotismo reinante; y se contó entre los que desde 1807 comenzaron á confabularse para hacer estallar la revolución cuando llegara la hora propicia.

Venía, pues, al gobierno con todos estos antecedentes de pureza y de parcialidad sincera por la causa, figurando, también, como jefe de un regimiento de patricios; porque, obligado su patriotismo á defender la independencia de Buenos Aires en 1806, había trocado las borlas de doctor por los galones de coronel; y cual si tuviera un presentimiento de los intereses que muy en breve había de poner en sus manos el destino, se entregó con empeño á instruirse en las máximas de la guerra, estudiando sus libros,

pues era de aquellos hombres singulares que no pueden permitir que por su falta padezca en nada la causa pública, y que si entran á los empleos lo es para servir al país, mas no para medrar en ellos.

Del doctor don Juan José Castelli mucho hemos dicho ya y todo de cuanto es digno de memoria; y en cuanto á los vocales don Manuel Alberti, cura de San Nicolás, y don Domingo Matheu, no puede decirse de ellos otra cosa, aparte de su calidad de partidarios, sino que nada significaban en el gobierno y que ningun mérito contaban tan sobresaliente y notorio para tanto lustre, ni con fuerza alguna contribuían, á no ser que el uno representara, por mero aparato, el gremio clerical, y el segundo, como catalán, al peninsular adicto á la reforma, cosas ambas de muy poca cuenta; siendo, además, Matheu, revolucionario acérrimo y católico cerrado. Ni era mucho más meritoria la personalidad de don Miguel Azcuénaga, aunque sí tenía mayor figuración social, pues era coronel y miembro de familia de calidad de Buenos Aires, y había hecho sus estudios en España, abrazando por afición la carrera de las armas, contando á la sazón unos cincuenta y seis años de edad.

Aunque español, como Matheu, don Juan Larrea era de una parcialidad muy notoria y decidida por los argentinos y llevaba al gobierno dotes y elementos de primera consideración; porque era una de las figuras más descollantes del comercio de Buenos Aires; y como armador gozaba de grandes y valiosas relaciones y de un inmenso crédito su firma. Fué, pues, que atendiendo á estas sus notables condiciones, la Junta le encomendó el gobierno y dirección de la hacienda; pues hombre de mucha práctica en los negocios y de una exquisita sagacidad en política, mucho podía servir; y, en efecto, así lo fué en las grandes aflicciones pecuniarias de la revolución. Su voto, por lo tanto, vino á ser de grande peso en los acuerdos de gabinete. [1]

(1) Núñez: *Obra citada*, página 249.

Después de aquel grupo de hombres sin historia, que llenaban cuatro bancos de la Junta, sobresalían dos abogados, que eran de lo más encumbrado del foro de Buenos Aires, y á los cuales se les había confiado las secretarías: don Juan José Passo y don Mariano Moreno. Ambos eran porteños. Passo nació en 1758, y era, por tanto, en 1810 ya de edad madura. Tenía un busto pequeño y de formas delgadas con su cara de mula, larga, insípida, de nariz estirada y ojos pequeños; pero era grande y espaciosa su frente, pues flaqueaba mucho de cabello. Sus grados de doctor los había recibido en Charcas, circunstancia que se tenía por mucha honra en aquellos tiempos; y, siguiendo en el ejercicio de su carrera, alcanzó á cimentar fuertemente su crédito de buen abogado. Y como hubiera participado de los primeros en los trabajos secretos para el derrocamiento del gobierno español, y grande y lucida hubiera sido también la influencia de su palabra en el debate memorable del 22 de Mayo, donde su peroración acertada á las circunstancias logró decidir en el sentido de la ley la suerte de la revolución, pudo su nombre presentar ante el pueblo un cúmulo de méritos y servicios que lo indicaban como de los dignos para ocupar una de las sillas del nuevo gobierno y con el mejor derecho. Llegaba así al gobierno por su valer propio y sus servicios definidos; y una vez en él, de buena utilidad serían sus conocimientos legales, que de toda suerte empeñarían las necesidades de la nueva vida; mas, por lástima, era Passo de tan poco carácter y de un tan débil temperamento, que carecía por completo de las energías varoniles necesarias para cumplir con el deber y salir con honor en los pasos difíciles de la vida, que aun los entusiasmos de la naturaleza los ahogaba su natural timidez; y todo á extremo tanto que entre los que formaban y rodeaban por aquellos días el gobierno, era «el más propenso á sacrificar su razón y su conciencia cuando fuese necesario para la seguridad de su persona». [1]

(1) NÚÑEZ: *Obra* citada, página 249.

Don Mariano Moreno, muy al contrario de Passo, pecaba por el extremo opuesto; pues su energía y resolución pasaron de poderosas á indomables.

Joven de treinta y dos años cuando los ímpetus de la revolución lo elevaron al poder, tenía ya labrada en Buenos Aires, y aun en mucha de la extensión del país, fama de abogado y de pensador en materia legal, sin émulo que obscureciera su nombre, tanto en la capital como en las provincias, si es que exceptuamos á Villota, que bien podía ser su rival en lo forense, y á don Pedro Vicente Cañete, cuyo renombre, adquirido con toda justicia, de sabio en el derecho, era el lujo y el oráculo que reinaba en Charcas. Moreno, pues, constituía la inteligencia más famosa de la capital, como que era el porteño más sesudo, el más instruido, y el más capaz y elocuente, y la mejor pluma también con que contaba Buenos Aires en aquellos días. Esta su fama desde hacía poco había trascendido del recinto en que actuaba y se había extendido á más lejanos confines con la defensa muy celebrada que hizo ante el gobierno de la libertad del comercio contra los privilegios de que se habían rodeado los comerciantes de Cádiz con detrimento de los mayores intereses mercantiles nuestros, y abogando, al efecto, por los hacendados de Buenos Aires; porque, no sólo sus argumentaciones fueron contundentes, robustas, y copiosas, mas también lo fueron expuestas en un estilo que tocaba las alturas de lo clásico por lo sobrio, por lo claro, por lo elegante y hermoso, dentro de su misma é inalterable gravedad. Y como el éxito había coronado felizmente su obra y la libertad comercial conquistada por los esfuerzos de su elocuencia y talento, halagaban los intereses de un inmenso país, el nombre del triunfador resonó en la misma medida de la grandeza del beneficio.

Su figura robusta, de presencia simpática, aunque el orgullo y el despotismo que engendró su temperamento fueron grandes, remataba en un rostro hermoso y ovalado, de gesto grave y de aspecto se-

rio, que tenía las mejillas llenas, aunque perdida su suavidad por la viruela, y animado de una mirada vigorosa. La boca la tenía pronunciada, con el labio inferior sobresaliente, aunque no grueso; y sus ojos eran de tajo regular, con sus cejas finas de arco perfecto, y su nariz larga y elegante; notándose en sus facciones todas las líneas correctas, cuyo conjunto revelaba marcadamente el tipo español. Altivo por temperamento y soberbio por situación, «se distinguía también por cierto énfasis caballeresco y doctoral, que sostenía siempre con aplomo y con denuedo». Nada podía arrancársele por la fuerza, y sí mucho



DOCTOR DON MARIANO MORENO

por el buen modo, porque tenía en el fondo un corazón bueno. Pero su constitución física era de sensibilidad tan impresionable, que le constituyó uno de los caracteres más pronunciados y visibles con que se distinguía. Siendo su memoria tan feliz, cuéntase «que desde sus primeros años recitaba piezas enteras de poesía y capítulos completos de muchas obras en prosa», y que lo hizo, á más de su talento, tan aventajado en los estudios, que aprendió el latín con toda corrección, en el cual hablaba como en la propia lengua.

Residiendo en Chuquisaca el tiempo que le fué ne-

cesario para cursar en la Universidad, como fuera por carácter circunspecto y digno, y poı convicción y afecto devoto sincero de la fe católica, tanto que su familia alcanzó á abrigar el pensamiento de formar de él un doctor de la Iglesia, contrajo y estrechó vínculos de la mejor amistad con el canónigo doctor don Matías Terrazas, Deán de aquella Catedral, varón opulento, docto y entendido, natural de Cochabamba, y en cuyo cerebro soplaban las ideas modernas; el cual tenía una biblioteca que encerraba lo que por entonces constituía verdadero tesoro literario, como que contaba en sus estantes con las obras más en boga y más atrevidas del liberalismo español y francés, que, á manera de carcoma silenciosa y paciente, estaban transformando lenta y sigilosamente la conciencia de toda la juventud americana que concurría á los claustros de Charcas, de Lima ó de Méjico, sin que las potestades civiles ni las religiosas que dirigía la Inquisición nada sospecharan de ellas, dormidas al parecer; pues que se leían así, á ocultas y con avidez, textos de gran novedad referentes á política, á religión, á moral, á economía política y administración, que revelaban á los hombres de América muchas verdades ocultas y antes no conocidas, á la par que no pocos errores; pero de donde manaban muchas enseñanzas para la libertad y muchas fuerzas para la revolución. Moreno, pues, que vivía en su casa, gozando de cuanto era menester á su comodidad, bañó su espíritu en aquella biblioteca de luces nuevas y aglomeró en su cerebro de apasionado, entre los principios liberales, ideas extremas que daba por verdades la pasión y la inexperiencia juvenil, tanto que contó entre ellas el terror como medio político y el gobierno de la democracia, en su forma más absoluta y exagerada, como base y garantía de la libertad política.

Terminada su carrera en 1805, y casado, regresó á Buenos Aires, donde con tanto acierto, saber y honor ejerció la profesión de abogado, abriendo su estudio público.

No pasaron cuatro años cuando las pasiones políticas que se desarrollaron por causas ya conocidas en Buenos Aires le vieron figurar con notoriedad, pero, por sensible desgracia, actuando en las filas de los enemigos del pueblo argentino; porque, sin que sea del caso penetrar en sus móviles, el hecho y la verdad es que don Mariano Moreno, cuando el motín de los españoles de 1809 para apoderarse del gobierno, echando lejos de él á los patriotas ó americanos, ocupó el puesto de secretario en la Junta de peninsulares, al lado de Alzaga, del Obispo Lue y demás corifeos de la reacción. (1) Y como este complot abortó felizmente merced á la intervención armada de Saavedra y sus patricios, que, en nombre del pueblo; sostuvieron la autoridad de Liniers, no es extraño ni dudoso el pensar fuera este el principio de la enemiga que le profesó el doctor Moreno, incansable y tenaz, produciendo una rivalidad que de tanto ruido y de tanto daño había de ser para la Junta de 1810, y aun para el país en general.

Tal fué la composición de la Junta de Mayo de 1810. Sus hombres fueron el personal del gobierno nuevo, organizado el 24 y sancionado por las exigencias del pueblo el 25. No son, pues, ellos los autores de la revolución á quienes debemos la libertad, ni habrá, por ende, que mirar en ellos á los padres de la patria, sino á los mandatarios de la revolución, á quienes confió aquel día los empleos del gobierno. Y aunque bien es verdad que ciertos de ellos, como su presidente y como los vocales Belgrano, Passo y Castelli, son justamente unos de tantos conocidos que prepararon con su obra personal el grande acontecimiento de la libertad, el resto nada particularmente hizo, á no ser el préstamo vulgar de su adhesión de partidarios.

Del mismo doctor Moreno, aunque de mucho peso por el concurso de su persona, debemos decir que

(1) NÚÑEZ: *Obra citada*, página 446.

su obra comienza tan sólo desde que tomó en sus manos las riendas del gobierno.

II

DON MARIANO MORENO, JEFE DEL GOBIERNO

Entre todos los hombres que formaban la Junta de Buenos Aires, el doctor Moreno, por su talento y su carácter, apareció desde temprano por el principal y más respetable de ellos; porque sin ser una capacidad extraordinaria, los que lo rodeaban y podían rivalizar y medirse con él en saber, en juicio y en dominación, sobre todo, eran sólo mediocridades; y algunos hasta verdaderas vulgaridades. Y, siendo propicio el elemento en que actuaba, hízose luego el hombre más influyente en el gobierno, pues fué poco á poco dominando la voluntad de sus colegas hasta que absorbió la mayor parte del poder ejecutivo y se apoderó de él.

Esta absorción, llevada á término por la fuerza del talento, de la voluntad y del carácter, venía á redundar en beneficio para la pública felicidad, porque siendo la principal debilidad de la Junta y su mayor defecto la pluralidad personal del ejecutivo, la reconcentración del poder en una sola mano era necesaria más que nunca por entonces; y la prepotencia de este vocal purgó de tal defecto al gobierno y borró esta falta de la revolución, como que daba la unidad de hecho á la Junta, y con ella la celeridad y la fuerza, aunque no toda, y aun que no se salvara y quedara expuesto el secreto de las resoluciones.

Y pues que todo hombre que aparece en estas alturas del poder en un estado, tocándole presidirlo en los momentos de sus grandes trastornos, merece y debe ser estudiado ampliamente para conocer en él cuyas fueron los dotes y las flaquezas que pudieron haber sido fuente y motivo de los bienes y de los males acaecidos durante su paso por la vida públi-

ca á la sociedad que lo hubo por su jefe, queremos aquí fijar la atención sobre este hombre de quien tanto se ha dicho y á quien tanto se ha atribuido. Hallándose en él reunidas condiciones á las veces muy contrarias en los demás, y tan notables unas y tan peregrinas, que forman de este personaje, se nos antoja decir, un acabado tipo de excepción, de singularidad y de extrañeza humana, que lo hacen, por esto mismo, bien digno de estudio y de admiración. Porque á la vez que profesaba, por ejemplo, un catolicismo fervoroso que levantaba su alma en alas del amor y la contemplación de Dios hasta el misticismo, y se ejercitaba con ayunos, y se daba de disciplinazos, y continuaba por semanas en ejercicios devotos y penitencias para rendir su carne y sus pasiones harto soberbias, á la voluntad del Señor, se había hecho discípulo de Rousseau en el orden social; y aun, lo que era más extraño, á la caridad y á la humildad del siervo de Cristo, abrigaba en su alma rencores inolvidables; y creyó que á fuerza de arrancar violentamente la vida á sus semejantes vencidos en la lucha, y de derramar sangre y sangre, se afianzarían, y no de otra manera, la independencia y la libertad de la patria. [1]

Un tan singular contraste venía, á la vez que de muchas otras causas menores, de su carácter apasionado y orgulloso, aumentado en su vigor con la concepción que tenía de su propio valer, el cual no muchas veces era dominable ni dejaba, por lo harto robusto de sus pasiones, que la luz serena de la razón iluminara tranquilamente su juicio; porque aún cruzaba por la juventud de la vida, época en la cual los temperamentos apasionados, cual el suyo, muy honrados en las fuentes de sus inspiraciones, muy grandes y nobles, por lo común, en sus anhelos, son, sin embargo, á la manera de los vientos huracanes, y de las aguas despeñadas que ruedan por los to-

(1) LÓPEZ: *Historia Argentina*, tomo III, páginas 216 y 225. Y *Plan* de política presentado al gobierno por el doctor Moreno.

rrentes, y de los avances voraces de los incendios que escapan de sus frenos y arrastran y rompen y maltratan cuanto hace oposición á su paso, actos de precipitación y excesos que en la edad de la madurez y reflexión lamenta el hombre por error é inexperiencia juvenil.

Dominado, pues, de «una energía exasperada y de una pasmosa actividad», Moreno apareció como hombre ingenioso y observador profundo por sus cavilaciones; pero á la vez también como un neurótico; porque tanta fuerza y excitación, tanta vehemencia en su ser, tan poco roce y escaso manejo de la vida política en el gobierno, y tanta confianza en sí, lo tornaron violento en su genio, fanático en la profesión de sus principios y hasta cruel en los medios de dar término á sus propósitos, perdiendo por tal suerte la serenidad y la prudencia: dotes de las más preciosas para el equilibrio moral de un hombre de estado y levantando á su paso, para desgracia suya y quizá del país, dificultades y resistencias que, á la larga, debían necesariamente sofocarlo y destruirlo.

Iniciado así en el gobierno con todas estas dotes, unas buenas y otras malas, útiles unas y peligrosas otras, y aún en la flor de la juventud, donde son más vehementes las pasiones que anublan de suyo el criterio y no dejan en paz, por lo regular, con lo que es en política necesario contemporizar para que las cosas maduren á su término y no se rompan las fuerzas chocando en lo imposible, inundó su pecho la noble ambición de ser la cabeza y el alma de la revolución; pero con unas tales pretensas que á nadie permitiría hacerle sombras ni contrariar su paso; porque «tenía la aspiración desmedida de la gloria», sintiéndose para ello con la necesaria suficiencia intelectual y la fuerza de voluntad completa para llevarla á cabo ó estallar. (1)

Mas, para empresa semejante, era indispensable

---

(1) **Núñez:** *Obra* **citada, página 138.**

medio, á más del saber y la voluntad, el arma poderosísima y bella de la palabra; y, sin embargo, no era Moreno orador: no dominaba en la tribuna; pero, en cambio, era elocuente y persuasivo, y esto en altura poderosa. Su elocuencia era aquella de la discusión y del debate privado, la elocuencia del gabinete, donde su fama, su reconocido saber, su índole absorbente y dominadora, esa rara habilidad que consiste en saber imponerse sobre los demás y reducirlos á no ser más en adelante que órganos suyos antes que contendores y rivales, y de que son dotados algunos hombres especiales; complementado todo esto, en fin, con aquel su aplomo y énfasis en el decir, daban tal autoridad á su palabra y fuerza á su raciocinio, que avasallaba y vencía.

Y era esto lo que de veras valía en aquel gobierno, que lo constituía una junta, para absorberlo y dirigirlo; por lo que venía á resultar aquella su elocuencia servida por tanta capacidad, el arma más poderosa que tendería, como tendió en sus manos, á transformarse en cetro, dando el dominio á quien la manejaba y poseía. Con ella, pues, hízose muy luego Moreno el jefe del gobierno, dominando á los demás; porque como estos sus colegas eran hombres vulgares en su mayoría, y adictos suyos otros, no le fué difícil ni tardía la victoria. Y á la manera que ante la luz del sol apagan la suya los demás astros, todos cayeron y desaparecieron, si es dable el decirlo así, ante la prepotencia é influjo personal del doctor Moreno, porque apenas si quedaron resistiendo y libres de su influencia y vasallaje Saavedra y el vocal Matheu. (1) Absorbió, pues, en sí la voluntad y el poder de los demás, haciendo con esto desaparecer la multiplicidad de la Junta, que hacía débil y pesado su gobierno, y trajo la unidad, en cambio: transformación tan necesaria y útil para el país en aquellos momentos de tanto compromiso.

(1) Dice el señor NÚÑEZ, «que estaba dominado por los halagos de la esposa de uno de los amigos más estrechos del presidente Saavedra», *Obra citada*, página 249.

Con esta absorción, y desde esa hora, Moreno se convierte en el genio real del gobierno, derramando en él la vehemencia, el calor y la viva actividad de que estaba tan llena su alma, y haciéndose conocer y sentir como el nervio principal de la revolución. Su figura descuella entonces por única en el gobierno; su espíritu se siente por doquier; y cuanto de bueno y de malo se hizo desde entonces hasta su caída de la Junta, fué obra exclusivamente suya. Toma la causa de la revolución desde el gobierno con el calor, con la vehemencia y con la dedicación de un apóstol, aunque exaltado é impetuoso; porque su incansable actividad, su fiebre de intervenir personalmente en todos los negocios públicos, su espíritu, con su poder y sus providencias, parecía «estar en el aire que se respiraba»; que á él se lo sentía en todos los secretos, y aparecía en todos los movimientos, y se lo hallaba en todos los extremos del país, haciendo un trabajo para ello tan grande y activo, así en lo físico como en lo intelectual, que pasma y asombra. Era como la mano nerviosa de la misma revolución, movida constantemente desde el gabinete de Buenos Aires, que se la sentía donde quiera, oprimiendo aquí, previniendo allá, introduciendo sus dedos en todos los rincones del país y atenta á todos sus movimientos y peligros. Pero es, también, digno de hacer constar que Moreno no obraba solo; que por todo el territorio parciales de la revolución, tan adictos, ardientes y diligentes como él, cual lo eran, por ejemplo, Funes, en Córdoba; Pueyrredón y Güemes, en Salta; Moldes, en Cuyo ó Borges, en Santiago, entre cien otros obscuros y perdidos, lo tenían al corriente de cuánto de interés sucedía, sirviendo al gobierno de Buenos Aires de agentes más preciosos y peregrinos, que si él, con lento y estudiado paso, los hubiera buscado desde tiempos anteriores entre los más á propósito de los hombres.

Así y todo, Moreno se descubre singular y extraordinario en su labor y actividad desde el gobierno. Redacta en la prensa, discute en el despacho, estu-

dia y confecciona proyectos, idea constituciones y explica su sistema, haciendo de la GACETA su cátedra; dirige la policía de guerra, que la extiende desde la capital hasta Jujúy, y desde Mendoza á Montevideo; realiza porción de mejoras administrativas en la ciudad de Buenos Aires, desde las referentes á la educación popular hasta el ornamento de las calles, y aún tiene que ver con cuestiones diplomáticas. Es «el gran ministro», que «piensa y razona como un filósofo; habla y escribe», obra, mueve, ordena; se le ve, se le siente en todas partes. Todo, como un inmenso pulpo, lo abarca con mil brazos. Todo lo ve, todo lo oye, todo lo dispone, todo pasa por su mano, todo por su cabeza: la guerra, la policía, la política, la diplomacia, la administración, el debate..... ¿Cómo se da tiempo? ¿De dónde le brotan tantas fuerzas en el espíritu y vigor tanto en el cuerpo para resistir la inmensa pesadumbre de todos los quehaceres de la revolución? ¿En cuál momento descansa su cerebro en alguna distracción? ¡Y, sin embargo, ayuna y ora, y tiene cavilaciones que le amargan y alarman su temperamento nervioso; que si era esta su gran potencia activa, era, á la vez, su mayor enemigo también! ¿Cuáles son las horas que consagra á los afectos de la familia? Hallábase, pues, entregado por completo al servicio de la causa pública, porque era su divisa: TODO POR LA PATRIA.

III

MORENO EL POLÍTICO

Tócanos, ahora, mirarlo en la manera cómo ejerció el poder con aquellas sus virtudes y sus defectos, y después que por la fuerza de su carácter y talento había llegado á apropiárselo. Del conjunto de sus máximas y del estudio de sus actos y de su propio temperamento, se puede afirmar, con entera seguridad, de que, á buena luz, era un hombre público

honrado. Así se revela, en verdad, en el fondo de sus hechos, por más condenables que algunos de ellos lo hayan sido, y en sus máximas de moral política, en quienes decía: «En todas partes el funcionario tema la censura pública; el magistrado sea inexorable en sostener los derechos de la justicia; y el gobernante inflexible en promover el bien de su pueblo. Que conozcan todos que los empleos no honran sino al que se honra á sí mismo por sus virtudes y talentos». (1)

Vió desde temprano que un gobierno no puede vivir debidamente sin la opinión; y que es palanca poderosa de su acción la prensa. Por lo cual fundó un periódico semanal, cuyo formato apenas era de la extensión de una carta, y á quien llamó Gaceta de Buenos Aires. En él se propuso dar á los pueblos noticias que interesaran á su suerte, y convertirlo, á la vez, á que sirviera de órgano de propaganda revolucionaria y para informar al público de la marcha del gobierno; pues, según decía: «el pueblo tiene derecho á saber la conducta de sus representantes».

Para esto, como para que su prédica pudiera llegar aún hasta el rincón más apartado y pobre del vecindario y sus campañas, y sus doctrinas conquistar prosélitos, tomó, por último, el extraño expediente de ordenar que la Gaceta fuera leída todos los días festivos en las iglesias de las parroquias. (2)

Quien más daba fibra y animación á sus columnas; quien las llenaba en su parte principal y enseñaba en ellas ó discutía los tópicos más famosos, era su «pluma de fuego», que, de entre todas las que por entonces se contaban en Buenos Aires, era «la más vigorosa, la más incisiva, la más gallarda y la más docta» Su estilo, cuando era meditado, cual lo mostró en su alegato de los hacendados, era elegante y limpio, correcto y castizo, elevándose en más de un pasaje á

(1) Gaceta del 25 de Octubre de 1810.

(2) *Registro Nacional*, número 178.

las regiones de la clásica literatura, y siempre parco de elogios y de hipérboles; mas, en la Gaceta, escrita, sin duda, al correr de la pluma, caldeada la mente con las pasiones políticas, su carácter irritable y duro no podía negarse de aparecer en su literatura, como que bajaba, á las veces, á niveles muy inferiores, como cuando decía, por ejemplo:—«Este vejamen inaudito ha sido un desahogo propio del soez, del incivil, del indecente viejo Nieto. Este hombre asqueroso, que ha dejado en todos los pueblos de la carrera profundas impresiones de su inmundicia».....

Por ser, pues, Moreno, «hombre de vastos conocimientos y talentos conocidos», cual se lo decía la Junta, encargóle ésta, y quizás á insinuación suya, la confección de un *plan* de política, para que tuviera derroteros fijos el gobierno por donde dirigir sin vacilación sus pasos, una vez que sus hombres eran novicios y acaso ciegos en la materia, así por la escasa preparación intelectual de los unos, cuanto porque para todos era la vez primera y de suerte repentina que se miraban dirigiendo los destinos del Estado. Y como fuera Moreno nuevo también en la ciencia de gobernar las sociedades, tuvo que arrancar de sus cavilaciones del momento, y ajeno de toda experiencia, las máximas para regir en una época anormal y de trastornos, por lo que se ven en sus consejos políticos, á la vez, grandes errores y grandes aciertos; ilusiones quiméricas, al par que proposiciones posibles y realizables, que su falta de experiencia dió por buenas y hacederas.

Debíase reservar, según sus acertadas advertencias, para la crítica del gobierno las noticias infaustas ó dañinas, y mantener espías en el centro del país enemigo, sistema que lo pondrían en práctica con maravillosos resultados San Martín en Chile desde Mendoza, y las señoras de Salta mientras por cinco ocasiones mayores ocuparan la ciudad los ejércitos del rey de España; y una constante propaganda y seducción de la fantasía de los pueblos, ya para mantenerlos en su fe y constancia, enviándoles, aun á

los sometidos á la influencia realista, hojas impresas, diestramente redactadas al efecto, mientras el papel anónimo se infiltrara, á su vez, para llevar la desconfianza y perturbación á los enemigos de Montevideo y su campaña, haciéndolos sospechosos los unos á los otros. «¿Quién dudará, decía al respecto, que á las tramas políticas puestas en juego por los grandes talentos han debido muchas naciones la obtención de su poder y de su libertad?» Lo que era lícito ya entre naciones enemigas; porque, aunque la política y el honor deben hermanarse siempre, el exceso de este sentimiento que en la Edad Media impedía al guerrero se valiera de estas artes y estas mañas para sorprender á su adversario, y aun hasta anunciábase al enemigo que se lo iba á atacar, para que se preparase, ya lo había puesto en descrédito y en risa Don Quijote; y al presente las astucias y tramas políticas eran para su plan como naturales y empleadas, según la historia del mundo «por los maestros de las grandes revoluciones». Pues así pensaba también se enviaran por la Junta diestros agentes ante el gobierno de la península, que lo convencieran de que los cambios operados aquí no tenían otro fin que asegurar mejor estos dominios á la corona de Fernando VII contra los españoles que eran sospechosos de napoleonismo; lo que no era apercibirse de que informes contrarios se recibieran por España, y se procurarían de parte de los españoles derribados del poder en América, y á quienes se creería por razón de nacionalidad, de patriotismo, de orgullo, y más que todo, de notorio interés, cuyo ejemplo estaba reciente en los acontecimientos que apenas hacía un año había presenciado Chuquisaca.

Respecto de los enemigos interiores, sus consejos fueron terribles, como ya se probaron en la realidad en Córdoba, Potosí y el Alto Perú. Lugar especial y preferente merecen ellos en la historia, por lo que ahora sólo anticiparemos dos sucesos en que su mano firme y rápida cortó de un solo tajo lo que aún aparecía por peligro público en Buenos Aires. Fué, pues,

el caso que llegó á oídos del gobierno que Cisneros y los oidores de la Audiencia estaban en tratos secretos con las autoridades enemigas de Montevideo para evadirse el día convenido y fijar en aquella ciudad la autoridad restablecida del Virrey. Los citó el 22 de Junio á la Fortaleza, y una vez en su recinto, quedaron guardados con centinelas para que nadie pudiera informarse de la ocurrencia, hasta que, terminadas las diligencias para el apronte del viaje, fueron conducidos, entrada la noche, á bordo de un buque inglés, para que, sin tocar en la ciudad vecina, los transportara á las islas Canarias, como, en efecto, sucedió. En su patria Cisneros, donde se vió más de una vez al frente de distinguidos cargos públicos, acabó sus días en la ciudad de Cartagena, el 9 de Junio de 1829.

Así como se expulsaban los enemigos, debía separarse del empleo á todo aquel que señalara por mala la opinión pública; principio de moral política tan austera, que á fuer de inflexible rayaba en dudosa y exponía á la injusticia, porque ¿la opinión públíco tiene siempre la razón y jamás se equivoca? Y en horas de tempestad, de alarma y apasionamiento, que traen al pueblo la revolución y la guerra, la tal máxima se hace más peligrosa aún; porque muchas veces el juicio público se ha llegado á formar de la maledicencia y de la calumnia de los malvados contra el magistrado honrado; y por esto parece también que el interés público peligra en seguir siempre las corrientes de la opinión en que se bate el vulgo, tomándola como á fuerza de consejo infalible que jamás yerra; que muchas veces los pueblos han tenido que llorar sus errores de concepto; por lo que se nos antoja pensar que no deben tener crédito tan absoluto ante un hombre de estado esos ángeles y esos demonios que tan á menudo forja y deshace la multitud.

Pero, en lo que su impericia lo llevó á error admirable, fué en el modo de asegurar la amistad y protección inglesa, que, merced á los intereses del co-

mercio, desde tiempo atrás se mostraba simpática á la emancipación de las colonias españolas; pues llegó á aconsejar á la Junta que, para manifestar su gratitud á Inglaterra, en caso de que esta potencia apoyara la causa de la independencia, se la hiciera «señora de la isla de Martín García para que, poblándola como una pequeña colonia y puerto franco á su comercio, decía, disfrute de ella como reconocimiento de gratitud á la alianza y protección que nos hubiere dispensado en los apuros de nuestras necesidades y conflictos».

Interiormente, entre las medidas y pasos aconsejados, se vió otro llevado desgraciadamente á la práctica con un tesón funesto, y que mostraba así en él, como en los hombres que lo sucedieron en el gobierno, y por años bien largos, el sistema impolítico de avasallar las provincias. Porque fué cosa como de á propósito eso de conferir los principales cargos en el ejército y en la política á los hijos de Buenos Aires, como si el gobierno tuviera recelos y no confianza en la lealtad y competencia de los demás hombres; y llevando á mayor altura los excesos de este abuso. que no fué más que desatino político y de los más grandes cometidos, comenzó, desde 1810, á nombrar casi exclusivamente porteños de gobernadores de las provincias.

Y quien recuerde que hasta esa fecha estos pueblos estaban tan ajenos de depender de la Capital y tan acostumbrados á su independencia recíproca, que no sólo sus gobernadores, sino que aun cualquiera de sus empleados de categoría, venía nombrado por el gobierno de España, sin que jamás hubieran reconocido por superior á Buenos Aires, mas sí solamente por igual y por una de tantas divisiones gubernativas, fácil le será comprender el disgusto y la ofensa, que día á día iba aumentando y tomando vigor por este moderno sistema, que los llevaba á pasar también á un nuevo y arbitrario vasallaje. No fué así ciertamente como la historia les mostraba el proceder de los grandes capitanes, que aun, como

Alejandro, conquistando por la fuerza países enemigos dejaron en manos de los naturales el gobierno civil, empeñando todos los esfuerzos de su sabia política en captarse las simpatías, la adhesión y aun la gratitud de los vencidos; y así el doctor Moreno, prefiriendo á los hombres de su devoción y amistad, que no eran otros que sus comprovincianos, para conferirles los empleos, hacía poco caso de lo que es capacidad é influencia política. [1] Preferencia tan irritante é injusta si era la causa nacional, ofendía, por supuesto, la dignidad y orgullo de los hombres del interior; que si Buenos Aires era la cabeza de la revolución, eran las provincias sus brazos poderosos. Buenos Aires, pues, rehusó confianza y honores en cuanto pudo á los provincianos, y aun mostrando la aspiración mayormente impolítica de quererlos someter desde temprano al nuevo yugo de su dominación; y parecía encerrarse en esta máxima de egoísmo político, y que no era más que de su orgullo, tan contrario á su generosidad tantas veces probada, por la que debía ser Buenos Aires en todo, y ante todo, y sobre todo. Así, el doctor Moreno separaba al riojano Ocampo de la jefatura del ejército, reemplazándolo por un devoto y paisano suyo; y porteños eran los gobernadores que nombraba para Córdoba, Salta, Potosí y Charcas. Y si bien, en un principio, la exaltación del patriotismo por la revolución y la falta de penetración en este nuevo sistema de dominación no dieron motivo á oposición ni sobresalto por la autonomía de las provincias, y por el contrario, recibieron con aplausos los pueblos estos raros nombramientos, tomándolos por sus libertadores; pasados los primeros días y vistas las faltas cometidas en el orden militar por estos jefes del gobierno, aquella novedad en el sistema político se transformó en semilla funesta de discordias, de rencores

(1) NÚÑEZ: *Obra* citada, página 200. Véase más adelante lo que establecía el doctor Moreno respecto á separación de los jefes civiles y militares de sus cargos, por causa de competencia y popularidad.

y más tarde, de guerras sangrientas é interminables, cuya larga y dolorosa historia sólo llegaremos nosotros en parte á relatar.

En esto, pues, así el doctor Moreno como la Junta que guiaba y los gobiernos de Buenos Aires que se siguieron, cayeron en inaudita imprudencia; porque «derrocado el gobierno nacional español en el Río de la Plata, y devuelta la soberanía política del país al pueblo de todas sus provincias, no era cosa llana el que éstas consintiesen en recibir autoridades y leyes, en admitir como su metrópoli territorial á una de dichas provincias, por encumbrada que fuese, desde que nunca había ejercido ni tenido el poder de darles leyes y autoridades. Dos caminos había para substituir la autoridad de la capital territorial á la capital española destituida en las provincias: el uno era la fuerza; el otro, la persuación; y Buenos Aires eligió el primero». [1]

IV

CAMPAÑA DEL PARAGUAY

Y esta pretensión de conquista, que se iniciaba así en las provincias interiores, quísose también llevarla á cabo é implantarla en el Paraguay, región mediterránea que, casi aislada de los otros pueblos argentinos, alimentaba población numerosa, aunque ignorante, que la resistió desde el primer día con las armas en la mano, porque hasta su rincón no habían llegado aún los entusiasmos de la libertad que enloquecían los pueblos del norte, para ahogar su pasión y amor por su independencia local en la que se había creado.

Paso impolítico y torpe dado por la Junta había despertado en aquella arrinconada provincia los pri-

(1) Alberdi. *Obras*, tomo V, página 334.

meros síntomas de recelos y aversión á Buenos Aires, debilitando la buena voluntad con que estaba la opinión del país y aun su propio gobernador Velazco, quien se hallaba muy persuadido de que la España había sin remedio sucumbido, y que el expediente tomado por la capital ni era peligroso ni abusivo; y la índole mansa y quieta de este gobernante lo predisponía, á su vez, á la paz y armonía con Buenos Aires, mucho más después que eran pasadas las sangrientas escenas de Córdoba. (1) Porque sucedió que la Junta comisionó al coronel paraguayo don José Espínola fuera y entregara al gobierno de la Asunción los pliegos en que le comunicaba su instalación y exigía su reconocimiento por todas las provincias del virreinato, como substituta provisional del Virrey.

La elección del tal sujeto mostró nueva y muy visible falta de tino y conocimiento de los hombres que pensaba utilizarse, pues era Espínola el más aborrecido y odiado de los paraguayos, que se lo contaba como enemigo público de aquella provincia, por haber sido allí infame ministro del gobernador Rivera, que antecedió á Velazco, cuya bárbara administración se recordaba y maldecía aún; cosas todas tan notorias y públicas que era lo que menos se ignoraba en Buenos Aires.

Aquel mensajero, pues, causó en la Asunción y en toda la provincia paraguaya indignación tan acerba al notarse su presencia por allí, que hubo de ponerse «en vergonzosa fuga» al solo rugir de la opinión, y antes que se hiciera cosa contra su persona, trastornando así la opinión pública paraguaya, que nos era bastante favorable. (2)

---

(1) MITRE: *Historia de Belgrano*, tomo I.

(2) Comunicación del Cabildo de la Asunción á la Junta, de 17 de Julio de 1810; *Registro Nacional*, número 73.—PAZ: *Memorias*, II, 355, *notas* á la memoria de Belgrano sobre su campaña del Paraguay. «He oído lamentar, dice el general Paz en la crítica que hace de esta campaña, á sujetos juiciosos del Paraguay el error que se cometió empleando á Espínola, y me aseguraron que si él no hubiera ido, es probable se hubieran entendido con el general Belgrano y con la Junta de Buenos Aires».

No obstante este pequeño sinsabor, el Cabildo de la Asunción se impuso de los recaudos de la Junta; y como notara en ellos «la gravedad del asunto, y que su decisión no debía ser obra de su particular discernimiento, sino del voto mediato de toda la provincia, representada en los diputados de sus villas, poblaciones y principales vecinos», acordó resolverlo en Congreso Provincial, para el que fijó el día 24 de Julio. (1) Abierta esta asamblea, don Bernardo Jovellanos, administrador que era de Correos, leyó un oficio circular que, antes que llegaran los lentos de la Junta, habíale dirigido su colega el de Buenos Aires, don Antonio Romero de Tejada, y en el que iba inserta la orden de la Dirección de Correos para el reconocimiento y jura del Consejo de Regencia instalado en la isla de León.

Mucho y bueno sacó de esto para su partido el Obispo del Paraguay, don Pedro Panés, allí presente, cuya palabra ardiente y empeñosa, ante unos circunstantes casi todos ignorantes y devotos, logró fácilmente volver la opinión unánime á favor de la Regencia, sin que la Junta hubiera advertido de preparar un solo defensor; y el gobierno español de la Regencia fué allí mismo reconocido y jurado, guardándose, sin embargo, «armoniosa correspondencia y fraternal amistad con la Junta de Buenos Aires», suspendiendo, sí, «todo reconocimiento de superioridad en ella» hasta tanto el Rey arreglara los negocios. (2)

De vuelta Espínola refirió al doctor Moreno había observado al Paraguay tan adicto á la revolución que, en su sentir, bastaban no más que doscientos hombres para que se alzara en armas y depusiera á las autoridades; y sin más que este chisme de un prófugo político, que acaso soñaba en futuras venganzas, la calenturienta fantasía del gobernante diólo por cierto y bastante, sin requerir mayor probanza,

---

(1) *Comunicación del Paraguay*, antes citada.

(2) Groussac: *Anales*, tomo III, página 371. *Anónimo* citado.—*Acta del Congreso de la Asunción*, de 21 de Julio de 1810, *Registro Nacional*, número 79.

ni meditar y tejer connivencia secreta para el caso, cual era de razón en todo buen político, con los vecinos principales de la lejana provincia de cuya suerte se trataba. Preparado así el ánimo de la Junta, y dadas las cosas como se habían presentado en el Paraguay, no vió mejor remedio, para hacerse reconocer entonces, que el pasar por cima de toda consideración; y sin contener los ímpetus de su precipitado espíritu, que era el veneno letal de su política, ahí no más resolvió someter por la fuerza la provincia disidente, sin sospechar que mucho más fácil es levantar los pueblos de buen grado y por la opinión, que el someterlos por el temor y la violencia.

Contando, pues, con algunos pocos parciales ocultos por allí; (1) y sin combinar plan con ellos que presentara al ejército de la Junta como llamado en auxilio y protección del pueblo revolucionado, y en su carácter de aliado, mas no de conquistador, se entró por este malhadado camino de la guerra, decretando una expedición militar al Paraguay para someterlo, «que sólo pudo caber en cabezas acaloradas que no veían su objeto, y para las que nada era difícil, porque no reflexionaban, ni tenían conocimientos». (2) Y como persistiera Moreno en dar las más graves comisiones de gobierno á sus adictos y hombres de su confianza personal, antes que á los de la profesión que, por ende, mostraban, sin duda, mayores garantías de competencia y seguridad en el éxito, sucedió esta vez que confió al doctor don Manuel Belgrano, abogado del foro de Buenos Aires, y apenas á la sazón coronel de milicias ciudadanas, el cargo de general en jefe de la expedición.

Este hombre, así agraciado y entrado á servir en lugar tan prominente y en profesión extraña á la suya, si poseía las más grandes virtudes del ciudadano de

(1) MITRE: *Historia de Belgrano*, tomo I, página 391—GROUSSAC: *Anales*, tomo III, página 371.

(2) Palabras del general Belgrano, citadas por MITRE: *Historia de Belgrano*, tomo I, página 352.

una república, era tan lego y escaso en el arte de la guerra en aquellos días, como cualquier aficionado; por lo que estaba destinado á aprender á costa de reveses muy dolorosos para la patria, en estudios y en meditaciones las más recomendables, todo lo más comprensible de la ciencia militar.

Sucedíanse así estos errores, que no deberían parar por desgracia allí; porque este hombre, aunque de gran corazón y generoso ánimo y magnanimidad, por natural virtud, marchaba entonces, si no convencido, seducido lo bastante por la influencia de Moreno, y llevando, por tanto, en sus banderas la política de la violencia y del terror como arma é inspiración de su guerrera empresa. Porque antes de penetrar en el país de su destino, y llegado que fué á la costa del Paraná, por el lado de Misiones, á principios de Diciembre, contando en su hueste poco más de mil hombres, golpeó las puertas del Paraguay, no como el amigo que pide alianza y apoyo para una causa común, ni como el apóstol de una grande idea que va á derramarla con enseñanza paciente en el alma de los pueblos á quienes quiere trocar su suerte por otra más feliz, ni como el político sagaz y experto que, antes que levantar escollos á su paso, trata de hacer lo más suave y segura la pendiente de su camino, sino como el vencedor en cruentas, largas y completas batallas, que toma entonces el tono, el ademán y semblante de amo y señor del pueblo vencido. Y así tomó Belgrano por bueno y político esparcir amenazas antes de entrar, á diestra y siniestra; como que dirigió de allí sus comunicaciones al Gobernador, al Cabildo de la Asunción y á su Obispo, que más olían á reto que á buena paz, y en que les decía con una arrogancia, se nos ocurre muy impropia para buscar amigos:—«Traigo conmigo la persuasión y la fuerza». Y particularmente al Gobernador, le decía:—«Mis tropas son superiores á las de Vuestra Señoría en entusiasmo, porque defienden la causa de la patria y del Rey, bajo los principios de la sana razón; y los de Vuestra Señoría sólo defien-

den su persona». Mala manera, sin duda, de obtener persuasión y amistad por el ministro de la Junta de Buenos Aires. (1)

Muy cerca de allí se encontraba el jefe enemigo, Thompson, el que aparecía colocado tan cerca como para impedirle el paso; y encarándose con él, á su vez, le dijo:—«Traigo la paz, la unión, la amistad en mis manos para los que me reciban como deben. Del mismo modo, traigo la guerra y la desolación para los que no acepten aquellos bienes». Y agregaba que todo europeo ó paraguayo á quien se le tomara con las armas en la mano, como asimismo todo aquel que hiciera fuego sobre sus tropas, debía ser fusilado, pintándose con esto á la laya de moderno sátrapa, que así quería dominar los pueblos con el látigo en la mano. Así se cuenta también de los escitas que, cuando volvieron á su país, luego de recorrer el Asia, y hallando rebelados sus esclavos á causa de su larga ausencia, no quisieron usar para ellos de la espada sino del látigo á que los tenían acostumbrados, y á su vista cedieron; mas, por ahora, los paraguayos jamás habían sido siervos de Buenos Aires; y tratados como á tales, iban á mostrar como un pueblo, aunque criado en la ignorancia y la más indisimulada servidumbre, sabe defender su independencia cuando sin razón y sin derecho la ve amenazada por un vecino injusto que avanza á posesionarse de su heredad y á uncirle el yugo. Iba también á ser esta la primera sangre derramada en la guerra civil que había de ser, con harta desgracia nuestra, el jugo con que, por espacio de cuarenta años, se amasaría de nuevo la tierra argentina; y fuerza es no poder menos que echar las reprobaciones de la historia sobre el genio que la hubo inspirado.

Belgrano, á su vez, desde que se presentó en el Paraguay, recibió prueba elocuente de que se le recibía como á invasor violento y no como á amigo;

(1) MITRE: *Historia de Belgrano*, tomo I, página 303.

porque todos los habitantes del sur abandonaban sus hogares y retiraban sus muebles, haciendas é intereses para librarlos de su alcance, dejando en lastimosa suerte al ejército de Buenos Aires, pues le entregaban un país desolado de á propósito, donde no hallaría ni amigos ni recursos; y lo que era desgraciadamente peor, el grito de guerra—*¡Mueran los Porteños!*—resonó entonces en el Paraguay, como había resonado en el Alto Perú, é iba á resonar muy luego en la Banda Oriental, en Salta, en Córdoba y en todo el interior.

Así, pues, estas poblaciones, que emigraban en masa, replegándose hacia el norte y abandonando sus campos y hogares, iban obedeciendo la orden de su gobierno y la satisfacción de su propio y heroico espíritu cívico, con lo que se hacía popular un gobierno que debía destruirse; y á guarecerse y reforzar el ejército que, levantado precipitadamente para contener la invasión, alcanzaba en aquellos momentos á siete mil hombres, con dieciséis cañones y un cuerpo de infantería de ochocientos españoles armados de fusil, á más de otros auxilios que había recibido de Montevideo. Era, sin embargo, sólo una masa de hombres, sin preparación alguna para la guerra, y que, como los de Goyeneche en el Perú, no habían aún conocido el humo de la pólvora; por lo que, militarmente, era bien difícil pudieran vencer á tropas fogueadas ya y que contaban años también de práctica militar, como era lo principal de los que conducía Belgrano.

Mandábalos, como capitán general, el gobernador don Bernardo de Velazco, brigadier que era de infantería, ([1]) hombre que aventajaba en antecedentes guerreros y preparación al general de la Junta, pues era militar de profesión, que en Europa había tomado parte en la guerra del Rossellon, contra los franceses, y en Buenos Aires, durante las invasiones, sido

(1) Groussac: *Obra y lugar citados.*

uno de los principales jefes de cuerpo, donde, con el triunfo y entusiasmo popular, logró adquirir nombre de buen guerrero.

Como á dieciocho leguas de la Asunción, en el punto llamado de Paraguary, antiguo colegio de los jesuitas, plantó sus reales Velazco y preparó la defensa del país. Era la posición fuerte y ventajosa, pues, no sólo cerraba la entrada de los valles interiores y resguardaba la capital, sino que la misma naturaleza le ofrecía por defensa un llano donde maniobrara con ventaja la caballería, que era casi la totalidad de la composición del ejército, y un caudaloso río, más poderoso en aquella estación de las lluvias, corriendo por su retaguardia y por el lado derecho, y tenía una larga zona de suelo pantanoso é intransitable por uno de sus costados. Por la parte izquierda espeso bosque le ofrecía asimismo su protección. Velazco mandaba el centro; y sus jefes inmediatos, Gamarra y don Manuel Cabañas, paraguayos, ambas alas del ejército.

En vista, pues, de aquella inmensa decepción sufrida, Belgrano, afirmándose más en su terquedad, escribía á la Junta:— «Desde que he atravesado el Tebicuary no se me ha presentado ni un paraguayo, ni menos los he hallado en sus casas. Esto, unido al ningún movimiento hecho hasta ahora á nuestro favor, y antes, por el contrario, presentarse en tanto número para oponérsenos, le obliga al ejército de mi mando á decir que su título no debe ser de auxiliador, sino de conquistador del Paraguay». [1]

Quedábale á noventa leguas la Asunción, y emprendió sobre ella su marcha por entre un país todo él enemigo, desde los hombres hasta la naturaleza, pues era la época en que daban comienzo las grandes lluvias del año. Llegado que hubo al cerro Fantasma, ó Rombado, tomó noticias que á dos leguas de allí lo aguardaba el enemigo; y para observarlo trepó á la

---

(1) MITRE: *Obra* citada.

cumbre del monte, desde donde, con el anteojo, tendió su mirada sobre las inmensas fuerzas de Velazco, hallándolas guarecidas en las fortificaciones levantadas y por aquellos accidentes de la naturaleza que más antes anotamos. Volviendo al campo, antes que mostrarse intimidado por las fuerzas tan superiores á las suyas, reveló su mayor confianza en la victoria, pues decía á su secretario De la Roca:—«Esos que hemos visto esta tarde no son en su mayor parte sino bultos; los más no han oído aún el silbido de una bala, y así es que yo cuento mucho con la fuerza moral que está á nuestro favor». (1) Y comprendiendo, además, «que la retirada era imposible, dada la proximidad del enemigo, resolvió dar la batalla en seguida; en cuyo concepto, y antes de amanecer el 16 de Enero, tomó posesión del cerro «cuya cima ocupó á paso de carrera». (2)

Tres días pasaron en aquellas posiciones ambos beligerantes, empleando sus horas Belgrano principalmente en hacer reconocimientos, y sin decidir ni uno ni otro irse á las manos; pues en el espíritu de aquellos generales se atizaba el fuego de muy opuestas ilusiones; porque si Belgrano aguardaba que, presente su ejército, de un momento á otro la multitud paraguaya haría su pronunciamiento contra la dominación española y se acogería á su bandera, Velazco, inmóvil en su campo, esperaba, á su vez, se le rindieran sin disparar un tiro los de la Patria, mirando imposible la retirada, como la victoria, cogidos como parecían en el centro del Paraguay, y por tan inmenso número.

Desengañado al cabo, dispuso Belgrano el ataque; y el 19 de Enero, al despuntar la aurora, su ejército se puso en marcha. Una división como de doscientos hombres cayó por sorpresa sobre el centro enemigo, compuesto casi todo él de infantería española, man-

---

(1) MITRE: *Obra citada*, tomo I, página 372.

(2) NÚÑEZ: *Obra citada*, página 174.

dada por Velazco en persona; y fué tal el pánico causado que todo él se echó á huir sin resistencia y aun antes que los atacantes hubieran alcanzado á cargar de nuevo sus fusiles. Velazco, aturdido y acobardado, «y temiendo morir, se puso en fuga», creyendo era la acción perdida, ganando arriba de las cordilleras de los Naranjos, y con tal miedo, que tiró al paso, para escapar de caer prisionero, su casaca bordada de brigadier y su pipa turca, que cayeron en manos de los soldados de la Junta. Entusiasmados éstos, y poco sujetos á la disciplina, continuaron entusiastas en la persecución y luego no más, olvidados del enemigo, dieron al saco los equipajes abandonados y el cuartel general con que tropezaron; y como si más no hubiera que hacer, el grueso del ejército patriota, antes de atacar vigorosamente al enemigo sorprendido y desordenado, permanecía en la inacción por impericia y culpa de Machain, su inmediato jefe; en tanto que las alas del paraguayo, vueltas de su sorpresa y reunidas por sus jefes Cabañas y Gamarra, volvían de nuevo al campo. Trabóse aquí nueva y larga batalla donde los combatientes disputaron el triunfo por espacio de tres horas; y aunque se tocó reunión con el fin de que los que fueron en persecución de Velazco dieran la vuelta á tomar su puesto en la batalla, quedaron éstos sordos al llamado, más importándoles los quehaceres del pillaje ó por hallarse en la embriaguez. En esto, las municiones se agotan; el parque donde estaban los depósitos distaba dos millas, en vez de haber sido otro su lugar. Belgrano, noticioso de esta aflicción de sus soldados, manda un socorro de municiones que, llegando luego en un carro escoltado por todo un destacamento de caballería, las tropas, temerosas ya, se imaginan ver un cuerpo de ejército enemigo que viene sobre ellos por la espalda, y al grito de su indisciplina:—*¡nos cortan!*—que sale aún del mismo mayor general Machain, ordena la retirada y abandona el campo, dejando en él la mísera suma de diez muertos y quince heridos. Gran desaliento se apoderó con esto del ejército, particu-

larmente de los oficiales; y aunque se intentó un último esfuerzo, se comprendió era todo sacrificio inútil, y se emprendió, por fin, la retirada.

Esta la llevó Belgrano, volviendo á recorrer el mismo camino días antes andado con aires de vencedor, sin que el país ni la moral pudieran resentirse ni la disciplina avergonzarse, como en el Alto Perú, por escándalos inauditos.

Mas érale duro abandonar así no más la provincia que se le había encomendado arrancar de manos enemigas, y demasiado amargo también volver con tacha de vencido, sin ensayar un último esfuerzo; y, apurado por tales delicadezas, trató de resistir con la débil porción de soldados derrotados que conducía en el punto de Tacuary, setenta leguas al sur del campo que fué de la batalla; porque lo halló muy á propósito y fuerte para ello, como que contaba con ríos, bosques espesos é impenetrables, y aun eminencias naturales, accidentes todos como de á propósito reunidos. Era su pensamiento quedar allí sin abandonar el Paraguay, á la espera de auxilios pedidos á la Junta; y pensando recién ocuparse de ilustrar la opinión de aquellos hombres, á quienes se había provocado así, de cuáles eran los propósitos de la revolución que encabezaba Buenos Aires, deque al presente tenían creencia errónea y enemiga; trabajos que hubieran debido preceder antes que seguir á la acción de la fuerza. (1)

Aunque heroica la resolución militar de resistir en Tacuary, era, en la ciencia de la guerra, insigne error. El gobierno, cuya protección se pedía, distaba mucho, y su opinión no era conocida; y á más de esto, el país entero se venía encima, como que doce mil paraguayos contaba á la sazón Velazco bajo sus banderas. Tres mil de estos enemigos se presentaron al amanecer del 9 de Marzo á rematar la derrota de Belgrano. Mandábalos ahora don Manuel Cabañas,

---

(1) **Mitre**: *Obra* citada, tomo I, página 380.

pues Velazco, con su cobarde huida, se «atrajo un gran desprecio y poco respeto entre sus súbditos, porque palparon todos su ineptitud para el mando político, y mucho más en lo militar, pues ni visos se le conocieron de haberlo sido». [1]

Belgrano, que apenas contaba con cuatrocientos hombres, tuvo que defenderse por todos lados, pues casi no había rumbo por donde no le viniera el ataque; y hasta hubo momento en que Belgrano, á la cabeza de sólo doscientos cincuenta hombres, defendía el paso del río, haciendo frente al doble ataque que, por agua y por tierra, se le hacía, y que al fin, logró gloriosamente anonadarlos. No era así, por cierto, tan acertada y feliz la defensa que hacía Machain de su puesto; pues olvidando las órdenes del General, al toparse con las fuerzas mandadas por Cabañas en persona, sacó sus líneas al llano, y luego no más vióse atacado de frente y por la espalda, y con tanta desventaja suya, que tuvo que refugiarse en el bosque, que tocaban sus alas para entregarse muy luego rendido al enemigo, de cuya suerte escaparon sólo muy pocos, que dieron la nueva al general del perecimiento de la mitad de su ejército.

Antes que desesperar, Belgrano mostró aquí el ánimo heroico é inquebrantable, como aquella noble é imperturbable serenidad, que fueron los que llenaron de grandeza y dignidad las horas que le cupieron de desastre; porque, pensando Cabañas que tras la rendición de la mitad de las fuerzas ya el general no resistiría más, le envió un parlamentario á intimarle la rendición, á lo que Belgrano replicó:—«Las armas del Rey no se rinden en nuestras manos; y dígale usted á su jefe avance á tomarlas cuando guste».—Y como para mostrar así al enemigo, como á los suyos, no eran vanas alharacas sus palabras, antes que esperarlo llevó él mismo la ofensa al enemi-

(1) *Carta* de don Juan Valeriano de Zeballos al Obispo de Salta, fechada en la Asunción el 19 de Febrero de 1812, original en nuestro poder. Véasela en el *Apéndice*.

go, acto de heroica resolución que no podía servir menos que para imponer como el león y sus hijos atacados en la guarida, ó para morir con gloria y con honor. Los soldados, sintiéndose abrasados por el mismo fuego que el héroe, siguieron á su general con entusiasmo, no obstante hallarse reducidos en aquel momento á sólo doscientos treinta hombres, y tener á su frente dos mil enemigos. Así avanzaron sobre las líneas de Cabañas, conduciendo á empuje de brazos la artillería, y después de haber resistido seis horas casi de lucha. Las exigencias del heroísmo y del honor parecían, pues, cumplidas. La artillería de una y otra parte inició con sus fuegos este último y desigual combate; mas, siendo superior la paraguaya, iba ganando terreno. Belgrano, entonces, da la orden de avance á su vez, que ya lo era desesperada, con todas sus fuerzas por igual, pues como era de un espíritu marcial y su ánimo heroico,—«morir, había dicho, viendo la exposición de su vida, de cuarenta años ó de sesenta es lo mismo».—Era su objeto, al dar paso tan arrojado, rechazar ó contener, por lo menos, al enemigo. Y no pasó otra cosa, porque las fuerzas paraguayas, viéndose así acometidas, pararon la marcha, trabándose por espacio de un cuarto de hora reñidísimo combate; mas aquella mole paraguaya no resistió cosa al empuje de aquel puñado de héroes pues que, en vez de compasión, sintieron miedo y, no obstante su muchedumbre, cortan el fuego, abandonan el campo, y, buscando la protección del bosque, toman la retirada dejando tirados sus cañones.

Bien conocía Belgrano que aquello no era, sin embargo, una victoria, sino la imposición momentánea del valor; y aprovechando tal flaqueza del enemigo para salir con honor de aquel sitio en donde estaba encerrado por Cabañas y perdido, pues «efectivamente no debió escapar ninguno, ni el general mismo, [1] envió, á su turno, un parlamentario con

---

(1) PAZ: *Memorias*, tomo II, página 356.

propuestas de arreglo. Este encontró á Cabañas en su campo y le expresó que el ejército de la Junta de Buenos Aires no había ido á conquistar el Paraguay, como demostraban creerlo, sino sólo á auxiliarlo contra la prepotencia española; mas ya que su apoyo se rechazaba era su resolución darse la vuelta, para lo que pedía cesaran entre hombres de una misma nación desde esa hora las hostilidades; lo que Cabañas aceptó, expresando su deseo de que aquella paz fuera perpetua. Así, pues, á pesar del sangriento choque ocurrido, aquellos hombres todavía sentían y amaban una sola patria común; debido en gran parte este rarísimo fenómeno á las virtudes del general Belgrano, pues su ejército, á desemejanza de aquel de Castelli en el Alto Perú, no había despertado odios mayores en el país ni sed de venganzas, pues lo había conducido, á la par que con valor, con orden y buena disciplina, á pesar de su inexperiencia en unos quehaceres extraños á su profesión. (1)

V

LA POLÍTICA DEL TERROR

En la Junta tanto había alcanzado á dominar el talento y el carácter del doctor Moreno, que aquellos hombres, imperitos comoeran en la ciencia de gobernar el estado, y temerosos, por patriotismo, de su suerte, le encomendaron, como dijimos, la preparación de un *plan* secreto de política para que sirviera á la Junta como de faro y derrotero en sus pasos. Las circunstancias también exigían de aquellos hombres mucho más de lo que por lo regular acostumbran conocer sobre el resto de sus semejantes; y hubo de confiarse entonces obra tan delicada á sus «vastos conocimientos y talentos conocidos».

---

(1) PAZ: *Memorias,* tomo II, página 356.

Mas, sin que fuera Moreno un hombre feroz, compuso, sí, un sistema de política que el tirano más atrevido y poderoso apenas hubiera soñado en semejantes estragos; porque tejió un *plan* tenebroso, donde se reflejaba con ancha libertad su alma medrosa en medio de las energías de su carácter, exprimida en esas cavilaciones y temores que fueron la mayor pesadumbre de su vida.

En este *plan* aconsejaba al gobierno «el empleo del rigor contra el enemigo, la astucia, las tramas, la intriga, la vigilancia sigilosa, el espionaje, el soborno, la seducción, el engaño y las maquinaciones como medios para coadyuvar al triunfo de la revolución»; lo que no dejaba de ser un maquiavelismo el más puro.

Y aunque reconocía por precepto de honrada moral que «la verdad es el signo más característico del hombre de bien, la moderación fuera de tiempo, añadía, no es cordura, ni es una verdad; al contrario, es una debilidad. Jamás, en ningún tiempo de revolución se vió adoptada por los gobernantes la moderación ni la tolerancia; el menor pensamiento de un hombre que sea contrario á un nuevo sistema, es un delito, por la influencia y por el estrago que puede causar con su ejemplo, y su castigo es irremediable». No era esto otra cosa que señalar el terror como medio principal de gobierno; política cruel é inhumana de que echaron mano siempre los tiranos; que éstos, como no gobiernan con la opinión ni cuentan con ella para subsistir y medrar, sino con la fuerza, adoptaron el terror, ó bien sea la manifestación más terrible de la fuerza. Y no era, pues, caso, en 1810, de confundir la revolución, que era obra popular, con la tiranía; la opinión pública con la fuerza; y, sin embargo, para él «los cimientos de una nueva república nunca se han cimentado sino con el rigor y el castigo, mezclados con la sangre derramada de todos aquellos miembros que pudieran impedir sus progresos»; mostrando con esto, como por el conjunto de sus actos en la política interna, era su sistema llevarlo todo á sangre y fuego cual, por ejemplo, lo

hicieran Antonio y Octavio antes de partir al Asia; pensando así no dejar enemigos en casa y también impelidos por el temor de la revancha, ya que las cosas no son durables ni eterno, felizmente, el reinado de la fuerza.

Pues así, y de esta manera, el doctor Moreno pedía se despojara por la consficación de «cualquiera clase de bienes» que tuvieran, á los realistas, y se los adjudicara al tesoro del Estado luego de vendidos en subasta pública; y que se desterraran del país á «todos los españoles y patricios, y demás individuos que no hubieran dado alguna prueba de adhesión á la causa con antelación» á la toma esperada de Montevideo; y que fueran «conducidos á los destierros de Malvinas y Patagones», donde debían sufrirlo por quince años; mas sin agobiarlos allí con prisiones ni trabajos forzados. Pero, con todos aquellos hombres que, á más de no haberse adherido, hubiéranse, por el contrario, declarado enemigos de la revolución, la conducta del gobierno para con ellos debía ser «la más cruel y sanguinaria; y aun en los juicios extraordinarios y asuntos particulares, agregaba, debe siempre preferirse al patriota». Y «si moderando mis reflexiones no mostrase los pasos verdaderos de la felicidad, sería un reo digno de la mayor execración, y así no debe escandalizar el sentido de mis voces, *de cortar cabezas, verter sangre, y sacrificar á toda costa,* aun cuando tengan semejanzas con las costumbres de los antropófagos y caribes».

Proclamaba estas crueldades para que fueran aplicadas principalmente á los gobernadores, capitanes generales y jefes superiores y demás sujetos que tuvieran los primeros empleos públicos y á «cualquiera otra clase de personas de talento, riqueza, opinión y concepto», por creerlas antemurales que, oponiéndose al nuevo sistema, mucho daño sería el que hicieran, y, por ende, necesario era el derribarlos y arrasarlos; que dejándolos con vida serían un peligro en todas partes por sus conocimientos adquiridos y su importancia personal y social; y porque también el ejem-

plo dado con tan terribles y atroces castigos vendría á constituir valla para la defensa de la revolución, y aun sería favorable para acreditar el gobierno ante el concepto público.

Volviendo la vista á los partidarios de la revolución, los colocaba el *plan* en condiciones no menos desdichadas; porque los recelos eran tan hondos que los hechos aislados, por míseros que fueran, y aun hasta las palabras que hicieran, por su interpretación ó significado, sospechosa la fidelidad revolucionaria del que las profería, crímenes eran suficientes para merecer la muerte por castigo, y administrada á virtud sólo de meras presunciones legales; mayormente si concurrieran las circunstancias de ser los delincuentes «sujetos de talento, carácter y de alguna opinión». Mas, si los tales enemigos no fueran de estas condiciones superiores, no debía privárseles de la vida; pero sí negarles toda confianza, aun la más mínima, y á extremo de que su buen crédito ante el gobierno no podía readquirirse ni aun entregando la mitad de su fortuna en comprobación de la buena fe sostenida. ¡Tanta era la desconfianza de aquella su alma medrosa que por todas partes y por todo motivo atormentaba su espíritu!

¿Y á dónde este sistema de exterminio nos iba á conducir? Porque, siendo la revolución no otra cosa que una guerra civil, muchos, por diversas causas, no podían estar con ella, sobre todo en sus primeros días; y así podrían contarse los militares en ejercicio bajo las órdenes del gobierno español que, como Liniers, pensaban, no con poca razón, era deslealtad indigna de un hombre de honor levantarse contra la autoridad que había confiado en su honradez sus armas, ya que la opinión y el pensamiento político no puede exigirse sea igual en todos los hombres. Así también muchos otros pensaban, aunque patriotas en su fondo, no era aún conveniente el paso, todo lo cual políticamente exigía el disimulo de la falta antes que ir contra ellos de aquel modo, abriendo así, entre ambos partidos en que se rasgó la opinión públi-

ca del país, un abismo de muerte que con nada podría salvarse, ni con la adhesión futura, ni con el tiempo que á veces tiene la virtud de cambiar la opinión de los hombres. Las represalias por parte de los españoles brotarían abundantes, necesarias y justas; y entonces la guerra que, por suerte nuestra y honra de la humanidad, se hizo en las provincias argentinas bajo los auspicios del derecho de gentes, no hubiera sido más que una carnicería espantosa y el suelo argentino campo de maldición, de horrores y de ruinas.

Y no paraban en esto sus recelos ni hallaban aquí término sus castigos y sueños horrorosos; pues, como si viera traidores y enemigos poblando cielos y tierra, pedía, víctima de su imaginación calenturienta, que si los gobernadores de los pueblos que enviara el gobierno, y si los generales, mayormente aquellos que tuvieran mando de fuerzas, llegasen á obtener opinión y buen concepto, lo que no podría venir, por cierto, de otra cosa que de su excelente comportación y sus victorias, se los separara disimuladamente de sus puestos. Porque hasta en esto su espíritu asustadizo y desconfiado temblaba de que pudieran aprovecharse de esa preponderancia en la opinión, y de esos sus talentos probados, para hacer guerra civil y conturbar el país por la ambición del mando político; lo que valía decir á buena luz que tan solamente los que se hallaban en el gobierno eran seres virtuosos y todo otro hombre debía tener la indudable sospecha de ser un malvado y un traidor. Mostrábanse aquí muy en claro aquellos terrores tan comunes que atormentaron el alma medrosa de los tiranos; pues, crueles en el gobierno, tuvieron siempre que temer, viendo por doquiera traiciones, revueltas y puñales. Esto mismo practicaron los medos cuando tuvieron bajo su dominación el imperio asirio, cambiando en el ejército los jefes anualmente; y así el César Honorio de Occidente mandaba, á su vez, asesinar á Estilicon, que era el único romano capaz de defender el imperio, oprimido del miedo que le infundían su prestigio y sus talentos; y no de otra suerte Tarquino, el tira-

no de Roma, conducía al mensajero de su hijo, que le pedía consejo contra sus enemigos políticos, á su jardín de amapolas, y con un mutismo siniestro tronchaba las cabezas de las adormideras que salían sobre las demás. Pues así el doctor Moreno, y quizá sin caer en ello, sacrificaba, para reinar solo, el interés público y de la patria, pensando abatir, á su vez, todo hombre que en lo civil ó en lo militar se levantara y sobresaliera, y se hiciera popular y famoso por su genio y sus virtudes; lo que era, á más de grande injusticia, error político sin parangón, por lo desdichado de las consecuencias que acarrearía en pos. Porque, rindiéndose á la fuerza de la verdad y la experiencia, el humano orgullo debe convenir que es obra bien difícil el poder dar en los momentos del conflicto, siempre inesperado, con el genio capaz de salvar de ruinas ó esclavitud la patria, cuando ello viene tras largo período de paz; y es dolorosamente necesario entonces pasar por desastrosos y repetidos ensayos hasta dar con la luz salvadora que, como el tesoro oculto, sólo se lo encuentra tropezando con él al acaso. Y una vez encontrado es inexplicable cómo pudiera caber en humano seso la extraña idea de apartarlo de la causa pública; mas, sin embargo, éste ha sido, por lo común, el sistema empleado por todas las tiranías,—el despojo de los bienes, el destierro, la separación y la muerte del rival y del enemigo político;—sistema que Rosas y sus satélites iban á poner en planta años más tarde. Mas, gracias á Dios mil veces, aquel *plan* monstruoso no halló puertas abiertas en la Junta, que, á haber imperado en la política de la revolución y á haber perdurado Moreno en el gobierno, parece muy notable que ni Belgrano ni Güemes ni San Martín hubieran permanecido en sus puestos, apenas revelado que hubiera sido su genio; ni realizado, por supuesto, sus gloriosas campañas con que conquistaron la independencia; y las fuerzas de la revolución, en busca siempre de manos vulgares é ineptas, á fin de que no dieran celos al gobierno, hubieran terminado en ser necesaria y prontamente ano

nadadas, y la patria hubiera gemido largo tiempo más bajo la cadena española.

Más todavía: su obra, caso de emprenderla el gobierno, hubiera sido imposible, porque el imperio del terror sólo prospera cuando cuenta en el pueblo con cimientos de una fe sincera y profunda; mas quererlo establecer y utilizarlo de apoyo por un gobierno que aún no había profundizado sus raíces, y que no contaba ni aun seis meses de existencia, y ante adversarios que se sentían poderosos y fuertes, era, más que quimera, grande y verdadera locura, se nos ocurre pensar, y no que ambicionara Moreno transformarse de político en tirano, pues se revela, al través de todo, no perversidad ni pura dureza de ánimo, sino que, con pura y leal intención, pensaba ser así necesario, en su buena fe, aunque doloroso, para salvar la patria. Su espejo de imitación principal, y desgraciadamente, era la revolución francesa, de cuyos horrores y crímenes había sido contemporáneo, y no ocurriéndosele nada mejor en la hora presente, lo tomó por bueno.

Moreno, en esto, obraba honradamente. El era instruido, moral, íntegro, religioso y honorable á toda prueba; pero por una desviación de su carácter, de natural ligero, apasionado é impetuoso, hacía profesión y aconsejaba en el gobierno esa política del egoísmo y la crueldad, que hace de la violencia y del dolor un arte encaminado á dominar. Y en ella se mantuvo hasta morir, porque era su naturaleza mezcla extraña de audacia y de temor, pero de una vehemencia constante; y no es ilógico pensar que, al imaginarse podía ser vencido y á su vez castigado, le diera esta desesperación una fuerza de voluntad tenaz é inquebrantable, al lado y al propio tiempo del ardor de su sincero patriotismo. (1) Así, Moreno, con sus crueldades, con su actividad incansable, con sus terrores y supersticiones, aparece como un

---

(1) Su espíritu, dice el doctor López, «vagaba en las tinieblas de mil inquietudes indefinidas, asaltado por dudas abultadas *sobre la inseguridad de su persona y de los destinos de la causa á que estaba entregado*».—*Historia Argentina*, tomo III, página 225.

remedo de Luis XI. Públicamente parecía sereno; pero en su casa, y particularmente de noche, su agitación y sus terrores revelaban los combates que sostenía su alma enfermiza, formando el tipo más digno de estudio por su rara grandeza y su originalidad; como que, sintiéndose profundamente odiado y aborrecido por causa de sus persecuciones y justicias, largos insomnios mortificaban su espíritu; y presa entonces de terribles delirios veía en ellos «el tumulto de sus enemigos, acechándolo con puñales unas veces, y otras encarcelándolo para arrastrarlo á la horca.» (1) Su naturaleza estaba dotada así, de la fuerza de carácter para dominar, mas sin la grandeza de ánimo para morir. (2)

VI

LA CONSTITUCIÓN Y LA ORGANIZACIÓN DEL PAÍS

Pero mientras estas cosas se proyectaban y aquellas otras se hacían, otro quehacer, tan interesante y delicado como el mismo problema de la independencia, tenía apurada y absorbida también la atención del gobierno; y era éste la gran empresa de constituir el país una vez que la autoridad española había sido derribada. La Junta, que durante estos primeros meses llenaba la misión de un gobierno superior y general, era gobierno provisorio, por la misma acta fundamental de la revolución, pues era la obra de sólo Buenos Aires; y «¿qué pueblo tiene derecho á dictar la constitución de otro? ¿Si todos son libres, podrán, sin una convención expresa y legal, recibir su destino del que se presuma más fuerte? ¿Habrá alguno que pueda erigirse en tutor del que reclama su mayoridad, y acaba de quejarse ante el tribunal de la razón

(1) LÓPEZ: *Historia Argentina*, tomo III, página 224.

(2) Todo lo demás de esta sección, referente á la política del terror, puede verse en PIÑERO: *Escritos de Mariano Moreno*.

del injusto pupilaje á que la fuerza lo había reducido? Toda constitución que no lleve el sello de la voluntad general es injusta y tiránica; no hay razón, no hay pretexto, no hay circunstancia que la autorice. (1) De esta suerte, decía el mismo Moreno, hablando por la Junta, Buenos Aires no debió erigir por sí sola una autoridad extensiva á pueblos que no habían concurrido con su sufragio á su instalación; y estaba reservado á la gran capital de Buenos Aires dar esta lección de justicia, que no alcanzó la Península en los momentos de sus mayores glorias; y este ejemplo de moderación debe inspirar á los pueblos hermanos la más profunda confianza en esta ciudad, que miró siempre con horror la conducta de esas capitales hipócritas, que declararon guerra á los tiranos para ocupar la tiranía que debía quedar vacante con su exterminio». «Hace alto honor á la imparcialidad de los hombres de esa ciudad la opinión de los que osaron levantarse á la concepción de una patria común y de una *Nación* argentina». (2)

Estos principios de alta justicia y prudencia, que los hechos del gobierno los iban, sin embargo, desmintiendo á cada paso, se predicaban por el doctor Moreno en la Gaceta; y tomó asimismo sus columnas como una cátedra, la más pública y la más vasta, para presentar y discutir con todos los hombres superiores ó inteligentes del Estado la grave cuestión de la Constitución que debería dictarse para que rigiera el país, y especialmente para aquellos á quienes los pueblos les confirieran su mandato para que dictaran en el futuro Congreso, que deberían formar, la ley suprema.

«Por un concepto vulgar, decía, pero generalmente recibido, la convocatoria del Congreso no tuvo otro fin que reunir los votos de los pueblos para elegir

(1) *Doctor Bernardo Monteagudo, su Vida y Escritos*, por M. A. Pelliza, tomo I página 160.

(2) Alberdi: *Obras*, tomo V, página 835.

un gobierno superior de estas provincias, que subrogue al del Virrey y demás autoridades que habían caducado». Porque era su concepto que esta asamblea no debía ser simplemente electora, sino constituyente, en razón de que «debía delinearse el camino de las operaciones de gobierno por reglas que no estén en manos de sus individuos trastornar, y que la bondad del gobierno se derive, no de las personas que lo ejercen, sino de una Constitución firme, señalando las responsabilidades á que serían sometidos los que obraran de modo contrario».

Y de esa misma manera como explicaba el objeto supremo que tenía el Congreso que iba á reunirse en Buenos Aires, que no era otro que el constituir soberanamente el país, también presentaba los grandes problemas con que los políticos tropezarían posiblemente para dar un paso semejante; siendo el primero de ellos, por su objeto y la magnitud de su poder, el que llamaríamos el argumento real, pues, ¿tenían derecho las provincias argentinas, sin antes romper su dependencia de España, de dictar una Constitución por su propia cuenta y sin la voluntad y aquiescencia del Soberano? ¿Los pueblos, por primera vez precipitados en estos conflictos, no se espantarían ante un paso semejante que, era nada menos que la superposición de la voluntad popular á la del Rey? Y después, si toda la América española sólo era en una parte indivisible de la nación, ¿cómo unas cuantas provincias suyas podrían dictar su Constitución, sin romper la unidad de la monarquía y caer en el crimen de separación?

Tan graves cuestiones colocaban á Moreno en situación muy obscura; pues como las zanjaba muy al provecho de su causa, lo que era en razón bien imposible, ó era un insensato por su candidez si de buena fe sostenía cuanto allí decía, ó sagacísimo político que, sin descubrir su propósito, que era la independencia, quería conducir sin alarma á los pueblos por esta senda sin que se apercibieran de ello en sus principios. Porque nada más evidente que su

error y candor de espíritu al concebir que las leyes constitutivas de las provincias del virreinato,—que iban todas á asegurar y garantizar las libertades que jamás habían tenido ni gozado y que al presente podían dictarlas mientras el Rey fuera cautivo,—habían de ser aceptadas y respetadas por el monarca absoluto y los absolutistas españoles, ambos sus mortales enemigos, así por tradición y carácter como por interés y personales conveniencias; y he aquí en qué afirmaba estas patrióticas ilusiones, que para los absolutistas de aquellos tiempos, que en tanto número los había, hubieran sido recibidas no menos que por escándalo y sacrilegio inauditos. Porque, decía Moreno desde la GACETA, proclamando indirectamente la soberanía popular, que era á la sazón la más insigne herejía política:—«¿Pretendería el Rey que continuásemos en nuestra antigua constitución?—Le responderíamos justamente que no conocemos ninguna; y que las leyes arbitrarias dictadas por la codicia para esclavos y colonos no pueden reglar la suerte de unos hombres que desean ser libres y á los cuales ninguna potestad de la tierra puede privar de aquel derecho.—¿Aspiraría el Rey á que viviésemos en la misma miseria que antes, y que continuásemos formando un grupo de hombres á quien un virrey pueda decir impunemente que *han sido destinados por la naturaleza para vegetar en la obscuridad y abatimiento?* El cuerpo de dos millones de hombres debería responderle:—¡Hombre imprudente! ¿Qué descubres en tu persona que te haga superior á las nuestras? ¿Cuál sería tu imperio, si no te lo hubiésemos dado nosotros? ¿Acaso hemos depositado en ti nuestros poderes para que los emplees en nuestra desgracia?..... Si te opones á nuestro bien no mereces reinar sobre nosotros, y si quieres manifestarte acreedor á la elevada dignidad que te hemos conferido, debes congratularte de verte colocado á la frente de una nación libre que, en la firmeza de su arreglada constitución, presenta una barrera á la corrupción de tus hijos para que no se precipiten á los desór-

denes que, con ruina tuya y del reino, deshonraron el gobierno de tus padres». [1]

Presa de esta patriótica ilusión, si bien la filosofía de Rousseau, de quien Moreno se había declarado fervoroso discípulo y aun su apóstol, lo enseñaba así, se olvidaba que se vivía entre gente que tenía y proclamaba al Rey por soberano, mas no al pueblo; y que este pueblo era su patrimonio; y que Dios le había confiado de tal modo su dirección y gobierno, que reinaba con absoluto poder; y que esta fe, esta religión del trono y de la majestad real era el dogma político inquebrantable y sacro del pueblo español. Ni para qué seguir por esta filosofía histórica que el deseo ó el ardid hacían como olvidada en la mente de Moreno, si ya para nosotros existe archivada su prueba real, cuando, por ejemplo, aquel rey Fernando, en cuyo nombre, en cuyo bien ó en cuyo mal, se hacían todas estas cosas, mostró cuatro años después, en 1814, su odio y rencor á todas las libertades populares, como que «recibido por su pueblo con todos los delirios del entusiasmo, al llegar á la puerta de la capital ya se había olvidado de los que se las habían abierto, abolido la Constitución y recobrado la plenitud de su soberanía; no siendo después su reinado más que una larga serie de persecuciones contra los diputados á las Cortes, que habían querido poner una condición á su vuelta y límites á su autoridad»; y cuando aquel pueblo español, casi todo él fanático adorador de la monarquía irresponsable, saludaba á ese mismo Fernando apenas escapado de manos de los constitucionales con las inauditas aclamaciones de *¡Viva el rey absoluto! ¡Muera la Nación!* [2] Y si es ésta la verdad, fuerza es que Moreno apareciera víctima de admirable candor si pensaba pudiera el Rey, una vez vuelto al trono, respetar la Constitución dada por el pueblo libre; y fuerza también presenta-

---

(1) *Gaceta de Buenos Aires*, de 15 de Noviembre de 1810.

(2) LAMARTINE: *Historia de la Restauración*, tomo III, página 634 y tomo IV, página 196.

ra á la contemplación pública una obra sobre cimientos tan falsos y pretenciosos, cual la de aquellos tripulantes de la *Invencible* que conducían las esposas, las cadenas y demás suplicios de la inquisición, para castigar á los ingleses cismáticos antes de vencer y dominar Inglaterra, y muy jactanciosos de que la conquistarían.

Sin embargo, parécenos que Moreno no obraba así tal como lo presentaba su prédica ante la mirada pública y del vulgo; y mostraba ser en esta ocasión sagaz político, no siendo todo más que complicado artificio y manera disimulada é indirecta para enseñarle al pueblo sus derechos de soberanía, arrancando del Rey esa máscara de soberano y vicario de Dios con que hasta la sazón se había presentado y había sido creído, para disponer de los pueblos á su antojo. Las teorías de Rousseau sobre el contrato social, aplicadas á la constitución que debía dictarse, no decían otra cosa; y la propagación de la idea de la independencia era, de igual manera, llevada adelante en las columnas de la GACETA. También, por otra parte, sabía muy bien que triunfando España, él no debería aguardar perdón, no tan sólo por ser el jefe civil y el hombre más notable del movimiento en aquellos días, sino por las muertes ordenadas por él contra Liniers, Nieto y demás jefes españoles. Su patriotismo, pues, y el instinto de la propia conservación unieron sus fuerzas poderosas para alentar su espíritu en una lucha por la independencia, disimulada, como las circunstancias requerían, pero incansable y sin tregua.

El tiempo, mientras tanto, corría, y con él los acontecimientos más prósperos en la opinión de los pueblos y en nuestras armas señalaban ya el momento en que, libre de un día á otro todo el país de la opresión española, pudiera elegir sus diputados para que, congregados todos en Buenos Aires, que era la ciudad elegida, se instalara en ella el Congreso que había sancionado la revolución. Y no pudo darse, en verdad, época más propicia para que la re-

presentación general del país eligiera el gobierno que en su criterio cuadrara mejor á las circunstancias reinantes; porque los pueblos estaban educados en una quietud política tan absoluta por sus costumbres públicas que les había impuesto el sistema español, y del cual no habían salido aún; y las pasiones de los hombres tan extrañas, por tanto, á lo que es gobierno, que todos se sentían inclinados, por hábito y educación, á recibir de un poder supremo y extraño á las localidades sus autoridades y sus leyes y, por ende, ninguna ambición se hallaría al presente herida con que un Congreso arreglara, sin apelación, el nuevo gobierno que había de tomar el país. El patriotismo, por su lado, en aquellas primeras horas de su entusiasmo, todo puro, todo grande y desinteresado, formaba una sola pasión en todos los que abrazaron la revolución por su causa, y fortalecía más aquella aceptación respetuosa del gobierno que creara este nuevo soberano; porque, aun la misma Junta, con ser sólo porteña y local de Buenos Aires, dado su carácter provisorio, fué aclamada por donde quiera por el patriotismo de los pueblos libertados, y gran porción de sus hombres, ahogando toda otra pasión que debilitara la de la salvación de la patria, le profesaban profundo respeto; los unos por ver en ella al gobierno victorioso de la revolución; los otros, y entre estos los hombres de mayor peso y talento, «como el centro del orden y de la autoridad, y enseñando que se le debía profesar respeto igual al que tributaban los antiguos griegos al Areópago»; y así, «en nombrándoseles la Junta, decía el doctor Moreno, cierran los ojos de su razón y no admiten más impresiones que las del respeto que necesita el gobierno».

Contando, pues, con toda esta opinión y con toda esta bondad de las costumbres públicas, cuán fácil no fué aquella vez hacer un gobierno fuerte y popular, como base y centro y cabeza de todo el movimiento emancipador, cuando todos los hombres estaban y debían estar sólo preocupados de la guerra, y cuando las provincias no estaban dominadas por cau-

dillos, y el país, en general, no desgarrado por las facciones. Era así grandemente patriótico y necesario aprovechar de tan benignas y propicias circunstancias para organizar de una vez el país y que el pueblo y los aventureros no tendieran sus ojos á la política como una nueva mina de saciar criminalmente sus bastardas ambiciones. — «El desprecio de los sabios, clamaba el doctor Moreno, y el odio de los pueblos precipitarán en la ignominia y en un oprobio eterno á los que, malogrando momentos que no se repiten en muchos siglos, burlasen las esperanzas de sus conciudadanos y diesen principio á la cadena de males que nos afligirían perpetuamente»; [1] como que no se dudaba ya entonces que pasando malogrados aquellos instantes, «las rivalidades, las disidencias, los odios, la ambición y todas las pasiones renovarían una guerra interior más funesta á la libertad que todas las armas de los tiranos». [2]

Para mayor desgracia nuestra, vino á acontecer aquello mismo que se temía, y á contar por sus causas principales la insubordinación del doctor Castelli en el Alto Perú, y los choques apasionados del doctor Moreno, en Buenos Aires. Porque habían llegado ya á la capital los diputados de casi todas las provincias argentinas y tan sólo se aguardaba para instalar el Congreso á que llegaran también los del Alto Perú, que, después de la victoria de Suipacha, y abandonado aquel país por las fuerzas realistas, sus pueblos habían pasado á elegirlos. Mas sucedió lo que ya historiamos; y es que el doctor Castelli no urgió la marcha de éstos, y luego, cuando cayó su amigo el doctor Moreno del poder, en el mes de Diciembre, y con él su partido, retuvo arbitrariamente la marcha de los diputados peruanos y hasta intentó romper la unidad de la patria é iniciar la guerra civil, abriendo por allí un otro Congreso, rival y enemigo

(1) *Gaceta de Buenos Aires*, de 28 de Octubre de 1810.

(2) PELLIZA: *Vida y escritos de Monteagudo*, tomo I, página 149.—*Tiranos* era uno de los términos con que se designaba durante la revolución á los españoles.

del de Buenos Aires. En esto, la derrota de Huáqui entregó el Alto Perú á las manos del Rey; y aquellos diputados, como sus pueblos, no sólo quedaron en la imposibilidad de cumplir su primer anhelo, sino que aún quedaron indispuestos con nosotros por tantos abusos y arbitrariedades que, bajo las banderas de Buenos Aires, se habían perpetrado por allí.

VII

LA ANARQUÍA EN EL SENO DE LA JUNTA

No soplaban mejores vientos en la capital para esto del Congreso. Una rivalidad injusta y creciente dividía los hombres del gobierno y comenzaba á partir en bandos rivales también la opinión pública y sus fuerzas, la que había sido provocada y era dirigida por el doctor Moreno con su mal genio y sus aspiraciones al despotismo personal á que enderezó su gobierno. [1] Había ya logrado con sus poderosas dotes personales subyugar la casi totalidad de los miembros que componían la Junta; pero le dolía que le resistiera y obstaculizara su omnipotencia la débil pero molesta minoría que representaba el Presidente; y aun parece era también punto de su mortificación orgullosa que precisamente éste su contrario y enemigo gozara de la presidencia y de los honores que le eran anejos. Además, entre estos dos personajes existían antiguas disidencias y rencores, guardados desde 1808, procedentes de las luchas sostenidas entonces entre el Cabildo y el virrey Liniers, y de cuyos resultados Moreno había perdido los honores de figuración en la secretaría que le tenía ya adjudicada la Junta de los españoles; y reunidos ahora, el uno

(1) El doctor Monteagudo decía:—«la primera Junta de gobierno pudo haber sido muy feliz en sus designios, si la madurez hubiera equilibrado el ardor de uno de sus principales corifeos», y «tampoco es dudable que la tendencia del primer gobierno provisional era el despotismo».—PELLIZA: *Obra citada*, tomo I, páginas 186 y 187.

frente al otro, en el seno de la Junta, no se pudieron dejar de chocar y herir, ni sujetar en un ahogamiento noble y patriótico esas pasiones mezquinas, que vinieron, desde luego y funestamente, á ocupar un lugar tan alto en el vehemente apasionamiento del Secretario, como los intereses mismos de la patria. La riña dió comienzo visiblemente en el primer pretexto tropezado, que fué el que halló Moreno en los honores y preeminencias con que se había por la revolución misma revestido al Presidente, y que no eran más que aquellos que correspondían y gozaba el virrey; así fué que, con harto quebranto, por supuesto, de la autoridad á quien indirectamente motejaba, Moreno tomó por bueno y saludable el ridiculizar á Saavedra en los círculos privados á que concurría, siendo el blanco inmediato de sus tiros la pompa de esos honores y ceremonial que usaba, por derecho y tradición, la presidencia, atribuyéndole á Saavedra malignamente la imaginación de creerse un virrey y que pretendía serlo en el hecho, como á los que le tributaban sus respetos y consideración el que mirasen en él la imagen sensible del soberano y no al delegado del pueblo, verdadera criatura suya. (1)

La Junta, así, ese mismo gobierno de la revolución, que era cabeza y espejo para el resto del país, daba la primera el ejemplo de la discordia, de la anarquía y desunión, distrayendo las fuerzas y la atención en mezquinas rencillas personales y parciales ambiciones; y así se desgarraban los unos á los otros mientras los realistas se mantenían acordes y unidos.

Viniendo de la cabeza el mal, debía fácilmente cundir por todo el organismo. Y no sucedió de otra manera; porque aquellas disidencias no tardaron mucho en trascender al público y en ir tomando cuerpo en éste, que se adhirió muy luego, formando partido y parcialidad á cada uno de estos dos rivales;

(1) NUÑEZ: *Obra* citada, página 138.

y engrandeciéndose entonces las murmuraciones y la gravedad de los cargos mutuamente achacados, decían los unos que Saavedra propendía á restablecer á su favor la pasada tiranía de los virreyes y á burlar, por ende, la revolución, la que no iba á producir otra cosa así, que «cambiar de tirano sin destruir la tiranía», como pensaba Cicerón; y los otros que el secretario Moreno «se había apoderado con insolencia de la influencia de todos los negocios, abusando de tal manera que no permitía el nombramiento de un portero que no fuese de su predilección». [1] La unión y mutua ayuda que debió imperar para dar mayores fuerzas al gobierno y asegurar mejor el rápido triunfo de la revolución y de la organización política del país, hallábase de esta suerte rota en la capital y en el mismo personal de la Junta; y tan caracterizada y fuerte la división, que tomaron el nombre personal de sus jefes para designarse, llamándose *saavedristas* los unos y *morenistas* los otros. Los buenos ciudadanos se dolían de estas desgracias, deplorándolas como el comienzo de infinitos males para la patria; y Belgrano, para no ser más testigo de aquel escándalo, aceptaba la expedición al Paraguay como un medio de alejarse de aquel teatro, tan incómodo á los afectos de su gran corazón. [2] Los enemigos, — que observaban á Buenos Aires desde Montevideo y que nos hacían la guerra por el Río de la Plata y mantenían sus combinaciones con Lima y el ejército de Goyeneche, que amenazaba por el norte — se hallaron, merced á estas ocurrencias, más al corriente de lo que pasaba, de lo que se hacía y proyectaba en el gobierno de la Junta; pues se lo comunicaban los españoles y demás realistas de la capital, quienes quedaban impuestos de todos los secretos de estado; porque, divididos como estaban los vocales del gobierno en dos bandos enemigos, unos á

(1) Núñez: *Obra* citada.

(2) *Memoria* de Belgrano sobre su campaña del Paraguay.

otros se censuraban las resoluciones y proyectos fuera del gabinete entre las gentes de su relación y partidarios; datos que, caídos así en manos del enemigo, eran aprovechados por ellos en contra nuestra y á sus anchas; [1] y aquellos hombres de la revolución, que el pueblo los había llevado al poder sólo para que se ocuparan de su suerte y de la pública felicidad, se transformaban en hombres de partido personal, suplantando esa pasión de bando, en gran medida, á la gran pasión porl a patria.

Quienes seguían al presidente Saavedra era aquella gente de más reposo y maduro juicio, amigas de ver en el gobierno una conducta moderada y prudente en todas sus medidas de reforma y que el carácter de Saavedra y sus antecedentes garantizaban; toda aquella juventud militar, como á jefe del ejército y caudillo de patricios y arribeños; y toda la población en masa de los arrabales de Buenos Aires, que lo tenían por el autor de la revolución y padre de la patria. Era, pues, un partido fuerte y popular, de gran prestigio en la opinión y en el ejército, que le pertenecía por completo, porque amaba de veras á su jefe; adhesión que enardeció su entusiasmo cuando supo que la lucha intestina de los hombres del gobierno lo ajaba y amenazaba hundirlo. Y como Moreno hubiera demostrado ya cuánto era de temerse su mano, á obrar solo en el poder, con los actos de terror y medidas de rigor y violencia que hizo tomar á la Junta, venían á apoyar indirectamente ahora al Presidente y su partido todos aquellos hombres, patriotas ó no, que se miraban amenazados ó temían la acción precipitada y dura de Moreno; lo cual se hacía más por miedo y oposición al Secretario que por adhesión al Presidente. Se contaban en esta fuerza intermedia, en primer término, los españoles residentes en Buenos Aires, por natural conveniencia, y muchos argentinos que, dado lo nublado de aque-

(1) NÚÑEZ: *Obra citada*, página 226.

llas horas, no sabían á dónde podría llevarlos esta revolución, y temblaban ante lo incierto é inseguro del porvenir, pues que nada se tenía aún definido, y hasta había quienes de entre éstos, si bien deseaban reformas y libertad, no estaban con el rompimiento definitivo y emancipación de la metrópoli, pues aún había que formar el espíritu público; y también «los teólogos y los juristas, especialmente los que contaban con más de cuarenta primaveras». [1]

Si estos eran sus elementos, no eran menos notables las doctrinas y principios que se sostenían bajo su bandera; porque esta facción de Saavedra, así en Buenos Aires como en el interior, sostenía la doctrina política de que el gobierno y la dirección de los negocios públicos debían ser, en sus tendencias, en su práctica y en sus elementos dirigentes, de naturaleza conservadora; es decir, que los negocios públicos debían estar en manos de la gente decente, ó sea el elemento aristocrático americano, formado bien por la alcurnia ó por el trabajo, bien por las virtudes, servicios y talentos, como la nobleza de Inglaterra; y era su razón de que esta clase social era quien representaba la cultura y la civilización del país, la que tenía ilustrada su inteligencia y, por ende, la única, sin duda, con capacidad para apreciar, comprender y dirigir los destinos de la patria por los senderos de la dignidad, del honor y de la gloria; lo cual venía á constituir la verdadera y única garantía para el triunfo honorable y la salvación, no sólo de la independencia, sino también de los grandes principios sociales que, como en todo país en revolución y desorden, están amenazados de hundirse y perecer bajo las olas sofocantes de la barbarie, de la ignorancia y de la inconsciencia, y vicios y ciegas pasiones de las multitudes; la plebe de las ciudades y las turbas semibárbaras de los campos. Fenómeno era este social y político de universal aparición en la historia

(1) Núñez: *Obra* citada, página 139.

y presentado con líneas más pronunciadas entre nosotros; pues la civilización española apenas había fructificado su simiente en las ciudades capitales. ¿Cómo entregar, entonces, á manos de las masas, de las turbas, representantes de la ignorancia y de la barbarie, los destinos de la revolución y la suerte del pueblo argentino en todo cuanto quedaba de cultura, civilización y dignidad política y social? Aquella clase era también la que había preparado, había dirigido y había consumado el gran triunfo de la libertad en los días de Mayo; y era lógico y justo deseara continuar y completar su obra, como guía y maestro, y bienhechor de las clases incipientes y desvalidas, á quienes, sin embargo, no se cerraba las puertas siempre que llegaran por su correspondiente camino, cual hasta el presente en buena parte sucede.

Contaba, á su vez, el doctor Moreno en la Junta con todos los vocales; y, fuera de ella, le seguía y le aplaudia y proclamaba por su jefe casi toda la juventud de Buenos Aires, especialmente la de pasiones exaltadas y de entusiasmo, que quería arrastrar á la revolución desde sus comienzos á que confesara y pusiera en obra los actos más radicales del liberalismo político y social, punto extremo á que sus adversarios querían asimismo llegar; mas, consultando la oportunidad del tiempo y la prudencia política en la marcha, como se había hecho ya para el pronunciamiento de Mayo, que esta misma juventud había querido precipitar. Había en este partido mucha gente ilustrada, y eran, por lo regular, hombres «hábiles y de acción», y formaban lo que no de otra suerte era que un segundo partido gubernista; el cual, por este su carácter de precipitación, ardor y apasionamiento, se le dió el nombre de *exaltado*, como por los motivos inversos lo obtuvo de *moderado* el de Saavedra.

Pero no paraba en el predominio político el trabajo de este partido, sino que llevaba su acción al fondo mismo de las cosas. Su jefe, y su lumbrera también, el doctor Moreno, era, en efecto, fervorosísimo

parcial de la democracia en todo cuanto encierra la sensibilidad de esta palabra; pero ajeno aún de toda práctica y experiencia sobre este sistema de gobierno social, poseía al respecto sólo la acumulación de sus doctrinas, creídas con un candor político bien grande por realizables y aun justas en la vida. Y á la manera de lo que vió y sucedió durante el paso de los excesos de la revolución francesa, en que la exageración democrática avanzó hasta el ridículo de mirar como crimen contra la igualdad y la libertad los términos de *señor* y de *usted*, que como uso de respeto cumplía la sociedad francesa, obligando que todos los ciudadanos sólo se llamaran de *tú*, fueran ellos grandes ó pequeños en su destino, así también Moreno « tenía por dogma que todo honor personal y todo rango individual eran un atentado contra la igualdad popular ». Para él y su partido, como sobre el particular eran ilusos, «igualdad y libertad eran cosas sinónimas» [1]; y, por tanto, dados estos errores y la exaltación que era carácter de su temperamento, querían llevar adelante la obra de la destrucción de todo el pasado «con arrojo y valor», así en la naturaleza más profunda de lo democrático en el gobierno, como en lo fundamental de las creencias y costumbres sociales; pero sin aguardar siquiera, no diremos á que la revolución se hiciera por sus cabales y lentamente en el seno de la sociedad, como lo tiene dispuesto la sabia naturaleza, sino por decretos arbitrarios y de fuerza; y lo que era aún más digno de admiración, antes que se tuviera asegurada, por lo menos, la independencia. Ya uno de los más conspicuos representantes de este partido, el doctor Castelli, había pretendido poner en planta esta democratización oficial y violenta de la sociedad más preocupada, conservadora y devota de la América, y ya conocemos los resultados que dió y los frutos recogidos; como puso en visible evidencia lo inconveniente

(1) López, *El año XX*,

y prematuro de su sistema, que, tal como lo pretendieron, ni era racional, porque era injusto; ni político, porque hería los más fuertes intereses del país, que se torcían para la revolución. No eran tampoco estos trabajos y este empeño de reformas fruto del hombre de estado concienzudo y sereno, ni de un partido que hubiera de antes conocido los benéficos efectos del sistema practicado; pues no tenían más que un espíritu teórico y un lirismo disculpable sólo por la edad; alucinados con las hermosas preconizaciones de la revolución francesa, mas sin medir que en su imitación podían caer en la disolución social, desgarrando la sociedad delante del enemigo, por perseguir, antes de asegurada la emancipación, y al dar el primer paso por ella, una quimera y hasta una injusticia, que la Francia, su maestra en esto, con todo su poder y con todo cuanto hizo, no había logrado conseguirlo, antes bien había caído en el caos y en el horror, rematando, en aquel año de 1810, á no ser más que la esclava encadenada de Napoleón; y el pueblo, á quien tanta igualdad y libertad se prometía, á servir para dar trescientos mil hombres de renta al emperador, su amo (1); que así como la luz va lentamente ahuyentando las sombras de la noche, sin apresurar las horas que le han señalado las leyes de la naturaleza, y baña con su claridad primeramente las cumbres de las montañas más elevadas, descendiendo en seguida, por el resto de su cuerpo, hasta iluminar el fondo del valle; y derrama el calor, la vida y la alegría en todo cuanto toca y domina, quedando, sin embargo, privados de su claridad y beneficios los senos impenetrables de las selvas espesas, y las ciénagas y pantanos sin el calor bastante para perder la humedad de donde se levantan sus fétidas emanaciones y miasmas pestíferos, no de otra manera es que sucede con el goce de la libertad en sus diferentes fases, porque son las clases más ele-

(1) CHATEAUBRIAND: Artículo *Sobre Bonaparte y los Borbones*, 30 de Marzo de 1814.

vadas por su preparación, su fortuna ó posición social las primeras á quienes tocan sus beneficios, bajando de allí á las inferiores, en largos períodos de tiempo, sin que jamás, como en las ciénagas malsanas, las clases revueltas en el vicio y la miseria puedan alcanzar la dulce complacencia de sus favores.

Y á la manera que Marat decía: «Audacia, audacia y siempre audacia!» aquella juventud decía á su vez: «La energía, la energía y el entusiasmo son los que han llenado los anales de la libertad triunfante». [1] Pero «las voces y clamores de una multitud acalorada no han hecho independiente á ningún pueblo», y cualquiera que fuera la bondad de su plan, era quimérico aspirar al triunfo de todas sus reformas soñadas mientras la independencia no alcanzara á ser un hecho consumado; y «hasta tanto, querer entrar en combinaciones de detalle y planes particulares de felicidad, sería poner trabas y embarazos al principal objeto, sin progresar en éste ni en aquéllos. Cuando un pueblo desea salir de la servidumbre, no debe pensar sino en ser libre; si antes de serlo quiere ya gozar de los frutos de la libertad, es como un insensato labrador que quiere cosechar sin haber sembrado». [2]

Tal era el semblante de aquellos dos partidos que desgarraban y debilitaban el gobierno con sus pasiones y sus odios mutuos; y en vez de unirse generosamente aquellas fuerzas extremas, que así aisladas eran perniciosas á la causa que servían, la una por su lentitud y timidez, cuando las circunstancias pedían, á más del acierto, vigor y brazo enérgico; y la otra por su precipitación y violencia, llegaron, por el contrario, á punto tal de enemistad. que vino á ser imposible ya toda transacción y arreglo, porque la pasión de partido había suplantado de todo en todo á la generosa y grande de la patria.

---

(1) *Doctor Monteagudo: Su vida y escritos*, por M. A. PELLIZA, tomo I, página 151.

(2) *Doctor Monteagudo: Su vida y escritos*, por M. A. PELLIZA, tomo I, página 158.

Un hecho común vino entonces á dar en la política las consecuencias más impensadas, sirviendo de pretexto para un estruendoso choque de aquellas pasiones. Fué el caso que llegó á Buenos Aires la fausta noticia de la victoria de Suipacha; y como los oficiales de patricios, que aún estaban con sus cuerpos en la capital, quisieran celebrar aquella primera victoria que alcanzaban sus hermanos de armas en la campaña del Perú, tuvieron por conveniente hacerlo por medio de un baile, lo que era de muy buen tono entonces, y el que tuvo lugar el 5 de Diciembre en el salón de la misma casa del cuartel.

Era ésta una fiesta casi puramente militar, por su objeto, por su local y por su gente, siendo muy raros los invitados de la clase civil. Y como esta gente de espada fuera devota decidida de Saavedra y tomara, por tanto, viva participación en las discordias políticas, resultó también que la tal reunión fuera festejo de partidarios. Estando, pues, en ella, cruzó por enfrente del cuartel el doctor Moreno, acompañado de otro personaje de su amistad; y allí no más llegó á saber que la entrada no era libre más que para militares, y que los civiles sólo la tenían por invitación. Y como, al lado de esto, también se trasluciera haberse hecho la concurrencia por colores de bandera, y por ende, estaban condenados los suyos, no pudo Moreno contener más los impulsos violentos de su ánimo irritable, y tomando del brazo á su compañero, sin darse á conocer siquiera en su carácter de vocal de la Junta al centinela, avanzó á entrar, pretendiendo romperle sin más la consigna. Mas la guardia, que tampoco reparó en quién era, le cerró el paso. El furor, subiendo en Moreno á su colmo, llegó á pique de desbordarse; mas, merced á la intervención é influencia de sus amigos, que le rodearon, evitáronse mayores excesos, haciéndolo cejar; pues persuadiéronle era más decoroso y le correspondía dejar y renunciar á eso antes que acabar por mancillarse en un escándalo.

Por dentro de la casa otra escena tan bochornosa

como ésta se consumaba; y aunque de índole bien diversa, uniéronse sus resultados con la primera. Porque entre los concurrentes se contara al capitán oriental don Atanasio Duarte, joven de vida licenciosa é insolente carácter, y fuera de uso, en llegando cierta altura de la fiesta, el pronunciar brindis que aludieran al objeto de la concordia, el hecho fué que, puesto de pie, llamó la atención de los circunstantes al que iba á pronunciar; y tomando del ramillete que cubría las mesas una corona de masa y azúcar, la colocó audaz y desvergonzadamente sobre el peinado de la esposa del presidente Saavedra, doña Saturnina Otárola, diciendo: «¡Viva el emperador de Américal»

Nadie, por cierto, pudo esperar que de cosas tan nimias surgieran hechos que llamaran la atención del estado y aun comprometieran su suerte. Y, sin embargo, fué así; que de la trvialidad de una torta y de la insolencia de un ebrio, se tomaran motivos bastantes para ocupar gravemente al gobierno. Moreno tenía una ofensa personal que vengar, y no hallando aquella noche otra arma al caso, echó mano de este suceso, que luego no más llegó á su noticia, para caer sobre el Presidente, haciéndole despojar al día siguiente de todos los honores que gozaba, por medio de un decreto. No era así, por cierto, cómo los grandes hombres de la antigüedad enseñaban á ahogar las pasiones y resentimientos personales en frente de los peligros públicos, ni cómo dió su más bello ejemplo Arístides cuando, volviendo del destierro, á donde lo tenía alejado Temístocles, su rival, y atravesando la escuadra enemiga de Jerjes: «Seamos siempre rivales, le dijo el expatriado; pero rivalicemos en celo por la salud de la patria».

El Presidente de la Junta había sido revestido de los mismos honores del virrey, por resolución del 28 de Mayo. Con esto, el Presidente «arrastraba la atención, mientras que los demás vocales de la Junta sólo figuraban en las horas y en el interior del despa-

cho; [1] pero también no podía caber más que en él esta distinción, si era por sus funciones la cabeza visible del gobierno y el representante de la autoridad. La misma Junta se los había dado, porque vió en ello una necesidad política muy sensible, desde que el nuevo gobierno, nacido del pueblo como lo era y por la vez primera presentado á su consideración, necesitaba ser por él respetado y temido, como lo había sido el del virrey, para que pudiera imperar en la opinión pública sin los desdenes ó las desconfianzas peligrosas que despierta un advenedizo, uniéndose de esta suerte á su autoridad los prestigios tan poderosos de la tradición y saludables costumbres; supuesto que era una autoridad nueva sin raíces, sin antecedentes y desconocida de los usos públicos, criatura de la misma fuerza popular á quien tenía que gobernar y dirigir, y, por tanto, que necesitaba rodearse de los antiguos prestigios aún venerados y tenidos por muy dignos de respeto por todos los habitantes del país. «Arrastrados los pueblos de la irresistible fuerza de la costumbre, tiemblan de lo que no se asemeja á sus antiguos usos; y en lo que vieron hacer á sus padres buscan la única regla de lo que deben obrar ellos mismos». [2] Y esta autoridad que el pueblo había hecho era expuesto y muy de esperarse también quisiera deshacerla; y se hacía preciso entonces darle vida y vigor propios. Por lo tanto, echó mano la Junta del antiguo ceremonial, lográndose, en efecto, infundir en el alma del pueblo, en bien de esta nueva autoridad, «la misma veneración que estaba acostumbrado á tributar á los visires de la corona». [3]

«El pueblo tenía simpatías por tal ó cual jefe; pero las nociones más elementales sobre el derecho y el deber faltaban, no sólo á las masas, sino aun á los

(1) Núñez: *Obra* citada, página 133.

(2) Gaceta de 1810.

(3) Núñez: *Obra* citada, página 133.

hombres de empresa que de súbditos pasaban sin transición á ser gobernantes. Un general americano decía, con razón: «No podemos ser monárquicos, porque todos nos conocemos». Esta comunidad de educación perjudicaba hasta cierto punto á los hombres que en los primeros tiempos de la revolución se ponían al frente del poder. Los súbditos tenían demasiada familiaridad con los gobernantes para respetarlos. Quien tres años antes no se hubiera atrevido á juzgar en público la conducta de un jefe de aldea venido de España, se creía autorizado á hablar muy alto en contra de los triunviros y á despreciar sus mandatos, sólo porque estos hombres, á quienes habían tuteado seis meses antes, no le imponían. El prestigio tan necesario para el hombre público no había tenido tiempo de formarse y se atacaba la administración con un aplomo prodigioso, con una ligereza increíble. (1)

No era posible que todo aquel vano aparato de carrozas, saludos militares y lacayos y guardias de honor, que hasta la hora presente tributan honras al primer magistrado de la República, por ser la autoridad viva de la patria, sirviera para destruir la libertad naciente y cimentar de nuevo la tiranía; y, sin embargo, hizo el doctor Moreno sancionar por la Junta, á quien dominaba, el decreto del 6 de Diciembre, por el que se privaba al Presidente de los honores que hasta entonces gozara.

Habíalo precedido de extenso y retumbante preámbulo, concebido en un lenguaje lleno de intemperancia y exaltación, para probar con él que el magistrado más superior de la República, fuera del desempeño de sus funciones oficiales, perdía todo carácter público y toda representación de autoridad, desapareciendo en el común de sus conciudadanos; porque la exaltación de su liberalismo era tanta que hacíale soñar en el regreso de aquella feliz edad de oro en

---

(1) SANTIAGO ARCOS: *La Plata, IV, République Argentine*, página 290, citados por GAMBON, *Lecciones de Historia Argentina*, página 63.

que se cuenta habían vivido en otra hora los hombres, y en que pudiera el más obscuro y mísero ciudadano mezclarse en mutua confianza, «por el sagrado dogma de la igualdad», con el que horas antes había podido disponer de su vida, de su honor y de su haber, y había ejercido el poder de la fuerza pública, y había representado la patria, así ante sus ojos como ante los de sus conciudadanos y de todas las naciones del globo.

Y no paró en esto, porque también se dispuso que en adelante ninguna resolución de la Junta debía tener valor ni ser obedecida, si no era firmada por cuatro vocales á lo menos; lo que importaba, al parecer, una desconfianza pública de la probidad del Presidente y derramaba sospechas de su proceder. ¿Qué había pasado para tanto? Después, bajaba el decreto á ser personalísimo y aun vengativo:—«Se prohibe, decía, que ningún centinela impida la libre entrada en toda función ó concurrencia pública á los ciudadanos decentes que la pretendan». No era más que el recuerdo del baile en el cuartel de Patricios. Las venganzas personales servían, así, para actos de gobierno, sin el menor disimulo. Y añadía:—«No se podrá brindar sino por la Patria; toda persona que brindase por algún individuo particular de la Junta será desterrado por seis años. Habiendo echado un brindis don Atanasio Duarte, con que ofendió la probidad del Presidente y atacó los derechos de la patria, debía perecer en un cadalso; por el estado de embriaguez en que se hallaba se le perdona la vida; pero se lo destierra perpetuamente de esta ciudad, porque un habitante de Buenos Aires, ni ebrio ni dormido debe tener impresiones contra la libertad de su país».

A pesar de todo, este decreto fué aceptado y subscripto por todos los miembros de la Junta. Saavedra mismo lo firmó, no obstante que era un acto de visible hostilidad.

VIII

LOS DIPUTADOS DEL INTERIOR

Aquel decreto no fué más que una gran imprudencia, como hijo del arrebato; y precisamente los momentos de acaloramiento y exaltación de ánimo no son los más á propósito para resolver delicados problemas; porque la pasión y la ligereza nubes son que empañan también la luz de la razón y del buen juicio. La novedad causó impresión de tal disgusto y de tan profunda cólera en los saavedristas, y en especial en la clase militar, que se transformó en verdadera alarma, como que la oficialidad y los amigos civiles del Presidente ultrajado trataron hasta de agitar la población en tendencia subversiva; y los odios, no sólo tomaron creces, sino que llegaron á su colmo, y el deseo desordenado de vengar la ofensa nubló toda consideración, rompiéndose francamente las hostilidades entre ambos bandos rivales. (1)

Y allí no más dieron con el medio apropiado y como llegado á maravilla para derrocar al omnipotente Secretario de las alturas del poder. Porque á la sazón se hallaban ya en Buenos Aires los diputados electos que las provincias argentinas habían enviado para formar el Congreso Constituyente, los cuales, no obstante hacer buen tiempo que andaban por allí, lo estaban vagando y sin oficio, pues la Junta, á empeños de Moreno y sus parciales, negábase á abrirles sus puertas para que se incorporaran á ella hasta tanto las demás provincias ocupadas por el enemigo pudieran enviar los suyos para constituir el Congreso.

Y fué de estas circunstancias que se valieron los amigos del Presidente para emprender la campaña. Dos fuertes motivos hacían que estos hombres del interior se plegaran á Saavedra antes que al doctor

(1) NÚÑEZ: *Obra* citada, página 141.

Moreno. La revolución había determinado el día 25 de Mayo que las provincias del virreinato enviaran sus diputados á Buenos Aires para establecer, reunidos en junta, «la forma de gobierno que se considerase más conveniente»; (1) y mientras esto sucedía, la Junta, que al mismo tiempo creaba, que gobernase provisoriamente el país. Pero fué el caso que el doctor Moreno, en cuanto se constituyó el nuevo gobierno, proyectó y obtuvo se desobedeciera esta sabia medida, y que se la substituyera por una otra, hija de sus cavilaciones y su natural asustadizo, por la cual los diputados se irían incorporando á la Junta á medida que arribasen, para formar parte de ella, mientras se instalaba el Congreso. Insigne error fué éste, de que su mismo autor se arrepentiría y que había de concluir por hacerlo su víctima, sacrificándolo en el poder; porque si la revolución había cometido el error de poner el ejecutivo en muchas manos, con esta reforma se agravaba grandemente el mal. En este sentido, y bajo esta condición, se contrajo el compromiso con los demás pueblos, invitándolos á enviar para tales objetos sus diputados, por la circúlar del 27 de Mayo.

Para dar este paso, torciendo el primitivo plan, Moreno explicaba á la Junta que era inminente el riesgo en que se ponía á la revolución y aun á ellos mismos si, cumpliendo así no más lo resuelto el 25, se permitía que un congreso, compuesto de hombres extraños al movimiento de Buenos Aires y cuya opinión era completamente desconocida, viniera á deliberar y juzgar sobre el cambio político realizado tan felizmente; porque así como podía aprobarlo y hacerse solidario de él, bien podía también, y era más expuesto, no fuera de su aceptación y resolviera, con la fuerza de su carácter nacional, retrogradar y restablecer el antiguo orden de cosas. Y para conjurar un peligro tan próximo y tan grande no se vió otro

---

(1) *Segunda acta,* del 25 de Mayo.

remedio que obligar, por un medio indirecto, á que los pueblos del interior echaran sobre sus hombros también la responsabilidad de la revolución, comprometiéndose personalmente en ella, no sólo derrocando sus autoridades locales, sino incorporándose al gobierno revolucionario por sus representantes. [1] La Junta de Buenos Aires tembló entonces de mirarse sola ante la opinión del interior, cuyo colorido ignoraba; y era éste uno de los más inmediatos resultados con que se tropezaba por aquel otro error de no haber preparado la revolución en todo el resto del país, como lo aconsejaron algunos patriotas desde 1809, cuya historia conocemos ya.

Cometido el error, y entrando por el camino abierto, no era lícito ni político ya retroceder. Los diputados de las provincias, electos y enviados á la capital en tales condiciones, debieron ser admitidos en la Junta lisa y llanamente; y para no caer en el peligro que ofrecía su número, ya que la influencia de Moreno había logrado dar unidad á aquel gobierno monstruoso de las nueve cabezas, fácil hubiera sido avenirse en ello, confiando el poder ejecutivo en manos de una sola persona. [2] Mas, ó no cayeron en esto, ó lo temieron, viendo en la unidad personal del gobierno una nueva tiranía ó un futuro objeto de envidias y de celos; y se tuvo por mejor y más conveniente resistir á todo trance la incorporación de los representantes de las provincias, que invocaban su derecho al gobierno por la misma fe y crédito de los documentos públicos.

Por otra parte, la política que había adoptado la Junta, y que hasta la sazón guiaba sus pasos, obra toda ella del doctor Moreno, no había sido del agrado de los pueblos del interior, como tampoco la acepta-

---

(1) LÓPEZ: *El año XX.*

(2) **Esta es también la opinión de Alberdi; entre otras cosas, dice:—«Colocado el gobierno en manos de uno solo, habría sido más fácil substituir la autoridad general del virrey por un gobierno general revolucionario; pero la exaltación del liberalismo naciente era un obstáculo invencible á la concentración del poder en manos de uno solo».—*Obras,* tomo III, página 465.**

ba el elemento conservador de Buenos Aires. «Los diputados que llegaron no respondieron, en efecto, á los propósitos de Moreno y su partido, pues resistían la reforma social»; antes, por el contrario, vieron en este sistema un verdadero peligro público y aun de sus intereses particulares. Porque eran todos ellos hombres de reposo y de las categorías más eminentes y encumbradas del interior, cuyos usos, cuyas costumbres y cuyos talentos rechazaban aquellas medidas bruscas que iban á llenar el país de violencias é injusticias, porque eran inoportunas, otras exageradas, y todas precipitadas y violentas; que si bien eran ellos liberales, ilustrados, y algunos destinados á ser lumbreras de la república, sabían muy bien que la naturaleza no camina á saltos; que los principios, las costumbres y las creencias de los pueblos se reforman y cambian con el tiempo, con la civilización y el paulatino progreso; y que los principios del liberalismo político y social no son tan hermosos ni absolutos en la realidad cual aparecen y brillan en las divagaciones de las filosofías y en la libre fantasía de los poetas para fascinación de las multitudes y de los ilusos; que lo absoluto del bien no puede tener patria en la tierra, y que nuestra miseria es tan real, y nuestra imperfección tan cierta, que no es dable el vivir sin contar con ellos.

De esta suerte llegaba del interior del país un oleaje conservador á unirse y robustecer al que agitaba gran porción de Buenos Aires; y como, á más de las pasiones pequeñas, dividían aquellos bandos de exaltados y moderados dos credos encontrados de principios, la unión apareció desde entonces por imposible é inútil.

El primero de todos aquellos diputados, por su actual valer y espectabilidad, aun en la misma Buenos Aires, era el Deán Funes, que había enviado Córdoba. Moreno mismo lo reconocía como una notabilidad y lo temía como á nuevo y poderoso rival.

Había sido bien acogido por Saavedra y discurriendo sobre los sucesos habían llegado á convenir

en que Moreno precipitaba la revolución y la comprometía, desgracia que era necesario contener para evitar males mayores. Dió, de esta suerte, comienzo una campaña para contrarrestar la marcha temerosa del gobierno en la que, si había mucho patriotismo, no estaba ajena de cierta dosis de ambición y represalias.

Mucho se tenía adelantado ya en esta propaganda cuando vino en ayuda el decreto de Diciembre, que despojaba de sus honores al Presidente. Y como la impresión causada fué de profunda indignación en sus amigos, que á más constituían todo el ejército acuartelado de Buenos Aires, se consideró llegado el momento propicio para acometer de frente. El Deán propuso como plan á Saavedra se exigiera á la Junta la incorporación de los diputados, por sus muy justas razones; y como fueran éstos en número de nueve y la Junta se hallara con la ausencia de sus dos vocales Belgrano y Castelli, reducida á siete, de entrar, Moreno quedaba necesariamente vencido por la mayoría. Asociaron al secreto al diputado por Cuyo, doctor don Felipe Molina, que era de la íntima amistad de Saavedra y muy adversario de la política del doctor Moreno. Funes y Molina combinaron en el plan al resto de los diputados, y se hallaron todos acordes; porque, á más de la moderación que guiaba sus principios políticos, había en todos ellos, agitando su alma, la legítima aspiración de figurar en el gobierno, que por la primera vez lo tenía el país, y el sentimiento del localismo provinciano que, igual al localismo porteño ó metropolitano, era demasiado fuerte y pronunciado entonces, tanto, que entre las provincias más vecinas se miraban con mutua ojeriza, y les hacía, por supuesto, molesta impresión el ver cómo una Junta hecha y compuesta de porteños se adueñara del mando general del país y enviara á las provincias gobernadores á su antojo, y, lo que era más irritante aún, que porteños fueran los jefes de los ejércitos y los que desempeñaran los mejores puestos y comisiones de la mayor espectabilidad, retirándose,

para dar lugar á esta manía de la absorción, á jefes como el general Ocampo, sin justo motivo para ello. A Buenos Aires, por último, igual á las demás provincias, no se le reconocía el derecho para decidir de la suerte del país; y como la invitación hecha á los pueblos fué para que sus representantes compartieran del gobierno desde el momento de llegar, el continuar hasta ahora excluidos aparecía realmente como despojo violento de sus derechos reconocidos.

Resuelto así el plan, en la primera sesión del 15 de Diciembre Saavedra hizo saber á la Junta la petición que hacían por su intermedio los diputados, y pidió que, para que el gobierno conociera sus razones, se los invitara á una conferencia. La Junta accedió al pedido, y determinó tuviera lugar la reunión en la sala de su despacho el día 18 siguiente.

Llegado el día, reuniéronse allí, á más de Funes, el doctor don Juan Ignacio de Gorriti, por Jujúy, tan sabio como el Deán, de un carácter moderado y conciliador, aunque inflexible en sus opiniones; y el doctor don Francisco de Gurruchaga, que en lo intelectual y en lo notorio de su figuración formaba, con los anteriores personajes, el núcleo lucido y brillante de aquella representación del interior, y los dos primeros, iguales en grandeza á Moreno, sobrepujaban en capacidad á todo el resto de la Junta de Buenos Aires y á sus compañeros del interior. Entre éstos venían, á más de Molina, el doctor don José García de Cossio, único letrado con que contaba Corrientes, á quien representaba; don Juan Antonio Olmos, por Catamarca; don Juan Francisco Tarragona, por Santa Fe y don José Julián Pérez, por Tarija.

Tomando la voz y representación de sus colegas, el Deán Funes, en la manera culta y suave con que manejaba la elocuencia en la polémica, sostuvo que el derecho de los pueblos que constituían el virreinato para tomar parte activa en el mando del país era incontestable, pues Buenos Aires, siendo una de tantas provincias, igual ante el origen, ante la tradición

histórica y ante el derecho constitucional de la monarquía, no tenía títulos legítimos para elegir por sí sola gobernantes, como había sido reconocido solemnemente y declarado en el Cabildo del 22 de Mayo. Por esto, la Junta Gubernativa, que reconocía su origen local y provincial y que, aun suponiéndose sucesora del virrey, confesaba no tener el poder, de que carecieron los mismos virreyes, para nombrar gobiernos en el país, había dirigido á las provincias la circular del 27 de Mayo, «convocándolas á enviar sus diputados para tomar parte en la composición de la Junta y en el gobierno ejecutivo de que estaba encargado», [1] y á medida que llegaran á la capital, y como hasta el presente no se hubiera cumplido con aquel pacto, era necesario hacerlo de una vez, pues los pueblos miraban con pesar que sus representantes no hubieran sido puestos en posesión de una regalía que les era debida y se les había prometido solemnemente. No era menos sensible el disgusto de los pueblos al ver cómo Buenos Aires, sin derecho y sin antecedentes para tal, estaba arrebatándoles el derecho que tenían, á imitación suya, una vez caducas las autoridades españolas, para nombrar sus gobernantes y no someterse á los que nombrase la capital, y cuya tolerancia hasta esta hora no tenía más motivo que salvar el orden público, y contando con que la Junta provisional se transformaría en general ó nacional con el concurso en ella de todos los representantes de los pueblos. A más de estos derechos, agregó el Deán, urgía la necesidad de restituir la tranquilidad pública de Buenos Aires, que estaba gravemente comprometida por un general descontento con la Junta; porque el crédito del gobierno habíase quebrado tanto que no podía contar ya con la confianza de la opinión pública que hasta allí le había servido de su apoyo; y, por tanto, era necesario reparar esta pérdida, que afligía la vida misma del go-

(1) ALBERDI: *Obras*, tomo III, página 464.

bierno, con la incorporación de los diputados de los pueblos del interior, que aquellos mismos descontentos reclamaban. [1]

El doctor Moreno se opuso á la pretensión, y, ayudado por el doctor Passo, ambos sostuvieron la parte de oposición en el debate, discurriendo que los diputados de las provincias interiores carecían de derecho para entrar á formar parte de la Junta é integrarla, negándose á sí mismos en esto; pues vimos ya como Moreno alegó sus razones para que los diputados, al llegar, tomaran parte en la Junta, á fin de que compartieran de las responsabilidades de la revolución. Daban apoyo legal á su oposición en que habían sido llamados para formar Congreso, y que mientras no sucediera la apertura de éste, sus representantes no podían entrar á ejercer sus funciones; pero se les observaba que no había tal, ni eran las cosas así; porque la base de su convocatoria, con la que se pactó con las provincias, era el acta del 25 de Mayo, la cual decía *Junta* y no *Congreso*, y que, según ella, la Junta Gubernativa creada ese día era provisoria, «para mientras se erigía la *Junta General* de todo el virreinato». Sostener lo contrario, «era como decir á las provincias:—Tenéis derecho á una parte del poder *legislativo* nacional, pero el *ejecutivo* es incumbencia local nuestra». [2]

Pero como los diputados hicieran base principal de su apoyo la circular de la Junta en que los llamaba á incorporarse á ella, el doctor Moreno, viendo el argumento enemigo sin réplica, no halló más arbitrio que confesar su error; alegando, sin embargo, de que aquello sólo era un rasgo de inexperiencia, y, por ende, no debía cumplirse. «El gobierno ejecutivo no puede estar en manos de muchos», decía, y decía bien. El doctor Moreno llamaba *razón de derecho* á eso que sólo era razón de estado. Pero,

(1) NÚÑEZ: *Obra* citada, página 144.

(2) ALBERDI: *Obras*, tomo V, página 337.—*Acta* del 25 de Mayo.

no por eso había derecho de excluir á las provincias de su participación en el poder ejecutivo nacional. Su voluntad podía haber concurrido en la creación de un solo jefe supremo, como sucede hoy mismo, que todas las provincias eligen al Presidente. (1)

Por fin, alegó el doctor Moreno que, á pesar de no haber concurrido las provincias á la formación de la Junta Gubernativa, el reconocimiento que habían hecho de ella por sus respectivos cabildos había subsanado la falta de su concurso en su formación. Pero no tenía presente que si se la reconocía lo era como provisoria y á condición de la incorporación; base única con la cual pactó con los pueblos su reconocimiento y unión, bajo aquella fe pública y oficial de sus propios actos, de que ahora pretendía renegar.

«La decisión estuvo á pique de ser entregada al pueblo»; mas, por fortuna, se evitó la participación de tan terrible juez en los actos de gobierno, y se convino en que lo decidiría la votación de los siete miembros de la Junta, reunidos á los nueve diputados del interior. Y aunque los primeros declararon estar siempre fieles á las doctrinas de su jefe, votaron, sin embargo, por la incorporación de los diputados los vocales Larrea, Matheu, Alberti y Azcuénaga, unidos á Saavedra, alegando, en descargo, lo hacían, no por convencidos, mas sí por conveniencia política, pues de tal suerte lo exigía la gran causa de la unidad de los pueblos y del gobierno. El doctor Passo fué el único que acompañó en el trance á Moreno; y éste se vió obligado á renunciar, alejándose desde entonces del gobierno.

Pero el suceso y la renuncia que le siguió exasperaron á todo extremo los ánimos en sus parciales; y estos odios que se encendían en la capital avanzaron á todo el territorio, haciendo con sus lances sucesivos, durante un año, más profundo el antagonismo que ya venía formado entre Buenos Aires y el inte-

(1) ALBERDI: *Obras*, tomo V, página 387.

rior. Entre tanto, el partido á quien tocó la derrota, «aparecía como amedrentado en materia de patriotismo», no escuchando más voz que la de la lucha intestina, y dejando y dando también ventajas al enemigo, que aprovechaba de la situación. (1) Y en cuanto al bando triunfante no sirvió de cosa mayor al país su victoria, porque se multiplicaron los embarazos que nacían del número de que pecaba el gobierno, pues ahora, en vez de nueve, contaba con dieciséis cabezas, ninguna de ellas capaz de realizar la unificación bajo una influencia personal, como lo había conseguido Moreno, por lo que resultaba ahora la Junta monstruo de muchos brazos y sin verdadera cabeza.

Ni fué tampoco diestra ni advertida en política, pues no acertó á confiar el poder ejecutivo en manos de un solo hombre, sino que lo conservó como antes, patrimonio del conjunto, por lo que no pudo constituir un gobierno fuerte y definitivo, como lo pedía toda razón y las graves exigencias del país, así por la guerra en que estaba empeñado, como por alejar la incertidumbre de la vida política, y, con ella, todo pretexto y motivo de perturbación interna para concentrar todas las fuerzas físicas y morales en la lucha contra España. Alejado el genio que había logrado reducir á una sola voluntad un gobierno compuesto de tantas personas, y unido á esto la inexperiencia en el manejo de los negocios públicos, la Junta se vió luego no más trabada en su marcha; porque, perdida su unidad, perdió su actividad y su fuerza, «y los proyectos públicos cayeron en la parálisis más funesta y en la incertidumbre más miserable». (2) Nuevos impulsos y vigor apenas lograron darle los esfuerzos patrióticos de uno de sus nuevos miembros, el doctor Gorriti; (3) pero como en tales

(1) NÚÑEZ: *Obra* citada, página 219.

(2) *Monteagudo; su vida y sus escritos*, por M. A. PELLIZA: tomo I, página 290.

(3) GORRITI: *Reflexiones*, página III.—*Resumen de la vida pública del autor.*

momentos ardía la lucha intestina, ese espíritu de facción, enemigo inconciliable de la libertad y que se recordaba en aquellos días, era el mismo que impidió se enviaran á Aníbal los refuerzos que necesitaba para acabar con Roma. [1] Más que directores públicos eran hombres de partido; y aplicó sus energías *terroristas* á los que antes condenara por políticos del terror, instalando un tribunal de vigilancia que logró, al fin, hacer que se suprimiera el incansable tesón del doctor Gorriti.

IX

LA OBRA DE MORENO — SU MUERTE

No volvió más Moreno á figurar al frente de los destinos públicos; pero su paso por el gobierno, aunque por espacio tan corto, dejó, por sus aciertos y sus errores, memoria indeleble en el país. Fué su talento en el primer gobierno revolucionario un hallazgo feliz, porque, siendo la única inteligencia superior y la única voluntad prepotente y respetable en ese conjunto en que vino, por torpe espíritu de imitación, á caer el gobierno de la revolución, dotó á la Junta de la unidad de que carecía é infundió al movimiento iniciado por Buenos Aires una energía salvadora, no sólo en la capital, mas también en todo el territorio á que alcanzaba su poder. En sus manos la revolución, que se hallaba aislada al nacer y quizá titubeando ante el porvenir sombrío y terrible que amenazaba, halló en él brazo fuerte y poderoso que la encauzó por sendero firme y seguro, y le infundió, dirigiendo así con briosa energía sus primeros pasos, también el primer aliento de vida inmortal; porque fué que con este impulso la máquina, armada á toda prisa, pudo correr con fuerza suficiente

---

(1) MONTEAGUDO: *Escritos*, citados por PELLIZA: tomo I, página 399.

hasta los términos de su destino; que de haber procedido con lentitud y de no haber roto con escrúpulos y miramientos que pudieran serle valladar insalvable de otra manera á sus medidas de salvación pública, la causa quedaba fatalmente perdida. De esta manera, «en medio de la incertidumbre de los sucesos y de la inexperiencia; entre la confusión de las pretensiones y las esperanzas; cuando se contaba más bien con la debilidad del enemigo que con los recursos de atraerlo; cuando casi, se puede decir, la denominación de la voz *patria* no tenía todavía un sentido fijo; cuando se calculaba antes sobre la sorpresa que sobre la victoria; cuando la indiferencia se consideraba por una virtud, y la inacción por amistad; invocando indistintamente el nombre del monarca y los derechos de los pueblos, y trabajando, á un tiempo, en destruir los grandes abusos internos y en levantar el crédito del gobierno en los puntos de afuera, la Junta primitiva supo extender su influencia por todas partes; cubrió á sus enemigos de espanto; desconcertó las maquinaciones interiores; vió vencer á sus tropas, y se hizo respetar hasta de sus mismos contrarios por medio de providencias decisivas y enérgicas»—(MONTEAGUDO).

Sin embargo, en frente de estas obras, de estos servicios, cuya grandeza confesará con honra suya la historia, cayó Moreno en no menos graves y numerosos desaciertos que apagan su genio en parte considerable; porque, sea achaque de su juventud ó de su temperamento, no supo, cual debió y convenía, combinar la energía con la prudencia, y la transformó en terror; y el arrebato y la precipitación dominaron sobre el cálculo y la serenidad. La inexperiencia probó que hacía también estragos en su obra, sin que hubiera sido su genio bastante poderoso para llenar la falta.

Estos defectos hicieron no fuera feliz en muchas de sus empresas, como que su poco acierto y penetración para conocer á los hombres y su inclinación á preferir más en ellos la adhesión que la compe-

tencia que el cargo requería, hicieron poner en manos de los más ineptos la suerte de la expedición al Alto Perú, y que imprimiera el carácter y el tono de conquista á la que se dirigía al Paraguay, apareciendo, á más, víctima de un traficante aventurero; por lo que se perdieron ambas campañas: la una con honor, la otra con grande vergüenza; y en ambas cercenadas para siempre del territorio patrio aquellas zonas en que se desarrollaron; por lo que, á la manera de Maximiliano y aunque con mucha desgracia por lo visto, Moreno en el orden militar produjo mucho ruido y no hizo nada. Recordaremos á raíz de esto la comisión que puso al lado del ejército y las facultades para resolver *ad libitum* en materias de guerra al que, siendo abogado, jamás ni por afición había conocido el arte militar; y volviendo á cuanto al orden interno se refiere, concitó los celos de las provincias nombrándoles arbitrariamente gobernadores que no eran de la localidad, lo que parecía revelar ó desconfianza en el patriotismo de los pueblos, ó una inclinación marcada al despotismo. Profundizó más esta rivalidad con la que sostuvo con la presidencia, á quien se plegaron los representantes de las provincias, que llegaron á ver en el precipitado reformador una especie de amenaza pública; con lo cual, dando el ejemplo de la anarquía el mismo gobierno, se echó con imprudencia la semilla funesta de la desunión de los pueblos, que toda sabia política hubiera debido evitar.

Pero si fracasaba en el orden militar, salvó la revolución, á pesar de los desaciertos cometidos, dándole rumbos definidos, ánimo en el hecho, vigor y energía en su marcha, para encarrilarla en el camino tardío, pero seguro de la victoria; y luz y convicción á los hombres enseñándoles á los que nada conocían las razones fundamentales en que descansan la soberanía popular y los principios inconcusos de los derechos que tienen los hombres para gobernarse por sí mismos en el orden político, y para gozar, en el orden privado, de todos los beneficios que

Dios ha derramado en la vida, los que no pueden conseguirse de otra manera que por las virtudes y el trabajo, amparados por la justicia y la libertad.

Su genio en la administración fué útil asimismo y provechoso; pues, aunque corto el espacio en que actuó en el poder, y absorbido el tiempo por los peligros públicos, creó la escuela de matemáticas y fundó la biblioteca pública, en atención á que «los pueblos compran á precio muy subido la gloria de las armas; asustadas las musas con el horror de los combates, huyen á regiones más tranquilas, é insensibles los hombres á todo lo que no sea desolación y estrépito, descuidan aquellos establecimientos que en tiempos felices se fundaron para cultivo de las ciencias y de las artes. Si el magistrado no empeña su poder y su celo en precaver el funesto término á que progresivamente conduce tan peligroso estado, á la dulzura de las costumbres sucede la ferocidad de un pueblo bárbaro y la rusticidad de los hijos deshonra la memoria de las grandes acciones de sus padres. Buenos Aires se halla amenazado de tan terrible suerte, y cuatro años de glorias han minado sordamente la ilustración y virtudes que las produjeron. Toda casa de libros atrae á los literatos; la curiosidad incita á los que no han nacido con positiva resistencia á las letras y la concurrencia de los sabios con los que desean serlo produce una manifestación recíproca de luces. Estas ventajas hicieron mirar en todos tiempos las bibliotecas públicas como uno de los signos de la ilustración de los pueblos y el medio más seguro para su conservación y fomento».

Al lado de estas grandes instituciones dictó también medidas protectoras del comercio: ordenó el censo; organizó un establecimiento permanente para la propagación de la vacuna; arregló la policía urbana; cuidó de las mejoras para el embellecimiento de la capital y abrió las puertas á los empleos públicos civiles y militares para todas las clases del pueblo, no exigiendo más requisitos que el mérito y la idoneidad.

En esto terminó su obra como debía terminar casi al mismo tiempo su vida, que aunque de constitución sana y vigorosa y de conducta arreglada y metódica por la fortaleza de sus virtudes privadas, pasó de este mundo á los treinta y dos años de edad. Viajaba para Inglaterra, á donde lo enviara el gobierno en misión diplomática, á empeño de sus amigos y como medio indirecto de librarlo del disgusto que debía causarle su nueva situación. El mareo, que durante los treinta días que llevaba de navegación no había perdido momento de atormentarlo, debilitó y trastornó á tal extremo su organismo, que cayó de allí á poco en los más penosos accidentes; y el capitán de la nave, viniendo por su alivio, le administró un emético, en dosis al parecer tan extraordinaria, que le produjo una convulsión mortal.

Vuelto en sí, miró cercana su hora. Los sentimientos del cristiano penitente quebraron en su alma el orgullo que habían sembrado en ella las pasiones del mundo; y tomando por testigos á los que lo rodeaban, pidió perdón á sus amigos y enemigos de cuanto hubiera podido ser ofensa contra ellos; y confesando que su esposa no había tenido parte en los actos de su vida pública, para que no se la hiciera cómplice en ellos, declaró que era inocente, cosa que repitió muchas veces; bendijo luego á su hijo y expresó moría con entera confianza en la santa fe de Cristo. Volviendo entonces la memoria á la patria, de cuyo seno estaba ya lejos, y á cuya libertad había consagrado todas las fuerzas de su talento y voluntad, y echado sobre sus hombros por su causa la odiosidad de enemigos y adversarios, exclamó:— «Viva mi patria, aunque yo perezca»..... Pero no pudo continuar, porque la lengua se resistió á manejar más el habla, y sus labios callaron. Después de una prolongada agonía, á los tres días de esto, rompiósele, al fin, el hilo de la vida, exhalando su alma el 4 de Marzo de 1811. Sus amigos arrojaron su cuerpo al fondo del mar, á eso de las cinco de la tarde. Al saberse en Buenos Aires el suceso:—«Tanta agua,

exclamó Saavedra, ha sido necesaria para apagar tanto fuego!» Sus parciales aquí, apasionados como estaban, achacaron su muerte al veneno; pero la calumnia no halló eco y se disipó en seguida.

X

ACTITUD DE MONTEVIDEO

Más cercana que el Perú y más temible que el Paraguay, la Junta halló en la banda opuesta del Río de la Plata otro enemigo aún, que lo fué Montevideo. Era ésta una ciudad defendida por formidable muralla de cualquier ataque terrestre, y por una escuadra contra quien la acometiera por el río; y aunque en sus habitantes hubiera muchos patriotas, su mayoría era compuesta de españoles; y á pesar de esto, dividían esta población de la de Buenos Aires los ardientes celos de vecindad.

A la primera noticia de la revolución no se pronunció en contrario, y dilató más, por mil sucesos, el reconocimiento de la Junta; espacio perdido lastimosamente y en el cual «pudo haberse ganado sin violencia». [1]

Sin embargo, á los ojos de la Junta no aparecía Montevideo digna de su mayor atención, no obstante sus defensas y su escuadra, cuya prepotencia marítima era, sin disputa, por lo que podía reputarse «el baluarte de la dominación española en esta parte de la América; enemigo tanto más temible cuanto que abriendo los brazos al encono metropolitano servía de asilo á los refuerzos que enviaría la Península para sujetar nuestros pueblos». [2]

La Junta miró por conveniente enviar á su secretario, el doctor Passo, hombre que era muy tímido y de una moderación genial, á que explicara en Montevideo

(1) *Escritos de Monteagudo*, citados por PELLIZA, tomo I, página 196.

(2) PELLIZA, *Escritos de Monteagudo*, tomo I, página 292.

la razón y el alcance del movimiento de Buenos Aires; pero los trabajos anticipados del grupo exaltado de los españoles y el aparato militar con que se esparció la desconfianza y alarma en el vecindario, y aun en la misma asamblea, dió por fruto el Cabildo abierto que, reunido para escuchar á Passo y resolver sobre la unión con Buenos Aires, se disolvió con el tumulto, de á propósito producido, dejando así frustrada la misión de avenimiento entre ambos pueblos. Y como en seguida no más llegaran desde Cádiz las comunicaciones en que el Consejo de Regencia daba cuenta de su instalación y pedía su reconocimiento, Montevideo, dirigido así por el elemento español, se negó á la Junta y se plegó á la Regencia. La división quedó hecha; pero hasta fines de Agosto mantuvo una sospechosa espectativa; y era su mente aguardar que Liniers se acercara con el ejército á las costas del Paraná, unido á las fuerzas que pensaba traería Velazco del Paraguay, para así, todos tres, atacar por tierra y por agua á Buenos Aires hasta rendirla. Mas, cuando en aquella fecha se supo el descalabro de Liniers, y que el Paraguay no se movía, los enemigos de Montevideo vieron que no debían contar más que consigo mismos y movieron su escuadra. Con torpeza inaudita pidieron socorro al Brasil, llegando á la locura de querer introducir tropas extranjeras al país, á la provincia Oriental, que fué siempre la codicia de los portugueses; y no lograron. Pero sus propias fuerzas de tierra fueron á dominar los puntos más importantes de la provincia. Una partida ocupó el puerto de Maldonado, de que se apoderó el coronel Viana; otra columna ocupaba la Colonia. Entonces la Junta, volviendo su mayor atención sobre este peligro que se engrandecía y golpeaba ya sus puertas, declaró rotas las hostilidades con Montevideo, cerrando toda comunicación.

La Regencia nombró por gobernador de Montevideo al general don Gaspar Vigodet, el que se hizo cargo de su empleo el 9 de Octubre de 1810; y una de sus primeras providencias fué dominar en los ríos, desde el Océano hasta el Paraguay, armando en pie de guerra

su escuadra, que dirigía don Angel Michelena. Situado con la fuerza naval en Paysandú, cortó las comunicaciones de la Junta y dominó el litoral uruguayo.

Así las cosas, arribó el 12 de Enero del año siguiente el general don Javier Elío, quien venía nombrado Virrey del Río de la Plata por la Regencia. Bastaba su presencia para que todo arreglo y conciliación fueran imposibles de veras; pues era éste el hombre más aborrecido y el más aborrecedor de Buenos Aires. De Montevideo, donde fué recibido en su nueva autoridad, se dirigió por oficio á la Junta pidiendo conciliación y paz, bajo los términos de que se enviara á las Cortes de Cádiz un diputado, que se reconociera la Regencia por suprema autoridad nacional, y, entre todo, se le reconociera y entregara el mando político del país como á su Virrey. La Junta rechazó una y otra pretensión, manifestándole que la sola invocación del título de Virrey con que se presentaba era una ofensa á la razón y al buen sentido. Y no fué necesario más para que el arrebatado gobernante español declarara por rebelde y revolucionaria á la Junta y por traidores á los individuos que la componían, como á todos los que acataran y sostuvieran su autoridad; ordenando, en consecuencia, un bloqueo riguroso para destruir el comercio de la capital; llamó á las armas á todos los españoles y declaró formalmente la guerra.

La Junta, entre tanta aflicción, aceptó el duelo con toda energía y con la misma altivez que había rechazado el sometimiento del país á Elío y á España; pero la desunión de los patriotas en el seno de Buenos Aires aniquilaba sus fuerzas. Los partidarios del doctor Moreno, por haber bajado del poder, olvidaban la patria para no pensar más que en sus particulares conveniencias, ni escuchar más voz que la de sus odios y su rencor; porque si bien el ataque de Elío causó en todos indignación general, los partidos no depusieron sus resentimientos para salvar la patria, pues los exaltados siguieron en vivísima oposición atacando al gobierno, censurando sus actos, negándole todo apoyo, y

dando pábulo á la reacción española en el mismo seno de Buenos Aires, y más esperanzas á Elío de vencer á un enemigo así debilitado por la anarquía y la facción, cuando eran los momentos más solemnes, cuando la guerra comenzaba de veras y la voz del gobierno no debía oirse «sino como la voz de un general». (1)

A más de Montevideo, el resto de la población oriental, aunque conmovida con estos sucesos, dejaba correr los meses sin dar señal visible de sostener la revolución. Y no era, por cierto, falta de patriotismo lo que la mantenía en estado tan inseguro. Lo que apoyaba esta indiferencia era antiquísima enemistad entre porteños y orientales, que habían acostumbrado por generaciones á mirarse con ojeriza, alimentando pendencia y riña de vecindario, achaque del cual padecían todas las provincias argentinas; pues en aquellos días mantenían espíritu hostil mutuamente las unas y las otras. Pero respecto de Buenos Aires era mayor la tensión de estas pasiones en los orientales, por tener una vecindad tan estrecha que apenas los separaba el río, y por donde era muy fácil el enconarse; y de la misma manera que era más intensa por la frecuencia de tratos y choques esta predisposición á la riña entre Tucumán y Salta ó entre ésta y Jujúy, que no cualquiera de ellas con Cuyo ó el Paraguay; así, igualmente, el oriental se violentaba más con el porteño, que lo tenía al habla y á la vista, y cuyo roce social, político y mercantil era frecuente que no con el catamarqueño ó el riojano cuya existencia apenas conocían de nombre.

Muchos, profundos y antiguos como la fe de nacimiento de nuestras ciudades, eran estos odios de familia que, sin romperla, la hacían de violentas relaciones en la vida común. Pero sobre estas menudencias, otra gran pasión, más fuerte, más general y más noble también, debidas á causas múltiples que

(1) NÚÑEZ: *Obra* citada, página 219.

allá mostraremos á su tiempo, formaba de cada provincia una personalidad que se creía, respecto de las otras, tan acabada y perfecta cual si fuera una nación aparte y soberana; y la cual no era otra cosa que un espíritu «de provincialismo tan estrecho, tan iliberal y tan antipolítico», que, no manejado con tino y prudencia, iba á dar margen á los males más grandes que afligirían la República.

Pero el patriotismo, al fin, rompió esta valla; y las conmociones aisladas y los pronunciamientos revolucionarios en favor de la Junta de Buenos Aires comenzaron á estallar en puntos diversos del territorio. La miserable aldea de Belén fué la que dió la señal y ejemplo. Buen nombre tenía también para cuna de la redención oriental. Luego el pueblo de Mercedes se levantó á la voz del comandante don Ramón Fernández, y siguieron otros.

XI

CREACIÓN DE LA ESCUADRA.—COMBATE DE SAN NICOLÁS

En esta sazón se hallaba el general Belgrano derrotado en el Paraguay; y ya para procurarle auxilios, ya para defenderse en los ríos de la flota española enseñoreada de ellos, halló la Junta, al fin, era de suma necesidad neutralizar la prepotencia de su rival en las aguas. Porque la suma inexperiencia de aquellos hombres y la falta de un genio completo en la dirección del gobierno, hicieron que en los primeros días ni se pensase siquiera fuera necesario combatir al enemigo por agua, y no sólo se dejó pasar con toda libertad de Buenos Aires á Montevideo, en cuerpo, todos los oficiales de marina después de haberse negado á reconocer la Junta, por carecer para ello de órdenes superiores, según decían, sino que no se hizo caso de su arma, confiándose

todo á los ejércitos de tierra. [1] Pero cuando, finalizando el año, las cosas apretaron, resolvió la Junta se formara una escuadra para defenderse de la de Montevideo, que paseaba á su albedrío la bandera española por todo el litoral hasta la Asunción, obstaculizando los progresos de nuestras armas y quebrantando cada vez más el comercio, y siendo amenaza perenne para las poblaciones de las costas. Ella debía ser formada por tres naves; y, para llevarla á término, se nombró comisionado ó Ministro de Marina á uno de los vocales de la Junta, el diputado por Salta, don Francisco de Gurruchaga, el que fué hallazgo feliz, pues, marino de profesión y habiendo probado lo qué era la guerra de mar en la batalla de Trafalgar, su conocimiento y su experiencia eran en las circunstancias complemento precioso de su singular patriotismo é incansable actividad.

Se tropezaba, sin embargo, con la carencia de astilleros y con la escasez de maderas de construcción y enseres navales y, sobre todo, de marineros; pues, aunque puerto Buenos Aires, jamás su gente había sido dada á la carrera de la navegación. Pero todo lo suplió el patriotismo y la fecunda diligencia del comisionado; y así, al corto tiempo, quedaron los tres buques armados en pie de guerra y fueron bautizados con los nombres simbólicos de *Invencible*, *25 de Mayo* y *América*, como queriendo expresar que la causa de la América era invencible desde el 25 de Mayo. Estas naves estaban tripuladas por cerca de doscientos hombres y armadas de treinta y tres cañones. Tal fué la primera escuadra argentina, ordenada por la Junta su creación, y armada y puesta á flote por don Francisco de Gurruchaga; y las brisas del Plata recorren nuestras playas aún desiertas, ó se detienen á contemplar los pacíficos triunfos del puerto de Buenos Aires, sin encontrar en su camino el pe-

(1) NÚÑEZ, *Obra citada*, página 156.

destal de Gurruchaga donde quebrar sus alas y murmurar su nombre. [1]

Por el mismo abandono que se tenía de las cosas de mar, no fué menos dificultoso el dar con un jefe que, hombre de carrera, se hiciera cargo de la flota; mas no faltó un corsario extranjero á quien confiara la Junta «esta hija primogénita de sus esfuerzos». Era don Juan Bautista Azopardo, nacido «en la invicta ciudad de Senglea, en la isla de Malta, el 19 de Febrero de 1774», quien tomó por nave capitana á la *Invencible*, dando á don Hipólito Bouchard el mando del *25 de Mayo* y á don Angel Hubac el de la otra. La escuadra se resolvió fuera hasta poco más arriba de Santa Fe con el propósito principal de interceptar los auxilios que pudieran mandar los enemigos de Montevideo.

Elío, entre tanto, desde esta plaza, observaba con ojo vigilante cuánto se hacía en Buenos Aires en su contra, pues los españoles que aquí residían lo tenían al cabo de cuánto se pensaba y acontecía, servidos así por el numeroso personal del gobierno que era imposible guardara el secreto, como por la exaltación de los partidos que nada reservaban á la sed de sus pasiones. Y no tardó en notarse los efectos. El 10 de Febrero de 1811 fué el día fijado para que se diera á la vela la flota. Don Francisco Gurruchaga, en nombre de la Junta, trepó á la *Invencible*, puso en manos de Azopardo el pliego cerrado de instrucciones, que debería abrirse á la altura de Martín García, y con su viril y nerviosa elocuencia arengó por la patria á aquellos primeros marinos de la nación. Entonces levaron anclas é izaron el pabellón, alejándose del puerto. Desde las alturas de la

---

(1) Como muchos otros, este patriota benemérito, que abandonó el brillante porvenir que le ofrecían en España su nobleza y su fortuna, para volver á la patria en 1810 á trabajar por su independencia, y á la cual consagró toda su hacienda y todos los afanes de su vida; que sirvió en los ejércitos con su dinero y su palabra; que hospedó en su casa particular de Salta á Belgrano, á Castelli y á la mayor parte de los generales y comisionados civiles del gobierno de la revolución en el norte, murió á los ochenta años, en 1847, pero en condiciones tan tristes y duras, que la amistad se vió obligada á satisfacer los gastos de su modesto entierro. Tal fué el extremo de miseria á que lo condujo el celo por la revolución.

ribera y desde las azoteas de los edificios vecinos gran porción de espectadores las contemplaba y despedía; y las tres naves, «vistas á la distancia, parecían tres gaviotas que se alejaban de la costa espantadas por las olas tumultuosas».

Pasaron cuatro días, y un patrón de lancha dió aviso á la Junta que los buques españoles de Montevideo pasaban en persecución de la flotilla argentina. El gobierno se apresuró á enviar aviso de la ocurrencia á Azopardo, alcanzándolo por las márgenes del río. La flota realista se formaba de seis naves, llamadas *Cisne*, *Belén, Aranzazú, San Martín, Fama* y *Castro,* cuyo comandante en jefe era el capitán de fragata don Jacinto de Romarate. Su gente era superior á la de Azopardo, porque toda ésta era novicia en el arte, mientras la suya era de profesión marina.

El 1º de Marzo la escuadrilla argentina hizo alto y fondeó entre las altas riberas de San Nicolás y una isla llamada del Tonelero, que cortaba en dos canales el agua; y la escuadra española dió también fondo, en frente á la patriota, en el otro brazo del río. Dispuso Azopardo bajara el comandante Hubac á tierra y levantara sobre la ribera próxima una batería de cuatro cañones. Romarate envió un parlamentario, que se le negó el recibirlo, por orden terminante de la Junta, y al día siguiente se afirmaba en la *Invencible* la bandera roja, enseña de desafío. Serían las ocho de la mañana cuando las naves españolas rompieron el fuego. Contestaron las de la Junta é hizo lo mismo la batería de tierra, sosteniéndose así un par de horas el combate, al término de las cuales se suspendió la batalla, retirándose los buques españoles fuera de tiro. Pero, á las dos y media de la tarde embiste de nuevo. El *Cisne,* nave capitana con la insignia de Romarate, y el *Belén*, despreciando valerosamente el fuego de la batería, remontan la corriente, avanzan sobre la *Invencible*, y se echan con furioso arrojo al abordaje. Los veteranos españoles trepan á la *Invencible* y se traba el

combate á sable y hacha. Los soldados bisoños de la Junta llevan la desventaja, alentados, sin embargo, por el valor heroico de su jefe, que animaba y sostenía el espíritu de su tropa en todo lo que comprendía la cubierta. Dura la sangrienta escena ya hora y media; tiene Azopardo las ropas desgarradas, perdido el sombrero, y su cuerpo ensangrentado y herido; el piso de su nave enrojecido de sangre humeante y sembrado de cadáveres y heridos; y para complemento de su dolor, mira el teatro completo de la batalla y se convence que sólo su nave resiste y que sobre ella únicamente cae todo el poder y esfuerzo del enemigo. Un rasgo de desesperación heroica lo precipita á morir antes que caer prisionero; y baja á la *santa bárbara* dispuesto á incendiarla y hacer volar la nave. Pero quiso la suerte que la hallara con llave; y el comandante enemigo, Robión, comprendiendo aquello y admirando el heroico arrojo, se adelantó con los suyos para evitarlo, dando este grito de paz:— «¡En nombre del Rey, se respetará la vida de Azopardo y de sus soldados!» Bajo esta promesa rindió sus armas.

En las otras naves no hubo nada; pues ni existió combate ni se hizo resistencia. La tripulación del *25 de Mayo* abandonó su buque conjuntamente con su jefe, don Hipólito Bouchard, y lo mismo hizo la gente de la balandra *América.* Todo esto constituye la primera acción naval argentina, que fué una derrota parcialmente honrosa; y así concluyó la primera escuadra nacional.

Subió á su último grado el orgullo de los realistas de Montevideo con la nueva del suceso.—«Al fin la Junta de Buenos Aires ha recibido una lección importante de nuestro valor, decía Elío en un bando á sus marinos vencedores. Ella acaba de perder la única fuerza que podía disputarnos el señorío absoluto del caudaloso Paraná, y en la ignominia de que van cubiertas sus armas conocerá el mundo que no es lo mismo atacar pueblos indefensos que batirse con hombres fuertes. Obrando como sois, no necesita

FERNANDO de otros auxilios para limpiar sus dilatados dominios de gente infame. Vuestro nombre solo, donde quiera que resuene, los hará temblar; y si ayer buscaron en las aguas del Paraná un asilo funesto que los librase de nuestro furor, mañana, cuando pareciéreis delante de Buenos Aires, todas las breñas del Perú no serán bastantes para ocultar tanto cobarde como se ha reunido bajo el estandarte de la rebelión».

En Buenos Aires no sucedía lo mismo. Al saberse la desgracia se aprovechó de ella para atacar al gobierno con más ardor, echándole á su responsabilidad la derrota sufrida; y esa mordacidad con que se atacaba á las personas públicas era «una de las señales más precisas de la falta del espíritu nacional de un pueblo», que provenía asimismo «de la malignidad de los enemigos del sistema, y la debilidad de los patriotas». [1] Las facciones en que lastimosamante se dividía el partido patriota no tenían las virtudes romanas para salvar con su firmeza el Estado; pues, al contrario de esto, sabiendo el Senado cómo había huido vergonzosamente del campo el Cónsul Varron, en presencia de Aníbal, y corrido á la ciudad, salió en corporación á recibirlo para reanimar con este su paso la confianza pública, y aun le dió las gracias por no haber desesperado de la suerte de la República, sepultando así, en bien de la patria, todo deseo y satisfacción de venganza.

La Junta no desmayó; y en frente de esta excitación y del profundo dolor que causó la nueva, como que era el primer desastre que sufría la revolución, habló al pueblo en un manifiesto, y le decía:—«No dudamos que, fieros y orgullosos nuestros enemigos con este menguado triunfo, se atrevan á tocar nuestros pechos para ver si hay en ellos cobardía. ¿Quién les ha dicho que nuestra virtud es de tan pocos quilates? ¿Hay más trabajos y más peligros? Ad-

---

(1) PELLIZA: *Monteagudo, su vida*, etc., tomo I, página 298.

quiriremos más gloria. Mengua fuera sin ejemplo que, después de haber admirado al mundo entero con nuestros heroicos esfuerzos, cayésemos ahora de ánimo por la pérdida de tres pequeños buques que jamás han entrado en el cálculo de nuestras fuerzas. Nueve meses de triunfos nada deben á unos frágiles vasos que tuvimos abandonados en total inacción. Con ellos nada hicimos; sin ellos llegaremos á coronarnos, habiendo tenido la gloria de quitar eso más al enemigo». (1)

Dando el gobierno un ejemplo de patriótica confianza, ordenó la creación de una nueva escuadra. Sus apuros pecuniarios eran grandes, pues estaba casi agotado el erario, y fué forzoso el vencer las graves dificultades que esto ofrecía. El vocal Matheu, supliendo el crédito dudoso de la Junta, daba su firma, la que bastaba para salvar los apuros, y Gurruchaga fué encargado nuevamente de la formación de esta segunda flota. Se compraron algunas embarcaciones y á principios de Agosto de 1811, «merced á la reconocida actividad del comisionado de la marina, don Francisco Gurruchaga, quedaban listos para operar siete buques»: el *Hiena, Nuestra Señora del Carmen*, *Santo Domingo*, y otros menores, armados con treinta y ocho cañones y tripulados por trescientos treinta hombres.

Elío había declarado por aquel mismo tiempo el bloqueo de Buenos Aires; pero los buques argentinos, burlando su vigilancia, pasaron á la Banda Oriental, prestando allí importantes servicios en la guerra que comenzaba contra Montevideo. (2)

---

(1) Nos hemos servido para narrar estos últimos sucesos, principalmente del estudio hecho al respecto por el doctor ANGEL JUSTINIANO CARRANZA, titulado *Campañas Marítimas*; y de una publicación titulada *La primera batalla naval*, en *La Prensa*, de Buenos Aires, de 20 de Agosto de 1903; y ZINNY: *Historia de los Gobernadores*, tomo I, página 7.

(2) ZINNY: *Obra* y lugar citados.

XII

LA GUERRA CON MONTEVIDEO

Para amparar este movimiento del pueblo oriental y ponerlo bajo su protección, la Junta ordenó al general Belgrano que retrocedía, vencido del Paraguay con poco más de setecientos hombres, atravesara el Uruguay, y penetrando en la Banda Oriental se hiciera cargo de la dirección de sus fuerzas, como general en jefe de ellas. [1] A sus tropas se reunieron seiscientos hombres, que el 25 de Febrero habían salido de Buenos Aires al mando del coronel Moldes, quien los entregó, llegado al Paraná, á Rondeau, Artigas y Ortigueras; [2] y cuatrocientos más que conducía el comandante Galain.

Había sucedido de antes que Elío reforzó, como vimos, el puerto de la Colonia, poniendo su guarnición al mando del general Muesas; pues así temía los ataques que podrían venirle de Buenos Aires, como la insurrección del país, que comenzaba á agitarse. Porque, á más de los pronunciamientos parciales ya anotados, un hombre de condición vulgar y plebeyo, pero de gran resolución y prestigio, don Venancio Benavídez, se alzó de su cuenta y en pocos días consiguió capitanear á más de trescientos voluntarios con la intención inmediata de atacar la Colonia.

Dentro de esta plaza hallábase al servicio de Muesas el hombre más poderoso y audaz de entre los orientales, don José Artigas, militar voluntarioso y consentido, que, aunque de las mejores familias de Montevideo, apenas comenzada su educación desertó de la vida civil y arreglada, dándose á la licenciosa y bellaca, que á ella lo llamaban sus pasiones y su

---

(1) Fué nombrado en esta calidad el 7 de Marzo.

(2) *Manifiesto* del Coronel Moldes, citado.

genio; y como se diera á la amistad de la gente campestre y entrara en los negocios del contrabando, el hecho fué que ya en estas circunstancias era el más prestigioso entre la masa de población que, fuera de la ciudad de Montevideo, se extendía por toda la comarca. Teniendo en cuenta todas estas sus cualidades para jefe de una revolución, queremos decir: fortuna, valor, inteligencia y prestigio en las masas, pusieron en él los patriotas orientales los ojos; pero á Artigas le faltaba la primera virtud del buen ciudadano, que es la grandeza y desprendimiento de ánimo, porque así como deseaba que su provincia fuera libre de dependencia española, los odios pequeños de vecindad habían echado bien hondas raíces en su pecho, haciéndole duro el trance de ver al Uruguay en la precisión de pasar de dependencia española á dependencia porteña; y al lado de esta estrechez de espíritu, su natural poco virtuoso lo hacía nada capaz de una abnegación personal para sacrificar su orgullo y brillo propio al bien público; pues á más era soberbio, y educado como cabeza entre los suyos, soldado ante todo, amargo trago le era someterse á una autoridad civil, cual era la Junta; y más todavía, la exposición de verse, como militar, bajo las órdenes de jefes improvisados, siempre ciudadanos, que habían sido poco hacía condecorados de repente con las insignias del generalato, como lo miraba ya. Y hasta cierto punto tenía en esto razón. (1)

Luchaba Artigas de esta suerte con aquellas dos fuerzas opuestas y poderosas: el deseo de la independencia y la estrechez de su localismo; y su amor á la patria, en tantas fases distinguido, con el orgullo y soberbia personal, cuando llegó la fuerza de Benavídez en frente de la ciudad. Y como al propio tiempo una respuesta altanera dada á su general le hiciera temer el castigo impuesto por la disciplina militar, se determinó á entregarse en manos de la Junta, fugan-

(1) BAUZÁ: *Dominación Española en el Urugnay*, tomo III, página 68, citado por GAMBÓN. *Historia Argentina*, página 47.

do á Buenos Aires en la noche del 2 de Febrero. [1] Muerto de miedo el general realista, se embarcó con toda la guarnición, dejando la plaza, á la que entró Benavídez. [2] De allí siguió éste á Mercedes, cuya guarnición se pasó á sus banderas; y luego á Soriano, á quien rindió en seguida. Progresaba así la revolución popular, jurando obediencia á la Junta de Buenos Aires, cuando así las cosas apareció Artigas, el hombre prestigioso y temible de la Banda Oriental, que de tanto peso podría ser en la balanza para el partido á cuyo favor se inclinara, pisando el suelo de su provincia y capitaneando las tropas de Buenos Aires, que le había entregado Moldes en la Bajada, mientras por más al Norte penetraba el general Belgrano con el grueso del ejército regular. Tan valiosa protección sirvió para electrizar más el ánimo de los orientales, de suyo valiente y aventurero. Pero con los porteños que conducía Artigas y los orientales que bajo la misma bandera se encontraban formando el cuerpo de ejército de su mando, comenzaron ya á producirse fuertes rivalidades, y aun entre los mismos caudillos de la provincia. Estas reyertas, enconadas como toda enemistad casera, se multiplicaban por día; como que Benavídez y Artigas se querían mal y se miraban de reojo, con desconfianza y celos mutuos; y bajando asimismo esta anarquía á los jefes subalternos, como si fuera gente jamás acostumbrada á la obediencia, reñían y disputaban sobre la correspondencia de sus cargos en el ejército, según el mérito que cada uno se atribuía. Tales escándalos, que encerraban una fuente funesta de no lejanos desórdenes, los conocía la Junta por las comunicaciones particulares de los tales jefes, pues que le llenaban de ellas sus manos, desahogando así de sus rencores, de sus envidias y de sus miserias; por lo que el gobierno, justamente temeroso de que aquella des-

(1) GAMBÓN: *Lecciones de Historia Argentina*, página 48.

(2) NÚÑEZ: *Obra citada*.

unión, cada vez más violenta, concluyera por envolver en una espantosa riña delante del enemigo común aquellas masas y aquellos caudillos mal avenidos entre sí, y ambiciosos por añadidura, instó al general Belgrano corriera cuanto antes á presentarse en medio de ellos y tomara la dirección general de sus fuerzas.

Por esta sabia y acertadísima medida de la Junta vendrían todas aquellas fuerzas, que á la sazón vagaban á su albedrío dispuestas á despedazarse á la larga, á quedar sometidas á la dirección de una sola cabeza, para realizar un mismo plan en una unidad poderosa; y la elección del jefe que debería en adelante gobernarlas no fué menos feliz y plausible; porque era Belgrano hombre de eminentes virtudes cívicas. Su carácter grave, firme, circunspecto y conciliador, logró, sin mayor trabajo, reunir bajo una sola bandera á todos y hacerse digno del respeto y del aprecio público. Agregaba, además, en sí otra condición de que carecían los jefes voluntarios: y era que su poder de mando lo tenía del gobierno general de la revolución, á quien todos reconocían; porque los orientales, desde el comienzo, se habían entregado á la Junta demandándole su protección, como que eran ciudadanos de un solo y mismo estado, y era así que Belgrano revestía, para unos y otros, el carácter de jefe legal de todas las fuerzas en armas.

Pero, dado el estado como eran y andaban las cosas, resultaba, á pesar de esto, que Artigas, nombrado comandante por el gobierno, quedó de hecho como el jefe natural de las milicias locales. De esta suerte, desde el primer día, había dos entidades: la local de Artigas, ú oriental, y la nacional ó porteña, de Belgrano; dos fuerzas y aun dos partidos que, á no ser manejados con gran tino y prudencia, debían romper su abrazo y desaparecer uno de ellos necesariamente del terreno. ¡Cuánto era entonces de difícil aquella situación! Y era ahora á la prudencia y sabiduría del gobierno de la Junta, que sus sucesores no sabrían imitar y á su digno general que correspon-

día conservar y fortalecer esta armonía y el estado de aquellas cosas, que era el modo de ser natural de su constitución.

Belgrano llegó hasta Mercedes, donde estableció su cuartel general, contando con un ejército superior de tres mil hombres, todos entusiastas y dispuestos á obedecerle. Mandó á Artigas que penetrara con quinientos al centro del territorio para insurreccionarlo; y á Benavídez lo envió con ochocientos á que fuera á atacar la Colonia, ocupada por cerca de quinientos españoles. Este jefe tomó prisionera el 21 de Abril á la guarnición de Colla, punto distante doce leguas de la Colonia; el 26, al salir el sol, atacó á San José y lo tomó con una sola carga; pero vino en seguida un refuerzo de Montevideo, que no distaba mucho, y, atacado á su turno el tal cuerpo, fué vencido y prisionero; y después de esta victoria le ordenó Belgrano avanzara sobre la capital uruguaya para privarla de víveres.

Así las cosas iban por este próspero camino cuando el 2 de Mayo quedó separado Belgrano del ejército por una disposición que le había sido violentamente arrancada á la Junta el 6 de Abril, por las turbas de Buenos Aires, unidas á las tropas armadas y dirigidas por los caudillos saavedristas, mas sin la participación de su honrado jefe. Por este motivo pasó á manos del general don José Rondeau la dirección de la campaña.

La revolución tenía ya en sus manos los pueblos de Minas y de Maldonado, y hasta Canelones, ya en las puertas mismas de Montevideo, que habían ido cayendo unos tras otros; mientras tanto la insurrección cundía, atizada por Artigas y Benavídez; y Elío, arrinconado en la ciudad, se iba ahogando cada vez más en su estrechura. Y, buscando remedio á su mal, ya que no podía barrer de delante las legiones patriotas con sus fuegos, expidió órdenes desesperadas y amenazadoras á la campaña, dirigidas á las autoridades con quienes al parecer contaba aún; envió sus cartas á los curas para que exhortasen á sus

feligreses no desampararan la causa del Rey, y hasta envió en su furor á Herrera con orden de fusilar, después de una hora de término, para que se arreglara con Dios, á todo americano que sorprendiera con las armas en la mano.

Pero estos desesperados recursos nada pudieron, que los orientales habían tomado la suficiente fuerza de ánimo para resistirlo y desafiarlo, no sólo por el entusiasmo y fe que les infundían sus triunfos repetidos, sino por los auxilios y dirección que les venían de Buenos Aires; y «animados por el ejemplo de sus párrocos que, por lo general, se adhirieron á la revolución, especialmente el doctor don Valentín Gómez, cura de Canelones, su hermano don Gregorio, de San José, y don Santiago Figueredo, de la Florida, se levantaron en masa de una manera aterradora. Unos con armas, otros sin ellas; á caballo, á pie; vestidos ó desnudos, corrían con un entusiasmo extraordinario á incorporarse al ejército voluntario, que ya ocupaba el departamento de Canelones, á diez leguas de Montevideo». [1]

Supo Elío que Artigas avanzaba con setecientos jinetes y cuatrocientos infantes, y era de esperarse que privara de víveres á la ciudad; así fué que resolvió batirlo, enviando contra él al marino don José Posadas con un ejército de dos mil quinientos hombres.

Más brevemente de lo que esperaban, los españoles se dieron con Artigas el 18 de Mayo, y eligieron para esperarlo la población de Las Piedras. La infantería española era tres veces superior á la contraria; pero no así su caballería, que era escasa. La refriega comenzó á las once del día, dando sobre los batallones españoles terribles cargas la caballería oriental y replegándose en seguida, ó corriendo hasta sus atrincheramientos á los jinetes realistas, todo lo cual se hacía por cortas divisiones; y así, como fuera

(1) Núñez: *Obra*, citada.

el sable el arma favorita del jinete argentino, acuchillaron por tres horas, y de esta manera, las líneas españolas que se atrevían algo afuera; replegándolas á tajos hasta el fondo de sus trincheras. A las tres de la tarde la caballería española quedaba desmontada, y los que fueron sus jinetes confundidos con el grueso de la infantería. Cercados por todos rumbos por las fuerzas patriotas, emprendieron la retirada, pensando hacerse fuertes en la capilla. Aquí debía ser la lucha final y, por ende, la más porfiada y terrible; pero, al lado de Artigas, los curas Gómez y Figueredo, sus capellanes, «recorrían las filas fortificándolas con su propio ejemplo»; y luego no más dió Artigas la voz de carga, la que fué tan general y vigorosa que antes de puesta de sol el enemigo quedó completamente derrotado. Casi quinientos prisioneros, con su general, quedaron en manos del vencedor; ciento sesenta entre muertos y heridos, en el campo; y, con ellos, todo el armamento. Artigas perdió sólo setenta hombres. (1)

De allí en adelante las tropas de la revolución no encuentran resistencia hasta la misma Montevideo, que se vió obligada á cerrar sus puertas y condenada á vivir bajo de sitio. El terror se había extendido en su población; no eran bastantes las municiones ni los víveres, y, en esos instantes, con la derrota sufrida en Las Piedras, había quedado escasa de hombres para la defensa. Tamañas aflicciones del enemigo las conocía Artigas merced á las secretas comunicaciones que mantenía con los patriotas de la plaza; y, valiéndose de tales circunstancias, intimó la rendición, que Elío rechazó con energía é indignación; visto lo cual determinó dar el asalto y rendirla, así, á la fuerza, contando para tanto con los refuerzos que mandó pedir al general en jefe; pero Rondeau, que no tenía la menor chispa de genio, ni cabeza ni vo-

(1) A más de los anotados, nos ha servido de fuente principal de información también en esta parte la *Historia de Belgrano* por el GENERAL MITRE, tomo I, páginas 412 y siguientes.

luntad bastante para dominar los conflictos, y era, á más, perezoso en demasía, fué de distinto parecer y perdió la ocasión de apoderarse de Montevideo, que no parecía cosa por de más imposible.

Esto, que se llamó el primer sitio de Montevideo, acarreó consecuencias tan graves que hizo cambiar el semblante que llevaban los sucesos. Porque en el colmo de su aflicción, llamó Elío en su auxilio las tropas extranjeras de los portugueses que, dueños del Brasil, habían acantonado su ejército, en actitud de observación, en la provincia de Río Grande, lindera con la frontera oriental.

El general Souza avanzó á situarse en las márgenes del Uruguay para combinar sus movimientos con el de Montevideo; y el gobierno argentino, dispuesto á sostenerse, perdió de repente todo su vigor al sorprenderlo la nueva de la derrota de sus tropas en el Desaguadero. Y como la situación apareció entonces por demás crítica, como que Buenos Aires se imaginó verse acometido á la vez por dos ejércitos enemigos: el uno, por el Norte, fuerte y victorioso, y el que por el Este movía el Brasil, trató de componer las paces con su rival de Montevideo, aviniéndose en que desocuparía el ejército de la revolución la provincia Oriental, cosa que se pasó á cumplir seguidamente. [1]

Esto indignó á Artigas, que veía casi entregado de nuevo su país al dominio español; por lo cual su arrebatado patriotismo lo llevó á desobedecer pública y oficialmente el pacto, tomando la defensa por cuenta suya y de su pueblo. El gobierno no supo arreglarse en esto con Artigas, ni disimuladamente, lo que vino á robustecer sus anhelos de independencia también del resto de las provincias argentinas, que quien por sus solos esfuerzos persigue su libertad también le viene el antojo de hacerse soberano.

---

(1) Tratado de fecha 20 de Octubre de 1811.

XIII

DISOLUCIÓN DE LA JUNTA

No pudo vivir más la Junta cuando vino á unirse la nueva de la derrota del Desaguadero á los embates de la anarquía, más enconados desde la revolución del 6 de Abril, que había separado del gobierno al último resto de los exaltados, porque todos los males se los cargaron á ella. En vano fué que la Junta dirigiera su voz pidiendo la unión de todos contra el enemigo, diciendo: «¿Hemos sido vencidos? Esta es una razón más para pelear. La victoria nos es del todo necesaria, y la necesidad es la mejor y más poderosa de las armas. Es preciso comprar la libertad á precio de sangre; el partido vigoroso es en los infortunios el más seguro». Nada se respondía sino la protesta contra el gobierno, que estaba desvirtuado ya, y era impotente para dominar la opinión y dirigir la guerra. Las voces generales marcaban otro camino. Ante los grandes peligros públicos, hízosele ver á la Junta era necesario fortalecer el poder ejecutivo, que lo hacía débil y embarazoso un personal numeroso é inexperto; y, siguiendo esta opinión, se descargó de él, entregándolo á un triunvirato que ella misma creó al efecto, reservándose, con el título de *Junta de Observación*, una especie de poder deliberante.

Esta reforma, que se producía el 23 de Septiembre de 1811, no tardó mucho en simplificarse, arbitrariamente, es cierto, pero también en beneficio de las exigencias por que atravesaba el país. Porque este triunvirato, para deshacerse de esta Junta que trababa la rapidez de su acción en momentos de tanto riesgo, dió un golpe de estado, anulando y disolviendo, por su propia cuenta, la Junta de Observación, autoridad que había sido la única nacional, y, por tanto, la única legítima, á quien él mismo debió su ser. Y no paró aquí la fuerza; porque, uniéndose á

esto, que no era más que el resultado impuesto por las necesidades públicas, las pasiones de la oposición, que de esta suerte se adueñaba del poder, cometió verdadera torpeza, cuyas consecuencias fueron tan funestas. Atribuyéndose á los diputados cesantes en el gobierno ser autores de un movimiento subversivo del batallón de patricios acuartelado en la capital, y que por motivo de haberle ordenado su jefe, Belgrano, el corte de las trenzas que aún conservaban como antigua usanza de peinado, había hecho armas y roto el fuego, aquellos representantes de las provincias, envolviéndoselos en las responsabilidades del escándalo, fueron desterrados de Buenos Aires, á quien, según el decreto de su gobierno, debían abandonar en el término angustioso de veinticuatro horas.

No sucedió otra cosa con tan violenta medida que atizar por fuerte soplo el odio que ya ardía contra Buenos Aires; porque todos aquellos hombres eran de los más espectables personajes del interior, y ofendidos así, y privados violentamente también de la autoridad que les habían dado los pueblos para gobernar el país, fueron en ellos agentes de las desconfianzas y rencores que, cada día, por nuevos errores y violencias, iban á seguir creciendo contra la capital. Y ese despotismo que manifestaba ya desde el nacer el triunvirato, no tardó en traerle también «la animadversión de los hombres más conspicuos del país».

CAPITULO XV

Pacificación del Alto Perú por las armas del Rey

SUMARIO:—I Los pueblos del Alto Perú resisten el paso á Goyeneche.—II Cochabamba se levanta por la tercera vez.—III Moldes, segundo general del ejército.—IV Ataque y derrota de Suipacha.—V Toma de Cochabamba.

I

LOS PUEBLOS DEL ALTO PERÚ RESISTEN EL PASO Á GOYENECHE

Como sorprendido, al parecer, por tamaña victoria, Goyeneche no se había aventurado á avanzar más adelante del cuartel general de Huáqui, que cayó en sus manos. Pero, en verdad, más se inclina el ánimo á creer no era por cobardía ni por asombro de su propia obra que no seguía con energía la marcha y daba cuenta de los dispersos, sino por suma prudencia; porque si las fuerzas de Huáqui habían sido, en realidad, vencidas y hecho nada; las que se batieron con tenacidad tan porfiada en Yuraycoragua no habían pasado por tan total aniquilamiento; antes habían sido reforzadas por las caballerías de Rivero, que los cálculos enemigos les suponían cinco mil jinetes, (1) y las tropas de Buenos Aires se habían retirado por su propia voluntad, y era muy de razón supusiera el general que había quedado dueño del campo en los primeros días, andarían por ahí no más, con todos sus batallones en orden, levantando contingentes, replegando los dispersos á su bandera y aprontándose, en fin, para volver á las manos.

Sin aventurar, pues, los frutos de su victoria, cauto

---

(1) TORRENTE: *Obra* citada.

por demás y precavido, Goyeneche se movió á los cuatro días de la batalla recién, encaminándose á La Paz. Esta ciudad, con el justo miedo de los castigos que le podrían venir por la nueva actitud revolucionaria que había mostrado al sostener los banderas de la Junta, le dirigió una diputación compuesta de sus mejores vecinos á suplicar su clemencia, la que concedió el vencedor; y aún más, porque estando su primo el gobernador de La Paz tan notablemente complicado con la causa de los vencidos, dióle garantía, en nombre del Rey, que no sería perseguido ni molestado, con lo que quedaron en paz.

A seguida de esto lanzó Goyeneche un manifiesto con el ánimo de aquietar temores y de arrastrar á favor de sus banderas, por estas artificiales generosidades, la opinión y apoyo de aquellas gentes que aún quedaban fieles á la revolución, ó que seguían sólo á fuerza su causa, temerosos de los castigos; y en él les decía:—«Soy americano, de alma sensible, apasionado con ternura á mis paisanos, tan benigno después de haber vencido como terrible al acometer á mis enemigos. En la mano derecha llevo empuñada la espada vengadora de la justicia para exterminar á los protervos, y en la izquierda enarbolo el ramo pacífico del olivo para perdonar á los desgraciados, á los débiles y á los alucinados por falaces opiniones».

Después de arreglar las cosas en La Paz, adonde entró el 8 de Julio, como por el lado de Cochabamba levantara los pueblos Rivero, ayudado en la organización militar por Díaz Vélez, que había enviado con tal objeto desde Chuquisaca el doctor Castelli, determinó aplacar estas resistencias y marchó sobre aquel punto. Pero el patriotismo de aquellos pueblos de campesinos que cubren las provincias de La Paz y Cochabamba, durante el mes que siguió á la derrota, abandonados á su propia suerte por el ejército que se perdía en los confines del sur, había sido agitado por multitud de caudillos decididos á disputar palmo á palmo el territorio al invasor, y una insurrección general de estos pueblos dilataba su

incendio aún más allá de estas dos provincias.

Se habían alzado en guerra los yungas, de los valles septentrionales de La Paz; y lo mismo hicieron los pueblos de Caracato, de Tucuisiri, de Omasuyos, de Larecaja, de Lacajes; y en tierra de Cochabamba, los de Sica-Sica, Calamarca y Hayo-Hayo y todos los demás que bordeaban el camino del Perú; y éstos, como los restantes caminos para corresponderse el enemigo con el resto del país argentino, estaban en manos de estos partidarios, cortándose é interceptándose toda correspondencia.

En las mismas riberas del Titicaca, estos patriotas, que no tenían más armas que sus hondas, el palo ó sus manos vacías, vencían en el estrecho de Tiqui na á un destacamento entero del Rey, apoderándose de todos sus fusiles y sus cuatro cañones; y unidos luego con todos aquellos pueblos confederados en masa, sin orden ni concierto, ponían un formidable sitio á La Paz. (1) Por entre las sierras que corrían al sur, los naturales de la quebrada de Ancacato habían aguardado en el paraje más estrecho de aquel paso, llamado la Angostura, las fuerzas destacadas contra ellos por Goyeneche y las habían vencido también, matándole más de cien granaderos de la flor de su ejército, de que quedó famoso aquel lugar. (2) Se sublevaron también por la revolución los pueblos de la jurisdicción del Desaguadero, que eran los de Tiayguanaco y Huáqui, matando horrorosamente al alcalde pedáneo de este último. Los jefes que capitaneaban esta indiada, como lo fueron el cacique de Sacaca, Manuel Ayaviri y el indígena Blas Chacmi, para más interesar á los suyos en la causa, suprimieron por sus decretos el pago de tributos reales, proventos eclesiásticos y el servicio de mita; y entre sus acciones de guerra se encontró Chacmi en varias ocasiones, tanto en Chayanta como en Laguala-

(1) Torrente: tomo I, páginas 191 y siguientes.

(2) Paz: *Memorias*, tomo I, página, 97, nota.

gua; y, derrotado en una de ellas, se asoció con el jefe patriota Zenteno y presentó batalla al coronel Lombera, que pasaba por el pueblo de Sacaca á invadir Cochabamba. [1]

Sus victorias eran, sin embargo, de la decisión y esfuerzos para alcanzarlas, raras como éstas; pues aún seguían en la guerra el mismo sistema que les transmitieron sus antepasados, y que lo habían usado como bueno allá en la edad de oro de sus incas; el cual consistía, no en el manejo de armas de fuego, sino que, eligiendo los senderos profundos y estrechos por aquellas montañas áridas y sembradas de rocas, trepaban á las alturas, que coronaban con sus obscuros cordones de guerreros; y no bien la fuerza española penetraba en el punto estratégico, cuando descolgaban desde la altura ocupada enormes peñascos que, rodando, á saltos gigantescos por el costado de la montaña, con un estruendo aterrador y una fuerza de velocidad tanto mayor cuanto más espacio recorrían, bajaban como lluvia infernal desde ambos cerros que oprimían el camino, y caían sobre los batallones enemigos golpeando é hiriendo, pero matando pocas veces á sus hombres; mientras otros, apostados á menor altura, arrojaban con sus hondas de lana pequeños pedruscos que cruzaban silbando por el aire, con la fuerza casi de una bala.

Estas resistencias, victoriosas aquí, vencidas allá, tenían á Goyeneche suspenso en sus marchas, mirando al sur á Cochabamba en armas, y al norte todo sublevado á sus espaldas; y afligida la ciudad de La Paz con el asedio en que la ahogaba una gente semibárbara, cuyos excesos eran tan temibles, de donde su gobernador, don Domingo Tristán, no queriendo más jugar la suerte, como lo hubía intentado con Castelli, servía ahora arrepentido al Rey y pedía auxilios á Goyeneche para salvar la ciudad de la turba sitiadora. Y como no fuera posible atacar á un tiem-

(1) *Indice del Archivo de Sucre,* **página 55, número 55.**

po á ambos enemigos que lo encerraban, ordenó que el coronel Benavente bajara desde Puno con fuerzas en socorro de La Paz; mientras Abascal, sabedor de estos apuros en que se encontraba su general, y sin medios con que auxiliarlo, echó mano del expediente de valerse de los mismos pueblos americanos para lanzarlos unos contra otros, que fué el sistema ardidoso con que hicieron más horrenda la guerra los españoles; (1) porque, alentando por la causa real al brigadier don Mateo Pumacahua, que era cacique del pueblo de Chincheros, y á otro cacique más de Puno, don Manuel Choquehuanca, hizo que levantaran cuatro mil indios para que, en ayuda de su ejército, pasaran á La Paz á guerrear contra su propia casta. (2)

Tomadas estas medidas respecto de La Paz,—y visto por Goyeneche que sus esfuerzos y sus proclamas para seducir á los patriotas del Alto Perú no le eran de eficacia, y antes respondían estos pueblos con enérgica arrogancia sus ofertas de perdón á trueque de someterse de nuevo al Rey de España,—enderezó entonces sobre Cochabamba.

A pesar del desastre de Huáqui, mantenía aún esta heroica provincia toda la primitiva fuerza de sus bríos. Su general, don Francisco Rivero, separándose voluntariamente de la columna derrotada de Viamonte con la artillería salvada por los suyos del campo de Yuraicoragua, había regresado á levantar sus comprovincianos en armas, para resistir al enemigo victorioso y disputarle hiciera presa de Cochabamba. En su auxilio, y para dirigir militarmente sus milicias, le envió Castelli, de paso por Chuquisaca después de la derrota, al general Díaz Vélez y un cuerpo de oficiales; y entrambos prepararon la defensa.

El 13 de Agosto de 1811 los ejércitos se encontraron entre el pueblejo de Sipesipe y el río Amiralla,

(1) *Manifiesto* del Congreso á las naciones, 1817.

(2) TORRENTE: tomo I, página 194.

en el valle de Cochabamba, que ambos debían dar su nombre á esta batalla. Las fuerzas de Cochabamba eran numerosas, pero sin disciplina ni suficiente instrucción y casi todas ellas del arma de caballería, que se preparaban á habérselas con un ejército de línea, fuerte y ya aguerrido, y mandado por un general de talento y experimentado.

El ejército real venía marchando por una zona escabrosa, cortando las montañas, siendo tal la dificultad que oponía el terreno á su paso, que, aunque la vanguardia, al mando de Ramírez, asomó en la mañana por las alturas de las Tres Cruces, que dominaban el valle, y emprendía su descenso, sólo á las tres de la tarde consiguió recién Goyeneche reunirse con ella dirigiendo el centro, sin que pudiera concurrir á la acción su retaguardia, que dirigía don Pío Tristán. El río Amiralla corría por en frente de la línea patriota, cuya retaguardia se afianzaba en las serranías opuestas. Sus guerrillas ocupaban la aldea de Sipesipe; y fué en esta parte donde dió comienzo la batalla, sosteniéndose vivísimo el fuego hasta que Goyeneche, cargando á la bayoneta, puso en derrota las fuerzas patriotas. Pero se rehizo la lucha en otro punto con igual empeño; y como fuera superior la artillería real, instruida por Pezuela en los cuarteles de Lima, venció igualmente con facilidad aquella masa de entusiastas que no tenían ni armas suficientes, ni instrucción, ni disciplina militar como para medirse con un ejército regular y á campo abierto. (1)

Cochabamba, pues, cayó en sus manos; pero, usando del mismo sistema conciliador con que había iniciado la campaña, ni persiguió ni repartió castigos; antes, por el contrario, entró hablando de paz y perdón; y, tentando hacerse popular y prestigiosa la causa que sostenía, ejecutó mil actos de seducción, como que confió los empleos á los hijos del país, incluso en éstos el mismo general Rivero, á quien

---

(1) TORRENTE; tomo I, página 194.

entregó el mando de un batallón; y dió la libertad á los que fueron sus prisioneros en la batalla, y arrojó á manos del pueblo dos mil pesos en monedas de plata desde los balcones de su morada.

Benavente, en La Paz, se hallaba sin poder dominar la revolución, y Goyeneche, teniendo por pacificado ya el sur, desprendió de sus fuerzas un cuerpo de dos mil soldados comandados por los coroneles Lombera y Astete, para que corriera en su auxilio, al cual encontraron fortificado y sin poder avanzar en unas alturas sobre el camino de Lima. Una vez reunidos, marcharon al ataque del cerro de Pampajari, que habían elegido los indios revolucionarios por estratégico é inexpugnable, pues era la montaña llena de accidentes que la hacían propia para una ventajosa defensa. Pero estas masas guerreras eran menos militares aún que los vencidos de Cochabamba, y sólo el número podía ser en ellos parte á infundir temor; mas ahora ya las fuerzas realistas redobladas consiguieron fácilmente desalojarlos de la cima, en donde se pensaron fuertes.

De allí siguió la recuperación de la ciudad de La Paz por las armas reales, consecuencia de la victoria obtenida; pero en ella y en su provincia no cupo á los patriotas revolucionarios la misma benigna suerte que á sus hermanos de Cochabamba; porque fué teatro La Paz «de soberbios castigos», que aquellos tenientes de Goyeneche, con especial distinción Benavente y Lombera, querían dejar muestra de su alma sanguinaria y feroz, y como sistema de escarmiento, el que no debía tardar en seguir también su general en jefe en Cochabamba, y que será, en adelante, el carácter distintivo que imprimirán á la guerra los jefes españoles en el Alto Perú.

II

COCHABAMBA SE LEVANTA POR LA TERCERA VEZ

Contando Goyeneche haber dejado concluidos los negocios en Cochabamba, después de haber confiado á sus tenientes batir la insurrección por el norte, y haber seducido con sagaz habilidad, no sólo á Rivero, cabeza principal en Cochabamba, sino también á otros jefes patriotas americanos, como Tristán y Astete, siguió camino al sur, aproximándose á las fuerzas deshechas de Buenos Aires, que trataban de rehacerse en Salta. Y como dirigiera al propio tiempo la política y la guerra, quería, á la inversa de Castelli, captarse la mejor opinión del país, que representaban las clases distinguidas y, por ende, poderosas; por lo que, en llegando triunfante á Chuquisaca que, en cuanto conocieron el resultado habido en Amiralla habían abandonado los últimos jefes de la revolución, huyendo para Salta, nombró al brigadier Ramírez por gobernador de ella, y él se abstuvo de tomar posesión del palacio de la presidencia hasta tanto las preces y ritos de la iglesia católica, con todo un ostentoso y público aparato no la santificaran de nuevo, como para arrojar de su recinto el espíritu del demonio que hubiera dejado de poseedor el déspota heresiarca. (1)

Todos estos pueblos que tanto voto habían hecho por la causa de la libertad, hallados ahora en abandono por la Junta de Buenos Aires, y entregados en su impotencia á merced del vencedor; después que habían con tanta altanería respondido rechazando las intimaciones de Goyeneche, no tenían más que caer, como cayeron ante él, suplicando su clemencia y protección contra los que los habían oprimido con el

(1) PAZ: *Memorias.*

rigor y la fuerza, como los hacía decir su grande temor.

Goyeneche siguió su marcha triunfal y de pacificador hasta Potosí, donde llegó á mediados de Septiembre; y ocupábase allí de completar su ejército para bajar á Salta, revistando ya para tanto cuatro mil hombres en sus cuarteles; y de completar la pacificación que aún no estaba por el sur; pues Tarija, en la zona oriental, alentada por su párroco el doctor don José Miguel de Zegada, natural de Jujúy, y demás gente patriota, se preparaba á resistir y contaba vencer la invasión de cuatrocientos hombres que, á veinticinco leguas, en los valles intermedios de Cinti, amenazaban de invadir. (1)

Pero las cosas engañaban á Goyeneche. Porque, aunque vencida la revolución en Cochabamba y en La Paz, su fuego no había sido extinguido; y apenas tendió su marcha al sur, cuando comenzó á renacer con nuevo y poderosísimo vigor á sus espaldas. Los pueblos que habitaban los valles de Cliza y de Tarata, en la provincia de Cochabamba, fueron los primeros que hicieron resonar de nuevo el clarín de la guerra; (2) Siguiéronse los pueblos de la provincia de La Paz y Oruro, obstruyendo los caminos y cortando así toda comunicación con Lima. Volaba la siniestra voz, que hallaba eco en las poblaciones atemorizadas y en las mismas filas de Goyeneche, de que en La Paz los indios yungas y de los otros pueblos comarcanos, capitaneados por Cáceres,—que hubo de haber ahorcado Nieto,—habían muerto á muchas familias y á trescientos hombres que quedaron de guarnición; y que los indios de Sica-Sica, en el prodigioso número de veinte mil, venían á hostilizar á Goyeneche. (3) La ciudad de Cochabamba seguía este mismo impulso de levantamiento dado por su población

---

(1) *Oficio* del doctor Zegada, al Obispo de Salta, 28 de Septiembre de 1811. Archivo del Obispado.

(2) Torrente: tomo I, página 199.

(3) *Carta* del doctor Zegada, ya citada.

campestre; y su gobernador Antezana y el comandante militar don Este an Arce se ponían al frente de la insurrección, apoderándose de las armas y de la corta guarnición que había dejado allí Goyeneche, reconstituyendo las autoridades patrias. Se hizo entonces mayor el esfuerzo, porque estos jefes extendieron el fuego de la insurrección, á más de á La Paz, á las provincias vecinas de Chayanta y Oruro. ([1]) Las fuerzas destacadas de Goyeneche, en unión con los refuerzos enviados por el virrey de Lima, habían conseguido abrir la línea de comunicaciones interrumpida; ([2]) pero en el mes de Noviembre se presentaron en frente de Oruro como cuatro mil revolucionarios, entre los que se contaban doscientos cincuenta armados á fusil, y el resto sólo de lanzas, sables y de cuantas otras armas pudieron haber á las manos; y atacaron la ciudad que, defendida por Socasa, consiguió salvar del ataque.

La insurrección había cundido hasta las provincias de Charcas y Santa Cruz, y los jefes españoles, tomando el terror por arma de pacificación, y empleándolo con profusión inaudita, no sólo con los jefes y cabecillas del movimiento, á que lo había limitado al suyo el doctor Moreno, sino extendiéndolo á cuanto habitante tomaran con las armas en la mano ó hubiera mostrado indiferencia, convirtieron aquellas regiones en un teatro de crímenes, de horrores y de sangre, que cubrió de negra deshonra la lucha. Cuatro años largos debía durar esta guerra sangrienta y feroz, que provocaría también represalias bien duras, aunque en número inferior; porque al fin ya las escenas de sangre no infundirían temor á pecho alguno; el sentimiento humano se corrompería con tanto espectáculo escandaloso, y en aquella lucha encarnizada y á muerte se verían con serenidad las calamidades mayores, y en todas las almas, de uno y otro bando,

---

(1) TORRENTE: tomo I, página 199.

(2) MITRE: *Historia de Belgrano*, tomo II, página 50.

vendría á no quedar más que el ánimo de verter la sangre de su contrario. (1)

El mismo Goyeneche, que poco antes había penetrado en aquellas provincias con semblante benigno y conciliador, volviendo á su conducta de 1809, era ahora quien daba á sus tenientes los mandatos más atroces para que los cumplieran con los hombres y con las familias de sus compatriotas vencidos, llevando el estrago, la muerte y la desolación de su patria á los últimos cabos á que puede conducir un genio feroz ó enloquecido.—«Marche usted, acostumbraba decirles, y obre con energía en la persecución y castigo de todos los que hayan tomado parte en la conspiración, sin más figura de juicio que sabida la verdad militarmente. Defiero á usted todos los medios de purgar ese partido de los restos de la insurrección que, si es posible, no quede ninguno. Sólo creo prevenirle no deje un delincuente sin castigo, á fin de fijar el escarmiento en el ánimo de esos habitantes». (2) Estos hombres, feroces por naturaleza, no necesitaron de más para colmar de sangre y de ruinas aquella tierra una vez que se provocaba su natural violento y se les daba carta blanca para que persiguieran y mataran á su antojo; empresa en que se hicieron célebres por sus insignes crueldades Ramírez, Benavente, Huici, Landívar, Tacón, á quien un rayo quitaría la vida, y el mismo Goyeneche.

Fué de esta suerte que en La Paz, habiéndose reunido las fuerzas de Benavente y de Astete al coronel Lombera, que guardaba la ciudad amenazada de la revolución con novecientos infantes y doscientos de á caballo, formaron un grueso cuerpo de ejército, con el que lograron vencer toda la resistencia patriota. Tras de la victoria vinieron, por sistema recomendado, á inaugurarse en gran escala las escenas del terror realista, como que Benavente, sobrepujando

---

(1) CORTÉS: *Historia de Bolivia*, citado por MITRE: *Historia de San Martín*, tomo I, página 80.

(2) Véase MITRE: *Historia de San Martín*, tomo I, página 281.

en crueldad á todos, se ensañó de tal manera en los enemigos vencidos y caídos en sus manos en las diferentes ocasiones á que dió lugar aquel alzamiento, que contó por suma la enorme cifra de tres mil hombres sacrificados en atroces suplicios. (1) Y penetrando luego todos estos comandantes con sus cuerpos de línea en el seno de aquellas comarcas hasta Santa Cruz, no hicieron menos que en La Paz; porque estos jefes feroces, transformando sus tropas en cuerpos de facinerosos y bandidos, se entregaron al infame gozo de atormentar á sus semejantes indefensos, violando todas las máximas del derecho de gentes, matando los prisioneros, entregando los pueblos á las llamas para que quedaran al desamparo las familias, sin bienes y sin hogares; siendo, por tanto, el humo y las lumbres rojizas de los incendios, y las cenizas que levantaban los vientos, y las cabezas y los brazos arrancados del tronco y clavados en picas, de espacio en espacio á lo largo de los caminos, quienes marcaban el paso por aquellas regiones desdichadas de estos modernos bárbaros, haciendo recordar con tanto la fiereza de Tamerlan en su devastadora gira por los pueblos del Asia. «Se elevaron por todas partes los cadalsos, y se apuraron los inventos para afligir y consternar». (2) Tomóse el sistema de matar con el solo fin de disminuir parciales de la independencia; y al entrar á las poblaciones, haciendo presa «hasta de los infelices vivanderos», los llevaban en grupos á las plazas, y los iban fusilando de uno en uno; y si eran oficiales los caídos, caso de no darles la muerte, los iban aherrojando á presidios donde era imposible conservar un año la salud; ó ya dejaban á otros morir de hambre y de miserias en las cárceles, obligando á muchos á trabajar en las obras públicas. En su colmo, hubo ocasión en que llegaron hasta fusilar á los parlamentarios, y más de treinta pueblos

---

(1) Torrente: tomo I, página 200.

(2) *Manifiesto* del Congreso. 1817.

del Perú fueron presa de las llamas, deleitándose, en el exceso de la ferocidad, «en encerrar los hombres en las casas, antes de ponerles fuego, para que allí murieran abrasados». En las plazas públicas, cuando no fusilamientos, era espectáculo frecuente el ver azotar, con infamia de la moral y de la decencia pública, á sacerdotes, á ancianos y á mujeres, atados sobre un cañón, «habiéndolas primero desnudado con furor escandaloso y puesto á la vergüenza sus carnes». [1]

Por estos procedimientos, el coronel don Agustín Huici igualó en atrocidad á Benavente, y el coronel don Antonio Landívar, á más de los incendios, saqueos y violencias de todo género cometidos por su orden, había dado muerte á cincuenta y cuatro prisioneros de guerra, cuyas cabezas y brazos hizo clavar en picas al borde de los caminos; y luego, no satisfecho con tanto, tuvo el brutal placer de hacer cortar las orejas á los habitantes del pueblo del Valle Grande, y puestas todas en un canasto, las envió por digno presente al cuartel general de Goyeneche. [2] Caído un día en manos de los argentinos, fué enviado á San Martín, que mandaba en Tucumán el ejército, en 1814, y fusilado, no por enemigo, sino por criminal. [3]

Don Mariano Campero, natural del Cuzco, era quien más se distinguía por su fanatismo hacia Goyeneche. «Por cualquier expresión contra éste, mandaba dar azotes en la plaza pública á personas decentes, y á las señoras las hacía atar en un pilar del Cabildo, con mordaza y esposas por cuatro horas y más». [4]

Formáronse comisiones militares para juzgar y hacer las persecusiones y las muertes, dirigidos sus jue-

(1) *Manifiesto* del Congreso, 1817.

(2) A los jefes y oficiales los ahorcaban primeramente.

(3) *Manifiesto del Congreso*. MITRE: *Historia de San Martín*, tomo I, página 231.— J. ARENALES: *Memoria Histórica* sobre la segunda expedición del general Arenales á la Sierra del Perú, página 54, nota.

(4) URCULLU: *Apuntes para la Historia de Bolivia*, página 59.

ces por la pasión y el rencor. El coronel don Juan Imaz, «de quien se decía que no tenía apetito mientras no veía correr lágrimas y sangre», con quinientos hombres andaba por la provincia de Chayanta, donde asesinó las personas que tenían ó creyó tuvieran plata. La viuda del minero Molina, en aquel país, por ejemplo, se decía tenía gran cantidad de oro en pepitas; sábelo Imaz y la manda prender para que le dé todo el oro; y como la viuda le manifestara que no lo tenía, y otras razones, no esperó más, y la mandó fusilar y saquear su casa en seguida. A los pueblos donde iba enviaba por delante un oficial para que el cura, el alcalde y vecinos lo esperasen con comida para él y su comitiva. Al concluir la comida, sus soldados se echaban sobre toda la plata labrada, servicio común entonces y que Imaz no consentía otro, y la llevaban al alojamiento de su coronel». Quien manifestara disgusto siquiera por cualquiera cosa de éstas, era al punto fusilado ó colgado de la horca por insurgente, y lo mismo sucedía en todo el resto de aquellos desdichados pueblos del Alto Perú; pues, que en todo el país sujeto al yugo feroz de Goyeneche, «un gesto, un semblante sombrío, una palabra indiferente, una lágrima escapada, todo era un crimen de estado». [1] Era un fiel remedo del *terror* que produjo la revolución francesa. Bien era verdad que los indios ó campesinos de aquellas provincias habían usado para con las fuerzas de Goyeneche y su partido ferocidad extraordinaria; «pero su conducta, por bárbara que fuera, no autorizaba á hombres civilizados como los españoles á ejercer actos de tan cruel venganza». De allí resultó que, en vez de someterlos, los apasionaron en su contra hasta el delirio, pues los indios peleaban con sus mujeres y sus hijos, ya que sus enemigos no hacían distinción de sexo ni edad, mos-

---

(1) URCULLU *Obra* citada, y FUNES: *Bosquejo de la revolución*.

trando con su actitud y sufrimientos la heroica resolución de ser libres ó morir.

La guerra popular de las provincias del Alto Perú, que se quería apagarla de esta manera, era una lucha de masas mal armadas, movidas por el solo entusiasmo y un odio intenso y secular contra los españoles; y como, por otra parte, no obedecían á un jefe superior que hiciera de única cabeza, ni siguieran un plan general de operaciones,—ni podían vencer ni resistir al empuje de un ejército en regla. Huyendo de dar batallas campales, se redujeron á los ataques parciales, á las sorpresas, á tener en jaque perpetuo al enemigo, aniquilándole las fuerzas con las marchas y contramarchas por senderos ásperos y difíciles y por zonas desoladas de á propósito; interceptaban las comunicaciones, seducían por la deserción los soldados fatigados, compatriotas suyos, que, abandonando sus banderas, eran protegidos y ocultos por la plebe de las ciudades; mataban á las partidas sueltas con quienes daban; y si pasaban sus huestes por las haciendas de un rico enemigo, le talaban sus cultivos y le arreaban su gente trabajadora y sus empleados; y en fin, si se veían hostigados, abandonaban el valle al enemigo trepando y guareciéndose en las cordilleras, buscando en ellas los desfiladeros, las gargantas más hondas y estrechas, para aguardarlo y arrojarle peñascos á su paso.

Cundiendo la revolución por la provincia de Charcas, presentáronse delante de Chuquisaca cosa de cuatro mil hombres al mando de Taboada, para atacar en ella al general Ramírez, que hacía de gobernador; quien, al perseguirlos por las montañas que ganaron, sufrió no pocas pérdidas. En el país de Chayanta, que queda en seguida, cercaron las fuerzas cochabambinas al coronel Astete. Afligido éste, pues carecía de víveres y aun de vestuario para sus tropas, pidió auxilios á Ramírez; pero Taboada, para impedir el socorro, volvió á aparecer delante de Chuquisaca con su numerosa hueste, y cuando menos se lo esperaba. En tamaños aprietos, ya que no

podía por Chuquisaca esperar nada, dirigió hacia Oruro una columna de granaderos en demanda del mismo favor, la cual, atacada vigorosamente por las bandas patriotas en el cerro de Huamuní, dieron cuenta de toda ella, escapando de la matanza tan sólo unos cuantos hombres. [1]

III

MOLDES, SEGUNDO GENERAL DEL EJÉRCITO

Aunque por el mes de Octubre de 1811 había tenido lugar esta nueva revolución de Cochabamba, el jefe de las fuerzas realistas se vió imposibilitado de moverse de Potosí, donde, á mediados de Septiembre, había establecido su cuartel general; porque si Cochabamba se conmovía á sus espaldas, no menos amenazador era el enemigo que tenía á su frente, pues era el ejército patriota que se organizaba en Jujúy. Y como luego no más llegara el período de las lluvias, que se dilata hasta Abril, y recibiera parte de que el gobierno de la Junta había arreglado las paces con Montevideo, un nuevo peligro se diseñaba por el Sur, y era este ejército de Montevideo que, desocupado por el tratado, vendría á incorporarse en Jujuy al que mandaba Pueyrredón. [2]

Este ejército, con los quebrantos sufridos en la nueva retirada que hubo de emprender desde Potosí hostilizado por las partidas enemigas, al hacer alto en Jujúy y poder respirar al fin, apenas si contó con doscientos hombres, pues la deserción había continuado en medida enorme. Porque Pueyrredón, dejando el mando en Mojo del núcleo que había salvado, se internó á Tarija, á donde lo llamaron las circunstancias; y volviendo por Orán, tomó la ruta

(1) TORRENTE: *Obra* citada, tomo I, página 202.

(2) MITRE: *Obra* citada, tomo I, página 59.—TORRENTE: ibídem.

de Buenos Aires por el Campo Santo, villa de Salta, diez leguas al oriente de su capital, en cuyo paso recibió el despacho de general en jefe del ejército, que le enviaba el gobierno. [1] A este resto miserable de lo que había sido el orgulloso ejército de la Junta, vino á reunirse la porción notablemente superior de los dispersos que se habían reconcentrado en la ciudad de Salta, merced á las providencias tomadas por el gobernador don Tomás Allende, que encargó al oficial don Rudecindo Alvarado interceptara con los *Patricios de Salta,* y vigilara las avenidas frecuentadas del Perú, con lo que se logró reunir en aquella ciudad más de seiscientos dispersos de los del Desaguadero, y entre ellos un grupo que había llegado directamente, adelantando la retirada por cuenta propia, y compuesto de trescientos á cuatrocientos porteños, á «quienes no se les ha destinado lugar para su existencia», se decía; [2] tan grande era la indignación que habían causado con sus locuras y la reciente derrota.

El cabildo de la ciudad, desplegando una entereza y resolución admirables, ejercitaba toda su actividad «para reunir en Jujúy de ocho á nueve mil hombres para la defensa». Porque «al llegar los dispersos con las noticias de tales desastres, por Julio ó Agosto, el gobierno de Salta mandó acuartelar milicias de la provincia, y organizó una *División*, á la que se incorporaron algunos soldados dispersos, procediendo con tal actividad y entusiasmo, que á los dos meses tomó ya la ofensiva y se hallaba á la vanguardia al mando de Güemes en Humahuaca, habiendo pasado ya sus avanzadas la cordillera, es decir, más de setenta leguas de Salta».

Entre tanto, había llegado Saavedra á Salta enviado por la Junta y con la intención de dirigir mejor

---

(1) CARRANZA: *Obra* citada, tomo IV, página 122.

(2) GENERAL ALVARADO: *Memoria histórica biográfica.*—Carta de doña Mónica López á su marido, don José Larramendi, oficial ingeniero del ejército de Castelli, de 28 de Julio de 1811, en nuestro poder.

las operaciones del ejército. Las imprudencias y los agravios siguieron; porque habiendo llevado desde la capital un grupo de cuarenta oficiales, procedió sin miramiento alguno á separar de sus cargos,—para dar á estos advenedizos colocación,—á los oficiales de Jujúy, Salta, Tucumán, Santiago y demás regiones á que correspondían los soldados, y con los que se había organizado la división. Y no paró en esto; porque más luego «quitaron á Güemes el mando de la vanguardia y se la dieron á Díaz Vélez»; dando á la fuerza la denominación de *Ejército de Buenos Aires.* (1)

Con todo este cúmulo de males, no habrá circunstancia en que pudiera aparecer más deshecho, disuelto é impotente aquel ejército para servir de defensor del territorio por sí solo; porque, á más de la insubordinación, de la escandalosa indisciplina de sus jefes y oficiales y de la merma enorme sufrida en hombres y en armamento, era una fuerza con el ánimo aniquilado por la derrota y con todos los vicios, la inmoralidad, el desorden y olvido de la disciplina, perdida en más de quinientas leguas en que desde el Desaguadero hasta Jujúy había venido corrida, condenada y herida, hasta por la plebe de las ciudades armada hostilmente á su paso. Y más fácil es y más rápido labrar la obra sobre material que no ha sido torcido ni viciado por el mal uso, que sobre ese otro empapado de todos los defectos y resistencias que le han dado su mala dirección y torpe empleo.

Y para colmo de desdichas, se disponía secretamente á su disolución, conviniendo en terminar sus días con espantosos crímenes, como que apenas Pueyrredón, llegado á Salta con sólo su título de general en jefe, se vino á descubrir una tenebrosa conjuración en el ejército, cuyo horrible propósito no era otro que asesinar á todos los jefes y oficiales, y disueltos y desbandados sus cuerpos, entregarse al sa-

(1) *Oficio del Cabildo de Salta á la Junta*, 1811, *Archivo Nacional*. *Informe* de don Miguel Otero en el expediente sobre sueldos devengados del general Latorre. *Carta* del mismo señor Otero á don Juan Marcos Zorrilla en Salta, 4 de Abril de 1812, original en el archivo del doctor Güemes.

queo de las ciudades de Jujúy y Salta, y á los demás crímenes y violencias que tenían que ser del caso. Pues era así que Pueyrredón, que no era en cuanto á suficiencia militar de lo mejor, tenía que habérselas con estos restos desmoralizados de un ejército en disolución y licencioso, donde, además, la política organizada en bandos, las rivalidades personales, la insubordinación y los vicios comunes de una juventud altanera y mal acostumbrada, habían labrado su funesto nido; y á más, hallándose bajo el peligro de ser atacado de un día á otro por Goyeneche, que ya tenía puesta su vanguardia en Tupiza, treinta leguas más al norte del territorio jujeño.

Por fortuna suya y de la patria, acertó el gobierno á nombrar al coronel don José Moldes segundo general del ejército, de cuyas funciones se hizo cargo el 11 de Octubre de 1811, habiendo estado ya agregado como particular desde el mes de Septiembre, cuyos buenos consejos debieron serle de utilidad á Pueyrredón, de quien era tan grande amigo. (1)

Era este empleo de segundo general lo que equivale al presente á jefe del estado mayor; pues esta institución no era conocida todavía en aquellos tiempos; (2) y estaba entregado á sus manos cuanto comprendía el gobierno inmediato de las fuerzas, como lo era la organización, instrucción y disciplina; y la recluta del ejército, la formación de su parque y demás dependencias y reparticiones que le pertenecían; y la presencia de Moldes en aquel ejército así minado por el vicio y la derrota, y en momentos tan solemnes y críticos cual aquellos por que pasaba, venía á ser de la más preciosa utilidad; porque él tenía en sus conocimientos y aun en sus virtudes todo lo que le faltaba á aquel ejército para tornarse fuerte y victorioso. Por esto, aunque los antecedentes de este gran patriota son en buena parte ya conocidos de esta historia, es

(1) *Exposición del coronel Moldes*, tomo I de esta obra; *Apéndice*.

(2) PAZ: *Memorias*, tomo I, página 9.

del presente lugar el decir quién era él en este nuevo teatro en que se hallaba, y cuánto era lo que valía como general, ya que la Junta lo había elevado á rango tan visible é importante.

Llamado *don Pepe Moldes* en el lenguaje común, vivió consagrado al servicio público desde que volvió de Europa, sin que podamos decir cuál fué, si este tema que le absorbía todo el calor de su corazón, ó su carácter demasiado violento, ó la muerte que vino á sorprenderlo cerca de los cuarenta años, la razón por qué pasara soltero el no largo espacio que comprendió su vida. Pero en la delicada posición en que ahora se lo colocaba, nada más cumplido aparecía entre las perfecciones que caben en la tierra, que un hombre cual él para encauzar por los senderos del deber á aquel ejército que había derramado fama continental por su corrupción y desafueros; porque era Moldes tipo acabado del antiguo caballero español, que, á la par del orgullo, de la altivez y la arrogancia, era capaz por la elevación de sus ideas morales de todas las heroicidades y sacrificios que le exigiera el honor ó el bien que buscaba, y cuya rigidez en el cumplimiento de los deberes corregía toda falta, y cuya austeridad inquebrantable de sus costumbres, al lado de un ardiente patriotismo, derramaba en torno suyo edificante ejemplo, más aún para los que iban á ser sus inferiores, con el espejo de su propia vida.

Estos honrados principios que profesaba y las saludables costumbres que tomó en consecuencia, hicieron también por honor y delicadeza personal, fuera en su estadía por España muy contraído á la perfección de su carrera; y si bien no sabemos de él, á fe de verdad, cuáles fueron sus adelantos científicos en materia de instrucción militar, es, sin embargo, notorio estudió en el Colegio de Nobles de Madrid, escuela por donde San Martín había pasado ya antes que él; y que ocupó un puesto en el regimiento de *guardias de corps*, que era la escolta real, debiendo ser éste el cuerpo mejor instruido y más bien preparado de todo el ejército español, si se tiene en cuenta la

principal función á que estaba destinado. Militar, así, de línea y de escuela; preparado en los mejores centros militares de Europa, tenía la más rara habilidad en la esgrima, habiendo, gracias á ella, salido airoso de más de un lance de honor á que lo habían llevado los impulsos de su carácter fuerte y arrogante; y en su concepto, presumía de ser el mejor táctico de la época. Era, en efecto, discípulo de Wellington y entusiasta admirador de la disciplina inglesa. (1)

Colocado, pues, de cabeza organizadora del ejército, quiso someterlo á la más entera moralidad y á la más rígida disciplina, «sin la cual son inútiles el valor y el entusiasmo», y al lado de esto, instruirlo en la enseñanza de los principios y las reglas de la táctica más adelantada de Europa y de la cual él se creía un maestro, para levantar así, al mismo tiempo, su nivel moral y su fuerza á la altura que exigían la dignidad y la suerte de la revolución. Ibase, de tal modo, á emprender la obra tan necesaria y doblemente difícil en aquellos momentos, de formar, sobre la porción de los derrotados del Desaguadero, incorporando una nueva recluta, un ejército nuevo, moral é instruido en las prácticas de la moderna disciplina, guardando sus preceptos con el más severo rigor y atención más escrupulosa, para transformarlo en verdadero ejército de línea, según el concepto moderno, y marchar con ellos luego al combate, seguro de que obrarían con una precisión de máquinas de guerra, á extremo de que no hubieran aquellos entusiastas transformadose nautómatas disciplinados,—á semejanza de los que formó en Prusia Federico el Grande y en Inglaterra Cromwell,—contrarios que pudieran resistir á su primer choque, lo que era más de esperarse si los soldados de Goyeneche no tenían el mismo temple ni llegarían á la misma altura de instrucción.

Pero, en esta obra, reparadora en parte y en parte

---

(1) MITRE: *Belgrano y Güemes*, artículo del doctor Vélez Sársfield.

de creación, el nuevo sistema militar no hallaba campo propicio, y sólo con la violencia debía comenzar á imperar en el campamento de Jujúy; porque tuvo que tropezar con todos los vicios arraigados que ya eran crónicos en el ejército, cuyos más espinosos y duros de romper eran la insubordinación de los jefes y ese sistema pernicioso en que se había caído de una mezcla de libertad y de obediencia, en que había sido creada y en que había vivido hasta entonces aquella hueste, formada en su generalidad de ciudadanos arreados á las armas por el apuro de las circunstancias, en 1806.

Tales vicios en el orden y la disciplina, además de la densa ignorancia en que estaban envueltos respecto á la ciencia de la guerra, eran más de la oficialidad que no de los soldados; porque los oficiales, formando parte del ejército y prestando el servicio, gozaban en gran medida de las libertades del ciudadano, incompatibles y en riña natural y perpetua con todo lo que es gobierno, orden y disciplina; como que podían y acostumbraban clasificar públicamente los méritos de sus jefes, y aun burlarse de éstos, y poner en discusión sus órdenes, y vivir ó pasar las noches fuera de sus cuarteles, y formar clubs políticos y parcialidades con una desenvoltura y franqueza inauditas, y arreglarse con un traje antojadizo, y cien otras regalías de un género como éste; porque pensaban que en un país de hombres libres no podía haber esclavos ni tiranos, y porque su ignorancía les hacía concebir que el entusiasmo, la decisión y el arrojo era todo lo que constituía la fuerza de los ejércitos. Esta misma ignorancia era relativa á los conocimientos tácticos y con mayor razón á los científicos, como que, por ejemplo, el sistema de caballería era tan antiguo y malo, que no sólo no conocían el manejo del sable, sino que aun lo tenían en poco, y en lo último del desprecio á la lanza y demás armas blancas, valiéndose sólo de carabinas; y sus cargas eran las más ineficaces, pues sólo eran reducidas á llegar al enemigo, romper el fuego y volver grupas;

todo lo cual se hacía más sensible y notable en aquellos oficiales, que eran los más, y que habían tomado la carrera por accidente y seguían en ella; de lo que no se escapaba el mismo general en jefe, Pueyrredón, que también era de los que habían tomado el oficio por fuerza de las circunstancias; y sin penetrar más en el fondo de sus conocimientos que lo que suele hacerlo cualquier aficionado, apenas conociendo el ordenamiento de las tropas y demás rudimentos de cuartel, todo basado en la más añeja táctica española, ya en gran parte desusada en Europa. (1)

Era esta la verdad de aquellas cosas, y Moldes censuraba los vicios de la oficialidad y su estado de atraso, casi con encono y desprecio iguales á los que le inspiraban; y por tanto, las quejas que dirigiera á Pueyrredón rebosaban de amargura y severidad; y como resultara, á más, enemigo irreconciliable y sañudo de estos desorganizadores del ejército,—cuya cabeza principal desde esa fecha venía á ser el capitán don Manuel Dorrego, genio de la eterna discordia en lo militar y en lo político de nuestro país,—se concitó la resistencia de él y de casi toda la oficialidad porteña, que era por naturaleza altiva y altanera, y desordenada por hábito, como que nunca se había conocido en el ejército verdadera disciplina para esta clase de servidores, y á quien, más que á nadie, el nuevo general quería reducir á la obediencia ciega de las leyes militares, para salvar al ejército de su disolución y asegurar la victoria de sus armas; «porque la guerra no se hace con libertades, sino con disciplina ciega, con armas y con soldados sumisos. (2)

Esta pretendida reforma en el ejército atrajo á Moldes la enemistad y el odio bullicioso de aquella ofi-

(1) Hay varios pasajes en las *Memorias del General Paz*, que denuncian todo esto. «Arreglaba las cuatro divisiones que formé del ejército, dice el general Belgrano en su *Memoria*, inspirando la disciplina y la subordinación á la tropa y particularmente la última calidad *de que carecía absolutamente la más disciplinada*, que era la de Buenos Aires, pues el jefe de las armas, que era don Cornelio Saavedra, no sabía lo que era milicia, y así era yo, que el soldado sería mejor dejándole hacer su gusto».

(2) *Palabras* del general San Martín.

cialidad, cuya alma y calor era Dorrego, y le llamaron *el tirano Moldes;* siendo también parte muy eficaz á que lo hicieran blanco de sus iras su carácter violento, cuyos ímpetus no acertaba á contener; sus modales arrogantes; su mismo lujo, quizás, y la ostentosa presunción que tenía de su competencia militar, de que hacía gala como táctico insuperable en las Provincias Unidas, como estratégico, como organizador y como hombre superior para el mando. Y esa era la verdad, agregándose á lo expuesto el celo escrupuloso que tenía de su honra personal, como también aquel convencimiento que mostraba tener en toda ocasión de su propia capacidad, desprendimiento esto último de la desgraciada tendencia de hablar en mal y en menosprecio siempre de los otros, no imputándoles calumniosamente faltas, debemos confesarlo, pero sí, revelando las verdaderas, que no podía callarlas por ser hombre de una pieza y de un carácter todo entero, juzgándolos con un lenguaje lleno de dureza y de acritud; ni había persona que en su tiempo gozara de figuración que no fuera pasto de su crítica siempre agria y deprimente; porque su índole era tal, que no hallaba razón en los demás; y no había mérito en hombre alguno si no fuera él, ni obra que fuera digna no siendo hija de sus manos. Y si en verdad no se podía desconocer por el juicio sereno de sus contemporáneos que era valeroso, honorable, competente en su carrera y ciudadano de grande patriotismo, aquella su vanidad endemoniada que lo hacía terco, acre é intolerante, venía á deslucir estas sus tantas y bellas cualidades. Y su suerte le fué tan poco benévola, que logró tornarlos á casi todos adversarios suyos; porque, á más de su vanidad y orgullo nativos, pecaba de ser poco disimulado y discreto para con los demás, apareciendo de díscolo; pues, llegada la contrariedad, su genio irritable,—que fué achaque peculiar de su familia,—al punto montaba en cólera y decía sin empacho todo lo que sentía su corazón en cuanto á infamias, á faltas y á errores en que cayeran los demás, pues jamás hizo misterio de su aver-

sión á todo lo que era crimen, vicio, indisciplina y desorden; condenándolos con voces acerbas que, si por su nerviosidad olvidaba tan luego como volvía en su acuerdo, no se olvidaban por años enteros los que habían sido el blanco de ellas. No conocía, pues, cómo se maneja el arte del disimulo ni sabía ocultar sus resentimientos bajo la capa del buen humor ó del desprecio; y las contrariedades en que fué tropezando, y los errores y escándalos de que iba siendo testigo como de la impunidad en que quedaban, comenzaron á agriar, desde aquel tiempo, cada vez más su carácter, haciéndolo quisquilloso y díscolo y más violento aún; todo lo cual, si era grave tropiezo para un político en el gobierno, no podía ser defecto grande para un general, que si el primero tiene que someterse á la contemporización y á ceder cada día porque es de su oficio el buscar las voluntades, no así el segundo que representa la voluntad absoluta, que manda y ordena para ser obedecida por la fuerza, sin réplica ni observación.

Y para dar término á su pintura, no será fuera de lugar traer á la memoria dos escenas que pintan suficientemente su carácter: la una que tuvo por teatro los campos de Tucumán, y la otra á Mendoza. Pues, estando con el general Belgrano en uno de los momentos de confusión de la batalla, acertó á venir del lado de la ciudad, cuya suerte le afligía, el teniente Carreto. Interrogándole Belgrano por la suerte de la plaza, este oficial,— que venía con su caballo cargado y aun su propia persona de ropas y otras cosas más, preciosas tal vez, que no se mostraban á la vista y que había saqueado de los equipajes enemigos,—le respondió que la ciudad quedaba ocupada por los realistas, á quienes ellos con la caballería habían puesto en derrota. Moldes, que le oía y que repugnaba la presencia de un militar así deshonrado, como pensara de distinto modo en cuanto á la pregunta.—«No crea usted á ese oficial, le dijo á Belgrano; está hablando de miedo».—«Señor Coronel, repuso Carreto, yo no tengo miedo, y sí tanto honor como usted».—

«¡Cómo ha de tener honor un ratero como usted!» le contestó Moldes, arrojándole una mirada de profundo desprecio y en alusión á los robos de que iba cargado. [1]

En Julio de 1810 la Junta nombró gobernador de Mendoza á Moldes, «de cuyos talentos, integridad y patriotismo estaba bien satisfecha»; [2] pues había sucedido que, al saberse por allí la revolución de Buenos Aires, cabildo y pueblo se habían adherido á ella; más el elemento español, encabezado por los empleados de la real hacienda, organizaron la resistencia, apoderándose de las armas y del cuartel, bajo el mando militar del comandante Ansay. Se unieron con Liniers, y, activando sus trabajos, ya por el mes de Julio preparaban sus batallones, alzados á toda prisa, para engrosar con ellos las filas de su general, que los aguardaba en Córdoba. [3]

La celosa actividad de Moreno se echó igualmente sobre aquella otra amenaza. Era necesario un hombre de confianza, de valor y talento para que pacificara la tierra de Cuyo, á riesgos de perderse, y para este fin la Junta puso sus ojos en Moldes, nombrándolo gobernador de Mendoza; el cual partió sin pérdida de momento, auxiliado de sus propios recursos, y sin más compañía que un criado, y entró á Mendoza, donde encontró al pueblo armado y entregado á una completa revolución. El lo puso en paz; formó y arregló las nuevas autoridades de notoria fisonomía patriota, y puso y adiestró á doscientos cuarenta hombres en el manejo de las armas, que amenazaban á Liniers por retaguardia. [4]

En el gobierno su comportación fué pura, honorable y progresista, conforme á su carácter y conducta. «Moldes administró la provincia con una integri-

(1) Paz: *Memorias*, tomo I, relación de la batalla de Tucumán.

(2) *Registro Nacional*, páginas 57 y 76.

(3) Groussac: *Anales de la Biblioteca*, tomo III, páginas 242 á 246.

(4) *Exposición* de Moldes, tomo I de esta obra; *Apéndice*.

dad y pureza dignas de todo elogio. Dejó instituciones, obras de ornato público (como la plaza de la ciudad), y arreglos policiales de grande importancia. Su nombre en Mendoza se recuerda aún con veneración y gratitud. (1) Pero la tradición ha conservado un caso particular, que es otra viva prueba de su carácter. Era atribución del gobernador en la época española, la administración de la justicia de menor cuantía; y mientras su gobierno en Mendoza, dió Moldes cierta vez sentencia en un litigio de esta naturaleza. Un pobre campesino resultó favorecido con ella; y siguiendo inocentemente la antigua corrompida costumbre de recomponsar á los jueces por la justicia administrada, se presentó á pocos días ofreciéndole, en pago de la justicia recibida, una docena de gallinas. Indignado el austero gobernador de que así se lo fuera á tomar porque se vendía en su cargo, recibiendo precio por lo que había administrado como juez, mandó al litigante á la cárcel, con orden que no saliera de ella hasta tanto no se comiera las gallinas del regalo.

Sin embargo, y á pesar de todas aquellas circunstancias y razones, justas ó no, que lo hacían á Moldes impopular y mal querido de cierta gente del ejército, su obra, apenas en sus comienzos entorpecida como iba á serlo y aun destruida, muestra es bastante para conocer lo benéfica que fué su presencia en el ejército, y permite imaginar, asimismo, cuál habría sido, si, mejor secundado por el general en jefe, hubiera sido escuchado y permanecido al frente de las tropas. Porque unido al ejército el 26 de Septiembre de 1811, por orden del gobierno, al mismo tiempo que lo hacía, regresando de su expedición á Orán, don Juan Martín Pueyrredón, nombrado á su vez y al propio tiempo general en jefe, y de quien Moldes era tan gran-

---

(1) D. HUDSON: *Recuerdos Históricos de Cuyo*, tomo I, página 24. Moldes gobernó en Mendoza hasta el 12 de Enero de 1811, pasando al ejército, por orden del gobierno.

de amigo desde su actuación por España [1] el peso, de su mano de hierro para el deber se hizo sentir y conocer desde el momento, volviendo la buena conducta á distinguir al ejército, con particularidad respecto á la población, y observando en su gobierno y administración la economía, el orden y la exactitud más perfecta en todas las obligaciones, con lo que volvió á despertar visiblemente el crédito del ejército ya perdido y á renacer de nuevo las simpatías públicas por su suerte. [2]

IV

ATAQUE Y DERROTA DE SUIPACHA

Notóse su presencia en el ejército por los benéficos frutos que comenzó á producir; porque, puesto en sus manos para su remonta, arreglo é instrucción, dedicó Moldes en ello el virtuoso tesón que acostumbraba poner en todo lo que importaba á su honor y á su deber, lo que exigía con igual rigor á sus subalternos; de tal manera que hasta el 27 de Diciembre, en que elevó su renuncia, aquella fuerza, antes de ochocientos hombres, ahora subía á la suma de dos mil, conseguidos durante los tres meses que la había gobernado [3].

Tan saludables perspectivas y tantas felices esperanzas se perdieron desde tal fecha, porque la vanguardia, á cargo de Díaz Vélez, se había dispuesto ocupara el puesto avanzado de Yávi; la cual, extendiendo sus correrías y subiendo más á la provincia de Chichas, vino á quedar á la vista con la del Rey,

---

(1) Véase el tomo I, páginas 247 y siguientes.

(2) Belgrano, en una de sus comunicaciones al Gobierno, decía: «Es necesario mantener y sostener al ejército, para cuanto gasto cause, porque de otro modo acabaríamos de perder el crédito que felizmente ha tratado de recuperar don Juan Martín Pueyrredón». MITRE: *Historia de Belgrano*, citada, tomo II, página 68.

(3) *Manifiesto* de Moldes, tomo I; *Apéndice*.

que cruzaba también aquellos parajes, teniendo por asiento principal á Tupiza. En su busca salió de esta ciudad el general peruano don Francisco Picoaga, para desalojarla de Chichas, con una fuerza de seiscientos hombres, el 9 de Diciembre; pero, avistadas las fuerzas, el jefe realista no quiso aventurar una acción, mucho más cuando llegó á saber que la fuerza patriota se había reforzado con un cuerpo de caballería de doscientos hombres, que eran gauchos de Salta mandados por su comandante don Martín Güemes; y así comenzó á replegarse, seguido de sus contrarios, librando algunas escaramuzas, hasta hacer alto en el pueblo de Suipacha, mientras la vanguardia de la Patria, siguiéndole la ruta, fijaba á su frente su cuartel en la aldea de Nazareno. Tenían la misma posición ambos beligerantes que en 1810.

Díaz Vélez, que no entendía más de milicia que el dar cargas desacordadas é inútiles y retroceder [1]; jefe valeroso é incontenible, sintió punzantes antojos de caer sobre el enemigo por sorpresa, á lo cual se prestaba, no sólo el paraje y el descuido que de diario se notaba en la fuerza realista desparramada en la población, mas también el ingenio que para estos golpes le procuraba el comandante Güemes; y sin pensar más, dejándose llevar por los impulsos de su entusiasmo, propuso el caso al general en jefe y pidió autorización para llevarlo á término. Pueyrredón, de acuerdo con Moldes, denegó el permiso, porque su ejército no estaba en condiciones como para entrar de nuevo en campaña, ni aun en pequeña escala que fuera. El mismo gobierno así se lo tenía ordenado, pues le decía: «El ejército del mando de V. E. no se halla con la fuerza suficiente para obrar ofensivamente contra el enemigo de la causa de nuestra libertad, y sí que la localidad del país en que se encuentra V. E. le proporciona con facilidad tomar una posición ventajosa en donde pueda atrincherarse hasta que lle-

---

(1) Paz: *Memorias*, tomo I, relación de la batalla de Tucumán.

guen los socorros y refuerzos capaces de abrirse una campaña gloriosa». Y le enviaba el plano de sus fortificaciones [1].

Mas, como Díaz Vélez repitiera la demanda pintando la victoria que se soñaba con todo el colorido que la presentaba por fácil y segura, sedujo el ánimo del general y obtuvo esta vez su beneplácito. Pero con esto se contrariaba la opinión de Moldes, el cual, viendo con esta locura comprometido su crédito y dada por tierra su obra de reorganización y disciplina del ejército, presentó el 27 de Diciembre su renuncia de segundo general, por exigirlo así su honor, y se retiró á su casa, en Salta, «para no verme envuelto, dijo, en el número de los que llenan de luto la Patria». [2]

Y con esto probó la exactitud de sus talentos militares, porque el desastre que sobrevino comprobó sus opiniones y justificó su proceder. Fué el caso que con esta autorización, y reforzado con los gauchos de Güemes y una compañía veterana que se había mandado organizar en Salta, y que á la sazón estaba en el más excelente estado de disciplina [3], Díaz Vélez llegó á contar con una fuerza de ochocientos hombres cuando el 31 de Diciembre se posesionó de Nazareno.

Ambos beligerantes estaban á la vista, tan sólo separados por el río Suipacha, y ocupando la misma posición que tuvieron en 1810. Pero, ahora, sucedía que estando bajo la estación de las lluvias, el río no daba vado, porque sus crecidas eran continuas y copiosas, y más bien servía de barrera, pues muy pocas veces, en tal estación, permitía el paso; por lo que los españoles se habían entregado á una imprudente confianza, suponiendo á su enemigo así cortado, en forzosa quietud, en tanto que éste quiso aprovechar ambas coyunturas para dar un golpe de mano audaz y arriesgado, pero que seducía la imaginación de gente poco serena ó demasiado joven.

(1) *Archivo Nacional*, legajo 1812, Enero, número 1.
(2) *Manifiesto* de Moldes, citado.
(3) *Biografía* del general Alvarado, por J. Arenales.

En la mañana del 12 de Enero había mermado sus aguas un tanto el río; pero, sin embargo, «venía crecido y dividido en tres brazos; á caballo era difícil pasarlo; se le hizo presente esto á Díaz Vélez y, no obstante, mandó atacar». (1)

La caballería, con el ala derecha alzada en grupas, atravesó sigilosamente el río, subiendo el agua al cuello de los caballos, y alcanzaron á la banda opuesta, donde, penetrando á una quebrada, dejaban cortada una gran guardia enemiga y su caballada. El paso y la posición tomada se habían realizado con tan admirable tino que las fuerzas españolas, con el enemigo en casa, nada sabían aún, hasta que se inició el ataque de sorpresa sobre su campamento atrincherado. Al eco de los primeros tiros se conoció en la población el suceso; pero esto no sirvió más que para afligir en un principio el ánimo de Picoaga, cuya gente en gran porción se hallaba abandonada y dispersa por la ciudad; y fué sólo á merced de una gran actividad desplegada, que pudieron reunirla y acudir á la defensa, trabándose entonces un choque el más terrible y sangriento.

Pero Díaz Vélez no había procedido con la actividad que hubiera sido necesaria para acudir á tomar parte en la acción y en sostenimiento de su caballería y ala derecha, comprometidas ya; y cuando quiso verificarlo, tratando de vadear el río por el frente con el resto total de sus fuerzas, todas de infantería, una creciente repentina bajada de las montañas y formada por lejanas é ignoradas lluvias, engrosó de manera enorme sus caudales. «Pasaron el primer vado las tropas y se vieron ya bajo el fuego contrario; iban á pasar el segundo y al entrar les daba el agua al pecho. Toda la tropa se desordenó, porque á unos los llevaba el agua, á otros les mojaba los fusiles y fornituras, y á todos los imposibilitaba. El enemigo entonces los cazaba como á patos. Así sacrificó este

(1) *Informe* de don Miguel Otero en el expediente sobre cobro de sueldos devengados al general Latorre.

general esos hombres al impulso rápido de las aguas y á la violencia de la bala». [1] Entre tanto, las fuerzas en acción, después de haber tan felizmente sorprendido los enemigos, tenían ahora que batirse solas contra todas las de Picoaga, reconcentradas y defendidas por sus parapetos, por lo que se vieron forzadas á emprender la fuga, recibiendo la muerte la mayor parte al querer vadear el río, en cuyo momento difícil desplegó su mayor vigor el ataque realista. Ciento treinta y siete hombres perdidos y el resto del crédito y de la esperanza que aún quedaban de aquel ejército, fueron el desdichado fruto de tal empresa.

Animados con el suceso y reforzados también, los realistas pasaron á su turno el río el 17 de Enero y el 18 atacaron á Díaz Vélez en sus mismas posiciones de Nazareno y lo echaron de ellas; mas sin aventurarse á perseguirlo más adelante, temiendo los cortara las crecidas del río que, repentinas como eran, podían cerrarles el paso, y bastante era lo ocurrido en cuerpo ajeno para escarmiento [2]; pero sus avanzadas siguieron los pasos de Díaz Vélez, que, alzando su campo de noche de la última posición que ocupara, no paró hasta Humahuaca, cuarenta y cinco leguas más al sur.

V

TOMA DE COCHABAMBA

Mientras tanto, Goyeneche había nombrado á su primo, el general don Pío Tristán, de general de vanguardia, el cual se hizo cargo de ella en Tupiza, en los mismos días que Picoaga remataba en Nazareno su victoria; y aunque tuviera su ánimo decidido de

---

(1) *Informe* de Otero, citado.

(2) TORRENTE, *Obra* citada, tomo I, página 261; *Parte* de Díaz Vélez.

bajar hasta Salta y acabar del todo con el ejército de la revolución, suspendió por de pronto su proyecto y volvió sus fuerzas hacia el norte, para someter á Cochabamba, que no podía dejar revolucionada á su espalda.

Pero, en su correspondencia con el Virrey de Lima, sólo hablaba de su invasión sobre las provincias argentinas, pintándola como resolución hecha y á punto de ponerse en obra; la cual, dadas las circunstancias y arterías en que Goyeneche era tan diestro, parece no tenía más de verdad que aumentar el pavor causado en las fuerzas patriotas por el último desastre; porque, caída esta correspondencia en manos de las guerrillas patriotas que operaban á sus espaldas, luego se la pasaron á Pueyrredón, el cual, aturdido con la amenaza del peligro, no atinó más que á emprender precipitadamente la retirada á Tucumán; haciéndola con tanta impericia militar y atropellamiento, que fué por todo extremo desastrosa y dura, perdiéndose en tal paso y en el solo espacio de sesenta leguas que alcanzó hasta Yatasto la mayor parte de los bueyes que arrastraban las carretas del parque y las mulas y caballadas de la movilidad del ejército que quedaron inutilizadas si no muertas. (1)

Se apropiaron de todo el ganado con que dieron en la marcha; y los soldados, sin orden y sin tener quién los contuviera, hicieron cuánto se les vino en antojos.

El ejército sufrió algo más grave que esta pérdida de sus elementos de locomoción, arrancados á los vecinos de Salta y de Jujúy (2); porque, cundiendo el pánico con tal medida en la tropa, no ajustada todavía completamente al molde de la disciplina y ciega

(1) Mitre: *Historia de Belgrano*, tomo II, página 67.

(2) Se llamaban *auxilios* estas donaciones voluntarias ó exigidas por la fuerza á los vecinos, de todo aquello que necesitaban los jefes del ejército para su subsistencia; y como no eran pagados al contado, se les daba recibo, y otras veces ni esto, según las circunstancias y agentes comisionados, mermándose, así, la fortuna particular sin método ni economía; que cuando Salta tuvo que sostener sola la guerra, se notó la enormidad de estos exesos de destrucción, especialmente en caballerías.

obediencia militar, y descuidados, con la precipitación con que se hizo la marcha, los deberes del gobierno, la deserción, esa consunción fatal de los ejércitos mal regimentados, llegó á ser tan grande que ni la muerte era capaz á contenerla (1); cuyo resultado fué que de estas fuerzas, acuarteladas en Jujúy por el general Moldes, desapareció casi la totalidad, no quedando más que un resto miserable que, al decir del general Belgrano, «todo reunido, tal vez, no formaría un regimiento» (2), y entre ellas ni uno solo quizá de los que fueron originarios de Córdoba, Buenos Aires y demás provincias del sur; que esos pocos que permanecían aún en las filas eran los naturales de las regiones de Salta y de Jujúy, que aún quedaban, y dispuestos á huir á su turno, abandonando las banderas el día que se pretendiera sacarlos de su suelo natal (3).

Pueyrredón, por su parte,—que sin cerciorarse de la verdad de las amenazas de Goyeneche había dado este paso tan descalabrado,—y escarmentado y arrepentido, sin duda, con el malogro de Suipacha, temió seguir más al frente de esta campaña que parecía no ser más que una catástrofe continuada; y, no sintiéndose competente para el mando en circunstancias tan críticas como aquellas, pidió su relevo en el cargo.

De esta suerte el ejército había retrocedido de Jujúy hasta treinta leguas cerca de Tucumán y había perdido por dos tercios de su fuerza, y también su moral y buen espíritu; todo lo cual no era más que enorme desgracia para la Patria y nuevo favor ofrecido sin precio al enemigo; pues no deseaba otra

---

(1) MITRE: *Historia de Belgrano*, tomo II, página 55.

(2) MITRE: *Historia de Belgrano*, tomo II, página 60; *Exposición* Moldes citada.

(3) MITRE: *Belgrano y Güemes*, 194. En el documento que trascribe en esta, página, se dice por Belgrano al llegar á Tucumán, en Septiembre de 1812, que «las tropas son de Jujúy, Salta, Tucumán y Santiago», Y como las fuerzas de estas dos últimas provincias fueron incorporadas recién, resulta que cuando retrocedió Pueyrredon, sólo eran de las dos primeras; de lo que resulta también que las tropas dispersas del Desaguadero que fueron contenidas por Allende y Alvarado en Salta, y formadas de todos los cuerpos del perdido ejército, y originarias de todas las otras provincias argentinas, se dieron en esta ocasión de nuevo al desbande, huyendo á sus domicilios. Según don Miguel Otero, testigo presencial, dice que en 1811 no fueron refuerzos de tropas para el norte.

cosa Goyeneche, porque ahuyentado su rival con sólo el fantasma que le había pintado, quedaba así libre de atenciones por el momento hacia este lado del sur, y podía ahora ocuparse de Cochabamba más fuerte y descansadamente.

Movió su campo por el mes de mayo, cuando ya sus feroces tenientes habían casi sujetado del todo la insurrección patriota por los demás pueblos, quedando, al parecer, sólo Cochabamba en pie; mas, heroica siempre, se disponía ahora á resistir á la invasión enemiga, que por todos los puntos del horizonte se descolgaba sobre ella. Porque, á más del grueso ejército que Goyeneche en persona movía de Potosí, Lombera con dos mil hombres, bajaba desde la Paz, y Huici y Sotomayor hacían lo mismo con sus divisiones por los otros rumbos (1).

Cómo resistir á todas estas fuerzas combinadas que venían sobre ella, fué el heroico afán de Cochabamba. Pero faltábale armamento y organización y disciplina á sus tropas; porque, no era solamente su desgracia que sus armas de fuego no alcanzaran para llenar las manos vacías de sus entusiastas defensores, que sobraban para derramar su sangre por la libertad; ni que su artillería, fundida en los pobres talleres de la misma provincia, en vez de bronce lo fueran de estaño, que no resistían á las fuerzas de su incendio, sino que, para coronamiento de desdichas, sus caudillos Antezana y Arce estaban de rivalidad por la ambición del mando; y antes que su patriotismo les hiciera unirse en un abrazo de salvación, aunque no fuera más que echándose á la suerte, convinieron en dividirse las fuerzas amigablemente ganando en ello únicamente el enemigo. Contaban en el todo cuarenta cañones y cuatrocientos fusiles, fabricados en la misma Cochabamba casi todos, y el resto de las tropas, hasta cerca de seis mil hombres de á caballo la mayor parte, armados de garrotes.

---

(1) TORRENTE, *Obra* citada, tomo I, página 263.

Arce, con las fuerzas que le tocaron, marchó al encuentro de Lombera, que había salido de Oruro. La marcha de éste por aquellos caminos y desgraciados pueblos fué señalada por los excesos que se cuentan de los antiguos bárbaros y de que ya habían sido víctimas tantos en el Alto Perú; porque, para escarmentar la resistencia que le hacían los capitanes patriotas y aun algunas aldeas del tránsito, redujo á cenizas el pueblo de Quirquiave y casi otro tanto hizo con el de Sacasa; y aplicando castigo de azotes á los prisioneros, logró llegar hasta Pocona, donde lo aguardaba Arce con sus cochabambinos (1).

Entre los cerros que dominaban el valle, uno había cuya plataforma estrecha sólo daba acceso por su extremo; pues, por uno y otro de sus costados, dos quebradas profundas hacían impracticable su ascenso. Se llamaba los Altos de Pocona; y á éste había elegido Arce por estratégico para asentar sus fuerzas y aguardar al enemigo, colocando para ello sus tropas en grueso sobre la plataforma guarnecida con dieciocho cañones; y en la arboleda que cubría el extremo accesible, una línea de ciento veinticinco fusileros ocultos y defendidos por el espeso bosque.

Lombera con su tropa aguerrida no se acobardó ni ante el número ni la posición, pues conocía que iba á batir á masas inermes; y, así, acometió derechamente á la infantería emboscada; y, aunque lo recibió un fuego muy vivo de fusil y de cañón, sus efectos fueron casi nulos por la impericia de los tiradores, por lo que alcanzó á desalojarlos del bosque; y luego no más, protegido por la misma arboleda, trepó á la eminencia con una rapidez que inutilizó en buena parte la posición de los patriotas, á quienes impuso y miró retirarse haciendo fuego, tomando el fondo de las montañas y dispersándose por distintos rumbos. La contienda fué tan fácil para Lombera que apenas le costó ocho heridos; dejando Arce veintinueve

(1) *Partes oficiales*, 164.

muertos en el campo y sus cañones, el 24 de Mayo de 1812.

La voz de todos estos desastres y la presencia de los ejércitos enemigos que, incontenibles, tocaban ya las puertas de Cochabamba, indujeron á su cabildo á dirigirle una embajada á Goyeneche, suplicándole la clemencia y piedad «que forman, decía, el carácter distintivo del héroe americano». Pero el pueblo, más decidido y heroico que su gobierno, se presentó en más de mil hombres y porción grande también de mujeres de la plebe congregados en la plaza pública. El gobierno mandó interrogarlo si persistía aún su ánimo en resistir y defenderse del enemigo hasta el último trance; y de su seno se escaparon apenas algunas voces aisladas diciendo virilmente que sí. Y como éstas fueran pocas, demostrando el silencio en que quedaban los demás pechos que la decisión flaqueaba, al fin, en ellos, y que más bien el decaimiento y conformidad con el infortunio era lo que restaba, las cochabambinas allí presentes, inflamadas de patriotismo é indignación con esta cobardía que empañaba tantas páginas de heroicidad:—«Pues si no hay hombres en Cochabamba, dijeron ellas, para morir por la Patria y defender la Junta de Buenos Aires, aquí estamos nosotras para salir solas á recibir al enemigo!»

Su ejemplo dió ánimo á los tímidos y retempló á los fuertes; y todos juntos, hombres y mujeres, encendido otra vez su heroico espíritu, juraron morir antes que rendirse; y corrieron á las armas y se organizaron para la batalla. Antezana, jefe de la revolución, condujo sus batallones así formados de hombres y de mujeres, armados cada cual con el arma que hubo á la mano, y saliendo de la ciudad ocuparon el vecino cerro de San Sebastián.

El 27 de Mayo Goyeneche se presentó con su ejército; y en vez de la sumisión y rendimiento que aguardaba, á estar á la súplica reciente del Cabildo de Cochabamba, fué recibido por un fuego de fusilería y de cañón más entusiasta y bullicioso que cer-

tero, expelido por armas inconsistentes de estaño por lo que, después de dos horas de combate, en que se vieron á las cochabambinas pelear al lado de sus; maridos, de sus hijos y de sus hermanos, á quienes alentaban con sus voces y con su ejemplo, forzó la posición del cerro, matando hombres y mujeres, y poniendo el resto en la más espantosa dispersión, que fué tal, que las tropas realistas, siguiendo en su persecución, penetraron á las calles de la ciudad envueltos en los pelotones de fugitivos.

Goyeneche, ahora, penetrando como en 1809 en la sangrienta escuela con que habían sus tenientes colmado de crímenes y crueldades aquella tierra, hizo azotar los soldados prisioneros hasta hacerles reventar la sangre y buscar con empeñoso afán á los jefes de la insurrección para los cuales proclamó no haber clemencia ni misericordia en sus manos. La ciudad fué dada al saco, y presa de sus soldados, la vejaron á su antojo por muchos días; y como el gobernador Antezana no hubiera podido escapar como tantos de sus partidarios y aun las poblaciones enteras que emigraron á los desiertos, se ocultó en un convento, imaginando salvarse bajo el disfraz de fraile; pero fué descubierto y preso; y, ese mismo día de la derrota, mandado al suplicio sin forma alguna de proceso. Había dispuesto Goyeneche que fuera fusilado en la plaza; mas, por lo precipitado del caso, el hecho fué que sus órdenes no habían sido completas; de modo que, «presenciando desde los balcones de su casa este inicuo asesinato, gritaba con ferocidad á la tropa que no le tirase á la cabeza, porque la necesitaba para ponerla en una pica; y, después de habérsela cortado, mandó arrastrar por las calles el yerto tronco de su cadáver. (1)

En seguida de él sufrieron muchos otros compañeros suyos elúltimo suplicio; apareciendo también aquellos fértiles valles de Cochabamba con sus caminos otrora cruzados por las recuas conductoras de los pro-

(1) *Manifiesto* del Congreso, 1817. Véase por lo demás, á MITRE y á TORRENTE, *Obras* citadas.

ductos de su rica agricultura y activísimo comercio, alegrados como eran por el bullicio y la música con que su población numerosa acostumbraba libar su famosa chicha, entristecidos ahora con aquellos monumentos fúnebres que, de espacio en espacio, se mostraban alzando las cabezas cortadas de los patriotas y clavadas en el extremo de las picas por la ferocidad realista.

Con esto se tuvo por Goyeneche como pacificado el Alto Perú; pues, aunque algunos caudillos seguían aun en armas, no eran ellos á la sazón bastante fuertes como para detener y ocupar la completa atención del general del Rey y de su ejército; y ahora sus ojos deberían volverse sobre el sur, sobre aquella Salta que tenía el raro destino de recibir los ejércitos desechos y de reanimarlos y reforzarlos en su seno para que dieran otra vez el pecho al enemigo.

Pero luego no más conoció que su marcha hacia el sur, á conquistar las provincias argentinas, no podía verificarla con todo su grande y aguerrido ejército; porque, á pesar de toda la ferocidad y dureza con que quiso sembrar el escarmiento en aquellos pueblos, decididos como estaban éstos á morir por su libertad, el entusiasmo por la guerra seguía ardiendo intenso y vivo en todos los corazones patriotas, que no pudo con nada aniquilarlo; y sorprendido con esta tenacidad no esperada, y airado también, decíale al Virrey de Lima:—«Cada día se aumentan mis atenciones en este país ingrato; no tenemos amigos; el despecho los domina, y prefieren perecer que ceder». Sentía por esto que el furor aumentaba cada vez más en aquellos pueblos contra su ejército, sin contar con más apoyo que el terreno que pisaba, por haberse declarado todos á hacerle cuanto mal pudieran; atribuyendo Goyeneche mucha parte de este nuevo vigoroso ardor por la causa de la revolución á «centenares de seductores que enviaban de Jujúy y Salta». (1)

(1) Zinny: *Don Juan M. Pueyrredón,* artículo publicado en *La Revista de Buenos Aires,* tomo XIV, páginas 14 y 15; y estas confesiones de Goyeneche constan en su correspondencia interceptada.

CAPÍTULO XVI

La retirada á Tucumán

SUMARIO: — I Decaimiento de los pueblos y descrédito de la revolución. — II Toma la guerra un carácter religioso.—III El general Belgrano; su misión, su obra y su retrato.—IV El ejército en Jujúy.—V Plan estratégico de la invasión de 1812.—VI El *Bando* de Belgrano.—VII La retirada á Tucumán.—VIII Batalla de Tucumán.—IX Causas y consecuencias del triunfo.

I

DECAIMIENTO DE LOS PUEBLOS Y DESCRÉDITO DE LA REVOLUCIÓN

Al mirarse de aquella espantosa manera los pueblos del Alto Perú vencidos, vejados y asesinados por su sanguinario vencedor,— para quien ni el cristianismo, ni la humanidad, ni el derecho de gentes tenían máximas ni preceptos que fueran dignos de cumplirse,—clamaban á grito herido contra los porteños que así, después de haberlos comprometido y lanzado en tan tremenda lucha, volvíanles las espaldas ahora y los entregaban solos, desarmados y tristes á la saña vengativa de un enemigo implacable y feroz; porque los cadalsos levantados en las plazas de todas sus poblaciones; y los suplicios de todo género inventados para martirio de ellos; y los incendios que á cualquier rumbo que se echara la mirada, enrojecían ó nublaban el horizonte; y los bienes de los ciudadanos confiscados, tantas veces en castigo de infundadas sospechas; y las familias enlutadas y perseguidas, obligadas á buscar asilo en el seno inhospitalario de los desiertos ó entre las breñas de las montañas, sufriendo indecibles penurias, si no era que mendigaban por Jujúy, por Salta y hasta por Buenos Aires la protección y piedad de los pueblos que aún

restaban libres, formaban lo principal en aquel teatro de desolación y de sangre. [1]

Y porque las provincias propiamente argentinas, desde Tucumán hacia el norte, se hallaban en circunstancias casi idénticas, teniendo por qué levantar su grito contra Buenos Aires, y expuestas de un día al otro á beber suerte igual á la que quebrantaba los pueblos peruanos, el odio contra los porteños, cuyos hombros se cargaban con todas las culpas de la campaña, subió también allí de grado; y el abatimiento producido por una adversidad que parecía á muchos irreparable, como gente no acostumbrada á la inconstancia de la fortuna en la guerra, postraba con el desencanto las fuerzas. Y no era para menos, si también sucedía que el resto de las esperanzas acababa de ser perdido con el desastre recientemente provocado delante de Suipacha, y que con él acababa en aquellos pueblos lo último que quedaba de crédito en el ejército; porque venía esto á rematar el grande infortunio del Desaguadero que había causado tan hondo dolor en todo el país é indignación tan grande, que en la misma Buenos Aires se decía:—«La conducta de los agentes de la expedición desgraciada del Perú nos ha deshonrado á la faz del mundo, y nos ha puesto en el borde del precipicio; preciso es que con inflexibilidad se castigue, después de un juicio imparcial, á esos profanadores sacrílegos de nuestra santa causa». [2]

Don Juan Ignacio de Gorriti, en vista de la desesperación de los momentos, y que era el brazo fuerte que á la sazón dirigía al gobierno, alentaba el espíritu militar y cívico de todo el país, y decía:—«La patria está en peligro; y entre tanto que la hayamos salvado, la guerra debe ser el principal objeto á que se dirijan las atenciones del gobierno. Las virtudes

---

(1) MITRE: *Historia de Belgrano*. Oficio del general Belgrano al gobierno, tomo II, página 76.

(2) Escrito del doctor don Vicente Pazos Silva, llamado Pazos Knaki, en la *Gaceta de Buenos Aires*; véase PELLIZA, *Obra* citada, tomo I, página 53.

guerreras serán el camino de las distinciones, de los honores, de las dignidades. Las tropas estarán bajo la más severa disciplina; su descanso consistirá en mudar de ocupaciones militares. Todos los ciudadados nacerán soldados; recibirán desde su infancia una educación conforme á su destino. El campo de Marte será una escuela pública donde los jóvenes harán su aprendizaje, y se formarán cuerpos robustos. Las ciudades no ofrecerán sino la imagen de la guerra». Y tomando las medidas que eran la consecuencia de esto el gobierno sancionó la militarización de toda la juventud, llevando la instrucción y el espíritu de la guerra al seno mismo de las escuelas, y haciendo de sus niños batallones, como si se viviera en la antigna Esparta; dedicándose, en Buenos Aires, la plaza del Retiro para los ejercicios de instrucción. (1)

Pero los pueblos del norte,—más á la mano de la invasión,—habían caído en un desaliento y en una indiferencia completos y como arrepentidos de haberse confiado á las manos de la Junta de Buenos Aires y sus agentes. Y cuando llegó á su noticia que aquellos generales habían expuesto á la Patria á sufrir una nueva derrota tan sin necesidad y con tan grande imprudencia provocada, se entregaron muchos á la desesperación y se dieron por perdidos. Porque en Salta causó funesta impresión la derrota de Díaz Vélez; tanta y tan triste, que en esta provincia como en la de Jujúy, el patriotismo comenzó á vacilar, siendo razón para los muchos que sufrían esta dolorosa impresión, no sólo la ineptitud de los directores de la guerra y las repetidas derrotas por su culpa únicamente sufridas, mas también la anarquía que reinaba en la capital, que había hecho presa suya al gobierno y hasta arrojado violenta y arbitrariamente á los diputados de las provincias; mal que parecía adueñado de la cabeza del país, el cual sin

(1) Pelliza, *Obra* citada, tomo I, páginas 49 y 50.

ella, y con este cáncer que se extendía cada vez, parecía á sus ojos desesperados por víctima destinada á perecer, arrastrando tras sí cuanto le hubiera pertenecido ó secundado. [1]

Ante este cúmulo de desgracias—y en vista de la amenaza de la invasión de Goyeneche, esperada de un día al otro en las provincias de Salta y de Jujúy, que podía acabar, como en el Perú, con la hacienda y la vida de las personas comprometidas—algunas de éstas trataron de congraciarse con el vencedor ó ganarse su voluntad observando una conducta de neutralidad; y hasta avanzaron algunos otros á componer las paces con el jefe enemigo bajo el reconocimiento del Consejo de Regencia; lo que no era desertar de la bandera de la Patria, en su concepto, sino sólo pactar políticamente desde que suponían la revolución definitivamente y sin remedio vencida;—tratos en que iba envuelto, aunque sin seriedad de miras, el mismo general del ejército, Pueyrredón, por lo que se levantó contra él un clamor condenatorio por el elemento patriota que aún quedaba dispuesto á luchar hasta el último extremo, mirándolo con sospecha de traición. [2]

La agitación era, pues, inmensa en aquellas sociedades: el temor en los unos, la aflicción en los otros, que con sus familias trataban ya de huir obligados á abandonar sus hogares y sus intereses; y la rabia, en fin, de todos, al ver perdida la obra de la libertad que se creyó ganada, envolvía al *ejército de los porteños,* como todavía se lo llamaba y á quienes se atribuían todas las desgracias, con el odio y el desprecio general. Y como los males tienen la funesta ley de atraerse los unos á los otros, sucedía también en aquellos momentos de tan crueles angustias, el hecho de que el ejército, al mando de Pouey-

(1) TORRENTE, *Obra* citada, tomo I, página 262.—Coronel LUGONES, *Recuerdos Históricos*, página 20. Hablando aquí de este desastre de Suipacha, dice: «Este segundo desacierto, aún mayor que el del Desaguadero, desalentó á los patriotas, entristeció á Jujúy y puso en conflictos á Pueyrredón.

(2) TORRENTE, *Obra* citada, tomo I, página 262.

rredón, desamparaba á Salta y á Jujúy, entregándolas á la posesión y venganza enemiga, internándose por Tucumán, en cuyo trayecto—y al atravesar sus territorios hasta cuarenta leguas cerca de esta última ciudad—no vió que en su favor nadie se moviera de su casa ni le viniera auxilio alguno de parte de aquellos jujeños y salteños antes tan decididos y patriotas, que ahora lo dejaban pasar entre una general indiferencia no porque ya no amaran la causa ni porque este general fuera aborrecido, aunque sí desprestigiado con el último mal suceso, sino porque se actuaba «en pueblos naturalmente apáticos que no comprendían el tamaño del peligro; en pueblos que creían, como se creía entonces, que la sublevación de Cochabamba era la sublevación de todo el Perú; que Goyeneche no podía dominarla ni bajar jamás hasta Salta». [1]

Ya se habían adelantado hasta Tucumán, por el mes de Abril, como cuatrocientos entre enfermos y sanos de los del ejército en retirada; y su desorden, su desconcierto y sus apuros fueron tales que, después de ofender con ellos las ciudades abandonadas, volvieron á ser mirados como calamidad pública en Tucumán, cual lo habían sido en el Perú; porque comenzaron á exigir los haberes del vecindario, echándose mano, por orden del gobierno, de todo cuanto se encontraba, por la salud pública, é imponiéndose contribuciones forzosas al comercio;—con lo cual llegóse á trastornar de tal modo las ideas y á concluir de formar en estos pueblos un semblante tan adverso á la revolución, que llegaron muchos de sus hijos á persuadirse era más benigno y llevadero el vivir bajo la dominación española que no bajo esta otra desdichada de Buenos Aires; y así propalaban éstos sus secretos, diciendo:—«Vea ya usted los pueblos en mayores cadenas que las antiguas. Lo previó el Paraguay. Si el verdadero patriota Goyeneche no detiene

(1) **Paz:** *Memorias*, **tomo I, página 52. Mitre:** *Belgrano y Güemes*, **artículo del doctor Vélez Sarsfield, página 240.**

la intriga argentina, los pueblos van á sufrir mil crueldades. ¿Y qué sienten los pueblos? Es general, según oigo, el descontento. Goyeneche será recibido como un ángel de paz». [1] De esta suerte el país entero del norte se declaraba por enemigo de Buenos Aires, no de la causa; porque sus hijos mal sujetos á las leyes de respetos debidos á la dignidad de los pueblos, se habían levantado odios mortales; agravado esto con la mala estrella de su fortuna guerrera, por lo cual aquellas gentes declaraban haber concluido en su país la hospitalidad para los porteños y su odio había subido á punto de no satisfacerse hasta no beberles la sangre. [2]

La calamidad se pintaba con los colores más sombríos; porque ocurrió, además, que en este año y medio de trastornos que iba ya corrido, se hizo sentir una baja repentina en el comercio, paralizado por la revolución, principalmente con los pueblos del Perú, que eran el secreto de su movimiento, que mermó las riquezas de los habitantes acomodados; y estos quebrantos de las fortunas particulares comenzaban ya á sentirse como efectos de la guerra; y es superfluo el agregar que con ella, por ser una lucha civil entre gentes de una misma nación y aun vecindad, se interrumpieron las buenas relaciones y se relajaron hasta los vínculos más estrechos del afecto y del parentesco. Y ¡cómo no, si hasta las familias se hallaban divididas y embanderadas en parcialidades y facciones enemigas, como que se veía hijos que iban por un campo mientras los padres peninsulares por el otro; y las hijas casadas con españoles, ciegas con el amor de sus maridos, amaban al Rey con el mismo ardor é intensidad que sus hermanos la Patria.—«¡Por su majestad mi amo y señor el Rey!» brindaban desde entonces estas salteñas y jujeñas y lo repetirían has-

(1) *Cartas* de don León Villafañe á don Ambrosio Funes, fechadas en Tucumán el 12 de Marzo y el 10 de Abril de 1812, citadas por GAMBÓN, *Lecciones de Historia Argentina*, página 42.

(2) *Oficio* de Belgrano al gobierno, de 2 de Mayo de 1812, citado por MITRE, *Historia de Belgrano*, tomo II, página 57.

ta sesenta años más tarde, como en medio de la lucha, con igual ardiente apasionamiento. (1)—Muchos de los padres españoles que fueron decididos revolucionarios en 1810, arrepentidos y reaccionando ahora, se las habían cara á cara con sus hijos, dando espacio á escenas las más originales é imprevistas. Uno de los españoles que más había hecho por la revolución en 1810 como alcalde cabeza del cabildo de Salta, don Mateo Zorrilla, dando espaldas á la causa, renegaba al presente de la pasión patriótica de sus hijos, que él mismo había encendido; como que, leyendo cierto día de 1812 la carta de su primogénito que estudiaba en Córdoba, mucho le excitó su enojo al ver su patriotismo; y dando furiosamente contra él, su otro hijo, niño aún, salta á su frente para decirle: —«¡Muera Goyeneche y viva la Patria!—¿Por qué dices eso? ¿Qué te ha hecho á ti Goyeneche? le interroga su padre.—A mí, nada; pero nos ha muertolos soldados y ¡muera Goyeneche para que viva la Patria! —Cállate, *patriota*, le recrimina el padre, clasificándole así como echándole un baldón.—Si lo soy, replicó el muchacho; y mi señora madre también lo es y usted no nos lo podrá quitar!» (2)

Añadíase, pues, esta anarquía doméstica á los desastres habidos por nuestras armas; mas las quejas que produjeron estas faltas y estos quebrantos individuales fueron de poca monta comparados con el grito de indignación que arrancó de todos los pechos la vergüenza del Desaguadero; por lo que vino á acontecer que la popularidad y el prestigio que despertó la revolución á su advenimiento, con ser muy grandes, habían retrocedido todo el camino andado desde 1810 y se hallaban en aquellos momentos en estado muy semejante al que se halló la sublevación de Tu-

---

(1) Una de ellas, doña Perfecta Sánchez, en Salta, mujer del coronel del ejército real don Fernando Aramburú, español.

(2) *Carta* de don Inocencio Torino á don Juan Marcos Zorrilla, Salta, 19 de Abril de 1812; original en el archivo del doctor Güemes. La señora á que se refiere era doña Juana Torino, una de las más célebres patriotas de Salta, y el niño fué después el doctor don José Zorrilla, que degolló Rosas en Buenos Aires.

pac Amaru que levantó la resistencia y enemistad de todas las clases, menos de aquella de los indios.

II

TOMA LA GUERRA UN CARÁCTER RELIGIOSO

No era esto solamente. Las licencias que se habían tomado, y más que ellas, los abusos que se cometieron contra la religión durante el paso del doctor Castelli por los pueblós del Alto Perú, habían dado por fruto el levantamiento general de la conciencia piadosa para maldecirnos, que se ligaba, como á caso premeditado, con los acontecimientos que dieron al traste con los delirios políticos del año X.—Era así que todo mostraba un seño contrario y todo se ligaba en armonía para acabar de raíz con esta revolución que por tan áspero y violento camino había enderezado. El desastre del Desaguadero no parecía otra cosa, en efecto, sino que venía á mostrar que Dios había castigado á aquellos hombres por impíos; y la cólera celeste se presentaba patente ante la conciencia y la fe ultrajadas de aquellos pueblos, castigando á los herejes; circunstancias las más críticas y tremendas, que explotaron con ahinco y con exceso los generales y demás defensores de la causa española: prelados, oradores, curas, proclamas, periódicos, cuanto era medio de propaganda en favor del Rey. El arzobispo de Charcas, y los demás obispos sufragáneos suyos, como el de La Paz y el de Salta, unos públicamente con sus pastorales y excomuniones, otros secretamente, condenaban la revolución por sistema de desorden y heregía y obra de Satanás, tomando por testimonios sus desastres y sus dolores de que se lamentaban los pueblos; y canonizaban los avances reconquistadores de Goyeneche; el confesonario servía de vivísima fuente para aterrorizar las conciencias con las maldiciones de Dios en cada curato de ciudad ó de aldea; y el púlpito cambió de

voz, á donde treparon los agentes del Rey de España, y servía ahora de tribuna para la causa contraria. Eran estas circunstancias las más pesadamente terribles para una revolución que comenzaba y á la cual formidables enemigos circundaban por todos rumbos. Porque aquellos errores y faltas nuestras cometidos el año de 1810 se habían transformado en las armas más fuertes con que se armaba el brazo del enemigo; y eran la conciencia pública, el odio popular, el fanatismo religioso que se levantaba con las ansias de un ciego frenesí contra la revolución, cambiando en daño de ella una lucha política y social que apareció por justa, simpática y aun deseada por los pueblos, en una guerra de vivísimo tinte religioso, con todo el encono y con todo el ardor de su fanatismo desencadenado en aquellos tiempos en que tantas y tan profundas raíces tenían en estas sociedades la fe y la piedad católicas.

Pues, hallando bajo esta impresión á los pueblos del Perú, los jefes españoles,—también por ser gente de una fe católica ciega, como por conocer Goyeneche cuánto era de rica aquella fuente para explotarla en favor de la causa real,— llevaron hasta la última ponderación el crimen de herejía que cometieron por allí las tropas de Buenos Aires; porque, transformando la verdad allí palpada en calumnia atroz, inculparon de ello, no sólo á la Junta, que era la cabeza y gobierno de la revolución, sino que la extendieron á cuantos abrazaron sus banderas; —y predicaron cuáles eran los propósitos revolucionarios: «destruir la religión, abolir toda moralidad y establecer la licenciosidad de costumbres». Y tomando, cual ya dijimos, las armas espirituales de los pastores y prelados, que ante la robusta fe de entonces tanto vigor y fuerza tenían, maquinaron de mil modos cómo llevar la turbación y la alarma á las conciencias, «haciendo dar decretos de censuras eclesiásticas á los obispos españoles, publicar excomuniones y sembrar por medio de algunos confesores ignorantes doctrinas fanáticas en el tribunal de la penitencia». Y sobre ya estar divi-

dida la sociedad por la pasión política y las resultas desgraciadas de la guerra, «con estas discordias religiosas dividieron las familias entre sí; hicieron desafectos á los padres con los hijos; rompieron los dulces vínculos que unen al marido con la mujer; sembraron rencores y odios implacables entre los hermanos más queridos, y pretendieron poner toda la naturaleza en discordia». [1]

Goyeneche, presidiendo y sustentando con su ingenio penetrante todo este proceso de reacción que se obraba en la opinión pública brotando con llama vivísima desde el fondo de los corazones, no iba menos que los obispos y párrocos españoles en la tarea de fanatizar las gentes, tomando la religión por arma y pretexto para vencer; y así logró levantar á tal punto el fanatismo y entusiasmo religiosos de sus soldados, impresionándolos con las faltas cometidas, que llegó á fascinarlos, y en términos tales, que puso sus pechos rebozando de odios. Y como acontece siempre en esta clase de luchas, tomaron el espíritu de venganza que les animaba por fervor piadoso; porque fomentado su encono con las injurias pasadas, cuando agotaron sus explotadores todos los medios para predisponer en esta corriente su ánimo, llegaron firmemente á imaginar que aborrecían á los enemigos de Dios y no á los propios, y por ende, que aquellos que morían, como fueran considerados por mártires de la religión, volaban como tales al cielo; suerte deseada y bendita, como ha sido siempre durante estos entusiasmos por la fe, dándose el caso de verse á sus soldados, cuando eran ejecutados por las tropas de la revolución como espías, recibir la muerte con la entereza y el entusiasmo del mártir, diciendo:—«Muero contento por mi religión y por mi Rey!»

Pero no paraban en esto las astucias de Goyeneche, sino que, sin pasar con desdén sobre ninguna circunstancia que le fuera propicia, él mismo, personal-

---

(1) Manifiesto del Congreso, 1817.

mente, daba ocasión para que el ánimo popular y e de su tropa se encendieran más en la pasión contra el ateísmo y la incredulidad porteña, que pintaba en la frente de la revolución; como que cuando arribó triunfante á Chuquisaca manifestó escrúpulos tan grandes de ir á habitar el palacio de la presidencia, donde se había negado á Dios cuando moraba allí Castelli, que concurrió el clero de Chuquisaca vestido todo él en ropaje de oficios, en pública procesión hasta la casa maldita, y procedieron á ahuyentar al demonio, que se suponía habitante en ella, por medio de preces y de exorcismos y riego de agua bendita, con lo que la imaginación popular acababa de convencerse era esta una guerra de los hijos de Dios contra los que tenían á Satanás por genio tutelar y general invisible de sus tropas. (1)

III

EL GENERAL BELGRANO — SU MISIÓN, SU OBRA Y SU RETRATO

Por todo esto, en los comienzos del año de 1812, la causa de la revolución moría sin remedio, al parecer, en tanto que el enemigo, más formidable cada día, contaba con todo cuanto era menester para cazar en su último tramo á la victoria; pues contaba con generales entendidos; riquezas acumuladas; tropas abundantes, aguerridas, disciplinadas y sumisas, alentadas por un espíritu de parcialidad rayano en el fanatismo ciego. La opinión pública de los pueblos que ocupaba con sus armas lo sostenía en una extensión que comprendía desde Jujúy al Ecuador, ó lo aguardaba más al sur como á mensajero y conductor de paz; en cambio que la Patria no contaba ni con una sonrisa de la fortuna, ni hallaba en los corazones esperanza

(1) Paz: *Memorias*, tomo I, página 54.

alguna que no fuera la quenacía de la desesperación:— la división, el desorden, los odios mutuos; un ejército en restos aniquilados, sin armas suficientes ni disciplina, obligado á tomar por la fuerza los recursos para vivir, y marchando en fuga; y los habitantes dejando «caer en medio del desconsuelo aquellos brazos que levantaron en el entusiasmo aclamando los sagrados principios de la soberanía nacional», (1) era todo lo que quedaba de su pasado vigor y brillantez.

Se hacía, pues, necesario el rehacerlo todo, alzándolo de las ruinas; pero faltaba para ello todo también, hasta el tiempo. Porque era menester que el espíritu público reviviera, sin cuyo apoyo y calor vanas é inútiles debían ser toda esperanza y fatiga; que las almas heridas por tantas ofensas olvidaran sus dolores por la patria y que se reanimara la confianza pública; pero, para tanto, era menester también un general que hiciera brillar sus virtudes como un sol de esperanzas, y que el enemigo, en fin, pisara el verdadero suelo de la patria.

Vino á acontecer entonces que el gobierno nombró al general Belgrano por sucesor de Pueyrredón en el mando del ejército, al cual llegó á encontrar en su marcha de retirada acampado en Yatasto, como á treinta leguas al norte de Tucumán. Al dar con su persona en momentos tan obscuros y afligidos, fué algo así como un hallazgo providencial; porque sus prendas morales eran aquellas mismas, nobles y raras, de que había menester la revolución para recuperar lo perdido y tomar nuevo aliento, nueva vida y vigor. La obra era dada ya por perdida, y no podía seducir ni halagar la ambición, ni el orgullo, ni la vanidad de los hombres; pero él la echó sobre sus hombros con una entereza de ánimo tan grande como eran las aflicciones, y en conocimiento de ellas, no desesperó un solo momento de la salud de la Patria; é

(1) Carrillo.

hízose cargo del ejército al día siguiente de su llegada, el 27 de Marzo, en aquel mismo sitio de Yatasto, hacienda que era del noble y acaudalado vecino don Vicente Toledo, mansión campestre con un extremo de altos, de veintidós habitaciones, con su capilla y su sala de armas, donde se hospedaba ya Pueyrredón, y destinada á servir de sitio de conferencias para los jefes de esta guerra.

El nuevo General no iba á parecerse en nada á los anteriores; pues, por su carácter y sus virtudes, difería tanto de ellos como se diferencian entre sí los reinos de la naturaleza. Por esto, iba á comprender, poco á poco, cuáles eran los males que afligían, cuáles sus causas, cuáles sus remedios, y cuál, por ende, la misión que la patria encomendaba á sus manos; llegando al conocimiento de todas estas cosas por su atención y trato con las personas de significación de la localidad, con quienes casualmente daba en la marcha. Así, el primer paso que dió al darse á reconocer por jefe del ejército no fué por cierto aquella parla ruidosa é insubstancial de Castelli, ardiendo toda en patrioterías; ni las amenazas de boca al enemigo y juramentos de posesión de la victoria que hasta entonces habían servido para lisonjear el oído de los soldados, cuando no había más mérito militar que el valor y la petulancia, sino que con la gravedad y energía que desde entonces iban á distinguir los actos de su gobierno, exhortó al ejército á que fuera sumiso á sus autoridades, á que tuviera constancia en sus trabajos, amara la disciplina como secreto de su fuerza, fuera respetuoso para con los pueblos en cuyo seno se abrigaba y de cuyos auxilios y adhesión necesitaba tanto como de la espada para vencer.

A manera de anuncio de su proceder fué esta exhortación á los grandes deberes militares, que desde ese día se contrajo á poner en obra; y como para dar comienzo y prueba de que no serían vanas las palabras oídas, habiéndosele informado que la causa principal del malestar era la desmoralización escan-

dalosa en que andaba gran porción de la oficialidad, no quiso que este fomento de la discordia é indisciplina continuara más en las filas; y así, llamando á audiencia aparte aquellos oficiales tildados con tamaños defectos, les mostró la puerta de despedida, para si acaso no se resolvían á someterse de ahí en adelante á los trabajos que se iban á imponer, hasta el sacrificio personal; al régimen de austeridad militar que venía á implantar y á la correcta conducta que debería llevar en todo sus pasos el ejército.

Tomando opinión contraria á la que había traído Pueyrredón, determinó de volver cara al enemigo; pues, no sólo se retemplaba con esta reacción de vigor y de fe el ánimo vacilante ya de las tropas, sino también no era justo ni político, y sí paso de gravísimo error, el abandonar al enemigo toda aquella zona de Jujúy, de Salta y de Tucumán, tan fecunda y rica en elementos de defensa; que era necesario salvar y aprovechar antes que se robusteciera más con ella el enemigo. También los motivos que indujeron á Pueyrredón á retroceder precipitadamente de Jujúy habían á la sazón desaparecido con la inclinación de Goyeneche hacia Cochabamba; y ambos generales convinieron en lo bueno de recuperar los puntos perdidos. Esta fué su medida de salvación. Siguiendo este propósito volvió hacia el norte llegando hasta Campo Santo, fértil y cálida región donde se elaboraba el azúcar, algunas leguas al oriente de Salta, y allí asentó su cuartel general. Comenzaron entonces en serio sus trabajos que con rara visión comprendió debían ser militares y políticos; porque no sólo era necesidad el rehacer al ejército sino reconquistar la opinión perdida y hacer que los pueblos se abrasaran de nuevo en el amor de la revolución, en hermandad indisoluble con el ejército.

Su primer cuidado fué la reorganización del ejército, el cual, desde la separación de Moldes, y con motivo de la precipitada retirada que hizo desde Jujúy, sufría una deserción tan grande que no era la muerte suficiente á contenerla; la que era causada

por el desaliento y el pánico que tenían, no sólo por los desastres sufridos y la retirada que confirmaba su impotencia, cuanto porque la libertad en que vivían los oficiales los llevaba á ponderar la carencia de armas hasta asegurar á cuantos querían oirlos que apenas si se contaba con doscientos fusiles.

Por todas estas causas recordadas ya, esto es,—«la pérdida casi general de la vanguardia en la quebrada de Suipacha; la fuga vergonzosa hasta Yatasto, cuando aún se hallaba el enemigo en corto número entre las breñas de Nazareno y Mojo; la indisciplina de aquel pequeño resto de bravos compatriotas, y la casi general disolución en que lo encontró Belgrano cuando se recibió del mando de él», – se hallaba reducido á tan miserable estado, que el número de sus individuos apenas si era bastante para formar un regimiento. (1)

Echó entonces mano de los campesinos de la región, sistema que lo ensancharía por todo lo restante de las provincias del Norte, y con quienes se formaría la totalidad del ejército que había de vencer en Tucumán, no contándose, por tanto, en sus filas más que los hijos de Salta y de Jujúy (2).

No le fué demasiado penosa esta recluta, porque aquellos hombres, por su ignorancia y condición, no al cabo ni heridos como los de la clase principal por los males ya conocidos, no sólo conservaban vivo ese entusiasmo con que abrazaron la causa en 1810, sino que se hallaban á la sazón movidos por toda la extensión amenazada del territorio por sus caudillos locales, haciendo confesar al mismo Goyeneche que su incomunicación con Buenos Aires era absoluta, porque en Salta tenían cerrada la comunicación «como con llave». También estaba á su favor el que nadie le hacía la guerra, á no ser con la indiferencia

(1) El párrafo transcripto corresponde á una carta anónima que cita Zinny en su artículo titulado *Don Juan Martín Pueyrredón*; Revista de Buenos Aires, XIV, 228.

(2) MITRE: *Belgrano y Güemes*, oficio del general Belgrano al gobierno, página 194.

y el desprecio en un principio; y el que los vecinos de calidad con quienes se comunicaba cuando vivía en medio de ellos, aunque quejosos y desalentados, le prestaron su ayuda, sin cuya cooperación nada ó muy poco hubiera podido hacer.

Con estos habitantes del lugar creó nuevos cuerpos de tropas, entre los que se contaba una compañía de guías, formada con hombres prácticos en el país, cuyos informes lo ilustraron sobre el territorio en que iba á operar y del cual Belgrano estaba completamente á ciegas. Llegó, tras pacientes esfuerzos, á reunir bajo sus banderas hasta mil quinientos soldados, á los cuales las fiebres en una cuarta parte tenían imposibilitados de servir.

A esta masa ignorante y en desorganización que recibió por ejército, aumentada con la recluta del país, trató de reducirla á las reglas que en sus lecturas había visto practicadas por buenas por los maestros de la guerra, y que le habían dado algunas ideas respecto del arte difícil de organizar un ejército en todos sus detalles; conocimientos que los había adquirido por empeño propio, llevado por el noble impulso de cumplir su deber con la exactitud que exigían en estos puestos, que lo sorprendieron en su tranquila carrera de abogado, su honor y delicadeza personal.

Su ilustración militar así adquirida, con ser deficiente, era, sin embargo, superior y en mucho á la de aquellos jefes con quienes daba en el ejército y á la de los otros generales que lo dirigieron, si de ellos se excluye á Moldes; porque estos sus contemporáneos, si algo de ilustración tenían, no la penetraban, siendo todos esclavos despreocupados de la vieja rutina española que adquirieron en los cuarteles.

Así y todo, Belgrano no era más que un aprendiz en el arte de la guerra, cuyos conocimientos en la milicia se iban formando, de esta manera, merced á las lecturas y á la aplicación y espíritu observador y perseverante, que iba tomando de la práctica y de su propia experiencia, poco á poco, lo mucho

que le faltaba; porque, novel y extraño á la carrera, metido en ella por accidente, resultaba que, presidiendo la dirección de los ejércitos dentro de los más apremiantes conflictos de la guerra, nada sabía, sin embargo, de lo que es el servicio de campaña ni tenía la suficiente pericia militar [1]. Su constancia en las lecturas y en la observación, y la experiencia adquirida durante la campaña que llevó contra el Paraguay, le dieron, felizmente, una luz salvadora para llenar una de las faltas militares mayores de aquel entonces; porque comprendió que la disciplina era el nervio constitutivo de la fuerza de los ejércitos, y sin la cual el general tiene que verse obligado como á pretender gobernar los vientos.

Y como estas leyes de la disciplina, tan antiguas cual eran los ejércitos, no fueran conocidas sino en bien corta medida por aquellos militares, al introducirlas en el ejército trajo Belgrano una novedad que debía evitar en adelante la mayor parte de las calamidades antes sufridas y resucitar en las poblaciones, víctimas de tanto vejamen, el crédito del ejército. Se empeñó desde entonces en implantar una disciplina tan seria y completa cuanto lo permitieran sus elementos y sus fuerzas; pero obra que era difícil ya por los vicios arraigados, y porque, aunque el general fuera en esto con decisión y energía, no alcanzaría, sin embargo, á completarla, haciéndola perfecta, por carecer de la entereza necesaria para aplicar los remedios que requería la grandeza de las faltas.

El escollo primero que se alzó á su paso fué la mala voluntad con que lo recibieron Díaz Vélez y don Juan Ramón Balcarce, tenidos entonces por las dos principales cabezas del ejército. Y venía su prevención, no sólo de ver á un antiguo letrado convertido en general y jefe de oficiales veteranos y de carrera, cuanto por el orgullo quebrantado y sus

(1) Moldes: *Exposición* citada.

celos de mando, pues se consideraban con mejores títulos para tan alto honor; y el segundo, la ausencia de jefes que lo sostuvieran y auxiliaran con sus conocimientos y su acción en esta tan difícil empresa. Porque si la oficialidad lo recibió con simpatías y respeto, no estaban sus individuos,—que más tarde figuraron con suerte tan varia,—en aptitud ni en condiciones de hacerlo; como que don José María Paz, táctico famoso en la guerra civil, era entonces un obscuro teniente de veinte años, y don Rudecindo Alvarado, muy amante de la disciplina y del orden, también teniente, se había retirado del ejército y se hallaba á la sazón ocupado en el comercio; [1] don Gregorio Aráoz de Lamadrid, también de poco grado, y don Manuel Dorrego, de capitán, eran precisamente los grandes estorbos á toda subordinación, á todo orden y disciplina, y sólo habrían de conseguir buena fama andando el tiempo, por la única virtud militar que tenían, que era el valor. Pero él supo dominar estas resistencias y hacer aceptar estas reformas, por el respeto que infundía la elevación y energía grave y circunspecta de su carácter, por su perseverancia invencible en todo lo que era el bien, y, sobre todo, por el convencimiento que trajo á las voluntades cuando comprendieron su competencia, que le vino después, para la organización, y vieron poco á poco levantarse su obra á extremo de corrección y dignidad que antes no la habían conocido en el ejército.

Sus arbitrios para todo esto fueron tan múltiples, como era fecunda su actividad. Así, creó una academia de práctica para los oficiales y clases inferiores, un cuerpo de ingenieros, un tribunal militar, una oficina de provisión y otra de contabilidad. Diariamente estableció las revistas y sujetó á mejor método los ejercicios de aprendizaje para las tropas. El mismo, con una incansable actividad, y poniendo un cui-

(1) GENERAL ALVARADO, *Memoria Histórica Biográfica*. Copia del original en nuestro poder—J. ARENALES; *Biografía del General Alvarado*.

dado personal hasta en los menores puntos de la administración y gobierno, lo observaba y lo veía todo para mejorarlo y para corregirlo; por lo que á toda hora, de día y de noche, se le notaba en este inacabable quehacer, fastidioso é imposible para otro hombre que no hubiera como él tomado el anhelo de consumirse en el servicio de la patria. Por esto penetraba en los últimos rincones de sus cuarteles para ver cuál era la comida del soldado, cuál la cama del enfermo; cómo andaban los libros y los quehaceres de los empleados de oficinas, y cómo se movían los operarios de la maestranza: dónde se fabricaban los cartuchos para el fusil y se componían las armas, cuya buena mantención y limpieza era cosa de su mayor preocupación. No se hizo por esto odioso ni pesado; y antes despertó respeto y adhesión que no repulsa en el ánimo de sus subordinados; porque la gravedad de su porte, la cultura de su manejo, su inteligencia,—que en esto del orden y buen gobierno subía de lo regular,—y la justicia, en fin, siempre amable á los hombres y que resplandecía en todos sus actos, llevada con energía y sin flaquezas, le produjo sin mayores esfuerzos la dominación moral del ejército.

Siguiendo en su obra, halló Belgrano dificultades inmensas para formar su ejército; porque así como no tenía disciplina ni tenía hombres para llamar de tal los cuerpos desnudos y en esqueleto que encontró en Yatasto,—restos lastimosos del que subió triunfante hasta el Titicaca un año hacía,—las armas de que disponía eran en suma tan menguada, que apenas llegaban á doscientos ochenta fusiles, de los cuales sólo doscientos tenían bayonetas y no suficientes para ocupar las manos ni de todos los soldados que gozaban de salud; que para remate de contratiempos, la fiebre intermitente del *chuccho*, que llaman paludismo los hijos de Esculapio, y que en aquella región ardiente y húmeda solía recrudecer en la estación de la caída de las hojas, había postrado cosa así como un cuarto de sus soldados. La munición estaba

tan agotada que no contaba su parque con más de treinta y cuatro mil tiros; y la artillería la formaban solamente tres cañones, y no grandes. El indumento guerrero de sus oficiales hubiera puesto risa en los labios del capitán más grave de la antigüedad, pues casi todos ellos carecían de espadas, y el General se movía sobre muy pobre y triste montura. Los soldados yacían casi desnudos; y á las espadas pedidas al gobierno, se respondió no tenerlas ni saber de dónde comprarlas; la falta de dinero y la apatía de las poblaciones para prestar su socorro venían, por su parte, como á rematar esta total miseria en que el ejército gemía, que carecía hasta de medicamentos para sus enfermos: triste fruto del desgobierno y descabellada dirección que había sufrido.

Queriendo, á pesar de esta su calamitosa situación, seguir en su marcha reaccionaria, y para alentar, aunque no fuera más que con su lejana presencia á los patriotas de Cochabamba, que clamaban su auxilio y hacían hervir la sangre del General al oirlos y no poderlos socorrer, avanzó de Campo Santo, llegando el 19 de Mayo á Jujúy, donde estableció el cuartel general, adelantando sus guerrillas por las sierras septentrionales como un amago al enemigo.

Pero en Jujúy, como en Campo Santo y en la Frontera,—nombre dado á todo el territorio de Salta que seguía hasta Santiago y Tucumán—la mayor dificultad y embarazo eran el desafecto de las poblaciones al ejército; y más, en verdad, el odio enconado que los quemaba en contra de los porteños. Y esto era lo que más dolía en el alma generosa y noble de Belgrano, porque bien comprendía que la revolución en enemistad con el pueblo era una obra desesperada ó muerta. Testimonios amargos había recibido, á guisa de saludo, al pisar el país de Salta, pues, hasta que llegó á Jujúy, nadie salió por él; antes por el contrario, no miró más que un semblante enemigo. Contaba ya dos meses á que estaba de general y ni un solo hombre vió que por su voluntad llegara á sus filas; pero ¡qué! si ni un socorro le lle-

vaban ni le daban un auxilio sino á fuerza de grandes trabajos y dinero. Y, aunque entre patriotas, se hallaba en país indiferente, por difícil que sea de comprender la paradoja; porque enemigo se había hecho tanto Buenos Aires como el Rey, y quizá más; pues cansados de sufrir y de desastres, aquellos pueblos estaban á pique de preferir el antiguo régimen malo que á este nuevo que se mostraba peor. Impaciente y como desesperado por tanto, no veía sino la fuerza como único sistema para sostenerse; á lo que el gobierno, con juicio más sereno, le ordenó buscara los arbitrios para reanimar la opinión y atraerse las simpatías públicas.

Dos eran las causas poderosas de este malestar y de este arrepentimiento que sentían los pueblos de haberse confiado á las manos de Buenos Aires. Era la una los desastres militares, cuyo crimen aparecía sin disculpa y engrandecido con la exaltación causada por la desgracia; y la otra, los abusos cometidos en la administración de las provincias y en el gobierno general. «Un congreso organizador, representativo de las soberanías y libertades que el derecho invocado consagraba como atributo social, era la ilusión perseguida por aquellas provincias, y á la que abrieron sus brazos para asirla ó defenderla. Al ver expulsados sus honorables delegados, al ver que la usurpación de Buenos Aires no se justificaba por la defensa, pues era inminente la conquista del enemigo airado; al ver la infecundidad de un sometimiento humillante á los nuevos mandones, constituido, por igual principio que los que antes oprimieron, toda la adhesión de 1810, todos los sacrificios y donativos: el voluntario concurso de sus hijos, de sus guarniciones y propiedades, pareció una inútil contribución ofrecida en el estado de fascinación que la idea causó á su pensamiento». Por eso, «Jujúy, Tarija, Tucumán y Salta, fraguas activas en que se enrojecía el acero de la Patria para darle el filo que hiriese al enemigo tenaz, estaban sin calor». [1]

---

(1) CARRILLO: *Historia de Jujúy.*

Así, pues, aquellos hombres del norte se quejaban, y uno de ellos decía, por ejemplo: — « Me pides que te hable del patriotismo y del estado de nuestro ejército en la expedición al Perú; materia desde luego del día, de importancia, y tanto más peligrosa cuanto la verdad y la justicia las más veces se hallan castigadas como la más horrenda criminalidad. Te expondré lo que mi escaso discernimiento ha observado de algún tiempo ha.

» Hablar sobre el plan ó sistema que se anunció al principio de la instalación de la Junta de Buenos Aires y que debía consolidarse á toda costa, es perder tiempo, pues nadie duda de su legitimidad, nadie ignora su justicia, ninguno se opone á que sea sensato. Es preciso ver si se ha ejecutado lo que se propuso y si se ha propendido ó propende en el día á verificarlo. Lo primero sabemos que no; para lo posterior examinemos la conducta de los pueblos interiores con el de la capital y la de ésta con aquéllos.

» En el momento mismo que se tuvo noticia de la erección del gobierno nuevo de la capital, todos los pueblos, en especial éste, se decidieron por él, á excepción de algunos mandatarios de pocos de ellos; han contribuido con todos los auxilios posibles para el sostén de la causa; han recibido las tropas de Buenos Aires con mil vivas y aclamaciones, con imponderables muestras de regocijo y dando los mejores alojamientos á sus indecentísimos oficiales; ingentes sumas de dinero han oblado con la mayor generosidad; millares de sus caros hijos han sacrificado por Buenos Aires con grande é irreparable perjuicio suyo; en una palabra, han sido los únicos que han sostenido en pie la causa de los porteños, pues si lejos de auxiliarlos con estos socorros, se les oponen, Liniers, Nieto y Sanz con doce mil hombres como con uno, hubieran atacado á la capital que necesariamente se vería envuelta en sus ruinas.

»Pero aún no para en esto. Se pierde la acción del Desaguadero por la infamia de los abominables Castelli y Balcarce, y regresan las tropas dispersas y de-

rrotadas, cometiendo en el tránsito los oficiales y soldados crímenes y atrocidades que sería difícil presumirse si no fuéramos testigos de su ejecución; y los pueblos no se desalientan ni resienten por esta conducta; antes bien, con nuevo ardor y con un entusiasmo que excede sus límites, se empeñan en hacer frente á un ejército vencedor, numeroso y respetable, sin armas, sin dinero, sin táctica militar y sólo á fuerza de su valor, con el único objeto de mantener el nuevo gobierno, desamparando sus hogares, haciendas, padres, hijos, mujeres, hermanos y perdiéndolo todo con la vida al furor de las bayonetas enemigas; experimentando los horrores de una guerra tan desigual desde fines de Agosto pasado hasta el día, que aún duran, según se nos dice, los esfuerzos de los indios y cochabambinos, y últimamente, impidiendo el progreso de las armas de Goyeneche, quien, á no ser ellos, estaría en la actualidad batiendo á la capital con ocho mil hombres lo menos, bien disciplinados.

»Esta ha sido, amigo, la loable conducta de los pueblos interiores para con Buenos Aires; pasemos la vista sobre la que ha observado este ingrato y orgulloso pueblo con aquéllos.

»Se crea la Junta de Buenos Aires con el título de provisoria. El primer paso que da es declarar el derecho que tienen los pueblos para establecer el gobierno que más les adapte en las presentes circunstancias, y la libertad é igualdad de derechos que cada uno disfruta con respecto á los otros; de modo que es inconcuso que cada pueblo ó á lo menos cada provincia debía gobernarse independientemente de los otros, hasta que por una dieta ó asamblea general congregada legítimamente y compuesta de los representantes de los pueblos, se deliberase la forma de gobierno que debía regirnos. Después ordena que marche á lo interior de estas provincias una división auxiliar, á fin de que los pueblos que se viesen oprimidos por sus mandatarios cobrasen la plena libertad y goce de sus derechos; y lejos de practicarse

cómo se ofreció y cómo exigía la justicia, se convierte la expedición auxiliar en conquistadora; luego que entran en las provincias, proveen de magistrados hasta el último empleo, dándoselos sólo á porteños, desatendiendo á muchos beneméritos ciudadanos del país, sin consentimiento ni anuencia de los pueblos á quienes corresponde semejante autoridad, con exclusión absoluta de cualesquier advenedizos; hacen jurar el gobierno de Buenos Aires cuando éste es autorizado únicamente por aquel pueblo y de ningún modo puede extenderse á otro alguno, puesto que todos gozan de iguales derechos.

»Nos asegura, asimismo, que ya no reinará el despotismo del antiguo gobierno. Este consistía, principalmente, en tener las Américas como colonias y no como parte integrante y principal de la monarquía, y en excluirnos tácitamente de la obtención de los empleos de alguna consideración, y no se confía el más mínimo á ninguno de los habitantes de estos pueblos. Estoy temiendo que aun verdugo nos manden de Buenos Aires, pues creo que aun para este empleo se les juzga sin méritos. El comportamiento del gobierno de España era de necesidad, porque, de lo contrario, se quedaría sin la presa, como les sucedió á los ingleses con sus Américas; y el de los de la capital, no sólo no es necesario ni útil, sino también perjudicial y que será la causa de que jamás logren su empresa. Atendidas las circunstancias, es, sin duda, peor y más reprobable la de éstos que la de aquéllos.

»Igualmente el gobierno de Buenos Aires pide diputados representantes de los pueblos para celebrar un congreso general; se presentan allí los más de ellos y, al poco tiempo, son votados con la mayor ignominia, bofetón que han recibido los pueblos con tanto más sentimiento cuanto es el ultraje; vejamen é insulto que ha padecido injustamente su dignidad. No sería extraño que uno ú otro de ellos faltara á sus deberes; pero era más equitativo que se pidiera al pueblo que representaba otro en su lugar. En ellos

estaba depositado el derecho de soberanía en virtud de tener los poderes de los pueblos en quienes reside originariamente; tampoco se los ha dado Buenos Aires, y de consiguiente, no tenía autoridad para quitarlos.

»A esto débese agregar las rivalidades de los que han tenido el gobierno, que no han mirado sino el modo de deponerse los unos á los otros y salir con sus fines particulares. La felicidad y bien general de los pueblos que tanto nos han decantado se ha mirado con la mayor indolencia, cuando es el único objeto en que debía emplearse su atención. Sólo se acuerdan de ellos para imponerles pechos y contribuciones, así de dinero como de cabalgaduras y otras cosas que dicen son necesarias, tan exorbitantes que muchas familias quedan arruinadas enteramente y sin más consuelo que dentro de breve será más. El comercio parado; la agricultura, artes, minería..... entorpecidos; y por último, todo dado á la trampa, sin recursos, y la felicidad é igualdad de derechos con la libertad cada día más remotas.

»Estos y otros procedimientos han sido la conducta de Buenos Aires. Bien ves que en nada se ha propendido ni se propende á realizar el plan que se propuso en el principio. Por esta causa, todos los pueblos, aun el mismo Buenos Aires, están tan divididos entre sí, y su patriotismo se va desvaneciendo como el humo. Así debía suceder, porque, cuando más bien se le mire, no es otra cosa que un ardiente anhelo por la prosperidad de la patria y felicidad de sus hijos; no habiendo ni la una ni la otra, no puede subsistir más del corto intervalo en que se hallen paralizados sus habitantes con la placentera pero muerta esperanza de conseguirla.

»Entre tanto, nos van cargando de impuestos crecidos; pero no hemos tenido ni el pequeño gusto de ver en una Gaceta siquiera:—*los salteños se han portado bien*, después de los públicos y grandes servicios de este pueblo, que se puede asegurar que ha sido el único que le dió cuerpo y subsistencia á la

causa de la capital; pues fué el único que en medio de las bayonetas se unió á ella y desbarató con su heroica resolución las combinaciones de Liniers y demás de esa con Nieto, Sanz y Goyeneche, que, á no ser así, jamás penetran los porteños en el Perú». [1]

Al lado de estos males políticos y de orden general que por veces reiteradas quebrantaron los principios de la constitución y con los cuales se había ultrajado y ofendido la dignidad de los pueblos, agregábase la falta de justicia y, por ende, la impunidad irritante en que quedaban los que los habían hecho padecer más aún que en la época española. Se anotaban los atropellos al derecho privado, y los escándalos cometidos en la administración de los bienes y caudales públicos, y el abuso de disponer, al arbitrio del delegado de Buenos Aires, de los puestos de la administracción, haciéndolos servir en deshonra del mismo gobierno; como que aquellos gobernadores, abusando de su destino, usaban de facultades sultánicas en ellos como amparados del estado de guerra, y los generales de sus ejércitos, siendo, como se hizo, en todo el territorio que sujetaban sus armas, capitanes generales,—título que usaron los antiguos gobernadores reales y que atribuía todo el poder político,—trataban *ad libitum* los intereses de su gobierno y cual si se tratara de país conquistado; como que en cierta ocasión, por ejemplo, uno de los enviados por la Junta de gobernador de Salta en esos años se manejó en el puesto con tal indelicadeza, que dispuso como propias de las mercaderías que arran-

———

(1) Carta de don Miguel Otero á don Juan Marcos Zorrilla, estudiante en Córdoba, fechada en Salta á 4 de abril de 1812, original en el archivo del doctor Guemes. Fué don Miguel Otero personaje del mayor viso en las sociedades de Salta, de Lima y después de Buenos Aires, así por su familia como por su fortuna y raros talentos. Aunque había hecho con lucimiento sus estudios literarios, no había alcanzado á doctorarse por causas extrañas á su voluntad. Sincero patriota en un principio, como se ve por su carta, se jactaba con satisfacción en 1813 de haber hecho *veinte y tantos tiros* á las fuerzas de Belgrano en la toma de Salta desde las trincheras de la ciudad, donde asistió con sus hermanos y sus cuñados españoles «Rincón y Olabegoza». Fué uno de los desengañados de la revolución en aquel período calamitoso.

«El 24 de Enero (1821) cien individuos de todas clases se pasaron á los independientes desde Lima. Entre los militares se contaron el coronel Gamarra y los tenientes coroneles Velasco y Eléspuro; y de los civiles los de mayor distinción fueron el doctor López Aldama, don Miguel Otero y don Joaquín Campino».—CAMBA: *Obra* citada, tomo I, página 381.

có al comercio por vía de donativos, multas y contribuciones forzosas, cuyo destino era servir de auxilio á la expedición libertadora, pasando á manos del amigo que le daba hospedaje y espléndida mesa esos *géneros de la Patria*, como los llamó la voz pública, substrayéndolos de los depósitos y para que rellenara su tienda. Y como si todo esto fuera nada, retiró por buena medida de su empleo al español don Antonio Atienza y colocó en él al mismo su huésped, para que gozara de los quinientos pesos mensuales de su sueldo, y no porque el servicio público mejorara en ello; pues, resultando el agraciado lego en contabilidad, tuvo que valerse de segunda mano para llenar sus funciones. (1)

Entre estos casos estaban mil otros que excitaron la grita y elevaron muy alto la indignación pública; —y del largo catálogo que forman estos agravios, muchos hay cuya entidad reclama su lugar en la historia;—que á más de lo que pasó el año anterior con los oficiales provincianos y con don Martín Güemes, retirados con tanta injusticia de sus cargos para colocar en su lugar á los llegados de la capital, sucedía también que hasta entonces la fortuna de los habitantes había sido el blanco contra el que dieron violentamente los actos del ejército; pues, no remitiendo el gobierno los fondos suficientes para el sostén de las fuerzas, echáronse con todo su peso sobre los hombros del pueblo; las casas de los ciudadanos fueron obligadas, por órdenes despóticas, á dar alojamiento á los oficiales, sistema que se siguió durante todo el curso de la guerra; (2) y se disponía de los frutos y de los ganados de los habitantes con tanta libertad, cual si fueran bienes sin dueño; pues, no sólo se los desapropiaba de ellos sin darles en

(1) De un expediente seguido por el doctor Pedro Antonio Arias Velásquez, sobre obtención del cargo de administrador de correos, en poder de su nieto don José María Arias.

(2) Orden de fecha 12 de Octubre de 1816 dirigida por el agente del general Güemes, don Juan M. Quirós, á doña María Ignacia Torres de Otero, original en nuestro poder.

cambio casi nunca su valor, sino que, para aumento de agravios y daño de la fortuna privada, su espíritu vandálico destruía por vano anhelo de destruir y sin mayor provecho para la causa pública, dándose casos de matar una res con el solo fin de obtener de su piel una correa. (1)

¿Cómo, pues, no iban á desalentarse los patriotas, y á no escandalizarse también, viendo que todos esos bienes y esos tesoros que daban ó que se les arrancaba para la libertad eran devorados ante su vista en inconsiderados excesos? Era algo así como lo que indignó el ánimo arrebatado de Lutero; porque allí también los que recogían el dinero del pueblo alemán, invocando la piadosa causa de la conclusión de la iglesia de San Pedro, recibían las limosnas y, ante los mismos ojos de los donantes á quienes prometían indulgencias, eran invertidas en muy otro fin, nada piadoso por cierto.

En este estado de cosas, los pueblos vejados no hallaban, para mayor desdicha suya, «quien pusiera freno á la iniquidad», y dieron en mirar con indiferencia las promesas que se les hacía en su favor. (2)

«De aquí resultaba que no veían salir jamás su felicidad de meras esperanzas, mucho más cuando comparaban su suerte con las promesas de los papeles públicos; en una palabra: toda su libertad estaba reducida á desear y esperar cuánto quisiesen, más no á obtener lo que deseaban». (3) Y este odio, este horror y este disgusto con que llegó á mirarse á los porteños, provenía de tanto y mayormente de los ataques al derecho de propiedad; porque es ley de la humana naturaleza que todo aquel á quien se le arrebata el todo ó parte de sus bienes no podrá quedar de partidario y amigo,—que es lo que más irrita á los hombres el daño á su

---

(1) **Paz**, *Memorias*, tomo I, página 368, nota y tradiciones de Salta.

(2) Oficio de Belgrano al gobierno, citado por **Mitre**, *Historia de Belgrano*, tomo II, página 58.

(3) **Pelliza**: *Escritos de Monteagudo*, tomo I, página 188.

haber;—y, como fuera Belgrano igualmente porteño, vino á tropezar en este grave inconveniente personal, pues que se le creía iba á ser en todo imagen de sus antecesores; precediéndole, además, una aureola de desprestigio, así militar como político, que mucho pudo explotar la maledicencia, desde que era, y no otra cosa, el derrotado del Paraguay, á quien había pretendido conquistar para Buenos Aires.

Queda de esta suerte trazado, por lo menos en sus rasgos más profundos y eminentes, el estado calamitoso en que se hallaba la revolución durante el año de 1812; y ahora es tiempo que pasemos á ver cuál fué la obra que el nuevo general tuvo que emprender para reparar, en el orden político principalmente, y en cuanto pudo, tamaños males.

La pintura de aquel cuadro desconsolador y tristísimo que presentaban en lo físico y en lo moral las provincias del norte; la exposición de aquellas quejas más amargas aún que el mismo pan de la servidumbre; el relato prolijo de todos los abusos y atentados cometidos desde 1810 por los directores de los negocios públicos y agentes de su dependencia; los anuncios, hijos de esas mismas desgracias, de un porvenir para todos sombrío y amenazador que cerraba á todos rumbos el primitivo despejado horizonte de la libertad y que se mostraba inevitable á perpetuarse como hasta el presente; este sistema de desorden, de violencia é iniquidad; y esta falta de buen juicio en todas las esferas del poder; más aún, en lo relativo á la guerra; y, asimismo, y al lado de esto, los medios y resortes necesarios á emplearse para dar con el remedio que evitara la caída fatal á que tanto mal conducía necesariamente, íbalos recogiendo Belgrano,—á manera de razón de todo lo que veía y palpaba por cuenta suya á medida que se internaba en aquel país, en los tres puntos en que sucesivamente fijó su campo,—de las conversaciones informativas que sostenía con los vecinos más notables de aquellos parajes, gente afortunadamente de la mayor

valía y significación, como don Vicente Toledo, mientras su estancia en Yatasto; y don Antonino Cornejo, cuando la hizo en Campo Santo; y el doctor don Juan Ignacio de Gorriti, ya conocido suyo en Buenos Aires, cuando pasó á Jujúy, quien, por su palabra de elocuencia y lógica incomparables, por sus talentos y luces, por su carácter sacerdotal, su templanza y gravedad, y la eminencia social de que gozaba, debió de producir la mayor impresión y peso en el espíritu del General. [1] No de otra manera pudo conocer la historia pasada y el estado presente de que sufrían y se lamentaban aquellos pueblos, cuyo suelo pisaba por la primera vez, y que le eran á la sazón, por tal motivo, de todo en todo desconocidos; pues, sin salir del círculo de sus campamentos ni recorrer la tierra, y sin tiempo siquiera para tanto, daba, sin embargo, al gobierno, desde su arribo, aquellos extractos lacónicos de toda esta cosecha de abrojos que había hecho por allí la mal dirigida mano de la revolución, llenándole de ellos sus oficios y reclamándole remedios para reparar tantos daños en lo que fuera posible, mientras él aplicábase personalmente á hacerlos desaparecer en cuanto pudiera estar á sus alcances.

A decir verdad, aquellas gentes no habían dejado de ser patriotas: lo eran, en realidad, y tanto como él;—de manera que cuando se penetró más de la opinión pública reinante á la sazón por allí, vió que en su fondo ardía el mismo fuego revolucionario de 1810, desesperado de su suerte ahora.—«Queremos ser libres»,—le decían los voceros de esa opinión, que llegaban hasta—él; pero no lo deseaban por ese cami-

(1) Belgrano confiesa indirectamente estas comunicaciones particulares con algunos ciudadanos, y la suprema aspiración que en los pueblos del norte halló por la libertad, aun después de que pasaron por todas aquellas calamidades, cuando hablándoles en el bando del 29 de julio de 1812, les recuerda lo que le dijeron, y les dice:—«Llegó, pues, la época en que manifestéis vuestro heroismo y de que vengáis á reuniros al ejèrcito de mi mando, *si como aseguráis, queréis ser libres*». Y su confesión es categórica en su oficio de junio 1° de 1813, del que sólo existe el resumen en la *Carpeta, Archivo Nacional*, legajo 1813, *Gobierno y Guerra*.

no seguido hasta aquí y que conducía, por lo visto, sólo á la perdición de la causa; y respecto á ellos, no más que á cambiar de amos y cadenas. Si amaban la revolución de veras y estaban por ella, ¿por qué no se alzaban en masa y tomaban las armas y corrían á formar sus filas bajo las banderas que ahora tremolaba este nuevo general de Buenos Aires, que llegaba hasta negarles su patriotismo? Porque ya en 1810 habían probado la fortuna; y la cadena de faltas que se apuntaron como las mayores en las páginas pasadas y, entre ellas, dos derrotas militares, habían desencantado los ánimos á todo extremo; no porque los intimidara la amenaza del enemigo victorioso, vencedor de un ejército tan grande y poderoso como el perdido en el Desaguadero,—que toda la historia de la revolución es prueba contraria de ello,—sino por la rabia y la decepción que trajo en pueblos no acostumbrados aún á estas amarguras el torpe manejo de la campaña;—y como estaba tan fresca aún la desastrosa calaverada de Suipacha, érales durísimo ahora el trance de volverse á entregar á las mismas manos, cargadas de tanto descrédito. Así, pues, y delante de todo lo pasado, razonaba en contrario la gente; pues, ¿para qué habían de ir á unirse con Belgrano? ¿Para que los llevara como sus antecesores de nuevo á la derrota?—Porque es ley constante en la vida la desconfianza y escarmiento que brota en el ánimo cuando se trata de desconocidos, ó cuando de probados como padrones de errores y desgracias; que así como no es de hombre juicioso el arriesgar los intereses de su fortuna en casa comercial que anda en quiebra, tampoco era cuerdo entregarse ahora llanamente á manos de los mismos autores de recientes empresas fracasadas. ¿Y quién era, por otro lado, para los pueblos del norte, este nuevo gerente de los negocios de la guerra? Justo era considerarlo en lo militar peor aún que Balcarce y que Viamonte; porque si éstos habían dado tanta prueba de ineptitud é impericia militar: ¿qué no sería este otro, simple abogado de Buenos Aires, que de guerrero

nada tenía hasta la fecha, á no ser su desastrosa campaña del Paraguay? (1)

También para muchos estaba la causa dada por perdida á seguirse las mismas prácticas que anteriormente; y los sacrificios que pudieran hacerse por ella se convertían, á su juicio, no ya en inútiles, sino en locuras.

¿Cómo plegarse, entonces, á un ejército sin soldados y sin general, de cuyas armas sus mismos oficiales ponderaban á cuantos querían oirlos la escasez? ¿Cómo esperar, para otros, que después que cayera Cochabamba, y con ella toda la resistencia del Perú, se podría triunfar ni detener siquiera la invasión cuando la última prueba de Suipacha demostraba que aquellos hombres eran incapaces de salvarlos?

Belgrano debió convencerse, entonces, de que no estaba realmente en país enemigo, como en un principio se lo figuró, sino entre pueblos desalentados por culpables desastres; ofendidos, además, y decepcionados, que abrigaban por Buenos Aires odios y desconfianza mucha; porque, á pesar de la indiferencia glacial y despreciativa con que fué recibido á su llegada, y del odio particular que le confesaron cara á cara contra de los porteños, al extremo de decirle estaban deseosos de «chuparles la sangre»; sin embargo, «jamás hubo en esos pueblos la más pequeña sublevación», ni conoció se hiciera ningún acto de

(1) Precisamente en ese año de 1812 se recibía la carta citada ya de don Juan Valeriano Zeballos, de la Asunción del Paraguay, al obispo de Salta, y que hemos hallado en los papeles del doctor Arias, la que es una prueba de cómo se desprestigiaba por los mismos patriotas americanos la conducción de los negocios públicos de la revolución. Así se decía, en aquella comunicación, entre otras cosas, por ejemplo:—«Acá hemos tenido, como en todas partes, muchos sentimientos y pesares de resultas del ejército de Buenos Aires, que intentó conquistar á este valeroso vecindario paraguayo; pero salieron muy mal en dos combates..... Ultimamente ha quedado esta provincia independiente, gobernándose por sí, y dentro de ella misma se hacen los recursos de apelación á la Junta; tenemos grande amistad y correspondencia con Buenos Aires, y gozamos de paz; no sabemos si los portugueses y los de Montevideo, que andan de malas con Buenos Aires, intenten incomodarnos; pero si lo verifican, aquí los aguardamos dentro de nuestros muros ó límites para rechazarlos, sin ánimo de salir fuera de ellos, ni con título de auxiliar á la beligerante Buenos Aires, que mejor le estuviera reducirse á su distrito y no querer subyugar á otras provincias libres como ellos á su mando contra el derecho natural de gentes, y por su ambición y codicia todas sus expediciones han sido desgraciadas, y según el alternativo desorden que se nota en Buenos Aires, sigue el rumbo de arruinarse y perderse para siempre».

En el *Apéndice* de este tomo publicamos íntegro este documento.

hostilidad contra su ejército; pues que «no exigió ni pidió ni se le negó cosa alguna». (1)

Agregábase á esta tibieza y flojedad de los pueblos en aquellos días de cansancio y decepción la creencia que reinaba de que la revolución de Cochabamba, de tanto ruido y fama como lo era, no sólo comprendía la provincia de su nombre, sino que abarcaba también todo el Alto Perú; siendo prueba de su grandeza y poder el tiempo que se mantenía en pie aquella general insurrección que nació al siguiente día de la acción del Desaguadero, tan intensa y tan fuerte, que hacía un año ya que detenía por allí todas las fuerzas de Goyeneche, haciendo en la opinión general imposible que bajaran á Salta; lo que se acentuó más aún cuando, luego de vencer en Suipacha por el mes de Enero, no había podido llevar adelante su victoria bajando al sur; y cuando, por el mes de Mayo, el mismo Belgrano avanzó hasta Jujúy, internando sus líneas por Humahuaca, confesando era la suerte de Cochabamba el imán poderoso que lo atraía por allí, la creencia de que una invasión era un remoto peligro tomó mayores creces y robustez. (2) Y ya que hablamos de estas cosas, bueno es no echar al olvido otros factores de tan notable situación, como es esa porción de falsos y cobardes, que no faltan en todas las convulsiones y trastornos, dispuestos á pasarse del uno al otro campo, sin vergüenza ni asco de sí propios; ni aquellos otros que siempre flaquean en las primeras horas y que los cuentan todas las causas; ni, en fin, que se estaba en el seno de una gran guerra civil y que, por tanto, realistas enemigos los había en todas partes, donde más, donde menos, como era de razón, desde los Marquiegui de Jujúy hasta los Viola de Buenos Aires; ni, por último, el mal sistema á que apeló Belgrano, esperando que se le reunieran voluntariamente y no aplicando

(1) MITRE: *Belgrano y Güemes*.—Artículo del doctor VÉLEZ SARSFIELD, páginas 219 y 239.

(2) MITRE: *Belgrano y Güemes*, páginas 240, 242 y 243.

la fuerza de su autoridad, como era de razón y el caso lo exigía, llegando hasta despedir los reclutas si voluntariamente no lo seguían.

Enseña así todo este cúmulo anotado que aquellos pueblos, cuyo ardimiento pasaba por sus horas de crítico cansancio, carecían de los móviles poderosos y de suyo propicios á darles de nuevo impulso y arrastrarlos á empuñar las armas con el entusiasmo y decisión que en 1810; como que no existía peligro temeroso é inminente á sus ojos, ni un jefe de crédito y prestigio que se pusiera á su frente y les infundiera fe. Porque los pueblos no raciocinan como los filósofos; que ellos se mueven y deciden por las grandes empresas á sabiendas de arriesgar en ellas la vida y los más caros afectos sólo cuando se sienten heridos en las más grandes y secretas fibras de su sensibilidad, que dejando como adormecidas las demás partes de su organismo, dan puerta y ocasión á que estalle todo su patriotismo y se dilate su entusiasmo; brotando por doquiera, entonces, sus acciones generosas, cuyo conjunto de fuerzas así poderosas dan savia y vigor á las causas para luchar por ellas y vencer ó acabar con la dignidad y gloria debidas. Era eso lo que iba á acontecer en Salta y lo que más en seguida habría de repetirse en Tucumán, y momentos también en que de Catamarca y de Santiago vería Belgrano cómo habían de llegar á su campo las columnas de su robusta juventud á ofrecerle sus brazos. (1)

Tal es el carácter que todos los pueblos muestran por natural y propio, y esa la manera cómo se producen las conmociones en el espíritu público. Así vemos, por ejemplo, tratándose de una epidemia, que mientras no llega y hace sus víctimas, y sólo es

(1) «De Santiago y de Catamarca corrieron también divisiones en su auxilio que llegaron unas antes, otras inmediatamente después de la victoria, de Tucumán. ¿Quién había movido esos pueblos? ¿Qué poder extraño los había comprometido en la revolución? *Artículo* del doctor VÉLEZ SARSFIELD en MITRE: *Belgrano y Güemes*, página 222. La de Catamarca era de 800 reclutas. Informe del gobernador García al gobierno. Octubre 11 de 1812. *Archivo Nacional.*

anuncio, nadie ó bien pocos abandonan sus domicilios ni prefieren todavía su salvación personal á la de parte de sus intereses; y es solamente cuando el flagelo va segando la vida, de uno en otro hogar, cuando el peligro está en casa, que se transforman de tal modo el semblante y vida de la población, que apenas si se parecerá á la sombra de lo que fué en otrora. Seméjase también á los riesgos de la mar; que muy al cabo de que se navega en medio de ellos, se ríe, sin embargo, y se charla y se duerme sosegadamente y se canta y se baila con la alegría y contento corrientes; mas cuando la señal de alarma resuena en el buque, y se tiran los botes, y las voces de mando parten agitadas y á todo grito, y las llamas del incendio abren y acercan sus alas infernales para abrasar y devorar lo que dan al paso, todo cambia de súbito, y cada uno sólo piensa en la salvación y se resuelven entonces hasta tirarse al abismo antes que perecer abrasados.

Herodoto refiere que los escitas huían y huían sin acabar por sus infinitas llanuras, sin pararse á dar combate á los persas de Dario que iban en su persecución. Cuando el gran rey les mandó un jinete con su reto, el jefe de aquellos pueblos contestó: —«Rey de los persas: no es el temor el que me hace tomar la fuga; y voy á decirte por qué no te he atacado desde el primer día. Como no tememos se nos quiten nuestras ciudades, porque carecemos de ellas, ni que se nos causen daños en nuestras tierras, porque están incultas, no tenemos motivos para apresurarnos á dar batalla. Si, no obstante, tú quieres absolutamente forzarnos á ello, nosotros poseemos las tumbas de nuestros padres: encuéntralas y prueba de destruirlas. Entonces sabrás si pelearemos por defenderlas».

Belgrano no disponía, por cierto, de aquellos elementos extraños á su arbitrio, que la invasión realista se la miraba lejos; pero sí contaba con el deseo de la libertad en los pueblos y con el brazo del gobierno que, así en Salta como en Buenos Aires,

era todo suyo; y contaba también con la prepotencia de la fuerza militar y la que presta siempre la alta investidura de general en jefe de un ejército en tiempos de guerra, con poder discrecional sobre una vasta zona, circunstancias todas ellas y elementos del más precioso mérito para hacer, por medio de la política hábil é inteligente, eso mismo que ejecuta la naturaleza en sus accidentes extraordinarios. Pero nada se hizo, sin embargo.—Halló, como se sabe, los pueblos como arrepentidos y enconados, en donde era menester rehacer la opinión nada alarmada á la sazón por mirar el peligro de una invasión demasiado lejos; y cambiar en benigno y amigo el semblante hostil y airado que mostraban; y restablecer la confianza pública infundiendo la misma fe que sostenía su alma, á la verdad muy grande en todos los momentos. Pero, por mala fortuna, carecía Belgrano de las condiciones superiores del hombre político que conoce y ve desde su puesto todos los resortes y virtudes de los pueblos y la manera de aprovecharlos, y de las del caudillo popular que enciende el amor y el entusiasmo en el corazón de sus semejantes tan fuertemente como para hacerlos servir con fanatismo á una causa determinada; empresa que no es fácil ni posible para aquel á quien la naturaleza se mostró avara con estos dones; porque aquello de revolucionar un pueblo,—y más aún si es éste poco numeroso y está diseminado en un territorio inmenso, sin prensa para medio eficaz de propaganda, ni facilidad de comunicaciones; sin poseer vínculo alguno que lo ligara al país ni relaciones, y con elementos poderosos, rivales ó enemigos en su seno; ignorándolo todo, hombres y recursos,—era obra magna, laboriosa y lenta, si no imposible, cuya realización estaba reservada para otra inteligencia en este orden excelente y superior.

Metido en sus cuarteles, sin salir del círculo estrecho de sus campamentos militares, Belgrano no formó ni trató tampoco de formar ninguna corriente constante y activa, que sirviera de lazo de unión entre

él y el pueblo y lo bastante poderosa como para conseguir su voluntad y amor; permaneciendo allí impolíticamente aislado, como si estuviera en país extranjero y de paso. En consecuencia, no adquirió, durante aquel período, influencia alguna en las masas y las masas no lo conocieron. Porque en el espacio de aquellos cuatro meses que permaneció en las provincias de Salta y de Jujúy, ni una proclama lanzó para alentar los espíritus; ni una exhortación dirigió al cabildo y demás autoridades de la localidad, pidiendo públicamente adhesión y recursos; ni una arenga á las masas populares para captarse su apoyo y entusiasmo; ni tomó el gobierno político de la intendencia, como lo hizo después de sus victorias, para que su acción bienhechora apareciera más clara y notoria y se diera su persona á conocer y sus ideas salvadoras con el más frecuente trato de las gentes; ni una orden expidió como autoridad suprema para disponer la defensa y los recursos fuera de su campo; pero ni siquiera intentó provocar una reunión de los principales ciudadanos para unirse á ellos y trabajar con ellos en el levantamiento del pueblo, aprovechándose de sus recursos, de sus talentos, de sus conocimientos y de la influencia poderosa que tenían en el país, y que más de uno hubiera hallado que supliera con ventajas y brillantez las dotes que al General le faltaban; [1] ni hay memoria, en fin, de que haya mostrado una sola vez su presencia en la ciudad de Salta. ¿Cómo, entonces, los pueblos habían de levantarse y adherirse á él, si no oían ni su voz? Ellos no iban á correr, por cierto, en busca de su salvación á los brazos de un forastero y recién llegado, y por sólo la magia muy extraña de su presencia silenciosa allá en un punto obscuro del territorio; que á más del mal renombre que le labraron sus antecedentes

---

(1) Entre otros, estaba en Salta el dcotor don José Ignacio de Gorriti que tanto ayudó á Güemes en su obra, y que mostró tales talentos y habilidad para el manejo de la política, que se convirtió después en el numen de los pueblos del norte, debiendo notarse desde ahora, y en su honor, que fué Salta la única provincia de la República que salvó de la anarquía, gracias á su genio, hasta 1832.

del Paraguay, que díscolos y enemigos explotaban, nadie entonces lo conocía, infundiendo en un principio más recelos que confianza.

Lo único que hizo entonces por allí fué concretarse al cumplimiento de su misión militar y administrativa en el ejército, tomando algunas otras medidas políticas de orden general que por su carácter reservado no trascendían, como eran sus reclamos por justicia al gobierno. Y si en verdad está fuera de duda que en esta esfera su actuación fué correcta y limpia, desempeñando el cargo con la altura y pureza de un empleado de honor, no fué tan excelente la que produjo como hombre político y campeón de la causa; que no supo manejarla en este sentido, despreocupándose absolutamente de levantar en su apoyo las fuerzas vivas del país, cuya existencia ni llegó á sospecharla ni la conoció hasta que los acontecimientos que siguieron las vinieron á despertar y mostrárselas; porque él tomó por sistema el quedar aislado, y moverse solo, y como no queriendo hacer causa común con el pueblo y su opinión, viéndosele de esta manera, «pedir antes de la invasión que le mandaran tropas organizadas de Buenos Aires; y al amago de una invasión que militarmente no podía contrarrestar, busca todavía las fuerzas en el campamento y en el número de las bayonetas que había en el parque, cuando la fuerza estaba en el pueblo, estaba en el temple de los corazones». [1]

Un hombre político y de claro entendimiento hubiera puesto la mano sobre estos recursos populares sin vacilar, y aplicado á ellos principalmente su afán, bebiendo de aquellos senos la savia de la vida y del poder, con la seguridad de que los buenos resultados habrían de coronar su obra y premiar su esfuerzo; porque es así cómo corresponde conducirse en circunstancias como aquellas, y no es de otra manera cómo se levantan los pueblos por la mano de los

(1) MITRE: *Belgrano y Güemes*, página 98.

hombres; verdad que probarían acabadamente en esa misma Salta, don Martín Güemes y en Cuyo don José de San Martín en menor escala, levantando pueblos enteros, despertando por la causa de la libertad un entusiasmo rayante en el delirio y una adhesión tan ciega á su persona, tan ardiente y tan completa en las masas populares, que dispondrían el corazón de los hombres más rústicos á acometer toda suerte de sacrificios, sin vivir para nadie más que para la Patria y para su jefe; arrancando recursos para sostener la guerra, á veces, del seno de la nada, casi no es hiperbólico decirlo; y concitando también en contra suya los odios más mortales y eternos, entre los que podrían vivir y á quienes llegarían á dominar sin derramar, no obstante, para sostenerse, ni una sola gota de sangre.

Belgrano, pues, no brilló aquí en la política; pero sí, y en gran medida, en la administración, en donde alcanzó cosecha generosa de bienes. Habíalo precedido en aquellas poblaciones su fama de hombre de bien, aun entre los mismos resentidos con los generales anteriores.

—«Dicen que es un sujeto de mucha probidad y justicia, que sabrá contener las tropas y no dejará impune el más mínimo atrevimiento de los soldados», escribía uno de aquellos primitivos revolucionarios del *año diez*, pasado ahora al bando enemigo (1).— Fijando, así, nuestros ojos ahora en este campo de su acción administrativa,—ya que conocemos cuál fué su proceder militar y político desde su arribo á Salta, —diremos que la base en que hizo descansar sus trabajos para salvar la revolución, no fué otra que el orden y en especial la justicia; porque comprendió, como lo enseñaba la sabiduría que sin ella es imposible la vida entre los hombres, pidiendo al gobierno, para reforma y ejemplo, castigara severamente á los que hollaban las reglas de la constitución y las leyes,

(1) Carta de don Miguel Otero á don Juan Marcos Zorrilla, Salta 4 de Abril de 1812, original en el archivo del doctor Güemes.

y que hasta entonces habían cometido impunemente sus delitos.

Pero hasta que todas estas cosas no se vieran y llegaran á enseñar no ser bienes aislados, sino sistema preconcebido que había de guiar la conducta del General y de su ejército, el camino fué difícil y empinado, y los progresos de esta obra lentos aunque seguros; porque, hasta algunos de los propios actos del General al iniciarse en el gobierno, aunque justos y arreglados, ayudaron por su naturaleza á brindarle poco favor, haciéndolo tomar por el concepto que crearon sus antecesores, también como un otro y nuevo hereje que atentaba contra la religión. Aconteció que en los principios de Abril, estando aún en el cuartel general de Campo Santo, se sorprendieron ya de camino comunicaciones del obispo de Salta, don Nicolás Videla, que, por las ofensas hechas á la religión de que era él prelado, también había declarado guerra oculta á la revolución, entrando como cabeza principal en la reacción realista provocada por la imprudencia del doctor Castelli; las cuales iban dirigidas á Goyeneche, y en el sentido de ayudarlo en su empresa de reconquista y sujeción de las provincias argentinas. El descubrimiento de estos trabajos ocultos que se hacían por aquel personaje enseñaron á Belgrano que, por el ministerio episcopal que ejercía, el obispo no era menos para la causa que formidable enemigo, porque sus armas espirituales y su influjo eran de extraordinaria eficacia en la conciencia de la época. Quiso, pues, deshacerse de él, confinándolo fuera de su jurisdicción; y con este propósito, le mandó intimación el 17 de Abril, de que, en el término de veinticuatro horas, saliera de la ciudad de Salta. Era seguro que medida como aquélla debía traer conmoción y alarma profunda en el vecindario; que al arrancarle á su obispo, le hubiera puesto á Belgrano tacha de excomulgado, cosa que era para matar la última opinión á su favor. Mas quiso la suerte que, ó porque temiera el obispo ultrajes, desacato y mortificaciones semejantes á los

que había pasado su colega Orellana, en Córdoba, entregándose á manos de sus dobles enemigos, políticos y religiosos,—ó que pensara desaparecería brevemente aquella tempestad que se armaba sobre su cabeza con la próxima aparición del ejército real,—el



DON NICOLÁS VIDELA, OBISPO DE SALTA

hecho fué que, en vez de obedecer, tomó asilo en casa de don Tomás de Archondo, español exaltado y fervorosísimo católico, quien lo guardó en el entretecho de un zaguán interior, sitio incómodo, obscuro y estrecho, que usaban tener las casas de entonces para

depósito de vejeces y trastes de última ralea, y que llamaban zarzos Y fué tan bien hecha la elección, y tanta la fidelidad de la servidumbre, que, á despecho de las pesquisas para su hallazgo, no se pudo dar caza al prelado; viviendo así, en aquel mortificante retiro, por espacio de tres meses y catorce días, hasta que la casualidad hizo fuera sorprendido y delatado por un hombre á quien se tachó de excomulgado; saliendo el mitrado, que era ya octogenario, vuelta á la luz con el semblante «flaco, pálido y macilento, la barba crecida media cuarta», para ser remitido confinado á Buenos Aires y en vísperas de su salvación, pues tocaba ya el enemigo las puertas de la ciudad; y como él mismo se presentara pacíficamente y se hiciera su expulsión en medio de los apuros de la emigración, no fué cosa mayor el efecto causado en su grey [1].

Llevado, pues, de esta saludable idea de inspirar en la justicia todos sus actos como fianza principal de su triunfo en la opinión, y de restablecer el orden y la disciplina por tanto tiempo y tantos motivos quebrantados, se propuso, con la actividad y el tesón con que solía tomar las cosas, regularizar la administración y sujetar sus precedimientos dentro de las formas de un inteligente método; de manera que pronto no más se vió reinar el orden y el trabajo, todo bien dirigido y combinado. Sus manos siempre puras en el manejo de los caudales públicos no dieron qué decir; las quejas cesaron, porque dejaron también los males de producirse; y como estas ventajas sobre daños tan temidos se comenzaran poco á poco á hacer notar, la gratitud fué ganando las almas y la confianza volvió de nuevo á renacer, mirando todos en el general Belgrano una garantía para los derechos individuales y los patriotas un consuelo y una esperanza de mejores días. Porque fué su mayor preocupación, por el lado administrativo, el hacer que la estancia del ejército en aquellas regio-

(1) Papeles de Archondo, citados.—Oficio del gobernador don Domingo García, *Archivo Nacional*.

nes no fuera más un azote y un peso insufrible para sus habitantes, por lo menos hasta que renaciera el crédito y las circunstancias lo permitieran, reservando en su pecho el aplicar la dura ley de la necesidad y de la fuerza para cuando llegara el último extremo de los apuros. En este concepto, no quiso poner mano violenta sobre los recursos del pueblo para el sostén de sus tropas, sino que adoptó el sistema de comprarlo todo, pero sí con entera economía y bien calculada distribución, para lo cual pidió y obtuvo del gobierno de Buenos Aires cuarenta mil pesos, á lo que se sujetó y con lo que hizo frente á sus necesidades más premiosas en los primeros tiempos de su mando. Así, el entusiasmo patriótico comenzó nuevamente á revivir y se vió entonces auxiliado con recursos de todo género en ganados, en mulas, en caballadas, en soldados y sumas de dinero, que, bajo la calidad de empréstitos y de auxilios, ó de donativos voluntarios,—que siempre agradecía en la forma de un reconocimiento material,—le sirvieron de poderosa ayuda y retemplaron su fe.

Aunque su sistema fuera reconcentrarse en sus cuarteles y dedicarse al cuidado y perfección exclusiva de su ejército, en quien miraba representada toda la fuerza de la revolución, y quien mucho que precisaba de su constante celo y atención, no descuidó por eso de comunicarse amistosamente con el vecindario en que residía, al estar en Jujúy, y, después de sus victorias, en Tucumán y en Salta, durante el largo período que permaneció como jefe supremo militar, hasta su internación en las provincias del Alto Perú. Las circunstancias sociales que predominaban por aquellos días vinieron á favorecer grandemente estos contactos saludables entre el general del ejército y las principales familias de Jujúy; porque los hoteles ó posadas no estaban en uso aún en aquella época y el forastero era hospedado en casa de los vecinos, según su categoría y recomendaciones; y también, por otra bella costumbre, el recién llegado era visitado por todas las familias del

barrio, que le ofrecían su amistad y atenciones; y cuando era éste persona de visible categoría,—más aún si acaso era un general ó un representante del gobierno ó de la iglesia,—todos los principales ciudadanos cumplían con él, por deber social, según la noble educación de aquellos días. Pues esto sucedió con Belgrano; y como era por inclinación afecto á la sociedad, especialmente al trato de las señoras,—de quienes confesaba haber aprendido mucho de lo bueno que sabía—aprovechó de estas amistades para hacerlas servir como de único medio de propaganda para captarse las simpatías de las gentes y volver al pasado empeño por la guerra á muchos de los decepcionados ú ofendidos.

Debió extender también su amistad con algunas personas de Salta, que iban por allí llevadas de sus intereses comerciales,—que los había muy frecuentes entre una y otra ciudad,—y entonces y con mayor razón después, su correspondencia escrita, que era siempre de su propia mano, mantenía su comunicación con todos los amigos de aquellas regiones, donde no descuidaba, aunque el negocio fuera muy ajeno, de tocar de paso el patriotismo. Es, sin embargo, á todas luces evidente, que un medio tan personal y privado no podía ser capaz de hacer progresos mayores para cambiar ó modificar la opinión de los pueblos, ni para aplacar sus recelos, ni para inspirarles confianza en el porvenir, y sí, solamente, simpatías personales y adhesiones aisladas, desde que mucho halaga á la miseria del hombre eso de verse hablado, buscado y solicitado por los que reinan en las alturas del poder, y dirigen y son árbitros, á las veces, de la sociedad; porque, á más de lo menguado del medio de propaganda empleado para el caso, y en el espacio tan corto y tan cargado de atenciones y trabajos como fué aquel que pasó en Jujúy en 1812, su literatura era fría y sin arbitrios, y sus comunicaciones siempre breves; y como por consecuencia de esto no sobresaliera su talento en este orden ni en la tribuna, ni en la discusión privada, ni

en la conversación, ni tampoco hallara elocuencia en su pluma, no podía ser dable á su lenguaje, hablado ó escrito, el convencer ni el seducir á tantos por sí solo. Hubieron de serle necesarios otros elementos más poderosos aún, y lo fueron sus virtudes, puestas en luciente y visible actividad desde que se hizo cargo del ejército, que le fueron labrando lentamente crédito como general y administrador; de modo que, cuando sus obras revelaron claramente sus sanas intenciones y se hizo ver la integridad y elevación de su carácter; cuando el enemigo holló la tierra patria concitando con el peligro el entusiasmo; y cuando sus victorias, entre todo esto, premiaron tantos esfuerzos y tanta constancia, acabó de volverse todo en favor suyo, despertando en los mismos enemigos de los pueblos interiores que conocieron y palparon la noble dulzura de sus virtudes, grande respeto; y en los pueblos de Jujúy, de Salta y de Tucumán, verdadero amor á su persona y una veneración por su memoria, que ha durado generaciones.

Belgrano contaba á la sazón cuarenta y dos años, pues había nacido el 3 de Julio de 1770. Era porteño, abogado de profesión, cuyos estudios los había hecho en España, en la universidad de Salamanca; porque sus padres, enriquecidos en el comercio de Buenos Aires y de alguna espectabilidad, por supuesto, en su vecindario, no sólo tuvieron recursos sobrados para educarlo de esta costosa manera, si que también supieron con acierto aplicar sus ahorros en favor de las inclinaciones que mostraba hacia los libros, la que era muy pronunciada; tanto que, luego de terminada su carrera, estando aún en Madrid, llegó á ensanchar sus conocimientos llevándolos más allá de lo que era conocido en las aulas; habiendo tomado predilección, seducido por lo útiles y nuevas, en dos ramas del saber que mientras su permanencia en España comenzaron á estar en boga: y eran la economía política, por la que se forma la riqueza de las naciones, y el derecho público que enseñaba las

bases de la libertad; y á los cuales consagró un afán el más empeñoso, movido su ánimo por la legítima aspiración de sobresalir por su medio de entre la porción vulgar de los letrados y también con el más loable fin de ser hombre útil á su país.

Corría por sus venas mezclada sangre italiana y



EL GENERAL BELGRANO

española; y quizá por ello no reprodujo en su fisonomía aquel marcado tipo de la raza ibérica, que tanto fué común y constante entre sus conciudadanos contemporáneos. Su cara grande y llena, cuyas líneas aparecían todas finas y sin violencia en sus facciones; con sus ojos grandes y azules; la nariz alta,

delgada y larga; la barba oprimida en su centro por leve ondulación, casi lampiña, cosa que no era defecto en la época que le tocó en suerte cruzar merced á la moda reinante; tenía una gravedad suave y respetuosa. La mirada de sus ojos era grave también y serena; accidentes estos últimos que iban en concordancia con el conjunto de su ser moral y su conducta.

Réstanos decir en esta pintura, no obstante lo conocido que es el personaje por la popularidad de sus retratos y de sus bustos que perpetúan merecidamente su memoria, que gozaba de un color blanco muy limpio, con un ligero fondo sonrosado en sus mejillas; y que su frente era amplia y despejada en cuya altura ensanchaba la porción de su cabeza, y la ocultaba bajo la capa y la sombra de sus cabellos rubios y sedosos que, siguiendo las leyes de la moda, los llevaba peinados caprichosamente hacia delante.

Era su genio suave y placentero, su ánimo poco exaltado, su trato dulce y apacible. Su afición á la carrera de las letras lo hizo cultivarlas hasta alcanzar el grado de bachiller, inferior al de doctor. Tenía pasión por la lectura de los buenos libros, ejercicio que engendra el deseo del retiro; y este amor á la quietud, y el gusto de enriquecerse de bellos pensamientos, de selectas noticias, y el hacer su único caudal del cúmulo de conocimientos útiles á la vida, fué su preocupación y ardiente anhelo durante la primera parte de su existencia. (1)

En su trato amable y culto lucían sus maneras corteses, sus gestos y ademanes medidos siempre tanto más en un baile, en un banquete, ó cuando de visita, buscaba en Salta á las señoras y hacía con ellas la rueda del mate, prendas que embellecían también y hacían atrayente por este lado más su persona; declinando, sin embargo, sus dotes superiores en

(1) Todo este último párrafo es copia casi fiel del que forma parte en el *Elogio Fúnebre* que escribió fray Cayetano Rodríguez, y de donde lo hemos tomado.

lo que hacía á la conversación, porque, aunque pintoresca á las veces, carecía del brillo y movimiento que la animaran, no sobresaliendo, por tanto, en ello; pero agradaba, no obstante, el escucharla, toda vez que, aunque fría y seria, tenía la calidad de ser amena, con giros y detalles agradables, pero sin revelar ideas profundas ni sagacidad, y manejada toda ella con una voz tiple, que era la suya.

Aunque sus formas eran delicadas, no por eso dejaba de tener un cuerpo bien formado y fuerte, de una altura más que mediana, dotado de una actividad muscular admirable y de una consistencia inquebrantable para el trabajo; como que su andar era tan rápido que casi igualaba en su paso ordinario la marcha forzada de las tropas, por lo que era una dificultad poderlo acompañar á pie; y su actividad y movimiento lo eran tanto, que veíasele constantemente consagrado á sus quehaceres y á la inspección de todo cuanto dependía de su gobierno, que personalmente había de verlo, bajando en ello hasta lo pueril y majadero; y así, recorría á caballo toda la noche, acompañado sólo de sus edecanes, los cuarteles, la ciudad y sus alrededores, vigilando el orden y la disciplina, y obligando con un vigor inexorable á todo soldado ú oficial á estar, después del toque de la queda, que sonaba á las diez, dentro de sus cuarteles, sin que jamás permitiera pasaran la noche fuera de él.

Las horas subsiguientes á la primera comida las ocupaba en leer y escribir, instruyéndose y contestando la enorme correspondencia que sostuvo con el gobierno y con toda la gente principal del país con quien se puso en relación y á quien escribía con su propia mano, dejando apenas tres ó cuatro horas para el sueño.

De su austeridad republicana era constante ejemplo su misma persona; que así, formando rarísima excepción ante el gusto tan reinante en la época del dorado uniforme militar, Belgrano era siempre sencillo y llano en el vestir, alejando de él, mucho más en los días comunes, todo lo que fuera no más que

vana ostentación del lujo; como que su pantalón, por lo regular de paño azul, no llevaba la franja de oro, ni en su casaca verde, ni en su levita, también azul, de paño, no tenía más adornos que alamares de seda sobre el pecho. Falucho sólo usaba en los días de ceremonia, y esto lo menos provisto de adornos; y de diario una gorra redonda militar con galón circundante. Esto mismo, sencillo y modesto, como lo era, éralo también pobre, como lo sería á su vez lo perteneciente á sus émulos en virtudes y en glorias, Arenales y San Martín; porque en la escasez de sus recursos llevó Belgrano por más de una ocasión sus botas remendadas; y ya dijimos más antes cuáles eran en este período de la revolución sus arreos para montar; y diremos ahora que su lecho, cuando no era huésped en las familias de la ciudad, no era más que un colchón ligero y sus abrigos y catre de campaña; y su comida la más frugal, pues no pasaba de tres platos, por lo común.

Si lo dicho en cuanto á sus accidentes físicos no era parte á que sobresaliera en nada de la línea media que por lo regular señala la vulgaridad en la especie humana, no sucedía lo propio en cuanto á la parte noble de su ser, en lo que parecía como si Dios se hubiera complacido en derramar en su alma, una á una, las magníficas y bellas virtudes que forman la excelencia moral del gran ciudadano; porque tenía el amor á la justicia que, al decir de los sabios, vive arraigada en el corazón de los hombres honrados; y la fortaleza, ese valor moral, superior al arranque duro de la pasión, que luce y brilla y triunfa cuando todo enflaquece y desmaya, hasta el corazón del valiente, ante el infortunio; y la rectitud en el gobierno; y el celo y constancia en el cumplimiento de sus deberes, que unidos á la bondad y á la energía combinadas en su carácter, lo exigía á la par á sus subalternos; y la abnegación, base de la grandeza de alma, que lo condujo á consagrarse todo entero en bien de la patria y de los hombres, sin cuidar para sí ni la propia vida, menos los honores y el haber;

y en fin, la reserva, la circunspección, el tino acertado en la política, arte difícil sin el báculo de la mentira; y el temor de Dios, por último, que llama la Escritura el principio de la sabiduria. (1)

Pero, con todo, no era Belgrano un hombre que pudiéramos llamar cumplido, pues carecía de genio; más aún para la misión militar que se le había confiado, y graves eran las faltas en que flaqueaba; porque, y ante todo, carecía de la malicia y suficiente perspicacia para conocer á los hombres y comprender á aquellos con quienes tenía tratos, dejándose fácilmente seducir por la lengua de los charlatanes; y daba fe con mucha ligereza de juicio á lo que se opinaba sobre la buena ó mala reputación de los hombres, lo que le produjo grandes y lamentables equivocaciones; pues tales voces, especialmente por lo relativo á condiciones de valor, arrojo y capacidad, que eran, por las circunstancias, el pan de cada día, hacían efecto de verdad en su alma candorosa y llena de buena fe. (2)

También como gobernante y árbitro de la situación, como lo era, viósele turbado y flaquear, careciendo de un espíritu superiormente fuerte para dominarla en la tirantez delicada de los conflictos internos que se le cruzaron, obstando más por declinar, aun con perjuicio de la causa y de su crédito, que sostenerse con brazo fuerte, dando de ellos lecciones ejemplares.

En lo que hace á la guerra, si no era un militar ni entendía de ella cosa mayor, tenía, sin embargo, las virtudes fundamentales de un buen general: el patriotismo, la rectitud y el amor al orden, aunque le faltaran los talentos guerreros. persuadiéndose de que la disciplina es el nervio del ejército y el secreto de la victoria, después del genio del jefe militar.

Tal era el general Belgrano, que tomaba la de-

(1) MITRE: *Historia de Belgrano*, tomo I, pá ina 65.

(2) PAZ: *Memorias*.

fensa de la revolución en su hora más crítica; apóstol y soldado que encerraba en sí ese conjunto de cualidades y virtudes que acabamos de estudiar, las cuales, aunque desgraciadamente no completas, sirvieron grandemente para salvar la revolución, dándole vigor, crédito y popularidad, y para generalizarla entre los pueblos y ennoblecerla.

IV

EL EJÉRCITO EN JUJÚY

Solamente pudo contar Belgrano con cuatro meses que le dejaron en paz los enemigos para obrar en lo administrativo y en lo militar, cosechando en ambos terrenos frutos los más distinguidos, á estar á lo que halló; porque si sus actos lograron volver el crédito perdido con el respeto que guardó á la religión, á las personas y á la propiedad, y los resortes que tocó en su auxilio lo fueron con tino elegidos y manejados, sucedía lo propio en el orden militar, tomando en el campamento de Jujúy nueva fisonomía, vigor y ensanche el ejército.

Con empeño muy loable fué sometiéndolo poco á poco al saludable freno de la disciplina militar y moralizándolo en la misma porción en que antes lo había sido de hábitos corrompidos, cesando así de ser azote de las poblaciones; de lo que resultó grande beneficio, pues comenzó el pueblo á fraternizar con el ejército, toda vez que éste era ya «respetuoso de las costumbres y creencias populares». Tuvo para esta obra el consejo y el apoyo del Barón de Holemberg, militar alemán que andaba por aquí de aventurero, y á quien, merced á su procedencia europea como á su competencia profesional, muy sobresaliente en el vulgo ignorante de los jefes del ejército, se lo tenía por cosa superior y muy buena, en lo que entraba más que ninguno el mismo General, que le dió el empleo de jefe del Estado Mayor; llegando á tal

punto, que su deferencia para con él y la confianza con que lo honró fueron tan grandes que, á más de recibir sus consejos, seguíalos casi sin examen; y en lo que, sin duda, no hacía mal, pues era Belgrano hombre nulo en materia de guerra y más aún en aquello de la estratégica ó de las grandes operaciones militares, que es propio saber del general; tenía que valerse de segunda mano, convencido de su insuficiencia; pues, honrado como era y nada vanidoso, no quiso por halagar su propio amor y orgullo personal, dárselas, á la manera de Castelli, de suficiente, comprometiendo á la causa pública.

Aparecía, pues, el barón como el genio militar del ejército, y su influjo en el ánimo de Belgrano fué provechoso y saludable; como que quería establecer una exacta y severa disciplina, á la manera que la conocía y la había practicado en los ejércitos de Europa, y halló en el general toda aquiescencia y agrado por la medida, comenzándose, desde ya, á intentarla y con el deseo de aplicarla en todo su vigor. (1)

No quedaron en esto sus servicios. Los consejos que como militar experimentado en las guerras europeas pasó á Belgrano, auxiliaron muy útilmente su conducta; y su acción administrativa en el orden interno del ejército alcanzó á beneficiar casi todos los ramos, porque mejoró ó compuso el armamento, fundió cañones de bronce, habilitó en mayor escala el parque y la fabricación de artículos de guerra, mientras sus lecciones en lo referente á lo que es la artillería é infantería imprimieron muy útiles adelantos en estas dos armas. Pero tan noblespropósitos vinieron otra vez á tropezar con el espíritu insubordinado de la oficialidad que, como hasta entonces había vivido en esa holgura y ausencia de verdadera disciplina militar, volvía nuevamente ahora á levantarse airado contra esta reforma del barón, como lo

(1) Todo esto en PAZ: *Memorias*, tomo I, página 10.

había hecho contra la que intentara Moldes hacía poco; haciendo de cabeza en la conjuración que carcomía al ejército, para librarse de lo que dieron en denominar *tiranos*, el mismo don Manuel Dorrego, joven fogoso y altanero, intrigante y rebelde á toda autoridad, que al presente se hallaba de más herido en su orgullo y ambiciones al ver como el general daba toda su privanza y sus favores al barón. (1)

Esta mina sorda y persistente que comenzaba así en Jujúy debía continuar con creces durante el resto de la campaña y causar los más graves resultados; pues llegará al escandaloso extremo de imponerse y doblegar al mismo general, por no hallar éste en su ánimo energía suficiente para dominar la situación. Para mayor desgracia, estas discordias intestinas las sabía el enemigo, y lo mismo estaba al cabo de cuanto pasaba en el ejército, viviendo impuesto de él tanto como su mismo general; pues los adversarios de la revolución, ya realistas ó ya reaccionarios, que trataban ocultamente y por varios conductos con Goyeneche, no perdían ocasión de informarlo de cuanto fuera de su utilidad saber.

Eran estos delatores los españoles residentes en aquellas ciudades, y algunos argentinos, deudos suyos, á quienes el General tuvo que confinarlos á Santiago del Estero y á Tucumán; no pudiendo proceder contra ellos con todo el rigor que se usara en 1810, y que al presente Belgrano lo echaba de menos, por haber el gobierno dictado el decreto sobre seguridad personal. (2)

No paraban aquí los trabajos de los enemigos ocultos, que daban al General el mayor quehacer, sin que pudiera más que sospecharlos, pero no descubrirlos, y sufriendo de ellos la guerra de todos modos;

(1) Mitre: *Obra* citada, tomo II, página 71.

(2) *Archivo Nacional*, legajo 1812, agosto, número 2. De Salta fueron confinados don Avelino Costas y sus tres cuñados, que eran dos Santibáñez y un Murcia, como también á don Juan Prieto, don Tomás Sánchez, el escribano de gobierno don Isidoro Matorrás y el obispo Videla, «todos en razón de ser de los que se comunican con el enemigo».

porque lo mismo trabajaban el espíritu de las gentes del campo, como le ocultaban los recursos y le vendían cabalgaduras de lo peor, y que resultaban ariscas y casi inútiles para el servicio; y no contentos con tales expedientes, llegaban algunos á las alturas del heroísmo sufriendo por el Rey verdadero martirio, á fin de negarle á su enemigo elementos de fuerza y de poder, como lo mostró el herrero Echaiz, español, que siendo armero en la ciudad de Salta, á fin de que Belgrano no pudiera aprovechar su idoneidad, prefirió, «á pesar de su edad, de los clamores de su mujer é hijos, huir con sus criados al bosque, y ocultarse y pasar allí tres meses sufriendo todo antes que servir al ejército (1).—Las mujeres de su bando alentaban la resistencia con una pasión igualmente profunda é igual á la de aquellas que servían la causa de la revolución.

Dieron estos embarazos y aquella indiferencia con que lo recibió la población en un principio motivos suficientes al parecer del General para achacarlos á falta de patriotismo y enemistad de aquellos pueblos á la causa, acusándolos de enemigos ante la superior autoridad, la cual llegó hasta apercibir al mandatario de Salta y demás sus sufragáneos de la intendencia por su falta de diligencia y decisión en auxiliar desde su puesto al General. Y en esto el error era grande. Porque cupo en buena suerte gobernara en Salta, en aquellos días de dolor, don Domingo García, natural de Tucumán, hombre cuyo temple y amor á la patria igualaban á los de los varones de la antigüedad; como que, habiendo muerto en esos tiempos un hijo suyo en el servicio, no hizo en su pecho lugar al dolor, atento sólo al servicio público.—«Ningún afecto, le decía al gobierno dándole cuenta de su desgracia, han causado los estímulos de la carne y de la sangre, cuando traía á la memoria la proposición del sabio emperador

(1) Oficio de Belgrano al gobierno, *Archivo Nacional*, legajo 1812, Julio, número 2.

de Roma, que *la muerte por la patria es una vida eterna de honra y de gloria».* [1]

Volviendo, pues, por la verdad y para levantar los cargos que se le hacían á su propia conducta como á los pueblos de su mando:—«Cuando consideraba á V. E., decía, informado de los distinguidos y Particulares servicios que han hecho á favor de la patria el gobierno de Salta y sus tenientes subalternos en la remisión de reclutas y auxilios que se han pedido para organizar y formar el ejército, recibo la prevención de V. E. de 28 de agosto último, en la que se reconviene á todos, á excepción de don Francisco Pico, por la menos actividad sobre este punto. La absoluta escasez de fondos en las cajas principales y sufraganeas; la limitada población de la provincia; las anteriores extracciones que se han hecho de reclutas y el resabio de sus habitantes, podrían haber causado justamente este defecto; pero nada ha sido inconveniente para que se dejasen de proporcionar cuantos socorros se solicitaron desde que entré al mando. Así, de mi parte como por la de los tenientes, ha sido redundante el celo, empeño é integridad para franquearlos puntualmente. En los mayores apuros jamás me embaracé con dificultades; cuando el erario defectuaba, me comprometí más de una vez con mis bienes y crédito á pedir especies y dinero por vía de empréstito; y contraído á alejar desconfianzas en los vecinos pudientes, asegurándoles consideraciones y efectivos cumplimientos por parte de V. E. cuando yo no pudiese verificarlo, encontré siempre recursos sobrados, y de este modo se remitieron al ejército cantidad de mulas, caballos, ganados vacunos, dinero; pago de libranzas de postas, deudas atrasadas, útiles y otras especies importantes en ingentes cantidades, guardando el orden y satisfac-

(1) *Archivo Nacional*, legajo Agosto 1812, número 2. — Este ciudadano benemérito era casado con doña Fortunata García, tucumana también, mujer que tuvo el asombroso valor de substraer de la pica en que yacía clavada la cabeza de don Marco Avellaneda, que mandó degollar Oribe en 1841, y estando allí, en su campamento de degollaciones este esbirro de Rosas. La conservó en su poder hasta después de Caseros, en que la devolvió á la familia.

ción de los gastos constitutivos de la provincia para conservar la tranquilidad de las fronteras del Chaco.

«Este esfuerzo no se debe á ninguna virtud oculta, al erario nacional que lo encontré enteramente exhausto y agotado, ni á violencias é injusticias, sino al meritísimo y generoso pueblo de Salta, adicto á estos servicios y comprometido por la causa de la patria por la dignidad y honor con que yo lo había gobernado y administrado justicia, tratando á todos con lenidad y urbanidad, y reproduciendo las suaves, benignas y piadosas intenciones que V. E. quiere manifestar y ejercitar en las Provincias Unidas para consolidar en los corazones un sistema liberal, que es el que nos conviene.

«Hasta el mes de junio se pidieron reclutas voluntarios y remití desde Salta treinta y tres, que pude encontrar en más de doscientos hombres que hice venir de la campaña, y los demás se volvieron á ella por expresa orden del señor general; número que no pensé conseguir, porque todos huyen de este servicio y sólo forzados lo ejecutan aquellos que por tener haciendas y familias no pueden ocultarse en los bosques. Después se redujo la reclusión á un plan y método de distintas y varias formalidades, sabio y erreglado». [1]

Para proveer de dineros las arcas de Belgrano mientras su permanencia en Jujúy, grandes fueron los sacrificios del ya extenuado pueblo de Salta y loables los esfuerzos de su gobernador.—«Me encontré, decía, sin un maravedí en los depósitos públicos, llenos de ingentes deudas del gobierno, todas ellas privilegiadas, como causadas en la retirada del ejército, su vuelta, su reposición. El comercio está paralizado; la sisa, por falta de introducción de mulas, agotada ó impedida; la cruzada y el papel sellado casi extinguidos; los empleados públicos impagos.

---

(1) Oficio del gobernador don Domingo García al gobierno general, fechado en Tucumán, octubre 11 de 1812.—Original en el *Archivo Nacional,* legajo 1812, octubre, número 1.

Ordenóse por aquel tiempo una contribución forzosa por valor de 29.000 pesos á la ciudad de Salta, con objeto de pagar en parte la deuda de la guerra y para atender á las actuales exigencias del ejército; y hasta el 20 de Junio consiguió García á fuerza de prudencia, de paciencia y buen modo, que entrara en las arcas la mitad «sin extorsión ni disgusto».

Pero la miseria y agotamiento á que habían tocado las fuentes de recursos en aquellas poblaciones, hacían imposible cubrirse lo demás. Porque, habiendo, en mala hora, decretado el gobierno, nada previsor, la libertad de las siembras, al de tabacos, antes estancada, falló en su renta por 35.000 pesos; y porque la guerra, paralizando la antigua actividad mercantil, hacía que comerciantes tenidos por acaudalados se hallaran sin numerario, porque todos sus fondos estaban detenidos en las provincias interiores, embargados ó perdidos; (1) de tal suerte que habiendo tratado con ellos el gobernador sobre el empréstito, no lo rehusaron; y antes, manifestando ciega obediencia, le ofrecían aquellos desdichados sus alhajas y sus bienes raíces para que se dieran á la venta, sacrificio que rehusó «por muchas consideraciones»; no guardándole más recursos al ejército por allí que la porción mensual que, ahorrando en su propia miseria, le remitieron los cabildos de la intendencia (2).

V

PLAN ESTRATÉGICO DE LA INVASIÓN DE 1812

Goyeneche así, y después que hubo cómodamente sometido á Cochabamba, pensó continuar la campaña por la parte del sur, con el ánimo, por de pronto,

(1) Goyeneche, sabedor de la contribución forzosa impuesta en este año á los españoles residentes, por el gobierno de la revolución, de 500.000 pesos, ordenó en represalias el embargo y confiscación de todos los efectos existentes en el Alto Perú y como pertecientes á los comerciantes del Río de la Plata.

(2) Comunicación del gobernador García á Chiclana, en Salta, á 20 de Junio de 1812; original en la Biblioteca Nacional, *manuscritos*.

de ocupar inmediatamente la provincia de Salta, para luego arreglar y emprender la reconquista de lo restante del territorio, rindiendo á la postre á Buenos Aires. Esta empresa, arriesgada y costosa, no por las fuerzas regulares que pudiera oponerle la revolución medio vencida, sino por lo dilatado del país, la había combinado en grande también preparando la concentración de todas las fuerzas, propias y aliadas, con que á la sazón y en estas latitudes pudiera contar la causa de España. La estrategia desarrollada en sus propósitos para esta campaña consistía en proceder, de Salta en adelante, de acuerdo con los intereses de doña Carlota, por el lado del Brasil, en donde contaba con el apoyo del ejército portugués,—de 5000 hombres, que ocupaba la Banda Oriental;—pues la princesa le tenía prometido ayudarlo en la empresa de reconquistar la capital de Buenos Aires; y esta promesa alentó á Goyeneche para decidirse á avanzar con su ejército hasta Santiago, para lo que hacía esfuerzos de todo género, á fin de poder abrir correspondencia con la plaza de Montevideo para combinar la campaña en toda regla y en la total extensión de sus propósitos, teniendo que rendirse al imposible, pues en Salta la incomunicación para con el sur estaba cerrada para él «como con llave». [1]

Eran por suyas también las fuerzas realistas que resistían en Montevideo y su escuadra, que aún seguía de señora de los ríos, insultando diariamente á Buenos Aires; y en el seno mismo de la capital se preparaban á abrirle las puertas de esta ciudadela de la revolución cerca de diez mil españoles que á la sazón habitaban en ella. Y no era que éstos le ofrecieran sus brazos armados ó no para completar la victoria; sino que ellos mismos, alentados por un odio enconado y fanático, habían desde tiempo atrás preparado en sigilo una tenebrosa conspiración para acabar con el sistema revolucionario, asestándole en

(1) TORRENTE: *Obra* citada, tomo I, página 266.

su propia cabeza golpe repentino y mortal;—no era tampoco que su objeto se limitara al derrumbamiento de las autoridades rebeldes, como las llamaban, ni el volver nuevamente los españoles á asir las riendas del poder, sino que iba su anhelo á escarmentar, pero de manera terrible y pavorosa, las aspiraciones á la independencia en el pueblo argentino, y como para que de una vez y para siempre se extinguiera en su alma ese sueño por la libertad. Para ello se había convenido, con esa ferocidad de que toda la América era ya testigo, dar muerte á los principales hombres de Buenos Aires y aun del resto del país, que como cabecillas ó de otra manera importante se hubieran hecho notables por su patriotismo; echar fuera de la tierra á los que se tuvieran por menos culpables, con la confiscación, naturalmente, de sus bienes de fortuna; y el resto, en fin, de la población no adicta de lleno á la causa española reducirlo á dura esclavitud. Y como para exhortar y dar aliento en la toma de este camino, el jefe é inspirador de tan espantosa maquinación, don Martín de Alzaga, acostumbraba decir en el seno de las reuniones secretas,—refiriéndose á los actuales miembros del gobierno:—«Hay que cortarles la cabeza á estos traidores y colgarlas por las barbas de esa misma verja de hierro con que han rodeado la pirámide que han erigido para conmemorar su revolución del 25 de Mayo».

Para la obra contaban con 2000 hombres armados; mas de medio millón de pesos; con la sorpresa y con 500 hombres más que, en el acto que se lanzaran á la revuelta debían bajar en su apoyo de los buques de Montevideo, que aguardaban la hora en frente de Buenos Aires.

Bajo auspicios tan favorables, era mirada la empresa por Goyeneche y por los confiados del secreto como cosa la más segura de la vida; y aquel general entonces, — contando con un ejército numeroso y brillante, engreído con las victorias y veterano ya, como lo era, — dispuso quedara en Cochabamba el

coronel Lombera con 1500 hombres, para mantener en quietud el país, mientras él regresaba de nuevo á Potosí. El número, la disciplina, el armamento y demás recursos con que contaba eran superiores á los de Belgrano; y aunque el dinero no se lo enviara desde Lima para que fuera completa su holgura, quedaba en su poder la moneda de Potosí, y el virrey Abascal lo autorizaba para tomar las riquezas de Salta y de Jujúy, diciéndole:—«Esas provincias son ricas y pingües, y, por lo mismo, es razonable y justo que paguen lo que han despilfarrado y hecho gastar»,—que era lo mismo que facultarlo para que las entregara á una bárbara devastación, en castigo de su patriotismo; y esta tierra del norte, que desde esa hora va á convertirse en el teatro de la guerra, se verá precisada á sostener por quince años ambos beligerantes con su propio jugo. (1)

También sucedía en bien de los cálculos de Goyeneche, que parecía «contaba con el buen espíritu que reinaba en las ciudades de Salta y de Jujúy», cuyos moradores, al parecer, no sólo lo aguardaban en paz, resueltos en cierta porción á someterse otra vez á la obediencia española,—desde que tras tanto descalabro no contaban ni con un gobierno ni con un jefe que les inspirara confianza,—sino que era llamado también por sus parciales y se le hacían promesas muy alhagadoras pintándole un camino de continua victoria hasta Buenos Aires. Porque se agregaba á todo esto el resentimiento de los patriotas del interior, ofendidos con el gobierno de Buenos Aires, que había expulsado con violencia á sus diputados, y trataba como de querer conquistar las provincias; y también la anarquía cada vez más enconada y ardiente que en la misma capital dividía á los patriotas y debilitaba su gobierno, teniéndolo á tumbos como entre un mar proceloso, con sus convulsiones y asonadas repetidas

(1) Torrente: *Obra citada*, tomo I, página [illegible]. Carta de Abascal, de 10 de Agosto de 1812, en el *Archivo Nacional*.

y su durísimo ataque á la autoridad, que la iba hundiendo cada día en mayor desprestigio.

Creían también los del Rey en el triunfo de sus armas á más que por las causas dichas, por la calidad y fuerza del ejército de que disponían en frente de unos débiles restos en derrota y sin disciplina, ni armamento, ni vestuario, ni salud siquiera, ni jefe de prestigio; añadiendo encima de todo esto y como para coronarlo, aquel desaliento, aquel desencanto y general postración en que habían caído los pueblos del norte por las tropelías, las torpezas y los descalabros causados y sufridos por los ejércitos de la revolución. [1]

La ocasión aparecía, así, por magnífica para invadir. De ahí dispuso, cumpliendo las órdenes del virrey, que el general don Pío de Tristán y Moscoso, su primo hermano,—y á quien seguramente quería prepararle particular ocasión para que, como él en Huáqui, mereciera título de marqués ó conde en premio de una campaña venturosa,—bajara hasta Salta. Le entregó para esto el mando de la vanguardia real, que contaba con dos mil hombres de infantería, mil docientos de á caballo y diez cañones, que en su conjunto formaban un total de más de tres mil hombres de línea. [2]

Esta fuerza, convertida así en el ejército invasor del país argentino, inició la campaña el 1° de Agosto de 1812, haciendo adelantar de su cuartel de Suipacha al coronel don Agustín Huici,—que acababa de adquirir por sus crueldades triste notoriedad—con una columna de ochocientos hombres, que constituía su propia vanguardia; mientras él, munido ya por el general en jefe de omnímodas facultades para todos los casos, debía emprender la marcha en seguida. Goyeneche, entre tanto, quedaba con 4000 hombres, por lo menos, en Potosí, pensando bajar después;

---

(1) TORRENTE: *Obra* citada, tomo I, página 266.

(2) GARCÍA CAMBA, tomo I, página 79. MITRE: *Obra* cit., tomo II, página 98, nota.

porque «para pasearse por Jujúy y Salta hasta Tucumán, decían sus orgullosos tenientes de la vanguardia, no necesitaban de la presencia del ilustre jefe ni de la gente citada». (1)

VI

EL BANDO DE BELGRANO

A mitad de Julio llegó á conocimiento de Belgrano que Goyeneche, desocupada su atención por el norte con la caída de Cochabamba, reforzaba poderosamente su vanguardia, que tenía asentada en Suipacha, y cuyas audaces avanzadas, envalentonadas con tantos felices sucesos con que los había hasta entonces acariciado la fortuna, llegaban hasta la Quiaca, punto y línea divisoria entre las provincias de Salta y Potosí. Todo este aparato de fuerzas y movimientos anunciaba demasiado á las claras el ánimo resuelto del enemigo de bajar al sur, en seria campaña sobre Salta; y para contener su avance y salvar las provincias amenazadas de su conquista y dominación, Belgrano no contaba sino con ese su ejército reducido y en formación, y ni siquiera con el apoyo decidido y franco del pueblo. Porque sin tiempo aún de reparar los quebrantos sufridos por el ejército y sin auxilios, pues Buenos Aires, abandonándolo á sus propios esfuerzos,—embargada como estaba su atención con Montevideo,—casi tenía por olvidada la guerra con el Perú, cuya distancia por el momento no le producía mayores aflicciones; de manera que Belgrano se encontraba, no solamente con pocos soldados, pues apenas si pasaban de mil, sino que ni las armas eran suficientes para tan poca gente, ni las municiones completas, ni aún se había concluido con la fundición de los cañones.

---

(1) Comunicación del cura de la Rinconada, don Manuel Ignacio del Portal, á Belgrano, en que refiere el dicho. *Archivo Nacional*, 1812, número 8.

Su ánimo, sin embargo, antes que desfallecer se retempló con el peligro. Se desesperaba en ansias por tomar la ofensiva, temblando de verse en cualquier momento obligado á emprender la retirada, abandonando las provincias del norte tan fuertes y de tantos recursos para que hiciera propiedad suya el enemigo; no porque se imaginara fuera posible vencerlo; no porque el orgullo personal se le sintiera oprimido teniendo que retirarse sin hacer frente ni disparar un tiro; no tampoco porque ignorara la potencia del enemigo ó no supiera la verdad de la suya propia, sino que obraba grandemente en su ánimo ver desaparecer y perderse para la Patria con este paso desastroso, toda la obra de reacción por la libertad que tan pacientemente y con tanto afán y sudores iba consiguiendo ver ya renacer; y que una vez abandonados aquellos pueblos sin que se hiciera nada por su salvación, no otra cosa acontecería sino que los odios contra los porteños, tan funestos y tan profundos, se despertarían más vivos los que estaban adormecidos ó tomarían mayor incremento los que ardían aún.

Pero también hacía gran peso en su reflexión la fría presencia de la realidad; pues, en caso de comprometerse y ser vencido, bien conocía no debía tener á quien volver los ojos en demanda de apoyo, que estaba en su comienzo la regeneración del espíritu público, y necesitaba del suceso de una victoria para devolverle la fe, que harto estaba de promesas y desencantos, para probar si el nuevo general, que se mostraba tan cumplido y recto en la administración, éralo igualmente capaz y afortunado en la guerra. Y sin embargo del mal aspecto que presentaban todas estas cosas, quiso Belgrano, por lo menos, mantenerse en aquellas posiciones hasta el último extremo, —lo que no dejaba de ser, á la vez, riesgosa temeridad,—y aun hacer resistencia y disputar al enemigo el territorio; lo cual no era más que vana quimera no contando con la decidida cooperación del país. Estas vacilaciones viniéronlas á cortar las terminantes ór-

denes que recibió del gobierno, sabedor de la invasión á que se disponía el ejército real, mandándole se abstuviera de presentar combate al enemigo y retrocediera hasta Santiago y aun hasta Córdoba, salvando sus fuerzas de cualquiera manera de la pérdida segura que la amenazaba; y que abandonara no más á la garra del enemigo las provincias de Jujúy, de Salta y de Tucumán, y con ellas la suerte de los hombres y de las familias comprometidas; política asustadiza, absurda y egoísta, que había de ser siempre adoptada cuando sofocaran á la capital los apuros, y que tres desobediencias felices y notables habían de salvar la independencia, abriendo campañas de las más gloriosas de la revolución:—la de Belgrano en estas circunstancias, la de Güemes en 1814, y la de San Martín, cinco años más tarde.

Afortunadamente, y por el mismo tiempo que recibía la amenazante nueva de que el enemigo se reconcentraba en Suipacha, le llegaron de Buenos Aires, enviados por el gobierno, cuatrocientos fusiles, auxilio que vino á dar más tono á su espíritu y al ejército; y aunque, muy á su pesar, se dispuso á dar cumplimiento á las órdenes del gobierno, organizando su retirada á Córdoba, pero con el ánimo de no emprenderla sino en los últimos momentos, á fin de no mostrar debilidad ni ante sus propios soldados ni ante las poblaciones.

Mas, como no había preparado militarmente la provincia de Salta ni predispuesto su población para un levantamiento en masa,—eficaz para un caso de invasión, tomando por base el ejército, como lo hubiera hecho un general de veras,—mostrándose ya ésta, y forzado por su debilidad y por las órdenes recibidas del gobierno de emprender la retirada sin hacer frente por ningún motivo al invasor, se propuso, pero de manera terriblemente vigorosa, compeler á la población con amenazas de muerte á que despertara de su adormecimiento, y se entusiasmara de nuevo por la causa, y se uniera toda ella á sus banderas; no ocurriéndosele otra cosa para tanto que el sistema de

la fuerza y la violencia, pensando erróneamente era ésta la medida eficaz para conseguirlo y para hostilizar al enemigo.

Con este propósito, el 29 de Julio de 1812 publicó un *Bando* en Jujúy, para tener su efecto en ella y en todo el resto de la jurisdicción de Salta, en que decía: — « Pueblos de la Provincia: Desde que puse el pie en vuestro suelo para hacerme cargo de vuestra defensa, os he hablado con verdad. Siguiendo con ella, os manifiesto que las armas de Abascal, al mando de Goyeneche, se acercan á Suipacha; y lo peor es que son llamadas por los desnaturalizados que viven entre vosotros y que no pierden arbitrios para que nuestros sagrados derechos de libertad, propiedad y seguridad sean ultrajados, y volváis á la esclavitud. Llegó, pues, la época en que manifestéis vuestro heroísmo y de que vengáis á reuniros al ejército de mi mando si, como aseguráis, queréis ser libres».

Traía el *Bando* seguidamente las disposiciones más terribles que había ideado el General como arbitrio para que la población se decidiera entre seguir sus banderas ó declararse francamenta española; y en segunda intención, para que la provincia sólo fuera campo de silencio y desolación, á fin de que el ejército real no hallara en ella ni amigos, ni apoyo, ni recursos; imaginándose Belgrano que así obligaría al pueblo á tomar las armas, lo que no fué más que inútil crueldad; porque los pueblos no se levantan á abrazar una causa por la peregrina virtud de *bandos* ó decretos de gobierno, sino por la justicia y por el amor á un principio superior; y lo que consiguió el General de favorable al retirarse sólo fué debido, no al terror que imaginó derramar en las almas, sino al amor á la libertad y á la explosión que en ellas produjo el anuncio de que el enemigo se preparaba á hollar por la primera vez el suelo de la patria. Y lo vamos á ver.

Pues así, aquella disposición inhumana mandaba que se barriera de los fundos rurales cuanto ganado hubiera en ellos, dejando las estancias y las hacien-

das desiertas, para que fuera trasladado á Tucumán —lo que era imposible de efectuarse ni aun con el asentimiento del país, á no ser que más de su mitad pereciera; y que las cosechas y almacenes de víveres se recogieran, y se vaciaran las trojes, y se enfardaran las mercaderías de que rebosaban las aduanas, las tiendas y los demás sitios del comercio, y que junto con los ajuares de las familias,—que se les ordenaba también abandonar sus casas y salir del país,—todo, todo fuera trasladado al mismo punto de Tucumán, cual si fuera este cúmulo inmenso de todos los seres vivientes de un país y todo lo que fuera de su pertenencia y transportable, dejando en paz sólo la tierra inmóvil, el ligero y mísero ajuar de un soldado. Porque ¿cómo en tan angustioso término se podía hacer junta del innumerable ganado que poblaba los campos, los bosques y las sierras de Salta y de Jujúy? ¿Y en qué iba á recibir Tucumán esta copiosa y repentina inundación de seres en aquella época en que es azote de tales comarcas la falta de lluvias que deja muertos los pastos y las aguadas secas? ¡Cuál debería ser también la confusión de toda la propiedad ganadera lanzada de repente sobre un solo punto! Aquellas bestias arreadas y lanzadas así, deberían perecer casi todas de hambre y de sed; los habitantes de Salta y de Jujúy, que tenían en ellas su riqueza y su alimento, quedar en la miseria. El despotismo y la locura en esta medida se hicieron así visibles. Y no había remedio ni disculpa para dejarlo de cumplir, así en hombres como en cosas; pues éstas, caso de no ser trasladadas, serían dadas á las llamas; y las personas desobedientes, aun por invencible fuerza mayor, consideradas, perseguidas y tratadas por verdaderos traidores á la patria.

Claro está que medida semejante alzaría la grita á los cielos en aquellos pueblos heridos, sin decidir en nadie favorablemente la voluntad; más bien aumentó el odio, pues nadie ama á quien lo hiere y hace daño; ni igualaba el beneficio que el General se prometía obtener con los males y sufrimientos que

se iban á inferir. El cabildo de Jujúy, cuya ciudad menos podía librarse del doloroso trance por estar más á la mano, suplicó á Belgrano del rigor, siquiera en favor de las personas evidentemente impedidas de sufrir tan penosa deportación y notoriamente reconocidas por su patriotismo, como «por los ancianos, los enfermos, inválidos y desamparados, principalmente mujeres»; y no encontró su voz más que una cruel, inhumana é impertérrita dureza en aquel pecho otras veces noble y generoso, que respondió ahora diciendo:—«Se llevará á ejecución venciendo imposibles mismos». (1)

El cabildo de Salta elevó igualmente al General su súplica á nombre del vecindario, manifestándole que, al conocerse el bando por el pueblo», sólo se oían por todas partes quejas y lamentos»; los que no podían ser señales de amistad, y se lo hacía presente para que modificara tanto rigor, ofreciéndole, en cambio, recursos voluntarios para su ejército; cosa que el impertérrito jefe se negó duramente á aceptar, sujetándose á decir, exponiendo su candorosa buena fe en la medida:—«No busco plata con mis providencias: busco el bien de la patria. Yo no oigo clamores de particulares, sino el bien general. Los que no quieran sufrir esos perjuicios, anímense á defender la provincia, y no por conservar unos ganados, que serían para el enemigo, permanezcan fríos espectadores de las desgracias de la patria». No era así, por cierto, cómo más tarde se privaría de estos recursos al enemigo, ni es hiriendo despóticamente á los pueblos cómo se los hace amar la bandera, en cuyo nombre se los daña ó persigue. (1)

Tampoco hallaron eco en el parecer del General los razonamientos que le presentara el gobernador García sobre la torpeza y crueldad del medio empleado. —«Los obstáculos, le decía, que impiden extraer todo

(1) CARRILLO: *Historia de Jujúy*, página 178.

(2) Véase por lo comillado á MITRE, *Belgrano y Güemes*, páginas 81 y 188.

el ganado vacuno, caballar, mular y lanar de las haciendas de la jurisdicción de esta ciudad, se reducen á la falta de gente y caballada; pues indispensablemente se necesitan cuatro mil hombres y, á proporción, otros tantos caballos para recogerlo y sacarlo hasta la jurisdicción de Tucumán. Esto, aun cuando se consiga, nada hemos avanzado; porque la mayor parte se muere ó retrocede á sus pastos nutrices». Agregábale que, con tal medida, se dejaba á Salta sin auxilios para cuando se la reconquistara; y como no era esto una mera oposición porque tuviera mal espíritu, le indicaba en seguida cuáles serían los medios para privar al enemigo de estos recursos; los que consistían en arrear los caballos y mulas mansas á puntos difíciles para aquél, guardando con partidas sus entradas, evitándose así, terminaba, «el sacrificio total de las pobres familias que no pueden seguir al ejército». [1]

La guerra tomaba, de esta suerte, un aspecto horroroso, con acumulación de daños y padecimientos inútiles; y se hacía, desde su principio, doblemente amarga y desastrosa para aquellos desgraciados pueblos, condenados á sufrir por veinte años su azote; porque con sus recursos y privaciones tendrían que sostener y aun equipar los ejércitos nacionales y porque debía ser su país talado y desolado por el furor enemigo. Con estos actos, pues, de verdadera tiranía y ejercidos por uno y otro poder, las fuerzas de Salta se aniquilaban así, inútilmente, hasta consumirse, sin que pudieran rehacerse, causa de la guerra misma que por tan largo espacio ocuparía sus hombres y suspendería su comercio. Iniciábase, asimismo, con estos mandamientos de expatriación la larga vía dolorosa que tuvieron que recorrer por diez años las familias de Jujúy, de Salta y de Orán, abriéndose para ellas las puertas de ese sistema de padecimientos infinitos y de mortales zozobras, con menoscabo de sus intere-

(1) *Archivo Nacional*, 1812, Agosto, número 2.

ses, de su salud y de la tranquilidad doméstica; y que los supieron soportar hasta su término con una decisión admirable.

Vínosele, sin duda, la inspiración para medida tan cruel, tan intempestiva y tan violenta, el recuerdo de su invasión al Paraguay, donde vió desaparecer á su paso la población entera, dejando desolada toda la tierra de su tránsito; y quiso hacer en Salta lo mismo que vió se hizo tan eficazmente contra él en aquella desdichada campaña. Pero, al intentar imitar esta medida, no fijaba su atención en que él no contaba ahora, como lo contó tan de veras el Paraguay contra el ejército de la Junta, con el ánimo decidido del pueblo, pues que él nada había hecho para prepararlo y predisponer su espíritu para un paso semejante.

Las amenazas, pues, no produjeron el efecto calculado de levantar la provincia en contra de la invasión, como lo soñara Belgrano; pero, al anuncio que en ese mismo bando se hacía de que el enemigo se preparaba en las fronteras del norte para bajar de un momento á otro á pisar el suelo argentino, la fibra del patriotismo de los salteños se sintió tan vivamente herida cual si la hubiera tocado un golpe eléctrico, y la exaltación de la juventud y de los hombres decididos que llamaba Belgrano á las armas ante la patria en peligro, hizo que estallara el entusiasmo nuevamente, y que se precipitaran otra vez, con olvido de ofensas y desastres, á correr de nuevo las aventuras de la guerra [1]. «La inminencia del peligro hizo surgir esa fuerza», la fuerza popular, que no había conocido ni aun sospechado el General [2].

Entre los primeros y más descollantes entre esta raza heroica apareció el coronel don José Moldes que, aunque retirado con disgusto desde el año anterior, no pudo contenerse ante los nuevos peligros ni hacía á su honor y su valor quedar pacífico en el hogar,

---

(1) José Arenales,—*Memoria Histórica* del general Arenales, página 178.

(2) Mitre: *Belgrano y Güemes*, página 68.

y así, en cuanto tuvo por el bando noticia de que Goyeneche se preparaba á invadir el territorio, se le ofreció á Belgrano desde Salta, y el General, que conocía su valer, le pidió se le reuniera con todos los hombres armados y montados con sus propios recursos que quisieran acompañarlo. En este concepto, partió Moldes de Salta á reunirse á Belgrano en Jujúy, el 10 de Agosto, mandando 125 jinetes «armados y montados por sí, los que llenaron de honor á sus jefes con su noble comportación». (1)

Al par de esta legión que levantaba y conducía Moldes, cerca de doscientes jóvenes decentes,—la flor de los caballeros salteños,—se enrolaba en las filas de la revolución y reconstruía de nuevo el cuerpo aristocrático de los *Decididos,* que ahora se formaba de dos compañías de á caballo. (2) Gente toda de haber por su clase y posición, iban armados y montados á su costa con lujo y bizarría, llevando muchos, para su servicio, más de un criado, que venían á ser otros tantos soldados; como que su jefe, el arrojado coronel don Apolinario de Figueroa, figuraba con catorce de sus esclavos, puestos todos al servicio de la Patria, y armados y sostenidos con su bolsillo. (3) Este cuerpo marchó á incorporarse á Belgrano en Jujúy, y á su ejemplo, se formó allí otro de los jóvenes decentes de aquella ciudad, que se denominaron *Decididos de Jujúy.*

Así las cosas, este levantamiento, que tenía lugar tan de corazón en Salta y en Jujúy, representaba la suprema heroicidad. Porque, después de vencidos Cochabamba y todo el Perú, aquellos hombres, aquellos pacíficos ciudadanos que se resolvían en esa hora. terrible al anunciarles el General que el enemigo invadía, á empuñar por su cuenta las armas, y á abandonar sus familias ó exponerlas á una emigración, y á

---

(1) **Exposición de Moldes, tomo I de esta obra,** *Apéndice.*

(2) **Paz,** *Memorias,* **tomo I, página 68.**

(3) *Tradiciones,* **recogidas en la familia del coronel Figueroa.**

comprometer su seguridad personal y la suerte de sus hijos; y á dejar una tierra para ellos tan amada sin seguridad de volverla más á ver, quedando en ella sus intereses, dando caso á que se los declarara por de enemigos; y á correr, unidos á un ejército miserable que huía á vista del invasor por no tener fuerza con que resistirlo:—¿Con qué esperanza marchaban? ¿A dónde iban? Por lo que respecta al ejército de Belgrano, no hacía más que ver por su salvación y en seguimiento de la suerte que había abrazado y en que estaba metido, con la esperanza, al fin, de disolverse como una nube en una retirada sin término. Pero aquellos jóvenes que todo lo dejaban; aquellos padres que marchaban á errar con sus familias sin saber hasta dónde, dejando á sus espaldas por mil circunstancias todos los demás objetos de su ternura, dudando si la separación sería eterna, daban un paso que sólo era posible por el sublime amor á la Patria, capaz de todos los prodigios. Sacrificándolo todo por la libertad, aquellos hombres incomparables irían por su raro destino á servir de cabeza y de brazos al noble General, que en idénticas angustias y con idéntica fortaleza los guiaba ahora por entre las dudas de un porvenir tenebroso, no confiando más, después de Dios, que en su propia abnegación y en su valor.

A la par de estos levantamientos de entusiamo colectivo, la acción individual, aislada y por cuenta propia, así de hombres como de mujeres, dejóse sentir en altura no menos grandiosa; y esa vez se vieron que tocaban las fibras más sensibles del corazón, reproduciéndose allí para no parar en adelante. De ella pasó á la posteridad la digna memoria de don Mariano Benítez, natural de Córdoba, y que, siendo á la sazón comerciante de Salta y vecino de ella, llegados que fueron aquellos momentos de tanta aflicción, entregó á Belgrano mil pesos de su haber; entregó un esclavo para soldado en el ejército; entregó su propia persona, enrolándose como oficial voluntario y no satisfecho con tanto su extraordinario patrio, tismo, entregó, por último, las alhajas de su mujer.

la santiagueña doña Dominga Moreno, para hacer frente á las necesidades de la guerra (1).

El gobernador García, por su parte, cumplió también en este punto de manera dignísima su misión. No bien supo que el enemigo invadía, cuando puso todo afán por la defensa, y dejando de lado los métodos reglamentarios del reclutamiento, se valió «de toda clase de personas, haciendo venir milicias de más de cien leguas en un tiempo calamitoso», pudiendo de este modo remitirle á Belgrano quinientos hombres, y aunque muchos se desertaron, los más de ellos formaron el regimiento número 6.

El General, por otro acto de su despótica autoridad, mandó citar á todo el vecindario de distinción de Salta á la ciudad de Jujúy, donde debía presentarse á sus órdenes el día 12 de Agosto. Y así tuvo que cumplir aquella gente su éxodo violento marchando lo principal del vecindario, «sin exceptuar alcaldes ni regidores; y habiéndose decidido muchos á incorporarse en la compañía de *Patricios*, dejaron abandonadas sus casas y familias». (2)

Con todos estos refuerzos, que de tan dilatadas distancias le llegaban, hallóse Belgrano rebosando de defensores, á extremo tal, que las armas de que disponía no le alcanzaban para llenar tantas manos que las solicitaban, hasta que felizmente llegó don Francisco Gurruchaga, conduciendo desde Buenos Aires los 400 fusiles que enviaba como auxilio el gobierno, con lo que se remedió bastante la necesidad. (3)

Debió, pues, el general Belgrano haber experimentado en presencia de todo esto grata satisfacción y consuelo. Con la base de lo hecho procedió á nombrar al coronel don Apolinario Figueroa jefe de la

---

(1) *Registro Nacional*, tomo I, página 225, número 530.

(2) Véase carta de don Mateo Zorrilla á don Tomás Tejerina de las Heras, en Salta á 6 de Agosto de 1812, original en el archivo del doctor Güemes, y el *oficio* citado de García, de Octubre 11 de 1812, en el *Archivo Nacional*, legajo 1812, Octubre, número 1.

(3) *Archivo Nacional*, resumen de un oficio de Belgrano al gobernador en una *carpeta*, cuyo documento no hemos hallado, legajo 1812, Agosto, número 2 y Julio número 2.

milicia urbana de Salta. (1) Era éste un personaje de los de mayor figuración en este vecindario, así por su fortuna, que era mucha, como por su elevada y noble alcurnia, como que era hijo de doña María de Toledo, descendiente directa del duque de Alba, y del general español don Antonio de Figueroa, dueños ambos de casi un cuarto del valle de Lerma, pues, comenzando la heredad en San Agustín, á siete leguas de la ciudad, corría sin interrupción hasta Guachipas, treinta leguas más al sur. Abrazó la carrera de las armas desde muy joven por inclinación y aun por herencia de familia; y la revolución lo encontró con su espada, su admirable valor y su fortuna listos desde 1810 y enteramente á su servicio. (2)

VII

LA RETIRADA Á TUCUMÁN

Corriendo el tiempo, los momentos se hacían más urgentes y una viva agitación y actividad reinaban en las ciudades de Salta y de Jujúy con los preparativos de la retirada y de la emigración de las familias, viéndose en Jujúy,—que como asiento principal de las fuerzas había sido más trabajado con la presencia y diario contacto del General y del ejército,—no poder resistir el patriotismo de su población al peligro que amenazaba, hasta el extremo que todo se ofrecía á manos de Belgrano, una vez que se supo que Goyeneche invadía:—los hombres corrían á las armas, las mujeres dedicaban su afán á hacer cartuchos y hacendados y labradores se presentaban á poner á las órdenes del General sus ganados y sus cosechas (3).—Las carretas del comercio salían car-

(1) *Parte de Belgrano*, de la batalla de Salta.

(2) Perdió en la guerra toda su fortuna, y pasó á Lima en 1825, en donde parece que murió. Tenía desde 1820 el grado de coronel mayor, equivalente á general.

(3) Oficio de Belgrano al Cabildo de Salta, de 30 de Julio de 1812, en el *Archivo Nacional*.—MITRE: *Belgrano y Güemes*, página 187.

gadas camino á Tucumán, ó las mulas conducían á lugares distantes ó destituidos y ocultos las mercaderías, huyendo del castigo ó de la rapacidad;—las alhajas de las iglesias, los archivos públicos de las ciudades,—todo haciendo conjunto, á semejanza de una nación nómada que se aleja,—emprendió la marcha. A las cinco de la tarde del día 23 de Agosto el grueso del ejército salió de Jujúy, y poco más tarde su última división, que tuvo en las cercanías de la ciudad que recibir y contestar los primeros tiros, porque el enemigo estaba ya encima. A las doce y media de la noche partió el General, penetrando al día siguiente en Salta, mientras la vanguardia real se posesionaba en ese mismo día de Jujúy, abandonado del ejército y del vecindario.

Hubo de probar en Salta el General que no era vana amenaza aquello del bando, á pesar de que le decía al gobierno que las tales medidas de quemar todo lo que quedase á retaguardia era sólo *ad terrorem.* (1) Porque, habiendo encontrado que sus órdenes no habían sido vigorosamente cumplidas,—en cuanto á desmantelar la ciudad y alejar de ella ó destruir cuanto pudiera ser de utilidad y provecho al enemigo,—mandó proceder públicamente á la destrucción. Y así, entreaquellos actos de inaudito rigor, bueno es citar el caso del español don Agustín Gastiaburu, á quien en esos mismos días le acababa de llegar de Buenos Aires un cargamento de mercaderías que aún permanecía cerrado, y cuyo valor ascendía á la suma de treinta cinco mil pesos fuertes, y á las cuales Belgrano, después de mandar el reparto de ellas á las tropas, ordenó quemar las restantes, reduciéndolas á cenizas. (2) Un día después, saliendo de Salta Belgra-

(1) MITRE: *Belgrano y Güemes*, página 189, documentación del *Archivo Nacional*

(2) Consta de la solicitud de indemnización presentada por su esposa, doña Liberata Costas, ante el gobierno del general Arenales, en 1824; original en el archivo de Salta.

No habiendo tenido tiempo Gastiaburu, ó medio para transportar sus mercaderías y á fin de salvarlas, las emparedó en su casa. Un esclavo suyo, conocedor del artificio, se presentó á Belgrano y le dijo tenía un secreto que revelarle, si le concedía, en cambio, la libertad. Belgrano se la acordó en el acto y recibió la delación. En seguida se procedió con las mercaderías como se dice en el texto.—(Tradiciones recogidas en la familia de Gastiaburu y Costas, en Salta).

no para seguir su marcha, dió en Cobos,—la primera aldea de su campaña por el camino que iba á Tucumán,—con un cargamento inmenso de tabacos y sin más miramientos también lo entregó á las llamas. (1)

Felizmente, la precipitación con que corría su marcha no le dejó tiempo ni medios para multiplicar estos incendios y estragos; pero los hechos producidos, aunque pocos, no podían menos que infundir indignación y condena en aquellos que los sufrían y en sus deudos; á extremo de que Tristán, que no era dado por temperamento á esta clase de rigores, le decía á Goyeneche, en vista de los daños causados de esta suerte:—«Belgrano es imperdonable por su bando de 29 de Julio». A su vez era para el general en jefe realista esta medida un *bando impío.* (2)

Tampoco había tenido tiempo para obligar, como en Jujúy, á que la parte de población de la ciudad de Salta que no le era adicta ó que estaba desilusionada, ó, en fin, aunque patriota no miraba á nada útil y conducente la medida, cumpliera sus órdenes y abandonara su techo; de manera que no pocas se quedaron allí tranquilas, donde iban á prestar luego á la patria muy recomendables y bellos servicios, ó ya saliendo temerosas á los puntos cercanos y seguros de su misma provincia, quedaban á la espectativa de los sucesos. Y aconteció que, saliendo Belgrano precipitadamente de la ciudad á seguir su marcha, entró á posesionarse de ella, aún divisándose el polvo de su partida, y en nombre del Rey de España, el jefe de la vanguardia real, don Agustín Huici, que había labrado en el Alto Perú recientemente negra página de violencias y de sangre para su historia, y halló hasta la mitad del cabildo dispuesto á recibirlo. (3)

Al salir el ejército de Jujúy, sus últimas filas se

---

(1) PAZ, *Memorias*, tomo I, página 52.

(2) PAZ: *obra* citada, tomo I, página 53.—CARRILLO: *obra* citada, página 175.

(3) Libros capitulares de Salta.

habían visto obligadas á cruzar por entre las balas que tanta había sido la temeraria demora del General; y así fué preciso caminar marchando á pie y sin descanso durante todo el resto de aquella tarde y la noche que le siguió, hasta lograr descanso sólo á diez leguas del punto de partida, porque el enemigo, tenaz é incansable, á manera de fantasma implacable de persecución, aparecía constantemente ofendiendo á su espalda, con fuerzas robustas y atrevidas, y tanto, que á esta altura, tan peligrosa aparecía la situación, que tuvo Belgrano que recurrir al arbitrio de auxiliar su retaguardia con dos cañones á fin de resistir en adelante.

Contenido de esta suerte el enemigo, entró Belgrano á la ciudad de Salta. Plegáronsele aquí lo restante de las milicias comandadas por Figueroa; la compañía que hacía guarnición en la ciudad á las órdenes de su capitán don Toribio Tedín y los emigrados de esta ciudad, que reunidos á los de Jujúy, formaban el afligido y pesado convoy del ejército, donde se veía buen número de ancianos, de mujeres y de niños. También en Salta se extrajeron los archivos públicos y las alhajas de oro y plata de las iglesias para salvarlos de la rapacidad y vandalismo del «solemne ladrón y asesino» Huici, jefe de la vanguardia real. (1)

Este jefe, activando la persecución muy en sí y engreído al ver cómo en su presencia huían sin volver rostro soldados y General, alcanzó otra vez la retaguardia patriota que dirigía Díaz Vélez, en la Cabeza del Buey, punto distante como ocho leguas de Salta, camino á Tucumán; y la embistió con tal ímpetu que la arrolló completamente, tomándole prisioneros «y una porción considerable del pesado con-

(1) Las palabras entre comillas pertenecen á Belgrano, quien asentó con su propia mano en el libro capitular de Salta, lo siguiente:—«Entrada del más solemne ladrón y asesino que ha pisado las Provincias Unidas del Río de la Plata, y principio de la dominación de los tiranos. de resultas de la intruición del ejército de Lima, al mando de don Pio Tristán y Moscoso, natural de Arequipa, dependiente de don José Manuel Goyeneche, natural del mismo pueblo.—*Belgrano*».

voy», (1) obligándola á refugiarse entre las filas del grueso del ejército, cuya presencia detuvo la persecución.

Este penoso contraste, unido al decaimiento y debilidad que infundía en el ánimo una retirada casi parecida á la fuga, huyéndose de un enemigo que día y noche molestaba y acometía y siempre venturoso y fuerte, había quebrado mucho el espíritu marcial que correspondía al ejército. Era creencia absoluta en él, y que comprendía aun al mismo General, de que las fuerzas que perseguían eran no otra cosa que el ejército de Tristán todo entero y no su vanguardia simplemente, por lo que se ponderaba su poder y se le temía, aunque en lo real de las cosas eran tales fuerzas inferiores á las que Belgrano comandaba. Debido era este error á que las avanzadas no habían logrado imponerse de veras del enemigo, y por tanto, mantenían en engaño ó ignorancia al General. También la desmoralización tomaba creces con todo esto por momentos, siendo los oficiales quienes más de esta enfermedad padecían. Y no era esto sólo: pues el ejército sufría á más escasez y privaciones las más fuertes; como que ni dormía, con el incesante peligro; ni tenía agua suficiente para aplacar la sed engrandecida con el calor propio de la estación, muy fuerte en aquella latitud, con el polvo del camino y la agitación de la marcha, y aun lo mortificaba el hambre, pues estaba mal comido. Sólo muy pocas almas, entre ellas la del General, no flaqueaban con tanto; que Belgrano, siempre entero, mostrándose en la adversidad tan grande como en la fortuna, acudía á un punto y otro, donde era requerida su presencia, para animar á los unos, para reprender á los otros; para ordenar; para allanar los tropiezos; dar nervio y constancia en todo aquel cuerpo vacilante é infundir con su presencia en todas partes, y aun en los puntos de mayor peligro, fe y

(1) TORRENTE: *Obra* citada, página 237.

valor, haciendo sentir y respetar su autoridad con actos ejemplares de energía y disciplina, como que á dos soldados que se separaron de las filas los hizo prender y fusilar.

Siguiendo esta marcha agitada y dificultosa, llegó el 29 de Agosto á las costas del Pasaje. Había recorrido hasta allí cincuenta leguas, padeciendo al lado de los males anotados muchos otros de menor significación, aunque no menos mortificantes; porque en aquella estación del año,—que es por allí el anuncio de la primavera,—el suelo de las provincias del Norte se muestra profundamente seco, á punto que los caminos sólo son lechos gruesísimos de polvo que, al cruzar por ellos el caminante ó el ganado, se levanta en nube espesa y sucia; y los árboles no muestran más cosa que sus pies y sus ramas obscuras y desprovistas de follaje, y los campos arrasados ó cubiertos de pastos, sin lucir una hoja verde y que no son sino alfombra amarillosa y polvorienta. Esto es por causa de que en aquellas regiones las lluvias sólo humedecen la tierra durante el estío, suspendiendo sus benéficos dones por el mes de Marzo; y acontece entonces que, en llegando Agosto, ábrense los cielos antes cerrados por el invierno y los rayos del sol, comenzando á ser más calidos, contribuyen con su fuego á llevar á extremo tal la sequedad de la tierra que, si acaso el verano no lo fué rico en lluvias, los ríos menores y aun sus fuentes se agotan y quedan en seco, y los ganados entonces, convertidos en lánguidos espectros, van muriéndose de hambre y de sed á un tiempo.

Venía sobre estos males propios de la naturaleza para aumento de la sofocación del cansancio y de la sed, la incurable costumbre del campesino de por allí de incendiar, desde el 10 de Agosto, día de San Lorenzo, que pereció abrasado por el fuego, los pastizales que cubren ya secos los campos y los cerros, bajo la fe de que así brotará mejor el pasto nuevo. En el caso, extendiendo su poderío el incendio, corren sus llamas por leguas en ríos de fuego, caldeando

la atmósfera y desarrollando vientos cuyo soplo, antes que refrescar, sofoca y quema.

Con este mismo aspecto vino el mes de Septiembre encontrando al ejército al otro lado del Pasaje; y aconteció que el día 3, habiendo cruzado á la banda del sur del río de las Piedras, que estaba seco, el grueso de las fuerzas patriotas, había quedado en el campo del norte y distante unas dos leguas la retaguardia que lo seguía.

Las fuerzas del Rey que seguían en su persecución, mandadas por Huici y el coronel Llano, resolvieron aquí terminar de una vez la jornada, dando un choque decisivo. A eso de las dos de la tarde, sus avanzadas dieron sobre la retaguardia, que mandaba Díaz Velez, carga tan impetuosa y fuerte, que la pusieron sin más en derrota; pero este jefe, desmontando sus escuadrones de dragones y granaderos, internóse con ellos por el bosque que cubría ambas orillas del camino, y así protegidos, logró contener al enemigo y que retrocediera. Pero esto no fué más que accidente pasajero; pues, dándose las avanzadas á su vuelta con lo restante de la vanguardia real,—que era de 600 hombres,—todos juntos ahora renovaron con mayor viveza el ataque, y con tal suerte, que derrotaron por completo á Díaz Velez, tomándole como cien prisioneros. Vencidos y vencedores seguían mezclados y corriendo hacia el río de las Piedras, los unos buscando la ayuda y protección de sus compañeros allí acampados, y los otros sedientos y ufanos por completar definitivamente la victoria.

Belgrano se aprestó á recibirlos desplegando sus fuerzas en orden y actitud de combate y tomando las posiciones que con ventaja le ofrecía el terreno, que en parte cubrían matas y arbustos, formando lo que por allí se llama un monte bajo. En eso ya se divisó la inmensa nube de polvo entre el humo de los campos incendiados. y tras ella, el tropel de los perseguidos y perseguidores. El General, recorriendo á caballo su línea, la arengó con breves palabras amenazando con pasar por las armas á todo aquel que vol-

viera espalda al enemigo; y en seguida ordenó al barón de Holemberg pusiera en función sus cañones, con cuyo fuego se logró detenerlo; el que haciendo entonces pie á cosa de tres cuadras se contrajo á reorganizarse y tomar posiciones de combate. Belgrano esta vez llevó el ataque. Casi á un tiempo todas sus fuerzas cargaron y con tal ventura, que pusieron á la orgullosa fuerza real en pronta y precipitada fuga, echándose tras ella y persiguiéndola por espacio de media legua, quitándole armas, matándole veinte hombres, tomándole otros tantos prisioneros, salvando parte de los compañeros capturados en la primera refriega y no padeciendo más pérdida que las de tres muertos y seis heridos.

Uno ó dos días después de este suceso llegó Tristán con lo principal del ejército real á Salta, donde fué recibido entre repiques y aclamaciones tributados por todos los españoles allí residentes, por los realistas de corazón, acompañados de la demás gente que siempre va donde la arrastra el temor ó la curiosidad. Cuanta había sido la opresión que las circunstancias y presencia del ejército de Belgrano habían impuesto á sus pechos para que acallaran su amor á la causa del Rey, tanto mayor había sido el desbordamiento de su entusiasmo y el júbilo de sus almas al verse bajo la bandera reconquistadora de Tristán. Y así, no pararon sus muestras de adhesión en mero regocijo, sino que, ardiendo en una pasión la más profunda, doblemente inspirada por la política y la religión, y alucinados con la seguridad indubitable con que aparecía á sus ojos la victoria, —supuesto no era otro el semblante que les mostraban las cosas,— corrieron, no sólo á ofrecer sus dineros y sus viviendas, sus armas y sus bienes para auxilio del ejército, sino que se los vió á esos españoles correr casi todos á sentar plaza en los batallones, incorporándose al ejército hasta los frailes que no habían emigrado; [1]

---

(1) MITRE: *Obra* citada, tomo II, página 101.

y habiéndose visto salir á recibirlo, formando en e cabildo, hasta hombres que, como don Juan Manuel Quiroz, serían más tarde jefes militares de la revolución, ó como don Fructuoso Figueroa, cuñado que había de ser de Güemes, y hermano del coronel, de tan recomendable patriotismo; porque tal era el desquicio en que se hallaba trastornada la opinión. (1)

Casi pasó de largo Tristán por esta ciudad, que apenas redujo su acción á organizar el cabildo que había quedado trunco por la emigración de la mitad de sus miembros, y el gobierno político y militar, que lo puso en manos del segundo jefe de su ejército, don Juan José Campero, marqués de Yavi y Valle del Tojo, quien quedó, así, gobernador de paso, hasta tanto llegara el que nombró Goyeneche desde Potosí y que lo era el coronel de milicias doctor don José Márquez de la Plata, oriundo de La Paz. (2)

Hecho esto, y noticioso del golpe sufrido por su vanguardia en el río de las Piedras,—la que había quedado estacionada en la frontera, en el punto medio entre Yatasto y Metán, — salió Tristán de Salta y marchó en apoyo de sus comandantes Huici y Llano, que estaban á la espera de refuerzos. Entre estos y otros quehaceres tardó doce días el ejército real en renovar su avance, moviéndose recién de su cuartel en marcha de Metán; dando tiempo tal demora á que el de Belgrano pudiera adelantar en sosiego, mediando al presente largo espacio entre uno y otro beligerante. Todo esto había sido el fruto del combate del río de las Piedras, insignificante, sin duda, como hecho de armas; pero que produjo dos ventajas preciosas:—que el ejército tan desalentado, cobró ánimo y templó su nervio, sintiéndose con fuerza para vencer; y el ejército real amainó sus ímpetus y se hizo más cauto y respetuoso, dejando de allí en adelante de incomodar ni una sola vez ya la retaguardia patriota, en cuya ofensa parecía haberse cebado.

---

(1) *Libros Capitulares* de Salta; acuerdo de 3 de Septiembre de 1812.

(2) *Libros Capitulares:* Registro Nacional, número 174.

No produjo, sin embargo, este hecho, eco alguno que cambiara la opinión. Algunos de los emigrados que escoltaban el ejército, vacilando aún entre el partido que deberían tomar, se volvían á Salta, como lo fué el doctor Francisco Claudio Castro, que lo hizo desde el Pasaje; [1] aún de Santiago, el alcalde Aranda, «hombre animoso y de gran prestigio», se pasaba á Tristán; y el cura Laguna, de Trancas, persuadido por el general enemigo, pasábase, igualmente, á las banderas del Rey, no teniendo embarazo de predicar públicamente en favor de su causa, dando á los patriotas por perdidos; y el partido realista que quedaba á espaldas del ejército, libre y sin temores ya, multiplicaba sus esfuerzos y afanes para ensancharse en la opinión y hacerse fuerte en las provincias de Salta y de Jujúy, que, bajo los prestigios de un ejército victorioso, del aliento que infundía en las masas la voz de gran parte del clero, encabezado por el deán Isasmendi, y del peso decisivo del gobierno, iba consiguiendo estas y otras ventajas que debían ser mayores cada día. [2]

Todas estas circunstancias, favorables unas y adversas otras, servían de consuno para fortalecer en el ánimo del general Belgrano el propósito que lo animaba desde Jujúy, de no abandonar al enemigo todas aquellas provincias, y de cuya opinión y recursos podía, como ya lo iba mostrando, más fácilmente adueñarse. Otra circunstancia añadíase, además, visible y poderosa, la cual era que todos aquellos auxiliares voluntarios de las campañas, que á la voz de sus caudillos lo iban acompañando y á cada paso que avanzaba engrosaban sus filas, era gente de valor y de entusiasmo, sin rival en tratando de guerrear en

---

(1) Natural de La Paz. de donde emigró por «sumamente comprometido». Se casó en Salta; hizo en 1814 segunda traición á la Patria; y sin embargo, fué ministro del general Güemes por cortos días, siguiendo desde entonces y figurando entre los de la revolución, desempeñando altos cargos en la magistratura. (Papeles del doctor Pedro Antonio Arias y otros).

(2) PÁZ; *Obra* citada, tomo I. página 52. El deán Isasmendi fué por este y otros motivos. depuesto de su silla por resolución del gobierno, en 1813, y nombrado en su lugar el doctor don Alonso de Zavala, hombre del más esclarecido patriotismo.

su provincia, pero saliendo de ella, perdería todas sus virtudes, haciéndose imposible el contenerla, pues no seguiría un paso más, y volvería á sus casas. Pero las órdenes imperiosas que tenía del gobierno y que se le repetirían en adelante, lo obligaban á sacrificar todas estas ventajas que palpaba y veía con ojos propios.

Siguiendo, pues, en la virtud de la obediencia, en vez de ir derechamente á Tucumán, torció hacia el naciente; porque más abajo de Yatasto el camino se partía en dos. Uno era el que, tomando hacia el oriente, seguía por cinco leguas este rumbo y doblando al pie de la sierra para el sur, llegaba por línea más corta á Santiago, luego á Córdoba y á Buenos Aires; y el cual era el abierto y usado por el comercio, por lo que se le llamaba de las Carretas, y también por los troperos para la internación de mulas del litoral á Salta; y era el otro el que conducía directamente á la ciudad de Tucumán.

Por la ruta elegida, la marcha de Belgrano pudo ser ya sin la zozobra y el riesgo de un ataque; pues Tristán, dejándole seguir libremente por allí, trató de apoderarse de Tucumán. Llegado así hasta Burruyaco, en territorio de esta última jurisdicción, dejando á Salta al norte, á Tucumán á un lado, y viéndose á su frente las lindes ya de Santiago, Belgrano parecía pisar las últimas tierras de aquellas provincias para desaparecer totalmente y abandonarlas, perdiéndose con su ejército en las llanuras de Santiago y de Córdoba. Profunda y dolorosa impresión causaron estas circunstancias en los voluntarios que formaban en sus filas y en aquella numerosa emigración de Salta y de Jujúy, á quien se plegaría ahora la de Tucumán; porque ninguno de ellos aceptaba pasar por el durísimo trance de no hacer nada en la defensa de su país y de sus hogares y de seguir adelante abandonando al enemigo la tierra amada que los había visto nacer, en la cual habitaban, y en donde quedaban sus intereses expuestos á perderse para siempre, y sus familias entregadas á la miseria y á los pe-

ligros que eran propios y consiguientes á tan amarga situación.

Y así parece que lo fué, en efecto. Porque, no obstante sus heroicos deseos, Belgrano no se atrevió á desobedecer al gobierno que le ordenaba imperiosamente retrocediera, pasando sobre toda consideración, y aunque obtuviera algún lance favorable; y así le anunciaba ya, en 7 de Septiembre, diciéndole: «En cumplimiento de mis instrucciones, voy á retirarme». (1)

Quiso, antes de partir, juntar en su auxilio los elementos de tropa y armamento que hubiera en Tucumán, — país que recién abrigaba al ejército en su seno,—y por tanto, debería poseer algo de estos recursos, para luego tentar la fortuna, acometiendo, como en el río de las Piedras, algún cuerpo ó división del enemigo, contramarchando repentinamente sobre ella con todas sus fuerzas; especulando con esto, caso de serle los hados favorables, en descansar un tanto de los presentes apuros y quizá en evitarse la necesidad de continuar en esa retirada interminable y desastrosa. Esta era, y no más, la resistencia y defensa que Belgrano se proponía por entonces. (2)

Descansando con este propósito un espacio en Burruyaco, en el punto de la Encrucijada, á tres leguas de la ciudad, y cediendo á tales impresiones, comisionó para lograr estos fines al comandante don Juan Ramón Balcarce, con orden de entrar á la ciudad de Tucumán y extraer de ella para el ejército todas las armas existentes, así blancas como de fuego, que aquel vecindario en su entusiasmo patriótico ofreció de buena gana, entregando hasta los espadines de honor de los regidores de su Cabildo y sin perdonarse ni las escopetas de caza de algunos vecinos. (3)

---

(1) MITRE: *Belgrano y Güemes*, página 190.

(2) Nota de Belgrano, citada por MITRE, *Historia de Belgrano*, tomo II, página 104.

(3) Relación del general Alvarado en *Memorias de Lamadrid*, *Apéndice: Memorias* del general Alvarado, citada.

Iba también Balcarce encargado de ver si era posible, alentando el espíritu cívico de los tucumanos, levantar algunos cuerpos de caballería voluntaria, como en Salta, para que engrosaran el número y dieran alguna fuerza más á su ejército.

Desde que comenzó á dar cumplimiento Balcarce á una y otra comisión, las dudas cada vez más afligentes iban llenando de justísimas alarmas la población de Tucumán; porque también sucedía que el comisionado del General no quiso poner á nadie en conocimiento de cuyo era el objeto de estos preparativos ni para qué se desarmaba tan misteriosamente á los ciudadanos estando á catorce leguas no más el enemigo.—Con esto y otras sospechas, comenzó á ser voz pública en Tucumán de que Belgrano tenía orden y el pensamiento de abandonar las provincias á poder del enemigo; y aumentando su crédito la sospecha, produjo la más disgustada impresión y conmovió de tal suerte al pueblo que por grupos comenzaron á reunirse en las casas principales para acordarse en cuál era el partido que ante amenaza tan grande correspondía tomar. (1) Pero los que principalmente en Tucumán dirigían la opinión y el sentimiento público se reunieron á tratar sobre esto y la suerte de su país, en casa de don Bernabé Aráoz, que era en esas circunstancias el más influyente y principal vecino; como que era de la familia de más realce de por allí y hombre de gran patriotismo y desinterés, enriquecido en el comercio y dueño de un ascendiente grande y poderoso sobre la gente campestre ó gauchos tucumanos, de quienes era á especie de caudillo, con muchos de sus rasgos y tendencias, aunque no tuviera para jefe de masas guerreras ni los conocimientos ni los talentos propios del genio militar.

Miraban los de la reunión que, de seguir Belgrano su camino á Córdoba, Tucumán y su gente quedarían, como Jujúy y Salta, á merced del enemigo; y

———

(1) *Memorias* del general Alvarado.

que ellos, como más parciales de la revolución y más comprometidos, por sus antecedentes, tendrían que seguir también los pasos del ejército en esa dolorosa é interminable retirada, perseguidos de cerca por el enemigo, abandonando todo á sus espaldas, lo más sagrado y lo más querido, así como iban y padecían los hijos de Salta y de Jujúy, emigrados de su país, formando cola á la fuerza militar en marcha. Y como á tamaño sacrificio no hallaran dable el someterse así no más, enviaron á presencia del comisionado de Belgrano una diputación de su seno, de la que hacía cabeza el mismo don Bernabé Aráoz, y la completaban su hermano el cura vicario de Tucumán don Pedro Aráoz, y el teniente del ejército don Rudecindo Alvarado. Tenía por objeto la embajada averiguar de Balcarce cuál era la intención del General en estas circunstancias—curiosidad á que daban motivo todos los actos y preparativos de su representante en la ciudad—y de ofrecerle á Belgrano, si aceptaba defenderlos con sus fuerzas en Tucumán, todos los recursos de la provincia.

Balcarce se negó á dar explicación, pero se comprometió á participar todo esto al General. [1] La diputación de Tucumán partió, entonces, al campo de Belgrano, acompañándola gran número de personas notables. Llegados que fueron al campamento, uniéronse á ellos para apoyarlos los personajes más influyentes y de mayor notoriedad que allí se hallaban, así del ejército mismo, como lo eran Moldes, Balcarce, Díaz Vélez y Dorrego, cuanto del vecindario emigrado de Jujúy y de Salta, en que figuraban hombres como Gorriti, Gurruchaga, Bustamante, Boedo, Figueroa y otros tan respetables del número de más de ochenta señores que formaban el núcleo salido de la ciudad de Salta, pertenecientes á la clase civil y clerical, sin contar en ellos los que habían tomado las armas.

(1) *Memorias* del general Alvarado.

La comisión tucumana, secundada así y robustecida con el apoyo y la resuelta energía de todos aquellos patriotas, celebró la entrevista con el General y se le pidió en ella, en nombre de los pueblos del norte así representados, no pasara más adelante y no abandonara aquellas infortunadas poblaciones á la saña y poder del enemigo; y que hiciera por ellos y por la patria un esfuerzo digno de su valor y de los actuales peligros, pues ¿cómo había de abandonárselos después de tanto compromiso sin hacer nada por ellos? Y porque, así como en el río de las Piedras, también allí en Tucumán lo vencerían al invasor, luchando contra él todos unidos, el ejército y el pueblo, dispuestos como se hallaban á vencer ó morir por su libertad. Expuesto este deseo por la diputación y los principales representantes de las fuerzas y opinión del país como del ejército, manifestó Belgrano que tal había sido también el suyo desde que se hizo cargo de los negocios de la guerra en Jujúy; pero que, obligado por el deber en que estaba de cumplir las órdenes que tenía recibidas del gobierno, no podía comprometer su ejército en un combate; revelando aquí, por primera vez, las instrucciones que tenía de retirarse hasta Córdoba. Entonces los ciudadanos y los jefes voluntarios, sobre todo don Bernabé Aráoz, le exigieron pasara sobre toda consideración, á fin de salvar la Patria y sujetar al enemigo, que era el supremo deseo del país y de ese mismo gobierno; que ellos cargarían con toda la responsabilidad; llegando en su desesperada exaltación hasta el extremo de amenazarlo con que, en caso de no acceder y emprender de nuevo la marcha, no solamente lo abandonarían ellos también, sino que, levantando la población en masa, lo hostilizarían á su paso como á verdadero enemigo, y que medios tendría, le agregó Aráoz, cómo hacer quedar todo el ejército, aun contra las órdenes de su propio general. (1) Bien conocía Belgrano todo esto,

(1) De la Rosa: *Tradiciones* citadas. Artículos del doctor Vélez Sarsfield en Mitre: *Belgrano y Güemes*, página 245.

y aún más; porque desde que, sin llevar adelante el triunfo de las Piedras, dió muestras de ser su voluntad continuar su marcha en retirada, la deserción de los soldados hijos de aquellas provincias que se dejaban, fué visible cada día; y este abandono de las filas, proclamado, prestigiado y favorecido ahora por la acción de los jefes de caballería de gauchos voluntarios, sería en gran porción y de manera incontenible una vez que pisaran los últimos palmos de aquella tierra. [1] «El general en jefe respeta la subordinación y trepida»; pero, en oyendo esto, y «observada la resolución de todos los individuos del ejército y de cuantos patriotas vinieron á sus banderas de morir ó vencer», [2] no necesitó más Belgrano para ligarse con ellos; trabajado como estaba su espíritu con esta misma preocupación. Dieron aquí término «las trepidaciones de su alma heroica», y quedó desde entonces resuelto su ánimo á desobedecer al gobierno y ceder al pueblo y á su propio deseo; pero, como queriendo obtener el mayor esfuerzo de sus aliados—sin declararse aún francamente por ellos—les propuso arrostrar la responsabilidad que este paso insubordinado le traería, toda vez que ellos se comprometieran á auxiliarlo con veinte mil pesos para socorro de las tropas y con mil hombres de caballería.

Aráoz, no solamente le accedió allí mismo, sino que le ofreció el doble. El dinero salió de todos, que, por lo general, era gente rica; pero especialmente de los Gurruchaga, de los Gorriti, Moldes, Figueroa y de los Aráoz;—y, en cuanto á las fuerzas pedidas, don Bernabé Aráoz, el vicario de Tucumán, y sus amigos pusiéronse seguidamente en obra; y, haciendo valer su influencia y prestigio, que era mucho en la gente campesina, el caso fué que á los tres días presen-

(1) Notas de Belgrano del 7, 12 y 19 de Septiembre, que cita Mitre: *Obra citada*, tomo II, páginas 104 á 109.

(2) Parte de Belgrano sobre la batalla de Tucumán. *Revista del Paraná*, tomo I, página 825. Archivo Mitre.

taron al General las milicias tucumanas pedidas, que ascendían á más de seiscientos ginetes. [1]

Quiso entonces Belgrano explicar su conducta al gobierno, pintando las circunstancias; y, como para justificar el acto de insubordinación en que caía, haciéndolo, le dijo:—«La gente de esta jurisdicción se ha decidido á sacrificarse con nosotros si se trata de defenderla, y de no, no nos seguirá y lo abandonará todo. Es de necesidad aprovechar tan nobles sentimientos que son obra del cielo..... Los que van quedando atrás se hacen nuestros contrarios, y facilitarán al enemigo medios de que nos persiga. Los tucumanos mismos que ahora están con nosotros serán los peores, y nuestra pérdida será entonces inevitable. Pienso aprovecharme de su espíritu público y energía para contener al enemigo ó para ganar tiempo, á fin de que se salve cuanto pertenece al Estado. Cualquiera de los dos objetos que consiga es un triunfo. En estas circunstancias, en que ya he reflexionado demasiado; en que he discutido con los oficiales de mayor crédito y conocimientos, no he hallado más que situarme en este punto y tratar de hacer una defensa honrosa. Nuestra situación es terrible; y veo que la Patria exige de nosotros el último sacrificio paracontener los desastres que la amenazan. [2] Porque V. E. debe creer que desde el momento en que dé un paso retrógrado más el ejército, todo es perdido, sin arbitrio alguno y sin que haya un medio de poderse remediar. Las tropas son de Jujúy, Salta, Tucumán y Santiago, y entre los bosques hallarían abrigo para desertarse y llevarse las armas por más celo y vigilancia que se tenga, como ya me ha sucedido con algunos de la jurisdicción de Jujúy y Salta. Los tucumanos que han venido en mi auxilio, y forman

---

(1) La mayor parte de los datos referentes á los trabajos hechos en Tucumán para resolver el ánimo de Belgrano á hacer resistencia son tomados de Lamadrid, *Memorias*, tomo I, página 8; y de las *Tradiciones* escritas por don Marcelino de la Rosa, de Tucumán, en el *Apéndice* de las *Memorias*, citadas, sujetos á los datos más exactos que consigna el general MITRE en la *Historia de Belgrano*.

(2) Resumen de los oficios de Belgrano al gobierno, citados. MITRE: *Belgrano y Güemes*, página 194.

un grueso de caballería respetable, volarán para sus casas y me abandonarán». (1)

Por otro lado, el entusiasmo cívico se había encendido en todas las almas; de manera que Tucumán ardía en deseos de habérselas con el enemigo en igualdad de medida con los que sentían los del ejército, habiéndose dado el caso de que, cuando, aproximándose Belgrano á la ciudad puso el pie en ella, saliera á su encuentro y á recibirlo «todo el pueblo, hombres y mujeres, y á rogarle que no pasara adelante, que allí había medios bastantes para hacer frente al ejército español»; (1) y que el comisionado Balcarce, que se hallaba en la plaza organizando las milicias, le presentara cuatrocientos hombres que habían tomado las armas por la causa merced á la influencia de los Aráoz.

Siguiendo Balcarce en sus buenas medidas, «confinó á los españoles de Tucumán á veinte leguas; proclamó al pueblo y despachó comisiones para recolectar caballos y armamento. Fijó como punto de reunión la costa del río y reunió mil hombres escogidos, cuatro mil caballos y un número considerable de armas». Organizó con todo esto cuatro escuadrones y los disciplinaba día y noche, despertando más el entusiasmo y amor del pueblo. (2)

VIII

BATALLA DE TUCUMÁN

Resolvió, pues, Belgrano dar término en este punto á su retirada emprendida desde Jujúy cien leguas más al norte, aprovechando el entusiasmo heroico de las poblaciones; y vino en favor suyo, no sólo este concurso popular, sino aquel tiempo precioso que

(1) Mitre: *Belgrano y Güemes*, página 245, artículo del doctor Velez Sarsfield.

(2) *Revista del Paraná*, citada.

tan torpemente dejaba correr sin aprovechar el enemigo, que Belgrano lo utilizó en preparar, instruir y armar su ejército, no perdonando para ello medio ni perdiendo instante, aun suprimiéndolos al mismo necesario reposo; como que, desplegando una extraordinaria actividad que secundaban oficiales y pueblo, se lo miraba á caballo día y noche, y á su estado mayor siempre con la brida en la mano, sin desensillar un instante.

Mucho debía conseguirse con tanta abnegación é interés; empero, mucho también había que hacer dentro de tan breve espacio y tan grandes apuros; porque hasta entonces nada ó muy poco se adelantaba si los nuevos aliados no ofrecían el aspecto militar, aprendiendo algo siquiera de disciplina y manejo de las armas. De éstas había mucha escasez, aun para las filas regulares del ejército, como que un tercio de la infantería que se llamaba de línea carecía de bayonetas. Ideó el General entonces proveer á esta deficiencia de los fusiles, dándoles grandes cuchillos á los infantes; y haciendo cosa semejante para la caballería de gauchos tucumanos, quiso proveerlos de una especie de lanzas para que alcanzaran á herir con menos riesgo y mayor ventaja al enemigo durante la acción, para lo cual hizo que en el extremo de las picas, formadas de gajos cortados en el bosque, se ataran cuchillos ó puñales con angostas cintas de piel vacuna, las que, secándose con el calor, ajustaban de manera firmísima. Adiestrábalos en el manejo de esta arma el coronel Balcarce; mas su presencia no tenía nada de militar, pues, como los gauchos de Salta adheridos al pasar, vestían su traje de paisano. Algunos de los de esta provincia, sin embargo, eran armados de carabinas y fusiles, por depender de gente más rica, que siempre fué costumbre tuvieran en la casa de la estancia su depósito de armas para hacer la justicia y aun la guerra, que fué ésta en Salta y en Jujúy carga heredada desde la época de la conquista y que, en 1810, aún subsistía con los indios del Chaco. No se crea por esto que la

caballería propia del ejército llevara mucha ventaja á esta milicia voluntaria, pues era poco diestra en el manejo de su arma, que no era otra que la carabina, é ignorante por completo de las evoluciones y táctica que le correspondía, no porque ella hubiera sido tarda en aprender, sino por la ignorancia absoluta en que vivían sus oficiales y jefes, que nada de tal cosa sabían; y todo su desempeño en un combate se reducía á dar la carga, y, si vencía en el inidente, dar por terminada su misión, mirando la lanza con desprecio grande, y teniendo el sable en muy poco también. (1)

Con todo esto, reinaba en Tucumán un inmenso entusiasmo: todos estaban aplicados al servicio de la guerra, instruyéndose en la disciplina, componiendo las armas, juntando recursos; don Francisco Gurruchaga, tribuno voluntario del ejército, inflamaba su espíritu con aquellas sus arengas llenas de ardor y patriotismo y con su caudal; (2) preparativos todos que, aunque el General nada había hasta entonces revelado definitivamente, confesaban al público iba á darse allí muy en breve una batalla. Esto se hacía más evidente y claro cada día, como que, entre otras medidas, Belgrano mandó abrir fosos en las calles de la ciudad, alzar á su raíz trincheras y guardarlas con seis cañones y una guarnición, mientras él salió á situarse en las afueras de la ciudad con su ejército, que engrosaba cada día, eligiendo para ello la parte de su norte, como que, viniendo de Salta, por allí debería aparecer el enemigo.

El ejército real había hecho alto en Metán, cerca del río de las Piedras y á consecuencia del contraste que sufrieron por allí sus armas; y Tristán, cayendo en el mismo error, perdió doce días, aguardando allí la reconcentración de algunos cuerpos que habían quedado rezagados, sin dar el impulso que era el se-

---

(1) PAZ: *Memorias*, tomo I, páginas 56, 58 y 59.

(2) *Informe* sucinto de sus servicios que se hace para conseguir una beca á favor de su nieto don Isaac Gurruchaga, 1865, Archivo de Salta, legajo de *Varios* sin ordenar.

creto de su victoria; porque así dió tiempo á su rival, parando en Tucumán, asegurara en sus manos todos los recursos del país, que de otro modo no hubieran sido suyos. Y con esa lentitud,—que quizá le inspiraban el propio orgullo y confianza que tenía en lo invencible de su ejército, despreciando unos cuerpos derrotados y en fuga,—reanudó y siguió, al fin, lentamente su marcha á Tucumán. En todo el camino no daba más que con el silencio y el vacío; porque las poblaciones del paso habían huido al fondo de los bosques, abandonando sus casas y retirando los recursos; y la mayoría de sus hombres habían tomado las armas, capitaneados por los principales vecinos, y seguían á Belgrano ó quedando por allí, formaban partidas sueltas de gauchos para hostilizar á Tristán; resaltando entre todos el doctor don José Ignacio Gorriti, opulento hacendado de Los Horcones, vecino del Pasaje, que «hacía valer su alta influencia en la campaña de Salta para que toda ella imitase su heroico ejemplo», dando con ello la iniciación de la guerra de partidarios ó gauchos que se llamó. [1] — Hacíanse estos ataques con el mayor vigor y constancia, de manera que, en cada recodo del camino, en cada proximidad del bosque, en cada paso difícil, « en cada árbol, se puede decir, aguardaban la ocasión de lanzar sus tiros y herir; y caían de improviso sobre todo individuo que se separaba del ejército». — Una partida de estos gauchos dió, así, golpe alarmante y por demás sensible; pues acaeció que muy confiado Huici hasta entonces, se le vino en antojos adelantarse casi solo á su vanguardia, penetrando en el pueblo de Las Trancas, jurisdicción ya de Tucumán, sólo acompañado de dos amigos, un capellán del ejército y el portaestandarte. Apeado en una casa del pueblo, el capitán don Esteban Figueroa y un grupo de gauchos cayeron al punto por sorpresa, alzaron con ellos, y, echándolos en las

---

(1) Zuviria: *Biografía del general don José Ignacio Gorriti*, de la *Revista del Paraná*

grupas, tomaron á escape dirección al ejército, á fin de salvar presa de tanta codicia, con la que entraron en Tucumán á mitad de la noche del 23 de Septiembre.

Después de este contraste y desde el punto en que hubo ocurrido, Tristán dió impulso á sus movimientos con el ánimo de apoderarse cuanto antes de Tucumán. Siguiendo el propósito, llegó en la tarde del 23 al paraje de los Nogales, punto distante cuatro leguas al norte de aquella ciudad, y acampó. El día siguiente, 24 de Septiembre, levantó su campo al venir el día, — y dejando por allí una columna de buenas tropas como para que vigilara el camino que conducía á Santiago, y cortara á Belgrano la retirada, — comenzó él á bajar en dirección á la ciudad, cuando cerró su paso el incendio de los campos que se abrían delante, poblados de altos y secos pajonales que el teniente Lamadrid, mandado en excursión de avanzada, había quemado una vez que descubrió al enemigo, con el intento de que hiciera abandono delcamino que llevaba y se recostara más al poniente, sobre el costado de una sierra, lo que efectivamente sucedió.

Obligó este accidente á que, dando una mayor vuelta, se viera forzado á bajar mucho más al sur de la línea de la ciudad, costeando, desde la mitad de su camino, el Manantial de Marlopa, de márgenes pantanosas, en busca del puente que le daba paso, legua y media más al sur. Y como aquella marcha lo fuera por terreno alto y despejado, el ejército real mostraba inocentemente todos sus movimientos á Belgrano, quien llegó por ello á conocer cuyo era el plan del enemigo; por lo que pasó, á su vez, á dar nueva colocación á sus tropas, trayéndolas del norte en que estaban desde la víspera, al suroeste de la ciudad, donde esperó al enemigo.

Era este paraje campo abierto y exento de bosques, distante cosa de diez cuadras de la ciudad, sin un arbusto ó matorral que interceptara la vista, de una legua de anchura y corriendo por tres de norte á sur, cuyo nombre era *Campo de las Carreras*.

No llegaban á dos mil hombres las fuerzas que tenía Belgrano en el campo; y estas mismas no tenían todas ni regular preparación, llegando algunos cuerpos á ser simples masas aglomeradas, como lo eran las milicias de Santiago del Estero, que en esos momentos llegaban recién á incorporarse al ejército y que debieron servir tan sólo para tropiezo. De este ejército, cuya tropa era formada casi en su totalidad de provincianos de Jujúy, Salta, Tucumán y Santiago, (1) novecientos únicamente eran infantes, entro ellos sólo trescientos soldados veteranos, (2) y el resto, más de la mitad, caballerías, para cuyo desenvolvimiento y cargas se prestaba maravillosamente el campo elegido. El General, aunque animado de un noble deseo y de sentimientos marciales, era aprendiz en el arte de la guerra é ignoraba el servicio de campaña, (3) y como fuera á la vez nada vano y presuntuoso, conocedor de su impericia, dejóse guiar y recibió sus inspiraciones en aquellos momentos tan costosos y delicados, de quien era en tales días, sin duda, la segunda cabeza militar de la revolución, y que, para fortuna suya y de la causa de América, contábalo á su lado. Era éste el coronel don José Moldes, que lo acompañaba desde Salta sin puesto alguno y por sólo su amor á la libertad; figurando así de aventurero «en este ejército en que había sido general» y en quien Belgrano había llegado á poner toda su confianza, pidiéndole ayuda y consejo en todo. (4)

Cuando notando por la marcha de Tristán cuál iba á ser el rumbo por donde debía caer el ejército real, Moldes intervino en la designación del terreno

---

(1) Oficio de Belgrano al gobierno, 19 de Septiembre de 1812, citado por MITRE en sus estudios sobre *Belgrano y Güemes*, página 194.

(2) Parte de la batalla de Tucumán.

(3) *Exposición* del coronel don José Moldes, en el tomo I, página 460 de esta obra; *Apéndice*.

(4) En el *parte* de la batalla de Tucumán, dice al respecto el general Belgrano al gobierno:—«Debo recomendar muy particularmente al coronel don José Moldes *que me ha acompañado en todo, me ha ayudado*, y manifestado un ánimo heroico y el deseo de salvar la patria».—Véase también PAZ: *Obra* citada, página 39.

en que debía Belgrano asentar de nuevo al ejército; elección que resultó por lo más estratégica, pues era una llanura amplia y limpia donde la caballería, que era lo más de las fuerzas, podía obrar con grandes ventajas.

Luego pasó á dirigirlo en la manera cómo debía arreglar el ejército para la batalla, haciendo que la infantería, dividida en tres pequeñas columnas, ocupara el centro, y una otra la retaguardia con una fracción de á caballo; y que se colocaran en ambos sus costados, haciendo las alas, los cuerpos de caballería, formando de este modo la línea de combate. Reveláronse en esto lucidos talentos militares, porque todas aquellas disposiciones tomadas para el caso, así el arreglo de los cuerpos como la distribución de las columnas y orden de batalla, «fué cuanto podía hacerse de mejor». [1]

El gobierno y disposición de la artillería habían sido entregados por el General al barón Holemberg, tenido asimismo en muy alto concepto por Belgrano, de quien recibía también consejo, y por su gente como hombre de poco y muy flaco corazón; pero resultó que este jefe, — si tenía excelentes conocimientos en el arte de fundir las piezas y buenos principios en orden á disciplina militar, traídos de la escuela alemana, — apareció por torpe y nulo en cuanto á lo que es organizar en combate las piezas de su arma; porque así dió en el funesto error de colocar los pocos cañones de que sólo contaba aquel día el ejército, — por haber dispuesto malamente el General quedaran seis en las fortificaciones de la ciudad, — en los claros dejados por la infantería; y, como no fueron más que cuatro, resultó un cañón aislado y solo en cada espacio; siendo «admirable que el barón ignorase que, para que las fuerzas de la artillería sean poderosas, es mejor hacerlas obrar en baterías, en cuyo caso se combinan también mejor sus efectos

(1) *Exposición* de Moldes, citada.—Paz: *Memorias*, tomo I, página 55.

con los simultáneos ataques de la infantería, obrando ambas armas, si se quiere, á un mismo tiempo. [1]

Terminado de esta manera el arreglo de las fuerzas para la batalla, adelantóse Moldes hacia la parte por donde venía el ejército real y recorrió la línea del enemigo, inspeccionando sus fuerzas y posición y cerciorando al General no eran ellas tan crecidas cual se las tenía y ponderaba. [2]

Las tropas realistas, sin embargo, llegaban á más de tres mil hombres, todos de línea y veteranos de la guerra del Perú, cuya mayor parte era de infantería, á diferencia de lo que era el ejército de la Patria. Iba Tristán todo él persuadido de que Belgrano se encontraba atrincherado en Tucumán y que, por tanto, era allí donde de seguro haría la resistencia y, por consiguiente, que no saldría á recibirlo á campo abierto. Esta convicción de su espíritu, producida por los preparativos y obras de defensa que se habían hecho en la ciudad, que llegaron á su conocimiento, hacía que pensara dependía de él iniciar la lucha cuándo y cómo mejor le pareciera, si acaso no era de su agrado reducirlo por hambre tras un largo asedio; y presentándosele Belgrano á sus ojos, metido allí en la plaza, á la manera de fiera perseguida y acosada que el cazador con sus jaurías acorrala en la guarida.

Era motivo también para que Tristán se mantuviera en esta persuación las propias cualidades personales suyas, que hacían de él un joven orgulloso y presumido, á quien parece se le había subido el generalato á la cabeza para ofuscarle la serenidad de su juicio y la virtud de la prudencia. Porque, desde la del Desaguadero, hacía año cumplido en que marchaba por cadena no interrumpida de triunfos, viendo ceder todo á su empeño, ante y sobre todo, á ese

(1) PAZ: *Memorias*, tomo I, página 56.

(2) *Exposición* de Moldes, lugar citado; allí dice: — «En este ejército ó reliquias en que había sido general, serví de aventurero; contribuí principalmente á formar la línea de combate, siendo así que el general, aunque animado de un noble deseo y de sentimientos marciales, era moderno en el servicio de campaña; recorrí asimismo la línea del enemigo y avisé el momento oportuno en que debió empezar el ataque».

ejército de Buenos Aires, que él mismo había vencido y traía corriendo desde Huáqui, sin que una sola vez hubiera vuelto á hacerle frente; y que, desde Jujúy, acababa de huir despavorido á la sola vista de su vanguardia; y que ahora, después de cien leguas de marcha, quebrantado por demás é impotente tal vez para continuar la fuga, se encerraba en Tucumán dispuesto, no á perecer como el último rey de Nínive y otros desesperados de la antigüedad, en la pira, abrasado con todos sus despojos y sus más queridos, sino para arrancar un pacto que, á lo menos, les salvara la vida. Luego de esto, ¿qué podía entender de guerra ni medirse con él aquel abogado antiguo amigo suyo que había conocido y tratado en España, muy hábil pudiera ser en el manejo de procesos, pero todo ignorante en aquello de dar batallas, en lo que él se sentía maestro experimentado? Cosa humillante era el sólo pensarlo.

Pues con esta presunción marchaba Tristán con la seguridad completa de la victoria; y eran tales la fe y confianza en que dormía su ánimo al respecto, que, habiendo dado sus avanzadas en el puente del Manantial con un hombre que con su carro y su pipa se ocupaba de alzar agua para proveer de ella las casas de la ciudad, y llevado á presencia del General, vino éste á revelar todos los secretos de su presunción. Nadie mejor que el tal sujeto para ponerlo en conocimiento de la verdad de las cosas, pues, por razón de su oficio, debió haber salido el día antes de la ciudad, y venía á ser testigo presencial de cuanto por allí acontecía. Por él obtuvo la confirmación de sus anteriores noticias, que eran de que Belgrano permanecía atrincherado en el sitio; pues la circunstancia de su cambio de posición al Campo de las Carreras era hecho reciente y durante la ausencia de aquel hombre.

Tal anuncio apareció á Tristán del más feliz agüero; llenó su alma de gozo al imaginar á su adversario acorralado y sin escape; afirmó absolutamente su confianza y, subiendo al más alto punto su orgullo

y satisfacción, alcanzó una onza de oro á aquel hombre en premio de lo revelado; y no hallando ya diques con todo esto que contuvieran su jactanciosa arrogancia, le ordenó depositara el agua de su pipa en una casa de la ciudad que determinó,—la cual no era otra, sin duda, que la que ocupaba Belgrano,-cosa que era un desafío y una burla, y con encargo de decir allí iría él á tomar un baño á mediodía.

Tantas cosas dieron por resultado el hacerlo perder la última prudencia y dormir en una confianza excesiva, que nunca aceptarán en un general los buenos preceptos de la guerra, más aún en la proximidad del enemigo. Tristán, sin embargo, continuó la marcha por entre la rala arboleda que ocultaba á la vista el campo de Tucumán, donde el ejército de Belgrano lo aguardaba formado en línea de batalla; y entregado á tan grande descuido, que ni exploradores adelantó lo suficiente para prevenir una sorpresa: de tal modo que, cuando á las ocho de la mañana desembocó en el Campo de las Carreras enderezando la marcha algo al norte, rumbo á Tucumán, llevaba tranquilamente su ejército el paso de camino y su artillería de trece cañones seguía aún desarmada y conducidas sus piezas sueltas sobre el lomo de las mulas, no habiendo «mandado siquiera cargar las armas de los batallones, descuido apenas creíble é imperdonable en semejante circunstancias. (1)

Todo fué entonces en su campo agitación y sobresalto; porque Tristán se veía obligado á operar repentinamente sobre un terreno impuesto por el enemigo y que no había examinado; siéndole, por ende, de todo en todo desconocido. Y mientras trataba, en medio de la sorpresa y con la precipitación que era del caso, de armar sus cañones, de distribuir y organizar sus fuerzas, de abrir sus cargas de pertrechos y repartir las municiones, cruzándose las órdenes y los movimientos, y aun antes de que pudiera completar

(1) García Camba, *Memorias*, tomo I, página 90

todo esto, Moldes anunciaba á Belgrano era llegada la hora de iniciar el ataque y de romper los fuegos sobre el enemigo; y el General entonces, dando órdenes al barón de Holemberg jugara sus cañones, comenzaron éstos á disparar sus tiros, los que fueron tan seguros y certeros, que comenzaron á barrer las filas de los batallones enemigos Cotabamba y Abancay, al mismo tiempo que, avanzando las columnas de infantería, rompieron igualmente sus fuegos; pero como al verificar este avance la infantería cruzara por delante de los claros donde funcionaban los cañones, éstos quedaron por inútiles, obligados á suspender su función, todo por el error de Holemberg de no haber formado batería con ellos. Sin embargo, tan oportuno y feliz había sido el ataque que, embestido el ejército real á medio organizarse, no tuvo tiempo más que para armar dos cañones de los trece que llevaba, y sin que pudieran entrar en función.

Así era, pues, cómo daba comienzo la batalla. Tristán había distribuido sus fuerzas de tal modo que su centro y el ala que daba al sur eran de pura infantería; y sólo en el otro extremo que tiraba al norte tenía más de cuatrocientos jinetes que formaban la caballería de Tarija. La batalla se había trabado con la infantería, y viéndose en conflicto tan desesperado, é irritado además el coronel Barreda, primo también de Goyeneche, y que mandaba el Abancay, de ver cómo diezmaba sus filas la metralla patriota, no aguardó más; y sin recibir orden del General, mandó desplegar en dispersión su gente y cargar á la bayoneta, que era tal la manera como acostumbraban batir á los indios en el Perú.

Entradas así en la lisa ambas infanterías, mandó Holemberg á pedir al General acudiera en su apoyo el ala de caballería que quedaba al sur, en la que se hallaba el contingente de Santiago del Estero. [1] Vino la caballería; recibió la orden de carga; comenzó á

---

(1) PAZ, *Memorias*, tomo I, número 80.—*Tradiciones* por el señor DE LA ROSA, citadas.

ella; más como no pudiera avanzar contenida como se vió por el nutrido fuego de los fusileros peruanos, hizo alto y se dió á la fuga; dando el ejemplo de ello la fuerza santiagueña, quien fué la primera en abandonar el campo. No era sólo este contraste; porque también una de las columnas de infantes había sido vencida, cayendo prisionero su jefe Superi, y dándose á la fuga en un desorden tan espantoso, juntamente con la caballería vencida, que arrollaron cuanto encontraron al paso; arrancando en su oleaje al mismo general Belgrano. (1) Y como los del Rey no se detuvieron allí no más, avanzaron sobre el campo de su victoria; y mezclados vencidos y vencedores aconteció que los generales Belgrano y Díaz Vélez, siendo tanta la confusión, vinieron á quedar en medio de los enemigos, de cuyas manos sólo escaparon merced al denodado esfuerzo de dos hermanos que lucharon por ellos, salvándolos que fueran prisioneros, los que pertenecían á los voluntarios de Salta que Moldes condujo al ejército cuando acuartelaba en Jujúy. (2) El sol ardía; el calor era mucho; y como para dar un colorido más siniestro al drama que tan infausto por este lado aparecía, un inmenso huracán, tomando vuelo de la parte del sur, acompañado del ruido pavoroso que hacía el viento al cruzar por entre el bosque de la sierra y por aquel inmediato al campo de batalla, levantaba una densa nube de polvo; y una gruesa manga de langosta, «cubriendo el cielo y obscureciendo el día», daba mayor y terrible aspecto á la escena.

Aquel contraste originado principalmente de la falta de disciplina y espíritu marcial de que más que nadie adolecía la milicia ó paisanaje así recientemente ingerido al seno del ejército, que tampoco tenía mucha corrección y espíritu por el rigor de las circunstancias, cambió todo lo que se hubo arreglado y

(1) *Tradiciones* citadas.

(2) *Exposición* de Moldes, citada, página 459 del tomo I.

concebido en un principio; porque, desde aquel momento en adelante, todo fué confusión y desquicio en el campo patriota; como que ni el General dirigía ya el ejército, ni se lo veía más en el campo, ni las fuerzas obedecían á cabeza alguna que les diera unidad y dirección, tornándose de entonces aquello en teatro de acciones parciales é independientes—«Veinte minutos, pues, del más encarnizado combate, dan la superioridad al enemigo sobre las dos terceras partes del ejército republicano. Un momento más de desgracia sepulta para siempre la causa de la Patria». [1]

Y como quedaran así disgregadas las fuerzas, se siguió el combate, obrando cada cuerpo por su cuenta y siendo únicos dueños de su suerte; Belgrano porque fué á dar como á una legua al sur del campo de batalla, envuelto en la dispersión. Díaz Vélez, con otra suerte, había llegado á incorporarse nuevamente á la infantería que continuaba sola en el campo sosteniendo con la enemiga el combate, y de donde había desaparecido ya el barón, pretextando estar herido; mas esta fuerza de Tristán,—que formaba también el centro de su ejército,—comenzó á conmoverse y á cejar, entrando el desorden en sus filas. No era esto solamente por que Díaz Vélez y la infantería de la Patria hicieran gran mella en su poder, sino que ello venía también de un acontecimiento fortuito, muy extraño á la voluntad y participación de este jefe.

Había acontecido que Belgrano, al iniciarse la batalla, dispuso que Balcarce con la caballería que quedaba en el ala del norte,—pues el ejército daba cara al poniente aunque un tanto inclinado hacia el sur,—acudiera en apoyo de las columnas de infantes que en esos momentos se comprometían en la acción; pero Balcarce no obedeció derechamente esta orden, queriendo evitar el fuego de la infantería real que, á su vez, viéndolo avanzar, había hincado rodilla en tierra, en cuya firme posición se preparaba á recibir

---

(1) *Revista del Paraná*, citada.

la carga para sujetarla con sus bayonetas, logro que no hubiera sido raro conseguirlo; y, en tal caso, también por aquí como en el ala opuesta, hubiera habido derrota y desbande, y la suerte final ya hubiera sido muy otra.

Distanciándose, pues, lo conveniente, y llevando á todo aliento los caballos, en vez de caer sobre las filas de infantes, conforme á la orden del general, recostóse más fuera de ellas, para hacerlo sobre la caballería real, compuesta de los jinetes de Tarija, y que formaba el ala izquierda enemiga.

Era esta caballería de Balcarce compuesta principalmente de un corto número de dragones de línea, de los *Decididos de Tucumán*, que mandaba don Rudecindo Alvarado, y en su mayoría de la milicia gaucha de Tucumán, que era sin instrucción militar ninguna; y como ni tiempo ni elementos se había tenido para dotarla del carácter que le correspondía en un ejército regular, no tenía otras armas que lanzas improvisadas con cuchillos, y muchos de sus gauchos sólo el puñal, el lazo y las boleadoras; siendo el vestido que los cubría el propio de su país y de su clase, lo cual daba aspecto igualmente extraño al ejército por la variedad de sus colores, cuyos ponchos, mientras la fuerza de la carrera, flotaban á las espaldas como sacudidos por el viento; y en fin, el aspecto de los jinetes, gente mestiza, de facciones comúnmente europeas, tantos de ellos adornados por barba crecida, con el sombrero de ala ancha y redonda alzada altivamente sobre las cejas, descubriendo plenamente el rostro, y caída por detrás; y con el ceño y el semblante animado y enardecido por la pasión de la lucha, mostraban una presencia formidable. Y así fué que, al avistar la caballería enemiga, dando mayor ímpetu á la carga, su entusiasmo bélico, confortado por la confianza misma de su poder, se tradujo allí en un coro de alaridos provocadores y gritos de guerra, propios que eran del gaucho; y empuñando con vigor la lanza, y girando el lazo y las boleadoras por el aire para lanzarlos sobre cuer-

pos y patas enemigas, y golpeando los guardamontes con la azotera para hacerlos producir ruidos secos, semejantes á tiros, con que solían arrear el ganado, arremetieron así sobre la espantada caballería de Tarija. Ni uno de estos pensó en la resistencia, sino que echaron á huir sin dar frente ni volver caras, arrastrando en su violento empuje la restante fuerza del ala, y aun rompiendo el orden y abriendo calle por entre las filas de la infantería que, formando el centro del ejército real, hasta esa hora sostenía con firmeza la lucha.

Los gauchos victoriosos, lanzados sin orden y por su cuenta ya sobre esta gente que huía á pie y á caballo, clavaban sus lanzas en unos, hundían los puñales en otros; rodaban los jinetes peruanos por tierra juntamente con el caballo, enredadas las patas de la bestia con las boleadoras, si no eran acaso arrancados de la silla, en medio de la carrera, por el lazo que, cayéndoles de atrás, los ceñía y sujetaba, todo desenvuelto entre una nube de polvo que llenaba el campo, levantada por los cascos de ambas caballerías, y la algarabía sonora de los gauchos que golpeándoles la boca, seguían en la carrera y en la matanza. Prodigioso fué el efecto que de todo esto vino, pues se derramó por aquella parte del ejército real el terror y el espanto; porque, vencidos los del ala realista que atacaron, la caballería patriota había venido á caer precisamente en la retaguardia de Tristán, donde se guardaba el parque del ejército y los bagajes; por lo que los cuerpos centrales, viéndose al parecer tomados y vencidos por la espalda, perdieron toda firmeza, cundiendo el pavor en sus filas y comenzaron á retroceder en desorden, rumbo hacia el poniente. La infantería de la Patria siguió sus pasos combatiendo al centro español en su retirada, con el entusiasmo el más vivo, mandada por Díaz Vélez, Forest y Dorrego. Hasta la misma ala realista que daba al sur, y había entrado por esa parte vencedora hacía momentos, se veía, muy á su despecho, con la retirada del centro real y el desbande del ala opuesta,

obligada á emprender también la suya. Hallóse Tristán, entonces, cruzando por el paso de mayor aflicción, viendo su ejército á punto de venir á la nada; por lo que con valor y empeño trató de contener y restablecer su línea, haciendo para ello cuanto esfuerzo era dable en el humano poder. En aquel célebre momento, sin duda el más grande de aquel día, el campo de batalla vino á presentar espectáculo el más extraño y peregrino, cual no lo tuvieron otra vez quizás los destinos de la guerra; pues los generales de uno y otro ejército habían sido corridos y emprendido uno y otro también la retirada, arrastrados y envueltos por sus propios soldados en desorden; y el campo de la acción, abandonado por las dos huestes rivales, hubo de venir ahora á ser presa de la caballería patriota, que volvió á él en desbande y que, alejado una vez el enemigo, se había entregado á corretearlo, matando á puñaladas á los muchos dispersos con quienes daba al paso, sumando en más de mil hombres los que así de esta suerte y durante la carga habían recibido la muerte de su mano; y á saquear los almacenes y equipajes, merodeando á su antojo y discreción por aquel espacio sembrado de destrozos; ocupación bien triste de la que daban el primer ejemplo los mismos oficiales de línea, como que llevaban los caballos cargados de los despojos más ricos del campo de batalla, apropiándoselos y quedándose con ellos para siempre. ¡Vergonzoso cuadro á que daba lugar su desgastada disciplina!

La mala suerte que había corrido Belgrano al ser arrastrado en la derrota de su ala izquierda hasta muy larga distancia del campo de batalla, había sumido su espíritu en tristeza y sombras profundas, no siendo para menos el trance, porque, de estar vencido, todo venía á quedar perdido por su sola culpa, ya que como general del ejército en retirada había contrariado las órdenes reiteradas del gobierno, y la idea de la responsabilidad, no ante sus jueces, sino ante la Patria, llenaba de amargura y harta pesadumbre á su alma, por lo que estaba pensativo y

mudo. Tenía á su lado algunos hombres reunidos, aunque muy pocos: algunos jefes, entre ellos Moldes, y á sus ayudantes.

Y cuando, amparados por la distancia, vieron que había cesado la persecución, trató Belgrano de volver al campo, anheloso de conocer qué había sido de su ejército y de la ciudad. Volvió, en efecto, hacía él, empleando una marcha cautelosa y precavida; y al llegar á la planicie, se abrió á sus ojos penoso cuadro que entristecía y deshonraba la jornada; porque, en vez de hallar en él su ejército, vió que había desaparecido; y, en lo que fué teatro de sus recientes esfuerzos, era al presente campo sembrado de despojos y cadáveres, advirtiéndose entre éstos serlo, no sólo de soldados enemigos, sino de criados, de arrieros y aun de mujeres. Y como para que no se dudara qué gente era aquella causante de tantos horrores, pudieron presenciar el General y los suyos cómo los soldados de la Patria, desbandados y casi todos de caballería, se ocupaban en tales momentos de saquear el campamento realista, de ultimar los heridos y en dar muerte á toda persona que encontraban siendo de los de Tristán; y cómo entre estos asaltantes y matadores, al lado de los gauchos, entraban los de línea, cometiendo estas salvajes fechorías, poniendo en peligro la victoria y labrando con tanto, muy mala honra para los que eran sus inmediatos jefes. (1)

Durante esta marcha, y desde el momento en que notaban la presencia del General en el campo, comenzaron á reunírsele los dispersos, con lo que se logró formar una columna de más de doscientos hombres. Belgrano, siempre á obscuras de lo que había ocurrido mientras su ausencia del campo de batalla, inquiría, de cuantos imaginaba pudieran hallarse al cabo, cuál era la suerte que habían corrido la ciudad y el ejército; pero las noticias eran unas que Tucumán

(1) Paz: *Memorias*.

aún resistía, y otras que el enemigo se había apoderado de ella; á cuya creencia se negaba Moldes, dando con esta su fe consoladora esperanza al General.

Sin embargo, grande era y mortificante por de más el misterio. ¿Se había ganado ó perdido la batalla? No se sabía, no obstante parecer haber concluido, pues un solo tiro no se escuchaba en todo el campo. Pero, y el ejército, ¿dónde estaba? Enorme era, por cierto, esta situación para un general que, de vuelta al campo de batalla, se encontraba con que había perdido su ejército, sin saber dónde él se hallara, ni tampoco el enemigo, todo ello producido en el rápido espacio de unas cuantas horas: ¡curiosísimo y por de más extraño fenómeno no otra vez visto en la guerra!

El caso era, pues, de descubrir el paradero y situación del ejército y suerte de la ciudad. Por tanto, siguióse avanzando con este fin la marcha, momentos en los que llegó á presencia de Belgrano el jefe de la caballería vencedora, Balcarce, á felicitarlo al General por la victoria conseguida, diciendo que sus jinetes habían roto y corrido al anemigo, mostrando su entusiasmo y presunción con unos ademanes exagerados y nada propios de la situación; y, como si nada más hubiera ya que hacer, daba como por terminadas las cosas, dejando atrás su gente desbandada. Y sin embargo, el enemigo vivía. Por esto, sin hacer felizmente mayor caso de aquel exagerado y prematuro júbilo, siguió Belgrano en su duda y en su marcha de observación, lentamente avanzando hacia la ciudad, en cuya carrera llegóse á divisar á la distancia unas fuerzas en orden, con lo que las dudas crecieron, pues era ahora el problema de saber quiénes fueran ellas:—si del rey ó de la patria;—por lo que se siguió avanzando hasta un punto en que los disparos que hicieron sus cañones revelaron con sobrada elocuencia no eran ellas amigas. El enemigo, pues, aparecía en los arrabales de la ciudad.

En conflicto tan grave, hubo una conferencia entre el General y los jefes que lo rodeaban, así, de á caballo; y convinieron en que era más prudente y mili-

tar retroceder hasta la estancia de Ugarte, llamada El Rincón, que distaba como tres leguas al sur de la ciudad, tomando éste como punto de reunión y para decidir lo que conviniera hacerse en adelante, una vez que se conocieran más exactamente las cosas. Contramarchando, entonces, para aquel rumbo, llegaron al sitio designado y acamparon allí, en el punto denominado Santa Bárbara, (1) ocupando Belgrano la misma casa de la hacienda.

En este lugar pasó el General el resto de la tarde y la noche del 24 de Septiembre. Pero mientras esto tenía lugar en derredor de Belgrano, apuros muy graves también habían afligido á su adversario. El empuje desordenado de sus batallones aterrorizados había arrastrado á Tristán, á pesar de sus esfuerzos, hasta una legua hacia el poniente, rumbo por donde habían entrado; y sólo merced á la dificultad del Manantial, que contuvo su paso, pudieron contenerse y evitar que el ejército real enflaqueciera y mermara más; que es bueno también decir no fué perseguido cómo correspondía y se pudo, sino por una débil fuerza de infantería y de la caballería rehecha en parte del ala izquierda, (2) que luego no más tuvieron que cejar, porque en aquellos momentos tan malamente aprovechados acertó á reunirse á Tristán la columna que había destinado á interceptar el camino de Santiago del Estero con la mira de cortar la retirada y tomar á Belgrano prisionero.

Este refuerzo oportuno hizo mucho, porque, gracias á él, después de tres horas que hubo estado ausente, volvió el ejército real al campo de batalla, tomando posesión de él y sin hallar adversario con quién combatir. Tampoco Tristán sabía dónde estaba su enemigo ni si la batalla estaba ganada ó perdida. Era que en este espacio de tiempo el general Díaz Vélez, que había tomado el mando de la infantería,

(1) Según el plano levantado de la batalla por el señor Antonio M. Correa, publicado en la *Revista de Tucumán*, de 24 de Septiembre de 1900.

(2) PAZ: *Memorias*.

notando que con la incorporación de la nueva columna el enemigo quedaba notablemente superior, había resuelto retroceder y encerrarse en la ciudad, lo que fué muy acertada inspiración, pues, de no hacerlo, comprometía la victoria que aún permanecía disputada y dudosa. En estas peripecias, y en el paso por el lugar de la batalla, recogió los heridos patriotas; tomó el armamento de que estaba cubierto el campo y cinco cañones; y, colocando á vanguardia más de cuatrocientos prisioneros con el parque del ejército real y las banderas del Cotabamba, del Abancay y del Real de Lima, penetró á la ciudad de Tucumán en triunfo, sin haber sido molestado absolutamente en el trayecto. (1)

Tristán, pues, no teniendo ya qué hacer en aquel campo abandonado, dirigió su ejército sobre la ciudad. Al acercarse á ella, llegaron á sus oídos los repiques que aún resonaban festejando el triunfo; y, airado y orgulloso, mandó un parlamentario, intimándole rendición en el término de dos horas, y que, de no hacerlo, daría la ciudad á las llamas. Tales amenazas no podían hacer efecto en el pecho de sus defensores, porque, á más de las tropas y fortificaciones con que contaban. ya sus jefes estaban al cabo de la suerte de Belgrano, que debía venir por el sur con lo restante de las fuerzas; conocimiento á que llegaron gracias al valor é inteligencia de los oficiales don José María Paz y don Apolinario Saravia, que, con gran riesgo de la vida, fueron por orden de Belgrano á informarse de la plaza.

También sabían que Tristrán carecía de elementos para tal empresa; pues había perdido su parque como sus equipajes y ocho cañones que habían recogido los vencedores en el campo; y, como para colmo de desastre, hasta los conductores de los demás pertrechos y municiones, engañados por sus guías, se dirigieron antes de la batalla y penetraron á la

---

(1) *Tradiciones* del señor DE LA ROSA. MITRE: *Obra* citada, tomo II, página 121.

ciudad, creyendo dar en ella con el general y el ejército, y cayeron en poder de su enemigo. [1]

Díaz Vélez contestó á la intimación rechazándola con la arrogancia que le era propia y correspondía; y, en cuanto á la amenaza del incendio, le anunció otra en represalia; pues, llegado el caso, pasaría á cuchillo á todos los prisioneros. Con lo que concluyeron estas cosas.

Pasó de esta manera el día 24, sin que durante él ninguno de ambos generales se diera por vencedor ni por vencido, no porque continuaran en la lucha, sino porque ignoraban los resultados positivos de la acción.

Durante tan larga incertidumbre,—que duró hasta el día siguiente,—fueron reuniéndose en el punto del Rincón muchos otros dispersos. Con ellos, poco á poco, se fueron aclarando las cosas; y, con la luz del nuevo día, pudo el general Belgrano tomar mayores y mejores datos y convencerse de cuál era el verdadero estado de ellas, pues «por todas partes llegaban noticias de los descalabros del enemigo».—Llegáronse á contar el día 25, en el campamento del Rincón, hasta quinientos soldados y muchos prisioneros que sus partidas aún no concluían de recoger en el campo; y con todos estos elementos, nuevamente alentado el espíritu del General, ordenó se avanzara sobre Tucumán, con el intento de comunicarse con ella. En los arrabales del poniente encontró al ejército real que aguardaba, como león acosado y herido, se le entregara la presa, y que estaba concentrado é inmóvil; pero por el costado del sur logró comunicarse con la ciudad, para prevenir al ejército allí atrincherado por si se renovaba la pelea; y él se colocó con el suyo en frente de la línea de Tristán; de manera que el ejército real vino á quedar entre la ciudad y el ejército patriota casi preso.

En tales circunstancias, llegadas que fueron las dos

(1) García Camba: *Obra* citada, tomo I, página 81.—De la Rosa: *Tradiciones.*

de la tarde, mandó Belgrano un parlamentario a enemigo, intimándole rendición. Moldes, que era duel ño de toda la confianza del General, fué elegido para el encargo; el cual, por su rango, por la arrogancia de su carácter y por haber quizás conocido á Tristán en España mientras ambos actuaron por allí, resultaba, en verdad, por el más á propósito. Al recibirlo Tristán, hizo junta de jefes, y con ellos resolvió no rendir sus armas, contestando que el ejército del Perú no admitiría nunca, mientras le existiera un solo hombre, «proposiciones vergonzosas y repugnantes en su situación», prefiriendo la muerte á la ignominia.

Belgrano, entonces, en lugar de tomar una actitud enérgica y decisiva,—siempre conmovido su espíritn poco militar al ver que era de americanos casi toda la sangre derramada,—optó por replegarse hacia el Manantial, con la esperanza de que, antes que volver á las manos, aceptaría un arreglo pacífico el enemigo. Esta esperanza lo engañó; porque, viéndose Tristán desahogado y libre de la presencia y vigilancia de su adversario, que retrocedía una legua hacia el oeste, y sintiéndose débil para resistir, aprovechó de circunstancias tan propicias para alzar su campo, á eso de las doce de la noche, protegido por ella, y escapó, tomando camino á Salta y burlando así las últimas combinaciones de su rival.

Mucho dolor y rabia llevaba en el alma Tristán por la derrota; pues se encontraba con que había sido vencido por unos restos derrotados antes y corridos por él mismo, y á los que despreciaba en grado sumo, é inferiores á su ejército en número, en disciplina y hasta en armamento; y, como para colmo de desdicha y como una burla de los hados, el general enemigo, su vencedor, no era, como él, profeso en la carrera de las armas y veterano en la guerra, sino hombre de leyes, que había dejado la pluma para tomar la espada y despojádose de la toga para vestir los entorchados de general. Cortábansele también con esto los caminos ya hasta tanta altura andados de la nombradía y de la gloria, tronchándosele un porvenir

brillante que miraba tan cerca, de rendir á Buenos Aires; y quedando, en fin, por único vencido entre todos los otros sus compañeros de armas, vencedores en el Alto Perú; por lo que, resistiéndose á los decretos del destino, jamás quiso confesar esta derrota.

IX

CAUSAS Y CONSECUENCIAS DEL TRIUNFO

Atribuyóse á milagro la victoria; porque, no sólo se la obtuvo lidiando contra fuerzas superiores,—lo que vendría á ser hecho común en los anales de la guerra,—sino porque se careció de armas y de disciplina y, en este caso, el vencer al número era ya prodigio extraordinario. La fe se robusteció, además, con otras circunstancias más graves todavía; pues que, contándose con tales flaquezas, se había agregado hasta la falta absoluta de cabeza y dirección luego de pasados los primeros momentos; y, sin embargo, del seno de aquella confusión y desorden, en que todo se deshizo, nació, como engendrada por el acaso, la victoria, contando, para mayor confirmación y maravilla, ser ese día el mismo de la Virgen de Mercedes.

Pero, dentro del orden común de las cosas, muchas causas hubo para que fuera el triunfo posible; y, entre ellas, suman por muy graves é importantes, la honradez del General que, convencido de su impericia, sacrificó su orgullo y vanidad para seguir los consejos de los competentes en la guerra, que su buena estrella quiso llevarle á su lado; y la elección del terreno adecuado para la caballería, cuya vigorosa carga y encarnizada persecución decidieron en primer término la victoria; y la distribución y arreglo de los cuerpos y línea de batalla, hechas con todas las reglas de la táctica por el coronel Moldes; y la. oportunidad con que se rompió el fuego y se inició el ataque, indicada por el mismo jefe, con lo que se le privó á Tristán pudiera armar

sus piezas y arreglar sus batallones; y también el insigne error cometido por el general del Rey, enceguecido por su petulancia y vanidad, de marchar con todo descuido sin adelantar, ya vista la ciudad en que lo hacía al enemigo, sus avanzadas exploradoras; por lo que en momento inesperado se vió comprometido con todas sus fuerzas en un lugar sin salida, en el que no pudo elegir, pero ni siquiera conocer el terreno en que iba forzosamente á operar; y, en fin, la decisión y entusiasmo general de todos los del ejército, soldados y partidarios, que rivalizaron en valor, en denuedo y en constancia, sembrando en la historia de aquel día memorable el campo de Tucumán de sus hazañas particulares, tan heroicas y tan bellas, que la pluma del General, confesándolas en su conjunto, se creyó impotente para describirlas. Eran ellas acciones de los hijos de las tres provincias del norte argentino, que «se comprometieron á que Tucumán fuera el sepulcro de la tiranía»; y de sus gauchos, «que habían venido de sus hogares á la camorra», como ellos decían; hombres estos últimos que «nunca se habían hallado en acciones de guerra y ni aun tenían idea del silbido de las balas». Llamaron la admiración del General, por otra parte, el orden, la subordinación, el entusiasmo y moralidad de la gente bisoña aún de la infantería, extraída de la quebrada del Volcán, de Jujúy y de la del Toro, de Salta, que, al lado de los «trescientos viejos soldados», que eran el núcleo de línea del ejército, «pisaban los efectos y dineros de los enemigos sin atenderlos por perseguirlos y acabarlos». (1)

Y de la misma manera que fueron grandemente pesadas y afligidas las circunstancias cuando Belgrano, levantando su alma hasta el heroísmo, aceptó hacer pie en Tucumán y echar sobre sus hombros toda la enorme pesadumbre de la responsabilidad política y militar hasta el punto de aparecer por su-

(1) Todo lo que consignamos entre comillas pertenece al parte del general Belgrano, de la batalla de Tucumán.

blevado ante el gobierno, grandes y felices fueron también los logros cosechados á manera de premio por su resolución abnegada; porque, de haberse malogrado la jornada, sólo el General se hubiera perdido y cosa de nada lo de la causa pública, pues que bien poco había en aquel ejército posible de salvarse; mas ganándola, la acción de Tucumán «dió vida á la patria». [1] Así era la verdad. En aquel día memorable se jugó visiblemente la suerte de la libertad. Quizá no hubo momento alguno en la historia de la revolución en que su causa hubiera estado más comprometida y corrido riesgos mayores; porque la revolución ya estaba vencida en la opinión y en las armas. Dos años de desaciertos y descalabros por un lado y de odios y rivalidades por el otro, habían llevado la debilidad de sus fuerzas al nivel de la agonía; y para acabarla el enemigo se descolgaba victorioso desde las sierras del Perú con su ejército aguerrido y numeroso, disciplinado, bien armado y sufrido; con su jefe que era superior en lo militar y en lo político ó en lo artero á cuantos hasta entonces le había opuesto Buenos Aires; y con sus recursos inmensos, mucho más al entregarle sin resistencia esas ricas y fuertes provincias del centro y del norte, como se pensó y se dispuso.

Pero Belgrano, contraviniendo las órdenes del gobierno y triunfando en Tucamán. contuvo la invasión que luego la escarmentó en Salta; y evitó con esto que se adueñara el enemigo de todas aquellas comarcas tan fecundas en toda clase de bélicos elementos; más particularmente Jujúy, Salta y Tucumán, que fueron siempre la presa codiciada en que pusieron los ojos todos los jefes realistas desde Liniers hasta Abascal, como base formidable de operaciones. Pues eran ellas, —aparte de su posición, que hacían de Salta el punto por excelencia estratégico; aparte también de su riquza, de sus recursos y vasta

(1) MOLDES. *Manifiesto*, citado.

extensión,—una tierra cuyos moradores una vez alistados en la guerra, debían hacer fuerte y difícil de vencer al partido que los contara entre sus adeptos, y éste hubiera sido quizás en tal caso el del Rey; y aquellos hombres que adquirieron gloria y fama con el nombre de gauchos, una vez llevados al amor de sus banderas, hubieran aparecido á la manera de los llaneros de Colombia, para hacer firme columna de la España, formándose con ellos cuerpos de caballería tan fuertes que á nadie hubieran cedido en ventaja.

De no haber obrado así, y á haber cumplido las órdenes de Buenos Aires, no se hubiera hecho otra cosa que cooperar á los designios mismos de Goyeneche, facilitándole sus planes, pues se le dejaba abierto el camino á Santa Fe, punto que parecía era elegido como centro para las operaciones sobre Buenos Aires. Armado entonces con aquellos elementos, con aquel poder que le daba todo el país interior por suyo, rodeado y sostenido además por la opinión pública, enemiga de la capital, la reacción española se hubiera hecho colosal y sostenida por un ejército que, con todas estas ganancias, hubiera superado á diez mil hombres precedidos de los prestigios de sus victorias y aun del terror de sus crueldades:—y ¿quién lo hubiera podido contener? ¿Quién arrancarle de su férula el país entero que caía en sus manos? Porque si era verdad que Buenos Aires acumulaba sus batallones á las márgenes del Paraná para resistir, al aproximarse el ejército real hubiera ciertamente retrocedido, como hubo de hacerlo Belgrano para salvar la capital; y el ejército portugués no hubiera sentido mayor empacho en quebrantar su pacto de tregua que tenía pendiente, bajo el pretexto de ser con autoridades rebeldes, doctrina que luego no más se había de ver desvergonzadamente profesada. El país entero, en suma, quedaba perdido y aun entregado; dos ejércitos poderosos en alianza y unidos sobre el Paraná, y Buenos Aires aislado y solo contra todo el poder de las armas y contra toda la opinión de los pueblos, por lo que se hubiera visto envuelto

en circuntancias más estrechas, más imponentes y terribles que aquellas otras que á principios de 1810 la pusieron á bordes del abismo antes que se hubiera ganado Córdoba y levantado Salta. Porque ahora juntas á sus puertas todas las fuerzas del Rey de España, poderosas y muchas, apoyadas, si no por el concurso positivo, sí por la indiferencia completa y calculada de la opinión pública, desde el Desaguadero hasta el Paraná; aun cuando Buenos Aires hubiera llegado por esfuerzo supremo de patriotismo, que no hubiera faltado, á poner en pie un ejército igual casi al invasor, como no es dable contar sobre prodigios, perdida que hubiera sido la batalla, y rodeada como iba á ser ahora por tierra y por agua, debía necesariamente sucumbir, y, con ella, la cuna y el último asilo de la libertad; que así Roma, más poderosa y soberbia había pasado también por vencida de los galos; y no eran estas columnas de Goyeneche ciertamente las bandas del rey Breno que aceptarían el rescate dejando en libertad la presa.

Esto era lo que en las esferas superiores de los ejércitos y del gobierno había producido la victoria de Tucumán; volviendo por ella, de los escombros y ruinas, á erguir cabeza la Patria, y del seno de sus cenizas á encenderse de nuevo el patriotismo, aun en el alma de los más desconsolados. Porque se vió con tanto que aún había recursos, valor y virtudes; que era posible vencer al enemigo, desde que es inherente á la victoria producir la fe y animación en los pechos, más fuerte esta reacción cuanto más oprimidos se hallaron por el temor y la duda; y porque el General que había realizado este portento, — que se lo daba por caso imposible ó demasiado difícil en la opinión de las gentes, dada la debilidad de su ejército y su impericia en un arte extraño á su carrera, —se hizo digno de la confianza pública y merecedor de sus favores; porque la Patria se había salvado en sus manos, y sus actos anteriores y los que luego vinieron á confirmarlos, restablecieron el perdido crédito del ejército de Buenos Aires, que de allí en

adelante tomó el nombre de *Ejército de la Patria.*

Con aquella su resolución á toda luz heroica y con el triunfo obtenido, Belgrano salvó el presente y aseguró el porvenir. Y si no puede negarse que á su actitud famosa y á la victoria contribuyeron otros esfuerzos tan patrióticos y oportunos cual los suyos, siendo el suceso obra colectiva de todos, parte de Aráoz, parte de Moldes, del entusiasmo del ejército y de la cooperación de los emigrados y del pueblo tucumano, Belgrano, que dispuso y resolvió sobre todo ello, aparecerá sin disputa por digno y merecedor en primer término. — Tres fueron los héroes á quienes la Patria debía la victoria: Belgrano, Aráoz y Moldes; pero del primero dependió la decisión y fué suya toda la responsabilidad: suya sea también la mayor parte de la gloria.

CAPÍTULO XVII

Campaña de Salta

SUMARIO.—I Otros efectos de la victoria de Tucumán.—II Retirada y persecución de Tristán.—III El ejército de Belgrano en Tucumán.—IV Establecimiento de la piedad religiosa.—V Invención y jura de la bandera.—VI Tristán en Salta.—VII Belgrano en Castañares—VIII. 19 de Febrero.—IX La acción de Salta.—X Rendición del ejército real.—XI Después de la victoria.—XII La capitulación y sus efectos.

I

OTROS EFECTOS DE LA VICTORIA DE TUCUMÁN

Muchos otros fueron los frutos cosechados de la victoria; porque, á la par de estas ventajas y ganancias que trajo en lo político y en lo militar, produjo, no sólo mucha bulla, sino hondísima impresión en la opinión pública; volviendo á los espíritus, tanto de los que acompañaban ó formaban en el ejército como de los que quedaron en toda la intendencia de Salta, la franca decisión; estallando de nuevo, como en 1810, de todos los pechos de sentimiento americano el estusiasmo cívico más poderoso, más vivo y ardiente; y esto valía tanto como otra batalla. Rasgos de este color, que se transformaron de allí en adelante en pasión idolátrica, hiciéronse famosos, mostrando cómo la acción individual iba á ser tan grande y poderosa en la guerra.

Hiciéronse en Tucumán muchos festejos por el triunfo; y siguieron los regocijos mientras permaneció por allí el ejército.

Belgrano, sin embargo, no olvidaba los intereses públicos ni aun en estos momentos en que los demás

se daban á la recreación y esparcimiento del ánimo. Preocupado en organizar su ejército y llevar las hostilidades adelante, hallábase en circunstancias las más estrechas y apuradas: — las tropas se hallaban impagas y las cajas del ejército estaban vacías; fué necesario exigir de nuevo al patriotismo de aquellas gentes un nuevo sacrificio, y abriéronse otra vez sus bolsillos. Y aconteció que durante un baile de aquellos, en un instante en que las damas rodeaban al General como al héroe de la victoria, pintábales Belgrano su situación afligida y excitaba su patriotismo demandando socorros cuando una tucumana, doña Isabel Aráoz, que era de las que se hallaban emigradas allí con su marido el teniente coronel de voluntarios de Salta, don Santiago Figueroa, en un momento de entusiasmo, se despojó de un collar de perlas de valor considerable que llevaba en su garganta y lucía en la fiesta y lo arrojó en manos de Belgrano para las cajas del ejército. (1) Don Francisco Gurruchaga había gratificado á las tropas vencedoras al día siguiente de la batalla con tres mil pesos repartidos con su propia mano á los batallones; don José Moldes ayudaba á Belgrano con un adelanto de cinco mil quinientos pesos, que era mucho para un emigrado cuya hacienda quedaba en poder del enemigo; don Mariano Benítez cedía una mulada que tenía en los engordes de Santiago y á más trescientas onzas de oro; don Bernabé Aráoz, en fin, novecientas mulas. (2) Veintiún mil pesos dió don Francisco Aráoz, trece mil don Francisco Lezama, también emigrados de Salta; García agotó su hacienda; el teniente gobernador de Tucumán, don Francisco Ugarte, se

---

(1) De un artículo publicado en *El Diario de La Plata*, de 2 de Noviembre de 1888, con motivo de la muerte del coronel don Mariano Figueroa, hijo de la citada doña Isabel Aráoz, y confirmado por la relación que se nos hizo en la familia de don Santiago Figueroa, en Salta.

(2) Tradición tomada en la familia de Gurruchaga; ascendía la donación á seis mil pesos según ella, que la rebajamos á tres, en atención al aprecio que tenía entonces la moneda, al número de tropas, á lo exigüo de su sueldo y el poco valor de las cosas en la época—*Exposición* de Moldes, citada. Tradición tomada en la familia de Benítez, y en OBLIGADO: *Tradiciones argentinas*.

Respecto al número de las mulas donadas por Aráoz, hemos perdido la fuente de donde tomamos el dato, y sólo lo tenemos confiado á la memoria.

halló reducido á una repentina escasez y combatido por émulos que por sus servicios había contraído: una estancia se le despobló por la extracción de ganados y caballos para mantener el ejército; y el pueblo de Tucumán, en general, experimentó el mayor sacrificio en el número de gente que dió, en sus ganados, caballos y boyadas que se destruyeron sin cuenta ni razón, y en nna situación en que el ejército no tenía fondos para cubrir tanto gasto (1).

Entre tanto, el eco de la victoria había hecho estallar el entusiasmo de suerte no menos viva en el mismo territorio de Salta, ocupado para el enemigo.

A treinta y seis leguas al sur de la ciudad, entre las montañas y los bosques de Guachipas, casi linderos con la tierra de Tucumán, y emigrado desde la invasión realista en su estancia La Pampa Grande, vivia el coronel don Juan Antonio Alvarez de Arenales, el que había sido, como jefe militar de la revolución de 1809 en Chuquisaca, quien diera el primer grito por la libertad de América; y después de padecimientos infinitos, en que se contaban prisiones, calabozos, milagrosas fugas, naufragios, hambres, desnudez, dolores y angustias de todo género, labrando con ello página trágica y novelesca, había venido á asilarse en Salta, en 1811, donde era casado y tenía su hogar. (2)

Siendo su pecho seno cargado de electricidad patriótica, apenas supo, quizás al día siguiente de la acción, cuál había sido el resultado de la batalla, cuando, no pudiendo sugetar sus bríos,—no obstante el doloroso pasado, capaz de poner escarmiento en el espíritu más bien templado,—convenido cual estaba ya desde antes con Belgrano, armó su gente y púsose en marcha sobre Salta con ella, desplegando esa habilidad pasmosa que habrá de caracterizar singularmente sus campañas, y con que burló donde

(1) Oficios del Gobernador García, citados.

(2) En 1812 era alcalde del Cabildo, y fué de los que emigraron al llegar la invasión de Tristán, en acuerdo con Belgrano.

quiera al enemigo de más vigilancia y advertimiento. Al cuarto día de la derrota del ejército real, estando aún éste en territorio de Tucumán, cayó Arenales con su partida el 28 de Septiembre, á las cinco de la mañana, sobre la ciudad de Salta: — sorprendió sus centinelas, tomó su cuartel, desarmó su guarnición, que era de tropas veteranas, y libertó á ochenta prisioneros que se guardaban allí desde el combate de Las Piedras, sin causar desgracia alguna, quedando de esta suerte por dueño de la ciudad y gobernador de la plaza, hasta la vuelta de Tristán á ella. (1) Desde aquella posición política y militar se contrajo Arenales á revolucionar de nuevo la provincia, la que respondió esta vez con tal empeño y decisión, que no aplacaría jamás hasta la conclusión de la guerra. «Salta ha dado un paso gigantesco, decía Belgrano al gobierno, y se ha comprometido de nuevo». (2)

II

RETIRADA Y PERSECUCIÓN DE TRISTÁN

Volviendo á Belgrano, sin duda que aparecerá por visible impericia aquello de haber dejado escapar al ejército real durante la noche, teniéndolo al frente y sin haberlo sentido, que venía de esta suerte á burlarse del vencedor. Porque, aunque Tristán había recibido por refuerzo la columna que separara antes de la acción, su tropa estaba desmoralizada, y sus cañones casi todos y su parque en poder de su enemigo y encerrados en la plaza; circunstancias que, al parecer, casi lo inhabilitaban para combatir una otra vez. Pero también era verdad que el ejército de Bel-

---

(1) ANGELIS, Biografía del general Arenales, en la *Memoria Histórica* de Arenales, por F. ARENALES, página 11; ZINNY, *Obra* citada, tomo III, página 598. Parte de Arenales, *Archivo Nacional*, octubre, número 1, 1812.

(2) *Archivo Nacional*, oficio de octubre 4.

grano se hallaba dividido parte en el campo, parte en la ciudad; que el desorden era completo, y el desbande mucho, y el destino en sus armas también mostraba un aspecto dudoso, por lo que se nos ocurre pensar era más cuerdo y prudente no aventurar la victoria así conseguida en una nueva acción, lo que vino el acaso á producir y los hechos á darlo por arreglado.

Viendo, pues, al amanecer del día siguiente, que Tristán había tomado el camino de Salta en retirada, tomó Belgrano la acertada resolución de no dejarlo la hiciera en paz; y sin poder moverse con todo su ejército y caer sobre él en el largo camino que debía andar, despachó en su persecución una columna de seiscientos hombres de sus mejores tropas, al mando de Díaz Vélez, y en la cual iban los *Decididos de Salta* y algunas milicias de Tucumán. (1)

Díaz Vélez condujo la persecución con flojedad y mal tino, no logrando por fruto de toda ella ninguna ventaja digna de consideración.

Marchaba Tristán en la condición más crítica y afligida; su ejército, hecho jirones, había perdido más de mil plazas en Tucumán y volvía ahora en marcha de retroceso, todo á pie, aglomerado y en masa sus batallones; porque el país que atravesaba á todos rumbos le era enemigo; sin caballería, sin bagajes, casi sin pertrechos y escaso de víveres; sus mejores cuerpos sin banderas y su artillería reducida al presente á sólo dos cañones. Pero, á pesar de este desgarramiento sufrido, el ejército real resistió con fortaleza grande su cruelísima situación, padeciendo cuanto rigor puede esperarse en la travesía de un país todo él enemigo, como eran el hambre, la sed, la incomunicación y demás otros males del caso. Tanta hostilidad venía sólo en parte de Díaz Vélez; siendo la demás y poco después toda ella, de la acción exclusiva de los habitantes de la campaña de Salta, dirigida

---

(1) Lamadrid: *Memorias*.

por los grandes propietarios territoriales de aquella región, en que se contaban los Gorriti, los Saravia, y Latorre; porque éstos se alzaron en armas en toda aquella tierra y tomaron por su cuenta el acosar á Tristán, retirándole todos los recursos, atacándolo á bala, á lazo ó á puñal las partidas sueltas que desprendía; incomunicándolo absolutamente del la dode Salta; aislándolo en una incomodidad y zozobra continuas, y dejándolo no ser más dueño que del suelo que pisaba.

Una vez que atravesaron el río del Pasaje, en lugar de continuar en la persecución, resolvió Díaz Vélez abandonar al enemigo, dejándolo seguir libremente su camino, sólo molestado por los estusiastas del paso; y él, por una resolución inexplicable y que á nada conducía, tomó más hacia el poniente, por un camino de herradura que, apartándose desde la banda norte del río, llevaba en espacio más breve á Salta, trastornando las cumbres que dividen por más de cuarenta leguas como una enorme muralla el valle de Lerma, donde estaba la ciudad, de las anchas fronteras orientales de la provincia. Para desembocar por allí en el valle, era necesario pasar aquellas alturas, dando vuelta sus cimas elevadas y por un estrecho camino abierto en la montaña, llamada la *Cuesta de la Pedrera,* como á tres leguas al costado sur de la ciudad; el que estaba destinado á ser el sendero estratégico, por lo rápido, que tomarían en adelante los guerreros de Salta para acudir en acti tud de ataque ó de apoyo de su capital.

De esta manera, pues, abandonado Tristán por el camino real y siguiendo Díaz Vélez por aquel de los bosques y las sierras, parecía como si jugaran la vana partida de cuál de los dos llegaba primero á la ciudad de Salta; medida por parte de Díaz Vélez que á nada útil ni práctico conducía en la guerra, desde que la ciudad era ya presa de Arenales y desde que llegando á ella Tristán con fuerzas superiores, se haría imposible el conservarla; no siendo otra cosa todo esto que un caso más de insubordinación de este

jefe, que no sería el último ejemplo que se había de ver en el ejército.

A poco andar, hizo adelantar una fuerza, á manera de vanguardia, para que tomara el camino ya descripto y al mando del capitán don Cornelio Zelaya, quien dió el 30 de Septiembre con una partida enemiga, á quien rindió en el río de las Piedras—ventaja que sería la única que conseguiría Díaz Vélez en su larga expedición. Siguiendo la marcha, Zelaya entró á Salta el 5 de octubre á eso de las diez de la noche.—Sabíase que en Jujúy existía un depósito respetable de dinero y municiones del ejército real, que defendía con una escasa fuerza el ya conocido coronel don Indalecio Socasa, que se había guarecido allí después del asalto de Arenales; y, como quisiera Díaz Vélez adueñarse de esto, dió orden á su teniente que procediera sobre Jujúy. Por tropiezos que vinieron, no fué dable realizar la sorpresa que se meditaba, y Socasa, ayudado de toda la escasa gente que quedaba en Jujúy, se metió entre unas trincheras que preparó á una cuadra de la plaza, siendo auxiliado eficazmente por todos los españoles civiles residentes allí; los cuales, muy animosos, armados de fusil y toda clase de proyectiles, agazapados en las ventanas y en los balcones, aguardaron el ataque. El 9 de octubre se presentó Zelaya é intimó vanamente rendición; por lo que resuelto al ataque, hizo que su fuerza, dividida en dos trozos, ocupara la una los tejados que quedaban encima casi de las trincheras, y la otra, al mando del capitán don Eustoquio Moldes, se acantonara en los balcones de la casa de Gorriti.—De ambas posiciones dominaban al enemigo y mantuvieron un fuego indeciso por una hora, desde las doce, sostenidos por el que desde la plaza dirigía Zelaya con el resto de las fuerzas. Pero impacientado este oficial, demasiado bravo por otra parte y para la empresa, de ver que así el negocio no se decidía de la manera y tan pronto como él lo deseaba, tuvo el antojo nada feliz de variar de plan en medio de la refriega; y fué el

caso que, haciendo abandono de las posiciones tomadas, ordenó se atacaran las trincheras por tres puntos distintos á una señal convenida, la cual no fué aguardada; y, aunque se logró tomar una trinchera, los enemigos, recostados en la que tenían al lado opuesto, resistieron con vivísimo fuego, desalojando á los asaltantes y rechazando el ataque que por otro rumbo les llevara el mismo Zelaya unido á Moldes, quien, herido de bala en la mano derecha, cayó prisionero y quedó inválido para siempre.—Zelaya, así, malogró la empresa, emprendiendo la retirada á Salta. (1)

Pocos días después penetró Díaz Vélez á Salta con su división, pero no pudo permanecer en ella más que dos días; porque, acercándose Tristán con fuerzas superiores, no acertó á organizar una resistencia seria, no obstante prestarse á ello así la numerosa y escogida división de su mando—que era de las mejores tropas del ejército, crecida ahora con los refuerzos dados por Arenales—como lo fuerte de la posición que, por aquel lado por donde el enemigo debería necesariamente entrar, la muralla montañosa cerraba el paso, dando sólo acceso por dos estrechos portezuelos, en los arrabales de la ciudad, de muy fácil defensa; y haciendo el punto tan fuerte que más luego Belgrano con todo el ejército no hallaría por prudente el atacarlo. Sosteniendo sólo un prolongado tiroteo con las avanzadas realistas que llegaban, abandonó la ciudad al enemigo, siendo perseguido por las fuerzas del coronel don Saturnino Castro, que le siguió hasta diez leguas más al sur, donde se trabó, en el paraje del Bañado, la última refriega; y desde allí tomó Díaz Vélez el camino de las montañas, trastornó sus cumbres y siguió camino á Tucumán, á donde se incorporó al ejército sin hacer más.

(1) *Partes oficiales*, tomo I, página 193.—El capitán don Eustoquio Moldes era hermano del coronel y murió asesinado en 1824, en Salta, por motivos políticos, que á su tiempo narraremos, habiendo alcanzado hasta el grado de coronel.

III

EL EJÉRCITO DE BELGRANO EN TUCUMÁN

A pesar de la victoria alcanzada, la cual tampoco había sido completa, Belgrano quedó convencido de que por la calidad y número de sus fuerzas como por la muestra que dieron durante la batalla de cuán poca era su disciplina é instrucción, no era su ejército bastante poderoso ni se contaba en hábil estado para emprender una campaña ofensiva yendo á buscar seguidamente al enemigo; y conocedor, además, de que el triunfo se había conseguido por una reunión casualísima de circunstancias imprevistas que ayudaron y sirvieron á los propios esfuerzos, no quiso confiar en que los prodigios se repitieran—y sucedió entonces que, ayudado de la cooperación de Moldes y del Barón de Holemberg, se dedicó con el mayor ahinco y recomendable afán á reorganizar, completar y disciplinar el ejército, viéndose heroicamente secundado en la obra por el pueblo de Tucumán y sus compañeros de causa que, á más de las larguezas particulares que anotamos ya, todas las fortunas de aquella población, bien escasas en esos tiempos, se pusieron á disposición del General. (1) Formáronse entonces por Belgrano para el manejo y gobierno inmediato de todos estos intereses del ejérto dos comisiones:—una de *guerra*, á cuyo frente estaría Moldes, y otra de *hacienda*, á cargo de don Francisco Gurruchaga. (2)

Era, ante todo, menester aumentar é instruir las fuerzas; y, para conseguirlo, se levantó una recluta en todo el territorio de Tucumán y los limítrofes. El gobierno, por su parte, dirigido á la sazón por

---

(1) **Mitre:** *Belgrano y Güemes*, artículo del doctor Vélez Sársfield, página 222.

(2) Hemos encontrado en uno de los libros de *Toma de Razón* de los gastos de la guerra de Salta, en la Aduana de la misma, los datos que nos ilustran sobre este punto; y en el *Archivo Nacional* hay constancia de que tenía á su cargo Gurruchaga los depósitos de efectos del ejército.

hombres nuevos, le prestó un apoyo decidido, pues que fué también inmenso el entusiasmo que causó en Buenos Aires la grata sorpresa de esta inesperada victoria, como que salvaba á la misma lejana capital de los apuros más ciertos y más grandes. Fueron despachados, pues, á Tucumán cerca de ochocientos hombres de refuerzo, cantidad de armas, municiones, ropas, sumas de dinero y demás elementos y pertrechos de guerra, mas no suficientes, por cierto, para llenar los apuros de las circunstancias; pero que, sumando unos y otros, pudo el ejército, á fines del año 1812, presentar una fuerza de tres mil hombres armados reunida en sus cuarteles. (1)

Durante este período de sumo trabajo y actividad en que todo era en Tucumán acción y movimiento, alimentado del entusiasmo el más vivo, volvió á brillar la circunspecta conducta de Belgrano: justa, enérgica, respetuosa y vigilante, mostrándose de nuevo en la administración de los intereses y caudales públicos la más honorable pureza, la economía más severa y extrema, como que así lo exigían las circunstancias y la ninguna holgura de los recursos; reinando tal orden y tal respeto por parte de las gentes del ejército de su mando que, á pesar de lo numeroso de las tropas, como entrara la estación de los fuertes calores famosos por lo sofocante en aquella parte de Tucumán, sus habitantes, según era la costumbre, no pudiendo soportar la impresión, dormían fuera de las habitaciones ó con las puertas de ellas abiertas, aunque dieran á la calle y no obstante confianza tan extrema, no tuvo el vecindario queja que dar del ejército. La deserción, tan abundante é incontenible cuando pasó á sus manos el ejército, era ahora en Tucumán fenómeno casi desconocido. (2) Todo esto, no solamente dignificaba al General y al ejército, sino que, corriendo por voces de la fama á los vecindarios antes víctimas

(1) MITRE: *Obra* citada, tomo II, página 149.

(2) MITRE: *Obra* citada, tomo II, página 151.—En cuanto á las antiguas costumbres de Tucumán, las hemos recogido de otras fuentes individuales.

de mil desmanes y testigos de escándalos frecuentes, comenzó lentamente á modificar á este respecto también la opinión pública de los pueblos del norte, cuyos hijos en gran porción, siguiendo ó formando en el ejército, eran quienes mejor podían informar de estas ventajas.

Pero, al mismo tiempo que Belgrano lucía de esta manera en la formación y gobierno de su ejército, puso su empeñoso afán también, como era menester, en lo que importaba á la instrucción y orden exclusivamente militar, volviendo al propósito, revelado ya en Jujúy, de someter jefes y soldados á reformas saludables y á la más estricta disciplina. Los maestros que conservaba á su lado cooperaban eficazmente á su buena intención y virtuosos deseos como su propia experiencia y comprensión. Y esta fué la tarea más grave, la más trascendental y la más espinosa también; porque, para su logro, menester era romper con las viejas tradiciones, con la rutina y los preceptos de una escuela atrasada y torpe, chocar y herir el orgullo, la petulancia y arrogante presunción que animaba á los jefes de cuerpo—y aun á la mayoría de la oficialidad—muy acostumbrados á no tener sobre su cuello otro yugo que el liviano puesto por su propia voluntad, y que en ocasiones echaron de sí, como ya lo vimos y aún veremos, despreciando toda otra autoridad y fuerza.

Y á fe de verdad, aquel ejército tenía muy poco, aparte del valor y patriotismo, de lo que correspondía á sus funciones y á su misión; porque vivían jefes y soldados en el mayor atraso de los conocimientos que son propios de su oficio, siendo ignorantes en todo grado. (1) Sus oficiales, casi todos de ocasión, no sabían de los adelantos de la milicia ni conocían jota de lo que es la parte científica de la guerra, y así como ellos, andaba en idéntico atraso la tropa que

---

(1) Dice el General Paz en sus *Memorias*, hablando de la preparación de los oficiales:—«Cuando me he visto en estado de reflexionar y hacer comparaciones es cuando *me he asombrado del atraso de los oficiales* que habían militado antes y después de la revolución en Europa y en América». Tomo I, página 59.

ejercitaban y dirigían.—Quien debía ser más poderosa por las llanuras de las provincias argentinas, y por la natural fortaleza y maestría de sus habitantes, era la caballería; y, sin embargo, se ignoraba tanto su adiestramiento, el manejo de su arma y su gobierno, que estaba convertida en una entidad casi inútil en un campo de batalla. Porque la oficialidad, de generales abajo, no entendía de otra cosa que de armarla de fusil, de lanzarla á la carga sin orden ni mecanismo regular en su movimiento, y á manera de horda salvaje; sin tener para ella en el combate más voz conocida que la de *¡avancen!* que, al oirla, cada jinete lo hacía como mejor lo podía y parecía; y, en llegando al tope del enemigo, toda su misión quedaba convertida en hacer el disparo, sujetar el caballo para cargar de nuevo el arma ó dar la vuelta y tomar la fuga, hasta rehacerse lejos ó dispersarse; ([1]) por lo que la fuerza del caballo en el empuje, que hace al hombre doblemente poderoso y velocísimo en el avance, quedaba de esta suerte inútil y perdida, para no hacer más que levantar polvo, una descarga y llenar el campo de aparato.

Así era instruida y así era armada la caballería; y si se recuerda que el fusil de la época, llamado de chispa por su sistema de incendiar la pólvora, era obra laboriosa y lenta lo de nutrirlo con una nueva carga, acabaremos por decir no podía ser más grande la calamidad en que vivía; porque ni la lanza ni el sable,—tan eficaces ahora y en la antigüedad en manos del caballero—no eran á la sazón usados ni conocidos; y antes más bien habíase imbuido en los ejércitos una especie de repulsión á fe de ignominia contra el armarse de tales cosas, por lo que llegó á verse en algunos de aquellos veteranos brotarles de los ojos lágrimas de ira al ver armada su mano de una lanza; ([2]) y fácil será ya el comprender que así las

(1) PAZ: *Obra* citada, tomo I, página 59.

(2) PAZ: *Obra* citada.

cosas, el manejo del sable y de aquella arma según los preceptos de la táctica militar más usada ya en Europa, érales tan conocida y familiar á los jefes instructores cual pudiera serles el medir desde su campamento las dimensiones de las estrellas.

Estaba junto con todo esto ese espíritu de insubordinación y de libertad individual inconciliable con la disciplina militar, que era regalía concedida por la corruptela y muy amada de todos aquellos militares, cuya explicación hicimos ya en otra parte de esta historia; por lo que el cuadro que presentaba el ejército de Belgrano con todos estos vicios, con estas ignorancias y con estos malos antecedentes en costumbres y aspiraciones personales, era el más inapropiado para un cuerpo regular, y lo tenía en situación tan falsa y peligrosa que una victoria era tan difícil para sus armas como fácil y posible una derrota.—Pero se debe señalar también el incremento que vinieron á alcanzar estos males ahora, como si esta desgracia fuera algo necesaria y propia de aquel ejército, viéndose cómo medraba á medida que avanzaba el tiempo, descollando como corifeos del desorden Balcarce, Forest y Dorrego, más principalmente este último, que era también el más inteligente, el más arrogante y valeroso, y el más orgulloso y díscolo de ellos, que comenzaba así, desde que se incorporó al ejército, á presentarse verdaderamente por el mal genio de la revolución. Confundiendo la libertad con la licencia, tomaban y clasificaban por despotismo todo lo que era orden y disciplina, para seguir, como *hombres libres* que se decían, obrando conforme su propia voluntad; y alegaban, hallándose razón:—«¿Para qué nos han enseñado los derechos del hombre?» (1)

La desorganización llegó con tales padrinos hasta asumir las formas de pública calamidad desquiciando y torciendo todos los resortes de la autoridad y dis-

---

(1) Oficio de Belgrano al gobierno, 24 octubre 1812, *Archivo Nacional*, octubre, número 2.

ciplina; y llegando á tal extremo que, usando de una libertad y de una conducta intolerable en toda reunión ordenada de hombres—cuanto más en la vida militar y en medio de la guerra—partieron en bandos rivales y de mutua animosidad el ejército, á la manera que lo estuvo en 1811 durante el mando de Castelli;—y si entonces lo era por banderas políticas, éralo aquí en esferas y propósitos más pueriles, dándose mutuamente en rostro con cargos por faltas y atribuciones de glorias; juzgándose escandalosamente la recíproca comportación que los cuerpos y aun el mismo general en jefe habían observado durante la batalla de Tucumán.

Porque, mientras Dorrego se atribuía para sí y para la infantería en que había actuado los honores de la jornada, Balcarce y su caballería hacían lo propio por su parte, entrando en esto á terciar el mismo vecindario de Tucumán, que había también participado de la acción; dando con ello más ruido y fuego al desorden.—En la animosidad de la reyerta, tildábase de las más feas acciones, por ejemplo, al jefe de la caballería, don Juan Ramón Balcarce, á lo cual se prestaban ciertos hechos ambiguos que comprometían su buena fama por lo que se le atribuía, aun hasta por el mismo General, que ya no escapaba á estas pequeñeces que lo infectaban todo, el haberse conducido con flojedad y cobardía en la batalla; y de que en los días subsiguientes, un cierto Palomeque, «su ayudante predilecto y hombre de su confianza, no se separaba de él un momento, sin tener escrúpulos de hacerse seguir públicamente de un carguero de baúles tomados al enemigo, que se había él adjudicado», y que la lengua de los maldicientes y de los criticones llegó á propalar juicios muy poco amigos de su limpieza y honor. (1)

Las pasiones más vulgares y pequeñas eran quienes animaban estas escenas, porque eran en unos

(1) PAZ: *Memorias*, tomo I, página 36.

las aspiraciones á difamar á un jefe para suplantarlo en su rango y categoría en el ejército; eran en otros rencores sembrados por rencillas personales que valían ahora para envolver con ellos los intereses públicos; y, en unos y otros, el espíritu pendenciero y camorrero, el carácter arbitrario y díscolo de Dorrego ó el fanfarrón del insolente Forest, tan dañosos en todo tiempo y circunstancia á la causa, con que sembraban la anarquía, el desorden y aun el escándalo, quebrando á su antojo las leyes y deberes á que estaban obligados.—Y en estado tan lastimoso cual aquel en que padecía el ejército, parecía racionalmente á Belgrano obra de insensato el emprender de nuevo una campaña ofensiva, como se lo instaba el gobierno; y se hacía forzoso que el general alcanzara primeramente á instruir, disponer y dominar sus propios subalternos, antes que pretender imponerse con una máquina desquiciada á un enemigo poderoso, bien preparado y cuya disciplina era más estricta, más antigua y superior.

Conociendo Belgrano todo esto, quiso salvar su ejército emprendiendo desde ya la grande obra de su reparación. A ello lo alentaban los consejos y la competencia que para el caso ofrecían sus dos amigos: el barón de Holemberg y Moldes; pero más principalmente este último, en quien tenía puesta el General por entero su confianza y le guardaba en su corazón mucho agradecimiento también.—De la suficiencia militar de este hombre había recibido diariamente pruebas, como de la pureza de sus intenciones y lealtad, desde que se le uniera en Jujúy; y lo veía, á más de esto, ser considerado por todos aquellos personajes del interior, entre quienes actuaba Belgrano, como el hombre superior en pericia y talentos de guerra de que carecían sus émulos actuales sin excepción alguna; porque, entre todos los que formaban en aquel ejército, era él la única cabeza instruida científicamente y en las mejores escuelas de España; cuya feliz cosecha de conocimientos, ligada á su carácter entero y á su austeridad famosa,

hacían de él el hombre necesario y único que aquellas circunstancias tan graves exigían y podían encontrar. Por lo que el General, muy al cabo de todo esto, puso en manos de Moldes la gran tarea de organizar, instruir y disciplinar el ejército, dándole para ello el destino de inspector general de infantería y caballería, que venía á darle funciones como de segundo general ó jefe de estado mayor.

Paso tan acertado y justo provocó, sin embargo, la grita y la rebelión de aquellos oficiales de la antigua escuela apegados á la vieja rutina, muy engreídos y acostumbrados á la flojedad de una disciplina bastarda y á la licencia ó libertad de que hasta la sazón habían gozado bajo el mando de sus antiguos jefes;—males tan públicos y enormes que, así como hoy nos parecen, lo eran también para el ojo de Belgrano, que se miraba en la imposibilidad de continuar su marcha victoriosa; porque con aquello no se aseguraba más cosa que el fracaso, reconociendo como error principal de la revolución el «entrar en empresas militares antes de formar soldados y oficiales». (1) Y como el gobierno, sin darse cuenta de estas cosas, le aconsejaba casi en forma de órdenes atacara inmediatamente al enemigo que se hallaba atrincherado en Salta, (2) tomó resueltamente el ánimo de hacer entrar á su oficialidad dentro de los rieles de una severa disciplina militar y del más severo cumplimiento de sus deberes.—Ya eso de la organización regular del ejército, como iba mes y medio corrido desde la fecha de la batalla, había sido realizado por Moldes, que aplicó en él las prescripciones de la táctica más moderna; (3) pero quedaba

---

(1) Oficio de Belgrano al gobierno, citado por Mitre: *Historia de Belgrano*, tomo II, página 142.

(2) Mitre: *Obra citada*.

(3) El doctor Vélez Sarsfield, refiriéndose á estos servicios de Moldes, dice: «Educado en los colegios militares de Europa, fué el que verdaderamente organizó el ejército de Belgrano, como jefe de estado mayor». Mitre: *Belgrano y Güemes*, página 248.

en pie el gravísimo problema de sujetarlo á la severidad de una disciplina fuerte, que necesitaba, y á la «exactitud en el cumplimiento de sus deberes»;—reforma que era referente menos á la tropa, la que fué siempre sumisa y cumplidora, que á sus oficiales, donde estaba el mal y que eran y serían la causa de todos los trastornos.— Púsose, pues, á Moldes al frente de este empleo, en 12 de Noviembre, y no bien se conoció su nombramiento, cuando se sintió en el cuerpo de oficiales, alentados por los más voluntariosos é insubordinados, como lo era Forest, por ejemplo, un estremecimiento de rabia é inquietud al verse de nuevo bajo aquella mano de hierro del que llamaban el *tirano*, cuyo peso ya lo tenían probado en Jujúy el año anterior.—Hiciéronse reuniones; formóse un complot; compusiéronse y cantábanse canciones subversivas; se murmuró, se criticó y se condenó por los subalternos la orden del general;—y llegando al extremo de la más franca insubordinación, cada cuerpo nombró un representante, los que, formados en comisión, pasaron á casa de Belgrano á pedirle la separación de Moldes del cargo que se le había confiado, no porque desconfiaran de su lealtad á la causa de América, no porque lo pensaran inepto ó ignorante para tales funciones, ni porque hubiera cometido crimen ó vergüenza alguna que lo hiciera indigno de mandar á sus conciudadanos, sino por la única razón de llamar á su severidad en la exigencia de la disciplina y del deber *arbitrariedad y despotismo.* (1) Para colmo del escándalo, hicieron todo el aparato necesario para imponer al jefe superior; como que acuartelaron los cuerpos para usar de la fuerza, caso de necesidad; los cañones fueron sacados á las calles y rodaron por ellas, pretextando ejercicios, hasta que llegados á la mansión del General, el oficial que dirigía la maniobra llevó el

(1) PAZ: *Obra* citada. página 61.

atentado hasta allegarse á las ventanas de la casa y á grandes voces, como para intimidar á Belgrano que trataba con la comisión, daba las órdenes de: *¡rompan el fuego!*

El delito cometido por estos amotinados aparecía de esta manera con todas las formas más alarmantes y atrevidas; porque, después de tanto como lo hecho sólo quedaba el coronarlo, levantando en pública insurrección las tropas. La situación en que tales circunstancias ponían al General venía, pues, á ser la más delicada y difícil; pero en cuyo caso Belgrano, como todo jefe perfecto en caso semejante, debió haber expuesto hasta la vida por la honra de su autoridad y la salvación de la disciplina que debía moralizar y fortalecer el ejército;—y, á la par de esto, debió haber recordado para entonar su espíritu, lo que seguramente estaba fresco aún en su memoria:—y era cómo y de qué manera se sofocó un año hacía, por el espíritu fuerte de Rivadavia, su propio regimiento de patricios, cuando habiendo resuelto la autoridad se cortaran sus soldados la trenza con que llevaban arreglado el peinado, tomaron las armas para desobedecer y resistir;—y fué entonces que el gobierno, por su propia dignidad y para salvar la disciplina comprometida, antes que ceder, empuñó la fuerza, sofocó el motín, y á los tres días pasó por las armas á los que habían hecho cabeza en el atentado:—y todo quedó luego en paz, y triunfantes la ley y los respetos á la autoridad. Pero ahora hallóse Belgrano con que era un general sin las energías suficientes en sus momentos difíciles, mostrando mucho en esto que no era el militar sino el hombre civil quien manejaba las armas, careciendo de una de las primordiales condiciones para ser jefe perfecto; y que no tenía tampoco la suspicacia y habilidad convenientes para burlar y castigar el motín, dando un severo escarmiento, de lo que aquel ejército más que nadie había menester, por lo que flaqueó su espíritu y se anonadó de tal manera que ni intentó siquiera resistir, y cayó vencido; sometido á la imposición vio-

lenta de sus subalternos y arrastrando, así, su autoridad por los suelos. (1)

Los que se imponían de esta suerte sobre toda ley, sobre toda moral y sobre toda conveniencia pública, llevados sólo de su propia ignorancia y satisfacción personal, eran muchos de aquellos mismos de los escándalos de Chuquisaca; los mismos del campamento de Laja, de vergonzosa memoria; los mismos, en fin, de las desgracias del Desagüadero y del campamento de Jujúy, que no debían ya hallar enmienda en adelante. Porque este acto de debilidad hizo que la insubordinación se consagrara por derecho de costumbre ó prescripción en el ejército, no obstante que desde 1807 se vivía en los cuarteles, y que hacía dos años cumplidos á que se estaba en guerra perfecta, franca y abierta, librándose batallas campales y haciéndose campañas dilatadas y de estruendo, y sin que hasta que pereció aquella hueste desgraciada y heroica hubiera podido sacudir este pecado que pesaba como maldición sobre su cabeza. Así, pues, aquel ejército—muy distinto por cierto del de Cromwell y del de San Martín, ambos formados también en medio de la revolución—que contó en sus anales más espinas que laureles, y que abrió su historia militar con el desastre de Cotagaita, en 1810, debía disolverse al soplo de su misma y eterna indisciplina en el último de sus escándalos, en la sublevación de Arequito, de 1819, y llevar sus restos á servir de brazo armado á la anarquía política, que sería la valla que se opondría á la organización de la Nación y al imperio de la constitución, que es en los pueblos la disciplina política, entregándose á manos de obscuros tiranuelos.

Los amotinados vencedores subieron en orgullo y

---

(1) Aunque sin disminuir la falta ni por parte del General ni de los oficiales, el paso tan inusitado de éstos había sido dado en falso; porque en esos mismos días recibió Moldes orden del gobernador para que pasara á Buenos Aires donde se le forzó á aceptar la intendencia de policía, que la desempeñó sólo dos meses, y en cuyo corto tiempo la *arregló y dió tono* confeccionando para su régimen un reglamento que estuvo en uso durante muchísimo tiempo, hasta después de la caída de Rosas, si no están errados nuestros informes. Veáse la *Exposición* citada de Moldes.

satisfacción. Don Pedro Plaza, uno de ellos, compuso una de tantas canciones, donde, si de algo se hacía gala, era del más alzado espíritu de insubordinación; y se decía en ella: «La oficialidad sabrá pronunciarse cada vez que se pretenda oprimirla; porque en el sistema de libertad que hemos adoptado por nuestro, no debe existir déspota que nos tiranice. Así quebramos con nuestra energía las cadenas que un déspota intruso pretendió imponernos». (1)

Tal fué el resultado de la derrota de Moldes en el ejército del Perú; ella importaba también la de la opinión del primer general de las Provincias Unidas, San Martín, que decía:—«La guerra no se hace con libertades, sino con disciplina ciega, con armas y con soldados sumisos». (2)

No pararon aquí las cosas; porque vióse con esta concesión lastimosa que aquellos jefes y oficiales, una vez sobrepuestos al General, se desbordaron en sus abusos y arbitrariedades como en río salido de madre las corrientes; y Belgrano tuvo que bajar de violencia en violencia casi á punto de convertirse en juguete suyo, hasta que otras circunstancias más favorables vinieron á salvarlo. Cítase entre estos otros triunfos de la imposición, el caso de que, vuelto Dorrego de la persecución dirigida contra Tristán, se le dió el mando en propiedad de un batallón del que días antes había sido jefe, aunque interino, Forest; y sucedió que, irritado éste con la preferencia y temiendo sus iras el desdichado general, lo ascendió á teniente coronel, y ni aún así logró extirpar su quijotesca altanería. (3)— Se hicieron también más francas y públicas las rivalidades de unos jefes con otros, arrastrando á su antojo y metiendo en sus riñas personales los mismos cuerpos del ejército confiados á

(1) *Archivo Nacional*, legajo 1812, octubre, número 2; oficio de Belgrano del 24, al cual se acompaña copia de la canción, cuya forma de *copla* hemos suprimido.

(2) López: *El año XX*, *Revista del Río de la Plata*, tomo VI, página 244.

3) Paz: *Memorias*, tomo I, páginas 60, 68 y 69.

su mando; y entre estos bochornos, se hizo célebre la alianza que trabó Dorrego y su batallón con el cuerpo de artillería. Llevando á la exageración esta división de bandos, se hacía gala y ostentación pública de ella en toda clase de lugar y ocasión que se mostraban propicios, desde el salón de baile hasta la rueda de conversación privada. Era su sistema, para mayor aparato, presentarse siempre en toda reunión social en grupo ó gavilla y hacerse anunciar con su nombre de guerra: *la Artillería y Cazadores!* La caballería era el objeto de sus celos. Tenían casa señalada para reunirse, formando club, con lo que la anarquía é indisciplina no podían llegar ya á descaro más inaudito. Por fin, Dorrego, que era la cabeza dirigente y el genio inspirador de estos bochornos, pasó del ejército á poner su mano en los ciudadanos. Así, cierta noche, se le vino en antojos morigerar las costumbres del vecindario de Tucumán en cuanto al vicio del juego, muy común en poblaciones en donde los moradores no tenían, fuera de las funciones de iglesia y los bailes, otro entretenimiento y diversión; y convertido así en amo y censor público por su propia autoridad, viola el domicilio particular con una partida de sus soldados; toma á los jugadores, los lleva á su cuartel y pretende forzarlos por castigo á que tomen plaza de reclutas en su cuerpo.—Belgrano, que cada día devoraba con pesar estos desórdenes, sólo se contentaba con exhalar su amargura á la manera del bondadoso Gregorio XIII, que, cada vez que conocía alguno de los asesinatos que aterrorizaban á Roma y sus estados, no hacía más que levantar las manos al cielo y gemir.—«¡Es posible, exclamó aquella vez, que después de haber privado al ejército de los servicios del Barón y de Moldes, quieran también indisponerme con el vecindario!»—Holemberg había sido igualmente alejado del ejército con licencia, tanto por la presión ejercida por sus adversarios como por su propio insolente carácter; de tal manera que vínose Belgrano á encontrar, por resultas de esta anarquía, privado de sus dos conseje-

ros; el ejército de las dos únicas cobezas militares y el interés público dañado por una y otra causa á la vez.

Pero, por gran fortuna, la suerte, que tan cruel y ruda se le mostraba con todo esto, cambió luego no más de semblante dando así tiempo y ocasión á que se compusieran las cosas; porque los díscolos, no pudiendo continuar en su acuerdo, se dividieron, debilitándose. Uno de ellos, Balcarce, se alejaba de ejército y marchaba á la capital á formar parte de la Asamblea pronta á reunirse y como representante de Tucumán;—todo lo que vino á entonar la autoridad del General con esta ruina casual de sus enemigos, los llamaríamos así, y á robustecer, por ende, su ascendiente y poder sobre ellos. Y aún hubo otro beneficio que contar;—porque en los primeros días de Diciembre se incorporaba Arenales; permaneciendo al lado de Belgrano, ayudándolo y dándole sus consejos, aunque sin ocupar cargo alguno en las fuerzas.

Desde entonces el aspecto del ejército comenzó á cambiar, entrando en un orden y subordinación muy recomendables; sujetándose más á la disciplina, aunque no fuera ésta de la mayor severidad, pero brillando su triunfo sin disputa en la tropa que alcanzó á ser más conocedora y más lucida también á este respecto que la que formaba el ejército del Rey.

Si se produjo este cambio favorable fué debido tanto á estos sucesos últimamente apuntados como al empeño inquebrantable de Belgrano de formar á toda costa un ejército de línea, pues que era un entusiasta por la disciplina; aprovechando para ello toda la obra que pudieron hacer por su mano los amigos proscriptos, como las cosechas que su experiencia en todo este campo accidentado había logrado recoger. Así y todo, el ejército iba mal porque carecía de jefes de competencia y de preparación científica para la guerra.

IV

ESTABLECIMIENTO DE LA PIEDAD RELIGIOSA

Tanto había que hacer, que bajo todos respetos, conoció Belgrano era menester llevar las reformas; y este hombre de bien, con un tesón infatigable, pasando por muchos sinsabores, logró alcanzarlos en gran medida cosa imposible de obtener en tales circunstancias á no contar con las grandes virtudes cívicas que lo adornaban.

Viendo, pues, que una de las causas mayores del desprestigio en que había caído la revolución era la irreligiosidad escandalosa de que dieron harta prueba sus oficiales al través de la inmensa zona que recorrieron, encontró el General por oportuno y político imprimir, como una nueva faz de la disciplina de su ejército, la piedad religiosa; no porque fuera él un hipócrita, como lo calificara Balcarce, su enemigo, (1) pues era cristiano católico con todas las veras del alma, sino porque pensó en el mucho bien que iba á reportar la Patria con ello y porque en el fondo de su corazón, que lo revelaba en todos sus actos públicos, tenía confiada en Dios solamente la suerte desesperada de sus armas. (2)

Impuso, así, como regla en el campamento, rezar todas las tardes el rosario, que él mismo dirigía, con la más edificante devoción—práctica que no abandonaría en toda su campaña. Asistía con el ejército á oir la misa todos los días de precepto y cuidaba se tributara respeto á todas las cosas santas.

---

(1) MITRE, *Obra* citada, tomo II, página 143.

(2) En toda su correspondencia oficial apoya en la misericordia y providencia de Dios el buen resultado de sus empresas, así en sus notas como en sus proclamas, sin desconfiar ni desesperar de él ni aun en medio de los desastres.

Pero hubo un acto suyo que resonó en donde quiera; que quedó como un suceso imborrable en la memoria de los pueblos y con el cual, más que con aquellas escenas vulgares, consiguió los altos fines que se proponía sacar por medio de la religión en la opinión de los pueblos, y aun embotar el arma terrible de la inculpación de herejía con que tanto daño habían hecho á la causa los advertidos enemigos. Porque como hubiera sucedido que la batalla de Tucumán se obtuviera el 24 de Septiembre—día que la Iglesia tiene consagrado en honra de la Virgen de las Mercedes, y hubiera sido alcanzada la victoria contra toda probabilidad, concurriendo para su éxito sólo acontecimientos extraños y no comunes en el orden regular de las cosas—quiso el General, tanto por buena política como porque lo creía á fe de buen católico, confesar oficialmente el milagro. Hizo para ello que su ejército concurriera todo entero á la procesión que se celebró algún tiempo después de la fecha ordinaria por motivo de las ocurrencias pasadas; y como satisfaciendo un voto general, la imagen de la Virgen fué conducida al mismo campo de batalla, que Belgrano lo denominaba ya *Campo de la Victoria.* Habíase incorporado en aquellos momentos la columna que regresaba de la persecución á Tristán, toda llena de polvo y á caballo, con lo que aumentó la solemnidad y grandeza del acto; cuando adelantándose Belgrano, y llegando con gravedad hasta presencia de la imagen, á una orden suya descienden las andas:—la atención pública lleva allí sus ojos, curiosa de lo que va á pasar; y fué no otra cosa que el jefe de aquel ejército victorioso colocara en mano de la Virgen su bastón de general.

La emoción más profunda estremeció las almas de los que contemplaron allí el suceso.—El General y los pueblos proclamaron á la Virgen de las Mercedes por Generala del ejército argentino, y este acto de edificante devoción, como que bajaba de las alturas mismas del mando y del poder, obtuvo un eco muy grande, que repercutió más especialmente en el seno de

aquellos pueblos del norte, tan heridos de antes en sus más caros afectos religiosos; lo que contribuyó, á la vez, no sólo á revivir por este lado de lo cristiano el crédito tan perdido del ejército, sino que despertó una confianza y un entusiasmo de mayores quilates en aquellas poblaciones que dieron en ver en la de Tucumán cómo la mano de Dios estaba visible para sostener la causa de la libertad y de la Patria. (1)

Muy enternecidas con el suceso las monjas de Buenos Aires, y con el fin de mantener la devoción en el ejército, remitieron para su uso un cargamento de cuatro mil escapularios de la Merced, que, desde Belgrano hasta el último soldado los colocaron sobre el pecho en el acto de partir en busca del enemigo;—y los llevaron como una condecoración militar ó símbolo, si se quiere, de la que era tenida ya por Generala del ejército durante el curso de aquella campaña.

Hubieron, pues, por todos estos medios, obtenido crédito el ejército y prestigios el General; dos fuerzas muy poderosas para asegurar la suerte de las armas y de la causa, contando de nuevo con la opinión pública entusiasmada, y por la primera vez con el orden, el buen gobierno y una disciplina bastante adelantada y lucida en sus tropas:—conquista toda de Belgrano, que por sus propios cálculos y convicciones como por el acertado tino de estudiar y seguir los sanos consejos de los hombres de preparación, pudo contener el desquicio, refrenar los escándalos, meter y encauzar en la obediencia á sus subordinados, y arreglar sus costumbres, lo que no es poco conseguir, venciendo para tanto, con harto honor para él, las murmuraciones y obstáculos opuestos por aquellos cuyos alcances quedaban muy atrás sin poder llegar á la misma altura suya.

---

(1) La patrona del ejército español era la Virgen del Rosario—se la llamaba *la Virgen realista*, y *Virgen patriota* á la de las Mercedes.

V

INVENCIÓN Y JURA DE LA BANDERA

Por fin, después de conseguidos todos estos adelantos y ventajas, adquiridos en un espacio de cuatro meses de incesante labor y actividad, resolvió Belgrano moverse de Tucumán sobre Salta, iniciando una campaña ofensiva, mandando un ejército ya de tres mil hombres, y obedeciendo también los mandatos del gobierno general, que lo formaban, á la sazón, hombres de la mayor energía y parciales suyos.

La primera división rompió la marcha el 13 de Enero de 1813, y sucesivamente el resto de las fuerzas. Tan cómoda parcialidad en los movimientos era debida á que el enemigo, acobardado con la retirada tan costosa que tuvo que hacer por las ochenta leguas que separaban ambas ciudades de Tucumán y Salta, se había reconcentrado en este último punto, donde permanecía sin asomar casi por todo el territorio oriental de la provincia, que larga cadena de sierras separa del valle de Lerma, corriendo de norte á sur; y esta inmensa zona, como hubiera quedado en poder de los partidarios salteños, la guardaban éstos de manera tan cumplida, que un solo agente del enemigo no cruzaba por ella sin caer en sus manos, ni una sola noticia, ni un solo rumor podía Tristán conseguir que lo orientase y diera luz en los proyectos y pasos de Belgrano en Tucumán y de las otras ocurrencias que se sucedían en el resto del país, por este lado.

A esta imposibilidad ó á este descuido de Tristán se debió que las avanzadas exploradoras de la Patria recorrieran sin obstáculo hasta más al norte del río de las Piedras, y que Belgrano pudiera disponer del territorio del Pasaje como suyo, no obstante quedar cosa de cuarenta leguas distante de su cuartel de Tucumán, y para fijar allí el punto de reunión de

todas sus fuerzas.—Es el Pasaje río grande y caudaloso, cuyo vado hácese difícil en la época del verano, que es la estación de las lluvias copiosas en las provincias del norte; porque se derraman en su cauce, como tributarias, las aguas de todo el valle central de Salta ó de Lerma que, en corrientes numerosas, lo atraviesan por toda su extensión; y las que riegan y fertilizan el valle occidental en las faldas de los Andes, llamado de Calchaquí; y aun las aguas septentrionales de Catamarca, que dirigidas por entre la infranqueable y dilatadísima barrera de las montañas, suben al norte, penetran en Salta bajo el nombre de Santa María, y, volviendo hacia el oriente por entre ásperas gargantas y recibiendo á su paso el río de Calchaquí, van también á echarse por allí, en el Pasaje formado así por todos, como en un desagüe universal. Cuando este río, pues, formado por todo aquel caudal, seguía rumbo á Santiago por la comarca llamada La Frontera, cortaba el camino real ó carretera que unía las ciudades de Salta y Tucumán. Ya en el mes de Febrero, en que tenían lugar los sucesos que vamos á narrar, la naturaleza, rejuvenecida por allí, ostentaba todos los prodigios de su magnificencia, no sólo en aquel río que encajonaba en un solo y profundo canal toda la mole de sus aguas, sino en los campos que á uno y otro de sus costados se dilataban por leguas, hasta terminar en otras sierras á la vista; todo, cerros y campos, revestido de una capa interminable de verdor, donde pacía el ganado, donde tenían su asiento las grandes estancias, y donde los gauchos, sus habitantes, pasaban la vida recorriéndolos en la cuidanza de los rebaños. Los campos y los montes de aquella región se hallaban poblados de bosques, cuyos árboles más comunes por allí lo eran el algarrobo y el chañar, que engordaban rápidamente al ganado; el cebil, el quebracho y el laurel, que encerraban bondades curativas, alcanzando, á las veces, proporciones gigantescas. La sombra y el pie de uno de estos gigantes de la vegetación de Salta, que se alzaba majestuoso á la orilla misma del río, vinieron

á servir para realizar una de las escenas más bellas y significativas de la revolución.

Había sido la bandera española, hasta la fecha, enseña enarbolada por uno y otro adversario, por lo que se hacía necesario que el pabellón distinguiera mutuamente á los enemigos en lucha, y á la vez las aspiraciones á la independencia, que después de tres años de guerra, no pudiendo ya más contenerse tan excesivamente oprimidas, exigían, por las propias conveniencias públicas, se fueran lentamente echándose sus bases. Y como es la bandera el distintivo más genuino de la soberanía, enarbolar como propia una distinta de la de España no era otra cosa que decir se alzaba del seno de estas colonias una nueva y soberana nación. Belgrano, desde 1811, acariciando esta noble idea, había inventado una bandera arrancando del cielo sus más bellos colores; porque, recordando que durante las invasiones inglesas las escarapelas que distinguieron á los patricios fueron de color blanco y celeste, compuso con ellos cuando le confió el gobierno la defensa de las baterías del Rosario de Santa Fe, una bandera de guerra, que hizo recibir por sus soldados y que flameara al viento, clavada en lo alto de las fortificaciones. Pero en la mente de los gobiernos dominan ideas en las más ocasiones muy diversas de las de sus generales, y, aunque el entusiasmo personal de Belgrano por la total separación de España lo había arrastrado hasta dar el nombre de *Independencia* á una de las baterías, unido á otros actos públicos de este género, los que dirigían la nave del estado no hallaron por oportuno el paso, y sí por más político continuar un tiempo más bajo la invocación de Fernando VII, y cubiertos con sus atributos, hasta que la suerte de la América se encontrara más fija en los hombres del propio país, y más garantizada en las naciones, por lo que se le ordenó recogiera y guardara aquel símbolo prematuro. Pero la idea, como tema fijo en el cerebro, vivió invencible en aquel hombre que así dirigía las armas como encauzaba la opinión, siendo

apóstol y soldado al tiempo mismo; y volvió á tentar, en 1812, estando en Jujúy, de darla á su ejército. Esperó para ello—queriendo hacerlo con grandiosa ceremonia—á que llegara el 25 de Mayo, fecha que ya celebraban los pueblos como memorable en los fastos de su libertad; y en cuanto rompió la luz aquel día, el ejército formó en frente de la morada del General, de donde salió Belgrano conduciendo en sus manos la bandera á cuya presencia aquel ejército, que por la primera vez fijaba sus ojos en ella, presentó las armas y rompió sus dianas. Y habiendo pasado de allí al Cabildo, fué colocada la nueva enseña en el balcón principal y saludada por quince cañonazos. Horas más tarde fué llevada con debida ceremonia á la iglesia matriz, donde el doctor don Juan Ignacio de Gorriti, que más tarde sería vicario general del ejército, la bendijo, imprimiéndole á aquel augusto trapo, sin historia todavía, su primera grandeza y santidad.

A la hora de la puesta del sol, tomóla de nuevo en sus manos el General, fué con ella donde sus soldados, y les dijo:—«Por primera vez, veis en mi mano la bandera nacional, que ya os distingue de las demás naciones del globo. No olvidéis jamás que vuestra obra es de Dios; que El os ha concedido esta bandera, y que nos manda que la sostengamos».

La multitud que llenaba la plaza unió sus aplausos á las aclamaciones de las tropas; y cuando después de hacerla recorrer en procesión las calles de Jujúy la pasó por sobre la cabeza de sus soldados, como para que les infundiera el espíritu de vencer ó morir por ella, de todas las filas heridas de patriotismo, brotó este grito heroico: «¡Nuestra sangre derramaremos por esa bandera!»

Pero sucedía que acto tan grave y trascendental no sólo para la disciplina, mas también por lo que hace á los intereses políticos del gobierno, lo había hecho Belgrano otra vez por su propia cuenta y motivo; y sabedor de ello el gobierno lo desaprobó y aún lo tuvo por desacato á su autoridad, ordenándole, por la última vez, procediera á recogerla.

Belgrano así, por segunda ocasión reprimido en su afán, tuvo que guardar la enseña, dándole cuenta al gobierno de haber sido obedecido, mas anunciándole, como inspirado de numen profético, que esa bandera que guardaba ahora y ocultaba hasta de la vista de sus soldados, estaba reservada para el día de una gran victoria. Esta era aquella que se vislumbraba en los campos de Salta, y en cuya busca iba á marchar desplegada ya desde el Pasaje.

Porque impertérrito el General en su propósito, habiendo pasado á la banda norte del río, formó todo su ejército en parada el 13 de Febrero, haciendo con él un cuadro, como se acostumbraba disponerlo para ciertas ceremonias; y de lo que ahora se trataba era de reconocer por el ejército á la asamblea que, con el carácter de soberana y formada por los representantes de todas las provincias, acababa de instalarse en Buenos Aires. Así dispuestas las cosas, Díaz Vélez, seguido de música y escolta, penetró en el cuadro, llevando la bandera celeste y blanca, de quien diría el poeta:

> Blanca nube que flotas en el viento
> Con un jirón del firmamento atada.

Era grande y de seda: su centro limpio de todo atributo ó alegoría; pero en el cual ese mismo año haría pintar Belgrano las *armas de la Patria*, que hoy llamamos escudo argentino, y el cual llenaba toda la parte central de la bandera. [1]

Una vez á su presencia, Belgrano desenvainó la espada, y señalando con ella la bandera:—«Este será el color de la nueva divisa,—dijo á sus soldados—

---

(1) El general Belgrano, más tarde, se la regaló á la ciudad de Jujúy, como en recompensa de su patriotismo. Se la guardó en la iglesia matriz, y por la incuria que trajeron los desgraciados tiempos posteriores, estuvo á pique de desaparecer. El gobierno de aquella provincia la recogió y la tiene depositada con gran veneración en la sala de su legislatura. Esta bandera fué estrenada en la batalla de Salta, y volvió de Jujúy al campo de la victoria, conducida por el senador don Domingo Pérez, el 12 de Julio de 1894, concurriendo á la gran fiesta que se celebró en dicho sitio ocasionada por la peregrinación que hizo la juventud universitaria de la República. En lo alto del tablado se veía la bandera de Belgrano otra vez flameando en el campo donde recibió el primer beso de la gloria; pero, por amarga irrisión del destino, sostenida por las manos de una descendiente de uno de los más acérrimos enemigos de la independencia.

con que marcharán al combate los defensores de la Patria».—Juró obediencia á la Soberana Asamblea; tomó el juramento individual á los jefes, é interrogando luego á las tropas si juraban también obediencia, respondieron que lo juraban.

Aprovechando la ocasión para extender este solemne compromiso al sostenimiento de la bandera, dispuso que uno de sus ayudantes, sosteniendo el pabellón celeste y blanco á baja altura, y asentando el mismo General la hoja de su espada sobre el asta de manera que formara una cruz, bajo aquel árbol corpulento de la margen del río, ordenó desfilara el ejército entero á su presencia; y en llegando ante aquella cruz militar, cada soldado, inclinándose sobre ella, la besaba y seguía, cuya larga operación duró por horas; terminada la cual, quiso dejarse perdurable memoria de ello, y así como los antiguos pueblos usaron de levantar altares de piedra para acción de gracias y conmemoración de algún acontecimiento digno de sus recuerdos, Belgrano dispuso se grabara en el tronco de aquel árbol una inscripción en que se decía: *Río del Juramento.* La revolución iba así escribiendo la historia de su carrera, como si presintiera su propia inmortalidad.

VI

TRISTÁN EN SALTA

Dejando ahora á Belgrano en momentos de emprender su avance sobre el enemigo desde el Pasaje, corresponde pasemos á ver qué era del ejército real que había ganado á Salta.

No cabía en el orgullo de Tristán, presumido de buen militar vencedor en el Desaguadero y demás acciones menores del Alto Perú, durante todo el año de 1811, aparecer y menos confesarse por el derrotado de Tucumán; y como aquella batalla no había

sido una victoria acabada y completa, sino que, á medio decidirse, Tristán alzó su campo, haciéndolo como de su propia determinación y voluntad y no obligado por la fuerza, motivo halló en esto para adelantar su palabra oficial, el 29 de Septiembre, á las noticias desfavorables que, en vista del descalabro, calculaba naturalmente volarían á Salta y á los pueblos del Perú, esparciendo por todos ellos su desprestigio personal; por lo que mandó publicar en Salta, por bando, caería bajo la pena de la horca quien dijera y publicara que había sido vencido. Entró á aquella ciudad á fines de Octubre, y llevado de esta idea, aparentó en ella un aire de triunfador, un orgullo y despreocupación de guerrero poderoso, y aun tomando aires de desprecio por los insurgentes; mas tanto aparato artificioso sólo podía acallar por el miedo los ecos de la verdad, pero no ocultarla á los ojos de la conciencia pública muy informada ya de lo contrario con la reciente presencia de Arenales, de Díaz Vélez y Zelaya, que, á no haber vencido, era difícil de explicar cómo aparecieron y se apoderaron de la ciudad antes que Tristán pudiera restituirse á ella. Y como por estos y otros conductos las nuevas de la victoria llegaran y se sucedieran por la diaria comunicación de los habitantes, aconteció que, no obstante los temerosos castigos anunciados, comenzaron las gentes á decirse al oído que lo de la derrota era tan cierto, que allí iban sus detalles; y la murmuración creció, y se dió el mundo á los comentos que, como estaban en estado de guerra, á más de andar de secreto en los labios, corrieron en versos volantes dando al ridículo con Tristán. (1)

---

(1) De una muy venerable persona de filiación realista y contemporánea y testigo de estos sucesos, tomamos el siguiente, en el que se decía, por ejemplo:

Es tan valiente Tristán
Que anda sumiendo la cola;
Se volvió de Tucumán
Rodando como la bola.

Empero, muy diversa cosa pasaba en el interior de su ánimo; y, no pudiendo engañarse á sí propio, sintióse tan débil y expuesto con aquellos soldados mermados y desmoralizados en gran manera con la derrota, que acorraló su ejército entre los cerros de Salta, sin adelantar por el camino de Tucumán una sola partida que observara ya que no sujetara á su dominio tan extensa é importante zona, cruzada por las partidas voluntarias de los gauchos de Salta; que comenzaron á tocar en su audacia hasta las mismas puertas de la ciudad. Apeló, pues, apenas llegado á aquel punto, al general en jefe Goyeneche, que permanecía en Potosí, en demanda de auxilio; y su primo y general no tardó en remitirle buenos refuerzos en hombres, dinero, cañones y demás armas y municiones; pero, á pesar de hallarse así Goyeneche resguardado á ciento cincuenta leguas más al norte, y mandando un otro poderoso ejército, se sintió con el descalabro de Tucumán más acobardado aún que Tristán.

Ponderó al virrey de Lima la inquebrantable decisión de estas provincias por la independencia y el tesón con que, á pesar de las derrotas anteriores, los ejércitos de la revolución no cesaban, sin embargo, en resistir á toda costa, pensando era más de prudencia el transar con ellas; por lo que, unida su aflicción á estos hechos notorios y tan graves, pedía al virrey, por otro lado, auxilios tan cuantiosos y con tanto apuro, que se veía Abascal imposibilitado de satisfacer. Y como fuera el Virrey el jefe de la guerra, al darle sus consejos militares en orden á lo que convenía de practicar en el futuro, dado este alarmante estado de las cosas, le repetía lo que ya el año anterior le tenía indicado como plan de campaña, y era no se aventuraran sus armas más allá del Pasaje, el cual era de importancia manifiesta para conservar como línea militar, más aún en la próxima estación de las lluvias, en que vendría á ser un embarazo natural y formidable para el paso de cualquier ejército. Dispuso aún más. Porque en la parte

oriental de la sierra que guarda el valle de Salta, y á ocho leguas de su capital, existía el antiguo fuerte militar de Cobos, sobre el camino á Tucumán, y que venía á ser como punto fuerte de avanzada para las fuerzas residentes en la capital de la provincia contra todo avance enemigo por aquel lado, y que había sido desde los tiempos de la fundación de la ciudad su llave de entrada, y prestado seculares servicios contra los salvajes del Chaco que afligieron por siglos con sus constantes invasiones á Salta y á Jujúy, y á quienes fué menester quitarles el territorio palmo á palmo. Conocedor Abascal de la importancia militar de aquella posición—dado que la serranía no presentaba entrada posible por otro punto—ordenó se lo restableciera al fuerte, y se fortificase á Jujúy y á Salta, con orden terminante de no abandonar estas posiciones sino en caso de último extremo, y aun entonces, defendiendo el terreno á toda costa. Y mientras esto se hacía como principal, por conveniencias segundas disponía que fuertes destacamentos del ejército, desprendiéndose de su cuartel de Salta, recorrieran el dilatado y pingüe territorio que se extendía hasta el Pasaje, espantando las partidas sueltas de paisanaje salteño alzado en armas por su propia cuenta, y como una observación sobre el enemigo que se reforzaba en Tucumán.

Tristán, sin embargo, teniendo mucho de fanfarrón, sea por su propia manera de ser, quizá también por su edad y exagerado orgullo, reforzado así por Goyeneche con toda clase de elementos y dos fuertes batallones, el Paucartambo, que llegó hasta él y el Azángaro que quedó guardando á Jujúy, y otros que llegaron más tarde, se vió engreído de nuevo á la cabeza de tres mil quinientos hombres de línea.

Quedarse allí á la defensiva, como lo disponía el Virrey, era algo que hería el presuntuoso orgullo del General, y resolvió, una vez que pasaran las lluvias, invadir de nuevo Tucumán, y subyugando toda la intendencia de Salta, procurar de realizar

por esta vez el plan primitivo acordado con la hermana del Rey, doña Carlota de Borbón, de ahogar y rendir á Buenos Aires con todas las fuerzas de los dos virreinatos y los auxilios del ejército portugués. Avínose Goyeneche también con este plan, que no era otro que un renuevo del suyo de 1812; y Tristán, como despreciando toda precaución sin atender á las disposiciones superiores, las desoyó en todo, menos en guarnecer á Cobos, pues abandonó completamente el Pasaje, pensando que sus crecientes le servirían de valla tan poderosa é infranqueable á los esfuerzos de Belgrano, que no merecía la pena de ocupar fuerzas en resguardarlo.

Otros quehaceres no menos graves y urgentes llamaron la atención y los cuidados de Tristán desde que volvió á Salta, por el 18 de Octubre; y era el principal de éstos poner en paz y sosiego á la población muy exaltada y dividida como la encontró, más que por lo que se decía con referencia á la pleiteada acción de Tucumán, por las semillas de insurrección que había sembrado en su seno Arenales, pocos días antes, dándose el caso que muchos, no obstante la presencia del ejército enemigo, trabajaban á su manera para «perpetuar la confusión reinante», que atribuía Tristán á la tolerancia que con estos «vagos y delincuentes», como los apellidaba, se había tenido por el gobernador de circunstancias, Campero. Este había dejado en esos días el poder por haber llegado el sujeto á quien Goyeneche había dado en propiedad el gobierno, quien era el coronel doctor don José Márquez de la Plata, perteneciente á los visibles patriotas de La Paz, que, en unión con don Domingo Tristán, se habían declarado por la causa de Buenos Aires, pero que las desgracias militares y desaciertos del doctor Castelli nos enajenaron su voluntad en 1811, tornándolos enemigos. [2] Pues á este

(1) Véase todo esto en CAMBA, *Memorias*, tomo I, páginas 83 y 84.

(2) Véase sobre la existencia de este personaje las actas del Cabildo de La Paz en el *Registro Nacional*, número 174, página 88, tomo I.

personaje, que tomaba su empleo de gobernador en 20 de Octubre, le ordenaba Tristán empleara todas las medidas buenas para evitar á la causa real tantos males como padecía; no siendo en este caso menos digna de recordación la aflicción en que iban poniendo al ejército enemigo las partidas patriotas alzadas voluntariamente al sur del Valle de Lerma y por todo el camino de Tucumán, pues sus correrías, que llegaban hasta las mismas puertas de la ciudad y sus hostilidades, aunque débiles y parciales, alcanzaron á medida tan molesta y amenazadora, que se temió por las subsistencias necesarias, y tuvo que arrearse los ganados suficientes de las estancias vecinas para guardarlos en puntos más á la mano y seguros. (1) Por fin, era grave molestia para el General lo que vino á descubrir que las mujeres de Salta lo vendían, y dando con algunas que mandaban partes escritos ó que lo espiaban tomando el nombre de *bomberas*, las mandó azotar, atándolas á los cañones, para pena y escarmiento. Entre tanto, ordenó que todas las personas principales de los puntos vecinos á la ciudad se reconcentraran en ella, para evitar se comunicaran con su enemigo.

Su mano pesó también sobre los mismos españoles, sus partidarios; porque, no obstante haberse convenido en socorrerlo con setecientos pesos mensuales para el pago de los reclutas que había hecho en la provincia, y haberles sacado por empréstito 70.000, aún pretendió gravarlos con 40.000 más; por lo que se le irritaron los *cachupines*, como también se los llamaba. (2)

No era menor el disgusto que comenzaban á causar sus tenientes con sus desmanes, sus atrocidades y sus crímenes. Un día saqueaban, al retirarse de Tucumán, la iglesia y pueblo de las Trancas; otra vez quebraba un soldado de un sablazo el brazo de

(1) Oficios de Tristán de 20 de octubre y del gobernador Márquez de 27 del mismo, en Zorreguieta, *Apuntes Históricos de la Provincia de Salta*, página 9'.

(2) *Archivo* Güemes.

un respetable vecino de Salta, español como él; y en fin, tocando ya en lo más serio para entonces, los de una partida «quemaron las casas y robaron cuanto encontraron en el pueblo de San Carlos, en donde fueron consumidas las formas consagradas dentro de un barril de aguardiente, para que no cayeran en poder de los *herejes porteños*», y cuyo copón, siendo de oro, en balde fué que Tristán, notando la indignación que causó el escándalo, mandara al famoso Benavídez, para rescatarlo, pues no apareció más. [1]

Quedó, pues, el ejército real acantonado y en paz en la ciudad de Salta, aguardando pasara la estación lluviosa y llegara el otoño para mover de nuevo su marcha hacia el sur, haciendo ahora de aquella ciudad lugar de concentración y resguardado asiento. Con esto, el recinto de su cabildo, en la plaza mayor, los conventos de la Merced y San Francisco y el hospital de San Bernardo, cuidado por padres belermitas, se transformaron en cuarteles para el abrigo de las tropas; mientras el General y sus oficiales se dieron por completo á interminables diversiones y al goce de los halagos que les ofrecían la sociedad de Salta y la estación misma del año, la más á propósito para las alegrías del corazón y esparcimiento del ánimo. Porque, en aquel período del estío, con el calor y la frecuencia de las lluvias, la vegetación rejuvenece y cubre de alegre verdor la tierra, sus montañas, sus campos y sus selvas; y los pájaros trinan y vuelan por ellos más abundantes y alegremente; y de las gargantas pastosas y arboladas de sus cerros, brotan los torrentes cristalinos que atraviesan por doquiera su suelo con una pujanza y con un estruendo más ó menos poderosos y grandes cuanta sea la fuerza de su declive, y cuyas blancas espumas cubren los trozos de rocas, á veces enormes, que forman su asperísimo lecho. No otra región del territorio más pintoresca, ni de clima más suave y benigno, ni en

---

(1) Oficio de Belgrano á Tristán, 11 enero de 1818, *Archivo Nacional*, enero, 1812, número 1.

que la naturaleza apareciera más variada, más pródiga de encantos ni más bella que en aquellos alrededores de Salta; porque en todas sus cercanías se encuentran cerros y lomadas; quebradas, arroyos, ríos, prados y vegas los más seductores para recorrerlos; y si era lo que entonces encerraba la ciudad, sus quintas, llenas de flores y de frutas, se ofrecían y tentaban á la parte del sur y del poniente.

Cosa es por otra parte ya conocida en esta historia cómo era la sociedad de Salta por aquella época, famosa en todo el Río de la Plata por su cultura y civilidad, y cuyas costumbres rumbosas, elegantes, alegres, eran un complemento de su civilización y proverbial riqueza. Los moradores de aquella ciudad eran muy dados á la diversión, consecuencia y fruto de su propia holgura y bienestar; nadie sobrepujaba al trato cortés de sus hombres, ni había quien pudiera resistir á los encantos de sus hijas, que tenían el mágico poder que dan al sexo femenino las tres fuentes de su dominación en la tierra: la hermosura, el ingenio ó la gracia, la educación más fina y una valerosa resolución. Y era de regla entonces que la mujer casada, entre la gente culta y de calidad, ocupara, no sólo el primer rango en las fiestas y demás actos de ceremonia, mas también que mereciera todas las preferencias y honores de los circunstantes; siendo ellas quienes llevaban el lujo, iniciaban y daban el tono á los bailes, llebaban la conversación, sobresalían en el decir, y aún se permitian, á las veces, cuando el entusiasmo era mucho y el genio más desenvuelto, de pronunciar brindis en los banquetes á que siempre asistían, formando, en una palabra, el todo ó lo principal en estos actos de la buena sociedad, y quedando, por ende, sus hijas, las jóvenes solteras, en situación inferior de goce y lucimiento. Pues bien, estas señoras de Salta, del trato más fino, ilustradas en lecturas históricas y religiosas, que de continuo practicaban y desde que fueron de tierna edad en el hogar paterno, eran de agudo y despierto ingenio, de expediente franco y amable; y vivían

muy al cabo de cuanto acontecía desde Buenos Aires á Lima, por razón de los viajes frecuentes por toda esa dilatada región de sus padres, maridos ó hermanos, á quienes servían de corresponsales, como por el trato con gente forastera que atraía á Salta el comercio; y como, además de todo esto, fuera especial patrimonio suyo la expansión de su espíritu y de su corazón por todo lo grato y noble y bien visto en esta vida, hacían que su sociedad fuera apetecida y frecuentada; la que, una vez conocida, se gustaba vivir en ella cual si fuera necesidad indispensable de la vida.

Tantos atractivos y tantas virtudes hicieron de las salteñas «mujeres de conocido mérito y en extremo insinuantes», [1] siendo ellas en abundante número; y se hallaban cuando Tristán tomó posesión de la ciudad, como lo estaban los hombres, divididas también en bandos opuestos y enemigos, habiéndolas, por tanto, patriotas y realistas, todas muy entregadas á la política, en que se mostraron habilísimas, y habiéndola abrazado gran parte de ellas con una pasión tan exaltada y vehementísima, que era nueva divinidad la patria para las unas, y el rey un dios para las otras. Muchas, por los compromisos de familia con la revolución, tuvieron que emigrar; quedaron otras, aunque de tinte parcial por la Patria; porque el famoso bando de Belgrano no alcanzó felizmente á cumplirse por allí, como en Jujúy; y luego no más, gran parte de aquellas que emigraron al anuncio de la invasión, regresaron á sus hogares bajo la confianza que les ofrecía la mesurada conducta de Tristán. [2] Con esto quedó la ciudad muy poblada y la sociedad muy completa con lo mejor de sus damas; y con el arribo del General y su ejército—que querían con las fiestas distraer y desvirtuar la opinión después de la derrota--sucediéronse los bailes, los paseos, los

---

(1) Lo dice el general García Camba, historiador español, que las conoció durante la guerra; *Obra* citada, tomo I, página 89.

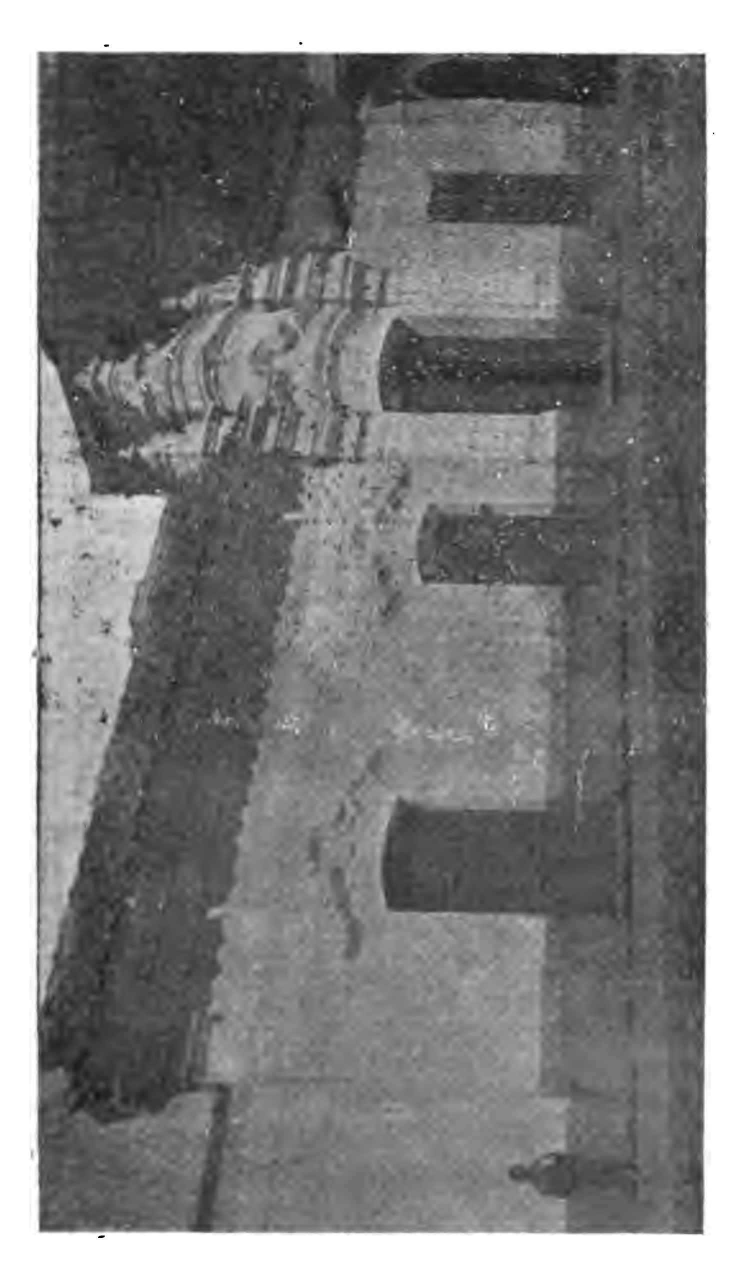
(2) Torrente, *Obra* citada, tomo I, página 267.

banquetes y demás pasatiempos de grande espectáculo y buen tono; hízose en la plaza un teatro, en el sitio que fué más antes atrio de la *Matriz Vieja*, templo ya en desuso y ruinas, para las comedias; donde se levantó, en honor de Tristán, un palco regiamente preparado, y al cual concurría con las principales damas del partido realista, como eran las Costas, en cuya casa se hospedaba; (1) y en las giras campestres á los lugares cercanos y amenos, solaz que duraba todo un día y remataba en un baile por lo común, se asistía formando numerosa cabalgata, dando ocasión para que aquellas mujeres, con ser damas de primera calidad, lucieran, no obstante, el manejo del caballo de la más correcta y vistosa manera; con quienes, por supuesto, venían á formar ridículo contraste esos oficiales peruanos que las cortejaban, que poco fijos en el corcel y con su cuerpo por nacimiento encorvado, más tenían de monos caballeros que de jinetes de realidad.

Más bulla y animación tomaron estas alegrías con el concurso oficial que por dichosa casualidad vino á producirse; pues habiendo remitido el virrey Abascal la constitución de la monarquía que acababa de promulgarse en España, con el fin de que fuera jurada por el ejército, autoridades y pueblo, hiciéronse grandes festejos en su honor, levantándose en la plaza mayor magnífico tablado, desde cuya altura, ocupada por el ayuntamiento, el general Tristán y demás autoridades, y en presencia de numerosa reunión de soldados y ciudadanos, se leyó en la mañana del 30 de Enero aquel código nacional que pensaba dar en tierra con el poder absoluto del monarca, pero que duró tanto como la vida de una flor.

Fué el día siguiente destinado para su jura, la cual se hizo solemnemente en la catedral, á mitad de la misa, prestando primeramente el compromiso el deán Isasmendi, que oficiaba, y á quien Satanás no le lle-

(1) En el sitio que fué la Matriz se edificó la nueva catedral, que hoy existe.



CASA DE COSTAS, DONDE HABITÓ TRISTÁN

vaba en soberbia ni orgullo; y luego el gobernador viniendo en seguida hacia él todas las demás, autoridades y empleados á rendirlo en sus manos; y acompañadas ó seguidas todas estas ceremonias de repiques y de música militar, y haciendo su estruendo de salvas la artillería, y dando fin con ramillete, de día, y con suntuoso baile por la noche. (1)

Era esta la manera cómo el ejército real pasaba sus cuatro meses de estación en Salta; y el General todo él se prestaba para enderezar por vida semejante, porque era Tristán un hombre joven, amigo del lujo, aristócrata por cuna y por hábito, que había recibido en su país, el Perú, esmerada educación, completándola en los mejores colegios de España, á lo que dió motivo y proporción su inmensa fortuna particular. Poseía á la perfección el habla francesa, y profesando en la carrera de las armas, había hecho toda la campaña del Alto Perú bajo las órdenes de su primo Geyeneche, desde la batalla del Desagüadero, de cuyas resultas había ascendido á general, desempeñando el cargo de jefe del estado mayor, y al presente, de general de vanguardia del ejército real.

Muy engreído y orgulloso con su puesto y las victorias con que, desde 1811, lo había ido acompañando la fortuna, habían crecido mucho en él el orgullo y presunción de su competencia y poder, como tomado anchas creces en su ánimo así mareado por los soplos desvanecedores de las alturas, la infatuación y fanfarronería; profesando, en consecuencia, por lo menos hasta que llegó á Tucumán, grandísimo desprecio por los generales y tropas de la revolución.

No se había distinguido como Goyeneche y sus tenientes por instintos feroces, ni había sembrado su camino como ellos por actos de barbarie; porque, caballeresco y generoso, miraba en la guerra deberes muy superiores que cumplir y que interesaban á su honor como militar civilizado, habiéndoselo visto, por

---

(1) Puede verse lo principal de estas ceremonias para la jura de la constitución española, en ZORREGUIETA, *Obra* citada, página 99.



LA CATEDRAL DE SALTA

ejemplo, cuando Díaz Vélez fué derrotado en Suipacha, en Enero de 1812, alcanzar en la persecución el convoy de heridos, y antes que tomarlos prisioneros y cebar la crueldad en ellos, dejólos seguir libremente la marcha; cosa que era bien rara, dado el sistema de escarmiento y ferocidad que fué puesto por entonces al servicio del Rey de España. (1) Y como fuera, á más de esto, Tristán, culto, sociable y galante, cuya civilidad armonizaba tan naturalmente con aquella antigua sociedad aristocrática de Salta, famosa en tales progresos, hízose una amalgama entre estos forasteros y la población, que parecía no hubiera división ni menos guerra. Lo que más llamaba la atención era que las más conocidas por patriotas y comprometidas, ora por sí, ora por sus deudos, muchas de las cuales tenían ausentes en la emigración ó alistados en el ejército á sus padres, maridos ó hermanos, fueran las más asiduas en la asistencia y las más empeñosas en toda esta cadena de fiestas que se sucedían, mostrando por ellas un entusiasmo y afición, cual si aquellos jefes y oficiales con quienes las habían, fueran los suyos, de vuelta de una feliz y gloriosa campaña. Todo aquello, sin embargo, no era otra cosa que la gran trama urdida por las mujeres salteñas para conquistarse todo el ejército real. Aunque no poseemos, desgraciadamente, las suficientes luces para afirmarlo, todo esto que hemos alcanzado á recoger nos muestra muy á las claras la posibilidad de que las señoras patriotas de Salta estaban metidas en un pacto secreto; pero sí lo es notoriamente cierto que marchaban virtualmente unidas, por lo menos, en aquella empresa por demás admirable y extraordinaria, llevando el negocio con habilidad tan suma, que lograron muy en breve subyugar aquellos guerreros con el poder fascinador de su hermosura, de su inteligencia y de sus gracias; pero en tal medida, que torciendo diestramente las naturales tenden-

(1) MITRE: *Obra* citada, tomo II, página 52.

cias del corazón humano y de la juventud, muy inclinadas de suyo á la vulgar adoración de la mujer hechicera, hiciéronlos cambiar de blanco y que dirigieran su entusiasmo á adorar otra deidad más superior y divina:—la patria americana. De esta suerte, sedujeron á buena porción de los oficiales peruanos para que trabajaran, como americanos, por la causa de la independencia. (1)

Descollaba entre estos jóvenes militares, por su posición, por su fortuna y más principalmente por el cargo que desempeñaba de segundo jefe del ejército real, don Juan José Campero, marqués de Yavi y Valle del Tojo, señor de Casavindo y Cochinoca, que era también comandante general de la caballería, la que iba á sus expensas; pues era obligación anexa á su título nobiliario el contribuir al servicio del rey con un determinado número de hombres en caso de guerra; (2) el cual poseía una inmensa fortuna, bastando saber que sus posesiones territoriales se sucedían desde la provincia de Tarija hasta las cercanías de Jujúy, teniendo, como era establecido por las leyes en aquellas regiones peruanas, gran cantidad de indios tributarios. Ya su padre, el general español don Juan Manuel Campero, tenía fresca y sonada memoria en los anales de la provincia de Salta, en donde había sido su gobernador, y en cuyo oficio vino á tocarle en suerte la ingrata tarea de dirigir la expulsión de los padres jesuítas de toda la intendencia de su mando, conforme lo había dispuesto el Rey. Esta misión, muy difícil y escabrosa en un país cuya población era altiva, guerrera y sumamente parcial de la Compañía, vino á agravarse y á tornar aborrecible al agente, más aún con el término angustioso de tres días que impuso para que abandonaran el territorio los padres, con lo que se produjeron sediciones en Salta y en Jujúy.

---

(1) Puede verse como testimonio sobre esto á CAMBA: *Obra* citada, tomo I, página 89.

(2) Referencia tomada en la familia de Viola y Otero, de Salta.

Y si hemos de estar á sus quejas, los planes de los revoltosos, cuya cabeza era don Francisco de Toledo, en Salta, y Bárcena y Zamollea, en Jujúy, consistían, no sólo á reducirse á aquellos puntos, sino ramificar la conflagración hasta Misiones, sede del poder jesuítico, alzando en armas á los indios; por lo que, noticioso de estos planes el gobernador, antes de que estallara la tempestad,—cuyo primer deseo era echar de Salta á Campero,—tomó setenta hombres para atacar á Jujúy, donde el primer amago aparecía. Llegó á las dos de la mañana, y no juzgando prudente entrar á la ciudad, se fortificó en los suburbios, en las casas llamadas de San Roque. De su hueste no le quedaron más que veinte hombres, apenas de llegados, por haber sido el resto seducido; y luego cayeron sobre el gobernador trescientos hombres armados á bala, comandados por don Ignacio de Gorriti, español de muy noble linaje y grande fortuna, y lo atacaron, defendiéndose Campero hasta media noche, en que escapó, tomando la vuelta á Salta, en cuya ciudad y durante su ausencia, otro movimiento, capitaneado por Toledo, invadía su casa, que á la usanza de entonces, lo era también la oficial del gobierno; echó de ella á la gobernadora, su mujer, que acudió á la limosna del obispo, y se apoderaron de los papeles de su despacho.

De regreso á la capital de su gobierno, estando á la mitad de su camino y en la estancia de la Caldera, que había sido también fundo jesuítico, lo topó con la gente de Salta, Toledo; y arremetió sobre él, encerrándolo en las casas de la hacienda, donde hizo su postrera y desesperada defensa; y como las balas de los asaltantes llovían, dos de ellas ó sean dos postas, le penetraron en la cabeza; y la sangre, corriendo por la cara, lo mostraba á la vista de sus enemigos por herido é inutilizado.—«¡Paz, paz! señor gobernador, gritáronle los de Toledo, que ya todo está acabado».

Y accediendo Campero á rendirse, se dió á ellos; los que con crueldad, siendo enemigo aborrecido, lo

apresaron, y sin proveer convenientemente á su curación, alzaron con él y lo llevaron hasta Charcas, cuya audiencia ordenó su prisión. De antes, ya este hombre era mal quisto, pues que habiendo obtenido los jesuítas cédula real á su favor por la cual debían sacar anualmente del ramo de la sisa de Salta doce mil pesos para su hacienda particular, este famoso gobernador suspendió su cumplimiento, y fué envuelto en proceso criminal, inculpándosele por los amigos de la Orden de detentador de bienes de los expulsos, yendo y tomando crédito la denuncia en Charcas y Lima, y subiendo el negocio á conocimiento de la corte. (1)

Era así como los de Salta trataron, derribaron y apresaron á su gobernador; porque, aunque siendo órdenes del Rey las que éste ejecutaba, herían la opinión pública. Su hijo, ahora, no podría resistir al apasionado empeño de aquel pueblo, que según la palabra del prelado del Tucumán en aquella época de la expulsión de la Compañía:—«Toda maldad aquí se piensa, y pensada, luego se ejecuta», decía el tal obispo al Rey, aludiendo á los antiguos salteños. Era el marqués un joven nacido en las provincias del Alto Perú con el grado de coronel por herencia, y contaba treinta y un años cuando sucedían las escenas que vamos á referir; alto y corpulento, había engrosado demasiado para su edad, circunstancia y defecto á la vez que, á más de la impericia para jinete, serían quienes coadyuvaran por su lado á la desgraciada caída y prisión, y á su muerte tras prolongada y dolorosa mortificación, en manos de los carceleros españoles. El blanco pálido de su cutis, la boca de rasgo grande, cuyos labios levantaban y tendían hacia fuera sus dientes largos y salientes; sus ojos pequeños y enamorados bajo una frente estrecha y sin espacio; y sus mejillas carnosas, abultadas en su remate superior por los pómulos salientes de

(1) *Documentos relativos á la expulsión de los jesuitas*, por FRANCISCO JAVIER BRAVO, páginas 107, 152, 157, 358.

su cara; y el pelo lacio y fuerte y rubio, no eran por supuesto las prendas para hacer de él dije codiciado de las damas por la belleza y físicas perfecciones; ni su falta de imperio en el caballo, ni su estampa encorvada á la altura de los hombros, por achaque característico de los coyas, las cualidades felices que le dieran marcialidad en sus funciones militares.

Hasta la fecha había fluctuado su opinión política por uno y otro bando, repartiéndose entre la revolución y el Rey, según eran los vientos que soplaban; como que, en los comienzos de la lucha, fué uno de los tenientes de Nieto, que con sus regimientos tarijeños bajó y ocupó todo lo septentrional de Jujúy, esperando allí, y para dar la mano á Liniers; mas cuando subió el ejército de Castelli, mostróse amigo y auxilió la expedición con mano generosa, abrazando la causa de la revolución con tan visible entusiasmo que así por esta adhesión cuanto por su importancia personal, la Junta lo nombró gobernador de Salta, en 1810, suspendiéndolo luego no más de este empleo para que, como diputado que había sido electo, pasara á Buenos Aires á tomar parte en el congreso; (1) mas las desgracias que acaecieron dieron al traste con todos estos proyectos, y el Marqués, sin salir de sus dominios, volvía á cobijarse bajo la bandera del Rey, invadiendo ahora, en compañía de Tristán, las provincias argentinas.

Esta era por excelencia, entre todos los oficiales peruanos que las mujeres de Salta se propusieron seducir, la conquista codiciada, que la valerosa doña Juana Moro tomó por obra suya el conseguirla. Era ésta una señora de alta posición, de mucha audacia, y de no mayores escrúpulos para decir ni para obrar; y cuyos servicios por éstas y otras muy notables cualidades suyas, iban á ser grandes durante el transcurso de la guerra. Su estatura era baja; su

(1) Copia auténtica en el archivo del doctor Güemes, de los originales en que constan estas disposiciones de la Junta, en poder de la familia Campero.

cabello abundante y negro; el cuerpo sano y robusto; su cara de cutis blanco y un tanto encendido; no fea, pero no bella; porque su boca era grande y pequeños los ojos, y su nariz abierta en las ventanillas, rasgo bastante común en los seres apasionados; pero su inteligencia y otras gracias eran muchas, siendo por todo extremo vivísima y resuelta, tanto, que jactábase, hasta en las postrimerías de su vida, de nunca haber sido descubierta, aunque sí sospechada y per-



DOÑA JUANA MORO

seguida, en los numerosos actos y expedientes de que echó mano para arruinar á los españoles. Nacida en Jujúy, pertenecía á la familia de Moro Díaz, que con Pueyrredón, el general Pizarro y otros, fundaron la ciudad de Orán, donde contaba con deudos y propiedades; mas con motivo de su casamiento con el coronel en la revolución, don Jerónimo López, se avecindó en Salta, siendo en ella una de sus mujeres más notables. Cayeron, pues, en las redes que les tejieron estas mujeres, el Marqués y porción

de oficiales, y se comprometieron con ellas á sostener la causa de la independencia; y como no era fácil ni cuerdo realizar una sublevación en el ejército en el sentido pactado, quedaron porque flaquearían en la próxima batalla, haciendo que la victoria se inclinara por la Patria.

Y no paraba en esto solo el trato; que, á serlo, también hubiera resultado por inútil tanto afán, reducido á no empeñar más que la suerte de una batalla y no la de la guerra en general. Porque, deseando aprovechar las ventajas que se alcanzarían con la victoria para la suerte general de la libertad de la América, se concertaron para regresar al Perú, aparentando el papel de vencidos verdaderamente en lid franca y bien sostenida, y tramar allí conjuración tan fuerte, tan vasta y poderosa, que levantaran en armas todo el Perú por la revolución; contando para tanto con sus recursos y particulares elementos, como oriundos que eran todos ellos de tales pueblos, y con el auxilio del ejército de la Patria que, cual era natural en el orden propio de las cosas, subiría hasta allí, buscando el término feliz de su campaña.

Quedó así, y de la manera descripta, fraguada en Salta por sus mujeres y los oficiales peruanos de Tristán, la conjuración más vasta y temible, y preparado con ella golpe mortal á la causa del Rey, porque se aseguró casi sin duda el triunfo de la revolución. El cumplimiento por parte de estos valiosos elementos tan bizarramente conquistados, lo veremos realizado con habilidad y heroísmo más adelante de estas páginas, y allí veremos también y por qué causas se malogró tanta cosecha de bienes, como se esperaron. (1)

No eran otras ni podían ser las consecuencias de tanta libertad, de tanta fraternidad concedida durante

(1) Camba, *Obra* citada, tomo I, páginas 118 y 122. En este último punto dice: «Según los mejores datos reunidos en el gobierno del Perú, el plan de revolucionar el país fué trazado por los independientes en Salta, de acuerdo con varios de los oficiales capitulados y juramentados», etc.

estancia tan larga en el seno de una población de cuya decisión y ardor por la revolución se tenía demasiadas pruebas, y que aún en aquellos mismos instantes, tenía sus deudos más allegados embanderados en ella y con las armas en la mano, al otro lado no más de las sierras; y cuyos afectos y comunión



DOÑA MARTINA SILVA

de intereses no debió, por cierto, haber olvidado Tristán ni dejado de lado, por más que fuera su convicción de la victoria, para entregarse á sus halagos sin escrúpulos, como se contaba de las sirenas en el mar; y lo que era peor y sobre todo punto admirable y sin excusa, cómo el mismo General hacía cabeza en todo y daba ejemplo.

Ya en esta actitud, y lanzadas por corriente semejante, fácil es el comprender que aquellas mujeres no se detendrían allí ni darían con esto por llenada su misión; pero ya que la historia sólo debe consignar aquellos hechos que por su importancia ó dificultad descuellan sobre inferiores y vulgares, haciéndose dignos de memoria, bueno ha de ser ahora añadir á lo dicho que aquellas patriotas no perdían momentos ni estaban quietas; teniendo con su correspondencia secreta al general Belgrano, acampado en Tucumán, al corriente de lo más notable y principal que pudiera ser para los intereses de la revolución, así de las noticias venidas del Perú, como de las fuerzas, de las resoluciones y planes del enemigo que tenían en casa (1).

Por otra parte, se alistaban recursos y aun se preparaban ocultamente soldados para auxiliar con ellos á Belgrano, cuando llegara; como que doña Martina Silva, que tenía su casa en los Cerrillos pocas leguas al sur de la ciudad, con toda cautela preparó, armó y equipó con sus propios recursos, una compañía de soldados, los cuales se los presentaría á Belgrano el día de la batalla, bajando al campo por las lomas de Medeiros; por cuya brillante actitud muy agredecido aquel general, la premiaría merecidamente (2).

VII

BELGRANO EN CASTAÑARES

Pasando así el tiempo llegó el mes de Febrero, época en que las lluvias eran más abundantes y torrenciales que en todo otro período del estío; (3)

(1) Mucha parte de esta correspondencia existe en los archivos.

(2) Usaban las señoras entonces grandes pañuelos de seda para cubrir el talle y con los cuales asistían á toda reunión y quehacer fuera de casa. Belgrano para recompensar este servicio, le obsequió un requísimo tapado de la clase de los descriptos, en cuyas orillas hizo bordar esta leyenda: *A la benemérita patriota capitana del ejército doña Martina Silva de Gurruchaga.*

(3) Y era tan constante esta fisonomía del período lluvioso en Salta antiguamente, que se formó un adagio que decía: *enero poco, febrero loco.*

y como aquel de 1813 hubiera sido muy generoso, en ellas, persuadieron estas circunstancias á Tristán era imposible por entonces pudiera avanzar Belgrano sobre Salta, y por ende, el ejército real podía dormir y gozar sobre seguro, porque el río del Pasaje, que recogía el triple caudal de aguas de los valles de Catamarca, de Lerma y de Calchaquí, no podría dar vado y serviría de infranqueable embarazo para hacer posible toda invasión. Echóse, pues, en brazos de la confianza más absoluta y completa, distrayendo en diversiones sucesivas el tedio que pudiera traerle una tan prolongada inacción y á la espera del otoño, época en que pensaba realizar en mayor escala de recursos el viejo y porfiado proyecto realista de unir las fuerzas del Perú con las de Montevideo, y en que era de esperarse bajara el mismo Goyeneche con el grueso del ejército, que lo haría, sin duda, formidable y quizás invencible ([1]).

Ya antes dijimos que por esta razón como por encontrarse el país por toda la campaña vecina al Pasaje alzado en armas por los patriotas voluntarios de Salta, se encontraba por este rumbo aislado Tristán en la ciudad; lo cual contribuyó á que ignorara completamente todo cuanto sucedía por el lado de su enemigo, no sabiendo nada de Tucumán ni del extenso país que, por ochenta leguas, se dilataba entre uno y otro cuartel. Belgrano, entonces, sintiéndose robustecido y fuerte para tomar la ofensiva con el orden y disciplina dados al ejército, y los nuevos aumentos de tropas y de armas recibidos, y alentado también por las noticias que recibía de las patriotas salteñas que lo llamaban y le pintaban esta incuria y descuidada situación en que lo pasaba Tristán, había resuelto, como vimos, alzar su campo de Tucumán y avanzar. El obstáculo del Pasaje, tan temido y tan confiado por el enemigo, no podía ser trabajo de Hércules el vencerlo, tratándose de tropas como aquéllas; y aunque lo hallaron crecido, no lo era mu-

(1) Camba: *Obra* citada, tomo, páginas 84 y 85.

cho. Estando completamente abandonado, se emplearon los recursos que hubieron á mano y la destreza de los nadadores, muy comunes entre la gente de Santiago y de Salta, consiguiendo cómodamente vadearlo después de tres días de operación, según unos, y de ocho según otros (1).

Verificada esa mañana la jura de la bandera, como vimos, siguió su marcha el ejército, haciéndola á toda fuerza, como para lograr tomar de sorpresa al enemigo dormido entre música y amores; y con admirable felicidad logró no ser sentido hasta caer de repente sobre la avanzada que tenía Tristán acantonada en el fuerte de Cobos, distante apenas unas ocho leguas de la ciudad, cuyos restos corridos después de un ligero combate con la vanguardia patriota, que quedó dueña del fuerte, entró corriendo á Salta llevando la nueva de que el enemigo estaba á las puertas.

Todo esto no fué parte, sin embargo, á sacar del todo de la aberración en que se hallaba el espíritu de Tristán, muy firme todavía en que Belgrano no franquearía el Pasaje ni emprendería campaña seria en aquella estación del año, la menos propia para movimientos militares, y aun lo persuadían quizás los mismos interesados en su pérdida, de que aquella fuerza que había corrido su avanzada de Cobos, no podía ser otra que partidas sueltas de gauchos aventureros. Sin embargo, las partidas que mandó en observación para averiguar qué hubiera de verdad, lo llenaron de sorpresa y aturdimiento al día siguiente del suceso, 15 de Febrero; pues volvían confesando no eran ya los tales gauchos, sino cuerpos de línea que se aproximaban á la ciudad (2). Y fué maravilla entonces para unos y otros esto que sucedió y que hasta hoy parece por cosa increíble; y era cómo todo un ejército de tres mil hombres, con un pesado tren, hubiera podido atravesar sin ser sentido toda esa extensión tan grande y penetrar hasta lo

---

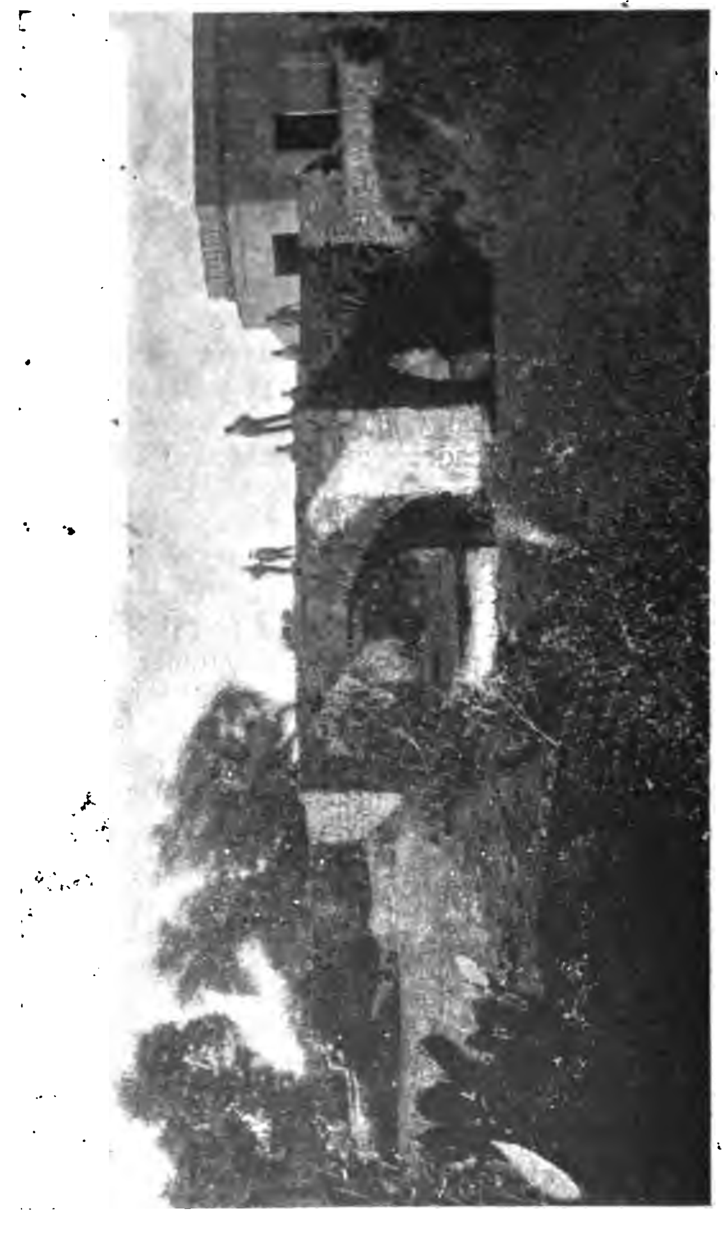
(1) PAZ: *Obra* citada, tomo I, página 71.—CAMBA: I, 85.—LAMADRID: *Memorias*.

(2) CAMBA: *Obra* citada, tomo I, página 87.

más céntrico de un país donde acampaba el enemigo y contaba entre sus habitantes con no pocos amigos suyos, hasta sorprenderlo con su presencia, tocándole sus clarines ocho leguas de su cuartel, distancia que podía andarla en una tarde!

Tomó, entonces, el General las providencias que; miró por más oportunas y prudentes: recorrió personalmente, acompañado de su estado mayor, todo lo que va á uno y otro costado de los cerros que separan la ciudad de Salta por el oriente del territorio por donde corría el camino á Tucumán; é hizo en ellos los convenientes reconocimientos para organizarse en la defensiva, cosa que era superior, no sólo por no hallarse del todo prevenido para una acción ofensiva, cuanto y mucho más por ser tan fuerte la posición ocupada, que no era cosa fácil y hacedera el poderlo arrancar de allí. Porque la cadena de montañas que cierra el valle por aquel lado es tan alta y severa, que no da paso sino por cuestas estrechas y escabrosas, sumamente elevadas, que son difíciles de andar é imposibles para un ejército con todo su tren de artillería y bagajes; y Tristán, que como peruano sabía muy bien lo que son estos pasos por las montañas, se creyó tan seguro en aquel encierro, como antiguo señor dentro las fuertes murallas de su castillo. Cuando aquella sierra pasa por el estado oriental de la ciudad de Salta, tocándola, diríamos así,—pues de sus faldas comienza el arranque de sus calles,—forma como un cuerpo aparte, que se denomina cerro de San Bernardo, así por alzarse la iglesia del santo en sus cercanías, como por contar la tradición salvó á la ciudad un día, apareciendo de pie sobre las rocas de su ladera, de los indios del Chaco que ya estaban sobre la población y dando fuego á sus casas, por los años de 1710, cuyo favor se agradeció tanto, que se llegó á nombrarlo segundo patrono de la ciudad y capitán en sus ejércitos, con sueldo y honores. Este cerro, risueño en aquella estación como inmenso haz de verdura, cubierto de árboles y pastoso, declina su elevación frente á la parte sur de la ciudad, produ-

ciendo dos bajas y suaves quiebras, que formaba una de ellas entonces el único punto de entrada del camino de Tucumán, dando paso á las carretas del



PUENTE DE SAN BERNARDO

comercio, y se llamaban *los portezuelos;* rutas que, hasta la fecha, se muestran visibles con sus lechos de roca amarillenta, que resaltan á manera de cintas claras sobre el verde obscuro de la montaña. Y ese mismo camino de Tucumán, bajando así del cerro y yendo á penetrar en la ciudad,—cuya continuación forma una de las calles, tortuosa hasta hoy, como que fué el andar del viajero quien trazó su línea,—se daba con otro obstáculo que cortaba seriamente su curso, y era una zanja lo bastante profunda para perderse totalmente un hombre, y que corría de norte á sur, al pie mismo y paralela al cerro, donde las corrientes de las lluvias que venían del campo adyacente y otros sobrantes de los ríos del norte, se juntaban é iban en busca del Arias, río claro y apacible, que lame los pies de la ciudad por el sur. Este tajo natural, abierto por la corriente de las aguas y cuyos altos bordes no tenían rebajes para su travesía, daba paso en frente del portezuelo, ya dentro de la calle de la ciudad, por medio de un puente de tres arcos, angosto y fuerte, construcción de piedra hecha por el coronel español don Andrés Mestre, que gobernó la intendencia por cinco años, desde 1784. Pues en estos puntos, tanto de los portezuelos como del puente, resolvió Tristán fortificarse para esperar ventajosamente el ataque; el cual, en su concepto, no podía realizarse militar ni naturalmente por otra parte; é hizo, al efecto, se colocaran en esos senderos altos y estrechos sus cañones, como en el puente, que les quedaba á retaguardia, cosa de seis á diez cuadras, y en todo aquel espacio y coronando aquellos puntos, extendió su ejército, listo para romper el fuego, y haciendo avanzar sus primeras líneas por los bajos de la parte oriental de la sierra, aprovechando las quiebras y los surcos abiertos por las aguas también por ese lado, donde tenían el nombre de Zanjón de Sosa. La victoria parecía indudablemente suya; que á más de esta posición inexpugnable del cerro donde podía ser atacado, su ejército ascendía á tres mil quinientos hombres, y aun en vísperas de pasar de cuatro mil, pues de un día á

otro se aguardaban los últimos cuerpos, muy cercanos ya, que bajaban del Perú buscando su incorporación, lo que ponía á su ejército por superior en posición y en número al de la Patria.

En tanto, pues, que Tristán se preparaba para recibir el ataque convenientemente en el sitio estudiado y poderoso que había elegido, Belgrano, bajo la fuerza de un aguacero torrencial, — y después de sufrir las molestias de otros en los días anteriores, que le hicieron dificultoso y pesado el camino,—llegaba con el grueso de su ejército á Cobos, donde se unió con su vanguardia. Traía á su lado, afortunadamente, un excelente consejero en materia de guerra y administración, que, como en pocos, era admirable su fecundidad para lo que hace á recursos y astucia. Era Arenales, el cual hizo á Belgrano «servicios distinguidos»; pues, á más de su eficaz cooperación en el orden y economía del ejército luego de la caída de Moldes y del Barón, le había dado también al General el plano de Salta y sus alrededores, para utilizarlo en esta campaña, pues Belgrano no conocía el terreno en que iba á operar, por ser forastero en aquellos lugares. (1)

Se resolvió, entonces, insurreccionar el valle de Lerma y molestar y distraer la atención del enemigo por el lado del sur, mientras el ejército se aproximaba á la entrada de la ciudad; dándose para esto comisión al coronel don Santiago Figueroa, cuyas vastas posesiones ya conocemos; y al capitán don Saturnino Saravia, muy conocedor y de prestigio en toda la región contigua á la ciudad, que se llama La Isla, donde tenía propiedades suyas ó de su parentela. Ambos penetraron por la cuesta de La Pedrera, tres leguas al sur de Salta; y mientras Figueroa, con el prestigio de su fortuna, de su posición social y hartos deudos, pasaba á conmover los departamentos de Chicoana y Guachipas, haciendo su

(1) Oficio de Belgrano al gobierno, fechado en Jujúy el 9 de mayo de 1813, que trae el señor Oliveira Cezar en su libro titulado *Güemes y sus gauchos*, página 71.

centro del Bañado, la heredad paterna; Saravia, con su compañía y amigos que alzó en el territorio invadido, alarmó de muy cerca al enemigo, y lo hirió también, como que le hizo algunos prisioneros, y libertó varios que el enemigo guardaba; el cual veíase de esta suerte acometido por el oriente y sur, persuadiéndose más con esto de que sobre los cerros de entrada debía trabarse necesariamente la batalla. (1)

Belgrano, á su vez, sin detenerse cosa en el fuerte, en donde incorporó su vanguardia, penetró por la región montañosa con rumbo á Salta, atravesando ó costeando los arroyos crecidos y otras corrientes menores que, con la abundancia de las lluvias en esos días, bajaban de las montañas, hasta que, llegado que hubo á la posta de la Punta del Agua, donde el camino se abre en dos, ordenó que Díaz Vélez y Zelaya, conduciendo la vanguardia, llegaran cuanto antes y se posesionaran de los portezuelos, asegurando la entrada de la ciudad. La vanguardia llegó á las Higuerillas, que es el campo lindero con los portezuelos, y halló que éstos estaban ocupados ya, tropezando á su pie con las primeras líneas de Tristán, que la esperaron guarecidos en las barrancas del Zanjón de Sosa, y rompieron sus fuegos, trabándose un ligero combate.

Bien sabía Belgrano cuán difícil era vencer al enemigo allí fortificado; y aunque Arenales era conocedor, como vecino de Salta, de todo el territorio y de sus adyacencias, no se daba con paso conocido en la sierra, para trastornarla sin mayor peligro; y así las cosas, forzoso venía á ser el empeñar desventajosamente batalla en aquella posición ó retroceder. En estas afligidas circunstancias, el capitán don Apolinario Saravia, que era ayudante de Belgrano, se ofreció para conducir al ejército y salvarlo, avisando al general que, como salteño y habitante de por allí, tenía conocimiento de una senda extraviada y casi por nadie conocida que, pasando por entre el

(1) Puede verse sobre estas dos comisiones la nota antecedente.

escabroso laberinto de las montañas, pues los cerros se sucedían los unos á espaldas de otros, y poblada de vegetación, conducía en su prolongación hacia el norte, por cosa de dos leguas entre el seno de los montes, hasta dar con una pequeña quebrada, llamada de Chachapoya, que desembocaba en la estanzuela de Castañares, que estaba precisamente en el campo norte y lindero con la tablada de Salta, al opuesto lado de la sierra.

Distaba Castañares una legua al norte de la ciudad, y era pertenencia del coronel don Pedro José Saravia; y como sucediera que este antiguo jefe fuera padre del capitán Saravia, conocía éste como á cosa propia todos los sitios, y sendas y entradas, por montuosos é intransitados que lo fueran, de aquella tierra. Hallar, pues, esta vía era salvar de enorme peligro; y Belgrano mandó reconocerla; y luego que recibió el informe, siendo éste favorable, movió por ella el ejército al anochecer del 18 de Febrero. Un copioso aguacero lo acompañaba en su marcha; y aunque la distancia á recorrer no lo era mucha, toda la noche fué empleada en su paso, porque muy rara vez por allí habían transitado gentes, y sólo sí el ganado suelto y el campesino del lugar, los que no necesitaban sino pies; mas ahora, era un ejército en orden quien lo invadía; y como venía con él un tren de cincuenta carretas del bagaje, y la artillería rodante era imposible el paso por ella por la estrechez en unas partes, por lo áspero y cortado de otras. Fué menester marchar con descansos sucesivos, que de uno y otro lado de los carros los torrentes de agua, bajando con velocidad, cortaban de trecho en trecho el sendero por rasgos y barrancas que exponían á un vuelco las carretas; por lo que se iba haciendo en cada borde una vadera, y rellenando los hoyos, y rebajando las prominencias peligrosas, barriendo, en fin, la senda de todo peligro; obra laboriosa y morosísima, en lo que pasó la noche entera. (1)

(1) Por lo principal de esta marcha del ejército, puede verse á Mitre, *Obra citada*.

VIII

DIECINUEVE DE FEBRERO

Al amanecer del día siguiente desembocó el ejército en Castañares y bajó por sus campos á guarecerse detrás de sus cercas formadas de piedras de tamaño de un pie y sobrepuestas unas á otras, en forma rústica, recostándose el resto principal de las tropas más contra la sierra, lugar llamado los Tres Cerritos, por tres eminencias que se alzan aisladas en medio de su campo.

De esta suerte, Belgrano fué conducido de la mano, se puede muy bien decir, en medio de la obscuridad y sin que dependiera más de él la elección ni del lugar donde asentaba el pie, al través de una región para él completamente ignorada, pues no conocía ni los caminos, ni las entradas, ni el laberinto de sus montañas. Entró de noche, y se halló con sorpresa suya ocupando Castañares y los Tres Cerritos, y cortando con sorpresa también, la retirada al ejército enemigo, merced solamente á la rara habilidad y oportuna dirección que dió al ejército el capitán Saravia, viniendo de esta suerte á suceder fuera este joven guerrero quien eligiera el campo donde había de darse la acción, el que resultó á maravilla estratégico, tanto porque tomándolo se causaba sorpresa y asombro en el ánimo del enemigo, que se veía de esta suerte tomado por la espalda,—siendo esto para él lo menos imaginable y más increíble, desbaratándole su plan en que contaba tan segura la victoria,—como porque con tal contrariedad, aquella audacia y aquella burla á las disposiciones de Tristán, amenguaban el ánimo de los realistas que, en caso de derrota, veían las puertas de su salvación completamente cerradas y ellos perdidos. Añadíase á esto que la guarnición de Jujúy, distante apenas dieciocho leguas, compuesta de quinientos soldados y al mando del feroz coronel don Miguel Tacón, quedaba cortada y sin comunicación;

la que en otro caso, bien hubiera podido ó llegar á tiempo para restablecer la batalla á favor del Rey, ó servido de columna de sostén para proteger una retirada, y en fin, por última ventaja estratégica, el ejército de Belgrano llegaba á ser dueño de una posición tan ventajosa bajo el punto de vista de la dirección militar, que dominaba toda la planicie despejada que lo separaba de Salta y en donde la pelea iba á trabarse; por ser terreno alto, cuyo suave declive lo marca hacia el sur; ventaja tan superior, que el General se proporcionó la vista personal de todo, «en todos los instantes de la acción». (1)

Muy gratamente alucinado Belgrano por esta internación en las serranías de San Bernardo con la que burlaba al enemigo, y contando sobre la ignorancia absoluta en que debía estar éste de su paso y aventura, abrigó la intención de sorprenderlo de llegada y antes que lo sintiera, penetrando de improviso en las calles de la ciudad; pero la necesidad de dar descanso á las tropas, por un lado, y el agua que seguía cayendo hilo á hilo de los cielos, le impidieron esta nueva y audaz aventura.

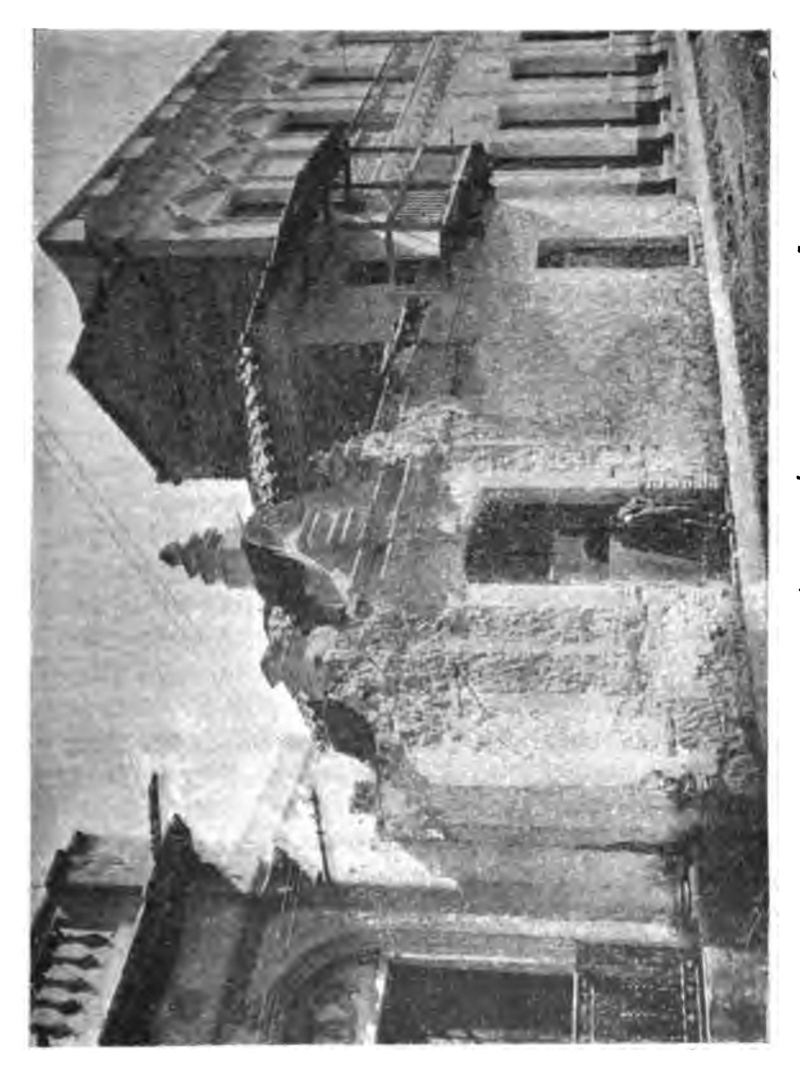
Aún de noche, alguien que llegó á notar esta aparición que hacían las fuerzas de la Patria por el norte, pasó á dar el parte á Tristán, el cual, muy convencido todavía que el trastorno de la sierra por otro punto que no el del portezuelo, para un ejército regular cual el de Belgrano, obra era superior á todo esfuerzo humano, despreció el aviso, exclamando:—«¡Ni aunque fueran pájaros!»

Pero, amaneciendo el día, se vieron tras de las cercas de Castañares los movimientos de tropas numerosas que cubrían el campo. Avanzó el ayudante con la nueva á la cámara en que aún dormía Tristán en casa de Costas, para decirle:—«General, los enemigos aparecen por el norte.—¿Y son muchos?—preguntó Tristán sin poder aún dar todo crédito á la cosa. —Como avispas, le respondieron.—¿Y aún llueve?—

(1) Parte de Belgrano sobre la batalla de Salta.—Paz, *Obra* citada, tomo I.

Sí, señor; llueve.—Pues me alegro, terminó Tristán, así se matan mejor las avispas».

Pidió entonces sus botas de montar; se vistió, subió á caballo y, pasando á casa de Aguirre donde, como



BALCON DESDE DONDE TRISTÁN OBSERVÓ EL CAMPO DE CASTAÑARES

de realista, se hospedaban algunos de sus oficiales, quiso observar por sí mismo el campo, para lo que subió al balcón que como estaba sobre la calle de la

Caridad, entre la plaza Mayor y el Tagarete de Tineo, que bramaba ancho y crecido,—y fuera esta vía en tal derechura que daba línea recta á Castañares, —Tristán, desde aquella eminencia, pudo dirigir el anteojo y llegó á convencerse por ojos propios que el ejército entero, y no partida suelta y pequeña, era quien asomaba por allá. Cuando se supo en la plaza la realidad de lo ocurrido, indescriptible fué, en toda la sensibilidad de la palabra, la conmoción que en los ánimos se produjo; porque si el azoramiento y la sorpresa se apoderaron de la gente de guerra, cundió la emoción por todo el resto de los habitantes, así en los que eran realistas como en los que seguían la revolución, haciendo igual ruido por el suceso.

Todo fué desde aquel momento agitación y movimiento en la ciudad, desde el General hasta la última mujer; porque la sorpresa había sido grande y en toda regla; y por ella, el plan organizado de defensa sobre los portezuelos quedaba inutilizado, burlado y caído en el polvo; mortificando entre todo esto la zozobra, pues se temía, con buena razón, de un momento á otro vendrían los ejércitos á las manos y antes quizá de que Tristán pudiera tener tiempo de que se cumplieran sus nuevas disposiciones.

Pero fué tal y tan grande el aturdimiento que la aparición del ejército de la Patria por el norte produjo en el general Tristán, que perdió éste la cabeza; pues, conocedor de aquellas cosas el 19 por la mañana, no le pasó por las mientes ni se le ocurrió el dar aviso y ordenar la incorporación á su ejército de la reserva que tenía estacionada en Jujúy, tan sólo á dieciocho leguas, y compuesta de más de quinientos soldados de infantería y caballería, al mando del coronel don Miguel Tacón; los cuales llegaron á saber todas estas cosas por dos dispersos que les llegaron recién al día siguiente de la batalla.

Con la rapidez que exigían tales momentos, el ejércirto real cambió de sitio. Dejando, pues, las puertas del San Bernardo, se le dió colocación en el arranque del campo de la Tablada, una cuadra no más sobre

el opuesto borde del Tagarete de Tineo, que corría de occidente á oriente, el cual hubo que cruzarlo por solo sus tres únicos y angostos puentes. Quedó de esta manera extendido el ejército español en una línea de seis cuadras sobre el costado norte de la población y á sus espaldas la ciudad armada de cantones en sus principales alturas, que hicieron para defenderla sus vecinos españoles, puestos voluntariamente en pie de guerra, y de quien lo cortaba el Tagarete, muy crecido á la sazón con la abundancia de las lluvias. (1)

Era comandante general de la caballería de quinientos jinetes, y jefe del ala izquierda, el marqués de Yavi, que venía con su gente á ocupar el extremo del poniente; la artillería y la infantería peruana, de que se constituía la casi totalidad del ejército, formaban el centro sobre la plaza; contándose por sus cuerpos principales el batallón del Cuzco, el de Abancay y Cotabamba; el de Chilotes y los granaderos de Paruro, cuyos individuos usaban el calzón corto de lana y hojota en el pie y gorras chatas militares; siendo todos ellos pardos ó mulatos del Perú. (2)—Por el oriente, sobre la falda del cerro de San Bernardo, se colocaron en su altura dominante, y formando la otra ala del ejército, el Real de Lima y el Paucartambo. Eran ambos también de infantería y este último asimismo de gente peruana; siendo el Real de Lima el más orgulloso y lucido de todos los cuerpos del ejército, como que era el único compuesto de puros españoles, ascendiendo su número á más de seiscien-

---

(1) Parte de Belgrano—LAMADRID, *Memorias.*

(2) GUERRA, *Historia de la Revolución de Nueva España*, tomo II, página 664, edición de Londres, 1813. En *La Actualidad* de Salta, de 27 de junio de 1866, encontramos transcripta una composición de un periódico del Perú, titulada 2 DE MAYO, con motivo de la guerra con España, en donde se decía, por ejemplo:

—Vaya Mendo; al agua, patos.....
«Todo es bueno, dirás tú,
Que al fin es tierra el Perú
De mestizos y mulatos».

De buena cosa te alegras,
Pues esto prueba en substancia
Que los héroes de *Numancia*
Enamoraban las negras.

tas plazas, y cuyo comandante era el coronel don Antonio Lesdael. [1]

Dejábase de esta manera—y sólo por guardar la ciudad,—la posición escogida por estratégica y fuerte, quizás inexpugnable de los portezuelos, que, á quererla conservar, fácil hubiera sido con sólo cambiar de frente; donde el ejército real hubiera conseguido, además de lo fuerte de los cerros, la defensa, aunque de segundo valor, pero siempre buena, de la zanja que recorría de uno á otro extremo al pie de la montaña, sin más paso que un puente, que hubiera quedado ahora á la vanguardia y en manos de Tristán, por lo cual todo su ejército hubiera venido á hallarse entre esta profundidad y la montaña. Y si pareciera ahora la posición primitiva no tan favorable para salvar la ciudad de la posesión del ejército invasor,—dado que fuera este extraño propósito lo que ocupara más el ánimo de Tristán y no la suerte de sus armas,—pudo también cómodamente haberse corrido sobre las suaves lomadas del poniente, llamadas de Medeiros, que también tocaban por este lado la ciudad y corrían hacia el norte, dominando en toda su extensión el campo hasta más adelante aún de Castañares, y donde hasta la caballería hubiera operado con facilidad sobre sus anchas mesetas.—Era de alcanzarse en esta nueva posición que apuntamos ventajas de la mayor consideración en el orden militar; porque, colocado en aquel sitio el ejército real, su suerte hubiera cambiado de tal modo que, ahora, en vez de encontrarse al frente de Belgrano, lo hubiera estado á su flanco, cesando por semejante motivo la circunstancia de hallarse cortado del resto de sus fuerzas en buena suma acampadas en Jujúy, con las cuales esa misma tarde del diecinueve hubiera logrado ponerse en comunicación dirigiendo urgentes avisos por tantos senderos como había, y obtener su asistencia, aunque fuera no más que á mitad de la batalla. Mas allí donde Tristán salió, en su nuevo sitio, nada le era propicio: ni el lugar, por lo bajo de su nivel; ni la zanja del cerro,

---

(1) Tradiciones recogidas en Salta, á más de las otras fuentes conocidas.

que lo incomunicaba con su ala derecha; ni el Tagarete de Tineo, que le quedaba á espaldas, dificultándole la libre y rápida comunicación con la ciudad; y, sin embargo, fué éste el terreno elegido se nos antoja en un momento de precipitación y azoramiento; y aunque el desbande en uno ú otro sitio hubiera sido el mismo, —dado que obedeció á otras causas ajenas al terreno, —parece sí, en cuanto á la elección del campo, no fué acertada ni era la que aseguraba mejor la victoria.

Mientras tales maniobras se sucedían, el capitán don Apolinario Saravia, después que hubo introducido el ejército á Castañares, quiso informar á Belgrano de todo lo que sucedía en el interior de la plaza; para lo cual, y á plena luz, se constituyó en su espía. Pues este hombre valeroso y sagaz, como tuviera un color cobrizo muy subido, de tinte amoratado, por lo que se le llamaba popularmente el *Chocolate Saravia*; y así como su color fuera su tipo muy marcado y semejante al de la raza indígena de América, y su rostro grande y carnoso, muy limpio de barbas; y su voz ronca, echó mano de estos sus accidentes personales, como de sus conocimientos en las faenas del campo, en que era muy diestro, para llevar á término su empresa. Vistióse para ello de leñador, con toda la pobreza y andrajos de aquella gente del oficio; se puso sombrero viejo de paisano y calzó hojotas; y así transformado en hombre campestre y rústico, apareció por el portezuelo y bajó á la ciudad arreando una recua de burros cargados de leña, que era el único combustible en uso por entonces, y con la cual recorrió sin ser descubierto la ciudad por donde quiso:—oyó y observó todo;—dejó su leña en su propia casa, y regresó al campamento á dar cuenta á Belgrano de las disposiciones y estado del enemigo. [1]

(1) Tradición corriente en Salta. Para evitar de ser descubierto al contratar la venta, por ser persona tan conocida, dícese tomó el arbitrio de pedir por la mercancía precio exorbitante, que las circunstancias lo explicaban muy bien, hasta que, llegando á la casa paterna, en la misma plaza Mayor, entró la recua como que vendía, descargó la leña, y retornó con los asnos livianos á su punto de partida. Este joven muy inteligente, lo había destinado su padre á los estudios, enviándolo á un colegio de Buenos Aires, de donde, abandonando la carrera literaria, abrazó la de las armas, incorporándose al ejército que, al mando de Ocampo, salió en su expedición al interior en 1810.

Todo el día 19 fué entregado por uno y otro general á los preparativos para la próxima acción. Belgrano necesitaba dar á los suyos descanso; Tristán organizar sus fuerzas convenientemente en otro sitio del estudiado y convenido. La lluvia, que seguía á intervalos, y á las veces copiosa, fué soportada á cuerpo descubierto por uno y otro ejército, que ambos carecían de tiendas de campaña; padeciendo así de la humedad, del lodo y del agua; pero al menos en el campo patriota los soldados no tanto se cuidaban de sí que del resguardo y prontitud de sus armas.

Belgrano, después que hubo dado refrigerio á sus tropas, á eso de las once del día, puso en movimiento su ejército, saliendo de los Tres Cerritos por lo más vecino á la sierra y avanzando en dirección á Salta, hasta hacer alto al rayar la chacarilla de Gallinato, como á quince cuadras no más de la línea enemiga; y desde aquella situación, como que el terreno era elevado, pudo imponerse de la posición y fuerzas de Tristán, que quedó con esto en una continua alarma, guardando las puertas de la ciudad y esperando inmóvil el ataque. Sólo las guerrillas, que mediaban entre uno y otro campo, se tiroteaban y se cambiaban insultos. Y como la lluvia sobreviniera otra vez y declinara el día, cesaron estas cosas, comenzando el silencio á reinar en el campo al paso que anochecía, dejándose oir solamente de entre los grandes y numerosos algarrobos que poblaban el pie del San Bernardo, la voz de los *coyuyos*, insectos de una pulgada, de alas transparentes que, durante el crepúsculo de la tarde, llenan el bosque con un canto silvestre y melancólico, de triste monotonía, mezclado esta ocasión con las voces de alerta y el *¡quién vive!* de los centinelas. Vino luego la noche, y la iluminación de los fuegos encendidos en la línea de Tristán dejaba ver toda la extensión de su ejército por todo el largo de la población;—y en tanto que aquellos guerreros la pasaban con el ánimo resuelto á vencer ó morir al siguiente día, allá en el seno de la ciudad se elevaban al cielo los ruegos y los votos de las mujeres

pidiéndole á Dios las unas la salud y perduración de la tiranía, y las otras la libertad y conmiseración del pueblo americano.

Pero no era todo oración por allí; que, habiendo la presencia inesperada de Belgrano, por el norte, alterado todo lo antes dispuesto y prevenido, también los planes de los seducidos sufrieron con ello, y era así menester alistarlos de nuevo, rematando las últimas disposiciones. Hubo, al efecto, la noche antes de la batalla, reunión secreta en casa de Hernández, (1) á donde asistieron los principales oficiales de Tristán concertados, haciendo primera figura entre ellos el marqués de Yavi; y arreglaron allí la manera y forma definitiva cómo debían facilitar á la Patria la victoria. Consistía ésta, por lo que se vió, en aflojar, llegando cierto momento de la batalla, y huir sin más resistencia, refugiándose en casas patriotas; y entre éstas se fijó como sitio principal de asilo la de don Jerónimo López, cuya mujer, la animosa doña Juana Moro, jugaba papel principal en esta tramoya. Porque esta su morada era, dadas las circunstancias, como puesta de propósito para el caso; pues siendo su extensión de una cuadra, tenía dos frentes, dando el posterior, donde tenía la puerta falsa, al mismo campo de batalla,—que por ahí no iba á más la ciudad,—y precisamente á espaldas del sitio donde Tristán había colocado el ala izquierda de su ejército, que mandaba el marqués de Yavi. (2)

IX

BATALLA DE SALTA

Amaneció el nuevo día, que fué un sábado, 20 de Febrero, alcanzando las primeras horas de su mañana los últimos restos de la lluvia, que durante la noche

(1) Donde queda hoy la del doctor Fortunato Solá, esquina Florida y Alvarado.

(2) Tradición recogida en la familia de Viola y Otero, en Salta.—La casa de Lópes estuvo donde es hoy la de don Carlos Ovejero, calle España, número 764.

había sido constante y copiosa. Desde aquella parte elevada del norte en que campaba el ejército de la Patria, divisábanse en el declive del sur alzarse las torres, las cúpulas, los frontispicios de las iglesias de Salta y la torre morisca de su cabildo, sobresaliendo de en medio de los tejados rojos de sus casas y de las arboledas de sus patios, de sus huertas y de las quintas de sus alrededores. ¡Cuánta debió ser el ansia marcial que despertaría en el pecho de los guerreros salteños la vista de la ciudad natal, contemplada desde lejos, y que unidos al ejército venían



CAMPO DE LA BATALLA DE SALTA

ahora á arrancarla del poder de los leones españoles!

Entre Belgrano y la ciudad se extendía el campo de la Tablada, planicie limpia y pastosa, suavemente inclinada hacia el sudeste, cubierta de una alfombra de gramilla. Cosa de media legua era su anchura, y estaba encajonada ó estrechada por dos eminencias naturales:—al naciente, el cerro de San Bernardo, y las lomas de Medeiros por el rumbo occidental. El

cerro,—como una saliente de la cadena montañosa ya conocida,—comenzaba por el norte en la quebrada de Gallinato ó Esquina del Cerro, á cuyo frente se extendía el ejército de Belgrano, y daba fin en los portezuelos por el sur.—Es la montaña de cuerpo alzado y elegante, de laderas tendidas, graciosamente distraída la monotonía de su mole por quiebras ó cañadas, toda ella cubierta de vegetación y arboleda. Corren las lomas de Medeiros por el occidente en idéntica dirección, de norte á sur, siéndole paralelas, que forman á manera de suave meseta del mismo campo, colinas bajas y casi planas, cuyas anchas plataformas recorren carruajes y caballos, sin un árbol que perturbe su belleza admirable, ora luciendo su verde á simple luz, ora doradas por el sol.

El agua había cesado ya completamente y, despejándose el cielo, el sol resplandecía sobre las armas, mientras el ejército de la Patria tomaba su alimento y secaba sus ropas al calor de sus rayos. En circunstancias tan graves para un general, Belgrano sufrió violento vómito de sangre, que puso por un momento en riesgo su vida; y como quisiera de todas maneras dirigir personalmente la batalla, que, de un momento á otro debía trabarse ya, había dispuesto hacerlo desde una carretilla; pero luego se recobró y pudo montar á caballo y desempeñar su misión cumplidamente.

Organizó entonces su ejército de manera parecida á la que había tenido en Tucumán, colocando ahora con mejor acierto su artillería, pero repartiendo la caballería malamente por uno y otro de sus costados, sin fijarse que en el campo de Salta no le era propicio el terreno al pie del cerro, como lo era por el amplio llano que le quedaba por el oeste. Y serían las diez de la mañana, ó poco más, cuando á caballo y en frente del ejército ya en armas, «con un valor propio de su corazón resuelto y animoso, arengó las tropas para comunicarles su espíritu, exhortándolas con vehemencia á anteponer la libertad á la dependencia vil; el honor á la ignominia; la gloria de triunfar á la vergüenza de ser presa de un tirano; la

muerte misma al ominoso yugo de la esclavitud». [1]

Luego, en seguida, mandó avanzar sobre el enemigo, desplegando ya á la distancia conveniente sus bizarras columnas en batalla, conduciéndolas él personalmente, puesto á retaguardia, donde flameaba por la primera vez en un campo de batalla la bandera celeste y blanca, inspiración suya, la cual, según su profético deseo de hacía un año, estaba reservada para aparecer cubriendo las tropas de la independencia «el día de una gran victoria».

No bien por este avance la línea de la Patria se acercó lo necesario, marchando en silencio sobre el ejército español, cuando rompieron su fuego todos los cuerpos enemigos, sin interrupción, tronando en seguida veintidós cañones en uno y otro campo. [2] A su primer estruendo fué de verse cómo aquella multitud de mujeres venidas con el ejército real y que en esos momentos daban el almuerzo á los soldados, —á las que llamaban *mamitas,*—se daban á correr huyendo á la ciudad, entre ayes y entre llantos, indicando, sin saber, el camino que luego no más seguirían sus abandonados compañeros.

Iniciada de esta manera la batalla, Díaz Vélez, con la arrogancia y la bravura que le eran propias, recorría por vanguardia la línea patriota arengando los cuerpos, cuando una bala enemiga acertó en él, hiriéndolo en el muslo; por lo que el General, una vez conocedor del incidente, le ordenó retirarse, sin que la tropa se apercibiera de la desgracia ni este jefe apareciera más, quedando fuera de combate. Al propio tiempo Belgrano había ordenado la carga sobre el ala izquierda del enemigo, que comandaba el marqués de Yavi. Llevó este ataque el fogoso oficial don Manuel Dorrego; mas con tan mala fortuna, que fué rechazado completamente, lanzándose sobre él y

(1) *Elogio fúnebre* de fray Cayetano Rodríguez, al depositar los restos del general Belgrano en el atrio del convento de Santo Domingo, de Buenos Aires, tomado de *El Diario,* de la misma ciudad, de 20 de Junio de 1903.

(2) Respecto al rompimiento del fuego, Lamadrid: *Memorias.*

poniéndolo en derrota la caballería realista. Felizmente, no debía ser de mayores consecuencias este descalabro que empañaba el lustre de aquel día; porque en su avance el enemigo, que se arriesgó á buena distancia, fué sujetado por el regimiento de negros de Buenos Aires y volvió á su puesto. [1] Belgrano, entre tanto, que había notado aquel grave conflicto en el que volvía despedazado su comandante, mandó auxiliarlo con la caballería de aquella parte, donde se contaban también las milicias de Salta, y le ordenó volviera con toda esta fuerza á renovar la carga; la que se hizo con todo vigor, cayendo por segunda ocasión sobre aquella ala enemiga. Pero el marqués de Yavi, cumpliendo la palabra que tenía empeñada y conocedor también que la mujer que lo inspiraba le tenía puestos los ojos en vigilancia desde allí muy cerca, antes que resistir, flaqueó y tomó la fuga, enderezando por las lomas de Medeiros, arrastrando con su ejemplo la caballería y desapareciendo del campo casi sin disputarlo. Y oíasele exclamar por los que lo acompañaban en la fuga, á raíz de una vulgar interjección que substituimos por impropio de escribirse.—«¡La perra y cómo apuran, y cómo apuran!» [2]

La actitud del marqués venía á decidir con el ejemplo y las ramificaciones de la seducción en los ofi-

---

(1) CAMBA, *Obra* citada, tomo I, página 88.

(2) Tradición de la familia de Viola y Otero, citada.—TORRENTE dice (*Obra* citada, tomo I, página 348): — « Mas habiéndo aflojado el ala izquierda, mandada por el marqués del Tojo, *cuya conducta sospechosa* recibió un grado mayor de credibilidad cuando se le vió tomar partido con los rebeldes»..... Este autor atribuye á esta defección del marqués la pérdida de la batalla por Tristán. El general CAMBA, que actuó personalmente en la guerra y que, estando en Salta, pudo informarse detalladamente del suceso, dice, en el tomo I, página 89, de su citada *Obra*:—«Muy general fué la creencia de que había habido seducción en Salta, *particularmente de algún jefe y de varios oficiales*, cuya posibilidad debió haber previsto Tristán para procurar disminuir la perniciosa influencia de una población abundante en mujeres de conocido mérito y en extremo insinuantes». Nosotros no agregamos más que los nombres de la principal seductora y del principal seducido, con las demás circunstancias menores que fueron del caso. Esta tradición nos la ha sido comunicada por don Pedro Valentín Cortazar, español avecindado en Salta desde 1861, que fué vicecónsul español en dicha ciudad y actualmente gerente del Banco Hipotecario Nacional, casado en la familia de Tejada, quien la oyó de labios de las mismas señoras que actuaron en primera línea en la época, como doña Liberata Costas de Gastiaburu, en cuya casa se hospedaba Tristán; y también de su suegro don Francisco Tejada, español contemporáneo, y de otras personas tan honorables y más ó menos de la época de la revolución, como los Tejada, Moldes y Ugarriza.

ciales del resto de los cuerpos, en buena parte de la batalla; que así como cuando las corrientes rompen sus diques de frágil consistencia y van por su cauce ensanchando el nuevo rumbo de las aguas, no de otra manera se provoca el ánimo á la deserción y al miedo en ciertos momentos los más solemnes para la suerte de las armas, con una iniciación y con un ejemplo de tanta cuenta. Y aunque el hecho fuera en sí, y á toda luz, faltamiento á la lealtad debida á la bandera, no estaba el marqués del Tojo tan adherido á ella que pudiera su defección tomarse por traición muy negra; porque hasta la fecha había vivido navegando entre dos aguas, sin haberse decidido sino ahora definitivamente por una de las dos causas, habiendo querido su fortuna fuera el sitio de esta elección el campo de batalla de Salta; porque antes había mantenido correspondencia tanto con Socasa como con Balcarce, y ambos ejércitos lo contaron por amigo, y recibieron de su cuantioso haber auxilios muy poderosos. (1)

Perdida, pues, aquella ala y mientras la caballería patriota, donde se contaban los *Decididos* y demás milicia urbana de Salta, seguía en su persecución á los vencidos hasta las calles de la ciudad, Tristán acudió al punto de su desgracia, conduciendo al sitio abandonado por su caballería, dos batallones de infantes, sacados de la segunda línea de su centro y con los que llenó el vacío.

El ejército real apareció con esto de nuevo completo en todo su frente; momento en el que rompió un fuego general y en que la infantería de la Patria comenzó á avanzar sobre él, entrando casi todos los cuerpos en acción; pero la presencia de los dos batallones trasladados al sitio que fué de la caballería, aunque rompieron sus fuegos, no duró sino momentos.

---

(1) TORRENTE: *Obra* citada, tomo I, página 203. El gobierno de la revolución, comprendiendo el valor de esta adquisición y para premio de este servicio, que puso á favor de la causa los grandes elementos con que contaba el marqués en hombres, haciendas y dinero, le confirió el grado de coronel de ejército, con fecha 27 de Junio de 1814. (Testimonio del original, en el archivo del doctor Güemes).

Porque lo que aquellos infantes peruanos no hicieron en el Desaguadero, donde obtuvieron la victoria después de reñir todo un día, ni en Tucumán, donde mordieron el polvo, resistiendo, sin embargo, en retirada denodadamente á fuer de gente de línea y veterana, no bien en esta de Salta vieron regresar la caballería de la persecución y venir sobre ellos, cuando, temiendo su empuje, sin hacer frente, se desordenan y se arremolinan y se dan luego á la fuga, penetrando en desbande por las calles de la ciudad; cosa por demás dura de explicarse á no aceptar que al menos sus oficiales estuvieran tocados de la seducción, tanto más, cuando éstos, según la tradición más honorable, en vez de seguir el rumbo al centro de la ciudad que tomaron las tropas, ganaron á casa de López, «en donde se los aguardaba con mate», entrando á ella por la puerta falsa, conforme lo habían tenido dispuesto desde la noche antes. (1)

Aparecía también en aquellos momentos, coronando las lomas de Medeiros, gran porción de paisanos á caballo, que al verlos así á lo lejos, como en Suipacha, produciría acaso en el ánimo de las tropas la idea asustadiza de que un nuevo ejército les venía por la espalda, y acabaría por decidirlas á la fuga. La tal aparición se debía á la combinación de algunas decididas señoras patriotas de la ciudad, que aquella mañana montaron á caballo y que apoyándose en la pequeña fuerza que había preparado una de ellas, doña Martina Silva, recorrieron la tierra que quedaba á espaldas de aquellas lomas, que era muy poblada de campesinos agricultores, los recogieron á todos y los arrearon á la batalla (2).

Tristán que vió, al iniciarse aquel nuevo desquicio de su ala malhadada, el desorden y desbande

---

(1) Tradición recogida en la familia de Viola y Otero, citada, y por lo demás, puede verse á Camba, *Obra* citada, tomo I, página 88.

(2) Tradición recogida en la familia de doña Martina Silva de Gurruchaga.

de sus soldados, acudió hacia ellos á verlos de contener; pero ya las milicias de Salta estaban encima y su heroico jefe, el coronel don Apolinario Figueroa, distinguiendo á Tristán en medio de la confusión, siente la inspiración de poder dar término á la batalla por un acto singular, y lanza sobre él, á gran carrera su caballo; y, una vez á tiro, descarga su pistola sobre el General, el que no da en el blanco y apenas le rompe el capote. Echa entonces encima de él su caballo, y Tristán, viéndose así acometido en medio de los suyos, apenas tiene tiempo de defenderse de su adversario tirándole un tajo con la espada, que le parte por todo el pecho la casaca sin herirlo, y huye; con lo que Figueroa, sintiendo arder más la sangre en su pecho, arremete de nuevo y lo corre al General en medio de su ejército, mas con tal vehemencia y arrojo, que Tristán consigue escapar de ser su prisionero merced únicamente á la suma ligereza de su caballo. [1]

Con lo sucedido, no quedaba más que el centro del ejército real ocupando la planicie, donde flameaba la bandera española en el frente del batallón Cuzco. Entre la caballería de los Decididos de Salta, que acababan de dar cuenta del ala izquierda enemiga, venía don Mariano Benítez; el cual, sumamente entusiasmado con la persecución y enardecido con el olor de la pólvora, se lanzó á cometer acto tan temerario que, al decir suyo, no lo hubiera realizado á haber estado en su natural serenidad.

Fué el caso que, excitado así y notando á su frente el cuadro de la infantería de Tristán, embistió con

(1) Esta hazaña le fué referida al general Belgrano por el mismo general Tristán, según lo dice el primero en el parte que dió de la batalla. De él lo tomamos nosotros, con algunas otras circunstancias recogidas por tradición en la familia de Figueroa, en Salta.

Dos ó tres días después de la acción, se dió un gran baile en casa de Aráoz, en Salta, en honor de Belgrano y sus oficiales. Tristán y los suyos fueron invitados á él, y hubo discusión por si se debía ó no asistir, accediéndose al fin, por opinar el General que era un acto que no importaba otra cosa que tratarlos de amigos y en obsequio á la paz.

Estando en el salón y notando entre los concurrentes á la fiesta al coronel Figueroa, le provocó gran curiosidad el conocerlo, y le pidió á Belgrano se lo presentara. Ya con él, Tristán le preguntó cuál había sido su propósito al dispararle el tiro el día de la batalla; á lo que contestó Figueroa: «Señor general: lo hice, porque así pensaba se evitaría la efusión de sangre». Tradición recogida en la familia de Figueroa.

su caballo denodadamente sobre él, seguido sólo de un negro esclavo suyo, que hacía de su asistente, y arrebató la bandera española de manos del alférez que la sostenía. Su actitud extraordinaria impuso con el asombro y su propia grandeza á los soldados del Rey, que quedaron sin acción un instante á su vista. Pero un oficial de ellos, reponiéndose y deseando derribar al audaz jinete para rescatar la enseña, alzó su espada, asestándole un golpe feroz en la cabeza, con que le abrió una honda herida; mas sin lograr otra cosa, pues Benítez partió á galope, saliendo de las filas enemigas con la cara bañada en sangre, y tomó rumbo al campo patriota llevando en su mano erguida la bandera real. Por detrás, los soldados del Rey le hacían fuego y de frente también los de la Patria que, sin conocerlo y al mirarlo con la bandera real en la mano, tremolando y erguida, lo tomaron por enemigo. Viendo este error, el noble esclavo que lo seguía y que veía á su amo expuesto así á la muerte por sus propios amigos y por acción tan brillante, les gritaba á toda fuerza: «¡No, no es enemigo; es mi amo, más patriota que todos ustedes!»

El comandante del batallón más avanzado, don Manuel Dorrego, que llegó a conocerle, gritabale á su turno: «¡Abata esa bandera!» Pero sea ya que Benítez no lo oyera, ya por otra causa, el hecho fué que el citado comandante se fué sobre él, le tomó la bandera y, sentándose sobre ella, partió á pasarla á Belgrano, en tanto que Benítez, dando unos pasos más, caía del caballo, debilitado y encegada la vista por la sangre quc derramaba, y sin sentido (1)

---

(1) Muy agradecido Belgrano por esta acción, le mandó, días después, los despachos de capitán y una carta muy honrosa para él; pero Benítez como hubiera tomado las armas por accidente y tuviera su negocio de tienda en Salta, le contestó, que no pensando seguir la carrera militar y sólo habiendo tomado las armas esta vez para ayudarlo en las pasadas aflicciones, le devolvía los grados, agregando:—«Me basta el honor de haber derramado mi sangre por la patria».

Hemos tenido como principales fuentes para este relato, la tradición conservada en la familia de Benítez, en Salta; las *Tradiciones Argentinas* por el doctor PASTOR S. OBLIGADO y el *Registro Nacional* que en el número 530, página 225, tomo I, dice, después de referir los otros servicios de este patriota, que más

El centro del ejército real, reducido ahora á sólo tres batallones, se había sostenido desde un principio sin dar muestras de flaqueza, no sólo por la casi constante presencia del General, cuanto porque contaba en su apoyo con la artillería colocada en aquel sitio, y cuyas piezas mantenían el duelo con un fuego horroroso y el más vivo.

La infantería patriota, avanzando sobre él, al mando de Superi, Dorrego y de Forest, había mantenido por allí la lucha sangrienta é indecisa; mas, cuando por la segunda vez se produjo el descalabro del ala izquierda del ejército real, siéndolo entonces por completo y definitivamente, y al mirar cómo huían aquellos compañeros suyos buscando de guarecerse al abrigo de la ciudad, tomaron la ocasión por propicia para efectuar otro tanto; y dando la vuelta todos juntos, abandonando la mayor parte de la artillería y aún antes de que las tropas de Belgrano dieran ninguna carga sobre ellos, emprendieron la fuga por la misma dirección de los anteriores, entregando el campo y su parque, sin otra resistencia, al dichoso adversario, y arrastrando en el ímpetu de su desorden al mismo general Tristán. (1) Toparon en la carrera con el Tagarete de Tineo que les cortaba el paso; y como estuviera crecido y desbordado, ocultando sus aguas que lo cubrían el peligro de su cauce, cayeron muchos en él y perecieron; que aquellos peruanos no conocían absolutamente cosa de lo que

---

antes relatamos ya: «Se halló en la acción de las Piedras, y se distinguió en la memorable de Tucumán el 24 de Septiembre»

Después de esta gloriosa acción, se brindó á acompañar al mayor general Díaz Vélez; hostilizando al enemigo hasta las puertas mismas de Salta. Por uno de aquellos accidentes comunes en la guerra, fué prisionero, pero habiendo logrado libertarse de este infortunio, regresó á Tucumán, desde donde marchó otra vez con el ejército hasta Salta, y empeñada la sangrienta batalla del 20 de Febrero, no sólo concurrió á ella con todo el ardor de un buen soldado de la Patria, sino que tuvo el honor singular de quitar al enemigo la primera bandera, de las que el valor de los hombres libres arrancó en aquel día de las trémulas manos de los déspotas. El gobierno congratulado de servicios tan distinguidos, ha resuelto darles toda la publicidad posible para honor del interesado». Y se dió en consecuencia este decreto: «Buenos Aires, Agosto 2 de 1813. En atención á los singulares y extraordinarios servicios que ha calificado ante este gobierno el ciudadano Mariano Benítez, natural de Córdoba y vecino de la ciudad de Salta, se le declara servidor de la patria en grado heroico», etc. Constan igualmente estos hechos y servicios en oficio del señor Benítez al gobernador, en el *Archivo Nacional,* 1813.

(1) CAMBA: *Obra* citada.

es nadar; y los puentes que daban paso eran estrechos para tantos, y sólo tres, separados entre sí por una cuadra de espacio; por lo que mucho mayor hubiera sido el perecimiento de aquella gente si las fuerzas de Belgrano, mejor inspiradas, hubieran cargado sobre la marcha, sin dejarles más tiempo entre aquel obstáculo y sus espadas.

Fué así cómo se disolvía, parte por parte, aquel ejército; enseñando muy extraño espectáculo en una tropa veterana y de línea, que sólo por artificio oculto y premeditado hallaba explicación; siendo muy notable la circunstancia de que esto pasara sólo en los cuerpos de tropas americanas; porque otra cosa muy diversa acontecía con el ala del naciente, asentada, como dijimos, sobre las faldas del cerro de San Bernardo, y en donde figuraba, al lado del Paucartambo, que era de gente peruana, el Real de Lima, formado exclusivamente de españoles.

La posición que ocupaba era la más ventajosa en aquel teatro; porque, á más de la altura dominante que era suya, la zanja del cerro, ó Zanja Blanca, que corría por su pie, era en aquella ocasión ancha y profunda, convertida por las recientes lluvias en verdadero torrente de aguas ruidosas y turbias; como que recibía todas las que venían del norte, de los Tres Cerritos, y las que bajaban de los cerros inmediatos. Demás de esto, toda la ribera de la zanja que daba al campo de batalla estaba cubierta de hermosísimos algarrobos, de copas verdes, redondas é inmensas, por lo que el ala española situada en la falda que es ancha y cómoda, tenía con estos accidentes naturales cierta defensa á su favor, que aumentaba los beneficios de la altura dominante de su posición. Tanto fué así, que la sección de caballería que colocó erróneamente Belgrano por aquel rumbo, formando parte del ala correspondiente, no pudo, por tales obstáculos, prestar mayores servicios aquel día, mientras sus compañeros de armas se cubrían de gloria y honor por el lado opuesto. Pero, no obstante estas ventajas, esa misma zanja que la

protegía servíale al propio tiempo para cortarla del resto del ejército, pues sólo tenía comunicación unas ocho cuadras hacía el sur, sino más, frente á los por-



ALGARROBOS DE LA ÉPOCA DE LA BATALLA

tezuelos, por el puente de San Bernardo; por lo que ni le era fácil cambiar de teatro para llevar su pro-

tección, caso de peligro, á los restantes trozos del ejército, ni recibir, á su turno, de éstos, oportunos auxilios.

Desde un principio sus fuegos se mostraron temibles; y como el ala patriota que los sufría se viera afligida, avanzando sobre ella, por la falda, doscientos tiradores del Real de Lima, fué Belgrano en persona á darle auxilio trasportando al sitio, para contener su avance, la reserva y dos cañones. Los españoles hacían por acá visibles progresos; porque, siendo en el extremo norte del cerro vadeable la zanja, un trozo de la caballería logró pasar por allí á la falda, y, queriendo avanzar, fué rechazado por los realistas, sucediendo cosa idéntica con otra porción de infantería que, siguiendo el mismo derrotero, acudía en su auxilio.

Se luchaba así en esta parte con visible desventaja, queriéndose trepar y tomar las faldas del cerro, y combatiendo al mismo tiempo frente á frente, zanja y bosque de por medio. Los destrozos de vidas eran aquí enormes, porque, en esta parte, á diferencia de lo sucedido en las otras dos secciones de la batalla, la resistencia fué heroica por ambos adversarios, y la lucha, larga, sangrienta, encarnizada y feroz, sostenida principalmente de un lado por el Real de Lima de seiscientas plazas, y, del otro, por el regimiento número uno, el predilecto de Belgrano, que contaba con un número mayor de fuerzas, cuyos oficiales y tropa, todos porteños, se hicieron notables aquel día portándose con una bravura y una bizarría no menor que la del enemigo y pereciendo gran parte de ellos.

Las fuerzas del Rey, á medio triunfar, llegaban en su avance de esta manera hasta la misma altura del campo de Belgrano, rechazándole una en pos de otra sus legiones; mas, por buena fortuna para la Patria, había tenido lugar, mientras tanto, el desbande de lo restante del ejército real, que abandonaba con su actitud á su propia suerte aquella ala que resistía tan bizarramente al pie de la montaña. Sucedió entonces que una vez que estos combatientes notaron

el abandono en que quedaban, y que Belgrano, firme en su respectivo ataque, se hallaba libre ya para llamar á su ejército entero en su ayuda, comenzaron á vacilar, mirando les iba mal. Y todo fué mirarlo que sufrirlo; porque el coronel Arenales,—que ayudaba por aquella parte á Belgrano como mejor podía, pues no tenía mando en el ejército,—observando en ese propio momento y á su vez que aquella ala del ejército real quedaba cortada, poniéndose á la cabeza de algunos *Decididos* y paisanos, se lanzó á la carga estrepitosamente sobre la parte del Real de Lima y Paucortambo, «que salió huyendo por las faldas del cerro de San Bernardo», con lo que dió remate á la victoria. (1)

Dispersáronse muchos por la montaña, creyendo poder salvarse; cayeron muchos prisioneros y bajaron los demás por el puente de San Bernardo á reconcentrarse en la plaza, donde los aguardaba su general; pero sólo cuando se hubo perdido ya toda esperanza, y cuando no quedaba más remedio en que confiar, llevando herido á su animoso jefe, el coronel Lesdael. (2)

Quedaba, pues, de la manera descripta, el campo de batalla de extremo á extremo desalojado por las fuerzas del Rey, y la victoria coronando por todo él las armas de la libertad; restando sólo ahora darle término y acabamiento, venciendo las últimas resistencias del enemigo reconcentrado en la ciudad.

El centro patriota vencedor se dividió en dos para acudir por uno y otro punto abierto por la huella de los fugados del campo. La una mitad se acercó, marchando de frente, por las calles que, bajando del norte desembocaban en la plaza Mayor, deteniéndose como á dos cuadras de ella en el punto que comenzaban

(1) Relación que hace de sus servicios el general Arenales en 1818, solicitando su carta de ciudadania; original en el *archivo* de su nieto don Florentino Uriburu.

(2) Camba: *Obra* citada, página 88.—Paz id. 76.—Parte de Belgrano de la batalla de Salta—Mitre, *Obra* citada, tomo II, página 177, y *Partes oficiales*, tomo I, página 230.

las primeras casas de la población, contenidos ó por su irresolución ó por el embarazo del Tagarete, que no era mucho para el que atacaba á su voluntad y en orden; mientras tanto que la otra mitad restante,



LA MERCED

mandada por el comandante Superi, en unión con el ala victoriosa del poniente, qne dirigía Dorrego, luego que dió á correr el enemigo había penetrado tras su huella por las calles de la ciudad, llevándole el más brioso ataque, y protegida por un par de cañones. Penetraron por la calle de la Merced, principalmente, que era la que se unía en su prolongación por el norte con el camino del Perú. [1] A fuerza de herir y de matar, y regando la vía también con su sangre, lograron estos batallones de Superi y Dorrego llegar hasta el convento de la Merced, que era uno de los cuarteles de Tristán; desalojaron de él á los enemigos y se apoderaron del edificio y templo contiguo, situados á dos cuadras justas hacia el oeste de la plaza Mayor, y unida á ella por la calle del Comercio. Se posesionaron también de los edificios altos por aquel costado, apropiados para sostener ventajosamente el ataque, desde donde mantuvieron fuego reñidísimo con los enemigos y vecinos españoles de la ciudad, que, á su vez, se habían parapetado en otras alturas opuestas y aún trás las trincheras que en tales circunstancias levantaba en torno de la plaza precipitadamente Tristán, como para hacer el último esfuerzo y caer, al menos, con honor.

Corrían, pues, de esta manera los momentos en una lucha indecisa y lo más encarnizada y sangrienta, así en las calles como en las casas de la ciudad; y no parecía ya posible rendir la plaza con las fuerzas con que al presente se contaba. El general Belgrano con la mitad del ejército, aún estaba en el campo terminando de desalojar al ala derecha de la falda del cerro; por lo que, tanto para demandar su auxilio cuanto para hacerle saber que ya aquella parte occidental de la ciudad estaba en poder de los suyos, no hallando más para el aviso, echó mano Superi, jefe del ataque, de su propio poncho, que era azul, y tenía por esto cierta semejanza con la insignia

---

(1) Hoy se llama *20 de Febrero.*

del ejército; por lo que, despojándose de él y enastado á guisa de bandera en largo palo, lo asomó como tal por las ventanillas de la torre de la Merced. Belgrano que notó este aviso y apercibiendo también el estampido del cañón que retumbaba en la ciudad, envió por inmediato auxilio dos piezas más, mientras él, por su parte, reorganizando sus fuerzas, se preparaba á acercarse á dar á su adversario el golpe postrero y definitivo.

Hallábase éste en los más afligentes conflictos. No había podido Tristán, á pesar de sus esfuerzos y valor, contener el retroceso y repliegue de sus tropas, que huyeron desaladas al interior de la ciudad, arremolinándose en la plaza y arrastrándolo en su impulso; y aún vió, con harto dolor suyo, cómo tantos de aquellos se metían y ocultaban en las casas de patriotas del paso, quizá por mantener compromisos anticipados en ellas. Apresuradamente logró apenas levantar trincheras con trancas y demás objetos habidos á la mano, en las calles que desembocaban en la plaza Mayor, consistiendo su demás defensa en cantones organizados en los edificios altos de los contornos del recinto; con lo cual se defendía por el norte de las fuerzas que amagaban del campo, y contenía el ataque que, por el oeste, le llevó Superi con Forest, Pico, Luna y Dorrego, y que le había tomado toda aquella parte de la ciudad.

En aquellos momentos tan de angustia y gravísimos, era tal el estado en que se hallaba la gente de Tristán, qne apenas si era obedecido; siendo todo en la plaza desquicio y agitación, habiéndose dado al traste con todo lo que era orden y disciplina, y llegando el caso de que, cuando de regreso de una de sus inspecciones de la defensa volvió los ojos al fondo de la plaza en busca de la gente que había dejado, y que por su número era suficiente para hacer una resistencia en forma, queriendo disponer de ella, apenas si halló con quién hablar; porque oficiales y soldados, presa del terror y del pánico unos, temblando ante un asalto, y otros, quizá los

más, seducidos de antemano por las mujeres salteñas; todos de la misma manera que lo habían hecho en el campo, lo hacían ahora en la plaza, abandonando el sitio del combate para buscar asilo y refugio los más en la Catedral, templo asentado en esa misma plaza; y el resto, por las casas de la vecindad conocidas por su patriotismo y en donde se los favorecía y ocultaba, sin duda por el pacto secreto que habían sellado ([1]).

Supo esto Tristán; y creyendo que su presencia y autoridad pesaban aún y valían en los que eran sus soldados y compañeros de armas, cambiado el rostro de indignación apeóse del caballo á la puerta del templo y, espada en mano, penetró á la Catedral, para sacar de ella á los suyos y volverlos al sitio de la defensa ([2]). Intimó su orden con todo el acento del mando; pero aquellos soldados y aquellos oficiales no obedecieron, permaneciendo mudos é inmóviles, en pelotones, en medio de los heridos que se habían ido allí depositando ó entraron de por sí, y cuyo espectáculo y lamentos más les servía para alimento del miedo.

Habían acudido también á aquella iglesia muchas de las salteñas movidas de su piedad, del temor á los sucesos y de la pasión las más; y mientras unas por caridad levantaban sus corazones á Dios, las demás lo hacían pidiendo por la Patria ó por el Rey, según fuera el bando á que tendiera su parcialidad. Y cuando Tristán pasaba por el amargo trance referido, una señora de aquéllas, que era realista hasta

(1) Paz, en sus *Memorias*, computa en siete octavas partes el número de la gente de Tristán que ganó la Catedral y casas de los patriotas; tomo I, página 78.

Puede verse sobre estas escenas á Camba, *Obra* citada, tomo I, página 89, en donde se encuentran, además estas palabras:—«porque su gente aterrada, y *parte probablemente seducida*, se encerraba en la iglesia principal y en las casas de la ciudad».

La iglesia Catedral á que hacemos referencia está al presente reducida á capilla, cercenada la mitad de su nave mayor, de donde se han destruido sus trabajos de carpintería que formaban pilastras muy artísticas contra los muros, para sustituirlas con líneas á cal y brocha; y por completo las laterales.

Su púlpito y el frontispicio son los mismos de la época histórica de la revolución, sin otra modificación que la ausencia de sus campanas.

(2) Hemos recibido esta tradición de la señora doña Francisca Valdés, contemporánea de estos sucesos, en cuya casa se hospedó el general Laserna en 1817.

el entusiasmo, porteña de nacimiento y avecindada en Salta, doña Pascuala Balbastro, no pudo contener su celo; y venciendo todo dique, al ver cómo Tristán era abandonado y desobedecido, trepó resueltamente al púlpito, sitio vedado á los profanos, donde apareció con su busto bajo y grueso, á darles aliento y valor con su palabra y comunicarles su fuego.



PULPITO DE LA CATEDRAL DE SALTA

Nos referían los ancianos que esta arrojada mujer comenzó de allí á exhortar á los asilados del Rey, que los pensaba todos de enflaquecido corazón, tejiéndoles para tanto, loa muy animadora de su valor y de los honrados deberes, reclamándoles de cómo era posible entregaran el campo á los rebeldes, á los herejes y traidores ante Dios y su Majestad, sin defender hasta el último trance y sacrificio la santa causa del Soberano, su rey y señor; y el honor de las armas españolas, á fuer de leales vasallos y soldados valientes; anunciándoles la protección del cielo como seguro de esperanza. Mas tales exhortaciones y elogios, aunque dichos á toda voz y calculados, hicieron tanta mella en el corazón de aquellos hombres como las voces y órdenes de su general; por lo que, de todo en todo airada, cambió de tono, y furiosa y exaltada, se desató en insultos é improperios, llamándolos de viles, infames y cobardes, que así venían como mujeres á meterse á las iglesias por falta de aliento varonil; pensando quizá con esto,—sino era dar solo tributo á su furor,—que la dignidad del soldado se sublevaría tocado este postrer resorte y daría nuevo aliento y vigor al ánimo; mas todo fué trabajo inútil y tiempo perdido. (1)

X

RENDICIÓN DEL EJÉRCITO REAL

¿A esta miseria habían llegado los vencedores del Desaguadero? Sólo las causas que dejamos referidas alcanzarán á explicar tan extraño fenómeno. El caso fué que Tristán, no contando sino con muy pocos,

(1) Véase también, PAZ, *Memorias*, tomo I, página 73. El general Paz, y con él los escritores que lo han seguido, llaman á aquella señora de la arenga, *Balrás* y no *Balbastro*; Paz mismo afirma no recordarlo con seguridad, y por esto ó por un error de pluma ó de copia, ha caído en error. Nosotros, averiguando de la escena de la catedral, oímos de personas que conocieron á esta señora, llamarla como lo decimos en el texto, *Balbastro*, apellido de familia que hasta el presente existe en Buenos Aires, de donde doña Pascuala era natural. En Salta, pues, donde ha vivido hasta que falleció, por 1840, no se la ha conocido con otro apellido y es el que nosotros aceptamos.

consideró por inútil y vana toda resistencia y por ineficaz todo su trabajo y valor; y no mirando más recurso, envió un parlamentario á Belgrano proponiendo capitular, sucediendo esto en los momentos propios en que este general preparaba ya sus fuerzas, sobre la plaza, para tomarla por asalto. Tres horas y media había durado la acción y durante ella quedaron más de mil hombres tendidos en el campo, muertos ó heridos, de uno y otro bando.

Resuelto, pues, el desenlace, eligió Tristán al coronel don Felipe de la Hera por su parlamentario; el que partiendo en busca de Belgrano y atravesando el campo de batalla, llegó donde el General, llevando de todo en todo transformado su natural; porque mostraba tal impresión, que así en su gesto como en su semblante y en sus ademanes, revelaba la turbación y el temor de que su ánimo estaba poseído; todo lo cual era efecto ó bien del arriesgado paso de su comisión, ó más probablemente del estado de verse él y los suyos sin fuerzas ya para luchar y con la retirada cortada por absoluto, caídos como en trampa poderosa y sin salida, con lo que el enemigo podía proceder para con ellos á su antojo y entero arbitrio; bajando, por tanto, á la memoria las sombras ensangrentadas de Nieto, de Sanz, de Córdoba y de Liniers que, en caso semejante, sacrificó á la crueldad revolucionaria la mano impiadosa del doctor Castelli.

Llegaba conducido por guías patriotas desde su campo, según es el uso en estos casos; con el cuerpo, de pies á cabeza todo él cubierto de lodo, prueba inequívoca de que el caballo había dado con él en tierra; y su uniforme como de personaje de comedia, formado de frac civil color azul, prenda sin duda tomada del favor, en el extremo de cuyas mangas se veían los galones de ordenanza propios de su grado, como único distintivo militar; lo que probaba, á su vez, cuánta había sido la humedad sufrida de aquellos aguaceros que llegó así, hasta agotar la provisión de su equipaje.—Como no conociera el parlamentario realista personalmente á Belgrano, una vez en su presencia,

preguntó:—«¿Tengo el honor de hablar con el general Belgrano?—Sí, señor; habla usted con él, se le contestó; y aplicándose más á su oído, de manera que nada oyeran los circunstantes que rodeaban al General, y como si lo que parlamentaba no fueran cosas de oirlas, hizo la proposición; á lo que Belgrano, muy de otro modo en su pensar que Castelli, respondió con generosa resolución, diciendo en voz bien alta, como rechazando toda sospecha de crueldad:—«Diga usted á su general que se despedaza mi corazón al ver derramar tanta sangre americana, y que estoy pronto á otorgar una honrosa capitulación. Que haga, pues, cesar inmediatamente el fuego en todos los puntos ocupados por sus tropas; que, por mi parte, voy á mandar que se haga lo mismo en todos los que ocupan las mías». [1]

La Hera regresó con esa buena nueva, no por cierto esperada; y esa misma tarde quedaron compuestas las paces, que las firmó Belgrano en ese mismo campo de la Tablada de Salta, á quien llamó en adelante *Campo del Honor*, como había llamado *Campo de la Victoria* al de Tucumán; y Tristán por la noche de ese mismo día con sus principales oficiales.

Por lo pactado en la capitulación, el ejército real saldría al siguiente día á rendir sus armas al mismo campo de batalla, jurando todos sus individuos, desde el General, no volver á tomar las armas contra la Patria, y quedando libres para poder regresar á sus hogares, sin precio alguno. Este rasgo del generoso vencedor, tan absolutamente contrario á lo que había practicado el doctor Castelli, mostraba á los pueblos heridos ó recelosos de nuevos abusos y crueldades que la revolución había cambiado de semblante y que era ahora la justicia serena la que iba á redimir á los pueblos, no ya la terrible y sanguinaria que pretendió someterlos por el dolor y el miedo antes que por las simpatías de la opinión, mostrando sus seductoras bellezas.

(1) Todo esto en PAZ, *Memorias*, citadas.

Noche de dolor y de vergüenza debió ser para Tristán la noche aquella que siguió á la acción, no porque hubiera perdido la batalla, que era ello suerte común en la guerra; no tampoco porque se le cortara el porvenir de gloria que su mente le diseñaba, sino por la sorpresa de que candorosamente había sido víctima, y por la defección de su ejército, y más quizás, porque él, que horas antes proclamaba su soberbio poderío y anunciaba cien victorias en los días por venir, que aseguraría su ejército jactado de invencible, sabía ahora que el nuevo sol debía alumbrar cosas muy diversas; y que testigo todo un pueblo sería de su humillación, porque saldría á rendir sus armas y á entregar su bandera, y á jurar, por último rigor de los hados, no tomar las armas otra vez, atándose así eternamente con la coyunda del honor militar al yugo del vencedor, cuya dicha y cuya gloria otra espina sería mortificante y tenaz que heriría por siempre su corazón tan cargado de vanidad y aspiraciones.

Por su parte, ambos ejércitos permanecieron aquella noche en las mismas posiciones que así en el campo como en la ciudad habían ocupado al fin de la batalla, sin que hubiera ocurrido ni una alarma; y en esta situación amanecieron el 21 de Febrero, día designado para dar cumplimiento á lo pactado. La mañana se presentó lluviosa, bajando de espacio en espacio copiosos chaparrones. Ya cerca de las diez del día, el ejército real con todos sus individuos hábiles de marchar, incluso el General, se encaminaron para las afueras de la ciudad, que, por el norte, quedaban muy cercanas, apenas dos cuadras de la plaza Mayor Llevaba las banderas desplegadas, las armas al hombro, la artillería rodando y la caballería con sus sables desenvainados, puestos los jefes á la cabeza de sus cuerpos y batiendo marcha los tambores. Iban á rendirse. La población, excitada en lo más vivo, aglomerada á su paso; y los muchachos de Salta, tan famosos en aquel período de la historia por su auda cia y resolución, lo precedían, lo seguían y lo aguar-

daban en todas partes, templando sus almas con este espectáculo de impresión indescriptible en quien lo padece y en quien lo goza, para salvar la patria en otros días heroicos que iban á venir.

Llegado el ejército del Rey al sitio en el cual lo aguardaba el de la Patria, y que era, por otro rigor más de la fortuna, el mismo que había ocupado como combatiente el día anterior, echó sus armas rendidas en tierra, en frente de las filas del ejército vencedor, y abatió los estandartes y la bandera española al pie de la bandera argentina, que sostenía el genio de la libertad, y que, de esta manera tan brillante y tan gloriosa, iniciaba su existencia inmortal. Al fin, tocóle el turno de rendirse al general del Rey. Tristán apeóse del caballo y avanzó hacia Belgrano para entregarle la espada, cuando éste, conmovido con el inmenso infortunio en que padecía el que en España había sido su condiscípulo y más íntimo amigo,—como que eran dos que habían vivido en Madrid bajo un mismo techo y alimentado común amor por la misma odalisca—no le sufrió más el corazón tratarlo con tanta dureza: tendió los brazos á Tristán y lo estrechó contra su corazón, oprimiéndolo así, y en el momento en que comenzaba el ademán de entregarle la espada, para impedírselo y para evitarle este dolor y grande vergüenza.—Pasando entonces á cumplir con otro de los comprometimientos de la capitulación, prestó Tristán y todos los demás jefes y oficiales de su ejército, público juramento por sí y por sus soldados, de no volver á empuñar las armas contra la Patria, de cuya lealtad se ocuparán las páginas venideras de esta historia.

El paisanaje de á pie y á caballo, las mujeres y los niños presenciaban al lado de las tropas, con un orgullo y una satisfacción incomparable y respetuosa, aquella escena de gloria sobre el campo de batalla, humeante aún de pólvora y de sangre; haciéndose el espectáculo mayormente impresionante y solemne con la vista de aquellos hombres hundidos en la humillación y en la vergüanza, entre quienes, y desco-

llando en ellos los españoles por más vivamente afectados, se contaban los que, de más fuertes pasiones, sentían más honda y penetrante la herida, y se les veía los ojos, á unos preñados de relámpagos de ira, á otros corrérseles las lágrimas, sin que fuera dable á sus esfuerzos contenerlas; y, en fin, producir aquellos actos y aquellos ademanes que son propios de le desesperación y el furor. (1)

Seguidamente los rendidos, desarmados de esta manera y en confuso tropel, comenzaron á regresar á la ciudad para ocultarse en sus cuarteles; pero la plaza la hallaron tomada ya, que mientras ellos salían á rendirse, las fuerzas de Superi, que mantenían la Merced en su poder, pasaron adelante y se adueñaron de lo demás.—Belgrano, entonces, arreglando la columna de su ejército, entró á paso de vencedor á la ciudad de Salta por la calle de la Merced, y doblando por la del Yocci, llamada desde entonces de la *Victoria*, tomó rumbo al oriente á posesionarse de la plaza, acompañado de músicas militares y mostrando en su semblante grave y tranquilo, á pesar de paso tan extraordinario, «la misma impavidez que si hiciera su entrada á la sala de un convite, llevando en su frente, despejada y serena, escrito el lema que fué siempre su divisa: vencer ó morir. (2)

El coronel don Martín Rodríguez conducía la bandera y, una vez en la plaza, subió al balcón principal del cabildo, y flameando la gloriosa insignia de la República, dió tres vivas á la Patria. Los muchachos, trepados á las torres y campanarios de los templos, echaban á vuelo las campanas, uniéndose sus tañidos al eco marcial de las dianas de la victoria.

Dispuso Belgrano que los muertos en la acción fueran sepultados en una fosa común, como un testimonio más de la sinceridad de sus ilusiones sobre

---

(1) PAZ: *Memorias*.

(2) Fray CAYETANO RODRÍGUEZ: *Elogio fúnebre*, citado.—La calle de la Merced se llama ahora *20 de Febrero*; y la municipalidad de Salta cambió el nombre de *Victoria* por el de *España*, ahora pocos años, por imitar á Buenos Aires, donde se creaba una plaza con esta misma denominación, y no por otro motivo.

fraternidad y paz. El 21 de Noviembre, mandando otra vez en Salta Chiclana, colocó sobre un tosco pedestal de piedra, alzado sobre la tumba común, una cruz que él mandó hacer con tal destino, pintada de verde. En sus brazos, grabado en letras de relieve, se leía: *A los vencedores y vencidos el 20 de Febrero de 1813*. Sujeta estuvo esta cruz á los vaivenes de la fortuna en la guerra; pues cuantas veces entraron triunfantes las fuerzas españolas á la ciudad de Salta, la arrancaron de su peana, como queriendo con eso borrar aquel símbolo de su derrota, y otras tantas veces fué repuesta en su lugar cuando los salteños volvían á quedar dueños de su país. (1)

XI

DESPUÉS DE LA VICTORIA

Así fué, y así se ganó la batalla de Salta, por el esfuerzo común del ejército y del pueblo; correspondiendo gran parte de su gloria á las mujeres de aquella benemérita ciudad. El entusiasmo y la pública gratitud se mostraron en las formas mayormente visibles y elocuentes. La asamblea nacional, que funcionaba ya en Buenos Aires, sabedora del suceso é instruida de sus extraordinarios pormenores, quiso, como más genuino representante de la opinión del país, dar las gracias á aquellos bravos y eternizar las acciones famosas de aquellos héroes, como sus nombres, por toda la perduración de los siglos, y como para que todo esto fuera ejemplo y libro abierto que leyeran las futuras generaciones argentinas. Porque, además de lo que es regular y común en casos como el de Salta, premiados con medallas

(1) Puede consultarse sobre estos pormenores á Paz: *Memorias*, citadas, y *Partes oficiales*, tomo I.
Los heridos fueron repartidos para su asistencia y curación á las familias realistas.

y ascensos de grados militares, la asamblea declaró beneméritos en alto grado al General y á su ejército; y decretó se obsequiara á Belgrano un sable de honor con guarniciones de oro, y se le entregaran cuarenta mil pesos del tesoro público, en premio de sus servicios; los que el noble y desinteresado campeón de la revolución, en su grande pureza, aceptó, más no para sí, sino para establecer con ellos escuelas públicas de primeras letras en las ciudades de Tarija, de Jujúy, de Tucumán y de Santiago del Estero, que todavía carecían de este gran beneficio para su civilización.

Y como para que no se atribuyera solamente á los esfuerzos del ejército de línea la victoria, y sólo él y su general cargaran con sus laureles; y acaso también presintiendo que el tiempo podía borrar de la memoria de los hombres la participación y el mérito que en ella contrajeron los ciudadanos con sus sacrificios, su inteligencia y su valor, tomó por ellos la asamblea la misión de anunciarlo á la posteridad, guardando en sus archivos la memoria de su participación para cuando algún día la historia de estas cosas se llegara á escribir. Y así dijo entonces:—«El soldado que corre á los peligros y recibe la muerte con intrepidez, paga la deuda que contrajo en el primer momento de su adscripción; pero el ciudadano que abandona su tranquilo domicilio, que deja envuelta en lágrimas su familia y se expone á buscar su sepulcro en un país desconocido, sólo por no ser testigo de la humillación de su patria y concurrir con sus esfuerzos á salvarla, es tanto más digno de elogio cuanto él no sigue otro estímulo que el de su corazón. La victoria de Salta ha sido debida en parte á los emigrados de la misma provincia, de las del Perú y demás pueblos que, uniendo sus esfuerzos á los batallones de la Patria, han sabido rescatar los objetos de su ternura.

»Penetrada de estos principios, la asamblea general ha creído que, después de haber honrado la memoria de los guerreros de Salta, es justo recomendar

á la gratitud el esfuerzo de los emigrados, para que conozcan los enemigos de la Patria que, cuando se trata de salvarla, cada ciudadano es un soldado que pelea con denuedo, y al fin vence, porque el celo no conoce superioridad sino en el héroe».

Hoy con su lectura el espíritu se remonta á los días clásicos de la antigüedad, y parece soñar como si se estuviera oyendo hablar á Pericles en Atenas.

Fué la consecuencia de aquellas elevadas consideraciones, esta resolución del mismo soberano cuerpo en que dijo de esta manera:—«La heroica constancia y desprendimiento generoso de la fortuna y vida que han sacrificado á los intereses de la Patria los vecinos decididos de la ciudades de las provincias del Estado, ha determinado á esta asamblea general constituyente, á decretar que el benemérito general Belgrano, haciéndolos comparecer á presencia del ejército y del público á todos cuantos de esta naturaleza han tomado las armas en auxilio del ejército de las Provincias Unidas, les manifieste cuán acreedores se han hecho al reconocimiento de la Patria por los particulares servicios que han rendido; encargándose al supremo poder ejecutivo pida á aquel general una razón circunstanciada de los individuos que hayan concurrido á servirla con las armas en la mano, ó de otro modo eficaz y enérgico, para destinarlos con arreglo á sus cualidades, conocimientos y virtudes. [1]

Por fin, y como para dar término á esta satisfacción por el triunfo, después de dejar colgadas en los muros del sagrario de la catedral de Buenos Aires, por fe de divino apoyo, dos de las banderas tomadas en la acción, y destinar la otra, con igual objeto, á la iglesia de las Mercedes en Tucumán; decretó la asamblea se erigiera en el campo de la batalla de Salta un monumento que la remitiera dignamente á la posteridad.

---

(1) Uladislao Frias S: *Asambleas Legislativas*, tomo I. página 24.

Mientras tanto, el espíritu popular ya de uno ú otro bando, discurría á su placer sobre el suceso: y así, los realistas en Lima descompusieren el nombre de Tristán para achacarle á él solo la derrota, diciendo ingeniosamente:

Por un *Tris* se perdió Salta,
Y por un *Tán* Tucumán.

Los salteños, por su parte, le componían vidalitas ó cantares en que gozaba á su costa la vanagloria del pueblo vencedor. [1]

Dijimos antes, que aquel triunfo se debió á la obra común de los salteños y del ejército; porque tanto la de Salta como la de Tucumán, fueron verdaderas batallas populares; y tan cierto, tan grande y eficaz fué el esfuerzo de aquellos ciudadanos, hombres y mujeres, para libertar su ciudad y rendir al enemigo, que Salta consideró siempre como suya, y no privativa del ejército de Belgrano, esta victoria. La celebró desde entonces aquella población como una fiesta local y propia; y tanto, que en el escudo de armas de la ciudad, que substituyó al que antiguamente usaba en la época española, se miraba el campo de esa batalla; la cruz del sepulcro de los caídos; los tres cerritos, donde acampó Belgrano, y, en medio de ese *Campo de la Cruz*, como hasta hoy se lo llama, una alta y fuerte columna, mostrando en su cúspide y á sus pies los trozos de las rotas cadenas, y su cuerpo principal envuelto por una cinta en que se leían estas palabras, que eran verdadero vaticinio:—SALTA, FIRME COLUMNA DE LA LIBERTAD.

XII

LA CAPITULACIÓN

Mucho se criticó y se condenó el haber Belgrano dejado en libertad á los prisioneros, y en su mayor

(1) Una de aquellas composiciones, con pie forzado en décimas, se hizo entre todas famosa por lo chispeante de su epigrama, y pasó relatada y cantada al través de las generaciones. Siendo, además, una fuente histórica para la batalla. La publicamos íntegra con el número 2 del *Apéndice* de este tomo.

parte con razón. Mostró el General esta vez más que era flaco de energías para la guerra, pudiendo más en su carazón la cristiana sensibilidad del misionero pacífico ante los cuadros por cierto horrorosos de la sangre derramada y otros infortunios de la guerra, que las medidas rigurosas y de tirantez que pedían las necesidades que había traído el estado de revolución y violencia en que se operaba, donde la fuerza es quien da en definitiva la razón y no las bellas teorías de la caridad y fraternidad universales, que toda sabia política aconsejaba retenerlas en segunda línea.

Y, sin embargo, de no ser los españoles gente que pudiera antes de ser vencida, ceder un ápice de su preponderancia y derechos justos ó no, pero seculares; y, sin embargo, también de ser Goyeneche hombre de fe mentida y de proceder artero y de un sistema moral en su conducta que para su causa y particulares intereses no había, al parecer, principio que pudiera resistir, por más grave y sano y respetable que fuera, pensó Belgrano como Castelli más antes, era posible labrar sobre el tapete de la diplomacia, de la retórica y filosofía la libertad de la América, arrastrando á sus rivales y venciéndolos con la sola magia que pensaban estar en la causa que defendían. Porque uno y otro fueron de espíritu cándido y poco perspicaces, y nada profundos para comprender los problemas entre manos; que así el uno se dejaba seducir y engañar como bobo por Abascal con falaces y mentidas proposiciones de arreglo, hijas sólo de su propia habilidad y perfidia, como Belgrano se engañaba á sí propio pensando que lo que era bello, noble y amable para gentes en paz y sin personales intereses que sacrificar, tendría también toda influencia y poder en su contrario; y tanto, que lo harían cambiar y venir á sus banderas, dando paso á un nuevo y dichoso abrazo que sellaría el fin y término de la guerra.

También era mucha la diferencia entre uno y otro general. Goyeneche era de un espíritu semejante

al de aquellos italianos del siglo XV, astuto y artero, de modales distinguidos, de trato afable, de lujo elegante; su arte para agradar y engañar, el más fino; riéndose de toda promesa como de cosa de necios, y entrando en todo compromiso con semblante de sinceridad y por más adversos que lo fueran unos de otros, buscando aquel que favoreciera su fortuna. Cruel con los vencidos, por haber tomado el terror y la sangre por sistema de escarmiento, una vez que tentada la popularidad no le dió efecto, y con ingenio penetrante y suspicaz por raza y temperamento, sin haber expuesto á prueba de valor una sola vez su vida, poseía un ingenio tan lleno de recursos que lo hizo, con aquellas otras cualidades de tan diverso valor moral, general insigne para una guerra de revolución cual era aquella, donde más que las armas son los recursos todos del país los que se mueven y dan ó quitan la victoria; y en cuanto á lo que hace á su opinión política respecto de la justicia y oportunidad de la revolución, era de aquellos que pensaban que los pueblos de América aún no estaban habilitados, por no haber alcanzado el grado de desarrollo suficiente, para ser felices gobernándose á sí propios. (1)

Todo distinto de Goyeneche era Belgrano, siendo poseedor de todas las dotes opuestas. Porque sin mirar ni tener cálculo alguno para sí y en provecho propio, era de aquellos espíritus consagrados con pasión al bien de sus semejantes, que más notablemente descuellan durante y con motivo de las agitaciones religiosas; bueno, más que para político, para apóstol y mártir de una fe en que no mueve el anhelo de arrancar la vida por la violencia del hondo de las entrañas, sino llevarla por el amor al corazón más bien. Ciertamente que era un hombre justo y religioso, honrado á toda prueba, animado su pecho de un valor cívico y moral el más sublime, y digno de

---

(1) Según la correspondencia que sobre el particular sostuvo con Pueyrredón, en 1812, publicada en *La Revista de Buenos Aires*.

ser, bajo estos contornos, espejo de virtudes; pero así también era su espíritu candoroso y, por lo mismo, inepto para labrar, mas sí pronto para caer dentro las redes que se le tendieran por las artes de mala ley; flaqueza que lo constituía crédulo, seducido por sus sanas intenciones y la buena fe con que miraba y entendía las cosas, así en su disgusto por lo que pudiera pintársele por feo y repugnante, como en su aceptación por lo que se le presentara por plausible y bello, conviniendo en la fe con que aparecía la promesa, sin cuidarse de averiguar cosa mayor sobre el negocio; y efectuando lo mismo en cuanto á las elucubraciones de su fantasía, en que daba fe de acierto á los problemas que levantaba y resolvía en su propia y solitaria meditación; lo cual venía á tornarlo terco en sus opiniones, para cuyo auxilio no solía demandar, por lo general, consejo.

Estos defectos venían así á hacer de él, aunque muy cuerdo en las demás cosas, un hombre desprovisto de las excelentes condiciones que requiere la política, más todavía en épocas de agitación y lucha; que en esto especialmente adolecía de lerdo ingenio, desnudo de toda agudeza y nada penetrativo para aquello que constituye lo que pudiéramos llamar la piedra angular de la política ó gobierno de los hombres y negocios públicos, y que consiste en el conocimiento y penetración del corazón humano, con sus flaquezas y sus virtudes, que en cada hombre lo adornan ó menoscaban, y que son á manera de patrimonio y suerte de su propia naturaleza.

Pensó Belgrano y con bastante razón de que, siendo americanos Goyeneche y casi todos los suyos, después del triunfo de Tucumán, la posibilidad del triunfo de la independencia de la patria común se les mostraría á los ojos; y halló por bueno el expediente para tentarlo, provocando tratos con Goyeneche y con Barreda, su prisionero, que no pudieron acordarse; pero al repetir la victoria en Salta creyó había llegado á su madurez este pensamiento en todo hombre americano; y sin más que este su juicio y sus

condolencias humanitarias por los males de la guerra, sobre el mismo campo de batalla, sin consulta, sin examen, sin pulsar los nuevos resortes de que pensaba disponer, dispuso y acordó la libertad absoluta de todos los vencidos.

Fué consecuencia de este paso que dejara que las fuerzas enemigas, de más de quinientos soldados. acampados en Jujúy á sólo dieciocho leguas y que



CASA DE GURRUCHAGA DONDE VIVIÓ BELGRANO

el día siguiente de la acción supieron recién lo acontecido por tres dispersos, [1] salieran libremente y sin sombra de persecución á reunirse con Goyeneche; y que el Real de Lima, por donde no corria una sola gota de sangre americana, se fuera también y con auxilios del país expresamente ordenados; y que todo el resto del ejército rendido hiciera otro tanto.—¿Qué se proponía con esto? Que volvieran aquellas gentes al Perú, muy confiado, porque así se le vino en antojos pensarlo, le servirían por allí de heraldos ó voceros convencidos de las bondades de la revolución y sus actuales fuerzas, contando con que sus narraciones seducirían pueblos enteros, que, si no se resolvían á alzarse de por sí, se le plegarían al penetrar él en su país con el ejército victorioso, lo que era sólo componer un poema y nada más.

Porque parece imposible de caber en seso humano el hacer que sirviera de instrumento para tales proyectos el mismo ejército enemigo, antes de todo convenio y antes aún de haberse cambiado opiniones y pareceres siquiera; y lo que es igualmente admirable, á seguida no más del agravio de haberlo destrozado y rendido á sus pies. No contaba para tanto más que con los efectos que produciría naturalmente la victoria, y el ser americanos casi todos aquellos individuos, porque cuando arregló en el campo de batalla tales medidas, muy ajeno é ignorante que estaba de la seducción operada sobre las tropas enemigas en Salta, y aún parece que ni después se lo hizo entrar en el secreto de la intriga. Toda su confianza, al parecer, de que aquellos rendidos devueltos á sus hogares ocupados por el enemigo le serían naturales agentes y no un peligro y un mal, estaba en el reato del juramento de no armarse contra la revolución en adelante, porque unos y otros eran hombres sinceramente religiosos. Y en ello tenía razón; porque no podía contar con que los obispos, nada me-

(1) Camba *Obra* citada, tomo I.

nos, predicaran la bondad del perjurio; ni se le podía inculpar careciera del don de la adivinación, que estos son hechos fuera del alcance humano y aún de toda posibilidad entre cristianos piadosos, cual los de aquellos tiempos. Así es como generalmente se juzgan estas medidas trascedentales en el orden político, que semejantes á las revoluciones armadas de igual naturaleza, son acertados y dignos de mayor elogio y admiración cuando acompañados de suerte venturosa alcanzan á triunfar, pero reprobables y merecedores de toda crítica y condena cuando no acertando en el camino, dan en el fracaso. Por tanto, no será justo decir entonces que paso tan grave é inconsulto de Belgrano, no haya dado frutos bien preciosos para la revolución y que fueron malogrados por él y su sucesor, pues sirvió casualmente de eficaz coyuntura para realizar en el Perú los planes de la conjura de los seducidos en Salta, que conoceremos más á seguida.

Pero lo que sí es fruto exclusivamente propio de este acto de Belgrano, por su lado bueno, es la fácil rehabilitación que vino al crédito del ejército, unido al efecto natural de su espléndida y repetida victoria en Salta, en la opinión de los pueblos del Perú, por la narración que como testigos hicieron en ellos los rendidos de las virtudes del general y del ejército, de la brillante disciplina de sus tropas, no vista igual hasta entonces en los ejércitos de Buenos Aires; del patriotismo é indomable resolución de los pueblos argentinos de conquistar ó morir por su libertad, y de los prestigios verdaderos del credo revolucionario y de la irresistible seducción con que se los pintaron en Salta los hombres y las mujeres, á extremo que Tristán, antes que perder todo, activó la partida al Perú, y tanto, que al tercer día después de la acción no quedaba un soldado suyo en Salta. [1]—Vueltos así aquellos hombres á sus cuarteles ó al seno de los

(1) PAZ, *Obra citada*, tomo I, página 82.

pueblos de su nacimiento, iban á decir y propagar por ellos, además, en contrario á la opinión de herejes y de impíos con que eran mirados por tantos las tropas de la revolución, que el día de la Virgen de las Mercedes habían obtenido la más inesperada victoria, y que su jefe habíala por ello declarado generala del ejército patriota, sobre el mismo campo de batalla; que el vencedor de Salta, antes de entregarse él y sus tropas victoriosas á otros regocijos, apenas entraron á la plaza, fueron á dar gracias á Dios por la victoria, cantando el *Tedeum* en la iglesia de san Francisco, por hallarse la catedral cubierta de sangre y heridos, despojos de la batalla; que asimismo se lo veía orar en medio de las tropas, y asistir devotamente á misa los días de precepto á la cabeza de uno de sus batallones de negros libertos; que para colmo de admiración y asombro aquellos escapularios de la Merced mandados por las monjas de Buenos Aires al saber que su general había dado por protectora de sus armas y de su causa á la santa madre de Dios, los habían llevado desde Tucumán devotamente sobre el pecho, que les habían servido de distintivo de guerra en la acción de Salta, y que á pesar del tiempo, del uso, de las lluvias y del sol á que estuvieron expuestos, conservaron hasta ese día memorable la viveza de sus colores, lo que era para aquellos sus ojos de creyentes, prueba irrecusable de visible y asombroso milagro; (1) que Belgrano era un hombre de bien, que en vez de sepultarlos en prisiones y otras especies de tormentos, habiendo sido ellos vencidos completamente, sólo les había exigido un juramento de paz; que sus capellanes no eran aquellos sacerdotes corrompidos y escandalosos que acostumbraban de pintárselos sus jefes, sino que, poseídos de las más heroicas virtudes cristianas, los habían visto durante la acción correr en medio de la refriega á prestar los auxitios de la religión

(1) Paz: *Obra* citada.

á los moribundos que caían en el campo de batalla con una abnegación y con una caridad que enternecían; y que hasta la bandera, en fin, que por la primera vez guiaba sus tropas y á cuya presencia habían ellos rendido sus armas, sus estandartes y la bandera del Rey, por sus propios colores parecía ser un pedazo del cielo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

APÉNDICE

Número I

Carta del señor don Juan Valeriano de Zevallos al Ilustrísimo obispo de Salta, don Nicolás Videla del Pino [1]

Mi más apreciado amigo, dueño y señor de mi alta estimación: Con el verdadero afecto que profeso á V. S. I. y por aquella alegría y contento que sobreviene cuando se consigue lo que se desea, he recibido la carta con que me favorece V. S. I., su fecha 19 de Diciembre del año próximo pasado, después de la interrupción ó entredicho de más de un año que nos han privado el contento y sociedad de la correspondencia.

Celebro infinito con mi mujer, su muy devota y apasionada de corazón, goce V. S. I. de perfecta salud y damos á Dios gracias de verle exempto y sin chamuscarse en medio de tanto incendio, y ascechanzas de los atisadores de este fuego. Nos ofrecemos á V. S. I. con la antigua buena voluntad que le tenemos para que como á suyos nos mande con la satisfacción que puede y debe; pues á más de la sincera amistad le veneramos como á nuestro verdadero pastor, y por esto creemos nos aprovecha la santa bendición episcopal que hemos recibido por medio de su cordialísima carta.

Acá hemos tenido, como en todas partes, muchos sentimientos y pesares de resultas del ejército de

(1) Publicamos este documento, original en nuestro poder, por los interesantes datos históricos que contiene.

Buenos Aires, que intentó conquistar á este valeroso vecindario paraguayo, pero salieron muy mal en dos combates, uno en Paraguarí y otro en Taquarí, en donde fueron vencidos, haciendo fuga del primero, y en el segundo pidieron capitulación viéndose perdidos, aprisionados muchos, otros muertos y heridos, y se les concedió por pura generosidad de nuestro general don Manuel Cavañas, por fin se fueron desengañados y abochornados.

El señor gobernador don Bernardo de Velasco era el capitán general de nuestro ejército en Paraguarí, y en la madrugada del 19 de Enero del año anterior, que sorprendieron los porteños á la división del centro de nuestro ejército, que mandaba el gobernador, y la hicieron poner en huida, creyó el gobernador que era perdida acción, y temiendo morir se puso en fuga, y ganó arriba de la Cordillera en el paraje que llaman de los Naranjos, de cuya suerte quedó descabezado y desorganizado nuestro ejército en la confusión, que puede considerar V. S. I.; mas nuestros generales Cavañas y Gamarra reunieron la gente, y dieron sobre los porteños y los vencieron, mataron y aprisionaron, y escaparon los que pudieron con su general Belgrano.

Esta fuga del gobernador le trajo un gran desprecio y poco respeto entre sus súbditos, porque palparon todos su ineptitud para el mando político, y mucho menos en lo militar, pues ni visos se le conocieron de haberlo sido. Esto es solo un breve apunte de lo mucho acaecido en esta historia, y como considero impuesto en ella á V. I, no quiero molestarlo, y paso á referirle por mayor los demás sucesos que se siguieron después.

Habiendo regresado el ejército de Taquarí glorioso, no hizo aprecio de ellos el gobernador, faltándoles también en la paga que les ofreció cuando los despachó, quedándose él asegurado en Yaguarón, pues, aunque marchó á Misiones, fué después que supo que no había con quien pelear, porque los nuestros ya habían vencido á los porteños y los ha-

bían hecho repasar el Paraná. Por todas estas cosas y por otras muchas, y Dios sólo sabe por qué, sucedió la revolución por los oficiales y soldados del cuartel, que se halla establecido en el colegio, el 14 de mayo del año pasado, en cuyo día obligaron al gobernador á que se asociase para gobernar con los dos colegas de su satisfacción que le había de poner el comandante del cuartel, con lo que condescendió, y fuimos elegidos, al efecto, el doctor don José Gaspar de Francia, y yo, por mi desgraciada suerte, en cuyo ejercicio estuve un mes trabajando de día y de noche entre muchas contradicciones y angustias; y dentro de este mismo mes dispuso el cuartel prender al gobernador y á todos los individuos del Cabildo, y á don Benito de buena memoria; los del Cabildo hace tiempo que estaban fuera, quedando presos hasta aquí el gobernador y don Benito. Se siguió el congreso compuesto de trescientas sesenta personas de toda la provincia, y duró desde el 17 hasta el 20 de Junio, en el que fuí presidente con el doctor Francia; allí se dispuso que el gobierno se compusiese de un presidente, cuatro vocales, y un secretario, dándoles facultad para que eligiesen nuevos individuos de Cabildo; concluido este acto, ya quedé en libertad, y salí acreditado de aquel laberinto, ofreciéndome descanso y retiro por mis servicios, cuando el día 22 de Junio me eligió la junta alcalde ordinario de primer voto; habiendo interpuesto antes todos sus respetos y ruegos políticos para que admitiese, ya V. S. I. ve que este es un mandato expreso, me conformé contra toda mi voluntad, dejando una carga, y entrando en otra mucho más pesada y dilatada, pues ya he llevado seis meses del año, próximo pasado y tengo que seguir con ella todo el presente año, y lo peor es que ya se han ofrecido algunos debates de competencia, que aunque se han aplacado quedan siempre resentimientos, y éste es el mayor peso, que no sé trabajar en los papeles correspondientes al despacho ordinario, no tengo que ofrecer las facultades del oficio, porque son de V. S. I., y cuanto de mí penda.

Ultimamente ha quedado esta provincia independiente, gobernándose por sí, y dentro de ella misma se hacen los recursos de apelación á la junta; tenemos grande amistad y correspondencia con Buenos Aires, y gazamos de paz; no sabemos si los portugueses y los de Montevideo, que anda de malas con Buenos Aires, intenten incomodarnos, pero si lo verifican, aquí los aguardamos dentro de nuestros muros, ó límites para rechazarlos, sin ánimo de salir fuera de ellos, ni con título de auxiliar á la beligerante Buenos Aires, que mejor le estuviera reducirse á su distrito, y no querer subyugar á otras provincias libres como ellos á su mando contra el derecho natural de gentes, y por su ambición y codicia todas sus expediciones han sido desgraciadas, y según el alternativo desorden que se nota en Buenos Aires, sigue el rumbo de arruinarse y perderse para siempre.

Aunque V. S. I. tendrá la acta de lo dispuesto en nuestro citado congreso después de la revolución, le incluyo dicha acta por si no la tuviere para su inteligencia y que celebre las buenas disposiciones de sus súbditos.

Mi mujer Tomasa no puede acordarse de V. S. I. sin enternecerse, trayendo á la memoria que su auciencia es eterna; reciba V. S. I. el grandísimo buen afecto que le profesa con muchísimas expresiones por su encargo, quien dice le agradece la buena memoria que hace de ella y lo mucho que la favorece V. S. I.

Pedimos á Dios que la importante vida de V. S. I. dilate muchos años, para nuestro consuelo y santa bendición para conseguirlo y todo lo demás necesario á nuestro bien.

B. L. M. de V. S. I. su más afecto seguro servidor y amigo

JUAN VALERIANO DE ZEBALLOS.

Asunción, 19 de Febrero de 1812.

Ilmo. señor obispo doctor don Nicolás de Videla.

NÚMERO II

Con motivo de haber hallado una carta del general Goyeneche, dice la nota de la página XXX del prólogo de los *Recuerdos Históricos*, del coronel Lugones, en la correspondencia interceptada al general Tristán, en que aquél le hablaba de un sable, que le remitía para que le hiciera cambiar vaina, los patriotas compusieron los chispeante versos que siguen y que fueron popularísimos en la época:

Ahí, te mando, primo, el sable;
No va Como yo quisiera;
Del Tucumán en la vaina
Y de Salta la Contera.

Cercado de desventuras,
Desdichas y desaciertos
No distingo sino muertos;
No veo sino amarguras.
Los hijos de estas llanuras
Tienen valor admirable;
Belgrano, grande y afable,
A mí me ha juramentado;
Y, pues todo está acabado,
Ahí te mando, primo, el sable.

Cada jefe testimonio
Dió de ser un adalid,
Díaz Vélez más que el Cid;
Rodríguez como un demonio;
Araoz por patrimonio
Tiene la índole guerrera;
De Figueroa á carrera
Me libré, si no me mata.
Estoy ya de mala data;
No va como yo quisiera.

Forest, Superi y Dorrego,
Pedriel, Alvarez y Pico,
Zelaya, en laureles rico,
Y Balcarce brotan fuego;
Arévalo de ira ciego
En sus ardores no amaina;
Me han cebado una polaina
Los tales oficialitos;
Y cantan estos malditos:
Del Tucumán es la vaina.

Por fin, ese regimiento
Llamado *Número uno,*
Con un valor importuno
Me ha dado duro escarmiento;
Y es tanto mi sentimiento
Que yo existir no quisiera,
Pues la fama vocinglera
Publicará hasta Lovaina,
Que es de Tucumán la vaina
Y de Salta la contera.

POST-DATA

Aseguran por muy cierto
Que á Goyeneche, Tristán,
Con un soldado alemán
Esto escribió medio muerto;
Que aquel tuvo á desacierto
Haberse juramentado,
Por lo cual desesperado
Dijo al verse sin arrimo:
Maldito sea mi primo
Y el padre que lo ha engendrado.

ÍNDICE

Páginas

CAPÍTULO IX.—*Campaña del Interior.*

El Ejército Auxiliar; el general Ocampo........... 5
Misión del ejército en las provincias interiores.... 9
Instrucciones que llevaba la expedición.......... 14
Los realistas organizan en Córdoba la resistencia. 15
Liniers y el Deán Fúnes........................ 21
Trata Liniers de levantar el interior—El Deán Fúnes desbarata los planes enemigos............. 25
Liniers y sus compañeros emprenden la fuga y caen prisioneros.............................. 31
Choque entre la Junta y Ocampo.................. 37
Padecimientos de los prisioneros 42
Fusilamiento de Liniers y demás reos 45
Filosofía sobre este suceso....................... 51
Estado del ejército................................ 57
El general Balcarce................................ 60
Internación del ejército en las provincias del norte 64

CAPÍTULO X.—*Los realistas del Perú.*

Estado del Perú en 1810........................ 71
El Virrey Abascal................................. 75
Efecto que produce en el Perú la noticia de la revolución.. 80
El plan realista.................................... 85
El general Nieto................................... 91

CAPÍTULO XI.—*Primera campaña del Alto Perú.*

Organización del ejército real..................... 95
Sublevación de Cochabamba...................... 97
Balcarce toma la ofensiva....................... 101
Ataque de Cotagaita............................ 105
Batalla de Suipacha. 109
Combate de Arohuma............................. 117
Pronunciamiento del Alto Perú; el voto de Chuquisaca.. 119

CAPÍTULO XII.—*Castelli en el Alto Perú.*

Los indios y la acción de los curas en 1810......... 125
Los coyas... 129
La aristocracia del Alto Perú..................... 138
El clero.. 143
Los cholos.. 144
Los indios... 145

Páginas

Potosí 148
Chuquisaca 152
Captura y muerte de los jefes realistas........ 156
El doctor Castelli.. 167
Entrada triunfal á Chuquisaca........................ 175
Medidas contra los emigrados........................ 181
Confinamiento de los sospechosos.................. 184
Castelli y Fernando VII.. 186
Alianza é igualdad con los naturales........................ 188
Los escándalos de Chuquisaca........................ 189
Castelli intenta el plan de sublevar al Perú y fracasa 201
Errores políticos y militares........................ 204
Goyeneche levanta un nuevo ejército realista...... 208
El ejército de Castelli y su avance sobre el enemigo 216
Armisticio de Laja.. 218
El campamento de Laja—Lastimoso estado del ejército—Ofensas á la religión........................ 224
Desquicio y anarquía en el ejército—Castelli conspira y se rebela contra la autoridad de la Junta. 232
Emancipación de las castas—La igualdad revolucionaria y sus efectos........................ 238
Capítulo xiii.—*Desastre del Desaguadero*
Avance á Huáqui—Situación y elementos del ejército.. 245
El campo del Desaguadero........................ 249
Celébrase en Huáqui una Junta de Guerra........ 252
Espionaje de Goyeneche—Su actitud el 19 de junio—Combate de Huáqui........................ 257
Combate de la Vanguardia en Yuraicoragua...... 270
La retirada del Desaguadero........................ 279
Consecuencias de la derrota—Juicio sobre Castelli y su muerte.. 292
Capítulo xiv.—*La Junta Gubernativa.*
Organización de la Junta Gubernativa........ 297
Don Mariano Moreno, jefe del gobierno........ 311
Moreno el político.. 316
Campaña del Paraguay........................ 323
La política del terror........................ 336
La Constitución y la organización del país........ 343
La anarquía en el seno de la Junta................ 351
Los diputados del interior........................ 365
La obra de Moreno—Su muerte........................ 375
Actitud de Montevideo........................ 380
Creación de la escuadra—Combate de San Nicolás 384
La guerra con Montevideo........................ 391
Disolución de la Junta........................ 399

Páginas

CAPÍTULO XV.—*Pacificación del Alto Perú por las armas del Rey.*
Los pueblos del Alto Perú resisten el paso á Goyeneche 401
Cochabamba se levanta por la tercera vez 408
Moldes, segundo general del ejército 416
Ataque y derrota de Suipacha 428
Toma de Cochabamba 432
CAPÍTULO XVI.—*La retirada á Tucumán.*
Decaimiento de los pueblos y descrédito de la revolución 441
Toma la guerra un carácter religioso 448
El general Belgrano; su misión, su obra y su retrato 451
El ejército en Jujúy 491
Plan estratégico de la invasión de 1812 497
El Bando de Belgrano 502
La retirada á Tucumán 513
Batalla de Tucumán 530
Causas y consecuencias del triunfo 552
CAPÍTULO XVII.—*Campaña de Salta.*
Otros efectos de la victoria de Tucumán 559
Retirada y persecución de Tristán 562
El ejército de Belgrano en Tucumán 567
Establecimiento de la piedad religiosa 581
Invención y jura de la bandera 584
Tristán en Salta 589
Belgrano en Castañares 610
Diecinueve de febrero 619
Batalla de Salta 627
Rendición del ejército real 646
Después de la victoria 652
La capitulación 655
APÉNDICE 665

IMPRENTA AD. GRAU
MORENO 960
- CASA EDITORA -
* * * * 1907 * * * *


DUE MAR'69 H
CANCELLED
2149619